RBA

Antonio Espino López

La conquista de América

Una revisión crítica

ACCESO ABIERTO

© Antonio Espino López, 2013.
© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2014.
Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com
CÓDIGO SAP: OEBO728
ISBN: 9788490563243
Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional (Atribución-No comercial-Compartir igual)

Índice

PRÓLOGO

LA CONQUISTA DE AMÉRICA

INTRODUCCIÓN

1. SOBRE ARMAS, TÁCTICAS Y COMBATES: EL CONQUISTADOR COMO HÉROE

2. LAS PRÁCTICAS ATERRORIZANTES EN LA CONQUISTA DE AMÉRICA

3. SITIOS Y BATALLAS

4. RESISTENCIAS

CONCLUSIONES

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

PRÓLOGO

Durante cerca de dos décadas mis obligaciones docentes me han conducido a impartir enseñanza sobre la América Colonial hispana en la Universidad Autónoma de Barcelona. Sin duda, la obra que el lector tiene en sus manos es un reflejo de mis intereses acerca de la historia de la guerra en la Época Moderna, temática a la que he dedicado casi todos mis esfuerzos en lo que se refiere a la investigación, entendiendo que la guerra en las Indias es solo un aspecto más de las múltiples posibilidades que ofrecía la mencionada temática, y con ese espíritu, y no otro, he abordado el presente trabajo. Pero, sin duda, el ejercicio docente ha debido dejar su impronta, de modo que, fueran conscientes de ello o no, todos mis alumnos de estos casi dos decenios son, de una forma u otra, copartícipes de la decisión de interesarme por la historia de la violencia ejercida en la conquista de América. He procurado aprender todo lo posible por y para ellos. Numerosas crónicas y otras fuentes han podido ser consultadas merced al esfuerzo de muchas instituciones por digitalizar dichos materiales (entre otras, la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Memoria Chilena, el portal PARES, etc.), a quienes damos las gracias desde aquí. También quisiera mostrar mi agradecimiento al servicio de préstamo interbibliotecario de la Universidad Autónoma de Barcelona (Biblioteca d'Humanitats) por su diligencia a la hora de atender mis peticiones y, como siempre, a Maria Ribas Prats por escuchar mis argumentaciones al respecto de esta obra, de temática tan terrible, y por hacerme la vida tan agradable.

Por supuesto, una mención muy especial se merecen mi colega, el profesor Borja Antela, quien me puso en contacto con RBA, los señores Manuel Martos y Joaquim Palau, responsable editorial de la línea de Historia, por la calurosa

acogida que han dado a la presente obra, y Ferran Meler y Anna González, que han trabajado duro en las diferentes fases de la edición del libro. A todos, muchas gracias.

Cala Comte (Sant Agustí d'es Vedrà-Eivissa)
La Llagosta (Barcelona), 2009-2012

LA CONQUISTA DE AMÉRICA

INTRODUCCIÓN

No se hace propaganda de las atrocidades cometidas se recurra a estas por motivos políticos, militares o por ambos al mismo tiempo. La celebérrima definición de lo que es la guerra propuesta por Carl von Clausewitz («La guerra es un acto de violencia destinado a obligar al adversario a hacer nuestra voluntad»[1]) puede aplicarse, obviamente, al caso de la conquista de las Indias. Pero hay muchas formas de hacer la guerra. Como señala Sean McGlynn, refiriéndose a la Edad Media: «[...] fueron las políticas militares deliberadamente impuestas las que sentaron el precedente de los horrores de la guerra». Para McGlynn, en «el caos y el ardor de la guerra» de aquellos siglos fue muy corriente que se perpetraran acciones que solo se pueden calificar como de un «horrendo salvajismo», pero su impulso fundamental siempre estuvo dictado por el «imperativo militar».[2]

En realidad, el uso del terror, de la crueldad, de la violencia extrema de una manera sistemática con fines político-bélicos, de conquista y sometimiento, sin ser desconocido, por supuesto, en el mundo griego —la destrucción de Tebas[3] (o la de Tiro) por Alejandro Magno sería un buen ejemplo y no el único—, parece ser una gran aportación de Roma. Y, a partir de ella, por diversas vías, del imperialismo en general.[4] El asedio y parcial destrucción de Atenas por Sila en 87-86 a.C. sirvió para que los enemigos de Roma supiesen que nadie podría escapar del castigo. «La lección era muy sencilla, y demuestra una vez más el gran control que Sila tenía del uso del miedo como herramienta de coerción», señala Borja Antela.[5] Simone Weil argumentó: «Nadie ha igualado nunca a los romanos en el uso de la crueldad. [...] la crueldad fría, calculada, aquella que constituye un método, la crueldad que ninguna inestabilidad de humor, ninguna consideración de

prudencia, respeto o piedad puede atemperar [...], una crueldad semejante constituye un instrumento incomparable de dominación».[6]

Siguiendo a Enrique García Riaza, frente a la teórica protección de la población sometida mediante la rendición incondicional de su ciudad (*deditio*), lo cierto es que los romanos aplicaron en algunos casos la misma ferocidad represora, de los bienes y de las personas, como si se tratara de la toma al asalto de una ciudad fortificada (*oppugnatio*). En este segundo supuesto, lo habitual —como sucedería después en las épocas medieval y moderna— era entrar a sangre y fuego «aniquilando de manera intencional no solo a los defensores activos, sino a cuantos habitantes se topara la vanguardia romana en su progreso, así como a los animales».[7] Polibio[8] aseguraba que el motivo de la táctica en cuestión consistía «en infundir al enemigo una sensación generalizada de terror y desmoralización». Así, «la necesidad de asegurar el territorio ante los frecuentes episodios de sublevaciones se hace patente no solo en la aplicación selectiva de la pena de muerte, sino en el uso de otras medidas traumáticas, entre las que se encuentra la amputación de las manos [...] La medida debiera valorarse a nuestro juicio, por sus aplicaciones prácticas relacionadas con la incapacitación definitiva para la lucha de amplios colectivos humanos».[9] De hecho, no es casualidad que la conquista de las Indias se dotase de una «dimensión clásica», otorgada por su comparación con las guerras de Roma. El propio Hernán Cortés llegó a comparar el asedio de México-Tenochtitlan con el de Jerusalén, ya que era de su gusto, según Bernal Díaz del Castillo, recordar los hechos heroicos de los romanos. Gonzalo Fernández de Oviedo también utilizó dicha comparación, señalando cómo en el sitio de México «no murieron menos indios que judíos

en Jherusalem, quando Tito Vespasiano, emperador, la ganó e destruyó», aunque, incluso, alegaría que el cerco de Tenochtitlan no tenía comparación «con ejército ni cerco alguno de aquellos que por muy famosos están escriptos de los pasados». El propio Cortés, al final de su segunda relación dirigida a Carlos I, utilizó la misma frase: «[En el sitio de Tenochtitlan] murieron más indios que en Jerusalén judíos en la destrucción que hizo Vespasiano».[10] Nótese cómo Cortés parece no haber tenido nada que ver en el asunto. Para el padre José de Acosta, la crueldad hispana en las Indias fue superior a la de griegos y romanos («Jamás ha habido tanta crueldad en invasión alguna de griegos y bárbaros. No son hechos desconocidos o exagerados por la fantasía de los historiadores»).[11]

Hasta cierto punto, la opinión que ha merecido la conquista hispana de las Indias[12] casi siempre pareció estar exenta de cualquier comentario profundo sobre los excesos que acarrea la guerra —y la forma de practicarla—,[13] salvo algunas excepciones.[14] Unos excesos que, como sabemos, también se cometían en la Europa de la Época Moderna y que, además, se seguirían cometiendo hasta los conflictos del siglo XX.[15] Porque aunque se haya argumentado que «la atrocidad no compensa, que el uso selectivo de la brutalidad llevó al éxito a corto plazo, pero que a largo plazo fue un desastre», lo cierto es que, en el caso de la conquista de las Indias, la atrocidad sí compensó, quizá porque la brutalidad empleada fue menos selectiva que generalizada.[16] Joanna Bourke señala que «las atrocidades fueron una característica del combate tanto en las dos guerras mundiales como en Vietnam». Es más, según esta autora, lo que ella llama un comportamiento de combate eficaz «*sí* exigía que los hombres actuaran de forma brutal y sangrienta. Durante la batalla, era normal que los hombres

perdieran su capacidad para sentirse conmovidos o perturbados» al principio, pero más tarde lo habitual era acostumbrarse de alguna forma a la matanza, que «pasaba a ser algo común». De hecho, según J. Bourke, «aunque la asociación del placer con el acto de matar y la crueldad puede resultar escandalosa, es sin duda familiar» para muchos de los combatientes. En realidad, muchos soldados mostraban emociones contradictorias, deplorando el hecho de haber matado a otro ser humano en unas ocasiones, y sintiéndose perfectamente felices cometiendo actos de extrema violencia en otras. El problema es que la mayor parte de los historiadores han tendido a considerar que el placer en la matanza era «enfermizo» o «anormal» y que, por el contrario, el trauma era «normal».[17] Es este un punto de vista muy interesante que, creemos, puede aplicarse al caso de la conquista hispana de las Indias; es más, en el caso que nos ocupa, se fue creando un aprendizaje de las maneras de someter a las poblaciones aborígenes merced a las tradiciones bélicas heredadas de la Edad Media, de modo que la actuación hispana en las islas del Caribe acabó siendo «una especie de escuela de los horrores para muchos balboas, ojedas, bastidas, que se desparramaron por las costas del continente practicando lo que allí habían aprendido».[18]

La aparición de una famosa leyenda negra antihispana,[19] de gran trascendencia historiográfica, y la consiguiente reacción que generó,[20] tuvo, bajo nuestro punto de vista, como principal secuela, entre otras muchas consecuencias, el hecho de que apenas si se haya reflexionado acerca de los componentes militares de la conquista de las Indias desde una perspectiva historiográfica competente. Si, de hecho, la moderna historiografía internacional que aplica sus esfuerzos a la historia de la guerra (la *Military History*) se ha interesado

escasamente por la evolución del fenómeno bélico allende de Europa, por los enfrentamientos entre los pueblos de Ultramar y los europeos antes del siglo XIX,[21] la historiografía americanista ha reflexionado muy poco, creemos, sobre estas cuestiones desde los presupuestos de una historia de la guerra muy renovada, historiográficamente hablando, en los últimos años.

Así, durante muchos decenios en el panorama americanista habían triunfado los presupuestos de historiadores como Rómulo D. Carbia, quien, sin negar la existencia de desmanes e «inexcusables delitos» durante la ocupación por parte de la monarquía hispánica de las tierras americanas, acentuó el hecho de que tales prácticas no fueron «indicios de un sistema sino síntomas que evidenciaron la calidad humana de la obra». Es más, «[...] la crueldad, el exceso, la perversidad y el delito no fueron lo normal sino lo excepcional en la hazaña de trasladar a América la civilización del Viejo Mundo».[22] Decía esto último Carbia por su deseo de enfrentarse a los conocidos postulados del padre Bartolomé de las Casas, razón última de la obra del historiador argentino. En su célebre *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (Sevilla, 1552), Las Casas había denunciado que la sistematización de la crueldad y del uso de la violencia extrema de manera persistente fueron las claves de la ocupación militar de las Indias por parte de la monarquía hispánica, como es bien sabido.[23] Lo fácil siempre fue, a nuestro entender, atacar a un propagandista de atrocidades, quizá poco hábil, con su propia arma, es decir, con la contrapropaganda. Y, de esta forma, creemos, se han ido desarticulando,[24] hasta cierto punto, las denuncias del padre Las Casas.[25] No es nuestra intención concurrir ahora a un debate que ha dado muestras de ser muy fértil,[26] pero sí reconocer que ha sido la lectura de otra

de las obras básicas —y clásicas— del dominico, su *Historia de las Indias*,[27] la que nos ha permitido encontrar, muy claramente explicada, la técnica empleada habitualmente por los españoles cuando se proponían controlar un territorio.[28] Podríamos llamarla una diabólica trinidad: en primer lugar, se trataba de hacerse con las personas de los caciques porque, una vez aquellos muertos, «fácil cosa es a los demás sojuzgallos». Una variante era tomar presos algunos indios de la zona —mejor si eran principales—, para que, tras torturarlos, les descubriesen sus «secretos propósitos y disposición y gente y fuerzas que en ellos hay». En segundo lugar:

> Tenían los españoles [...] en las guerras que hacían a los indios, ser siempre, no como quiera, sino muy mucho y extrañamente crueles, porque jamás osen los indios dejar de sufrir la aspereza y amargura de la infelice vida que con ellos tienen, y que ni si son hombres conozcan o en algún momento piensen; muchos de los que tomaban cortaban las manos[29] ambas a cercén, o colgadas de un hollejo, decíanles: «Anda, lleva a vuestros señores esas cartas».

Por último, Las Casas señala la utilización de las masacres como una técnica habitual para domeñar la resistencia de muchos[30] cuando deben ser dominados por pocos;[31] así, refiriéndose a la actuación de Nicolás de Ovando en La Española, dice: «Determinó hacer una obra por los españoles en esta isla principiada y en todas las Indias muy usada y ejercitada; y esta es, que cuando llegan o están en una tierra y provincia donde hay mucha gente, como ellos son siempre pocos al número de los indios comparados, para meter y entrañar su temor en los corazones y que tiemblen [...], hacer una muy cruel y grande matanza».[32]

Lo cierto es que, como veremos en las próximas páginas, el padre Las Casas —y otros autores, no precisamente lascasianos, como fray Toribio de Benavente o Fernández de Oviedo, que nos ofrecen testimonios parecidos— decía toda la verdad.[33] Porque ¿cómo no iba a ser verdad si la propia monarquía utilizó tales argumentos para, por ejemplo, terminar con la trayectoria política de Hernán Cortés? En efecto,

entre las acusaciones principales en su juicio de residencia (1526-1529) se hizo referencia a «crímenes, crueldades y arbitrariedades durante la guerra».[34] Y en el caso del conquistador de Perú Alonso de Alvarado, en el proceso levantado contra él en 1545, se lee: «El dicho capitán Alonso de Alvarado con los compañeros españoles que en su compañía andaban, iban a hacer la guerra a las dichas provincias y a los caciques e indios de ellas, y les hacía la guerra a fuego y sangre como se suele hacer a los indios».[35] Significativa frase. Un testigo de los hechos acontecidos en Perú, Cristóbal de Molina, llamado el Almagrista, no dudó en señalar cómo

> si en el real había algún español que era buen rancheador y cruel y mataba muchos indios, teníanle por buen hombre y en gran reputación [...] He apuntado esto que ví con mis ojos y en que por mis pecados anduve, porque entiendan los que esto leyeren que de la manera que aquí digo y con mayores crueldades harto se hizo esta jornada y descubrimiento y que de la misma manera se han hecho y hacen todas las jornadas y descubrimientos destos reinos, para que entiendan qué gran destrucción es esto de estas conquistas de indios por la mala costumbre que tienen ya de hacerlas todas.[36]

No deberíamos dejar de lado un cuarto factor. Esteban Mira dedica estremecedoras páginas en su obra *Conquista y destrucción de las Indias* al uso y abuso de las indígenas por parte de la mayoría de los conquistadores.[37] Las indias como botín de guerra; el abuso de sus mujeres para hundir psicológicamente al enemigo amerindio.[38] Molina explicaba en su crónica cómo, tras el avance de las tropas hispanas por Perú, los indios se percataron de que lo más seguro era servirles «por las grandes muertes que en ellos habían hecho»; pero ¿qué ocurría con sus mujeres?:

> Y la india más acepta a los españoles, aquella pensaba que era la mejor, aunque entre estos indios era cosa aborrecible andar las mujeres públicamente en torpes y sucios actos, y desde aquí se vino a usar entre ellos de haber malas mujeres públicas, y perdían el uso y costumbre que antes tenían de tomar maridos, porque ninguna que tuviese buen parescer estaba segura con su marido, porque de los españoles o de sus yanaconas era maravilla si se escapaba.[39]

Vergüenza y desolación.

Y no solo eso. Como señala Francisco de Solano, «los remordimientos por los excesos de la guerra podían remediarse espiritualmente mediante el pago de unas bulas de com-

posición ante el pontífice: en 1505 se lograba una para las Antillas, en 1528 para Nueva España». Bernal Díaz del Castillo así lo explica: envió Hernán Cortés a Juan de Herrada a Roma con un rico presente para tratar dicho negocio con el papa Clemente VII, el cual «entonces nos envió bulas para nos absolver á culpa y á pena de todos nuestros pecados, é otras indulgencias para los hospitales é iglesias, con grandes perdones; *y dio por muy bueno todo lo que Cortés había hecho en la Nueva España*».[40] Y, lógicamente, solo puede haber remordimientos cuando se sabe que se ha cometido una mala acción. Aunque, para muchos, era lícito despreciar a los indios por ser gentes «sin Dios, sin ley y sin rey».[41]

Es más, otros miembros del clero, no precisamente amigos del padre Las Casas, como por ejemplo el franciscano Toribio de Benavente (Motolinía), también desarrollaron ideas propias acerca de la actuación hispana muy semejantes a las del dominico:

> Más bastante fue la avaricia de nuestros Españoles para destruir y despoblar esta tierra, que todos los sacrificios y guerras y homicidios que en ella hubo en tiempo de su infidelidad, con todos los que por todas partes se sacrificaban, que eran muchos. Y porque algunos tuvieron fantasía y opinión diabólica que conquistando a fuego y a sangre servirían mejor los Indios, y que siempre estarían en aquella sujeción y temor, asolaban todos los pueblos adonde allegaban.[42]

Fuera del ámbito de los religiosos, entre los pocos autores críticos con la actuación hispana desde las filas de los propios conquistadores o de sus allegados se encuentra Pedro Cieza de León, quien veía en la excesiva codicia de los españoles una de las causas fundamentales de la destrucción de las sociedades aborígenes, en este caso de Perú: «No es pequeño dolor contemplar que, siendo aquellos Incas gentiles e idólatras, tuviesen tan buen orden para saber gobernar y conservar tierras tan largas. Y nosotros, siendo cristianos, hayamos destruido tantos reinos; porque por donde quiera que han pasado cristianos conquistando y descubriendo, otra cosa no parece sino que con fuego todo se va gastando».

Continuando con su indagación, Cieza advertía que «las guerras pasadas consumieron con su crueldad [...] todos estos pobres indios. Algunos españoles de crédito me dijeron que el mayor daño que a estos indios les vino para su destrucción fue por el debate que tuvieron los dos gobernadores Pizarro y Almagro sobre los límites y términos de sus gobernaciones, que tan caro costó».[43] Aunque también Cieza tenía una opinión parecida para el conjunto de los territorios americanos: algunos de los gobernadores y capitanes se caracterizarían por su crueldad, «haciendo a los indios muchas vejaciones y males, y los indios por defenderse se ponían en armas, y mataron a muchos cristianos y algunos capitanes. Lo cual fue causa que estos indios padecieron crueles tormentos, quemándolos y dándoles otras recias muertes».[44]

Abundando en el ejemplo peruano, fray Vicente Valverde pudo escribirle a Carlos I la siguiente reflexión:

> Como cada uno de los governadores [Pizarro y Almagro] tenía necesidad de contentar a la gente, no osavan castigar lo que mal se hazía contra los indios, porque no se fuese la gente y ansí cada uno se tomava licencia de hazer lo que quería, robando y haziendo otros agravios a los indios y como en estas turbaziones el un governador y el otro han quitado indios y dado a otros, los indios están atónitos y no saven a quien han de servir porque piensan que los han de tornar a quitar a los amos que tienen.[45]

Y fray F. Maldonado hizo lo propio con Felipe II en el sentido de que el (mal) ejemplo dado por los españoles solo conduciría a que «no crean [los indios] la verdad y que entiendan que no [h]ay otro dios ni otra vida sino oro y plata y vicios sucios, pues no [h]an visto otra cosa en nosotros».[46]

Asimismo, el cronista Fernández de Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias* pudo decir: «Cosas han pasado en estas Indias en demanda de aqueste oro, que no puedo acordarme dellas sin espanto y mucha tristeza de mi corazón». O, también, con respecto a la disminución de la población aborigen: «Cansancio es, y no poco, escrebirlo yo y leerlo otros, y no bastaría papel ni tiempo a expresar entera-

mente lo que los capitanes hicieron para asolar los indios e robarlos e destruir la tierra, si todo se dijese tan puntualmente como se hizo; pero, pues dije de suso que en esta gobernación de Castilla del Oro había dos millones de indios, o eran incontables, es menester que se diga cómo se acabó tanta gente en tan poco tiempo».[47] O, por ejemplo, el licenciado Tomás López Medel, visitador de Popayán y de Chiapas, donde supervisó la aplicación de las Leyes Nuevas de 1542, quien aseguraba que cinco o seis millones de indios habían «muerto y asolado con las guerras y conquistas que allá se trabaron y con otros malos tratamientos y muertes procuradas con grande crueldad», a causa, básicamente, de la «insaciable codicia de los hombres del mundo de acá ponía en aquellas miserables gentes de Indias».[48] En su *Milicia y descripción de las Indias*, Bernardo de Vargas Machuca supo reconocer que la codicia de los españoles había sido la causante principal de numerosos alzamientos de los indios, que habían costado la vida a muchos soldados, amén del despoblamiento de comarcas enteras y el alargamiento inútil de muchas guerras.[49] Una idea que, en realidad, ya estaba presente en Vasco de Quiroga, quien, en su *Información en derecho*, alegó «la cobdicia desenfrenada de nuestra nación», que llegaba al extremo de forzar los levantamientos de los indios para poder esclavizarlos: «[...] a los ya pacíficos y asentados los levantan, y siempre han de levantar que rabian, y los han de hacer levantadizos, aunque no quieran ni les pase por pensamiento, inventando que se quieren rebelar, o haciéndoles obras para ello».[50] Y fray Toribio de Benavente no dejó de advertir a los codiciosos, y crueles con los indios, que Dios terminaría por castigarles: «Hase visto por experiencia en muchos y muchas veces, los españoles que con estos indios han sido crueles, morir malas muertes y arrebatadas, tanto

que se trae ya por refrán: "el que con los indios es cruel, Dios lo será con él", *y no quiero contar crueldades, aunque sé muchas* [...]».[51] Como bien señala Bethany Aram: «Sin la codicia, la conquista de América hubiera sido irrealizable».[52] Pero no solo eran codiciosos los particulares, también la Corona.

Así pues, partiendo de la base de que la Indias fueron conquistadas no exactamente por un ejército real, aunque también actuaran huestes reales,[53] sino por bandas organizadas[54] de voluntarios armados,[55] reclutadas y financiadas por empresarios militares independientes en la mayoría de los casos,[56] aunque siempre actuasen en nombre de la Corona tras la firma de una capitulación,[57] intentaremos demostrar cómo el uso de la violencia extrema, [58] la crueldad y el terror[59] no solo estuvo más extendido de lo que habitualmente, salvo honrosas excepciones,[60] se ha dicho y reconocido, sino que el hecho de enfrentarse a unas poblaciones racialmente distintas,[61] en algunos casos muy numerosas, en otros muy difíciles de domeñar, y no a ejércitos convencionales, en un ámbito geográfico tan diferente con respecto al Viejo Mundo, llevó a los grupos conquistadores, a la llamada hueste indiana o compañía, a la utilización, como decíamos, de unas prácticas militares que, sin ser desconocidas ni mucho menos en Europa, sí fueron, creemos, unas prácticas comunes, sistemáticas, en las operaciones que condujeron a la invasión y ocupación de América. Lo que trataremos, pues, de demostrar en este libro es cómo la aplicación de la crueldad, del terror y de la violencia extrema fue directamente proporcional a la cantidad de personas que hubo que dominar en un territorio determinado debido a la expectativa de obtención de oro y otras riquezas —incluidos los esclavos— tras el control militar —y político— de dicho territorio o bien a las dificultades

halladas en el proceso de conquista, el cual no fue, en ningún caso, un proceso fácil.[62] Es de sobras sabido que la legitimidad de todo el proceso vendría dada por la existencia de la famosa bula papal de donación, la bula *Inter Caetera* de Alejandro VI (1493), y por la firma, pero no necesariamente, de una capitulación de conquista con la Corona. El premio fue el control sobre enormes poblaciones aborígenes, o bien la promesa de lograrlo en un futuro inmediato. Por ello es obvio que los conquistadores no querían eliminar totalmente a sus futuros súbditos nativos, puesto que ellos se veían a sí mismos como señores de vasallos; pero sí hubieron de emplearse a fondo para conseguirlo, causando las bajas necesarias y utilizando cualquier medio. Es decir, que el sistema colonial hispano se basase en la explotación de la población autóctona no constituye un argumento para demostrar que la conquista fue relativamente incruenta como se percibe en los escritos de tantos y tantos historiadores. En definitiva, el objeto de análisis de este libro es, citando a Garavaglia y Marchena, «el problema de la violencia desatada por el blanco. Este aspecto, que también desde la época de Bartolomé de las Casas era uno de los que más había llamado la atención, fue posteriormente casi abandonado por los estudiosos».[63] O, como señaló Thierry Saignes: «Lo que exigiría una verdadera etnosiquiatría histórica es el furor invertido por los conquistadores europeos para matar, torturar y destruir al morador amerindio [...]».[64] Al mismo tiempo, se tratará de demostrar cómo la Corona, cuando se puso al frente de la expansión territorial, por ejemplo al norte de México-Tenochtitlan, nunca dudó, tampoco, a la hora de aplicar prácticas aterrorizantes para conseguir sus propósitos.

Por otro lado, nuestro punto de vista implica, también, descartar otra posibilidad. Según Carmen Bernand y Serge

Gruzinski, «la tensión perpetua que mantenía la inmersión en un medio ajeno, hostil e imprevisible» podría explicar «las explosiones de barbarie y las matanzas "preventivas" que van marcando el avance de las tropas»; el caso es que, si ello fuera cierto, la matanza de parte de la nobleza mexica ordenada por Pedro de Alvarado el 23 de mayo de 1520 en México-Tenochtitlan sería únicamente producto del miedo, pues se hallaba con escasas fuerzas dentro de la ciudad custodiando la persona del *huey tlatoani* Moctezuma II (Motecuhzoma Xocoyotzin). Creemos que razonar el porqué de una actuación basándose como explicación en el miedo, o a causa del mismo, de la tensión del momento es incompatible con la alusión a una, y típica, además, reacción preventiva. Creemos que hubo cálculo, producto de la experiencia previa, en las acciones militares «preventivas» que se desplegaron en las Indias. Se desarrolló una cultura de la agresión y, como se ha dicho, las formas de actuar se aprendieron y se aplicaron. Estamos convencidos, como han sugerido algunos historiadores, de que la acción de Pedro de Alvarado, independientemente de la tensión con la que vivió, seguro, aquellos días, responde a la puesta en práctica de una experiencia previa: la masacre de parte de la población de la ciudad de Cholula meses atrás, poco antes de la entrada de Hernán Cortés en México-Tenochtitlan (8 de noviembre de 1519), y esta última, a su vez, a toda una tradición de comportamiento bélico en las Indias, pero que tenía unos precedentes en las conquistas de Granada y Canarias —y en la guerra, en definitiva, contra un enemigo no cristiano—, además de en la violencia propia de las sociedades medievales.[65] Por otro lado, C. Bernand y S. Gruzinski nos dan la clave para entender determinados comportamientos militares en las Indias y su utilización sistemática en los diversos territorios que se iban

atacando: «La posición del conquistador no deja de parecer asombrosamente frágil: una sola derrota y los españoles estarían acabados».[66] De ahí, precisamente, el uso de la crueldad, de la violencia extrema, del terror, añadimos.

Trataremos, pues, de ofrecer en la medida de lo posible datos demostrativos acerca de lo ocurrido en las Antillas, Veragua y Darién, Nueva España, Yucatán, Florida, Nueva Granada, Venezuela, Río de la Plata, Perú y Chile desde los inicios de la presencia hispana en las Indias hasta 1598, año de la muerte de Felipe II, pero también de una gran ofensiva nativa (reche) en Chile, el llamado «Flandes indiano». En cambio, no nos va a interesar analizar en esta obra los muchos enfrentamientos habidos entre españoles, tanto los más importantes, como las guerras civiles de Perú, como otros menores —la expedición de Pedro de Ursúa y la tiranía de Lope de Aguirre serían el ejemplo paradigmático— o bien la lucha por expulsar a incipientes colonias de súbditos de potencias enemigas de la monarquía hispánica —la actuación, por ejemplo, de Menéndez de Avilés en Florida—, temáticas muy interesantes pero que se apartan del objeto central de estudio y análisis del presente libro.

El principal vehículo de información elegido ha sido el análisis profundo —una relectura— de toda una nómina de crónicas de Indias —pero no solo de ellas—,[67] teniendo muy presente, como dice Esther Sánchez Merino, que «la violencia ha de ser [...] narrada, y esa narración se hará siempre bajo los principios del discurso dominante de la cultura del narrador, según el cual será interpretado el acto violento en sí mismo. La violencia no existe si no hay una cultura que la interpreta como tal». Es decir, añadimos, si no hay una cultura que la ejerce —y sabe que la está ejerciendo— y otra que la padece. Como sugiere Brian Bosworth en un interesante

trabajo donde establece algunos paralelismos entre las obras militares —¿las podemos llamar carnicerías?— de Alejandro Magno y Hernán Cortés, en las crónicas hispanas, pero también en los testimonios de la Antigüedad, apenas si aparecen referencias a las matanzas perpetradas, a las terribles heridas infligidas al derrotado enemigo, porque de lo contrario: «Las batallas perderían su aura heroica y los conquistadores aparecerían a menudo como matarifes». En el caso del macedonio, son muy escasos, o inexistentes, los testimonios generados por los vencidos. De esa forma, asegura Bosworth, solo leyendo los relatos de los autores proclives a Alejandro, «one becomes immune to the casualty figures. Alexander's men may have killed countless thousands, but one gets the impression that nobody was really hurt».[68] El cronista de la conquista y de las guerras civiles de Perú, Pedro Cieza de León, confesaba en sus escritos la omisión deliberada de muchas de las horribles hazañas de los españoles en las Indias, dado que explicar la crueldad hispana sería un «nunca acabar si por orden las hubiese de contar, porque no se ha tenido en más matar indios que si fuesen bestias inútiles [...] Mas pues los lectores conocen lo que yo puedo decir, no quiero sobre ello hablar».[69] Una frase, esta última, que puede conducir a nuevas reflexiones.

Por otro lado, la violencia hispana en las Indias —como Alejandro en sus campañas asiáticas— perseguiría unos fines muy claros, quedando justificada por la necesidad de conseguir tales fines. «El beneficio social que los resultados de la actuación violenta produce sobre la comunidad evita la reflexión ética sobre dicha actuación», asegura Sánchez Merino, si bien en el caso hispano en las Indias sí se produjo dicha reflexión ética, pero solo por parte de algunos.[70] Como señalaba R. Aron, durante milenios, «el volumen de riquezas de

que los conquistadores eran capaces de apoderarse por las armas era enorme, comparado con el volumen de las que creaban por medio de su trabajo. Esclavos, metales preciosos, tributos o impuestos exigidos a las poblaciones alógenas, los beneficios de la victoria eran evidentes y soberbios». Y el caso de la conquista hispana de las Indias puede ser un ejemplo paradigmático de ello.[71]

MAPA 1. Proceso de ocupación territorial español.

Es más, nuestra principal intención al tratar esta temática no busca la exculpación de nadie de acuerdo con la comparación con lo que hubieran hecho, o lo que hicieron realmente, otras potencias europeas del momento a la hora de su expansión ultramarina.[72] Es el caso de Philip W. Powell, quien en su obra *Árbol de odio* (Madrid, 1972) se muestra partidario de pensar que los ingleses, en el siglo XVI, hubieran hecho lo mismo que los españoles en caso de haber podido. O de Irving A. Leonard, quien en su conocido trabajo *Los libros del conquistador* (México D. F., 1953) aseguraba que aquellos se comportaron igual, es decir, de modo cruel e inmisericorde, en sus campañas irlandesas o en sus colonias de América del Norte en el siglo XVII. Así, por ejemplo, cita el caso de Thomas Dale, quien en Virginia no dudó en mandar ahorcar, quemar, tostar, fusilar o dar tormento en la rueda, pero no a indios, sino a algunos de sus propios hombres, que habían pretendido fugarse a territorio aborigen para escapar del rigor del trabajo en la colonia. La pregunta obvia es: si así trataba a los suyos, ¿qué no haría a los indios?[73]

Tenemos la sensación de que demostrar una opinión matizada a favor de la conquista y la colonización hispanas de América en su comparación con las actuaciones de otras nacionalidades (Inglaterra, Francia, las Provincias Unidas de los Países Bajos, Portugal, los alemanes en la conquista de Venezuela, un ejemplo muy recurrente)[74] fue, durante algún tiempo, el signo de poseer un pensamiento dotado de cierta modernidad, cuando no de gozar de una posición historiográfica avanzada, o, simplemente, era una actitud de justicia;[75] un deseo, en definitiva, de dejar atrás los excesos de la burda Leyenda Negra.[76] Pero, se nos antoja, dicha actitud tampoco ayudaba a entender mejor los comportamientos militares en las Indias. Desde luego, no comulgamos con el trasfondo

conservador de opiniones como las de F. Morales Padrón, quien no dudaba en señalar que «América había de conquistarse tal como se hizo. Los hombres que allí fueron no eran una pandilla de asesinos desalmados; eran unos tipos humanos que actuaban al influjo del ambiente, determinados por su época, por las circunstancias, por el enemigo, por su propio horizonte histórico».[77] Ninguna objeción. Si todo ello es cierto cabría añadir que utilizaron la crueldad, el terror y la violencia extrema, típicas de su época, para imponerse en una guerra que, por supuesto, no tenían ganada en absoluto de antemano.[78] Que los indios podían ser crueles (según los parámetros europeos) y torturaban a sus enemigos, sin duda.[79] Que utilizaban el terror para imponerse, también.[80] Pero, por un lado, no es el objetivo de este libro analizar semejante tema para la época precolombina y, por otro, cabe reconocer que las huestes indianas actuaron como una tropa invasora de los diferentes territorios americanos y, por lo tanto, las reacciones de los indios, del tipo que fuesen, cabe contemplarlas como legítimas.[81]

1
SOBRE ARMAS, TÁCTICAS Y COMBATES: EL CONQUISTADOR COMO HÉROE

EL OFICIO DE LAS ARMAS

Mucho se ha escrito sobre las armas europeas y la conquista de América.[1] *A priori*, parece obvio que para hacer la guerra los europeos —en este caso, los castellanos— estaban mejor preparados tecnológicamente que los mesoamericanos o los incaicos, y a una distancia abismal del resto de pueblos amerindios. Por otro lado, los caballos de guerra —descritos por el cronista Lucas Fernández de Piedrahita como «el nervio principal de nuestras fuerzas en las partes que pueden aprovechar á sus dueños»; «no teníamos, después de Dios, otra seguridad sino la de los caballos», dirá Hernán Cortés; en los terrenos donde los españoles podían aprovechar sus caballos «[...] todo lo asegura y deshace», señala por su parte Vargas Machuca— parecen fundamentales.[2] Pero ¿fue su número realmente decisivo? Esteban Mira se ha referido a la caballería como «la base de las huestes». Era un arma «absolutamente insalvable para los indios. Su movilidad y su posición dominante hacía que un hombre a caballo hiciese por diez españoles de a pie y por medio millar de indios. Las tribus indígenas sucumbían una detrás de otra a la ofensiva de la caballería». Pero, más adelante de su escrito, el autor se contradice un tanto cuando asegura que «muy pocos españoles pudieron disponer en los primeros años de estos équidos». Sin pretender subestimar el concurso de los caballos, relativamente escasos, que participaron en las primeras fases de la conquista —las más trascendentes, pues estamos convencidos del choque psicológico que significaron al inicio de toda operación militar—, lo cierto es que Mira parece incidir sobre todo en la limitada capacidad militar de los indios en sus enfrentamien-

tos con la poderosa maquinaria militar hispana, lo que, de hecho, no deja de ser la explicación tantas veces expuesta por fray Bartolomé de las Casas como causa fundamental para revelar el porqué de tan fácil, rápida y cruenta conquista. Nuestra posición sería, más bien, considerar, como ya se ha expuesto, que la guerra fue muy difícil de ganar, entre otras razones porque jamás se contó con una «caballería» al nivel de los ejércitos europeos de la época,[3] de ahí la necesidad de recurrir sistemáticamente a las más diversas prácticas aterrorizantes,[4] además de al concurso de los indios aliados. Sin duda, el caballo produjo una sensación inicial, pero no fue la causa única y cardinal de la derrota de la población autóctona, a pesar de algunos testimonios. Como señalaba el padre Aguado, en la conquista de las tierras de Cenú,

> los indios siempre en la primera vista que con los españoles tienen, se les acercan y se juntan con ellos muy bestialmente y sin ninguna orden, pareciéndoles que son gentes inferiores a ellos, pero después que son lastimados con sus espadas y atropellados con los caballos, sin ser ellos poderosos para damnificar a los españoles, cobran gran temor, el cual pocas veces pierden y les parece que todo el daño que han recibido se lo han hecho los caballos, y así tiemblan de ver su terrible aspecto, y así hace más un solo caballo en una guazabara que muchos soldados.[5]

No hay que abusar de los choques psicológicos:[6] los tlaxcaltecas mataron tres caballos en las escaramuzas iniciales contra las tropas de Hernán Cortés, y este hubo de disimular como pudo «la pena que tuvo de que los indios hubiesen entendido que los caballos eran mortales»;[7] cuando se atacó Cholula, en la ciudad se habían preparado trampas para los caballos.[8] En la célebre «Noche Triste» (30 de junio-1 de julio de 1520) los caballos de Cortés fueron atacados en las calzadas de Tenochtitlan «con lanzas muy largas que habían hecho [los mexicas] de las espadas que nos tomaron, como partesanas, mataban los caballos con ellas».[9] Quizá, más que como arma, al caballo cabría entenderlo como una ilusión para muchos guerreros aborígenes: quien pudiese matarlo, y sobre todo capturarlo y ofrecerlo a sus dioses, alcanzaría gran prestigio. En todo caso, hubo más caballos en Perú, donde, por cierto, el terreno era menos apto para ellos, que no en la conquista de México, y muchos más propor-

cionalmente en Chile (donde no fueron del todo decisivos, pues la guerra se hizo eterna) o en el intento de conquistar Florida por parte de Hernando de Soto (quien incorporó trescientos cincuenta équidos en su hueste). También en los primeros compases de la conquista de Perú procuró Pizarro disimular la muerte de algún caballo, aunque bien pronto pudieron colegir sus hombres cómo los indios temían tanto a sus caballos como «el cortar de las espadas». Por ello, algunos de los ciento setenta compañeros que seguían a Pizarro comenzaron a murmurar al iniciar la ascensión a la sierra, «porque con tan poca gente se iba a meter en manos de los enemigos; que mejor hubiera sido aguardar en los llanos, que no andar por sierras, donde los caballos valen poco».[10] El Inca Garcilaso de la Vega aseguraba que el capitán Alonso de Alvarado, en su larga marcha hacia Cuzco, hubo de enfrentarse a menudo en terrenos fragosos donde los caballos eran de muy poca utilidad. En aquellos casos, solía enviar cuarenta o cincuenta arcabuceros, quienes, con la ayuda de los indios auxiliares, limpiaban el terreno.[11] Muy posiblemente, Pedro de Mendoza, el primer fundador de Buenos Aires, perdiera casi todos sus caballos (setenta y dos) en una batalla en 1536 contra los indios querandíes, que usaron lazos con bolas, las famosas boleadoras, para domeñarlos.[12] En Chile, por ejemplo, la obsesión de algunos jefes araucanos era lograr hacer pelear a los hispanos a pie y no a caballo, «que la fuerza que tenían era los caballos». También se prepararon allá zanjas y hoyos con estacas para frenarlos. Al final, como se sabe, ellos mismos adoptaron al équido como instrumento de guerra. Y con mucha fortuna.[13] Los caballos alcanzaron precios astronómicos por la poca disponibilidad que había de ellos en los primeros compases de la conquista, de ahí que los cronistas siempre resaltasen sus muertes en combate. Y, abundando en ello, tampoco es de extrañar el comentario de Cristóbal de Molina, que admite una segunda lectura, por supuesto, sobre la forma de cuidar a los potros: en la expedición de Diego de Almagro a Chile en 1535

se vio cómo «algunos españoles, si les nacían potros de las yeguas que llevaban los hacían caminar en hamaca y en andas a los indios, y otros por su pasatiempo se hacían llevar en andas, llevando los caballos del diestro porque fuesen muy gordos».[14] Pero tratar al caballo como «el tanque de la conquista» a la manera de John Hemming es excesivo.[15] Sobre todo porque no era de metal y se agotaba igual que los propios hombres. A menudo, las tácticas hispanas de combate se desplegaban en función de la necesidad de preservar los propios caballos, agotados por los encuentros previos. Tras los primeros compases bélicos, insistimos, los amerindios también se acostumbraron a los caballos, además de a la forma de guerrear de los españoles; un informe de Rodrigo de Albornoz, contador de Nueva España, a Carlos I en 1525 nos parece harto elocuente: si bien en los primeros combates

> huían ducientos y trezientos de uno o dos de caballo, y agora acontece atenerse un indio con un cristiano que esté a pie como él, lo que antes no hacían, y arremeter al de caballo diez o doze indios por una parte y otros tantos por otra para tomarle por las piernas; y así viendo comos los cristianos pelean y se arman, ellos hacen lo mesmo y de secreto procuran de recoger armas y espadas, y saben hacer picas con oro que dan a los cristianos [...],

ello sin contar con que, en sus enfrentamientos, los españoles se habían valido de otros indios, una conducta por castigar, ya que era la mejor fórmula «para que un día que les esté bien o tengan aparejo no dexen cristiano con nuestras mesmas armas y ardides».[16] En realidad, se dieron numerosas reflexiones en el sentido de no dilatar los conflictos para evitar que los indígenas aprendieran a hacer la guerra contra sus invasores. Según Vargas Machuca, los indios eran «[...] gente que no guarda más que la primera orden, que es hasta representar la guazavara [batalla], porque luego se revuelven y pelean sin orden [...]».[17] Pero con el tiempo fueron aprendiendo.

No obstante, cabría añadir otro factor. En el ambiente cultural propio de la época, todos, tanto los participantes en los hechos de armas como los cronistas, algunos de ellos coincidentes en ambas tareas, estaban imbuidos, como no podía ser de otra manera, por una ideología bélica caballeresca muy reacia, toda-

vía, a aceptar la sustitución de la caballería por esa nueva infantería pertrechada con arma de fuego portátil, en realidad, como sabemos, un número de hombres muy escaso, y con picas como elemento clave de la práctica militar. Tanto es así que, creemos, los lances de guerra en los que participaba la caballería, al fin y al cabo un arma que ennoblecía, fueron magnificados mientras que, sin ser ninguneados, los estragos de las armas de fuego por el contrario tuvieron una justa remembranza en los trabajos de los cronistas. Porque en la ideología militar caballeresca, como es harto conocido, matar a distancia no era honorable, aunque en los enfrentamientos contra las masas de amerindios dicha circunstancia no tenía que pesar demasiado. Así, si bien la táctica de combate en el mundo mexica exigía luchar cuerpo a cuerpo al objeto de obtener prisioneros para que fuesen sacrificados[18] —o bien, sencillamente, eliminar al enemigo—, de modo que «matar a distancia significaba la deshonra para los indígenas»; dicha táctica —y mentalidad bélica— obligaba a los guerreros a esperar el desenlace de una primera oleada o línea de combate en su enfrentamiento contra el grupo invasor europeo —y sus aliados aborígenes—, antes de que una segunda línea de combatientes probara fortuna, de manera que no podían aprovecharse ni de su número, cuando las armas de fuego europeas y las ballestas podían matarlos a distancia, porque, según Hugh Thomas, a los castellanos «les era indiferente el modo de matar a un enemigo: lo importante era matarlo».[19] En realidad, sí era importante cómo se mataba al enemigo, y la mejor prueba, creemos, es cómo se narraban dichas muertes y batallas. Es decir, la memoria de la violencia ejercida. No obstante, en momentos de apuro, sin duda lo importante era la eliminación física del contrario como fuese. En todo caso, fueron dichas limitadas tácticas de combate tradicionales del mundo mexica, y no otras, las utilizadas contra los españoles en los primeros compases del encuentro entre ambos contingentes, o ambos mundos, y, como se ha señalado, el elemento sorpresivo inicial tuvo que

durar muy poco tiempo; por otro lado, los mexicas se vieron forzados a combatir de un modo distinto: por ejemplo, nunca habían luchado en el interior de su propia ciudad.

Tampoco vamos a subestimar el concurso de los perros de presa,[20] mastines y alanos, especialmente útiles para descubrir emboscadas en las selvas. Pocas descripciones tan vívidas de ellos como las que siguen de fray Bernardino de Sahagún y Pedro Mártir de Anglería son capaces de transmitir el significado de la utilización de los perros de presa. El primero señaló cómo: «Ansimismo ponían grand miedo [en los indios] los lebreles que traían consigo, que eran grandes. Traían las bocas abiertas, las lenguas sacadas, y iban carleando. Ansí ponían gran temor en todos los que los v[e]ían». Por su parte, P. Mártir de Anglería aseguraba que: «Se sirven los nuestros de los perros en la guerra contra aquellas gentes desnudas, a las cuales se tiran con rabia, cual si fuesen fieros jabalíes o fugitivos ciervos [...] de suerte que los perros guardaban en la pelea la primera línea, y jamás rehusaban pelear». [21]

También Gonzalo Fernández de Oviedo se había referido a la cuestión, señalando cómo «aperrear es hacer que perros le comiesen o matasen, despedazando el indio, porque los conquistadores en Indias siempre han usado en la guerra traer lebreles e perros bravos y denodados; e por tanto se dijo de suso montería de indios».[22] Luis de Morales, en 1543, llegó a demandar a la Corona que se matasen[23] los perros utilizados hasta entonces en los aperreamientos, «que solamente los tienen avezados para aquel efecto y los crían y los ceban en ellos [los indios]».[24] Por lo tanto, una cosa es el perro utilizado en combate,[25] acostumbrado al ruido de los arcabuces,[26] y otra muy distinta el adiestrado para que, en grupos de diez o doce, practicara la justicia del vencedor. Es de lo que se quejaba el visitador Alonso de Zorita, cuando señalaba, entre horrorizado e indignado, que había averiguado cómo «los españoles tenían perros impuestos en despedazar indios vivos, y se comían sus carnes [...], y que los

imponían para las entradas, guerras y conquistas que hacían».[27] Zorita había laborado en Nueva Granada donde, en la conquista del país de los muzos, los perros fueron una pieza clave en la victoria. A decir del cronista Fernández de Piedrahita:

> Debióse todo el buen éxito de esta conquista á los perros de que usaban los españoles, á quienes los Muzos preferían á las armas de fuego y caballos; y á la verdad, como no se suelten al atacar las batallas, son de grande conveniencia en las guerras de Indias, porque acometiendo cara á cara peligran los más a los tiros de las flechas, y valiéndose de ellos al tiempo que los indios huyen ó se retiran, hacen tal estrago, que los dejan acobardados para los encuentros futuros y aun para turbarlos con su vista [...].[28]

En cuanto a la tecnología armamentística europea,[29] las armas de fuego[30] —portátiles y la artillería[31]— y las de acero, tanto ofensivas como defensivas —y el uso estratégico y, sobre todo, táctico de las mismas (la formación en escuadrón, del que trataremos más adelante)—, resultaron muy útiles[32] a la hora de enfrentarse a las armas de piedra y madera, con una escasísima presencia del bronce y el cobre, de los nativos americanos quienes, además, aprendieron demasiado tarde de las tácticas de combate de sus dominadores y, sobre todo, cuando, como en el caso de los mexicas o los incas, carecían de la flecha envenenada.[33] Fue esta, precisamente, el arma más mortífera de los indios, pero no, como decíamos, entre las grandes civilizaciones aborígenes, sino en Nueva Granada y Venezuela, Panamá y en zonas del Caribe.[34] De hecho, después de la guerra civil iniciada en 1529 incluso quedaron pocos flecheros en las filas del ejército incaico. Y si además carecían de la saeta emponzoñada, mucho peor para ellos.[35] Al menos en una ocasión, que sepamos, fueron los propios hispanos quienes de forma indirecta proporcionaron una nueva arma a los indios. En 1558, en Asunción, parte de la compañía de Nuflo de Chaves regresó acompañada por indios aliados, quienes habían guerreado cerca de Charcas con los indios chiquitos, hábiles flecheros de jaras envenenadas. Con ellos llevaron el secreto y se sublevaron contra los españoles:

> Movió a esa gente a esta novedad el haber traído de aquella entrada que hicieron con Nuflo de Chaves, gran suma de flechería enherbolada, de que aquella cruel gente, llamada los Chiquitos, usaba, de lacual los de esta provincia habían recogido y guardado lo que habían podido haber para sus fines contra los españo-

les; y vueltos a sus pueblos de la jornada, mostraron por experiencia a los demás, el venenoso rigor de aquella yerba, de cuya herida ninguno escapaba, ni hallaba remedio ni triaca contra ella.[36]

Los amerindios nunca fueron seres inermes, carentes de ideas e iniciativa, y mucho menos en momentos en los que la vida estaba en juego. Los informantes del padre Sahagún, por ejemplo, explican cómo los mexicas, en pleno sitio de su ciudad,

> cuando vieron, cuando se dieron cuenta de que los tiros de cañón o de arcabuz iban derechos, ya no caminaban en línea recta, sino que iban de un rumbo a otro haciendo zigzag; se hacían a un lado y a otro, huían del frente. Y cuando veían que iba a dispararse un cañón, se echaban por tierra, se tendían, se apretaban a la tierra. Pero los guerreros se meten rápidamente entre las casas, por los trechos que están entre ellas: limpio queda el camino, despejado, como si fuera región despoblada.[37]

Se nos antoja que, quizá, de entre el armamento europeo, fuese la espada de acero la principal arma, pues permitió al infante hispano permanecer un día más en el campo de batalla, es decir, sobrevivir. Con ella se logró, más que la victoria, evitar la derrota en los primeros enfrentamientos, que eran siempre fundamentales. En el combate cuerpo a cuerpo, frente a armas de la Edad de Piedra o, como mucho, de inicios de la del Bronce, no tenía rival. «Las espadas españolas tenían la longitud precisa para alcanzar a un enemigo que careciese de un arma similar», y sin las protecciones adecuadas.[38] Por otro lado, las heridas que podían llegar a infligir —como las causadas por las armas de fuego—[39] desconcertaron a los aborígenes.[40] En las campañas iniciales de Vasco Núñez de Balboa en el Darién, las gentes del cacique Torecha, que tuvieron seiscientas bajas a decir de Francisco López de Gómara, quedaron «espantados de ver tantos muertos en tan poco tiempo, y los cuerpos unos sin brazos, otros sin piernas, otros heridos por medio, de fieras cuchilladas».[41] Tras uno de los primeros encuentros con los tlaxcaltecas, estos aseguraron a Cortés que «estaban maravillados de las grandes y mortales heridas que daban sus espadas».[42] En la batalla de Otumba, las escasas fuerzas de Cortés, a decir de Díaz del Castillo, recibieron órdenes para que «todos los soldados, las estocadas que diésemos, que les pasásemos las entrañas».[43] Según López de Gómara, en la plaza de Cajamarca, al ser tomado preso Atahualpa, «murieron tantos [indios] porque no pe-

learon y porque andaban los nuestros a estocadas, que así lo aconsejaba fray Vicente [Valverde], por no quebrar las espadas hiriendo de tajo y revés».[44] En Nueva Granada, Cieza de León explica cómo la fama de las armas hispanas precedía la llegada de la hueste: «Ya se sabía por todos los pueblos de aquella gran provincia la venida de los españoles, y engrandecían nuestros hechos diciendo que de un golpe de espada hendíamos un indio, y de una lanzada le pasábamos de parte á parte, y lo que más les espantaba era oír de la manera que la saeta salía de la ballesta, y la furia tan veloz que llevaba, y de los caballos se admiraban también en ver su lijereza [...]».[45] En Cenú, el capitán Francisco César y sus hombres se maravillaron por haber matado tantos indios en una batalla de muy corta duración. La respuesta: sus lanzas y espadas, con las que «como ellos eran muchos y venían muy juntos y desnudos, no había más de picar o dar estocadas y pasar de largo, y como los indios veían caer indios en el suelo y no veían volver atrás a los españoles, desmayaban y perdían el coraje y esperanza que de haber victoria traían».[46]

Las ballestas tampoco pueden ser olvidadas, ya que carecían de las limitaciones de las armas de fuego, muy escasas al principio de la conquista, tan dependientes del estado y de la cantidad de pólvora que se tuviera y de ejecución lenta (un disparo cada entre dos y cinco minutos), tenían un gran poder de penetración y eran más fáciles de usar. Así, mientras que en Europa las famosas compañías de ballesteros medievales fueron sustituidas por los arcabuceros, en las Indias durante los primeros decenios la ballesta fue un arma muy útil que solo en la década de 1570 en adelante parece ser suplida casi totalmente por el arma de fuego.[47]

En realidad, así como, psicológicamente, el arma aborigen que causaba mayor desmoralización entre las filas hispanas fue la flecha envenenada, que mataba de manera inmisericorde por leve que fuese la herida causada, los efectos de las armas europeas que mataban a distancia también debieron ser muy terri-

bles de soportar, sobre todo cuando afectaban a civilizaciones, como los mexicas, adaptadas a una manera de guerrear que había hecho del enfrentamiento corporal su razón de ser. Inga Clendinnen acierta de pleno cuando sugiere lo siguiente: «Spaniards valued their crossbows and muskets for their capacity to pick off selected enemies well behind the line of engagement: as snipers, as we would say. The psychological demoralization attending those sudden, trivializing deaths of great men painted for war, but not yet engaged in combat, must have been formidable».[48]

Las espadas, las ballestas, las armas de fuego[49] y, no las releguemos, las protecciones corporales,[50] que rápidamente se adaptaron a las necesidades de la guerra en las Indias.[51] De forma clarividente, Bernardo de Vargas Machuca fue de los primeros en referir cómo las armas europeas se hubieron de adecuar a las condiciones propias de América, sustituyendo las armas defensivas de acero por otras de algodón tupido típicas de los indios de Nueva España,[52] los llamados escaupiles, que podían alcanzar varios centímetros de grosor: «En las Indias usaron al principio ballestas, cotas y corazas y pocos arcabuces, también rodelas. Ya ahora en este tiempo, con la larga experiencia, reconociendo la mejor arma y más provechosa, usan escopetas, sayos de armas hechos de algodón, espadas anchicortas, antiparas y morriones del dicho algodón y rodelas».[53]

También Girolamo Benzoni nos ofrece una descripción del armamento utilizado, en este caso en la costa venezolana, muy interesante:

> Los españoles que van a caballo combatiendo contra los indios en este territorio llevan un jubón bien forrado de guata, y se arman con lanza y espada. Los de a pie usan escudos, espadas, ballestas y un jubón como los de a caballo, aunque más ligero. Sin embargo, no llevan arcabuces, petos ni corazas, a causa no solo de la humedad de aquellas tierras, sino también porque a menudo tienen que dormir al aire libre. Y así, por un lado la humedad, y por otro la extrema abundancia de rocío, harían que en breve tiempo se estropeasen.[54]

En Perú, en el intento de conquistar la tierra de Chachapoyas en 1535, Alonso de Alvarado utilizó armas defensivas de algodón: sus peones iban armados, como era usual, con rodela, es-

pada y ballesta, además de «sayos cortos [a]colchados recios, provechosos para la guerra de acá; los caballeros con sus lanças y morriones y otra armas hechas de algodón».[55]

En Nueva Granada pelearon protegidos por los sayos de algodón, que les daban un aspecto grotesco, tanto los hombres como los caballos y hasta los perros. Cieza de León, veterano de la zona, rememora, no sin sentirse un tanto orgulloso de las hazañas de los suyos:

> [Los indios flecheros] son tan certeros, y tiran con tanta fuerza que ha acaecido muchas veces pasar las armas y caballo de una parte a otra, o al caballero que va encima, si no son demasiadamente las armas buenas y tienen mucho algodón, porque en aquella tierra por su aspereza y humedad no son buenas las cotas ni corazas, ni aprovechan nada para la guerra de estos indios que pelean con flechas. Mas con todas sus mañas, y con ser tan mala la tierra, los han conquistado, y muchas veces saqueado soldados de a pie, dándoles grandes alcances sin llevar otra cosa que una espada y una rodela.[56]

Incluso, también en Nueva Granada, en algunas campañas se llegaron a proteger con toldos[57] de algodón los bergantines que remontaban los ríos para repeler las flechas de los amerindios; como explica Lucas Fernández de Piedrahita, el capitán Alonso Martín, mientras navegaba por el río Cesare, hubo de colocar en sus seis bergantines dichas protecciones, que resultaron muy útiles: «Los indios, pues, viéndose á distancia de poder jugar su flechería, dieron tan espesa carga á los bergantines, que á no estar defendidos de las mantas, en que se quedaban pendientes sin pasar adelante las flechas, fuera el daño muy considerable en los nuestros».[58]

El armamento europeo, que en algunas láminas del famoso Théodore de Bry aparece utilizado tal y como se hubiese hecho en batallas libradas en el Viejo Continente, era decisivo en tanto en cuanto dotaba de prestigio al grupo invasor. Un prestigio no solo práctico, sino también simbólico.[59] Era un elemento fundamental, junto con la voluntad de algunos caudillos de seguir adelante a pesar de las calamidades sin fin que debían soportar ellos y sus hombres, a la hora de concertar alianzas con los aborígenes una vez que, en determinadas circunstancias, estos habían padecido en sus carnes la terrible experiencia que deparaba su uso por manos expertas; en otras ocasiones, mucho más

expeditivas, permitía realizar terribles matanzas de gran impacto psicológico. Unas matanzas que acabarían siendo más sistemáticas de lo que se ha reconocido a causa de su función aterrorizante y paralizante de un enemigo tan numeroso. Los tlaxcaltecas padecieron en sus carnes los efectos de las armas hispanas —así como una dosis oportuna de crueldad y ambición administrada por Cortés y los suyos— antes de inclinarse por una alianza con el de Medellín. Si nos ha podido derrotar a nosotros, ¿no derrotará también a nuestros enemigos?, cavilaron seguramente. Ahora bien, ha existido un uso —y un abuso— de la explicación armamentística, del desequilibrio en cuanto a la tecnología aplicada a la guerra de unos y otros, para describir el proceso de la conquista. Un cronista de la talla de Cieza de León puede argüir, por ejemplo, que el capitán Francisco César, con treinta y nueve hombres y trece caballos, se enfrentase a veinte mil indios de Nueva Granada, derrotándoles. En la batalla de Cintla, cerca de Potonchán, la primera victoria de Hernán Cortés en su larga campaña, Bernal Díaz del Castillo asegura que lucharon contra ciento cincuenta mil guerreros, es decir, diez veces más que la población de la ciudad, según la relación del lugar que hiciese Juan de Grijalva. En realidad, si esta última cifra es correcta, seguramente lucharon contra cuatro mil o cinco mil guerreros, en una proporción de ocho o diez a uno, y no de trescientos a uno como apuntaba Díaz del Castillo.[60] Más preocupante es que una autora como Patricia Seed continúe argumentando que las armas de acero fueron fundamentales para la conquista y así, refiriéndose al sitio de Cuzco en 1536, pueda afirmar que «190 soldados con casco de acero y coraza derrotaron allí a 200.000 personas armadas con piedras», un dato extraído, por cierto, de la crónica de Cieza de León, sin plantearse, al parecer, lo que está diciendo. En cambio, Carlos S. Assadourian sí critica, por ejemplo, una fuente como la crónica de Pedro Pizarro, en la que este asegura que doscientos hispanos, y, en especial, setenta de a caballo, vencieron a doscientos mil gue-

rreros aborígenes, o que les hicieran, según otras fuentes, cincuenta mil muertos en dicho sitio.[61] Y la critica porque las cosas no sucedieron así, sencillamente.

La tecnología armamentística europea, los caballos, el uso del escuadrón, todo ello tuvo su trascendencia, seguro, pero ¿acaso no lo fueron también los hombres? Y ¿quiénes? ¿Solo los europeos?

En realidad, el más importante y decisivo instrumento de la conquista fueron los propios aborígenes,[62] además de la voluntad hispana por conquistar, y no tanto su superioridad tecnológica.[63] Otra cuestión es el sentir de la mayor parte de los cronistas coetáneos, además de la de los propios participantes, a veces la misma persona. Por muy bien armados, cohesionados, motivados y protegidos por su Dios que estuviesen o se sintiesen los grupos conquistadores, no es de recibo pensar que Hernán Cortés, quien empleó a un total de 1.822 europeos —más algún africano— en todo el proceso de conquista, pero nunca todos estos hombres formando parte de su hueste al mismo tiempo, con menos de cien caballos —¿cien caballos son caballería?—, entre veinte y cuarenta cañones[64] —tampoco este parque artillero fue utilizado al mismo tiempo— o doscientas armas de fuego portátiles y ballestas, tomase gracias a este avance tecnológico, y al citado número de combatientes, un imperio como el mexica. En realidad, la alianza con los linajes gobernantes de diversos grupos, o jurisdicciones, enemigos de los mexicas —e incluso antiguos aliados de estos— como Cempoala, Tlaxcala, Cholula, Huexotzinco, Chalco, Xochimilco y Texcoco, principalmente, que ofrecieron a Cortés decenas de miles de combatientes, zapadores y acarreadores, milicianos auxiliares en suma, fue la causa principal de la caída del imperio mexica.[65] Como reconoce la moderna historiografía mexicana, los propios indios conquistaron México-Tenochtitlan y ayudaron, en su momento, a conquistar el resto del altiplano central mexicano.[66] Y otro tanto se podría decir de Perú.Según señala Rafael Varón: «Durante la

conquista los grupos indígenas debieron renovar su alianza con el poder hegemónico, ahora español, para mantener posiciones de privilegio, o incluso para poder sobrevivir a la caída del Tawantinsuyu».[67] Cuestión distinta será, como comprobaremos, la dificultad para hallar al indio aliado —los «amigos» como aparecen citados en algunas crónicas—, guerrero en definitiva, en pie de igualdad con el europeo en las páginas de las crónicas. O en las obras del propio padre Las Casas.[68]

Sin duda, los indígenas aliados constituyeron una pieza clave en la victoria, manteniéndose a menudo como reserva para ir cubriendo posibles bajas, pero al terminar el combate se lanzaban a perseguir sin tregua a los aborígenes derrotados. De los pocos cronistas del primer cuarto del siglo XVI sensibles con este tema destaca particularmente Pedro Mártir de Anglería. Así, si en los primeros compases de la conquista cortesiana, en lucha contra Tlaxcala, nuestro autor no tiene ningún problema a la hora de repasar las fuerzas hispanas («Cortés tenía seis cañones y otros tantos escopeteros, cuarenta flecheros, y mezclados con estos trece caballos, instrumentos de guerra desconocidos de los bárbaros; y así, por fin, se disolvió aquella nube de bárbaros»), lo cierto es que, una vez conseguidos nuevos aliados, entre ellos los propios tlaxcaltecas, la situación cambió. Por ejemplo, en la lucha contra Tepeaca, en el verano de 1520, señala Anglería: «Nuestras bombardas y a la vez los caballos, cosas que ellos jamás habían visto ni oído, les dejaron a punto descuajados; pero ayudó muchísimo la ayuda reunida de aquellos tres pueblos», es decir, de tlaxcaltecas, cholultecas y huexotzincos.[69] Los primeros, aliados de Cortés en la toma de Cholula, como apenas se diferenciaban de los guerreros enemigos en sus armas y divisas, «se pusieron en las cabezas unas guirnaldas de esparto [...] y con esto eran conocidos los de nuestra parcialidad, que no fue pequeño aviso».[70]

Muy a menudo, quizá demasiado, la ayuda de los indios aliados fue, incluso, poco «honorable». A comienzos de la campaña

pizarrista, a decir de Cieza de León, los aliados tumbestinos ayudaron a las huestes de Pizarro a domeñar los habitantes de la isla de Puná, a quienes «robaban a discreción, y más era los que destruían y arruinaban, por el odio y enemistad antigua». Por otro lado, «por los tener más gratos», Pizarro mandó liberar a cuatrocientos tumbestinos que estaban en poder de sus enemigos de la isla de Puná.[71] Tras la caída de Cuzco, un capitán, Gonzalo Trujillo, con apenas otros cuatro compinches españoles, pero con «mucha cantidad de indios», unos cuatrocientos, de Conchudos, Andahuaylas y Chachapoyas, atacaron la provincia de los chupachus. Según un testigo, con los indios que traía mató Trujillo «de los naturales de esta provincia tantos que es lástima decillo, porque creo que mató más de cuatrocientos o quinientos, según los indios dicen e según la osamenta está hoy día».[72] La actuación de Trujillo no fue la excepción, sino la norma. A decir del Inca Garcilaso, en Perú, «el Yndio rendido y preso en la guerra se tenía por más sujeto que un esclavo, entendiendo que aquel hombre era su Dios y su ydolo, pues le [h]abía vencido, y como a tal le debía respetar, obedescer y servir y serle fiel hasta la muerte». Así, los indios sirvieron a los españoles como «espía, escucha y atalaya, y mediante los avisos de estos tales hicieron los cristianos grandes efectos en la conquista de aquella tierra».[73] Y el secretario de Francisco Pizarro, Pedro Sancho de la Hoz, al menos reconoció que los indios aliados de Perú «se portaron en todas estas empresas tan valerosamente y sufrieran tanto, como otros españoles pueden haber hecho en servicio del Emperador, de manera que los mismos españoles que se han hallado en esta empresa se maravillan de lo que han hecho, cuando de nuevo se ponen a pensarlo».[74]

En Nueva Granada, Pascual de Andagoya aseguraba que entre Quito y Popayán la población aborigen había sido diezmada, de modo que: «Quise saber cómo, en tan breve tiempo, se había acabado tanto bien y tanto número de gente». La respuesta era que Sebastián de Belalcázar había salido de Quito permitiendo

que sus capitanes se llevasen consigo gran número de indios de aquellas tierras, el que menos un centenar, el que más cuatrocientos o quinientos, «que éstos de su natural son inclinados a robar y matar; y donde éstos entraban no dejaban cosa viva que todo no lo quemasen y asolasen».[75] También en dichas comarcas certifica Cieza de León cómo los indígenas de la provincia de Pozo, que servían de apoyo a Belalcázar en su castigo de las sublevadas provincias de Picara y Paucura, se dedicaron a matar a los indios rebeldes, «buscándolos entre las matas, como si fueran conejos». [76]

En tierras de Chiapas y Guatemala, el dominico fray Antonio de Remesal refería cómo los españoles «cuando iban a hacer la guerra a los pueblos y provincias llevaban de los ya sojuzgados indios cuantos podían, para que hiciesen guerra a los otros, y como no les daban de comer a diez y veinte mil hombres que llevaban, consentíanles que comiesen a los indios que tomaban», una acusación que ya se había hecho años antes en la toma de México-Tenochtitlan.[77]

Para el caso de Chile, Sergio Villalobos señala lo siguiente: «Al lado de los cuerpos españoles solían combatir también algunos contingentes indígenas nada despreciables, constituidos por los que residían al norte del [río] Biobío. Luchaban lealmente, armados con sus propios implementos bélicos y con la esperanza del botín. Eran grupos de varios cientos en cada expedición, que se mostraban activos en la vanguardia, firmes en el apoyo y feroces en la persecución».[78]

Al salir de Santiago en 1549, Pedro de Valdivia llevaba consigo indios picunches, que le ayudaron en el transporte y luego combatieron contra los reches (término, al parecer, más adecuado que los de mapuches o araucanos). El capitán y encomendero Juan Jufré, años más tarde, dirigió hasta setecientos indígenas de su encomienda de la región del río Maule. Pero los propios reches derrotados y pacificados fueron los elementos

más utilizados para oponerse a los todavía alzados. En palabras del capitán Alonso González de Nájera, los indios amigos eran «el verdadero cuchillo de los rebeldes». Según algunos datos, los nativos aliados podían doblar y, a veces, sextuplicar el número de combatientes hispanos. A comienzos del siglo XVII, según González de Nájera, los indios amigos alcanzaron los seis mil efectivos. Dichos efectivos servían desde peones para construir y limpiar los fosos, mantener las empalizadas y los terraplenes, además de cuidar de la caballería, aportar pasto y leña a los campamentos, hasta actuar como exploradores, de modo que despejaban los senderos, advertían sobre emboscadas y preparaban otras y formaban cuerpos de vanguardia. En los enfrentamientos luchaban a su manera, pero de forma encarnizada y con iniciativa propia. En la persecución mataban sin mostrar piedad, «alanceando a los prisioneros y cercenando luego sus cabezas»; más tarde, cuando tomaban los asentamientos de los indios alzados, «destruían, quemaban y se llevaban a las mujeres y los niños, cometiendo todo tipo de atrocidades».[79]

Como bien puntualiza G. Friederici, en sus informes de guerra los conquistadores exageraron siempre los efectivos del enemigo en el campo de batalla, abultando sistemáticamente el número de bajas del adversario, mientras que ni siquiera se tomaban la molestia de registrar las de los indios aliados, muertos en acciones de combate o bien a causa de las terribles condiciones de vida en las largas marchas y campañas.[80] En lo que no estamos de acuerdo es en que los españoles disminuyeran el número de sus bajas en dichos informes: realmente tuvieron pocas, de lo contrario no se hubiesen podido realizar la mayoría de las acciones bélicas. Por ello se destacaron tanto las pérdidas sufridas por Cortés en la retirada de México-Tenochtitlan: la famosa «Noche Triste». O las habidas en la conquista de Chile. Sin duda, el conquistador de Perú Cristóbal de Mena tenía algo de razón cuando en 1534 aseguraba que la conquista del Tawantinsuyu no había sido obra de sus manos, pues habían sido pocos

los españoles convocados, sino de la gracia divina, omnipresente.[81] Bien, de la gracia divina y, seguramente, de alguna cosa más. Quizá de adaptarse lo antes posible a una nueva forma de hacer la guerra.[82] Lo realmente escandaloso fueron las enormes bajas hispanas en las batallas de las guerras civiles de Perú: centenares de muertos en la batalla de Huarina (1547), la última gran victoria del rebelde Gonzalo Pizarro.

En otras ocasiones, el mejor servicio que podían ofrecer los aborígenes era informar sobre el tipo de guerra practicada por los suyos. En un pasaje injustamente olvidado, Antonio de Herrera nos recuerda que Cortés inquirió entre los primeros prisioneros en combate hechos a los tlaxcaltecas «los ardides y formas de pelear que tenían en todos tiempos, y de qué costado los castellanos recibirían mayor daño, espanto y temor; y todo lo demás que le parecía debía saber para encaminar bien las cosas de la guerra».[83]

Se ha argumentado que, quizá, la principal debilidad de los indios en los campos de batalla fue su utilización ritual del factor tiempo que, lógicamente, sería una gran limitación cuando se luchase contra las huestes europeas. El depender de augurios o predicciones de chamanes para iniciar un combate, el frenarlo tras las primeras embestidas, sobre todo cuando caen algunos principales, o solo poder pelear en determinados momentos del día o del ciclo lunar, sin duda fue una restricción enorme, agrandada más, si cabe, si el enemigo disponía de una concepción estratégica basada en la guerra total.[84] Pero también hay ejemplos de cómo los nativos, en este caso de Nueva Granada, se adaptaron pronto a la nueva realidad bélica y llegaron a pensar en qué momento y circunstancia podían atacar con mayor fortuna a su enemigo europeo: en 1542, algunos caciques quimbayas manifestaban que el mejor momento para el ataque era «cuando el sol hacía grande y es mediodía, a la siesta y los cristianos van de camino, cansan a calor y cada uno va por sí; y que entonces era bueno esperarlos y dar en ellos». Otros se decan-

taban por atacar de noche, «que no es bueno cuando hay luna llena, sino cuando es oscuro, cuando está de noche». Otros, cuando los españoles estuviesen tomándoles su maíz, en plena cosecha; y aun otros, mientras oían misa, cuando solo estaban armados de sus espadas y no tenían los caballos a mano.[85]

Siguiendo a Bernardo de Vargas Machuca, en las expediciones americanas era muy importante contar con una buena provisión no solo de armas, municiones y herramientas —difíciles de sustituir allí—, sino también de bastimentos y, sobre todo, medicinas y gente práctica que supiese curar las enfermedades —especialmente las heridas causadas por flechas envenenadas— típicas de aquellas tierras. El ejercicio con las armas es fundamental («[...] el soldado que fuera enemigo de cargar las armas, se puede presumir pondrá la esperanza de su vida más en los pies que en las manos»),[86] pero también el conocimiento práctico; por ello, Vargas Machuca alecciona acerca del hábito de los indios de planear emboscadas y atacar en grupos reducidos, casi sin plantear nunca batallas campales, de modo que el uso de los perros que los aterrorizaba y, sobre todo, su capacidad para detectar las emboscadas, hacía que fuesen insustituibles en el modo de hacer la guerra en las Indias, como ya se ha señalado.

También plantea este autor las peculiaridades de las marchas a través de territorio enemigo, avanzando poco a poco, haciendo continuas paradas, pero manteniendo siempre la formación de combate, las mechas encendidas y en silencio para oír antes a un enemigo que se caracteriza por el uso de lo sonoro en la guerra. El griterío en el combate. Siempre hay que reconocer los caminos, o abrirlos, pero avanzando siempre con precaución. Dedica especial atención al vadeo de los ríos, que siempre supone una operación militar delicada, aconsejando sobre la construcción de puentes de campaña. Asimismo ofrece consejos útiles sobre cómo acampar con la máxima seguridad posible y elegir tanto los días de lluvia como la noche —la famosa «trasnochada»— para atacar a los indios, así como usar emboscadas

con ellos, lo que nos hace pensar que Vargas Machuca analizó muy bien, y adaptó, algunas peculiaridades bélicas de los nativos, pero sin admirar ninguno de sus logros. Las tropas debían ser lo más avezadas que se pudiera en la lucha en las Indias, lo que incluía contar con una gran pericia y resistencia física.[87] P. Sancho de la Hoz, secretario de Francisco Pizarro, realizó una admirada relación de tales esfuerzos: los hombres que conquistaron Perú mostraron sus cualidades atravesando grandes extensiones azotados por

> lluvias y nieves, en atravesar a nado muchos ríos, en pasar grandes sierras y en dormir muchas noches al raso, sin agua que beber ni cosa alguna de que alimentarse, y siempre de día y de noche estar de guardia armados; en ir acabada la guerra a reducir muchos caciques y tierras que se habían alzado, y en venir de Xauxa al Cuzco donde tantos trabajos pasaron juntamente con su Gobernador, y donde tantas veces pusieron en peligro sus vidas en ríos y montes donde muchos caballos se mataron despeñándose.[88]

Refiriéndose al caso de Panamá, C. Bernand y S. Gruzinski comentan cómo:

> Los españoles debieron ejercitarse en tácticas nuevas, más próximas [a] la guerrilla que a la guerra abierta. Se apoyaban en la información o en la desinformación de sus avanzadas, en espías y en intérpretes reclutados de preferencia entre las mujeres, así como en el debilitamiento de la autoridad de los caciques, cuyos cautivos y naborías liberaban para ponerlos contra sus amos. Los conquistadores se acostumbraron a cruzar los ríos, a irrumpir en las aldeas y a tomar los indios por sorpresa.

Y poco más adelante concluyen: «Aterrorizaban a los indios con sus castigos ejemplares o los amenazaban con reducirlos a la esclavitud, con la cuerda al cuello».[89] Es decir, dominación militar, pero también psicológica, que buscaba la inacción de un enemigo derrotado, pero todavía numeroso y, por lo tanto, peligroso. Un caso extremo se dio en Nueva Granada. Hacia 1544, se juzgó a Lázaro Fonte, calificado como «psicópata» por Esteban Mira. Fonte fue juzgado por asesinar en Fusagasugá a cuarenta caciques quemándolos vivos, amputando los pechos a sus mujeres. En su defensa dijo que era la primera vez que actuaba de dicha forma en la zona, y que si no se producían matanzas de caciques con una cierta periodicidad «los indios se alzarían y rebelarían y los que están alzados no vendrían a servir ni a dar la obediencia que deben».[90]

En el caso de Venezuela, Nicolás Federmann no dejó de señalar la «inferioridad» del indígena en lo marcial como una gran

«fortuna» para los conquistadores: «Si los indios fuesen tan firmes y persistentes como nosotros, no podríamos vencerlos tan fácilmente». Gracias a la providencia divina, que puso enfrente a enemigos tan débiles, muy pocos españoles pudieron derrotar a tantos aborígenes: «En algo debe intervenir el Dios Todopoderoso contra los indios en nuestro favor y gracia, cuando a cada cual, por su parte, dio la victoria contra tantos enemigos y pueblos indianos». Federmann señalaba las limitaciones tácticas de los indios: atacaban siempre desde lejos y desconocían la lucha cuerpo a cuerpo, que les podría haber sido, por su número, favorable. Disparaban, pues, sus flechas a demasiada distancia, lo que reducía su efectividad, mientras que abandonaban el combate en cuanto su cacique era herido o muerto. Los españoles, en cambio, buscaban el combate cuerpo a cuerpo tratando de desconcertar a los nativos, que no estaban acostumbrados a guerrear sino de forma tumultuaria, y ello cuando no tenían más remedio. Por dicha razón, pocos hombres, pero bien armados y en formación disciplinada, tenían una gran ventaja sobre ellos. Por otro lado, la irrupción del caballo con su pecho protegido por petos siempre fue una sorpresa inicial enorme para los indios. Gracias al caballo, los españoles podían arrollar las formaciones aborígenes, alanceándoles a placer por todas partes, alcanzando a aquellos que huían y regresando a la lucha. Y eso que, a menudo, se conseguían reunir muy pocos. La ansiedad por sus caciques, mujeres y niños limitaba enormemente el grado de actuación de los indios; no así el de los hispanos, que podían guerrear sin restricciones anímicas o sentimentales. Solo la huida del grupo de su asentamiento podía indicar una futura reacción bélica, pero sin aprovechar, por ejemplo, la noche, cuando la disponibilidad marcial hispana y el avance tecnológico de sus armas resultaban muy mermadas. En cambio, los hombres de Federmann atacaban al amanecer, tomando por sorpresa el asentamiento aborigen, pues lo que se buscaba era, precisamente, apoderarse de las personas, de sus bienes y sus vi-

tuallas. Los indios eran cargadores, guías e intérpretes, proporcionaban información y auxiliaban, en definitiva, la empresa descubridora y conquistadora. Federmann también acostumbraba a emplear algunos indios sometidos contra otros («estos nos servían para ofrecer resistencia a los enemigos en los pasos peligrosos de la montaña»). Solo en los países inhabitados, o en aquellos donde su población había huido, las dificultades podían ser insuperables.[91]

En Chilelas cosas se vieron de manera muy distinta. En 1594, el sargento mayor Miguel de Olaverría aseguraba que la guerra en aquel país era diferente «por ser sin cuerpo y sin cabeza y tan desmembrada y repartida». Por todo ello añadía:

> Van los gobernadores con sus gentes, máquinas y estrépito de guerra, haciendo mil agravios de gente pobre que no los pueden excusar en busca de aquellos indios, cánsanse de andar por las malezas de aquella tierra, consumen y gastan sus fuerzas, no hallan ningunas contra quien pelear si no es en algunos rencuentros que ordenan los indios muy en su provecho y cuando más descuidados están los españoles les saltean los caminos reales, matan a los indios amigos, queman a las ciudades españolas y todo es confusión y gastan el tiempo y las vidas.

En Chile, como en otros lugares, «las tropas españolas efectuaban una lucha destructiva, dentro de la cual abusar de las indias o llevárselas para la servidumbre y el placer era normal. Además cada soldado era acompañado por un pequeño séquito a cargo de su equipo y de su alimentación, en que podían estar dos o tres indios y otras tantas indias, que eran las amantes obligadas». [92]

La venganza de los reches llegaría cuando, tras la revuelta generalizada de 1598, especialmente, atraparon a gran cantidad de mujeres y niños españoles en las ciudades que tomaron al sur del río Biobío. Con este contingente dieron lugar a una descendencia mestiza.

Desde luego, el padre Las Casas estaba convencido de que, con armas europeas,[93] los indios hubieran vendido muy caras sus vidas: «[…] si tuvieran tales armas como nosotros, aunque desnudos en cueros, de otra manera nos hubiera sucedido el entrar en sus tierras y reinos matando y cautivando y robando […] pero porque las hallamos [los habitantes de las Indias] des-

nudas y sin alguna especie de armas, que para contra las nuestras valiesen algo, las habemos así talado y asolado, y no por falta de no ser hombres bien capaces y bien racionales y esforzados».[94]

De la misma opinión era Alonso González de Nájera con respecto a los reches, cuando sentenciaba: «Qué fuera o qué hiciera aquella indómita nación si nos fuera igual en armas».[95]

También el cronista de las guerras civiles de Perú, P. Gutiérrez de Santa Clara, opinaba lo mismo:

> Una cosa digo, que [si] como fue poblada esta tierra [de gente] desnuda y sin armas defensivas y ofensivas, la hubieran poblado gente de razón y fuera armada y tuviera artillería y arcabucería y buenos caballos, primero que tomaran tierra en algún puerto, que fueran por ellos muertos [...] al fin la quistión y pelea fue con indios desnudos que no alcanzaban ningunas armas como las tienen los españoles; que si esas tuvieran, ¿quién bastara a tomar por fuerza aquella gran fortaleza de Cuzco, con las otras fuerzas que estaban en Tumbez y en otras partes?[96]

Por su parte, el padre José de Acosta no dudó en señalar cómo: «Fue también gran providencia de el Señor, que quando fueron los primeros españoles, hallaron ayuda en los mismos indios por haber parcialidades y grandes divisiones». Y continúa diciendo: «Quien estima en poco a los indios, y juzga que con la ventaja que tienen los Españoles de sus personas y caballos, y armas ofensivas y defensivas, podrán conquistar cualquier tierra, y nación de indios, mucho mucho se engaña». Por último, aseguraba: «Atribuyase la gloria a quien se debe, que es principalmente a Dios, y a su admirable disposición, que si Moteçuma en México, y el Inga en el Perú se pusieran a resistir a los españoles la entrada, poca parte fuera Cortés, ni Pizarro, aunque fueron excelentes capitanes, para hacer pie en la tierra».[97] En Florida, los arcabuceros poco hábiles —el Inca Garcilaso comentó «la poca práctica y experiencia que nuestros arcabuceros entonces tenían»— y la lentitud de los ballesteros —«mientras un español tiraba un tiro [de ballesta] y armaba para otro, tiraba un indio seis y siete flechas, tan diestros son»— igualaron bastante las cosas, de no ser por el concurso de los caballos, de uso no apto en todos los terrenos.[98] Fernández de Piedrahita, cronista de Nueva Granada, aseguraba que en los

primeros treinta y ocho años de conquista habían muerto «en jornadas, batallas y encuentros con los indios, dos mil ochocientos y cuarenta españoles de los muchos que entraron á conquistarlo», y eso que luchaban contra indios «desnudos», pero con un uso muy extendido de la flecha envenenada.[99]

Pero lo cierto es que el mayor peligro estaba en que los aborígenes acumulasen armamento europeo y aprendiesen a utilizarlo, porque algunos guerreros mexicas portaban espadas europeas en el sitio de México-Tenochtitlan, pero no sabían manejarlas, y morían en combate. El cronista Herrera puntualiza: «[...] los indios no sabían tirar, ni reparar».[100] En 1538, en el inicio de las guerras civiles peruanas, los hombres del rebelado Manco Inca habían capturado algunos arcabuces, pero, a decir de Pedro Pizarro, «como no sabían atacar los arcabuces no podían hacer daño, porque la pelota la dejaban junto a la boca del arcabuz, y ansí se caía en saliendo».[101] No obstante, cuando en 1565 se fraguaba una rebelión general en Perú contra el poder hispano, se arguyó que los resistentes incas habían fabricado hasta tres mil picas con punta de bronce, e incluso habían hecho acopio de caballos y arcabuces. El gobernador García de Castro comentó la grave negligencia cometida aquellos años, a pesar de las órdenes reales, al haber permitido que muchos aborígenes supiesen «andar a caballo y tirar el arcabuz muy bien».[102] Asimismo, fray Toribio de Benavente, Motolinía, advertía en su carta a Carlos I de 1555 acerca de las restricciones de la posesión de armas y caballos entre los indios: «[...] porque si se hacen los indios á los cavallos, muchos se van haciendo jinetes y querránse igualar por tiempo á los españoles, y esta ventaja de los caballos i tiros de artillería es mui necesaria en esta tierra, porque da fuerza y ventaja á pocos contra muchos».[103]

En realidad, la legislación que buscaba la restricción de la posesión de armas por parte de los indígenas comenzó muy pronto, como no podía ser de otra manera. Se emitió una orden en

Granada, en septiembre de 1501, en virtud de la cual se prohibía la venta o intercambio de armas, ofensivas o defensivas, con los indios. En las instrucciones dadas a don Diego Colón en 1509, antes de comenzar su etapa de gobierno en La Española (Santo Domingo), se reiteró dicha orden. En 1528 y 1534 el relevo lo tomará la (primera) Audiencia de México-Tenochtitlan: en el primer caso, Carlos I escribió a Nuño Beltrán de Guzmán en el sentido de prohibir que los indios fuesen propietarios de armas y caballos; el obispo Ramírez de Fuenleal, en el caso de la segunda audiencia, fue quien recibió la orden para impedir la venta de armas a los nativos, ya fuese por parte de mercaderes españoles, o bien las fabricadas *in situ* por un tal maese Pedro, llegándose a hablar de hojas de espada en las que los indios colocaban sus propias empuñaduras; también se insistía en que se recogiesen todas las armas que estuviesen en su poder. Idéntica orden se remitió a la Audiencia de Lima en 1551, si bien haciendo hincapié en que el porte de armas de acero (espadas, dagas, puñales) quedase restringido a los caciques con licencia del virrey, y añadiendo un detalle interesante: también se buscaba que el indio, al embriagarse, no acabara usando las armas europeas para matarse entre sí. En 1566 se reiteró a la Audiencia de Lima que ningún indio, mestizo o mulato poseyese arma alguna aunque hubiesen recibido permiso del virrey de turno.[104] Otra cuestión era que algunos indios, auxiliares de los españoles, hubiesen aprendido el manejo de las armas de fuego: en 1568, Francisco Guerrero, un soldado de la hueste de Diego de Losada, fundador de Caracas, consiguió matar cinco indios y salvar su vida escapando de otros muchos que lo perseguían gracias a las dos armas de fuego que portaba, una escopeta y un pistolete: mientras él disparaba una, su sirviente amerindio le cargaba la otra.[105]

En realidad, daría la impresión de que en ningún momento los diversos pueblos aborígenes se dieron cuenta de cuál era su principal arma en la guerra contra los cristianos: su número. De

haberse producido una carga general de las huestes tlaxcaltecas, por no hablar de las mexicas, o de las tropas de Atahualpa, la conquista hubiese terminado antes de comenzar. No fue así. Los nativos lucharon aferrados a sus costumbres, a sus símbolos, a sus miedos. La descoordinación imperaba. Si bien podían avanzar en el campo de batalla de forma ordenada —o así se les describía a veces, cuando determinados cronistas buscaban resaltar, en realidad, la dificultad de la guerra en las Indias y, por lo tanto, la gloria de los conquistadores—, el caso es que, como ya se ha señalado, tales predisposiciones se perdían cuando, línea tras línea, los guerreros aborígenes asaltaban las posiciones hispanas luchando de manera individual, buscando la gloria en solitario, es decir, la captura de prisioneros, no la aniquilación del enemigo, y en esos momentos eran presa fácil de los jinetes, que con sus lanzas los hacían retroceder y dispersar, y, sobre todo, de las espadas de acero hispanas, que se impusieron sistemáticamente en el combate cuerpo a cuerpo. Por otro lado, la circunstancia de aproximarse agrupadamente a su enemigo, aunque, como vemos, sin sacar provecho de ello, más bien al contrario, facilitó la tarea de la artillería, a la que se sacaba mucho partido cuando se conseguía disparar contra grandes masas de guerreros autóctonos. Las diversas etnias que fueron atacadas apenas si tenían contacto entre sí y no pudieron, por lo tanto, obtener información alguna sobre cómo actuaban sus invasores, sus técnicas de combate y posibles puntos débiles. Los hispanos, en cambio, siempre tuvieron de su parte el hecho de entender también la conquista de las Indias como una experiencia bélica acumulativa. Por ejemplo, la captura de los grandes emperadores Moctezuma II y Atahualpa fue copiada en tierras de Nueva Granada, cuando el cacique Tunja fue hecho prisionero por el capitán Olalla: «éste [el capitán Olalla][106] (que era caballero de gran fuerza y valor) le echó mano para sacarlo del cercado, con intento de asegurar su persona en prisión y guarda de los españoles, sin que pueda dudarse la valentía del arrojo,

aunque le quitasen la gloria de singular los ejemplos recientes de Méjico y Cajamarca».[107] La guerra practicada en el Nuevo Mundo era muy distinta del tipo de contienda librada en Europa,[108] pero, ciertamente, las campañas para la dominación de los diversos territorios americanos fueron muy similares entre sí. Es muy posible que la constatación de la superioridad de sus armas y la experiencia de combate previa, casi siempre victoriosa, pudiese dotar de cierto grado de confianza a las huestes hispanas, a pesar de los momentos de desaliento. Es más, no solo tenían confianza en sí mismos, sino que acabaron siendo muy eficaces con las armas en las manos. Les iba la vida en ello. Por otro lado, se adaptaron mucho mejor que sus contrincantes a la nueva realidad que se impuso, «y la iban volviendo a recrear en función de las respuestas que iban inventando a problemas previamente desconocidos», puntualiza Tzvi Medin. Con todo, las experiencias previas eran un factor clave, por mucho que Medin señale las novedosas dimensiones política, humana y geográfica de México con respecto al Caribe, y no digamos ya con Canarias o el Reino de Granada; «eran otras Indias»,[109] cierto, pero como el propio autor señala, la gran diferencia entre Moctezuma II y Hernán Cortés es que este último siempre supo qué quería; lo que hubo de improvisar, y solo hasta cierto punto, fue cómo conseguirlo, dado que algunas prácticas, como el terror coercitivo y paralizante, ya hacía mucho que se venían utilizando. Por todo ello, podríamos decir que, más que plantearse cómo derrotar a los indios, el problema, o la pregunta, para los hispanos fue qué se debería hacer con estos una vez fueran vencidos.

LOS HÉROES DE LA ANTIGÜEDAD Y LOS CONQUISTADORES

En el libro IX de *La razón de Estado* (1589), Giovanni Botero reclamaba al príncipe que hiciera escribir las guerras que hubiese auspiciado, porque, de ese modo, las proezas realizadas serían conocidas por los demás y actuarían como un estímulo. Según Botero: «En esto han faltado grandemente los castellanos,

porque habiendo hecho cosas dignísimas de memoria, recorrido tantos mares, descubierto tantas islas y continentes, sojuzgado tantos países y, por último, adquirido un mundo nuevo, no se han tomado el cuidado de que estas empresas, que superan en mucho a las de los griegos y macedonios, fuesen escritas por personas que supiesen hacerlo».[110]

Ciertamente, muy pocos autores —entre ellos quienes habían estado destinados en las Indias— iban a tener como referente militar a los conquistadores. Si atendemos a lo que nos dicen los tratadistas, el militar debería leer libros de Historia para extraer de ellos un provecho. Si tal provecho era de aplicación inmediata, ya fuese en las campañas europeas del momento, o, como mucho, contra los infieles en el Mediterráneo, difícilmente el conocimiento de la realidad de la guerra en América iba a suponer una ventaja táctica o estratégica para el oficial hispano en sus guerras. Está comúnmente aceptado que la hueste indiana hubo de adaptarse al tipo de guerra que se hacía en América —y la obra de Vargas Machuca, como se ha señalado, es el mejor ejemplo—, y no al revés. Por lo tanto, era muy poco lo que se podía aprender, y consecuentemente aplicar en Europa, de las campañas de los conquistadores.

Por otro lado, ¿qué había de glorioso u honrado —en el sentido de la época— en una lucha contra la humanidad bárbara americana, en la pugna contra guerreros como aquellos, cuando en Europa se luchaba contra los herejes, contra Francia, la tradicional enemiga, o, mejor aún, contra los infieles turcos y berberiscos? Quizá por ello, algunos buscaron prestigiar a los indios porque, con su derrota, se honraban a sí mismos. Así, en la campaña de Nueva Galicia de Nuño Beltrán de Guzmán:

> Nos pareçio (al capitán y a mí) que deviamos de dar en ellos antes que ellos nos flechasen y asestoseles un tirillo que llevabamos de campo al maior golpe dellos y en soltando el tiro dimos el santiago sobre ellos, estos yndios pelearon tan bien y tan animosamente como e visto a yndios despues que en yndias estoi y a ningunos e visto pelear tan bien como ellos. [...] son muy grandes flecheros muy astutos en la guerra no dan grita quando dan vatalla como otros sino callando ponen sus espias y çentenelas como nosotros la habla dellos es a manera de tudescos.[111]

Y quienes querían desprestigiarlos, como Girolamo Benzoni,

les achacaban que «solo» habían guerreado, y vencido cuando lo hacían, contra indios, que el milanés calificaba como «puros animales y simples bestias occidentales». Y aunque, señala Benzoni, «pretenden algunos que Balboa fue un grande y victorioso capitán, más capaz con las armas que cualquier otro capitán romano, porque siempre que combatió con los indios resultó vencedor», dichas loas eran, en su opinión, «más risibles que sorprendentes».[112] Lo cierto es que, como los cronistas repiten una y otra vez, tácticamente hablando no destacaban en demasía. A. de Herrera, tratando sobre los tlaxcaltecas, aseveraba que estos eran capaces de presentarse en el campo de batalla en un «gentil orden, repartido en sus escuadrones, no en hileras ordenadas, sino apeñuscados».[113]

Como siempre, la excepción parece ser Chile, donde sí se enviaron a algunos oficiales con experiencia bélica en las guerras de Flandes (lógicamente en el último cuarto del siglo XVI), además de refuerzos de tropas con práctica en las guerras de Indias desde Perú, a causa de la dificultad para domeñar a los aborígenes sublevados. No obstante, en opinión del maestre de campo A. González de Nájera, una de las causas de la prolongación escandalosa del conflicto chileno era, precisamente, el no admitir los hispanos que el tipo de guerra practicado había fracasado y se imponía introducir cambios, mientras que los indígenas alzados sí lo habían hecho:

> La guerra que de presente se hace en Chile, es una milicia ciega sin determinado ni seguro fin, porque ni es suficiente para ganar ni conservar. No hacen los nuestros jamás mudanza en ella, aunque ven que el enemigo la ha hecho con el uso de su mucha caballería, y de la misma manera proceden que cuando no la tenía y era bárbaro en su milicia. Así que siendo ahora tan soldados con tantas y tan conocidas ventajas como están declaradas, hacen los nuestros la guerra con las mismas confianzas que siempre han tenido.[114]

En las guerras del Viejo Mundo se peleaba por Dios y por el rey, por el honor personal y por unas recompensas materiales. En América también, en principio, pero, sobre todo, se peleará por los compañeros y por uno mismo, se luchará por sobrevivir o para no seguir viviendo como hasta entonces, es decir, por la parte correspondiente de un botín; por la fama y por la honra;

en fin, por poseer tierras y encomiendas de indios. En las Indias no se aspira a hacer carrera militar, puesto que no se forma parte del ejército, sino, más bien, a invertir el botín logrado en planificar una nueva conquista y actuar como oficial (capitán) o como un caudillo (como significativamente llamaba a los jefes militares B. Vargas Machuca). Los cargos políticos más relevantes acabarán siendo reservados para los peninsulares. Para los burócratas del rey. Gentes como Cortés, Pizarro y otros no dieron alternativa.

Sin duda, G. Botero tenía razón en lo que decía.[115] La guerra de los Países Bajos fue ampliamente utilizada por los tratadistas hispanos de finales del Quinientos y, sobre todo, del Seiscientos como fuente de conocimientos militares que era interesante transmitir. La mejor prueba son las muchas obras que aparecieron —y sus contenidos—, escritas en algunas ocasiones por soldados que habían vivido los hechos que relataban. En las crónicas dedicadas a las diferentes conquistas del territorio americano también se podían extraer lecciones válidas para los militares, pero solo aplicables en otras campañas de la propia América. Por otro lado, las guerras civiles de Perú no serían, precisamente, ningún modelo moral. No así las guerras de Chile, que deberían ser «honradas» por el rey en tanto en cuanto los participantes en las mismas deberían gozar de tanta reputación como los que lo hacían en las de Flandes, a decir de González de Nájera.[116]

En el caso americano, por encima de la táctica empleada, lo que quizás interesó especialmente fue la figura de un héroe hispano (Francisco Pizarro y, sobre todo, Hernán Cortés) asimilable a aquellos de la Antigüedad.[117] De hecho, el propio Cortés se representó a sí mismo como un héroe cristiano en sus *Cartas de relación*. No en vano había que encubrir una rebeldía.[118] En realidad, en las Indias se produjo una circunstancia que, salvando las distancias, recordaba algunas de las campañas gloriosas de la Antigüedad: un número muy reducido de soldados —con mu-

cha más infantería que caballería—, pero hábiles y disciplinados guerreros, se impuso a ejércitos numerosos,[119] pero de disciplina inexistente y de dudosa capacidad militar. El número nunca hizo la fuerza. Es el caso de Alejandro Magno[120] en sus campañas asiáticas; el de Aníbal y su larga marcha hacia Italia y las posteriores luchas victoriosas en territorio hostil; también es el ejemplo de Julio César en sus campañas en las Galias, Britania o Helvetia; o el de la retirada de los mercenarios griegos que habían ayudado a Ciro el Menor en su lucha fratricida, tan magníficamente relatada por Jenofonte. Con razón G. Botero había visto la similitud. Algunos cronistas hispanos no solo la percibieron también, sino que la fomentaron en sus obras: el caso de Francisco López de Gómara con respecto a Hernán Cortés resulta paradigmático. O el de Gonzalo Fernández de Oviedo, que lo creía superior a César por las enormes dificultades de sus conquistas allende los mares, lejos de la patria, pues, y con escasas posibilidades de obtener refuerzos; la ayuda de los indios aliados no es contemplada. Fernández de Oviedo aseguraba que la «conquista de la Nueva España, a todas las demás precede», y llega a citar extensamente a Vegecio para fundamentar su opinión sobre el buen general (que era Cortés).[121] El propio Bernal Díaz del Castillo (1492-1584), tras la exitosa pero agónica batalla de Otumba, reconoció ser «más digno de loores nuestro Cortés que no los romanos». Poco más adelante, exclama: «Era tan tenido y estimado este nombre de Cortés en toda Castilla como en tiempo de los romanos solían tener a Julio César o a Pompeyo [...] y entre los cartagineses a Aníbal».[122] Ciertamente, un conquistador como Díaz del Castillo no deseaba emparejarse con César en su estilo literario, sino en sus hazañas bélicas: «Me hallé en más batallas y reencuentros de guerra que dicen los escritores que se halló Julio César, y para escribir sus hechos tuvo extremados cronistas y no se contentó de lo que de él escribieron, que el mismo Julio César por su mano hizo memoria en sus *Comentarios* de todo lo que por su persona pasó». Tam-

poco olvidaba que las hazañas de los españoles, de todos y cada uno, no solo de Cortés, estaban por encima de las de los romanos: «Jamás capitanes romanos de los muy nombrados han cometido tan grandes hechos como nosotros».[123] Gonzalo de Illescas, en su *Historia pontifical y católica* (1569), aseguraba que los grandes generales de la Antigüedad, con sus enormes ejércitos, «no hicieron tanto como este nuestro español con quinientos cincuenta compañeros».[124] También es de idéntica opinión Francisco Vázquez de Silva, quien aseguraba «que los españoles se han aventajado en sus conquistas a todas las naciones del Mundo, y que conquistando otro nuevo, han conseguido lo que no pudo el Grande Alexandro».[125] Y Antonio de Herrera no duda en señalar cómo Cortés gozaba de todas las virtudes que debía atesorar un auténtico capitán general, como eran la elección de los soldados —«es necessario que los soldados sean antes escogidos que muchos»—, la buena disciplina y un perfecto uso (táctico) de los mismos, sin perder de vista cómo «[...] pedía Cortés a sus soldados, voluntad, vergüenza y obediencia, de donde depende el valor y la paciencia, con lo qual venció guerras tan importantes, no con grandeza de tesoros, sino con generosidad de ánimo, y tolerancia de trabajos, con exemplo de si mismo, siendo el primero en las batallas, en las vigilias y en la execución de qualquier cosa».[126] El propio Cortés, en su arenga previa al inicio del sitio de México-Tenochtitlan, recordaba a sus hombres: «Considerad, caballeros, a lo que os obliga el nombre de españoles, nada inferior del de los romanos y griegos», pero continuaba haciendo referencia a otras consideraciones más prosaicas:

> Considerad cuán bien os estará vengar las muchas y crueles muertes de los vuestros; considerad que ya el volver atrás es peor, y no solamente ha de ser con afrenta, pero con muerte desastrada; considerad que todas las victorias habidas y trabajos pasados, no rindiendo a México, han de ser de ninguna ayuda y provecho, porque desta ciudad se mantienen y gobiernan todas las demás provincias y reinos, como del estómago en el cuerpo humano se sustentan los demás miembros; considerad, finalmente, que nunca mucho costó poco y que conviene que cada uno tenga prevenida y tragada la muerte, porque en tales casos es forzoso el morir y derramar sangre. Los que muriéremos, moriremos haciendo el deber, y los que viviéremos, quedando, como espero, victoriosos, tendremos descanso, quietud y honra para nos y para los que de nosotros descendieron, contentos y alegres, como deben los caballeros y hijosdalgo, de haber, por la virtud de

nuestras personas, adelantado nuestra hacienda, ennoblescido nuestro linaje, illustrado nuestra nasción, servido a nuestro Rey.[127]

Para E. Subirats, «las virtudes heroicas del guerrero eran la condición necesaria, por derecho natural y divino, de la legitimidad de su guerra de ocupación y exterminio, contra aquellos que este mismo principio heroico debía necesariamente de estigmatizar como lo radicalmente negativo: estado de naturaleza y de gentilidad, barbarie y pecado, en fin, el indio».[128]

Entre las virtudes heroicas que Hernán Cortés se otorgó a sí mismo, Beatriz Pastor enumera la previsión, el valor excepcional, un extraordinario dominio de la táctica y de la estrategia y un uso adecuado del terror y de la violencia. En este último caso, Cortés supo transformar el «uso calculado de la violencia», de una violencia cuestionable, pero necesaria habida cuenta de la desproporción de las fuerzas militares hispanas con respecto a la de los nativos, en una «acción ejemplar y necesaria», además de útil para sus loables propósitos.[129] Baltasar Gracián, en *El héroe* (1637), se refirió a Cortés en los siguientes términos: «Nunca hubiera llegado a ser Alejandro español y César indiano, el prodigioso marqués del Valle, don Fernando Cortés, si no hubiera barajado los empleos; cuando más por las letras hubiera llegado a una vulgarísima medianía, y por las armas se empinó a la cumbre de la eminencia».[130] En la aprobación de Nicolás Antonio de la *Historia de la conquista de México* (1684) de Antonio de Solís, podemos leer: «Llenos estàn los libros de las proezas de Hernan Cortès, y de esta su empressa, no inferior, à mi parecer, por el poco número de su gente, por las dificultades que se le opusieron, por las peligrosissimas batallas [...] no inferior, digo, à las de Alexandro, à las de César, à las de Belisario y à las de tantos Reyes de nuestra España».[131] Fuera de España, en Italia, Ludovico Ariosto ensalzó a Cortés y su gesta conquistadora como un elemento más de la glorificación del emperador Carlos V.[132] Pero, como sentencia Luis Weckmann, los rasgos de crueldad y codicia de los que dio buena muestra Cortés lo apar-

tan de los ideales caballerescos.[133] En todo caso, si siguiéramos estrictamente esta última regla, nadie, incluido Alejandro Magno o César, hubiera podido servir como paradigma de dichos ideales caballerescos, pues todos fueron crueles y codiciosos (o ambiciosos).

En el caso de Francisco Pizarro, un criollo nieto de conquistador, el franciscano Buenaventura de Salinas, escribió una condena de la esclavitud de los indios a manos de los españoles titulada *Memorial de las historias del Nuevo Mundo* (Lima, 1630), en la que los trataba de «tiranos cruelísimos», pero también se hizo eco del «valor y grandeza del increíble ánimo de Pizarro», a quien declaró «incomparable Alejandro», mientras que Atahualpa se convertía en el sosias de Darío. Por cierto que Pizarro estaba por encima de Cortés, a quien la suerte favorecía siempre, mientras que aquel hubo de afrontar notables dificultades.[134] Es esta una variante de algo sistemático, y que en parte ya se ha apuntado, en muchos de los literatos de la época: las hazañas de algunos conquistadores eran superiores a las de los grandes héroes de la Antigüedad, pues la guerra en las Indias era una experiencia completamente distinta a lo que se hubiese aprendido o practicado en Europa y territorios aledaños. De hecho, la experiencia previa no servía demasiado, dado que a muchos les parecía problemático comparar las conquistas indianas con las grandes empresas militares europeas del momento, de ahí que la solución fuese, para aquellos que deseaban ensalzar a los grandes caudillos americanos, como Cervantes de Salazar, recurrir a la idea de que estos estaban al mismo nivel que los grandes generales de la Antigüedad, si no por encima. Cervantes de Salazar, en concreto, dijo de Cortés: «Los negocios de guerra, en los quales tuvo tan nuevos ardides, que no se pueden decir que en alguno V.S. imitó a los antiguos».[135]

El modelo militar de Roma estaba, pues, muy vigente todavía en la primera mitad del siglo XVI, y era la pericia militar de estos la que se trataba de encontrar, por lo tanto, reflejada en las ac-

ciones de los hispanos en las Indias. Por ejemplo, cuando Cristóbal de Olid hubo de pelear con sesenta compañeros contra un fuerte contingente de tlaxcaltecas, que los flechaban inmisericordemente, para poder ganar un paso, según A. de Herrera, su «industria fue admirable, porque muy cerrados unos con otros, levantadas las rodelas, escudándose con ellas igualmente, puestas sin perder su orden, iban peleando y mejorándose, hasta que tuvieron victoria». Y qué era aquello si no una imitación de la técnica de los antiguos a la hora de escudarse, como dice con admiración el citado cronista.[136] También la búsqueda del particular paso del Rubicón de cada conquistador estuvo a la orden del día: en el caso de Hernán Cortés el famoso suceso de los barcos varados (que no quemados), como recordaba Bernal Díaz;[137] una situación que el cronista Antonio de Herrera supo aplicar muy bien a Hernando de Soto, cuando señala que despidió los barcos que les habían conducido a Florida «porque la gente perdiesse la esperanza de salir de aquella tierra, como lo hizieron otros Capitanes antiguos y modernos, y en las Indias Occidentales don Hernando Cortés».[138]

SOBRE EL BUEN USO DEL ESCUADRÓN

En su análisis del ordenamiento táctico de los aborígenes, Antonio de Solís destacaba cómo formaban «amontonando, más que distribuyendo la gente»; los capitanes «guiaban, pero apenas governaban su gente; porque en llegando la ocasión, mandaba la ira, y à veces el miedo: batallas de muchedumbre, donde se llegaba con igual ímpetu al acometimiento, que à la fuga».[139] Frente a tales disposiciones, Solís relataba las medidas aplicadas por Hernán Cortés en Tabasco; siguiendo el modelo literario utilizado por Tito Livio, Tácito o César, el autor se centra en la figura del personaje más importante y describe su forma de actuar: Cortés, después de alentar a sus hombres —pues debían enfrentarse a cuarenta mil indios—, los colocó tras una altura, para que les cubriera las espaldas, situó la artillería en un lugar desde donde barriese al contrario, cosa fácil al acercar-

se este apelotonado, y dispuso su caballería —apenas quince caballos— para que envistiese de través al enemigo.[140] Más adelante, cuando se relata el primer choque bélico con los tlaxcaltecas, Solís se contradice al afirmar la diligencia con la que estos maniobraron para intentar cercar la hueste de Cortés, una vez había sido atraído a terreno llano. En esta ocasión, «fue necesario dar quatro frentes al Esquadròn,[141] y cuidar antes de resistir que de ofender, supliendo con la unión y la buena ordenanza, la desigualdad del número».[142] Era esta, y no las armas de fuego o la caballería, la principal arma de la que disponían los españoles. No en vano Cortés había arengado a sus hombres en la isla de Cozumel diciéndoles, entre otras cosas, «pocos somos; pero la unión multiplica los Exercitos», sobre todo si un solo general impartía las órdenes. Al relatar dicho pasaje, Solís procura imitar más que nunca el estilo de Julio César en sus *Comentarios*. F. López de Gómara también reitera una y otra vez la importancia del escuadrón hispano «bien concertado»; es decir, perfectamente formado, colocando en medio tanto el bagaje —fardaje lo llama López de Gómara— y la artillería para protegerlos mientras se marchaba. Si bien en terreno llano tanto la artillería como la caballería podían obrar milagros contra el enemigo, lo más difícil era avanzar constantemente con un buen orden y poder presentar batalla en cualquier momento.[143] En cambio, Pedro Mártir de Anglería, al menos en esta ocasión, le cede todo el mérito a la caballería y a las armas de fuego: gracias a la «nueva manera de pelear a caballo», los jinetes atacaron a los aborígenes y consiguieron desbaratar sus pelotones, «matando e hiriendo a derecha e izquierda, como a rebaños descompuestos, sirviéndose de las armas de fuego».[144] Sin duda, que inicialmente la sorpresa llevase al colapso militar parece ser indiscutible, pero el indígena que logró superar dicha fase creó, ciertamente, muchos problemas.

Cuando en el capítulo XXVI de su extraordinaria *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* (Madrid, 1632) Ber-

nal Díaz del Castillo trata acerca del alarde de tropas que hace Cortés en la isla de Cozumel, destaca el cuidado que se ponía en las armas, sobre todo la artillería, significativamente al mando de Francisco de Orozco, «que había sido soldado en Italia», mientras que las ballestas debían estar en perfecto uso y con repuestos.[145] También comenta cómo la marcha de Cempoala hacia Tlaxcala se emprendió con todos los hombres armados día y noche —«con ellas dormíamos e caminábamos»—, mientras doscientos tamemes —mil, según López de Gómara— se encargaban de la artillería, y se enviaban exploradores por delante.[146] En la segunda batalla con los tlaxcaltecas, Díaz del Castillo coincide con Solís en la gravedad del momento, cuando «medio desbaratado nuestro escuadrón, que no aprovechaban voces de Cortés ni de otros capitanes para que tornásemos a cerrar; tanto número de indios cargó entonces sobre nosotros, que milagrosamente, a puras estocadas, les hicimos que nos diesen lugar, con que volvimos a ponernos en concierto».[147] De nuevo, la indisciplina india a la hora de formar escuadrones —además de sus diferencias internas— se nos presenta como su principal debilidad militar. También cabe resaltar el uso de la espada de acero, dando estocadas con ella,[148] como en el caso ya relatado de la conquista de Perú. No siempre el arma de fuego salvaba una situación comprometida.

Mucho más peligroso sería el combate en México-Tenochtitlan una vez había sido apresado Moctezuma II, derrotado e incorporado a la hueste cortesiana el ejército de Narváez, y Pedro de Alvarado, con sus excesos, hubiese levantado a los mexicas. Bernal Díaz, que recuerda cómo apenas dormían, siempre armados y con los caballos enfrenados, situación que indica unas condiciones de vida de las tropas más duras que en Europa[149] —y sin contar la presión psicológica de estar rodeados por una masa humana tan enorme—, explica cómo la multitud de indios, que peleaban sin temor a las bajas que les causaban, estuvo a punto de exterminarlos. Es importantísima la siguiente cita: «E

no sé yo para qué lo escribo ansí tan tibiamente, porque unos tres o cuatro soldados que se habían hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces a Dios que guerras tan bravosas jamás habían visto en algunas que se habían hallado entre cristianos contra la artillería del rey de Francia, ni del gran turco; ni tanta gente como aquellos indios, que con tanto ánimo cerrar los escuadrones vieron».[150]

Tras la «Noche Triste», cuando Hernán Cortés hubo recuperado fuerzas y apostó por sitiar México-Tenochtitlan, se fue acercando a dicho lugar con todas las prevenciones posibles. Díaz del Castillo repite constantemente cómo se enviaban avanzadillas para explorar el terreno que iba a cruzar el ejército de Cortés y cómo este caminaba siempre «con mucho concierto, como lo teníamos de costumbre», precaución que aumentó al entrar en territorio mexicano: «[...] íbamos más recatados, nuestra artillería puesta con mucho concierto y ballesteros y escopeteros».[151] Cortés, tras proveerse de saetas y de munición para sus bocas de fuego, hizo un alarde en Texcoco repartiendo soldados entre los trece bergantines construidos y dividiendo el resto de sus tropas en tres grupos con sus respectivos capitanes para que cercasen México-Tenochtitlan. Las ordenanzas pregonadas entonces, además de reflejar las medidas habituales en tales casos (evitar las blasfemias, no abandonar el puesto encomendado o dormirse en las guardias), incluyen algunas otras acordes con las circunstancias: evitar cualquier enfrentamiento con los aliados indios, estar siempre con las armas a punto y preparados, evitar alardear de habilidad y destreza poniendo en peligro los caballos y las armas de fuego.[152]

Theodor de Bry, grabado de la serie *América*.

Una vez iniciado el sitio, Díaz del Castillo comenta cómo hubieron de cambiar la forma de combatir a los mexicas en el interior de su ciudad, pero deja muy claro que su única virtud era su número y la mayor dificultad la estructura urbana de México-Tenochtitlan. Significativamente, el cronista se refiere a los mexicas como «gentecilla», mientras que los aliados tlaxcaltecas son definidos como «varones», aunque se contradice en cuanto habla del tesón defensivo de los primeros y las grandes dificultades que tuvieron para vencerles, con combates tan constantes que, en un momento dado de la narración, para no ser tan prolijo, Díaz del Castillo alega que un relato pormenorizado de lo sucedido haría que su obra «[…] parescería a los libros de Amadís o Caballerías». No exageraba.

Tras una exhaustiva, y por ello asombrosa, relación de los participantes en la conquista y la suerte que corrieron en el transcurso de la misma y después, Bernal Díaz reivindica no so-

lo la ganancia de gloria y honra mediante el ejercicio de las armas, sino también que: «[...] he notado que algunos de aquellos caballeros que entonces [en el pasado] subieron a tener títulos de estados y de ilustres, no iban a las tales guerras ni entraban en batallas sin que *se les diesen* sueldos y salarios; y no embargante que se lo pagaban, les dieron villas y castillos y grandes tierras perpetuas, y privilegios con franquezas, los cuales tienen sus descendientes».[153] Si en algo se distingue el soldado de la conquista de sus correligionarios europeos es en las mercedes obtenidas aunque, con el tiempo, los motines en el ejército de Flandes, por ejemplo, demostrarían que la vida del soldado era muy dura en todas partes.

Otros autores —el conocido como «El conquistador anónimo» sería un buen ejemplo— estaban dispuestos a considerar una preparación en la conducción de la batalla entre los ejércitos del centro de México: «Guardan un cierto orden en sus guerras, pues tienen sus capitanes generales, y demás tienen otros capitanes particulares de cuatrocientos y de doscientos hombres». Poco más adelante, el mismo autor reconoce su admiración, aunque sea estética, por la formación en batalla ofrecida por los mesoamericanos, así como cierta disciplina durante y después del combate, con duros castigos para quienes no cumplían las órdenes, o un servicio médico muy desarrollado para retirar del combate a heridos y muertos.[154] El licenciado Jerónimo Ramírez defenderá las múltiples capacidades de los indios para, de esta forma, conseguir resaltar la victoria de Hernán Cortés. Es significativo que se escriba esta apología ante el cúmulo de opiniones que despreciaban al indígena como oponente en la guerra; ahora bien, si el indio se convierte en un contrincante de talla lo fue no tanto por sus habilidades marciales intrínsecas, que también las tenían, sino por el contacto con un enemigo superior. Utilizando ejemplos de la Antigüedad clásica —los tebanos, en principio poco dados a los asuntos marciales, terminaron siendo unos expertos en la guerra por la presión de

sus contrarios—, el autor consideraba que si bien era verdad que los indios, antes del descubrimiento,

> eran guerreros y belicosos, porque unas provincias con otras traían entre sí muy sangrientas guerras, poco después que pasaron a las Indias españolas y comenzaron a entrar en campo con ellos, salieron tan esforzados y valientes, y tan ingeniosos en ardides de milicia, que se podían comparar con los más prácticos soldados de Italia, porque los indios ni en fuerzas, ni en buena proporción y firmeza de cuerpo, ni en valor, ni en ánimo ni entendimiento, ni en discurso de razón dan la ventaja a ninguna nación del mundo.[155]

Y sobre los incas se tenía una opinión parecida. Pedro de Quiroga, en sus *Coloquios de la verdad* (1563) —tras comentar la increíble victoria de Francisco Pizarro y sus escasos hombres frente a un ejército enorme—, pone en boca de Barchilón las siguientes palabras:

> Y no te engañes o no te engañen, diciendo que no eran hombres, sino indios sin razón y sin uso de guerra; porque soldados eran y muy diestros ya en la guerra y hechos a los trabajos y trances de ella, y aun soldados victoriosos que, cuando fueron acometidos de los nuestros, las lanzas traían ensangrentadas y las manos llenas de victoria de batallas que habían vencido [...] Al fine, era un ejército formado y armado el que los nuestros vencieron.[156]

Cuando el cronista Francisco de Jerez quiso comentar idéntico tema, coincidió en señalar la destreza de las tropas incaicas y su formación «en escuadras con sus banderas y capitanes que los mandan con tanto acierto como turcos [...]». Se puede alabar militarmente al indio, pero, a ser posible, sin compararlo con un enemigo europeo del momento, es decir, con Francia o los príncipes protestantes alemanes;[157] en cambio, la comparación con el infiel turco es factible.[158] En el caso de Chile, Jerónimo de Vivar no dudó en señalar cómo los indios, «cuando vienen a pelear vienen en sus escuadrones por buena orden y concierto que me parece me [sic] a mí que, aunque tuviesen acostumbrado la guerra con los romanos, no vinieran con tan buena orden».[159]

Pero, con todo, era el extraordinario número de sus guerreros su principal baza y su mentalidad bélica, más cercana a hacer prisioneros que a destruir al enemigo, su principal inconveniente. Juan Ginés de Sepúlveda, en su *Historia del Nuevo Mundo*, también relata la batalla de Cintla que, tras ser ganada por Cortés, daría lugar a la pacificación de Tabasco. Hasta cuarenta mil indios, divididos en cinco columnas, rodearon a la hueste hispa-

na, de forma que, «entablado el combate, los nuestros, rodeados por tan gran número de indios, se vieron tan acosados que tuvieron que defenderse en formación cerrada».[160] Aunque la caballería y los ballesteros hicieron estragos, queda clara la ventaja que suponía luchar en forma de escuadrón moderno, con picas y rodeleros. Francisco Cervantes de Salazar, en su *Crónica de la Nueva España* —muy influida por las *Cartas de relación* de Hernán Cortés y por la crónica de Francisco López de Gómara —, pone en boca de Cortés las siguientes palabras: «Confiésoos que la gente entre quienes estamos es infinita y bien armada, pero también no me negareis que nos tienen por inmortales [...] Mientras más son, más se confunden y embarazan; muerto uno, van todos como los perros tras él».[161] Para este autor, el poderío militar hispano se fundamentaba en la disciplina férrea impuesta por Cortés y en el escuadrón. En Otumba, los indios ocupan todo el campo con su griterío, y eran descritos como «leones desatados», y se acercaban a las filas hispanas a hacer prisioneros, «pero Cortés, que vía que toda la fuerza estaba en que los suyos estuviesen juntos y en orden [...] defendió tan bien su escuadrón, que ningún soldado le llevaron».[162] En el momento de máximo peligro, los de caballería llegaron a introducirse en el interior del escuadrón formado por los infantes para que no les matasen los caballos. Una vez superado el peligro, Cortés ordenó un alarde de su ejército que sirvió para animar a sus aliados nativos, «encendiólos [el alarde] en un deseo ardiente de verse con los enemigos mexicanos, porque entendían que con el ayuda e favor de gente tan valiente, tan diestra y tan exercitada, no podían dexar de alcanzar victoria de sus enemigos, y envidiosos de aquel orden y manera de alarde, dixeron a Cortés que ellos querían hacer otra reseña».[163]

Las acciones militares de otro conquistador, Nuño Beltrán de Guzmán, también nos permiten comprobar que la lucha contra los chichimecas fue muy ardua y que, sobre todo, la formación en escuadrones al estilo practicado en Europa —en las guerras

de Italia— constituyó una de las claves principales del sometimiento de los naturales. Con todo, Guzmán quedó impresionado por la gallardía de sus contrincantes. En su invasión de lo que se llamaría la Nueva Galicia, Guzmán marchaba con sus hombres en formación, de modo que en los primeros escarceos los aborígenes se retiraron al ver «la horden y mucha gente que llevava». Poco más adelante, el conquistador insiste en que avanzaba siempre enviando por delante ojeadores y su gente en formación, o en «horden» como él dice. Tras los primeros combates, Guzmán alabó la valentía de aquellos hombres, algunos de los cuales eran capaces de enfrentarse contra un caballero con armas de piedra y madera: «[...] y digo esto a vuestra magestad por que se sepa que tienen animo muchos dellos y que osan acometer qualquier español». En varias ocasiones, la admiración sentida hace que la comparación solo pueda ser posible con los propios españoles: los indios peleaban «con tanto esfuerzo y animo como sy fueran españoles». Acostumbrados a luchar con sus semejantes, los chichimecas solían esperar a los hispanos formados en batalla en lo alto de una prominencia, pero al desconocer la caballería, no pudieron prever que los caballos españoles podían subir y atacarles. De hecho, ante esta tesitura, que se repetiría, la estrategia desarrollada por Guzmán consistía en dividir sus fuerzas en tres escuadrones: uno con toda la caballería, infantería hispana e indios aliados, que impedirían la huida del enemigo; otro compuesto por infantería española y nativos aliados, que cubriría otro flanco, y, finalmente, un tercer escuadrón, al mando del propio Guzmán, compuesto por el resto de la infantería y la artillería, cuyo cometido era el ataque frontal a la posición de los chichimecas. Los indígenas aliados, al comprobar la efectividad de la caballería, nunca se adelantaban si no eran acompañados por algunos caballos que los cubriesen en caso de contraataque chichimeca. En la batalla de Atecomatlán, Guzmán fue superado por la estrategia chichimeca, puesto que, de forma inconsciente, se lanzó al ataque con

uno de sus tres escuadrones contra una formación india que no solo le superaba en número, sino que fue asistida por una reserva, mientras que los otros dos escuadrones hispanos también eran atacados simultáneamente por fuerzas superiores. De nuevo, Guzmán reconoce el «esfuerço y denuedo» de la acometida de los aborígenes, que luchaban «con tanta destreça como sy fueran españoles, toda su vida acostunbrados en la guerra, sabiendose tan bien guardar del cavallo o de la lanza como soldados acostumbrados en aquel exerçiçio».[164] Esta última frase parece denotar que los indígenas iban aprendiendo a luchar en un nuevo tipo de guerra.

Y a pesar de todo, el secretario de F. Pizarro, P. Sancho de la Hoz, reconocía que la situación política interna del Tawantinsuyu —«la discordia que había entre la gente de Quito, y los naturales y señores de la tierra de Cuzco y su comarca»— había permitido al grupo conquistador iniciar la conquista en una tierra calificada como

> la más montañosa y áspera que se puede andar a caballo, y se puede creer que si no fuera por, no habrían entrado los españoles en el Cuzco ni habrían sido bastantes para pasar adelante de Xauxa, y para haber entrado sería menester que hubieran ido en número de más de quinientos, y para poder mantenerla se necesitaban muchos más, porque la tierra es tan grande y tan mala, que hay montes y pasos que diez hombres los pueden defender de diez mil. Y nunca el Gobernador pensó poder ir con menos de quinientos cristianos a conquistarla, pacificarla y hacerla tributaria.

Quinientos hombres, la cifra mágica desde la entrada inicial de Hernán Cortés en México. No obstante, Pizarro tenía una muy buena baza en la calidad de la gente que llevó consigo: «Ni nunca el Gobernador se hubiera aventurado a hacer tan larga y trabajosa jornada en esta tan grande empresa, a no haber sido por la gran confianza que tenía en todos los españoles de su compañía, por haberlos experimentado y conocido ser diestros y prácticos en tantas conquistas, y avezados a estas tierras y a los trabajos de la guerra».[165]

Y DEL BUEN USO DE LA CABALLERÍA

Nicolás Federmann, en su entrada en Venezuela, aseguraba que los caballos «constituían nuestra fuerza principal y lo que más temen los indígenas». E insistía: «Porque en los sitios don-

de se puede hacer uso de la caballería, un jinete inspira mayor miedo a los indios y les hace más daño que cuarenta de a pie».[166] Sin duda, ello era así, pero cuesta creer que apenas unas pocas decenas de caballos, cuando los había, pudieran otorgar una ventaja militar tan enorme, sobre todo en un país selvático. En su *Relación*, Andrés de Tapia, comentando sobre la pugna con los tlaxcaltecas, explicaba cómo Cortés «y los de cavallo yvan siempre en la delantera peleando y bolvie de quando en quando a conçertar su gente y hazerlos que fuesen juntos y en buen conçierto y asi lo yvan. Huvo yndios que arremetien con los de cavallo a les tomar las lanças».[167] Ese era el gran peligro. Poco tiempo antes, en la entrada en Tabasco, relata el padre Las Casas cómo los caballos causaron una gran impresión inicial en los indios, «pero no por eso dejaron de pelear contra ellos aunque se vían morir muchos a sus pies».[168] Una vez más insistimos: choque psicológico inicial, pero no por ello se dejaba de luchar.

Bernal Díaz del Castillo[169] expuso perfectamente una típica acción militar en campo abierto, si bien en lugar peligroso por su orografía y, por ello, favorable al enemigo. El 12 de marzo de 1521, el capitán Gonzalo de Sandoval, con veinte de a caballo y trescientos peones, fue destinado por Cortés a defender a sus aliados de Chalco, por entonces muy presionados por las guarniciones mexicas de su entorno. Estos, efectivamente, les esperaban en Chimalacan, un lugar donde había algunas quebradas y arcabuezos y, por lo tanto, era favorable a su despliegue. Sandoval colocó a sus ballesteros y arcabuceros por delante y los de caballería irían actuando de tres en tres de forma que, cuando los anteriores hubiesen realizado sus primeros disparos, entonces los de caballería romperían sobre el contrario «á media rienda y las lanzas terciadas, y que no curasen alancear, sino por los rostros, hasta ponerlos en huida». Gracias a esa técnica, que la experiencia les enseñó, evitaban alancearlos con el peligro de que varios indios tomasen la lanza y tirando de ella die-

sen con el caballero en el suelo. La infantería de espada y rodela debería en todo momento actuar «hechos un cuerpo», es decir, sin deshacer el escuadrón, «y no se metiesen entre los contrarios hasta que se lo mandase», ya que como el lugar era peligroso, los indios podían tener algunas albarradas y, sobre todo, hoyos camuflados en el suelo con estacas, pues Sandoval quería tener a sus hombres formados, como se ha dicho, en escuadrón por si se producía una contingencia. Viendo Sandoval que la masa de mexicas se les venía encima formando tres escuadrones, dio la orden a sus caballos de que les entrasen para romper sus formaciones. La caballería cumplió su función desbaratando las primeras filas de los escuadrones, pero estos retrocedieron sin poder ser seguidos por los caballos, al aprovecharse de las barrancas que había, y volvieron a formar en escuadrón. Entonces, Sandoval dio la orden de que avanzase el escuadrón de infantes, con los ballesteros y arcabuceros en el centro, quienes les dispararían, colocando en sus flancos a los rodeleros, y cuando él diese la señal, tras comprobar cómo se le hacía daño al enemigo, que la caballería atacase para intentar sacar de allá a los mexicas y conducirlos a un llano que allí cerca se encontraba. Asimismo, ordenó a los indios aliados que les siguiesen para presionar al contrario. Así lo hicieron, no sin recibir los castellanos muchas heridas, dado que luchaban contra un número importante de nativos. Estos fueron retrocediendo hasta un pueblo llamado Guaztepeque, donde salieron nuevos escuadrones a luchar contra los hombres de Sandoval. Gracias a dicha circunstancia pudieron entrar en la localidad, mientras Sandoval y los suyos luchaban con algunos escuadrones en las afueras. Finalmente, también Sandoval y su hueste lograron forzar su entrada en Guaztepeque y cuando pensaban que la batalla había finalizado, los mexicas volvieron a la carga peleándose en la plaza central del pueblo, donde las armas hispanas, en especial las ballestas, los arcabuces y la caballería, tenían las de ganar. Finalmente, los mexicas abandonaron el lugar.

Los caciques de Chalco señalaron a Gonzalo de Sandoval que los mexicas se habían hecho fuertes en la localidad de Accapichtlán, y que si no los desalojaban de allá todo el esfuerzo realizado hasta entonces no serviría de nada, dado que aquellos regresarían. Si bien tenía heridos muchos de sus hombres, Sandoval se decidió finalmente por el asalto de dicha localidad. Tras mantener a su caballería en las inmediaciones para impedir la llegada de ayuda a los mexicas de Accapichtlán, Sandoval inició el ataque a la posición enemiga con sus hombres, dado que los indígenas aliados eran reacios a atacar una posición fuertemente defendida y situada en alto. Después de escalar los riscos que defendían la población con muchos heridos entre sus fuerzas, Sandoval tomó la localidad. Sus hombres dejaron el trabajo sucio de matar a los mexicas a los nativos aliados, mientras ellos se dedicaban a «buscar una buena india ó haber algún despojo; y lo que comúnmente hacían era reñir á los amigos porque eran tan crueles y por quitalles algunos indios ó indias porque no los matasen». Los mexicas supervivientes escaparon por los riscos de la fortaleza hasta bajar hacia un arroyo, «y como había muchos de ellos heridos de los que se venían á esconder en aquella quebrada y arroyo, y se desangraban, venía el agua algo turbia de sangre, y no duró aquella turbieza un AveMaría». Díaz del Castillo critica duramente, como suele ser habitual, a López de Gómara por inventar detalles inexistentes en aquellos encuentros. Mejor que este último, fue Cervantes de Salazar, quien tiró de pluma para dar tonos épicos y melodramáticos a la victoria hispana en México. Así, en el caso de Accapichtlán, dice:

> Los indios amigos, como vieron subir a los españoles con tanto ánimo y que iban ganando tierra a los enemigos, siguiéronlos de tropel, y así los unos y los otros hicieron tan gran matanza en los enemigos y dellos se despeñaron tantos de lo alto, que todos los que allí se hallaron afirman que un río pequeño que cercaba casi aquel pueblo, por más de una hora fue tan teñido en sangre, que no pudieron beber por estonces los nuestros dél, aunque estaban bien sedientos por el cansancio y el gran calor que hacía.[170]

La imagen del río, o del arroyo, tinto en sangre resulta muy impactante y, literariamente hablando, atrayente. También la hayamos en la descripción del padre Las Casas de la matanza de

Caonao (Cuba, 1513) perpetrada por los hombres de Pánfilo de Narváez: «Iba el arroyo de la sangre como si hobieran muerto muchas vacas».[171] Y aparece a menudo en las descripciones de batalla en las guerras chilenas («cuya sangre dejó teñido el arroyo que por ella corre»; «el arroyo de la sangre casi era poco menor que el del agua») de cronistas como Pedro Mariño de Lobera.

Una vez más, Bernal Díaz del Castillo nos explica cómo se debe pelear con los caballos en las guerras de Nueva España. Gonzalo de Sandoval, enseñando a unos efectivos de la caballería recién llegados de Castilla, les señalaba lo siguiente:

> Las lanzas algo terciadas, y no se parasen a dar lanzadas, sino por los rostros y pasar adelante hasta que les hayan puesto en huida; y les dijo que vista cosa es que si se parasen á alancear, que la primera cosa que el indio hace desque está herido es echar mano de la lanza, y como les vean volver las espaldas, que entonces á media rienda les han de seguir, y las lanzas todavía terciadas, y si les echaren mano de las lanzas, porque aun con todo esto no dejan de asir dellas, que para se las sacar de presto de sus manos, poner piernas al caballo, y la lanza bien apretada con la mano asida y debajo del brazo para mejor se ayudar y sacarla del poder del contrario, y si no la quisiere soltar, traerle arrastrando con la fuerza del caballo.[172]

Pedro de Alvarado (1486-1541), en su conquista de Guatemala, repite algunas de las tácticas empleadas por Hernán Cortés en México. Por ejemplo, cuando se toma un pueblo y este sirve como campamento principal («asentar real»), posteriormente desde dicha posición se baten los contornos durante algún tiempo al objeto de atrapar prisioneros, buscar comida o, simplemente, para quemar los demás pueblos de los indios por no querer aceptar la paz ofrecida. La caballería, arma principal a menos que se tratase de un terreno fragoso, cuando Alvarado hacía marchar por delante a los ballesteros para que estos frenasen un golpe de mano de los indios, mandaba en la disposición del combate. Siempre se buscaría un terreno apropiado para permitir desplegar la caballería y la artillería frente a la masa de indios, pero también Alvarado gustaba de otras añagazas. En su *Relación* a Cortés de julio de 1524, explica cómo teniendo desplegados sus cien caballos, ciento cincuenta peones y cinco mil o seis mil indios aliados decidió retroceder, cuando apenas si se hallaba a cien metros del ejército indio, durante algo más

de un kilómetro y medio, según siempre sus cálculos. De esta manera, los aborígenes se adelantaron persiguiéndolos perdiendo su formación inicial, momento en el que Alvarado ordenó dar la vuelta a sus tropas y encarar a los enemigos. Luego siguió la matanza, pues muchos indígenas iban tan pesadamente armados con sus escaupiles de tres dedos de grosor, además de sus armas ofensivas, que cuando caían al suelo no podían levantarse. Presa fácil para los peones hispanos y los indios aliados (¿quizá no iban armados de la misma forma?). En Tacuxcalco, donde los nativos aparecieron con lanzas de treinta palmos que, de haber sabido usar, hubiesen frenado la caballería, Alvarado dividió en tres cuerpos sus tropas de a caballo, para acometerlos con mayor facilidad, y posteriormente desbarataron su formación. Le siguió una matanza de tal calibre que, tras aquello, los aborígenes ya no se atrevieron a nuevas batallas campales, sino que abandonaban sus poblados y se marchaban a la selva.[173]

Los reches fueron quienes, quizá, mejor supieron frenar la caballería hispana. Según Álvaro Jara:

> La pica araucana fue adaptada a la lucha contra la caballería española aumentando su longitud, que llegó hasta a los seis y ocho metros, dispuestas en una doble fila de piqueros para enfrentar el ataque. La fila de adelante manejaba picas de cuatro o cinco metros y la segunda las más largas, creando así grandes dificultades a las embestidas de los españoles. Las puntas de estas picas habían pasado del simple endurecimiento a fuego, a tener por hierros, pedazos de espadas españolas con amoladas puntas, y muchas hojas enteras, muy limpias y resplandecientes, con que aumentaban su longitud. Además de las medias espadas, ponían también en las puntas de las picas dagas y puñales que habían tomado a los españoles. Las espadas las trozaban para poder armar así mayor número de picas, pero a comienzos del siglo XVII la infantería las usaba enteras en sus picas y la caballería indígena en trozos, aprovechando también los cuchillos, machete y hachas.[174]

Pero aún más importante, si cabe, se le antoja al historiador chileno la agregación de la caballería a las armas propias del indio del centro y sur del actual Chile:

> Pero donde la asimilación a las tácticas europeas alcanzó mayor importancia fue en la incorporación del caballo al ejército indígena. Hay que destacar que no se trató de una simple copia, sino, por el contrario, de una completa adaptación, con algunas creaciones propias. A partir del último tercio del siglo XVI los araucanos comenzaron a usar el caballo en forma creciente y continuada. La caballería indígena apareció ya durante el gobierno de Melchor Bravo de Saravia, es decir, desde fines de la década del sesenta. A medida que avanzaba la centuria iban haciéndose cada vez más diestros en su manejo y más interesados en aumentar sus disponibilidades de buenas tropillas de caballos. [...] El araucano adaptó la silla de montar española a su sistema de caballería ligera, haciéndola más sencilla y más liviana, para dar mayor movilidad a sus corceles. La usaban de unos fustecillos pequeños hechos de madera muy leve, tan arnoldados a sus caballos con sus

cojines de lana, que no viene a pesar todo seis libras. Y por ser las nuestras muy pesadas y cargadas de ropa, dicen ellos que afligen nuestros caballos y los cansan presto; y así las que llegan a su poder cuando ganan caballos ensillados y enfrenados en alguna victoria, luego las desbaratan, deshacen, adelgazan y cercenan cuanto pueden. La brida, riendas y cabezada las hacían de cuero o de cuerdas, los frenos de madera y los estribos eran una sencilla argolla, también de madera, donde introducían nada más que el dedo gordo del pie. El caballo solía ir protegido por unas ijadas de cuero y no usaban herraduras.[175]

Dada su peligrosidad, no es de extrañar ciertas medidas que se debían tomar al operar en territorio araucano. Relatando alguna de sus operaciones militares al sur del río Biobío, Pedro de Valdivia comentó la técnica para avanzar por dicho territorio:

Pongo en orden mi gente, caminando todos juntos, dexando bien proveída siempre la rezaga, y nuestro servicio y bagaje en medio, y unas veces yendo yo, y otras mi teniente, y otras el maestre de campo y otros capitanes, cada día con treinta o cuarenta de caballo delante, descubriendo e corriendo la tierra e viendo la dispusición della y donde habíamos de dormir, dando guazábaras a los indios que nos salían al camino, e siempre hallábamos quien nos defendía la pasada.[176]

Algunos años más tarde, en 1573, Pedro Pantoja, vecino de la ciudad de Concepción, reflexionaba acerca de la guerra y solicitaba trescientos hombres, si pudiera ser todos arcabuceros, ya que eran ellos quienes «[h]an de hacer la guerra por ser la tierra áspera y los yndios tan velicosos y pelear con lanças muy largas y flecheria y para desbaratalles sera menester hazer la guerra a pie y pocos a cavallo y aviendo esta orden con fasilidad se trayra la tierra de paz».[177]

A comienzos del siglo XVII, Alonso González de Nájera no tenía dudas acerca de las ventajas que les habían reportado a los indios chilenos el haberse adaptado al uso de las armas de fuego y acero hispanas y, en especial, al de la caballería, artículos que los nativos habían ido obteniendo, sobre todo, gracias a las muy mal planteadas campañas de castigo (campeadas) que cada verano desde hacía décadas planteaban los gobernadores del Reino de Chile. Y así, «[…] con nuestras campeadas se han hecho soldados para saber defenderse y ofendernos; con nuestra comunicación les habemos dado consejo para saberse gobernar; con nuestros caballos, caballería para superar la nuestra, y finalmente con nuestras armas les habemos dado ánimo y confianza para perseverar en el propósito que tienen de acabarnos de echar de todo punto de su tierra».[178]

«De su tierra», puntualización significativa.

2
LAS PRÁCTICAS ATERRORIZANTES EN LA CONQUISTA DE AMÉRICA

El uso del terror, de la violencia extrema y de la crueldad por imperativo militar en la conquista hispana de las Indias es un hecho incontrovertible que casi nunca se ha reconocido. La necesidad de imponerse sobre unas poblaciones autóctonas de muy diversa condición, demografía y potencial bélico, una realidad que se asemeja muchísimo a la experiencia expansionista del mundo romano, tanto de la época republicana como de la imperial, obligó a los hispanos a utilizar ciertas prácticas aterrorizantes harto conocidas, por otro lado, en el devenir de la historia de los imperios, incluido el hispano.

«Comenzaron la conquista de indios acabada la de moros,[1] porque siempre guerrearon españoles contra infieles», aseguraba Francisco López de Gómara.[2] Para Georg Friederici, en la conquista de las islas Canarias —a la que considera como el eslabón entre Granada y América— se pueden observar todos los excesos que, más tarde, reaparecerán en las Indias: «El colgar y empalar a la víctima, el descuartizarla, el cortarle las manos y los pies, haciendo luego correr al mutilado, el ahogar a los infelices prisioneros y esclavizar a las poblaciones indígenas». Para el autor alemán, «las guerras intestinas de los españoles, las cruzadas contra los moros y las campañas de conquista de las islas Canarias fueron, manifiestamente, guerras de despojo y la escuela en que se formaron los conquistadores de América»,[3] y si bien Mario Góngora puntualiza oportunamente las diferencias existentes entre las guerras fronterizas peninsulares y las de Indias, en el sentido de señalar que el medio y el enemigo eran muy distintos, no deja de reconocer que la primera generación de la conquista es descendiente de otra anterior muy marcada por una serie de tipos de guerra, o de formas de hacer la

guerra, y unas situaciones sociales muy características. M. Góngora especifica que lo peculiar entre este tipo de combatientes, cuando actuaban en Berbería, las Canarias y, poco más tarde, en las Indias, no fue tanto el afán de obtener un botín, algo consustancial con la naturaleza de la guerra practicada por los ejércitos europeos hasta el siglo XVIII, sino más bien hacer esclavos.[4] Así, si en la guerra contra los musulmanes en la península Ibérica la esclavitud y el rescate podían alternarse, no ocurrió lo mismo en el caso de los canarios y de los aborígenes americanos. «Las cabalgadas peninsulares, y más aún las africanas y americanas, son, pues, una institución característica de guerra entre pueblos de distintas culturas, que no se reconocen efectivamente un estatuto jurídico común». Además, en el caso de las Indias, la perduración de las correrías y de la conquista esclavista en un territorio determinado dependía del tiempo en que se tardase en introducir instituciones como la encomienda, a menudo alimentada con los aborígenes esclavizados procedentes de otros territorios.[5]

Sin duda, cabe ver la conquista de las Indias como una prolongación de la de los reinos musulmanes de la península Ibérica también en su vertiente crematística —así lo hace Carmen Mena para los primeros compases de la conquista del Darién—,[6] si bien los conquistadores no alcanzaron en general los privilegios conseguidos por la nobleza castellana en su ocupación del sur peninsular. No obstante, es muy significativo que Hernán Cortés, a la hora de comparar Tenochtitlan con una ciudad hispana del momento, lo hiciese precisamente con Granada: «Para la mentalidad de los conquistadores era evidente que la anexión del Nuevo Mundo constituía una suerte de prolongación de las acciones bélicas de la Reconquista».[7] Pero ello no significa que la guerra fuese igual de dura; al menos para Alonso Enríquez de Guzmán era peor la practicada en las Indias:

> Hallo y puedo çertificaros que es la más cruel guerra y temerosa del mundo que pintaros pueda, porque la de entre cristianos, tomándose a vida el contrario, halla entre los enemigos amigos y por lo menos proximidad. Y si es entre cristianos e moros, los unos a los otros tienen alguna piedad e sígueseles ynterés de

rescates, por do llevan algund consuelo los que se toman a vida. Pero aquí entre estos yndios e los de qualquier parte de Yndias, ni tienen razón ni amor ni temor a Dios ni al mundo ni ynterese para que, por él, os den vida, porque están llenos de oro e plata y no lo tienen en nada. Y sin dexaros entrar en plática ni aprovecharos cosa ni avellos tratado bien e syn ser su amigo ni seros en cargo, os dan la más cruel muerte que pueden.[8]

AMPUTACIÓN DE LAS MANOS

La amputación de las manos[9] fue utilizada profusamente por el imperialismo romano a la hora de aterrorizar a las poblaciones sometidas —o que estaban en vías de serlo—, pero también era un castigo disciplinario en el seno de su propio ejército. Según W. V. Harris, quizá «la habitual rudeza de los métodos guerreros romanos proviniera de una disposición inusualmente acentuada para emplear la violencia contra los pueblos extranjeros»; el caso es que, Escipión Emiliano, por ejemplo, en sus operaciones contra Numancia, ordenó la amputación de las manos de cuatrocientos jóvenes de la ciudad de Lutia,[10] partidaria de aquella.[11] En definitiva, siguiendo a F. Marco Simón: «Amputación de manos, esclavización del vencido y matanzas indiscriminadas son las principales medidas de represalia tomadas por las autoridades romanas contra la resistencia indígena, amén de los saqueos y el arrasamiento de ciudades».[12] Y exactamente lo mismo iba a ocurrir en la conquista de América, si bien la historiografía americanista, en general, no ha hecho mención, o muy escasa, de tal práctica, aunque existiese la constancia, a través de los escritos del padre Bartolomé de las Casas y de otros muchos autores, de su existencia. Porque, ¿cómo no iba a ser una práctica habitual el corte de manos, si el propio Carlos I, en una Real Cédula del 13 de febrero de 1544, ordenó a su visitador Alonso de Zorita que: «Hagáis información y sepáis cómo y de qué manera lo sobredicho [graves delitos cometidos contra los indios] ha pasado y pasa y qué muertes de indios e *cortamiento de brazos* e robos de haciendas y otros delitos han hecho y cometido los dichos españoles en la conquista y descubrimiento [...]».[13]Aunque el almirante Cristóbal Colón utilizó la mutilación en vida en sus andanzas en La Española, y no solo contra

los aborígenes,[14] fue sobre todo durante el gobierno de Nicolás de Ovando (1502-1509), según el testimonio de Las Casas, cuando se abusó de amputaciones y masacres. Así, entre los indios sublevados de la provincia de Higüey, Juan de Esquivel, designado por Ovando caudillo de la expedición de castigo, cuando hallaba un grupo de indígenas escondido en la maleza no solía darles cuartel o bien, para dar ejemplo, menudeaba entre los que se salvaban el corte de sus manos. Asegura el padre Las Casas que a muchos de estos «les hacían poner sobre un palo la una mano, y con el espada se la cortaban, y luego la otra, a cercén o que en algún pellejo quedaba colgando, y decíanles: "Andad, llevad a los demás esas cartas" [...], íbanse los desventurados, gimiendo y llorando, de los cuales pocos o ningunos, según iban, escapaban, desangrándose y no teniendo por los montes, ni sabiendo dónde ir a hallar alguno de los suyos, que les tomase la sangre ni curase; y así, desde a poca tierra que andaban, caían sin algún remedio ni amparo».[15]

Y cuando no era el corte de las manos era el fuego o el ahorcamiento. Mientras que todo indica que en el golfo de Urabá, el Darién y Veragua la especialidad de Vasco Núñez de Balboa y de otros fue más bien esa última, junto con el famoso aperreamiento, según Las Casas, al menos uno de los capitanes de Pedrarias Dávila, Gaspar de Espinosa, se distinguió por el corte de narices y manos, castigos menores frente a los ya citados ahorcamiento y aperreamiento con los que aterrorizó a los habitantes de las provincias de Pomogre y Pocorosa (1516-1517). Bethany Aram ha hallado nueva documentación de archivo que esclarece la expedición de Espinosa: si bien se puede criticar en algunos puntos lo aseverado por Las Casas, lo cierto es que el propio Espinosa admitió que se habían producido algunas matanzas, aunque aseguraba que se debieron «al temor de los cristianos, al verse ampliamente superados en número».[16] Carmen Mena, si bien reconoce que «todos los relatos de la época coinciden en señalar el régimen de terror impuesto por los capita-

nes de Pedrarias y sus métodos brutales a lo largo y ancho del territorio», se caracteriza en su última obra no solo por no explicitarlos en demasía, sino que resalta algunas contradicciones de una de las principales fuentes, la crónica de Fernández de Oviedo, quien habitó en el territorio en cuestión y fue coetáneo de casi todos los protagonistas de tales andanzas, no lo olvidemos. Aunque contaba con simpatías y antipatías, Fernández de Oviedo nunca dudó en señalar los excesos de los suyos. Cinco siglos más tarde parece que aún cuesta un tanto reconocerlos (o se procura, como se ha señalado, no cargar las tintas sobre los mismos).[17]

Con todo, sería en el transcurso de la conquista de México cuando encontraremos nuevos ejemplos de amputación de manos. En los compases iniciales de la campaña, antes de lograr la alianza con Tlaxcala, se produjo un incidente que numerosos cronistas recogen. En la *Relación* de Andrés de Tapia, autor muy favorable a Hernán Cortés, se explica que este sospechó de la llegada de unos quince o veinte indios acompañados de unos mensajeros de Tlaxcala. Tras detenerlos y sonsacarles la verdad, es decir, que procurarían atacarlos aquella noche, a pesar de las seguridades dadas de querer la paz, Cortés les cortó las manos a algunos de los espías y los envío de vuelta a su ciudad como aviso.[18] El propio Cortés, en su segunda carta de relación, elevaba a cincuenta el número de los enviados de Tlaxcala que fueron a espiar a su campo, o al menos eso dedujeron los aliados de Cempoala («Y los de Cempoal vinieron á mi y dijéronme que mirase que aquellos eran malos, y que venían á espiar y mirar cómo nos podrían dañar [...]»). Su reacción fue la ya señalada: amputarles las manos a los cincuenta y enviarlos de vuelta a su campo, no sin antes haberse cerciorado de que su función había sido traicionarle y no otra.[19] Francisco López de Gómara afina más en el análisis del efecto: «Grandísimo pavor tomaron los indios de ver cortadas las manos a sus espías; cosa nueva para ellos». El resto de los tlaxcaltecas se alejaron del campamento

hispano por miedo a acabar igual que los mutilados, pero fueron seguidos aún de noche durante dos horas por los caballos de Cortés «y mataron hartos en el alcance». El episodio de los espías tlaxcaltecas es resuelto por Bernal Díaz del Castillo rebajando a diecisiete el número de indios mutilados, recalcando que a unos se les cortaron las manos y a otros los pulgares. El jefe de guerra tlaxcalteca, cuando vio aquello, que era el efecto que se buscaba, «perdió el brío y la soberbia». El cronista Antonio de Herrera, poco dado a pregonar crueldades de los compatriotas, hábilmente redujo aún más la cantidad de damnificados, rebajando a siete el número de espías que vieron sus manos cortadas, mientras a otros se les cortaron los pulgares; eso sí, a vista de todo el ejército, pues se trataba de una medida disciplinaria y, por supuesto, «muy contra su voluntad [de Cortés], pareciendo que para lo de adelante assí convenia».[20] E incluso Francisco de Aguilar, en su *Relación breve,* señaló que Cortés «les mandó cortar las narices y las orejas y atóselas al cuello», pero no las manos. Eso sí, añade que la decisión de emplear la crueldad se tomó cuando Cortés comprobó las traicioneras intenciones de los tlaxcaltecas —«y viendo el capitán que eran ya en aquello rebeldes»—, y quiso aplicar aquel tipo de didáctica, «y así los enviaba atemorizados sin matar a ninguno».[21]

En su terrible campaña en Nueva Galicia, el que fuera presidente de la primera Audiencia de Nueva España, Nuño Beltrán de Guzmán, no dudó, en Jalisco, al encontrarse toda la zona despoblada, en quemar las casas y destruir la campaña, «y a dos indios que se tomaron mandó cortar las manos y las narizes, y se las mandó atar, al uno de los cabellos, y al otro que se le quedasen colgadas de los pellejos: y les dixo, que lo mismo haria a todos los otros sino yuan a obedecerle». En un autor tan poco dado a proclamar crueldades de compatriotas, estas palabras de Herrera no dejan de sorprender. En cualquier caso, Juan de Sámano confirma la mutilación en vida de dos indios.[22]

Sin abandonar todavía Nueva España, en la larga y terrible

guerra contra los chichimecas, el castigo habitual reservado a los jefes y espías o exploradores era el ahorcamiento, si bien para otros elementos acusados de ataques a los españoles o a los indios pacificados se utilizaba también la hoguera, la decapitación, así como la amputación de pies, manos o dedos. J. C. Ruiz Guadalajara especifica que la amputación de pies y pulgares de las manos como castigo era «la representación objetiva de las dos cualidades del indígena hostil que más dañaban a los españoles y que deseaban neutralizar: el nomadismo y el manejo del arco y la flecha».[23] Durante la campaña contra los chichimecas en el transcurso de la llamada guerra del Mixtón (1541-1542), el gobernador de Guadalajara, Cristóbal de Oñate, tras un durísimo ataque de estos actuó de manera despiadada. Así, según una relación anónima de 1542 publicada recientemente por Carlos S. Assadourian: «Mandó el gobernador juntar a todos aquellos indios [prisioneros], que era mucha cantidad, junto a un árbol grande que llamaban zapote que estaba en medio de la plaza, y allí mandó hacer justicia de ellos. Cortaron a unos las narices, a otros las orejas, y manos, y un pie, y luego les curaban con aceite hirviendo las heridas y fue tal castigo, que hasta el día de hoy jamás volvieron a la ciudad», que es, justamente, lo que se esperaba.[24] El historiador De la Mota Padilla también trata acerca de estos castigos ejemplarizantes, pero aplicados a los aborígenes sublevados que se hallaban en la propia ciudad, donde se habían escondido, después de la batalla; mientras sus hombres pedían que los matase a todos, Oñate decidió ser más creativo: «Mandó se les cortase, á los que no estaban liciados, á unos un pié, á otros la mano, á otros las orejas y las narices á otros, y que curados con aceite, fueran llevados los unos á hombros de los otros, á publicar entre los enemigos las grandezas de nuestro Dios, lo cual en breve se ejecutó».[25] El padre Tello abunda en más detalles, macabros pero interesantes:

> Y habiendo descansado [del combate] mandó el gobernador a los capitanes recogieran la gente de los indios naboríes de servicio, que había cantidad, y luego arrastrasen los cuerpos muertos que en la ciudad había y los quemasen y tirasen en la barranca, porque ya comenzaba muy mal olor y que no causase alguna

peste que fuese peor que el cerco de los enemigos, lo cual se puso por obra y echaron a la barranca más de mil, y otros amontonados quemaron, y para otros hacían grandes cavas como pozos, y allí los arrojaban, y con esto limpiaron la ciudad, sin tocar a los que estaban muertos a media legua de allí, que los comieron aves y animales, y hartos permanecieron sus huesos en el campo hasta que el tiempo los consumió; y no fue pequeño castigo este, ni de poco espanto para los enemigos ver en qué habían parado las reliquias y soberbias de sus antepasados, con que hasta el día de hoy no se han atrevido a alzar.[26]

Dentro de la misma campaña, la tenaz resistencia ofrecida por los chichimecas de Juchipila fue contrarrestada con el aperreamiento de prisioneros, cuando se negaban a dar información, o bien con las amputaciones: así, en Xalpan, el capitán Maldonado ordenó, cuando «fueron cogidos dos de los chichimecas, [y] les cortaron las manos; y asimismo se cogieron dos mujeres, que les cortaron los pechos; y habiéndoles cortado las manos y los pechos, luego los envió Maldonado, y les dijo: "Andad, y llamad al señor que venga, y si no quiere venir, que no tienen temor los españoles, que se vengan"». El parecido de la situación, y de las expresiones utilizadas, con el caso de los espías tlaxcaltecas y con lo relatado por el padre Las Casas es notorio. En cambio, la justicia del virrey Mendoza, presente en la operación militar, gustaba más de la opción del ahorcamiento.[27] Por cierto, como dicho castigo no aterrorizaba lo suficiente a los indios sublevados, Mendoza decidió utilizar otras prácticas como el aperreamiento o destrozar sus cuerpos con disparos a bocajarro de la artillería. El virrey, eso sí, justificaba aquellas medidas: «Y no se ha de creer de mí que siendo cosa de crueldad había de consentir que pasase sino convenía al servicio de Dios y de su majestad y para ejemplo de ellos».[28] En sus operaciones de castigo de 1561 contra los chichimecas, el capitán Pedro de Ahumada «mandó quemar a algunos de los cautivos y cortar las manos y los pies a otros muchos. De esta manera castigó a más de 300 indios», según recordaba un testigo, Pedro de Ontiveros, en 1582.[29] Por lo tanto, desde la terrible medida impuesta por Hernán Cortés a los espías tlaxcaltecas en 1519, pasando por algún episodio de la conquista de Nueva Galicia, hasta llegar a la guerra del Mixtón y las contiendas con los chichimecas,

dicha práctica tuvo una continuidad y, por lo tanto, un conocimiento y un aprendizaje previos a lo largo de todo un siglo.

En la fase inicial de la conquista de Perú, en el encuentro de Cajamarca entre Atahualpa y la hueste de Francisco Pizarro en noviembre de 1532, es muy significativo que la tremenda excitación de aquellas últimas jornadas llevara a algunos a demandar la muerte de los prisioneros, o bien la mutilación cortándoles las manos. Pero Pizarro estimó más oportuno no poner en práctica semejantes planes, por no hacer gala de crueldad excesiva, pues, de todas formas, ya habían muerto muchos en la plaza de Cajamarca, que parecía que les habían sido llevados «como ovejas á corral».[30] Continuando aquellas operaciones, y antes de la entrada en Cuzco, Hernando de Soto, al mando de unos cuarenta efectivos de caballería, quizá sesenta, hubo de enfrentarse a tropas quiteñas del difunto inca Atahualpa. Solo el cronista Diego de Trujillo, testigo presencial, explica que, en unos momentos de mucho apuro, al capitán De Soto le llegaron dos indios portadores de un mensaje procedente de un cacique, quien ofrecía ayuda militar, y como «huvo pareceres que venía[n] por espías, y en efecto no lo eran según después pareció, y el capitán [Soto] les mandó cortar [...] y los envío ansí [a su cacique]». El excesivo pudor de Trujillo nos ahorra el conocimiento exacto de la cruel mutilación y, una vez más, el parecido con otros hechos narrados es extraordinario.[31] Ante sospechas semejantes, idénticas crueldades.

Sería en el transcurso del sitio de Cuzco por las tropas de Manco Inca —de hecho, fueron varios los sitios entre abril de 1536 y febrero de 1537— cuando se utilizó con asiduidad la amputación de manos y otras tácticas aterrorizantes habida cuenta de las enormes fuerzas desplegadas por el Inca —y la imposibilidad para Francisco Pizarro, a la sazón en Lima, de enviar ayuda —. Así, Hernando Pizarro, una vez se fue endureciendo la guerra —el cerco no se levantaba y, como decíamos, no le llegaba ayuda desde Lima—, no dudó en comenzar a cortar las manos

de los soldados enemigos tomados presos. En un momento dado, tras batirse contra fuerzas superiores, a las que derrotaron, la excitación del momento también encontraría en parte una vía de escape cuando, al regresar la columna hispana a Cuzco con algunos presos, «se mandó cortar una mano a cada uno y los soltaron a todos». Como los nativos perseveraban en su intento de tomar Cuzco, Hernando Pizarro «mandó á todos los españoles que en los alcances no dejasen mujer con vida, porque cobrando miedo las que quedasen libres no vendrian á servir á sus maridos; hizose asi de alli adelante, y fué tan bueno este ardid que cobraron tanto temor, asi los indios de perder á su mujeres como ellas de morir, que alzaron el cerco». Y a partir de ese momento, el uso de la crueldad y el terror, que nunca había faltado, se hizo habitual. Tras encargar a Gonzalo Pizarro y a otros capitanes que llevaran a cabo constantes batidas para impedir el reagrupamiento de las tropas indígenas, todo indica que el objetivo comenzó a ser destruirlos *in situ* y, en su defecto, hacer prisioneros. Así, en una ocasión Gonzalo Pizarro trajo doscientos de ellos, tras matar a otro centenar en el campo de batalla, a los cuales «les cortaron la mano derecha en mitad de la plaza, y los soltaron para que se fuesen, lo cual puso demasiado espanto y escarmiento en todos los demás». Cuando, tras prolongarse el cerco durante casi un año, Manco Inca realizó un postrero y supremo esfuerzo por apoderarse de Cuzco, y cayó derrotado una vez más, se volvió a utilizar el terror y la crueldad extrema: «Con esta victoria se vinieron aquel mismo día á esta ciudad, y en la plaza de ella cortaron las manos derechas á cuatrozientos que trujeron presos, enviándolos al Inga. Fué tanto el temor que desto los demás cobraron, que todas las guarniciones que estaban en esta comarca se deshicieron».[32] En operaciones posteriores, en busca de suministros, la amputación de manos se convirtió en una práctica habitual. Así, por ejemplo, ocurrió en cierta ocasión con Gonzalo Pizarro como protagonista, quien, con seis compañeros de caballería —¿y ningún indio aliado?—, consiguió

derrotar una fuerza enemiga evaluada en mil combatientes. Tras regresar la columna a Cuzco con varios presos, «a algunos se mandó cortar una mano a cada uno y los soltaron a todos, y con este castigo, y otros, quedaban atemorizados, que no se atrevían a bajar a los llanos», de esta forma los indios aliados podían salir con más libertad de la ciudad y buscar suministros, informa Pedro Pizarro.[33]

Como decíamos antes, Francisco Pizarro tuvo dificultades a la hora de enviar ayuda a sus hermanos, Hernando, Juan y Gonzalo, que se hallaban sitiados en el Cuzco desde febrero de 1536. De hecho despachó hasta seis columnas de socorro; la última, enviada en noviembre de 1536 al mando de Alonso de Alvarado, se demoró notablemente en su avance hacia Cuzco porque sus órdenes incluían pacificar las comarcas por donde anduvieren y, de hecho, abrir el camino hacia la capital inca. Según Cristóbal de Molina, «tardó siete u ocho meses en llegar al Cuzco a socorrerla, y la causa fué porque iba haciendo los más bravos castigos en la tierra por do pasaba que él podía, tanto que según la destrucción parece que jamás se podrá quitar la memoria de ello». Cuando a la salida de Pachacámac fueron atacados por los naturales, Alvarado practicó un escarmiento con ellos: habiendo atrapado a cien de ellos, hombres y mujeres, «a los cuales (...) mandó cortar manos y narices y los hizo juntar y les tiraron con un tiro de artillería». Además, los indios de servicio (*yanaconas*) se utilizaron muy a menudo como ejecutores de las atrocidades, no yendo a la zaga de los propios hispanos, sobre todo si pertenecían a etnias sojuzgadas por los incas. En el proceso levantado contra Alvarado en 1545, un testigo señaló: «Yendo el dicho Alonso de Alvarado por capitán con cierta gente en socorro de la ciudad del Cuzco, este testigo vido que dejó tan destruida la tierra y abrazada, quemando los naturales y cortándoles las manos y a las mujeres las tetas, y a los indios chiquitos las manos derechas e atalando maizales e destruyéndolos e no guardándoles la paz ninguna».[34] Un soldado, Juan de

Turégano, le escribió a un amigo de Sevilla a finales de noviembre de 1536 que, a menos de siete leguas de Lima, Alvarado fue atacado por las huestes de Illa Túpac, quien se oponían a su avance. Alvarado tomó presos a un centenar de indios, de los que mataron a más de treinta; a los que quedaron con vida «les cortaron a unos los brazos, y a otros las narices, y a las mujeres las tetas, y los tornaron a enviar a los enemigos, porque viesen que los que quisiesen ser más rebeldes habían de pasar por aquel cuchillo». En palabras de John Hemming: «Alonso de Alvarado estaba utilizando las mutilaciones como táctica, igual que Hernando Pizarro en el Cuzco: ese terrorismo era el último recurso psicológico de los españoles».[35]

Ciertamente, Cristóbal de Molina era un elemento almagrista y, sin duda, los testigos del proceso de 1545 tampoco eran simpatizantes de Alonso de Alvarado, pero ¿solo por estos motivos hay que dudar de la veracidad de sus afirmaciones? ¿No sería, más bien, que en determinados momentos, cuando se podía, se explicaban unas verdades que todos conocían? En todo caso, sería igualmente sospechosa la actitud del cronista Antonio de Herrera, quien no solo no menciona en absoluto la terrible marcha de Alonso de Alvarado hacia Cuzco, sino que, además, nos lo presenta como un hombre «de buena traça y cordura» y, más adelante, como «hombre blando y bien compuesto, no consentía que a nadie se diese enojo».[36] También Cieza hablaría bien de él: «Se mostró siempre padre de los naturales, e ningún enojo recibía mayor que era saber de que algún español maltrataba los indios, e si él lo sabía castigaba al tal español con toda rigurosidad». Pero claro, dicha actitud, exhibida tiempo después, se debía, sin duda, a la cooperación hallada entre los aborígenes, los cuales debían conocer su fama, ganada a pulso en su terrible expedición anterior.[37] López de Gómara solo relata algunas batallas de Alvarado contra un enemigo superior en número que les rodeaba y, tras vencerlo, hicieron en ellos «muy gran matanza».[38]

Incluso en los años de la revuelta de Francisco Hernández Girón, en 1554, los indios auxiliares del bando realista y algunos esclavos africanos recibieron terribles castigos; en concreto, estos eran enviados con cartas de perdón real para algunos particulares del campo rebelde, pero interceptados por Hernández Girón, este «hizo a los que los llevaron cortar las manos y narices y ponérselas al cuello, y desta suerte los tornaba a enviar al campo del rey».[39] Terrible mensaje que se repite una y otra vez a modo de cruel advertencia.

Las mutilaciones en vida menudearon durante la conquista de Chile, siempre con el ánimo de someter a los aborígenes mediante el terror, en una guerra que nunca llegó a ganarse. Así, una vez fundada Santiago en 1541, en los primeros meses de 1542 Pedro de Valdivia se vio forzado a destruir algunos fuertes de los indios para evitar sobresaltos cerca de Santiago, ejecutando a algunos caciques para dar ejemplo. Es el caso del cacique Tanjalongo, del valle del Aconcagua, a quien cortaron los pies para escarmiento de los demás; y como señala Jerónimo de Vivar: «Este es un género de castigo que para los indios es el más conveniente y no matarlos, porque los vivos olvidan a los muertos como en todas partes se usa y, quedando uno vivo y de esta suerte castigado, todos los que lo ven se le representa el delito que cometió aquél, pues anda castigado, y el propio lo tiene tan en memoria que, aunque quiera, no puede olvidarlo».[40] En otra ocasión, en 1544, operando Valdivia con sesenta efectivos de caballería más allá del río Itata, fueron treinta los desafortunados aborígenes que perdieron sus narices como advertencia por haberse atrevido a enfrentarse al contingente hispano.[41] Este tipo de castigos menudearían, junto con todo tipo de crueldades, una vez que los contingentes aborígenes fueron aumentando en número y la guerra se fue haciendo más enconada. Así, resulta significativo que cuando los araucanos comenzaron a utilizar sus propias picas para frenar a la caballería hispana, como en la campaña de 1550 en la provincia de Penco, al ser la

presión mucha, pues se trataba de provincias bastante pobladas, llegó el uso del terror y de la crueldad por imperativo militar. El propio Valdivia comenta: «Prendiéronse trescientos o cuatrocientos, a los cuales hice cortar las manos derechas e narices, dándoles a entender que se hacía porque les había avisado viniesen de paz e me dixeron que [a]sí harían, e viniéronme de guerra, e que, si no servían, que así los había de tratar a todos; e porque estaban entre ellos algunos caciques principales, dixe a lo que veníamos para que supiesen e dixesen a sus vecinos, e así los licencié».[42]

Esta es la información que Valdivia transmitió a sus apoderados en la corte. A Carlos I, en carta del mismo día, 15 de octubre de 1550, aseguraba que los muertos indios en combate fueron mil quinientos o dos mil, «y alanceáronse otros muchos y prendiéronse algunos, de los cuales mandé cortar hasta doscientos las manos y narices». Esa es la misma información que nos transmite Jerónimo de Vivar: doscientos mutilados. ¿Cuál de las dos cifras es la fidedigna? ¿Se exagera en el primer caso, o se miente en el segundo, más comprometido? ¿Por qué no refirió este hecho el cronista Mariño de Lobera, tan crítico en otras ocasiones? ¿Por ser demasiado escandaloso? ¿Por ser una iniciativa del propio Valdivia y no de uno de sus capitanes? ¿O es que el padre jesuita Bartolomé Escobar mutiló, nunca mejor dicho, el texto?[43]

En cambio, el cronista Alonso de Góngora Marmolejo, muy seguro de cuál debía ser su papel —y su función—, no tuvo empacho en concluir aquella carnicería diciendo lo siguiente: «Habiendo seguido el alcance, mandó Valdivia que se recogiesen al fuerte, porque era este hombre tan ajeno de toda crueldad en caso de matar indios, que fué mucha parte para su perdición la clemencia que con ellos tenía».[44] Diego de Rosales, quien escribió en el siglo XVII pero con algunos de estos textos a la vista, asegura que los muertos en la batalla y el posterior alcance, protagonizado por los efectivos de caballería y los yanaconas

que les servían, fueron quinientos, además de trescientos presos, de los cuales degolló a la mitad, o bien por no tener medios para vigilarlos, o bien por «causar temor al enemigo, que es lo más cierto, porque a los otros ciento y cincuenta los hizo cortar las manos y colgar al cuello las cabezas de los muertos, y que assi los soltassen y dexassen ir a sus tierras para ir cargados de cabezas agenas y sin manos propias, y assi contasen sus propios males y dixiesen a los suyos que escarmentassen en cabeza agena».[45]

Como en otras ocasiones, las sospechas de espionaje desencadenarían nuevas crueldades. En 1552, en la provincia de Toltén, tras una terrible batalla en la que los hombres de Valdivia vencieron, no sin dificultades, este ordenó un escarmiento entre los rivales supervivientes: «A este tiempo acabaron los españoles de coger a las manos algunos dellos que estaban vivos, y hacían en ellos crueldades indignas de cristianos, cortando a unos las manos, a otros los pies, a otros las narices y orejas y carrillos, y aun a las mujeres cortaban los pechos y daban con los niños por aquellos suelos sin piedad».[46]

Tras la muerte en combate del propio Pedro de Valdivia el 27 de diciembre de 1553, uno de sus capitanes, Francisco de Villagra (o Villagrán), continuó con idénticas prácticas aterrorizantes: habiendo salido a campaña en junio de 1554, Villagra comenzó a operar contra un *pucaran* donde se habían hecho fuertes los araucanos, que se dedicaban a asaltar a los indios leales a los españoles. Tras el asalto exitoso, el cronista Jerónimo de Vivar habla de ochocientos muertos, muchos despeñados, pues preferían ese final a ser capturados por los hispanos. Razones no les faltaban, pues muchos de los presos fueron mutilados «cortándoles las narices a unos y [a] otros las manos porque los demás escarmentasen».[47]

Cuando el nuevo gobernador, García Hurtado de Mendoza, inició su cometido en Chile en 1557, una de sus primeras medi-

das consistió en mantener las atrocidades por imperativo militar buscando la derrota psicológica del enemigo aborigen. Así, tras la presión araucana sobre la ciudad de Concepción, donde Hurtado de Mendoza buscaba volver a levantar un fuerte, en el primer encuentro serio habido con los araucanos, a quienes fue a buscar a la frontera del río Biobío, a los ciento cincuenta prisioneros habidos en combate «mandó el gobernador cortar las manos derechas y narices, [a] algunos les cortaban entrambas manos y éstos enviaban por embajadores a los compañeros que se habían escapado». Mariño de Lobera o Góngora Marmolejo no comentan nada acerca de tales castigos, que ya parecen norma en las guerras chilenas.[48] En cambio, Jerónimo de Quiroga lanzó todo un alegato en contra de tales prácticas: aunque en un primer momento García Hurtado de Mendoza se oponía a tales castigos, sin duda la dureza de la lucha hizo que no escrupulizase tanto. Así, tras cortar las manos «de algunos rebeldes prisioneros y los soltaron para que fuesen a poner terror a los pueblos solevados», tales actuaciones acababan por justificarse «a causa del enemigo». Y el problema, como muy bien señala Quiroga, es que una vez iniciada la práctica es muy difícil reprimirla: «Muchos años después imitaron este ejemplo los [gobernantes] sucesores sin distinción del rebelde al rendido: a los más prisioneros colgaban la mano al pescuezo enviándolos a sus tierras a manifestar la clemencia de los cristianos vencedores».[49]

Después de algo más de dos décadas de operaciones militares en Chile, el oidor de la Audiencia de Lima, Hernando de Santillán, viajó a dicho territorio en 1557 acompañando a García Hurtado de Mendoza. En su informe, un par de años más tarde, señalaba cómo «los capitanes que van a nuevos descubrimientos o pacificaciones de naturales hacen cada día tantos excesos y crueldades en ellos y no quieren guardar las instrucciones que por mandado de S.M. se les dan [...] y uno de los que en esto más escándalo tienen concebido, son los de la provincia de Chi-

le, por haberse usado con ellos más crueldades y excesos que con otros ningunos».

Santillán, quien señaló la crueldad practicada por los suyos como una de las principales causas que explicaban la dilatación de las guerras en Chile, no tuvo reparos en continuar relatando lo que se hacía con los indios incluso cuando se habían rendido:

> Aperreando muchos, y otros quemándolos y escalándolos (escaldándolos), cortando pies y manos e narices y tetas, robándoles sus haciendas, estrupándoles sus mujeres e hijas, poniéndoles en cadenas con cargas, quemándoles todos los pueblos y casas, talándoles las sementeras, de que les sobrevino grande enfermedad, y murió grande gente de frío y mal pasar y de comer yerbas y raíces [...] y los que en todas estas cosas fueron más principales y más ejercitados, por ser caudillos de los demás, fueron Francisco de Villagrán y Francisco de Aguirre, como consta y parece en los procesos e informaciones que contra ellos están hechos.[50]

Por primera vez en su crónica, Alonso de Góngora Marmolejo refiere los castigos infligidos a los indios alzados por parte del capitán Bernal en su defensa de la ciudad de los Infantes en 1564: tras una acción muy apurada, una vez roto el frente enemigo, «tomáronse prisioneros por los amigos y cristianos muchos indios; dellos mandó matar algunos, y castigó a otros cortándoles las manos y los pies. Murieron en este recuentro mill indios, sin muchos que fueron heridos».[51]

El encono que trajo consigo la guerra llevó a incrementar las prácticas aterrorizantes, al tiempo que se sustraían efectivos al enemigo: en un ataque a un fortín de los reches en Reinogüelen, el gobernador Pedro de Villagrán, tras derrotarles, hizo justicia «fuera de los muertos, más de s<i>etecientos indios», señala el cronista Góngora Marmolejo. Y ya sabemos el tipo de justicia que era. El padre Rosales es más explícito: de seiscientos rendidos, doscientos perdieron las narices, ahorcó a ciento treinta y a cuarenta yanaconas que se pasaron al enemigo se les sacaron los ojos.[52] De hecho, ya en 1562, un grupo de frailes, J. de Torralba, C. de Rabanera y A. de Carvajal, escribieron al padre Bartolomé de las Casas desde Santiago explicándole lo siguiente: «En esta tierra estamos ya va para nueve años y en los quatro años primeros pasaron las crueldades y escándalos que vuestra señoría dize en su tratado, que aca hemos visto que tra-

ta de lo que vuestra señoría pasó con Sepúlveda, y aun nos parece que en algunas cosas se aventajaron aca [...] y ansí había aca discípulos que se aventajaron en crueldad a sus maestros, que vuestra señoría [h]avia visto».[53]

A finales de la década de 1560, la llegada de dos oidores, Torres de Vera y Egas Venegas, al Reino de Chile en sustitución del gobernador Rodrigo de Quiroga pareció influir en un intento por trasladar los indios de guerra a la región norte para sacar oro y que las cajas reales pudiesen con ello sustentar mejor a los soldados de guarnición. En una instrucción del virrey peruano Francisco de Toledo a la Audiencia de Chile sobre la forma de llevar adelante la guerra, les comunicaba su aceptación del plan de no pasarlos a cuchillo, sino de desterrarlos para que sacasen oro. En otras ocasiones, a los indios prisioneros se les cortaban los pies, inhabilitándolos para la minería, si bien, se decía, podrían aún trabajar en las huertas.[54] No obstante, en los cronistas, como Mariño de Lobera, un castigo como el corte de los pies siempre se asociará con el terror ejemplarizante: por ejemplo, el capitán Lorenzo Bernal ordenó castigar a unos indios sublevados «cortándoles los pies de la mitad para adelante enviándolos desta manera a ser espectáculo de sus compañeros», que, insistimos, es lo que se había hecho siempre.[55]

El recrudecimiento de la guerra a comienzos de la década de 1580 llevó al gobernador Martín Ruiz de Gamboa a ordenar castigos ejemplarizantes en un mayor número, ordenando pasar a cuchillo a los rendidos, pero también, ante un nuevo alzamiento araucano en Codico, el gobernador envió a Juan Álvarez de Luna y a Rafael Portocarrero, quienes «mataron a los varones haciendo algunas crueldades en las mujeres, como era cortarles los brazos, pechos y otras partes de sus cuerpos sin atender al detrimento de las criaturas que amamantaban ni a la piedad que profesa la ley de Jesucristo, sino solamente a ponerles terror y obligarles a rendirse». [56] Ruiz de Gamboa fue sustituido por el comendador Alonso de Sotomayor (1545-1610), quien tenía ex-

periencia bélica en los asuntos de Flandes e Italia, y llevó consigo cuatrocientos o quinientos hombres. Precisamente por ello no varió de política, y tras declarar la guerra «a sangre y fuego» en las provincias de Ranco y Lliben, sus tropas «cortaban las manos y narices a los prisioneros para que la impiedad se publicase en toda la tierra y aprendiesen los indios esta piadosa clemencia de los cristianos». El padre Rosales también recoge varios casos de terribles castigos (cortes de manos, empalamientos y ahorcamientos) a inicios de la campaña «para poner terror en los demás». [57]

De nuevo en 1590, en los años de gobierno de Alonso de Sotomayor, en las entradas de castigo realizadas en las provincias de Arauco y Tucapel, el capitán Francisco de Riberos «quitó muchas vidas, y a todos los prisioneros las manos y narices porque éstos echasen de menos los dedos para sonarse el catarro. Estas crueldades y las antecedentes y subsecuentes se excusaran si los indios estuvieran reducidos, donde no pudieran alzarse para experimentarlas», señalaba Jerónimo de Quiroga.[58] Pero no fue así.

En su expedición a Florida (1538-1542), Hernando de Soto pareció no utilizar la amputación de las manos como castigo, aunque perpetrase algunas matanzas, pero sí su sucesor en el cargo, Luis de Moscoso, quien ante la tesitura de embarcarse en el Mississippi (1542-1543) para salvar su vida y la del resto de los supervivientes de la expedición, no dudó en cortar la mano derecha de treinta indios, embajadores de diez naciones coligadas de los márgenes del gran río, acusados de espías. Según el Inca Garcilaso de la Vega: «Los cuales acudían con tanta paciencia a recebir la pena que se les dava que apenas avía quitado uno la mano cortada del tajón cuando otro la tenía puesta para que se la cortassen. Lo cual causava lástima y compassión a los que lo miravan».[59] Antonio de Herrera recalca que la pena cometida, traición, era muy grave y que solo se cortó las manos a treinta, dando a entender que se podría haber hecho con más gente. Por

otro lado, el castigo, que no crueldad, aprovechó, pues «la liga se deshizo».[60] Pero según el testimonio del hidalgo de Elvas, que no era precisamente cercano a De Soto, este mandó, por ejemplo, cortar las manos a un indio por robar un cerdo «y así lo mandó al cacique», para que sirviera de advertencia. En otra ocasión, un duro ataque aborigen, que causó varios heridos, se saldó con el envío al cacique de Tula de seis de sus hombres «con las manos derechas y las narices cortadas».[61]

En Venezuela y Nueva Granada las mutilaciones en vida aparecen relacionadas más bien con episodios de rebelión aborigen tanto en territorios ya controlados como en otros donde estaba por consolidar la presencia hispana. En la entrada protagonizada por Jorge Robledo en tierras de Nueva Granada a partir de 1540, este, al enfrentarse a numerosos grupos que presentaron batalla, no dudó en aliarse con unos para destruir a otros, aprovechando las rencillas preexistentes, pero también de las mutilaciones en vida, como cuando se tuvo que retirar de la tierra de los indios armas por la falta de efectivos hispanos y el cansancio de sus hombres, no sin antes mandar cortar las manos y acuchillar a una treintena de armas, y otros tantos que fueron muertos, para su escarmiento.[62]

En tierras de Venezuela, las dificultades para domeñar etnias como la nación tumusa acabaron por inducir a unos desesperados españoles a recurrir a prácticas aterrorizantes. En su entrada de 1575, el capitán Francisco Carrizo comenzó por agarrotar a varios prisioneros; contactados los caciques Camaco y Araguare, quienes mostraron alguna disposición dialogante, Carrizo no les creyó y, dejándose llevar por la ira, mandó cortar las orejas y la nariz a Camaco, mientras que Araguare y una treintena de indígenas fueron agarrotados. El indio por cuya mediación habían concurrido, Manarcima, fue premiado cortándosele la mano derecha. Con aquella actitud, Carrizo solo consiguió encender la guerra hasta tales niveles que se vio obligado a evacuar el país tumusa y regresar a Caracas.[63]

Como se ha señalado, la principal justificación para emprender terribles episodios de violencia desatada, que culminarían en auténticas masacres, fue la necesidad de imponerse sobre grandes masas de población partiendo de un número reducido de efectivos en las huestes. Veremos algunos ejemplos de cómo la mejor fórmula para quebrar la voluntad de resistencia de todo un grupo —y dominar más fácilmente un territorio— consistía en llevar a cabo auténticas matanzas programadas, si bien en otras ocasiones dichas masacres fueron sobrevenidas, generadas en el fragor de la campaña, del combate, fruto de la contumaz resistencia aborigen.

Uno de los más famosos capitanes del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, fue Pánfilo de Narváez (1470-1528), a quien más tarde nos encontraremos en Nueva España y en Florida, y quien protagonizó una terrible masacre en la provincia de Camagüey en 1513. Una vez sus tropas alcanzaron la localidad de Caonao, tras una marcha agotadora por la falta de agua, fueron atendidos por una multitud de unos dos mil aborígenes, si bien en un gran bohío calcula el padre Las Casas que se hallaba otro medio centenar de ellos. La multitud quedó sorprendida al ver la hueste española, en especial los caballos, aunque solo eran cuatro. A la tropa hispana le acompañaban, como era habitual, indios de apoyo, en este caso un millar. Sin mediar razón alguna, en principio, los españoles desenvainaron sus espadas —que, en presagio funesto, habían afilado aquel mismo día en unas piedras apropiadas dejadas al aire por la sequía del río que atravesaron; a la sequía del río seguiría, claro, la mucha sangre derramada después, una imagen muy cara a Las Casas— y mataron a gran cantidad de personas sin que su capitán, Narváez, hiciese nada por impedirlo. Más adelante cundió la sospecha, o bien se buscó el atenuante justificador, de que algunos indígenas bien pudieran estar tramando una traición para matar al grupo hispano. Las Casas, aunque es una opinión muy particu-

lar, típica de su pluma, aseguraba que el motivo no fue otro que el gusto por el derramamiento de sangre humana. Tzvetan Todorov se ha referido a este episodio como «si los españoles encontraran un placer intrínseco en la crueldad, en el hecho de ejercer su poder sobre el otro, en la demostración de la capacidad de dar la muerte».[64] En cualquier caso, y esa sí era una lección repetida en otras muchas ocasiones, el pavor se apoderó de los habitantes de la zona al conocer la masacre.[65] Antonio de Herrera reprodujo el pasaje siguiendo al padre Las Casas, consiguiendo, no obstante, que el lector perciba lo acontecido como si todo hubiese sido un pequeño incidente. Pero, incluso, leyendo a Herrera se descubre la contradicción, pues, si apenas pasó nada, ¿a santo de qué los indios abandonaron masivamente la zona en dirección a las Bahamas?[66]

Theodor de Bry, grabado de la serie *América*.

Cholula

Aunque, lógicamente, se dieron en todos los procesos de conquista, el recurso a las masacres como técnica o práctica aterrorizante fue especialmente cultivado durante el proceso de sometimiento del imperio mexica (1519-1521). La matanza de Cholula es uno de esos episodios en los que más claramente se percibirá la voluntad por imponerse sobre un colectivo humano mediante el uso del terror. Una vez conseguida la alianza con los tlaxcaltecas —no sin antes luchar cruentamente contra ellos y masacrar algunas de sus localidades—, y tras ser aleccionado por los mismos, Hernán Cortés avanzó hacia Cholula, vecina de Tlaxcala pero aliada de los mexicas, con la intención de controlar la última ciudad importante —se trataba de un centro religioso de referencia, dedicado al culto de Quetzalcóatl, y una urbe muy poblada—, antes de llegar al valle central de México. Tras ser advertidos de que no le traicionasen, las sospechas de Cortés con respecto a las intenciones de los cholultecas —el hecho de haber llamado a algunas tropas mexicas[67] y su deseo de que Cortés emprendiese la vía hacia México-Tenochtitlan por un mal camino en el que no pudiese utilizar adecuadamente sus caballos, además de otras disposiciones militares dentro y fuera de la ciudad (los aliados tlaxcaltecas alegaban la construcción en la ciudad de barricadas, hoyos para que cayesen los caballos, caminos cerrados y acumulación de piedras en las azoteas de los edificios para arrojarlas desde allá)— desembocaron en la matanza de la mayor parte de la élite religioso-política de Cholula, una treintena de personas (otras fuentes indican hasta un centenar), mientras Cortés daba la señal —un tiro de arcabuz— de pasar a sangre y fuego la ciudad. Efectivamente, en palabras de Andrés de Tapia,

> [Cortés] mandó hazer la señal que los españoles diesen en los que estavan en los patios y moriesen todos y asi se hizo y ellos se defendien lo mejor que podian y trabajavan de ofender pero como estavan en los patios çercados y tomadas las puertas todavia morieron los mas dellos y hecho esto los españoles e indios que con nosotros estavan salimos en nuestras esquadras por muchas partes de la çibdad matando gente de guerra y quemando las casas.

Por si fuera poco, los aliados tlaxcaltecas entraron en Cholula robando y demoliendo todo lo que quisieron, mientras que al-

gunos sacerdotes, refugiados en la torre del ídolo mayor de la ciudad, fueron quemados vivos al destruirla. Cortés se dio de plazo dos días para arrasar la urbe, cuidando, dice Tapia, que «se guardasen de no matar mugeres ni nyños». Cortés dejó bien claro que el precio de la traición, léase el no sometimiento inmediato, sería la destrucción de cualquier otra ciudad que se atravesase en su camino («que asi lo farie dende en adelante en todas las partes»).[68] López de Gómara fijó en seis mil los muertos en la urbe, tras un combate que duró cinco horas, quemándose las casas y torres donde se ofrecía resistencia. «Echaron fuera toda la vecindad; quedaron tintos en sangre. No pisaban sino cuerpos muertos». Veinte caballeros cholultecas con un número parecido de sacerdotes ofrecieron resistencia en el Templo Mayor de la ciudad; fueron quemados vivos al no rendirse. Cholula fue saqueada por cristianos y aliados tlaxcaltecas y cempoaltecas.[69] El testimonio del propio Cortés señala cómo «dímosles tal mano, que en dos horas murieron mas de tres mil hombres», gracias a la ayuda de cinco mil tlaxcaltecas y cuatrocientos cempoaltecas. Según él, la matanza fue necesaria, y se justificaba a causa de la traición: «Acordé de prevenir antes de ser prevenido».[70] Otros testigos, como el capitán Sandoval, dijeron que los muertos ascendieron a cuatro mil.[71] Para el padre Sahagún, como veremos, Cortés ya había planeado la matanza en Tlaxcala, mientras que el padre Las Casas asevera: «Acordaron los españoles hacer allí una matanza o castigo (como ellos dicen) para poner y sembrar su temor y braveza en todos los rincones de aquellas tierras. Porque siempre fue esta su determinación en todas las tierras que los españoles han entrado, conviene a saber, hacer una cruel y señalada matanza, porque tiemblen dellos».[72]

Una serie de testigos, citados por H. Thomas, dan la razón al padre Las Casas en cuanto a la utilidad de tales medidas: Juan González Ponce de León señaló lo «útil e provechoso [d]el castigo que se hizo» para poder atemorizar a los habitantes de la

región; Alonso de la Serna diría que «el dicho castigo les cobraron mucho themor para que adelante no se atreviesen [...] a cometer semejantes trayciones»; Ginés Martín apuntó que la reacción de Cortés y los suyos se debió a la necesidad de castigar la actitud traicionera de los cholultecas, de modo que «mataron mucha gente dellos hasta que quedó pacífico el dicho pueblo».[73]

También coincide el cronista Antonio de Herrera con los seis mil muertos, pero sin tocar mujeres ni niños, que señalaba A. de Tapia, añadiendo algún detalle más: los ballesteros abatían a aquellos que se habían subido a los árboles de la plaza mayor en un intento, vano, de fuga. El saqueo fue muy grande y los tlaxcaltecas quedaron encantados —una cuestión muy interesante de cara al futuro— con aquella victoria de los castellanos en la que todo fueron beneficios y sin causarles ninguna baja.[74] Cervantes de Salazar añade en su crónica cómo «corrían las calles sangre, no pisaban sino cuerpos muertos».[75]

Pero, quizá, sea Fernando de Alva Ixtlilxóchitl quien ofrece una explicación más razonable de lo ocurrido. Cortés decidió que debía hacer un «castigo ejemplar» con cholultecas y mexicas y, por ello, pidió que se reuniesen

> todos los magnates y señores [y que en el patio del templo] se juntasen los más de los ciudadanos, para que allá fuesen escogidos los que fuesen necesarios para llevarle el bagaje, con lo que vinieron muchos así de los nobles como de la gente plebeya, que hinchieron el patio y sala, y aun a la redonda de el; y habiendo juntado a los treinta de ellos, los más principales, los prendió y hizo con los suyos tomar las puertas, sin que dejasen salir á nadie; y luego llamó a los embajadores de Motecuhzoma, y les dijo que aquellos presos le habían confesado una traición que por su orden tenían a él y á los suyos, lo cual no podría creer de Motecuhzoma su señor, que tratase de matarlos: los mexicanos dieron sus disculpas, diciendo que ellos y su señor estaban muy inocentes de semejante culpa y traición. Cortés mandó matar algunos de los treinta señores, y disparando un arcabuz (que era la señal que tenía dada a los españoles para que saliesen á los del patio y los matasen) se ejecutó así, y en menos de dos horas mataron más de cinco mil, saquearon y quemaron las casas más principales de la ciudad y los templos de ella; y el templo mayor donde se habían acogido muchos sacerdotes y señores principales, lo quemaron en donde murieron los más. Fue tan grande el temor y espanto que causó este hecho, que fue sonado por toda la tierra.[76]

Que es, justamente, el efecto que se esperaba conseguir. Por su parte, Bernardino de Sahagún recalca que, una vez oídas las reclamaciones de los tlaxcaltecas contra los de Cholula, fueron los españoles quienes «propusieron tratarlos mal». La falta de respuesta cholulteca ante su llegada, es decir, no declararse

amigos, pero tampoco señalar una evidente hostilidad, hizo recelar a Cortés que se preparaba una emboscada. El resto ya lo conocemos. «Desta manera murieron mala muerte», puntualiza Sahagún.[77] Y Muñoz Camargo señala cómo

> Destruida Cholula, en esta primera entrada que se hizo, y muerta tanta muchedumbre de gente, pasaron luego nuestros ejércitos adelante, poniendo grande temor y espanto por donde quiera que pasaban, hasta que la nueva de tal destrucción llegó a toda la tierra y las gentes, admiradas de oír cosas tan nuevas y de cómo los cholultecas eran vencidos y perdidos, los más dellos muertos y destruidos en tan breve tiempo [...] hicieron grandes conjeturas [...] como grandes sacrificios y ofrendas, porque no sucediese lo mismo a todos los demás.[78]

Inga Clendinnen trató en su momento la matanza de Cholula como un método duro pero efectivo para dotar de confianza a las huestes cortesianas:

> Cortés certainly knew the therapeutic effects of a good massacre on fighting men who have lived too long with fear, their sense of invincibility already badly dented by the Tlaxcalan clashes, and with the legendary warriors of Tenochtitlan, grown huge in imagination, still in prospect. As other leaders have discovered in other times, confidence returns when the invisible enemy is revealed as a screaming, bleeding, fleeing mass of humanity.[79]

Cabe notar que las tropas hispanas que partieron de la ciudad de Veracruz y participaron en estos combates sumaban cuatrocientos peones, incluidos ballesteros y arcabuceros, quince caballos y seis tiros de artillería. Tres caballos morirían en los primeros compases de la lucha contra Tlaxcala. Cortés se preocupaba muchísimo, dado su alto rendimiento militar en los enfrentamientos con los indios, por conservarlos.[80] Estos detalles son interesantes puesto que Bernal Díaz del Castillo, en su *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, reacciona frente a Francisco López de Gómara al tratar este acerca «de aquellas grandes matanzas que dice que hacíamos, siendo nosotros obra de cuatrocientos soldados los que andábamos en la guerra, que harto teníamos de defendernos que no nos matasen ó llevasen de vencida; que aunque estuviesen los indios atados, no hiciéramos tantas muertes y crueldades como dice que hicimos», y aprovecha para sus intereses la cuestión del número. Es decir, difícilmente se puede hablar de matanzas y crueldades cuando el número de los castellanos era tan reducido, y tan crecido el de los aborígenes. De hecho, Díaz del Castillo cae en el mismo

error que critica a López de Gómara, pues si bien este no tuvo demasiado en cuenta la labor conquistadora de los compañeros de Cortés, aquel deja en un segundo plano la ayuda inestimable de los aliados indios.[81] En cuanto a lo ocurrido en Cholula, y teniendo presente lo dicho hasta entonces durante la campaña, Díaz del Castillo nos da a entender que fue un hecho fuera de lo común. La justificación es la ya sabida: las traiciones no pueden quedar sin castigo. Así, una vez dada la señal para iniciar la masacre, en palabras de Díaz del Castillo, tan expresivas, «se les dio una mano que se les acordará para siempre, porque matamos muchos de ellos, y otros se quemaron vivos [...]», pero la llegada del aliado tlaxcalteca fue el detonante del inicio de los robos y de los cautiverios de los cholultecas, que se prolongó al día siguiente, cuando Cortés y sus capitanes hubieron de frenarlo. La masacre fue de tal nivel que Díaz del Castillo se sintió obligado, primero, a denunciar a Bartolomé de las Casas por decir que la matanza se hizo «sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo y porque se nos antojó se hizo aquel castigo», y, segundo, como cuando los primeros franciscanos llegados a México fueron a pesquisar a la propia Cholula sobre lo acontecido, estos escucharon el mismo relato que Díaz del Castillo había escrito de boca de cholultecas supervivientes, a reafirmarse en la necesidad de no dejar impune una traición como aquella. La memoria de la conquista de México —también la conquista espiritual— estaba en juego. Por otro lado, Díaz del Castillo aseguró que «si no se hicieran estos castigos esta Nueva España no se ganara tan presto, ni se atreviera a venir otra armada y que ya que viniera fuera con gran trabajo, porque les defendieran las puertas». En realidad, fray Bartolomé de las Casas se hubiera cuidado mucho de decir que la matanza se hizo por pasatiempo, como alega Díaz del Castillo, sino que le serviría, como tantas otras, para denunciar los métodos de guerra hispanos.[82] Como asevera con razón Tzevi Medin, la matanza masiva perpetrada en Cholula no tenía como objetivo la victoria, «sino la proyec-

ción de un terror espeluznante cuyos ecos debían alcanzar rápidamente el liderazgo azteca y a la población de la ciudad imperial». Por otro lado, ¿qué debieron pensar los mexicas de unos seres capaces de destruir miles de vidas en lugar de realizar sacrificios? Sin duda, lo ocurrido en Cholula contribuyó a incrementar las dudas e inseguridades de todo tipo (geopolíticas, militares, estratégicas e ideológico–míticas) de Moctezuma II, lo que ayuda a entender su supuesta falta de acción ante el avance cortesiano.[83]

Pedro de Alvarado y la matanza del templo de Axayácatl

Hasta cierto punto reflejo de la matanza de Cholula fue el controvertido episodio protagonizado por Pedro de Alvarado en mayo de 1520, en México-Tenochtitlan, donde había entrado Hernán Cortés y su hueste en noviembre de 1519. Tras varios meses de permanencia en el territorio, en los que la estrategia de Cortés en cuanto al uso de la violencia extrema calculada, o por imperativo militar, no podía ser dejada de lado (sino más bien al contrario, pues cabía mostrarse más firme, si cabe, que hasta entonces), sin duda, la irrupción allí del ejército organizado en Cuba por el gobernador Diego Velázquez, y dirigido por Pánfilo de Narváez, con intención de detener a Cortés fue el asunto que más alteró la situación cuando el proceso de conquista se hallaba en un tiempo muerto. Moctezuma II hacía meses que se hallaba bajo control hispano, pero ni los suyos ni sus aliados estaban dispuestos a tolerar durante mucho más tiempo una situación como aquella. En dicha tesitura, arribó a San Juan de Ulúa una flota compuesta de diecinueve barcos y mil cuatrocientos soldados que incluían ochenta de caballería, noventa ballesteros y setenta arcabuceros, así como veinte cañones, según Bernal Díaz (novecientos hombres y ochenta caballos, según López de Gómara; Vázquez de Ayllón añade a tales cifras mil indios de apoyo; ochocientos infantes, ochenta efectivos de caballería y una docena de cañones, según el propio Cortés). Cortés tomó una rápida decisión: dejó a Pedro de Alvarado en Mé-

xico-Tenochtitlan con un retén de tropas (ochenta y tres hombres, entre ellos diez ballesteros, catorce arcabuceros y siete de a caballo, y cuatro piezas de artillería; ciento treinta hispanos, además de auxiliares indios, según otras fuentes) con la misión de custodiar la persona de Moctezuma II. Mientras, Cortés, que únicamente disponía de doscientos cincuenta soldados para salir a campaña contra Narváez, de ellos solo cinco de a caballo, sin apenas ballesteros ni arcabuceros, determinó que sus armas habían de ser la astucia y las picas. Así, Cortés supo demostrar su valía como caudillo al imponerse sin apenas pérdidas sobre Narváez y conseguir enrolar a buena parte de su gente gracias a los sobornos que repartió. Del lado de Cortés murieron dos hombres en aquel enfrentamiento, más bien una escaramuza, por once —o quince— bajas en el bando de Narváez.[84] Sin obviar la trascendencia del enfrentamiento con Narváez, más sugerente es el análisis de la actuación de Pedro de Alvarado.

Alvarado se encontró encerrado en una ciudad habitada por decenas de miles de personas y solo disponía de la cada vez más mermada autoridad de Moctezuma II para frenar los deseos de venganza de los mexicas. Una autoridad denostada ya por muchos, pues veían pisoteados sus ídolos, menospreciado su emperador y engañados todos, pues ni los castellanos parecían que se fueran a ir, como habían prometido, sino que, además, llegaban en mayor número. En cualquier caso, el motivo principal del inicio de la revuelta de México-Tenochtitlan fue la solicitud por parte de los mexicas a Alvarado para poder realizar una fiesta solemne, como era costumbre, en honor de los dioses Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, sin que el conquistador pensase que la junta se promovía con intención de acabar con los castellanos. Alvarado concedió el permiso siempre que no se realizasen sacrificios humanos y no se portasen armas. Se juntaron unos seiscientos —quizá mil— notables de la ciudad en el Templo Mayor para realizar el solemne baile portando los tocados y joyas oportunos para tal evento. Alvarado pudo actuar por di-

versos hechos: en su descargo diría que había sabido que el motivo de la celebración era, en último extremo, preparar un motín contra los castellanos —y contra Moctezuma, de hecho— y que cerca del gran templo se hallaban escondidas muchas armas. También se ha considerado que los aliados tlaxcaltecas influyeron en el ánimo de Alvarado, reclamándole el ataque preventivo, así como que la visión de tantas joyas portadas por los notables mexicas en aquella ocasión, cuando, no olvidemos, algunos días antes hubo polémica a causa del botín que Cortés estaba consiguiendo y cómo se repartiría, quizá obnubiló de tal manera a Alvarado como para que este pasase a cuchillo a los mexicas. Pero ¿no pudo ocurrir, además, que, en una situación extrema, de máxima tensión, Alvarado reprodujera la experiencia de Cholula? José Luis Martínez lo da por hecho.[85] Tzivi Medin ve posible que la matanza incluso hubiese sido planificada por Hernán Cortés antes de abandonar la ciudad, o bien que el propio Cortés, según el testimonio de fray Diego Durán, estuviese en Tenochtitlan cuando ocurrió y, por lo tanto, él fuera, también, responsable directo de la misma. Sea por un motivo u otro, lo cierto es que en aquella oportunidad (Cholula), una gran matanza en el interior de la ciudad solucionó el problema. En aquel momento, Alvarado tenía ante sí a buena parte de la élite mexica (entre setecientos y mil, según Cervantes de Salazar; trescientos o cuatrocientos danzantes, más dos mil o tres mil espectadores, según el testimonio de Vázquez de Tapia en el juicio de residencia de Alvarado), desarmada, y en un lugar cerrado: la plaza del Templo Mayor. Según Francisco López de Gómara, Alvarado colocó a diez o doce castellanos en cada puerta de la plaza y con cincuenta de sus hombres llevó a cabo una tremenda carnicería —son palabras de Antonio de Herrera — entre los mexicas, a los que quitó sus adornos. Bernal Díaz del Castillo cree en el ataque preventivo y en la total inocencia de Moctezuma quien, de hecho, en los siguientes días procuró

apaciguar los ánimos de los mexicas.[86] La descripción del hecho por parte de Bernardino de Sahagún es tremenda:

> Los españoles [...] salieron de donde estaban y tomaron todas las puertas del patio, porque no saliese nadie, y otros entraron con sus armas y comenzaron a matar a los que estaban en el areito. Y a los que tañían les cortaron las manos y las cabezas, y daban destocadas y de lanzadas a todos cuantos topaban, y hicieron una matanza muy grande. Y los que acudían a las puertas huyendo, allí los mataban. Algunos saltaban por las paredes; algunos se metían en las capillas de los cúes. Allí se echaban y se fingían muertos. Corría la sangre por el patio como el agua cuando llueve. Y todo el patio estaba sembrado de cabezas y brazos y tripas y cuerpos de hombres muertos. Y por todos los rincones buscaban los españoles a los que estaban vivos para matarlos.[87]

Y la que se nos proporciona en el *Códice Ramírez* no es menos brutal:

> Lo primero que hicieron [los españoles] fué cortar las manos y las cabezas de los tañedores y, luego, comenzaron a cortar en aquella pobre gente sin ninguna piedad cabezas, piernas y brazos, y a desbarrigar sin temor de Dios. [Murieron casi todos,] unos hendidas las cabezas, otros cortados por medio, otros atravesados y barrenados por los costados. Unos caían luego muertos, otros llevaban las tripas arrastrando huyendo hasta caer [...] Fué tan grande el derramamiento de sangre que corrían arroyos por el patio [...] Estaba el patio con tan gran lodo de intestinos y sangre que era cosa espantosa y de gran lástima ver tratar así la flor de la nobleza mexicana, que allí falleció casi toda.[88]

En cualquier caso, los mexicas se rebelaron contra los hispanos y sometieron el palacio de Axayácatl, donde se hallaba recluido Moctezuma al cuidado de Alvarado —y que había sido fortificado por Cortés antes de su salida de México-Tenochtitlan —, a diez días de sitio, en el transcurso del cual murieron algunos hispanos, pero también muchos mexicas a causa, entre otros motivos, de algún disparo de artillería, cargada con pelota y perdigones, que hizo blanco entre la masa de atacantes. En ese tiempo, dice el padre Sahagún, los mexicas «ensancharon y ahondaron las acequias, y atajaron los caminos con paredes, y hicieron grandes baluartes para que no pudiesen salir los españoles por ninguna parte».[89] El papel apaciguador de Moctezuma y las noticias sobre la victoria de Hernán Cortés en la costa y su rápida marcha hacia la ciudad con nuevos refuerzos frenaron los ataques mexicas. Solo así se puede entender que el día de San Juan de 1520, Cortés entrara en México-Tenochtitlan con un ejército compuesto por mil trescientos hombres, de ellos noventa y seis de a caballo, ochenta ballesteros y otros tantos arcabuceros, además de otros dos mil aliados tlaxcaltecas, según Bernal Díaz del Castillo. Pero la situación había cambiado irre-

mediablemente. Otra posibilidad es que los mexicas les dejasen entrar para poder acabar con ellos en el interior de su urbe, donde pensaron tener más posibilidades.[90] Años más tarde, rememorando esta triste hazaña de Pedro de Alvarado, Juan Suárez de Peralta sentenciaba: «Con ebidençia se puede creer que la causa de benir a los españoles tantos travajos, echados de la quietud que tenían en México y privados del serbiçio de los yndios y regalos de comidas, fue esta crueldad [la matanza del templo]».[91] Pero en aquellos momentos, a Cortés no le hubieran servido las recriminaciones a Alvarado por lo que había sucedido, ya que debía afrontar un levantamiento general mexica del que acabó culpabilizando a los propios aborígenes, a Diego Velázquez y a Pánfilo de Narváez, mientras que estaba obligado a mantener una buena sintonía con todos sus hombres, tanto con los que se habían quedado en la ciudad como con los recién incorporados. López de Gómara lo resumió perfectamente: «Cortés, aunque lo debió sentir [la matanza ordenada por Alvarado], disimuló para no enojar a los que lo hicieron, pues estaba en tiempo en que los iba a necesitar mucho, o para contra los indios o para que no hubiese novedad entre los suyos».[92]

Una vez endurecida la guerra a causa de su expulsión de MéxicoTenochtitlan (la famosa «Noche Triste») y de la posterior victoria *in extremis* en la batalla de Otumba, Hernán Cortés emprendió un sinnúmero de campañas parciales para recuperar su posición estratégica en el valle central de México. De esta manera conseguía dos cosas: por un lado, tener contentos y firmes en la alianza a los tlaxcaltecas, que demandaban guerra contra los mexicas y sus aliados, y por otro, mantener motivados a sus hombres, especialmente a los provenientes de la hueste de Narváez, quienes no se esperaban una guerra de la intensidad de la vivida hasta entonces y, sobre todo, habían visto cómo se perdía buena parte del magnífico botín conseguido en México-Tenochtitlan. De hecho, Cortés introdujo a los tlaxcaltecas en una dinámica bélica muy agresiva, y estos comenzaron a comportarse

con algunas localidades de su entorno como antes se habían conducido los mexicas, y no podía perder semejante ventaja. Por otro lado, y como se ha dicho, Cortés debía conseguir algún tipo de botín para sus hombres, después del descalabro de la «Noche Triste», si no quería enfrentarse a un motín, y lo que había más a mano eran esclavos. Es muy significativo que Cervantes de Salazar explique, tras comentar cómo Cortés logró acallar algunas quejas de los hispanos supervivientes que se hallaban con él en Tlaxcala, que aquellos se aplacasen al «prometerles Cortés que en la guerra de Tepeaca harían lo que quisiesen».[93]

En su operación de castigo contra Tepeaca, Guacachula y Tecamachalco, Hernán Cortés destacó hasta cuatrocientos veinte hispanos —casi todos sus hombres, ya recuperados—, incluidos diecisiete de a caballo y seis ballesteros; no había pólvora para las armas de fuego. El primer objetivo, como decíamos, fue Tepeaca, que cayó cuando, tras una batalla con gran mortandad de tepeacanos y sus aliados mexicas —se habló de cuatrocientos muertos—, los primeros se decidieron por pedir la paz. Claramente Cortés, que no podía permitirse demasiadas bajas entre los hispanos, luchaba para desbaratar el frente de batalla que presentaba el enemigo, dejando la matanza para los aliados tlaxcaltecas. Pero, tras la derrota en México-Tenochtitlan, la actitud de Cortés había cambiado, al menos con respecto a los mexicas. Se había endurecido más si cabe. Cervantes de Salazar relata cómo se permitió a los tlaxcaltecas sacrificar cinco prisioneros tepeacanos para solemnizar la ceremonia de armarse caballero uno de los hijos del cacique Magicascín. Por otro lado, durante los primeros compases de la campaña, y tras tomar el pueblo de Acatzinco, que pertenecía a Tepeaca, cuando los aliados tlaxcaltecas comenzaron a presentarse con algunos prisioneros tepeacanos desde unos altos aposentos que tomaron en la batalla, «mandábalos Cortés subir arriba a lo alto, y para espantar a los demás, hacíalos echar de allí abaxo, donde se hacían

pedazos, porque los aposentos eran muy altos y los arrojados daban sobre piedras».[94] También Cortés permitió que los tlaxcaltecas reanudaran sus prácticas caníbales. El cronista Antonio de Herrera silencia el acto de crueldad de Cortés, aunque refiere el canibalismo entre los tlaxcaltecas. Pero más significativo nos parece aún el hecho de que para Herrera la política de Cortés aquellos meses fuese de «pacificación» de los territorios todavía no «asosegados», mandando a sus capitanes «con orden de usar ante todas cosas de términos blandos y suaves». Hizo justamente todo lo contrario cuando fue ineludible. [95]

López de Gómara apunta que si Cortés hizo a todos los tepeacanos esclavos fue por la rebeldía que habían protagonizado, pero también «porque temiesen otros, y porque eran muchos, y porque si así no los trataba, luego se rebelaran».[96] Vázquez de Tapia parece resumir todo el asunto señalando cómo Cortés y sus hombres, asentados en Acatzinco, recorrieron todo el territorio de Tepeaca, «[...] y les hicimos de tal manera la guerra, que les hicimos que se arrepintiesen de lo pasado y pidiesen la paz, la cual se aceptó con las condiciones que el marqués les puso».[97] En el juicio de residencia de Cortés, Vázquez de Tapia aseguró que en Cachula y Tecamachalco aquel ordenó separar a los hombres, unos dos mil, de las mujeres y niños, sobre los cuatro mil, mandando seguidamente la ejecución sumaria de los primeros mientras esclavizaba a los segundos.[98] Otro testimonio en el juicio de residencia, Francisco Flores, creía que los castigos empleados fueron convenientes «para la paçificacion de la tierra, e por ser la cosa tan nueva conbenya hacerse aquello que se hizo e mucho mas, para poner temor a los naturales, para que no hiciesen daño en los españoles, e no quebrantasen las palabras de paz que diesen».[99]

En vista del poder demostrado por Cortés, y del destino dado a los derrotados, además de la presión militar que también ejercían los mexicas, otras localidades se decidieron por sacudirse el yugo de estos últimos, solicitando a Cortés ayuda. Este, con

el refuerzo recibido desde Tlaxcala, pues con el botín obtenido con la toma de Tepeaca los tlaxcaltecas se habían animado aún más, envió a Cristóbal de Olid (1488-1524) con trescientos hombres y todos los caballos que quedaban —quizá trece—, tres mil auxiliares indios y algunas bombardas, puntualiza Pedro Mártir de Anglería,[100] quienes derrotaron de nuevo a los mexicas en Guacachula, causando un gran estrago entre sus filas. Como matanza la califica López de Gómara, pues los vecinos se sumaron a la masacre, eliminando a casi toda la guarnición mexica. Según Cervantes de Salazar, los encargados iniciales de esta operación fueron Diego de Ordás y Alonso de Ávila, y no Cristóbal de Olid: «Volvieron estos Capitanes con presa de más de dos mill hombres y mujeres, aunque al principio, por espantar a los demás, no se daba vida a hombre». Cuando los mexicas reaccionaron, e intentaron tomar de nuevo la localidad, se produjo lo que también este autor estima como matanza, «que fue una de las grandes que en mexicanos se había hecho». Además:

> Los nuestros, siguiendo la victoria, saquearon todo cuanto toparon sin dexar cosa; quemaron las casas, en las cuales hallaron muchas vituallas, tomaron, así de los muertos como de otros que prendieron, ricos plumajes, argentería, joyas de oro y plata, piedras presciosas, muchas de las cuales parescían porque lo debían [ser], de las que los nuestros habían perdido a la salida de México. Traxeron los indios para contra los cristianos lanzas mayores que picas, tostadas las puntas, pensando con ellas matar los caballos, y no se engañaban si supieran jugarlas, pero si no es en el flechar, en todas las demás armas tienen poca destreza.[101]

Después de esa victoria, en la que Hernán Cortés admitió haber matado a quinientos hombres, este comenzó a tener conciencia clara de que no solo contaba con el apoyo de Tlaxcala, sino que, si el botín era significativo, Cempoala y Huexotzinco también enviarían prestas guerreros de apoyo. De esta forma, poco a poco, la conciencia de disponer de fuerzas indias aliadas suficientes para dar el siguiente paso, esto es, intentar recuperar México-Tenochtitlan, fue adquiriendo una claridad meridiana.

Cajamarca

En el caso de la conquista del imperio inca, no menos extraordinaria que la del mexica, también una matanza preliminar iba a marcar notablemente el destino de sus habitantes. Tras los

avatares iniciales del proceso de conquista, Francisco Pizarro (1476-1541), oportunamente informado acerca de la situación del país, de la persona de Atahualpa y de su lugar de residencia, Cajamarca, salió a su encuentro desde San Miguel el 24 de septiembre de 1532. Su tropa estaba compuesta por sesenta y siete efectivos de caballería y ciento diez de infantería, tres de ellos arcabuceros y unos veinte ballesteros, cifra que se vio reducida a sesenta y dos efectivos de caballería y ciento seis infantes al regresar algunos de ellos a San Miguel[102] (sesenta de caballería y cien infantes, para Diego de Trujillo, 1505-1574; ciento setenta hombres se limita a decir Cieza de León; ciento noventa, según el cronista Pedro Pizarro).[103] Avanzando por el territorio, Pizarro inquiría constantemente el número de tropas de Atahualpa, la situación política y bélica del territorio y los planes que este tenía con respecto a ellos. En opinión de Pedro Pizarro, si Atahualpa hubiera tenido en algo la tropa hispana habría tomado medidas, porque: «Con la tercia parte de la gente que tenía, que en estos pasos pusiera, mataran a todos los españoles que subieran, a lo menos la mayor parte, y los que escaparan volvieran huyendo y en el camino fueran muertos». No fue así. Francisco Pizarro siempre tendría algo a su favor con respecto a Atahualpa, al igual como ocurriera en México entre Hernán Cortés y Moctezuma: sabía lo que quería, aunque podía titubear sobre cómo conseguirlo, mientras que Atahualpa aún dudaba sobre la identidad e intenciones de tan extraños visitantes. Eso no quita que, ante el primer enfrentamiento contra tropas incas, los hombres de Pizarro no dejasen de estar tensos. Pruebas de la existencia de una guerra entre indios, y bastante cruel, habían visto ya suficientes. Por ello, como también ocurriera con Cortés en algunos de los compases de la conquista de México, Pizarro razonó en el sentido de señalar a su gente que habría mayor peligro si no osaban seguir adelante que si lo hacían, pues Atahualpa podría envalentonarse captando su miedo. Además, tampoco se debe olvidar un detalle mencionado por Miguel de

Estete: «Si alguna flaqueza en nosotros sintieran los muchos indios [aliados] que llevábamos nos mataran».[104]

El viernes 15 de noviembre de 1532 alcanzaban Francisco Pizarro y su hueste la ciudad de Cajamarca. Tras reconocerla, puesto que se hallaba semiabandonada, se decidió por acuartelarse en el entorno de la plaza central[105] esperando la llegada de Atahualpa, lo que este había prometido tras entrevistarse con Hernando de Soto y Hernando Pizarro (enviados por Francisco Pizarro con dicha misión). Cuando, al día siguiente, comenzaron a salir gentes del campamento de Atahualpa en dirección a Cajamarca, F. Pizarro ordenó que la caballería formase en tres escuadrones de unos veinte efectivos cada uno —sus capitanes eran Hernando Pizarro, Hernando de Soto y Sebastián de Belalcázar—, a quienes alojó en otros tantos galpones de unos doscientos pasos de largo que daban a la plaza central de la ciudad, situados «en triángulo» puntualizan Hernando Pizarro y Ruiz de Arce,[106] que todo el mundo estuviese con las armas en la mano y «mandó al capitán de la artillería que tuviese los tiros asentados hacia el campo de los enemigos, y cuando fuese tiempo les pusiese fuego», señaló Francisco de Jerez. La artillería se colocó en la fortaleza que dominaba la plaza central de Cajamarca, donde instaló a Pedro de Candía[107] con ocho o nueve escopeteros y cuatro piezas, «brezos pequeños» dice Cristóbal de Mena, quien quizá se refiere a versos pequeños, una pieza ligera de artillería que lanzaba proyectiles de hierro de una a tres libras. En todas las calles por donde se alcanzaba la plaza (diez, puntualiza Diego de Trujillo) situó Pizarro tropa de infantería (unos ocho hombres en cada una), y él mismo permaneció en sus aposentos con veinte soldados de infantería (quince, según Cieza de León; veinticuatro, asevera Diego de Trujillo; dos o tres de caballería y entre veinte y veinticinco de infantería, para Cristóbal de Mena), dando órdenes terminantes de que nadie saliese al encuentro de los indios hasta que no se oyese la señal (un disparo de artillería). Pedro Pizarro lo explica de otra mane-

ra: la caballería fue dividida en dos partes, comandadas por Hernando de Soto y Hernando Pizarro, y la infantería también se dividió en dos secciones, comandadas por Juan Pizarro y el propio Francisco Pizarro. Pedro de Candía, con dos o tres soldados de a pie y con los trompetas, se subió a una pequeña fortaleza con un falconete para, una vez entrado Atahualpa y los suyos en la plaza, disparar dando la orden de ataque. Todos los hispanos se hallaban en un galpón con muchas puertas que daban a la plaza para evitar que los indígenas vieran quiénes y cuántos eran. La idea era salir en tropel del galpón y aturdirles con su presencia, al tiempo que el ruido se incrementaba con los petrales de cascabeles que llevaban los caballos; tras ellos saldrían los infantes. Los espías de Atahualpa achacaron al miedo el ocultamiento de los hispanos. Algo de eso había, también, en su ánimo, pues Pedro Pizarro confesaba cómo «yo oí a muchos españoles que sin sentillo se orinaban de puro temor». F. López de Gómara parece casi congratularse cuando señala que «algunos ciscaban con ver tan cerca tantos indios de guerra». Quizá Cortés, con quien tuvo mayor contacto, y sus hombres le parecían más valientes.[108]

El inca Atahualpa avanzó muy lentamente comandando cuatro escuadrones de ocho mil hombres cada uno; es probable que quisiese impresionar a sus visitantes con tal despliegue militar. Cronistas como Jerez o Herrera aseguran que los hombres que conformaban la delantera iban armados, a pesar de algunas seguridades dadas por Atahualpa, pero, evidentemente, no todos ellos accedieron a la plaza central de Cajamarca, que estaba rodeada por una cerca de piedra de tres metros de altura donde solo se abrían dos puertas. Una vez entrado el Inca y su séquito en la plaza central —para Miguel de Estete acompañaron a Atahualpa seis mil o siete mil hombres de un ejército de cincuenta mil efectivos—, al comprobar a través del diálogo con el dominico fray Vicente Valverde (1502-1541) el talante del personaje y su irreductibilidad,[109] Pizarro comprendió que había lle-

gado el momento de actuar; tras el disparo de la artillería, las tropas de caballería e infantería irrumpieron de golpe en la plaza, disparándose también los arcabuces, lo que generó gran confusión entre los aborígenes. Estos, como señala Herrera, «nunca [...] usaron de pelear sino muy a propósito y de pensado, y no de sobresalto». Francisco Pizarro salió de sus aposentos y con solo cuatro hombres se acercó hasta la persona de Atahualpa, a quien sujetó cogiéndole del brazo izquierdo;[110] en pleno fragor de la escaramuza y con el Inca preso, los hombres de Atahualpa iniciaron una huida descontrolada, rompiendo incluso parte del lienzo que cercaba la plaza (cien pasos) por la presión ejercida por la muchedumbre y cayendo unos sobre otros. Ruiz de Arce asegura que «fue tanto el temor que hubieron, que se subieron unos encima de otros, en tanta manera, que hicieron sierras, que se ahogaban unos a otros. Y en la muralla que cercaba la plaza cargó tanta gente de indios sobre ella, que la derribaron y hicieron un portillo de hasta treinta pasos». Los caballos saltaron por encima de ellos, aunque algunos équidos cayeron, y continuaron adelante alanceando gente, mientras la tropa de infantería pasaba a espada a casi todos los rezagados que encontraron en la plaza. Los indios aliados también cumplieron su parte en la matanza.[111] Esta se prolongó fuera de la ciudad hasta media noche. «Matáronse muchos indios», añade Ruiz de Arce, durante las dos horas de sol que quedaban. Según el testimonio de Titu Cusi Yupanqui, hijo de Manco Inca, «[los españoles] los mataron a todos con los caballos, con espadas, con arcabuces, como quien mata a ovejas». Los soldados mataron indígenas «como hormigas» es la expresión usada por Felipe Guamán Poma de Ayala. Una vez muertos los sirvientes que portaban en andas a Atahualpa, este cayó en tierra y fue protegido por el propio Pizarro de la excitación de sus hombres. De hecho, según Cieza de León, fueron dos capitanes de Pizarro, Miguel de Estete y Alonso de Mesa, quienes hicieron preso a Atahualpa, gritándoles aquel que no lo matasen. Pedro Piza-

rro, en cambio, asegura que Atahualpa en ningún momento descendió de sus andas, sino que los indios que le transportaban, una vez muertos, fueron sustituidos por españoles, que llevaron a un lado al Inca. Entonces fue preso por Francisco Pizarro. También fueron masacrados otros muchos principales del séquito de Atahualpa. Nadie levantó un arma contra los españoles; tal fue la confusión creada por la artillería y los caballos y por el sacrilegio cometido en la persona del Inca. Francisco de Jerez explica la situación perfectamente: «Fue tanto el espanto que tuvieron de ver el gobernador entre ellos, y soltar de improviso la artillería y entrar los caballos al tropel, como era cosa que nunca habían visto, que con gran turbación procuraban más huir por salvar sus vidas que de hacer guerra».[112]

Según Jerez, en la plaza de Cajamarca murieron dos mil personas, cifra con la que coincide Cieza de León. Miguel de Estete asegura que dos mil o tres mil personas derribaron la cerca de piedra, que daba al campo, y por allí escaparon; al verlos huir, el resto de las tropas desampararon a Atahualpa. Toda la operación solo le costó a Pizarro la vida de un sirviente de origen africano. Según Poma de Ayala, fueron cinco los muertos del bando hispano, pero no necesariamente españoles. Antonio de Herrera se explaya algo más explicando cómo, debido al espanto que causaban entre los indígenas las heridas de espada, lanza y ballesta, la acción de los caballos y los disparos de las armas de fuego, hizo que estos, sin que en ningún momento hiciesen frente a los hispanos, se volviesen para buscar una salida, estorbándose unos a otros, viendo «tanto derramamiento de sangre, tanta carnicería y tantos cuerpos muertos». Para el Inca Garcilaso, murieron cinco mil personas: tres mil quinientas por acción de las tropas y mil quinientas por aplastamiento. Otros cronistas, como C. de Mena o Ruiz de Arce, presentes en Cajamarca —y quizá por ello—, hablan de seis mil o siete mil muertos. Diego de Trujillo, también testigo presencial, refiere la muerte de ocho mil personas, dos terceras partes a causa del

aplastamiento en la huida de la ciudad. Como es bien sabido, Herrera elaboró en buena medida su relato a partir del manuscrito original e inédito de Cieza de León, quien atinaba al señalar que fue una suerte para Pizarro enfrentarse a un número relativamente reducido de hombres en un lugar cerrado, y no a un ejército de unos setenta mil efectivos —además de treinta mil hombres de servicio— en campo abierto. En opinión del Inca Garcilaso —muy cuestionada por J. J. Vega—,[113] quien siempre se refirió a una tropa de treinta y dos mil hombres (cuarenta mil para Diego de Trujillo), la suerte fue que los peruanos no recibiesen la orden de atacar en Cajamarca, como sugirió, al parecer, el general Rumi Ñahui —quien apostaría por rodear la urbe con su fuerzas—, dado que incluso sin armas, solo con tener piedras, hubiesen acabado con los intrusos. Recordemos una vez más su número: según la relación oficial del reparto del botín habido tras el rescate de Atahualpa —¿puede haber un documento más oficial que ese?—, se hallaron sesenta y un efectivos de caballería y ciento tres de infantería.[114] Si las cifras consignadas anteriormente sobre el contingente de Pizarro a su salida hacia Cajamarca son correctas, estas otras indicarían la pérdida de un soldado de caballería y tres infantes. Para Miguel de Estete, la clave estuvo en la prisión de Atahualpa, «porque si este día no se prendiera, con la soberbia que traía aquella noche fuéramos todos asolados por ser tan pocos, como tengo dicho, y ellos tantos».[115] El cronista A. de Herrera señala las ventajas de poseer experiencia previa, en este caso Pizarro, quien «por más de veinte años había militado en las Indias, y sabía que la victoria consistía siempre en apoderarse de las personas de los señores». [116]

Theodor de Bry, grabado de la serie *América*.

Una vez obtenidas las primeras victorias, merced en muchos casos, como vemos, a las crueles matanzas organizadas, estas continuaron aplicándose para afianzarse en el territorio. Veamos algunos ejemplos. La muerte de dos encomenderos españoles en la zona de Andahuaylas tiempo después del sitio de Cuzco (1536-1537) por Manco Cápac fue duramente castigada por el gobernador Pizarro, quien envió al capitán Francisco de Chaves. Este, con sus hombres, «hicieron en los campos e pueblos de los indios [alzados] mucho daño [...] y la guerra se les hizo tan cruel, que, temerosos de ser todos muertos en ella, pidieron la paz», informa Cieza de León. Según reconoció el propio Consejo de Indias, Chaves, al no poder encontrar a los indios adultos

> por haberse recogido a la sierra, tomó todos los niños y niñas de tres años hasta nueve en número de seyscientos y los mató, y que en lugar de decir Jhs. les mandava que dixessen Chaves, a lo qual se halló presente el capitán Fer[nand]o de Aliaga y le hizo un requerimiento para que no lo hiziese, y que en memoria desta crueldad sería justo que en los indios que dexo se echasse alguna pensión para instruyr algunas escuelas donde diesse[n] de comer y vestir y se doctrinasen cient niños, hasta que fuessen de edad que puedan trabajar.[117]

El testimonio de fray T. de San Martín es coincidente y escalofriante por igual: ante la dificultad de hallar a los responsables de la muerte de los encomenderos, Chaves «juntó seyscientos yndios en aquella provincia de tres años hasta nueve y uno a uno los mató a todos. Los quales niños pedían baptismo y luego bajavan la cabeza para que los chocasen una porra».[118]

En el transcurso de las operaciones militares en torno a Quito en 1534, Sebastián de Belalcázar ordenó a dos de sus capitanes, Pacheco y Rui Díaz, que con cuarenta y setenta hombres saliesen en busca de Rumi Ñahui, general de Atahualpa. Dicha situación permitió a los señores de Lacatunga y Chillo organizar un ejército de quince mil hombres que se propondría recuperar Quito matando a los españoles (pocos y enfermos según sus espías, que conocían la salida de los capitanes citados y sus hombres). Los aliados de los hispanos, los indios cañaris, fueron clave a la hora de avisar sobre la operación que se avecinaba, y que pudo ser abortada tras una batalla nocturna. La imposibilidad de atrapar a Rumi Ñahui, y con él el secreto de dónde se hallaba el tesoro de Quito, llevó a Belalcázar a explorar la zona, y en el pueblo de Quioche la frustración hispana se transformó en crueldad: «Hallando muchas mujeres y muchachos porque los hombres andaban con los capitanes, mandó que los matasen a todos sin tener culpa ninguna». Antonio de Herrera, por lo general de pluma fría, no puede dejar de decir: «Los mandó matar a todos con motivo de que sería escarmiento, para que los otros se volviesen a sus casas, flaca color para satisfacer a crueldad, indigna de hombre castellano». Cristóbal de Molina también comentó cómo Belalcázar había hecho «mucha guerra y daño en aquella provincia y muerto mucha cantidad de gente». El cronista de Nueva Granada de finales del siglo XVII, Fernández de Piedrahita, en su rememoración de la figura de Belalcázar no dudaba en recordar «la crueldad detestable de pasar á cuchillo todas las mujeres y niños de Quioche en el Reino de Quito, y el rigor inhumano de enterrar vivos más de trescientos indios en

Rio-bamba».[119] El propio Cieza de León reconoció, refiriéndose a la conquista de aquellos naturales: «Ha sido gente muy indómita y trabajosa de conquistar, hasta que se hizo justicia de los caciques antiguos, aunque para matar algunos no hubo mucha, pues todo era sobre sacarles este negro oro».[120]

En el caso de la conquista de Nueva Granada, fue notable la ocupación del territorio de Valledupar. Según Juan Friede, fueron los grupos hispanos asentados en la ciudad de Santa Marta, con el gobernador Pedro Vadillo al frente, quienes asolaron Valledupar, si bien en los cronistas de la segunda mitad del siglo XVI y del XVII (Pedro Aguado, Pedro Simón, Fernández de Piedrahita), tales desmanes se le atribuyeron a Ambrosio Alfinger por su doble condición de gobernador de Venezuela —sus informantes se ilustraron con informaciones provenientes de Santa Marta— y extranjero. El caso es que, fuesen unos u otros, en Valledupar las expediciones europeas recorrieron el territorio «talando, robando y destruyendo a sus miserables habitadores» en treinta leguas de camino, según el cronista del Setecientos José de Oviedo y Baños. Para A. de Herrera, el gobernador Alfinger entró en la zona «no dejando cosa alguna sin destruir [...]».[121] En cambio, otro informante, Esteban Martín, acusa a los hispanos de Santa Marta de ir «robando y tomando a los dichos indios el oro y joyas que tenían, y tomándoles sus hijos y mujeres, y matándoles y haciéndoles muchas destrucciones y fuerzas, así en quemarles sus pueblos y desbaratárselos como en otras muchas cosas». Según otro testimonio, el citado gobernador Vadillo, quien ya estuvo en Valledupar en 1529, «compelió a los dichos indios y se metió a saquearlos, así de derecho como de hecho [...] que recogió todas las mujeres que pudo, en cantidad de más de quinientas personas, y las tomaba a los pueblos de paz y mataban a todos los hombres indios que hallaban».[122]

El interior del país fue asolado conforme la guerra fue endureciéndose al presentar algunas etnias una resistencia contumaz. El cronista Pedro Aguado no siempre es muy explícito en

su crónica con los detalles; se limita a señalar que los indios fueron vencidos, derrotados y la existencia de castigos, pero la lucha en torno al peñol de Siminjaca, una posición que costó domeñar, sirvió de justificación al capitán Juan de Arévalo para ordenar en las localidades de Suta y Tausa, «cuyos moradores hallaron recogidos en otro peñol, no tan fuerte ni áspero como el de Siminjaca», que se llevaran a cabo castigos ejemplarizantes: «Les cortaban a unos la mano, a otros el pie, a otros las narices, a otros las orejas, y así los enviaban a que causasen más obstinación en los rebeldes». En su asalto, Arévalo procuraba que los propios indios optasen por despeñarse, y si alguno llegaba vivo abajo, tenía allá cinco efectivos a caballo que los iban alanceando. «Y así se hizo en este peñol un gran estrago de indios que amedrentó harto a los que vivos quedaron y les forzó a que tuviesen por bueno el yugo y servidumbre de los españoles. Y con estas maneras de castigo, pacificó el capitán Juan de Arévalo muchos pueblos de los que estaban rebeldes y los domó, de suerte que en mucho tiempo después no intentaron ninguna rebelión». De esta manera, el cronista reconoce el uso de la crueldad por parte de los suyos, pero con un fin loable, al menos: el final de las rebeliones y, por lo tanto, de más muertes.[123] En otra ocasión, relatando los terribles hechos protagonizados en 1549 por el capitán Hernández Pedroso, un veterano de la conquista de Perú, quien era de la opinión, como tantos otros, que los indígenas debían ser totalmente derrotados en un primer encuentro, pues de lo contrario podían mantenerse en guerra hasta el último hombre creyendo en la victoria, de ahí que no dudase en aplicar prácticas aterrorizantes, el padre Aguado, tras reconocer la muerte de cuatrocientos indios quemados en un bohío, trata en su crónica de hallar una explicación para tamaña crueldad usando el argumento del imperativo militar:

> Y verdaderamente si de esta severidad los soldados no usaran, pudieran perecer a manos de los propios indios, porque al tiempo del retirarse y volverse atrás habían de dar los indios sobre ellos y seguirles en las partes que les parecieran aventajadas y peligrosas para ser señores de los nuestros, donde fuera el daño harto, pues en matando a los que allí estaban, que eran treinta y cinco hombres, habían de dar en los demás

que con el carruaje habían quedado alojados atrás, donde mataran los españoles que quedaban y los indios de su servicio, que eran más de otras cuatrocientas piezas.

El caso es que se logró el fin esperado: «Con la fama de esta severidad y crueldad, cobraron tanto temor y miedo los indios comarcanos, que en muchos días no hubo indio que hiciese resistencia ni se pusiese en defensa». Aunque el «remate y fin» de todo el asunto fueron las cinco o seis libras de oro que los soldados rescataron entre los restos calcinados de los habitantes de una localidad sin nombre.[124]

El cronista Fernández de Piedrahita suele entrar en más detalles, pero no siempre supo o quiso generar una crítica del nivel de la del padre Aguado. El capitán Galeano, por ejemplo, en sus luchas contra los indios agataes utilizará prácticas aterrorizantes que más tarde se usarían con profusión en Chile: conforme la guerra se fue endureciendo, relata Piedrahita, Galeano fue «excediendo tanto en la cantidad de los bárbaros muertos, y castigados con el rigor de cortar á unos las manos y las narices á otros». También aplicó otras mutilaciones: trescientos agataes derrotados perdieron sus narices y los pulgares de sus manos, «mandándoles que con aquella señal fuesen por mensajeros á las naciones rebeladas, haciéndoles saber que su pertinacia había de reducirlos á pasar por calamidad semejante». La muerte de un encomendero, Juan Gascón, junto con otros seis españoles, desencadenó la represión hispana en la zona de la ciudad de Vélez, y fueron asistidos por indios auxiliares, si bien las noticias sobre ellos tanto del padre Aguado como de Piedrahita son escasas. Este último insiste en el detalle de que las armas hispanas caídas en manos aborígenes se consideraban una gran afrenta, ya que desencadenaban una mayor fiereza en el combate. Cuando relata la campaña del capitán Maldonado contra el cacique Tundama, Piedrahita reconoce —el padre Aguado o el cronista Pedro Simón no comentan nada al respecto— que se produjo una matanza: se habla de cuatro mil muertos y otros tantos heridos. Se llamó la batalla del Pantano de la Guerra y

tuvo lugar el 15 de diciembre de 1539. Fernández de Piedrahita señala que con los vencidos «se mostraron no poco rigurosos los vencedores» y a Maldonado, el gobernador interino Díaz de Armendáriz le haría más tarde un proceso por una serie de «castigos ejecutados con exceso» y lo privó de sus encomiendas, pero no es más explícito.[125]

El cronista Pedro Cieza de León participó en la conquista de Nueva Granada. En el transcurso de la misma, en 1539, conoció al capitán Jorge Robledo, en cuya hueste se enroló y de quien intentó ofrecernos una imagen idílica mientras cargaba las tintas contra Sebastián de Belalcázar, si bien tampoco escatimó algunos comentarios críticos para con el primero. Precisamente, al prolongarse la campaña, el encarnizamiento de la misma obligó a Cieza a decir lo siguiente:

> Costumbre mía es y muy usada procurar de loar los buenos hechos de los capitanes y gente de mi nación, y también de no perdonar las cosas mal hechas, para que por afección de alguno de ellos se crea que no tengo de referir sus yerros; y esta conquista é guerra yo la vi y me hallé en ella [...], é cuento la verdad purísima, y aunque, como digo, desease tanto el honor de Robledo, no dejaré de decir que se hizo en esta provincia de Pozo una de las mayores crueldades que se han hecho en la mayor parte de estas Indias.

Un lance bélico perpetrado por el capitán Rodríguez de Sosa, quien comandaba unos sesenta efectivos hispanos junto con cuatro mil indios auxiliares, en el territorio de los indios pozos indignó a Cieza de León. Tras cercar en un peñol a un millar de indios enemigos, hombres, mujeres y niños, Rodríguez de Sosa lanzó por delante los perros de combate, quienes comenzaron su terrible labor en los cuerpos de unos aborígenes aterrorizados; otros caían alcanzados por las ballestas hispanas, no perdonándose a nadie. Muchos preferían despeñarse. Los indígenas aliados «ni dejaban mujer fea ni hermosa, moza ni vieja, que no matasen, y á los niños los lomaban por los pies y daban con las cabezas por las peñas, y de pronto, como dragones, se los comían á bocados, crudos; y á los más délos hombres que tomaron mataron, y á otros, atándoles las manos fuertemente, los llevaban». Murieron en el peñol trescientas personas, y otros muchos prisioneros fueron arrastrados al campamento de Robledo, donde los indios aliados «á los que les quedaban, haciéndoles

bajar la cabeza, les daban con porras en los colodrillos y así los mataban; y la reprensión que tenían de nosotros, era reírnos de ver lo que hacían y preguntarles si les sabía bien aquella carne». Numerosas cabezas de sus enemigos fueron enviadas a sus respectivos pueblos como señal de victoria. El cronista Fernández de Piedrahita, que sigue fielmente a Cieza de León, procura, sin ocultar los hechos, obviar las descripciones más crudas en su relato. A. de Herrera también difumina al máximo el terrible hecho en el que apenas los españoles participan: entre los perros y los indios auxiliares, enemigos mortales de los pozos, se llevó a cabo la matanza.[126]

En el caso de la expedición de Hernando de Soto durante su intento por conquistar Florida, destacan varios hechos de armas que acabaron en matanza: la supuesta traición del cacique Vitachuco de la provincia de Ochile, que acabó con la muerte de novecientos de sus hombres en lo que pareció ser la típica matanza de presos producida cuando estos han alcanzado tal número que pueden llegar a dificultar las operaciones militares venideras.[127] De Soto no podía permitirse seguir adelante dejando atrás un pueblo tan levantisco, localidad que, por cierto, los españoles rebautizaron como la «Matança».[128]

Para domeñar la ciudad de Apalache, De Soto hubo de plantear un difícil asalto a las posiciones indígenas, a base de acometer sucesivas empalizadas espada en mano, con gran mortandad entre los aborígenes por no disponer de defensas corporales. El esfuerzo fue tan grande que De Soto amenazó al cacique Capasi con hacerle «guerra a fuego y a sangre». La guerra total.[129] Según el relato, poco amable, de Fernández de Oviedo, la dureza del combate contra Apalache fue notable, quemaron la ciudad y cortaron manos y narices por doquier.[130]

En la provincia de Coça, en cambio, tras un contacto que parecía prometedor con el cacique Tascaluza, este organizó una celada en la población de Mauvila (octubre de 1540), donde con-

centró a miles de indios —siete mil, según indica A. de Herrera — que se alzarían en armas. Mauvila era una localidad fortificada, con una muralla hecha con troncos y barro en la que cada ochenta pasos se levantaba una torre donde podían pelear hasta ocho hombres y con numerosas saeteras. La lucha fue enconada una vez tomada la ciudad por la caballería hispana. Según Herrera, algunas mujeres pelearon usando las «lanças, espadas y partesanas que los castellanos [h]avian perdido». En la batalla de Mauvila murieron ochenta y tres españoles, cuarenta y ocho en el día del combate y el resto más tarde, a causa de sus heridas, que, por cierto, fueron horribles: dieciocho de los muertos fueron alcanzados con flechas en ojos y boca, zonas menos protegidas de la anatomía donde tiraban con preferencia los indios. Y se perdieron cuarenta y cinco caballos, «que no fueron menos llorados que los hombres, porque en ellos consistía toda su fuerza». Dichas bajas ayudan a entender la matanza sobrevenida en el fragor de la batalla: el Inca Garcilaso de la Vega habla de once mil muertos, cifra que puede parecer muy exagerada, cuando otros cronistas apuntan a guarismos más moderados, y creíbles, como Rodrigo Ranjel, fuente principal de Fernández de Oviedo, que habla de más de tres mil muertos; en la *Relação* del hidalgo de Elvas se fijan las bajas en dos mil quinientas, o Luis Hernández de Biedma, que habla de cinco mil. Con todo, Antonio de Herrera coincide con Garcilaso de la Vega en cuanto a la cifra de bajas de los aborígenes, y puntualiza que fuera de la ciudad se hallaron cuatro mil cuerpos, tres mil en las calles de Mauvila y otras cuatro mil pudieron ser las bajas habidas a causa del fuego. Vázquez de Espinosa confirma la cifra de once mil muertos, que parece imponerse entre el público lector.[131]

En cuanto a las incursiones en el Río de la Plata y Paraguay, tras haberse fundado Buenos Aires en 1536 y haber decidido Juan de Ayolas, sucesor de Pedro de Mendoza, remontar el río Paraná hasta lo que sería Asunción del Paraguay y contactar con los indios carios (etnia guaraní) para poder enfrentarse a

los agaces (etnia payaguá), que se habían mostrado belicosos, aquellos decidieron ceder ocho mil guerreros; Ayolas contaba con trescientos hispanos. El asalto al gran poblado de los agaces se hizo de madrugada, «y dimos muerte a los hombres, a las mujeres y aun a los niños. Los carios son un pueblo así, que matan a cuantos encuentran en la guerra frente a ellos, sin tener compasión con ningún ser humano», como si los hispanos no hubiesen participado en la matanza. El botín de guerra incluyó unas quinientas canoas; se quemaron, además, cuantos pueblos hallaron en su camino, «hicimos muy gran daño», asevera Ulrich Schmidl.[132]

La alianza con los carios no se mantuvo durante mucho tiempo, y en época del gobernador Álvar Núñez Cabeza de Vaca, quien llegó al territorio en 1542, se organizó un ataque contra los carios dirigido por el capitán Alonso de Riquelme, quien llevó consigo una fuerza de trescientos hispanos y un millar de indios aliados. Se encontraron unos indígenas, hasta ocho mil, fuertemente encastillados en un pueblo fortificado con empalizadas y trincheras —el cronista Díaz de Guzmán, quien escribe en las primeras décadas del siglo xvii, ya no habla de albarradas y fosos—, desde el que protagonizaron una salida al amanecer (alborada) que fue neutralizada por los hombres de Riquelme con fuertes pérdidas por parte de los carios. No obstante, cuando una compañía de hispanos y cuatrocientos indios aliados estaban rancheando comida, fueron atacados nuevamente y se libró una dura pugna que solo terminó cuando el soldado Martín Benzón «mató de un arcabuzazo a un indio principal muy valiente que manejaba los escuadrones; con cuya muerte desampararon el puesto y se pusieron en huida, con pérdida de mucha gente suya y nuestra». Una vez decidido el asalto a la posición, se fabricaron paveses para resistir los proyectiles que lanzaban mientras se avanzaba hacia la empalizada, no sin antes rechazar una nueva salida. En aquella ocasión, hasta seiscientos carios murieron. Estos demandaron tres días de tregua para tratar so-

bre la paz entre sus caciques, que se les concedió; Riquelme y sus hombres entendieron que su estrategia era recomponer sus fuerzas entrándoles comida y hombres de refresco por el cercano río y por tierra. Así, decidieron dar un asalto definitivo para lo cual construyeron «dos medios torreones de madera muy fuertes sobre unas ruedas, los cuales sobrepujaban su fuerte; y hechas sus troneras para por ellas poder a su salvo jugar su arcabucería, y acabado todo, antes que amaneciese, se les dio el asalto por tres partes», ya que por la parte del río una barranca lo impedía. Tras alcanzar las tropas hispanas y sus aliados la empalizada, los defensores de esta fueron masacrados por la arcabucería de las torres de madera, momento en el que los infantes protegidos por pavesas y adargas echaron abajo la empalizada a base de machetazos. En otras partes, un amplio foso hubo de ser pasado gracias a amontonar algunos maderos, forzándose el paso con arcabuces y ballestas, pero la resistencia fue enorme. Una vez tomada parte de la localidad tras pegar fuego a algunas casas, Riquelme, armado con cota, celada, rodela y espada, entró, pues, a pie con sus hombres y fueron masacrando a todos los que hallaban a su paso. Tras encerrar a los supervivientes en el gran bohío del cacique principal, una parte de los mismos forzó una salida en dirección al río, pero fueron masacrados en su huida por los hombres del capitán Melgarejo; muchos cayeron por la barranca abajo; otros se salvaron tras ganar algunas canoas. Riquelme y los demás capitanes entraron en el bohío espada en mano

> por todas sus puertas, matando a cuantos la defendían sin dejar ninguno a vida, andando los indios amigos en esta ocasión por todo el pueblo saqueando y matando a cuantos topaban, mujeres y niños, con tanta saña, que parecía exceso de fieras más que venganza de hombres de razón, sin moverles a clemencia tan grandes alaridos y clamor de tantos como mataban, que era en tanto grado que no se oía otra cosa en todo el pueblo. Y acabado todo, los capitanes recogieron su gente en la plaza, donde se alojaron; y puestos en un montón todos los despojos, y traídos allí todos los cautivos que había, se repartió todo a los soldados: hallándose de solas mujeres y niños más de tres mil, y muertos más de cuatro mil: y de los nuestros solo faltaron cuatro españoles, y como ciento cincuenta indios amigos, aunque muchos heridos: con que el Señor fue servido se diese fin a esta victoria, que sucedió a 24 de julio, víspera del Apóstol Santiago, año de 1541.[133]

En los siguientes años, esa fue la norma en la actuación de caudillos como Domingo Martínez de Irala. Tras comentar el

asalto al asentamiento principal de los indios sucurusis, el bávaro U. Schmidl termina su explicación con una frase significativa: «[...] disparamos nuestros arcabuces, matamos a cuantos encontramos y cautivamos como dos mil entre hombres, mujeres, muchachos y chicos, y luego quemamos su aldea y tomamos cuanto allí había, tal como podéis pensar vosotros que siempre ocurre en tales casos».[134] Fijémonos bien: «tal como podéis pensar vosotros que siempre ocurre en tales casos». Es decir, que la técnica del descubrimiento y la entrada en nuevos territorios consistía en masacrar, capturar supervivientes, quemar y robar todo lo útil que hubiese. Una táctica puesta en práctica, con buenos resultados, desde las Antillas, Tierra Firme, Nueva España, Perú y, entonces, en el Río de la Plata y Paraguay.

Una vez destituido el gobernador Cabeza de Vaca por ser incapaz de ofrecer a sus hombres suculentos botines en la zona, Martínez de Irala, como decíamos, se lanzó a una vorágine de asaltos a los distintos poblados para obtener esclavos no sin antes masacrar a la mayoría de sus habitantes. El clérigo Martín González, en carta a Carlos I del 25 de junio de 1556 desde Asunción, señalaba cómo, tras la destitución de Cabeza de Vaca, Martínez de Irala y los suyos se habían lanzado a una espiral de destrucción, permitiendo este todo tipo de excesos «por contentar á sus amigos y valedores». A falta de otra cosa, los hispanos, quienes «quemavan y abrasaban toda la tierra por do yvan», se concentraron en llevarse consigo «sus mugeres, hijas, hermanas y parientas [de los indios], dado caso que estuviesen paridas y a las criaturas á los pechos, las dexaban y echavan en los suelos, y se llevaban y trayan las madres». En una lógica reacción, tras matar los aborígenes a dos o tres españoles que rancheaban aislados en sus tierras, el grupo hispano convocó a dos grupos de indios aliados suyos, los guatatas y los apiraes, para hacerles la guerra, formando una hueste de doscientos efectivos hispanos y dos mil aliados. Tras pacificar el territorio a sangre y fuego, hasta cincuenta mil indígenas fueron capturadas por los espa-

ñoles —una cifra que parece exagerada—, de las cuales sobrevivieron unas quince mil, había españoles que contaban con harenes de ochenta y cien indias,[135] si bien lo que más escandalizaba a Martín González era el hecho de que las indias se usaban como si de moneda se tratase, vendiéndose indias «por perros y otras cosas».

Martínez de Irala realizó diversas entradas con dos mil o tres mil indios carios de apoyo, fue asistido como capellán por nuestro hombre, quien aseguraba que este solo quería «mançebos é moças» cuando atacaba los diversos asentamientos, matando a todos los demás. Y un nuevo poblado fue atacado por Nuflo de Chaves, «el qual fué é dió sobre un pueblo [...] é mató, de niños é viejos é viejas y [h]onbres, mucha cantidad de jente, sin otros que predyeron». Así, poco a poco, fueron destruyendo el territorio, con el concurso de los nativos aliados, tomando prisioneros y quitándoles todo lo que tenían, «como quemalles sus casas é arrancalles sus bastimentos».

Tras «pacificar» a los moyganos, atacaron a los miaracanos, quienes fueron diezmados por los indios aliados de los hispanos, reservándose estos, como ya era habitual, «las moças y mançebos, porque los demás, todos los mataban los yndios». El siguiente grupo, los mogranos, les presentó batalla, pero fueron arrollados por los caballos. Al herir a un aliado cario días más tarde, Martínez de Irala dio orden de hacerles guerra a sangre y fuego, «en la qual mataron mucha gente, ansi de niños, mugeres viejas y otros yndios de guerra», quizá unos cuatro mil, tomando por esclavos otros dos mil.[136]

EJECUCIONES EN LA HOGUERA, APERREAMIENTO, EMPALAMIENTO

Las ejecuciones de caciques —obviamente, la más notable sería la del inca Atahualpa— y otros personajes notables, en especial en la hoguera, constituyó un método muy difundido para aterrorizar a las poblaciones aborígenes y desarticular su resistencia. Uno de los primeros ejemplos lo proporcionó Juan de

Esquivel, futuro conquistador de Jamaica, cuando fue enviado a la isla de Saona por el gobernador de La Española, Nicolás de Ovando, para vengar la muerte de algunos españoles que arribaran allá. Según el padre Las Casas, en Saona Esquivel, para escarmentarlos, encerró a seiscientos o setecientos presos en un bohío y luego los mandó pasar a todos a cuchillo. El resultado fue que, al poco tiempo, «comenzaron a enviar mensajeros los señores de los pueblos, diciendo que no querían guerra; que ellos los servirían; que más no los persiguiesen». Al mismo tiempo, para domeñar la resistencia de la provincia de Jaraguá, dominada por la reina Anacaona, Ovando destinó trescientos infantes y setenta efectivos de caballería y mediante un ardid tomó presos unos ochenta señores de la zona y los encerró en un bohío al que prendieron fuego; mientras, el resto de la tropa se dedicó a matar a todos los indios que hallaban a su paso, a estocadas o alanceándolos. Anacaona fue ahorcada. La justificación para tamañas acciones fue, y ello ocurrió en otras muchas ocasiones, la sospecha de estar concertándose una alianza para destruir a los hispanos. Lo que no es tan fácil es encontrar un testimonio como el del padre Las Casas, quien asegura que, meses después de aquellos hechos, y temiendo la reacción que se pudiese producir en la Península, Ovando decidió abrirles un proceso por traición a todos los caciques ejecutados y a la propia reina Anacaona. Las Casas también critica a Fernández de Oviedo,[137] quien siempre condenaba a los indígenas y excusaba a los españoles, «porque, en este caso hablando, dice que se supo la verdad de la traición que tenían ordenada y cómo estaban alzados de secreto, por lo cual fueron sentenciados a muerte».[138] Para Fernández de Oviedo, «el castigo, que se dijo de suso, de Anacaona e sus secuaces fue tan espantable cosa para los indios, que de ahí adelante asentaron el pie llano e no se rebelaron más». Años después, el cronista Antonio de Herrera recoge fielmente el rechazo que produjo en la corte la quema de los caciques de Jaraguá y el ahorcamiento de Anacaona, pero mantie-

ne en pie la teoría de la conspiración, la traición y la búsqueda de una alianza para destruir a los españoles. Si todo ello era cierto, ¿por qué se enojaron con Ovando la reina Isabel o don Álvaro de Portugal, presidente del consejo de Justicia?[139]

En su momento, no es de extrañar que un desesperado Vasco Núñez de Balboa pidiese permiso a Fernando el Católico para exterminar en la hoguera a todos los indios caribes, tan mortíferos con sus flechas envenenadas —«estos indios del Caribana tienen merecido mil veces la muerte, porque es muy mala gente y han muerto en otras veces muchos cristianos [...] y no digo darlos por esclavos según es mala casta, más aún mandarlos quemar a todos chicos y grandes, porque no quedase memoria de tan mala gente»—,[140] pero lo más habitual será reservar tan tremendo castigo para situaciones puntuales, siempre con un ánimo ejemplarizante.

Sin abandonar Panamá, cuando los caciques de Comogre y Pocorosa unieron sus fuerzas y devastaron el asentamiento hispano de Santa Cruz, una fundación del capitán Juan de Ayora, y «no dejaron con vida a hombre chico ni grande de todos aquellos del asiento», el licenciado Espinosa tomó cartas en el asunto tiempo después y, según su propia declaración, mandó quemar cinco caciques de la zona acusados de asolar dicho asentamiento.[141] El propio Espinosa admitió que se habían producido algunas matanzas, si bien aseguraba que se debieron «al temor de los cristianos, al verse ampliamente superados en número».[142]

En el contexto de la conquista del imperio mexica, un episodio especialmente revelador es el acaecido tras la muerte en combate de siete castellanos del retén de Veracruz a manos del cacique Cualpopoca, señor de Nahutlán. Probablemente con el visto bueno de Moctezuma II, de quien era vasallo, Cualpopoca no solo se negó a prestar obediencia a Juan de Escalante, lugarteniente de Cortés en Veracruz, sino que comenzó a levantar la

tierra. Escalante, con dos piezas de artillería, tres ballestas, dos arcabuces y cuarenta soldados, además de dos mil indios totonacas aliados (o diez mil cempoaltecas, según F. Cervantes de Salazar), se enfrentó al doble de efectivos de Cualpopoca que, como decíamos, mató a siete hispanos y a los indios totonacas. Fuera de algunas polémicas entre autores, como López de Gómara y Díaz del Castillo, en lo que ambos coinciden, así como otros cronistas, es en la respuesta de Cortés: obligó al atemorizado Moctezuma —a la sazón retenido en su propia ciudad— a hacer venir ante su presencia a Cualpopoca y a otros catorce caciques y, tras procesarlos, atados de manos y pies, mandó quemarlos vivos delante del palacio de Moctezuma usando armas de madera de los mexicas como combustible oportuno. «Y digamos que como este castigo se supo en todas las provincias de la Nueva España, temieron, y los pueblos de la costa donde mataron nuestros soldados volvieron á servir muy bien á los vecinos que quedaban en la Villarrica», dice Díaz del Castillo. Cervantes de Salazar asegura que «vino Qualpopoca y confesó la verdad, para amedrentar más a Moctezuma y dar a entender a todo el imperio mexicano su poder y valor y lo poco en que los tenía, añadiendo hazaña a hazaña y hecho a hecho, determinó como luego diré, echar prisiones a Moctezuma».[143] López de Gómara explica cómo Cortés aprovechó también para asustar aún más a Moctezuma II, acusándolo veladamente de todo lo ocurrido y poniéndole los grillos, aunque por breve tiempo, pues lo dejó libre al cumplirse la sentencia contra los anteriores. Pero Gómara señala algo más: las tierras de Cualpopoca fueron taladas, su pueblo saqueado y muchos de los suyos cautivos.[144]

Durante la conquista de Pánuco, en 1522-1523, un alzamiento aborigen obligó a Hernán Cortés a enviar a su capitán Gonzalo de Sandoval con cien infantes, cincuenta de caballería, quince arcabuceros y ballesteros y cuatro piezas artilleras de campaña (dos dice Bernal Díaz), así como con ocho mil indios de apoyo mexicas y tlaxcaltecas. Tras librar dos batallas por el camino,

Sandoval entró en la localidad de Santisteban, donde solo quedaban veintidós de a caballo y cien infantes hispanos de retén; dividió su gente en tres escuadrones con la orden de entrar en aquella tierra haciendo todo el daño posible; prendió sesenta caciques, cuatrocientos notables y otros muchos indios condenándoles a la hoguera por rebeldes. Después de tratar el asunto con Cortés, se decidió quemar solo a los caciques y a los notables, si bien se hizo delante de sus hijos y herederos para «que lo viesen y escarmentasen», relata López de Gómara. Antonio de Herrera señala que Cortés mandó quemar solo a treinta de los inculpados, les entregó sus bienes a sus hijos, pero reclamó fidelidad absoluta. Díaz del Castillo señala que se quemaron algunos, se ahorcaron otros y se perdonaron los más. La versión de P. Mártir de Anglería se decanta por decir cómo Sandoval «hizo cortar en pedazos un gran número de hombres que mató, pues ya no se atrevían ni a levantar un dedo contra el poder de Cortés o de sus capitanes». Posteriormente, Cortés mandaría quemar a sesenta caciques ante herederos de estos.[145] Nadie se exclamaba por la crueldad de tal política. Sobre todo si funcionaba.

A partir de 1524, en su campaña en Guatemala, Pedro de Alvarado pudo poner en práctica sobradamente su crueldad. En Utatlán, los caciques de la localidad tramaron una traición para tomar desprevenido a Alvarado. Este, después de una campaña muy dura, decidió enviar una señal reconocible en todo el contorno: mandó quemar vivos a los caciques, así como su ciudad hasta los cimientos, haciendo esclavos a todos los indios atrapados en aquella campaña. Según el cronista Antonio de Herrera, con aquella medida Alvarado buscaba acortar la guerra. Un ejemplo más de la crueldad por imperativo militar. También, desde Utatlán, donde permaneció siete u ocho días, Alvarado llevó a cabo entradas de castigo en los pueblos de la zona que, una vez concedida la paz, se habían rebelado, haciendo muchos esclavos. Por otro lado, para enfrentarse a los quichés, Alvarado

solicitó la ayuda de los cakchiqueles, quienes, según el *Memorial de Sololá*, acudieron al instante a su llamada, «y dos mil soldados marcharon a la matanza de los quichés».[146] Todo indica que Alvarado, tras aquella experiencia, amenazaba a las poblaciones con la quema de sus cosechas y de sus personas, por lo que claudicaron.

En 1529, y a lo largo de varios meses, hasta comienzos de 1530, se formularon contra Pedro de Alvarado diversas acusaciones por parte de la Real Audiencia de México, que evaluó no solo su actuación en la conquista de México, sino sobre todo en la de Guatemala. Diversos testimonios testificaron acerca de las numerosas crueldades cometidas por Alvarado contra localidades, en principio pacíficas, como Izquintepec, Aquitepaz, Nacintlán, Cuscatlán, Pazaco, Acatepec, Moquizalco o Yacaxocal, que habían sido injustamente atacadas, castigadas, quemadas y robados y esclavizados sus habitantes; en Utatlán, Alvarado ordenó, según los testimonios, «quemar vivos, atados en palos» a cinco señores por no darle más oro, aunque la acusación más grave es que provocó por su codicia y crueldad, además de haber tomado para sí la esposa de uno de los caciques principales, la rebelión general de los antiguos aliados cakchiqueles. Un testigo, Francisco Verdugo, aseguró haber oído decir que Alvarado, en la campaña de Tututepec, hizo «armar los tiros de fuego e poner a la boca quatro o cinco yndios, e fazía que pusiesen fuego a los dichos tiros e matava los dichos yndios que allí estavan con el dicho tiro». Otros, como Rodrigo de Castañeda, buscando su exculpación, aseveraron que Alvarado, cuando ordenó quemar vivos a los reyes quichés de Utatlán, lo hizo porque aquellos pretendieron engañar a la hueste hispana, atrayéndola a la ciudad para cercarla y matarlos a todos. El propio Alvarado se defendió de algunas acusaciones señalando que cuando se alzaron los cakchiqueles «nos dieron cruda guerra, e hizieron muchos [h]oyos, puestas en ellos varas hincadas las puntas arriba e cubiertos con tierra, e con yervas, donde cayeron muchos ca-

vallos e murieron, e hirieron muchos cristianos», todas ellas situaciones intolerables y que acarreaban la ruda respuesta hispana.[147]

En el juicio de residencia de Pedro de Alvarado de 1536-1538, aunque algunos testigos negaron los malos tratamientos a los indios en la conquista de Guatemala, otros dijeron justo lo contrario, y con argumentos que se repiten en otras campañas. Gonzalo de Ovalle, alcalde ordinario de Santiago de Guatemala, señaló cómo «ha vido este testigo, en el tiempo de la guerra, hacer muchos malos tratamientos y crueldades [...] y después que la tierra estuvo de paz, que vido este testigo que, por hacer por algunos parientes y amigos suyos, quemaban y quemaron <a> muchos señores y principales, por los amedrentar, para que sirvieran a sus amos y que, algunas veces, le parece a este testigo que convenía [se] hiciese, pero, no tanto como hacían [...]». El regidor Luis de Bivar aseguró que, «en cuanto al tratamiento de los naturales, que nunca ha visto usar piedad con ellos, antes, por les hazer servir, ha visto ahorcar y quemar algunos». Juan Durán y Cristóbal de Salvatierra coincidieron prácticamente al decir que Alvarado y los suyos habían maltratado, quemado y aperreado nativos, pero no sabían «si fue con justicia o sin ella». En las comparecencias de 1537, Pedro Portocarrero señaló que Pedro de Alvarado, al comprobar que estaba la tierra sublevada y «le mataban españoles en la tierra y se le alzaban algunos pueblos, y, para pacificarlos, convenía amedrentar y castigar señores y principales y naturales de la tierra, para que sirviesen a sus amos [...] y por ser la gente indomable, convenía que se castigasen [...]».[148]

Según el famoso testimonio de García del Pilar, veterano de la conquista de México, durante los preparativos para la conquista de Nueva Galicia, en la ciudad de Uchichila, Nuño Beltrán de Guzmán reclamó al cacique don Francisco, el *Cazoncí* de Michoacán, hasta ocho mil indios de apoyo (tamemes), además de los bastimentos necesarios para mantenerlos durante la cam-

paña, así como oro y plata. La tardanza en el cumplimiento de lo señalado se saldó con la tortura y ejecución del cacique: «Le mandó arrastrar a cola de un caballo y le mandó atar a un palo y allí le quemaron bibo y sus polvos mandó echar por el dicho rrio abajo». Otros caciques que también fueron atormentados —se les quemaron los pies— tuvieron que seguir a la expedición transportados en hamacas. Tras abandonar Uchichila, se llegó al pueblo de Cuynao, que se quemó, una vez su población lo abandonó, y se siguió hasta Cuitzeo, la siguiente localidad, que luchó durante dos días con Nuño Beltrán de Guzmán. Por dicha acción, y por no aportar su cacique tamemes, u oro y plata, fue aperreado y su pueblo quemado. Parece que Guzmán no abandonó ya su gusto por ir asolando el territorio por donde se movía —«yva quemando la tierra que no dexava casa que quemarse pudiese que no se quemaba»—, y posteriormente, tras ahorcar a algunos caciques y quemar vivo a otro en la provincia de Piastla para mantener el orden, pues los indios de apoyo huían ante la lenta muerte a la que se veían sometidos.[149]

Francisco Pizarro tampoco fue ajeno a esta práctica. En la isla de Santiago (o Puná), donde llegó con su hueste en diciembre de 1531, tras una acogida más que aceptable, detectó señales de traición, por lo que actuó anticipadamente. Una vez tomó preso al cacique principal de la isla, Tumbalá, a sus tres hijos y a dos notables más, el grupo hispano consiguió derrotar primero a las tropas aborígenes —unos tres mil quinientos efectivos armados con lanzas de madera de punta aguzada y flechas—, entre las que hicieron cierto estrago a cambio de dos muertos y tres heridos, y posteriormente, durante veinte días, los hombres de Pizarro, organizados en cuadrillas, dieron batidas en la isla para castigar al contrario. «Murieron muchos indios», asegura Juan Ruiz de Arce. Como medida disuasoria, Pizarro ordenó quemar vivos a algunos rehenes de entre los notables atrapados, mientras a otros les cortaba la cabeza (quizá fueron ejecutadas quince personas). Más tarde, el cacique, suficientemente advertido,

aceptó hacer la paz. En palabras de Juan José Vega, «el terror fue, sin duda, un método y la acción punitiva eficaz», una idea que también comparte Albert García.[150] Desde ese momento varió muy poco su relación con los indígenas: Pizarro prevenía a sus hombres que serían severamente castigados si molestaban a los indios, que les proporcionaban todo lo necesario para vivir, incluidas sus mujeres;[151] por otro lado, los caciques eran requeridos para que viniesen en son de paz y colaborasen en todo lo que se les pidiese, de lo contrario, sobre todo si se alzaban, se les haría la guerra a sangre y fuego. Y cuando se descubría una traición, Pizarro era implacable (como también lo había sido Hernán Cortés): en las localidades de La Chira y Almotaje, sus caciques estaban confabulados para matar a los hispanos; enterado de la felonía, Pizarro hizo quemar al cacique de Almotaje y a los notables de la localidad, así como a los de La Chira, y perdonó al cacique de este último lugar por creerlo menos implicado en la conjura y porque necesitaba quien gobernase ambas localidades, pero al servicio del grupo hispano. Como señala Francisco de Jerez, «este castigo puso mucho temor en toda la comarca», desbaratándose desde entonces cualquier nuevo intento de sublevación. Según Pedro Pizarro (1514¿1583?), se quemaron trece caciques tras darles garrote. En Poechos, por ejemplo, mandó al capitán Belalcázar que castigase a los indios por haber matado al soldado Sandoval.[152]

Lógicamente, la ejecución en la hoguera no fue una práctica exclusiva de Francisco Pizarro. Uno de sus capitanes, Juan de Mogrovejo, quien, por cierto, murió junto con sus hombres camino de Cuzco para socorrerlo durante el sitio de 1536-1537, en Angoyacu, enterado de una celada que se le preparaba en el camino, no dudó en quemar vivos a veintitrés señores del pueblo de Parcos para escarmiento de los demás. No le sirvió de mucho.[153] Su hermano, Hernando Pizarro, sería acusado, mientras guerreaba en el Collao en 1538, de algunas atrocidades, como mandar quemar «ochenta y tantos caciques y tomalles cuanta

comida tenían».[154] Y cuando Francisco Pizarro ordenó fundar una ciudad en Huamanga (San Juan de la Victoria) para proteger mejor el camino de Jauja a Cuzco, dejó allá al capitán Cárdenas, quien «hizo en algunos pueblos que estaban alzados grandes castigos, matando y quemando no poco número de indios», nos explica Cieza de León.[155]

Por su parte, el adelantado Diego de Almagro, en su fracasada expedición a Chile, hubo de transitar por los grandes valles de Copiapó, Huasco y Coquimbo con numerosas bajas entre los indios sirvientes y los aliados de guerra, muchos de los cuales huyeron. Sin duda, dicha situación endureció aún más si cabe el carácter de Almagro quien, ante la noticia de que tres soldados hispanos, enviados suyos, habían sido muertos —una nueva que obtuvo después de torturar hasta la muerte a un cacique de la zona—, mandó apresar a los restantes caciques y notables de aquellos tres valles y los condenó a muerte. Fueron quemadas vivas treinta y seis personas. Para el propio Antonio de Herrera, «fue cosa muy injusta y que a todos pareció crueldad extraordinaria». En cambio, según Diego de Rosales, fueron sesenta los caciques ahorcados.[156]

En las diversas campañas para la conquista de Nueva Granada, las nefastas relaciones entre Sebastián de Belalcázar y uno de sus subordinados, Jorge Robledo, tendrían sus consecuencias. Tras fundar Robledo la localidad de Anserma en 1539 y establecer una buena relación con los caciques Umbruza y Ocuzca, ambos acabarían por ser quemados vivos por orden de un teniente de Belalcázar, Gómez Fernández, «é lo mesmo hizo á otros señores é indios sin nenguna misericordia», asegura Cieza de León. El caso es que el propio Cieza acabaría reconociendo en su crónica que si bien los caciques ofrecieron la paz, solo fue porque «primero se hicieron algunos castigos, cortando manos y narices á los indios que le traían de las entradas». Por otro lado, Robledo sujetó a Umbruza y Ocuzca no sin dificultades iniciales, y a un nativo que se hizo pasar por Umbruza, aprove-

chándose de sus cautelas iniciales, lo hizo quemar vivo, «que fue harto cruel castigo».[157] El capitán Miguel Muñoz, que sería gobernador de la ciudad de Cali (Nueva Granada), fue acusado por el oidor de la Real Audiencia de Santa Fe, Francisco Briceño, en el juicio de residencia incoado a aquel en 1550, de haber aperreado a los caciques Urbi, Arisquimba —quien antes fue «casi quemado a tormentos»—, Chalima, Perocombo y Guquita. En la provincia de Arma hizo despeñar a varios indios porque habían echado galgas contra los españoles; hizo ahorcar decenas de aborígenes en las localidades de Barbudillo, Yparra y Maitama por haber mostrado resistencia; en otra ocasión, encerró en un bohío a cuarenta indígenas y, tras pegarle fuego, «los dejó quemar, aunque los pudiera sacar». También había aperreado y mutilado indios en Cali para escarmentarles tras las quejas de sus encomenderos. Briceño le condenó al destierro perpetuo de las Indias, a tres años de galeras, a una multa de cinco mil castellanos y a la pérdida de todos sus oficios y encomiendas. Antes de que pudiera presentarse ante el Consejo de Indias para defenderse, tras varias dilaciones, en 1554 sus propios indios encomendados acabaron por asesinarle.[158]

Una vez iniciada la conquista de Chile, la muerte de varias decenas de españoles en el valle de Copiapó en 1548 condujo a una respuesta hispana contundente. Francisco de Villagrán, a cuyo cargo estaba la ciudad de Santiago mientras Pedro de Valdivia se hallaba en Perú, envió al valle de Copiapó al capitán Aguirre, quien «castigó a los caciques y señores, y algunos capitanes y otros indios, con cuyas muertes nunca se han tornado a rebelar, por haber sido bravo el castigo que [se] hizo en ellos».[159] Refiriendo este caso, Jerónimo de Quiroga, a menudo crítico con la actuación hispana, procura omitir cualquier crueldad cometida por los suyos, ni siquiera justificándola por imperativo militar. Así, la hazaña de Aguirre se sustentaba en una política de retención de capitanes y caciques hasta su pacificación.[160] También Diego de Rosales suele ser parco en detalles, limitán-

dose a señalar cómo el capitán Villagrán hizo «varios castigos en los culpados», pero en el caso de Aguirre sí señaló que realizó «castigos extraños y de assombro para los indios, que los tienen siempre en la memoria, para odio y aborrecimiento de los españoles, porque los encerraba de ciento en ciento en ranchos de paja y allí los quemaba vivos».[161] En el relato de Jerónimo de Vivar, el capitán Francisco de Aguirre, con una docena de efectivos de caballería, amedrentó a los indios a base de dar tormento a algunos caciques que habían participado en los hechos antes descritos. A uno de los más culpados, llamado Camimba, «le tuvo colgado tres días, atormentándole, cortándole sus miembros [...]». Con actos como aquel consiguió su objetivo. En palabras de Vivar: «Cobraron tan gran miedo los indios de la comarca de esta ciudad que un español solo pasaba el despoblado de Atacama sin temor ninguno».[162] Y de esta forma justificaba la crueldad empleada.

En la conquista de lo que sería Paraguay, el por entonces capitán Domingo Martínez de Irala (1509-1556) protagonizó una de las ejecuciones por fuego más terribles. Informado de cómo la expedición de Juan de Ayolas (1510-1538) había perecido a manos de los indios payaguás y de sus aliados (los naperus), Martínez de Irala, quien se había hecho con cinco payaguás, decidió ejecutarlos de modo ejemplarizante: «[...] se les ató contra un árbol y se hizo una gran hoguera a alguna distancia. Así, lentamente, se fueron quemando».[163]

Sobre el uso de los perros de presa en las campañas y su utilización en los ajusticiamientos ejemplarizantes, es decir, el aperreamiento, nos informa sobradamente fray Bartolomé de las Casas. Siguiendo su narración de los hechos acontecidos, el uso de los perros de presa —que también fueron muy importantes en la conquista de Puerto Rico y, previa a ella, en La Española y en las islas Canarias— lo asocia especialmente con la expedición que culminaría con el hallazgo del mar del Sur en septiembre de 1513. Portando consigo unos ciento noventa hispanos y ocho-

cientos indios de apoyo, Vasco Núñez de Balboa sojuzgó al cacique Quareca, en cuya tierra murieron en combate unos seiscientos indios, y otros fueron ajusticiados mediante aperreamiento (los famosos cuarenta sodomitas, aunque la justificación de dicha crueldad, sin duda, estuvo mediatizada por los prejuicios de la época).[164] Pedro Mártir de Anglería añade que la batalla duró poco rato, habida cuenta de la diferencia del armamento, si bien la matanza se extendió, al dar pronto la espalda los indios, un buen trecho de terreno. «Como en los mataderos cortan a pedazos las carnes de buey o de carnero, así los nuestros de un golpe quitaban a éste las nalgas, o a aquél el muslo, a otros los hombros; como animales brutos perecieron seiscientos de ellos, junto con el cacique».[165]

Desde entonces, tanto en la tierra del señor de Chiapes como en la de Pacra, se aterrorizaba a los indígenas con la perspectiva de ser ejecutados de manera tan terrible. La fama les precedía, a decir del padre Las Casas. De esta forma, los nativos huidos para evitar tener que servir al amo hispano eran obligados a ponerse a su disposición. La negativa del cacique Pacra en señalar las fuentes del oro, escaso, que poseía su gente se saldó con su ajusticiamiento y el de otros tres indios principales mediante aperreamiento («Hízolo, en fin, echar a los perros con los otros tres señores que habían venido a acompañallo, que los hicieron pedazos, y después de muertos por los perros, hízolos quemar»).[166] En la versión de estos hechos de Francisco López de Gómara, el cacique Pacra fue aperreado no solo por su negativa a ceder información sobre el oro, sino por algunas acusaciones de tiranía vertidas contra él por sus súbditos. Así, Balboa se transforma en fuente de justicia para los aborígenes.[167] Como nos recuerda Carmen Mena, Fernández de Oviedo hizo mención de las crueldades de Balboa para con los indios, a quienes no dudaba en torturar para conseguir su oro arrojándolos a los perros de presa, además de apoderarse de sus mujeres, una práctica que sus hombres seguirían sin ninguna cortapisa. Por todo

ello, no se puede dudar de que la expedición descubridora del mar del Sur degeneró en una invasión del territorio «en toda regla y estaba animada por la mayor crueldad».[168]

En otra de las muchas expediciones que se realizaron aquellos años en el Darién, la de Gaspar de Morales, que viajaría con ochenta hombres en dirección al mar del Sur con la intención de obtener perlas, también se utilizó dicha forma de ejecución cuando se descubrieron las torvas intenciones de varios de los caciques contactados en la tierra de Tutibrá. Tras obtener un buen botín, el intento de los caciques de Tutibrá de organizar una conjura contra Morales se desarticuló con un ataque preventivo, diríamos, dirigido por Francisco Pizarro, que se saldó con setecientos muertos del lado aborigen. Diecinueve caciques del territorio fueron aperreados «[...] para diz que meter miedo en toda la tierra». El ataque sería preventivo, pero la solución se buscaba que fuese definitiva. Según el padre Las Casas, lo habitual en aquellas regiones era quemar los poblados, que ardían fácilmente al ser de paja, tomando desprevenidos a sus habitantes. Una vez extinguido el fuego se escarbaba entre las cenizas para recuperar el oro que hubiese.[169] En su retirada, Morales perdió veinticinco hombres, pero cuando la situación degeneró, «Morales no tuvo otra idea que la de ordenar pasar a cuchillo, de trecho en trecho, a todos los prisioneros que llevaba encadenados». Los indígenas, espantados, quedaron inertes, permitiendo la huida del grupo hispano. Noventa o cien nativos fueron muertos tan cruelmente.[170]

No fue Gaspar de Morales un caso aislado. Como señala Carmen Mena: «Se torturaba a los indios para que hablasen y luego los asesinaban con una crueldad despiadada, ya fuera ahorcándolos en los árboles, echándoles a los perros para que los despedazaran o lanceándolos desde sus caballos».[171]

En Nueva España, los testimonios sobre el uso del aperreamiento son menores que en Panamá; no obstante, hubo acu-

saciones al respecto sobre Pedro de Alvarado —tanto en la conquista de Guatemala, que ya hemos citado, como en su incursión en Perú, donde mandó ahorcar al cacique (*curaca*) de Manta, mientras ordenaba el aperreamiento del cacique de Chonanan «e quemar a otro indio, e que siempre por donde iban se quemaban e mataban indios sobre que dijesen del camino»—;[172] sobre el licenciado Alonso de Zuazo, quien quedó en las Hibueras una vez retirado Hernán Cortés, donde al tener noticias de un intento de levantamiento de los aborígenes, «hizo muy rigurosos castigos y aperreó á muchos, haciéndoles comer vivos a canes», informa Fernández de Oviedo;[173] sobre Nuño Beltrán de Guzmán, quien, en la conquista de Nueva Galicia, aperreó al cacique de Cuitzeo por no aportar tamemes;[174] o sobre el propio virrey Antonio de Mendoza en su represión del peñol del Mixtón. Efectivamente, Mendoza, en su descargo de 1546 tras la visita de Tello de Sandoval, se defendió de las atrocidades cometidas tras la rendición de los indios del Mixtón en 1541-1542. El cargo treinta y ocho insistía en que, por su mandato y ante la presencia del propio Mendoza, «se mataron muchos indios de los que se tomaron del peñol, a uno poniéndoles en rengle y tirándoles con tiros de artillería que los hacían pedazos, y a otros aperreándolos con perros, y a otros entregándolos a los negros para que los matasen los cuales dicen mataban a cuchilladas, y a otros ahorcaron y asimismo en otras partes se aperrearon indios en mi presencia». [175]

Más abundantes parecen los testimonios en otros lugares como en Venezuela y Nueva Granada. Jorge de Espira (Jörg Hohermuth von Speyer), gobernador de Venezuela, comenzó a explorar el interior desde la localidad de Coro entre 1535 y 1538. En su entrada, Espira no dudó en recurrir a castigos ejemplarizantes. En la provincia de Buraure, la muerte de un soldado hispano, fallecido en el monte, a donde había ido a cazar, se saldó con el envío por parte de Espira de una escuadra que se vengó quemando y ejecutando aperreados a los habitantes de una al-

dea donde hallaron la espada y la cabeza del español.[176] Aunque Espira no dudaría en usar otros métodos igual de crueles. Porque en el tramo final de una expedición tan arriesgada y tan sin provecho como la suya, la violencia debía manifestarse de una manera cada vez más cruel. Rancheando en las cercanías de Coro, los indios de la zona no cesaban de flechar la hueste, hasta que Espira ordenó una emboscada: cayeron en ella treinta indígenas prisioneros, sin los que mataron. Diez de ellos fueron empalados en los cerros del lugar para espanto y escarmiento de los demás. Ahora es el padre Aguado quien exclama: «Castigo, cierto, abominable y cruel y que por mano de cristianos no se había de dar a ningunas gentes, y ha sido tan ordinario en algunas partes de Indias, que al que conforme a ley natural defendía su patria, mereciendo por ello antes premio que pena, le daban tan de ordinario este castigo y pena de empalado como si así fuera justicia».

Aguado reconocía que en su época (la década de 1560) ya no se utilizaban aquellos tratamientos, pues no quedaban apenas aborígenes en según qué comarcas en quienes usarlos, pero había sido muy común que «soldados tan encarnizados y cebados en maltratarlos que casi aposta les mueven ocasiones con que los indios se alcen para después, con ese color, irles a hacer guerra, y por castigo jurídico empalarlos y aperrearlos o comerlos con perros como a fieras». Espira, quien a la sazón había sido sustituido momentáneamente en el gobierno de Coro, moriría en 1540 cuando preparaba una nueva entrada.[177]

En Nueva Granada, siendo Pascual de Andagoya gobernador del territorio del río San Juan en 1538 —y enemigo declarado de Sebastián de Belalcázar—, en la primera entrada que hicieron los españoles desde Quito, liderada por Belalcázar, «se consiguió tener en Popayán carnicería pública de indios para los perros; y se consintió ir a cazar con ellos indios para cebarlos y darles de comer». En una ocasión, cuando se abordaba un pueblo de ochocientas casas, aunque los indios se mostraron pacífi-

cos, los españoles entraron alanceando y matando. Ante el requerimiento del clérigo sobre dicha conducta tan fuera de lugar, el capitán, es decir, Belalcázar, contestó que lo hacía «porque le temiesen». No era de extrañar, pues, que los aborígenes se desahogaran con Andagoya, explicándole cómo «mostrándose pacíficos y queriendo servir, los españoles les mataban y les cortaban las manos y las narices, y les robaban y les hacían otros muchos males; y los traían atados en cadenas, de cerros en cerros y de tierras en tierras [...] acarreando el oro que hurtaban a los otros».[178]

También el cronista Lucas Fernández de Piedrahita refiere cómo con la llegada de las huestes de Federmann y Belalcázar se introdujeron los perros de presa en Nueva Granada, «perros cebados en matar indios», muy utilizados posteriormente durante el resto de la conquista —en los alcances, «los perros eran las armas más ofensivas»—.[179] Por ejemplo, Hernán Pérez de Quesada, quien gobernaba las tierras de Nueva Granada en ausencia de su hermano, el licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, utilizó en un ataque contra los sublevados indios panches dos compañías de infantes hispanos, auxiliares muiscas y treinta perros de combate.[180] Prácticamente en todas las expediciones punitivas de aquellos años no faltaron los perros de presa en Nueva Granada. En la entrada de Jorge Robledo en la provincia de Quimbaya en 1540, donde, en el valle de Arbi, este último «mandó al Pedro de Bárros que montado en su caballo con un pretal de cascabeles y un alano de traílla, fuese al espantar aquellos bárbaros, como lo consiguió», sobre todo cuando el perro mató a uno de los indios más atrevidos. A pesar de todas las dificultades, Robledo decidió fundar una ciudad, llamada Santa Fe de Antioquia, en noviembre de 1541. Tras dos meses de continuos ataques de los nativos, Robledo envió dos escuadras al mando de los capitanes Pimentel y Vallejo a obligar a los indios a dar la paz. Pimentel castigó el valle de Péqui «y se debió todo á la ferocidad de los perros, muy á propósito para las hostilida-

des que usaban los nuestros en la fragosidad de aquellas tierras, los dejó tan sujetos que no intentaron nuevas alteraciones».[181]

En la punitiva expedición de Pedro de Ursúa contra los alzados indígenas muzos en la década de 1550, el cronista Fernández de Piedrahita indica que sus hombres fueron «bien prevenidos de lanzas, armas de fuego y perros, en que consistía la fuerza que más atemorizaba á los indios». Como no pudieron derrotarles, en 1559, a decir del padre Aguado, el capitán Luis Lanchero llegó con el encargo de pacificar la tierra de los muzos «con mucha munición de arcabucería y perros, [e] hizo muy grandes castigos en la tierra», pero aquellos se mantuvieron en sus trece, no dejando de hostigar a los españoles gracias al veneno de sus flechas y al de las muchas trampas que colocaban en todas partes.[182] Uno de los oficiales de Lanchero, el capitán Ribera, según el cronista Fernández de Piedrahita, para evitar que el cacique Quirimaca emboscase a sus hombres y no les permitiese curar sus heridos y rehacerse, lanzó contra los aborígenes sus perros de presa que «luego pusieron en confusión y desorden á los indios, cuya pérdida acrecentaron con otros trescientos y más que quedaron heridos y despedazados». El padre Vázquez de Espinosa aseguraba que la ferocidad de los perros había conseguido que los nativos les hubiesen «cobrado más temor que a los arcabuces». Y el padre Aguado sentencia

> ya a esta sazón tenían los españoles perros de ayuda a quien los indios habían cobrado muy gran miedo y temor. Por su causa no se osaban acercar a donde los españoles estaban; que fue gran ayuda esto de los perros para que los nuestros pudiesen ir y pasar adelante con la sustentación de su pueblo y soportar los trabajos de la guerra, porque como los perros son grandes venteadores y rastreros, en acercándose los indios a los españoles luego los sentían y descubrían y daban en ellos y a bocados los ahuyentaban y echaban de sobre los nuestros; porque el indio que un perro de estos alcanza, a dos zaleadas lo descompone y lastima malamente.[183]

En Venezuela, en un contexto de rebelión continua de los aborígenes, en este caso los indios mariches, se recurrió también al aperreamiento. En concreto, un cacique derrotado en combate, Tamanaco, iba a ser utilizado para infundir terror a los suyos: como si se tratase de la antigua Roma, Tamanaco fue conducido a un anfiteatro improvisado donde se le ofreció la vi-

da si conseguía derrotar a un famoso perro de presa que acompañaba a la hueste del capitán Pedro Alonso Galeas. Aunque armado con su macana, Tamanaco fue muerto por el perro, que le desgarró la garganta, «cuya noticia divulgada con brevedad entre los indios los atemorizó de suerte, que absortos entre el asombro y el miedo, por no exponerse a la contingencia de padecer otro tanto, ocurrieron a dar la obediencia a Pedro Alonso [Galeas], quedando por este medio sujeta la rebeldía de aquella nación obstinada».[184]

Un espectáculo semejante fue el organizado por Pedro de Ursúa en Nombre de Dios, cuando obtuvo una primera victoria contra los cimarrones de Bayamo, comisionado por el gobernador de Panamá, Álvaro de Sosa. Conducidos a Nombre de Dios seis cimarrones tomados presos, fueron sentenciados a muerte: «Poniendo en la plaza pública de esta ciudad una maroma gruesa atada desde el rollo a la más cercana ventana de la plaza y en ella seis colleras de hierro, pusieron los negros desnudos en carnes por los pescuezos en estas colleras y con unas delgadas varillas en las manos [...]», luego se procedió a soltar

> ciertos mastines, perros de crecidos cuerpos que a punto tenían para este efecto, los cuales, como ya los tuviesen diestros o enseñados en morder carnes de hombres, al momento que los soltaron arremetieron a los negros y los comenzaron a morder y hacer pedazos, y como los negros tenían en las manos unas delgadas varillas con que se defendían o amenazaban a los perros sin poder con ellas hacerles ningún daño, érales esto ocasión de encender e indinar más los mastines, y así este animal, iracundo más que otro ninguno, con grandísima rabia echaban mano con los dientes y presas de las carnes de estos míseros negros, de las cuales arrancaban grandes pedazos por todas partes, y aunque en estas agonías y trabajos de muerte eran persuadidos los negros a que se redujesen a la fe, jamás lo quisieron hacer, y así después de bien desgarrados y mordidos de los perros, fueron quitados de las colleras y llevados a una horca que algo apartada del pueblo tenían hecha, y allí los ahorcaron, con que acabaron de pagar la pena que justamente merecían recibir por su alzamiento y traición.[185]

En la expedición a Florida de Hernando de Soto, este solió reservar a los indios que, haciendo de guía, los traicionaban conduciéndolos por países difíciles o a una emboscada a la pena de aperreamiento. Y lo mismo hizo su lugarteniente Luis de Moscoso una vez muerto De Soto en junio de 1542.[186]

En el caso de la ardua conquista de Chile, el aperreamiento también fue conocido dentro de un conjunto de prácticas aterrorizantes. El padre Diego de Rosales asevera del gobernador

Francisco de Villagrán que en su ofensiva de 1554 desde la ciudad de La Imperial no dudó en mutilar a los nativos tomados prisioneros, «cortándoles las narizes, las orejas y las manos, se las colgaban al cuello y los despachaban a sus tierras a contar a los suyos la fiera venganza que los españoles tomaban [...] echaban a otros a los perros para que los despedazassen, dexaban a otros colgados por los caminos, y con estos y otros rigores semexantes pusieron tanto temor [que] se redugeron a tener paz con los españoles».[187] Otro cronista, Alonso de Góngora Marmolejo, por lo general muy comedido en sus comentarios, no puede por menos glosar la extrema dureza de la guerra tal y como la realizaba, en este caso el capitán Pedro de Villagrán, quien salió a campaña, también en 1554,

> para ponelles temor y dalles a entender que no sólo tenía ánimo para sustentar el pueblo, mas aún para destruillos, salió [...] no para hacer parada, sino correr la tierra, quemándoles las casas con la comida que dentro en ellas tenían, y a los indios que tomaban los alanceaban: tan encarnizados andaban que a ninguno perdonaban la vida. En este tiempo tenían unos perros valientes cebados en indios –¡cosa de grande crueldad!– que los despedazaban bravamente: hacíales la guerra la más cruel que se había hecho. De esta manera desbarató algunos fuertes que los indios hicieron para defenderse, entrándolos por fuerza, peleando; de tal manera los mataban, que viendo su destruición andaban huyendo, que no sabían en dónde se meter ni qué hacer.

En otra ocasión, entre los perros y los indios aliados, Pedro de Villagrán eliminó un millar de araucanos. La presión se mantuvo todo el verano y el invierno siguiente. Aquel estado de cosas, más las enfermedades, acabó con casi todos los aborígenes, asegura Góngora Marmolejo.[188]

El empalamiento fue un tipo de castigo que, sin ser desconocido, no parece que se generalizase tanto como otros en los diversos territorios asaltados en el transcurso de la conquista de las Indias. La sensación es que se utilizó especialmente en las conquistas de Nueva Granada, Venezuela y Chile. Contamos con un testimonio inicial de fray Antonio de Remesal, quien asevera que en su ataque contra los alzados indios de Cumaná, el capitán Gonzalo de Ocampo atacó el puerto de Maracapaná en venganza por la muerte de algunos padres dominicos en 1521; tras atrapar a diversos indios, mandó ahorcar «a muchos de los presos de las entenas para que de tierra fuesen vistos».

De Ocampo ocupó la localidad, donde «prendió y tomó a muchos, castigándolos conforme a orden de justicia, ahorcando a unos y empalando a otros», mientras los supervivientes eran enviados a La Española como esclavos.[189] Hay algunas evidencias de su utilización durante la conquista de Perú. El cronista Cieza de León refiere cómo en 1538 el capitán Francisco de Chaves guerreaba con su hueste en tierras de los conchucos, que atacaban regularmente la zona de Trujillo, «e hicieron la guerra muy temerosa y espantable, porque algunos españoles dicen que se quemaron y empalaron número grande de indios».[190]

Pero, como hemos dicho antes, fue en territorios como Nueva Granada donde los cronistas presentan numerosos testimonios del uso del empalamiento. La tendencia a organizar nuevas expediciones desde las primeras ciudades fundadas en Nueva Granada se mantendría con fuerza durante las décadas de 1540 y 1550. Con dicha política no solo se buscaba el domeñar las poblaciones originarias y controlar sus territorios y las riquezas que hubiese en ellos, sino también asegurar unas vías de comunicación aún primitivas que permitiesen el contacto con las ciudades de la costa atlántica y con las de otros territorios como Popayán. En grupos muy reducidos de milites hispanos, casi siempre menos de un centenar, diversos capitanes fueron operando y fijando a la población autóctona en nuevos asentamientos. La excusa principal para la invasión de sus tierras siempre fue el carácter caníbal de dichos aborígenes. Así, el capitán Hernando Venegas fundó la ciudad de Tocaima (1546) con sesenta hombres. El capitán Hernández Pedroso operó con setenta hombres más allá de dicha zona en 1549, y entró en la provincia de los Palenques. En la localidad de Ingrina, la fuerte resistencia hallada se tradujo en la muerte de un español. Como explica en su crónica el padre Aguado, Pedroso preparó una celada exitosa y consiguió aprisionar un buen número de aborígenes,

> y porque el nombre de los soldados fuese temido o espantable a estos bárbaros y la muerte del español

quedase bien vengada, el caudillo, con severidad de rústico, se puso muy despacio a derramar la sangre de los presos [...] Empaló en el propio lugar algunos indios y a otros cortaba las manos, y atándoselas y colgándoselas al pescuezo los enviaba a que llevasen la nueva de su crueldad a las otras gentes que se habían vuelto huyendo, y algunos otros que fueron los más bien librados, se los llevó consigo para que cargasen las municiones y otras cargas necesarias a la jornada que había que llevarse.

El capitán Pedroso, veterano de Perú, era de la opinión, como tantos otros, de que los indios debían ser totalmente derrotados en un primer encuentro, pues de lo contrario podían mantenerse en guerra hasta el último hombre creyendo en la victoria, de ahí que no dudase en aplicar prácticas aterrorizantes. Días más tarde, necesitado de indígenas cargadores y comida, asaltó una nueva localidad con treinta y cinco hombres, la mitad de su gente. Los nativos de aquella localidad cercana a Guacota disponían de unos bohíos en los que podían atrincherarse, cerrando sus puertas con gruesos tablones mediante una trampilla, pudiendo flechar al enemigo desde las troneras practicadas en sus alojamientos. Una vez más, la muerte de un soldado enardeció los ánimos, y ante la dificultad por tomar la localidad bohío a bohío, se les pegó fuego. La masacre sobrecogió a los endurecidos soldados; muchos indios, por escapar del fuego, se ahorcaron en el interior de los bohíos, pero las llamas, lógicamente, no respetaron a nadie y se vio arder «no solo a los guerreadores e indios mayores, y mancebos y muchachos, pero a muchas mujeres de todas suertes, con sus criaturas, niños y niñas pequeños, a los pechos, que difuntos como estaban y socarrados de la candela, parecía estar su sangre pidiendo justicia de la injusticia y crueldad que con ellos se había usado». Pero el caso es que se logró el fin esperado: «Con la fama de esta severidad y crueldad, cobraron tanto temor y miedo los indios comarcanos, que en muchos días no hubo indio que hiciese resistencia ni se pusiese en defensa».[191]

Theodor de Bry, grabado de la serie *América*.

En 1552, Hernández Pedroso protagonizó una nueva entrada en las provincias de Mariquita, Guasquia y Gualí en busca de minas de oro y acabó fundando la población de San Sebastián. Un conato de revuelta se frenó con el ajusticiamiento de cinco caciques —tres fueron ahorcados y dos empalados—, «con cuyas muertes quedaron tan hostigados y escarmentados los demás que nunca tornaron dende en adelante por mucho tiempo a intentar ningunas novedades». Por otro lado, se trataba de ser comedido y selectivo en los castigos «por no derramar mucha sangre de aquellos indios que pretendían y querían conservar para su servicio».[192]

La conducta hispana en la zona condujo a la rebelión general de 1556 de los indios panches de Mariquita, Ibagué y Tocaima, y, ante el riesgo de que los muiscas se les sumaran, la Real Audiencia comisionó al capitán Asensio de Salinas para terminar con dicha rebelión. Uno de sus oficiales, el capitán Beltrán, no

dudó en empalar dos jefes de guerra de la localidad de Samana, una muerte «cierto cruelísima e indigna que por mano española se usase. Y con esto puso nuevo terror y espanto en toda esta gente de Çamana y sus comarcas, y dejándolos como suelen decir de paz», es el dictamen del padre Aguado.[193]

Las crueldades no terminaron en Nueva Granada con la conclusión de la rebelión iniciada entre los panches en 1556. El capitán Juan Rodríguez Juárez, quien pobló la ciudad de Mérida en 1558, se distinguió por su crueldad, pero el problema no acababa aquí; como muy bien se percató el padre Aguado, en poco tiempo sus oficiales ya habían sido «prevertidos a que fuesen imitadores de su crueldad; porque uno de los mayores defectos que este capitán tenía era ser cruel con los indios, y así no había soldado entre los que en su compañía llevaba que no le imitase por contentarle y aplacerle, porque daba a entender que lo principal de la soldadesca era la crueldad, y así paró en lo que paró, que fue morir muchos indios». Cierta vez que unos indios les estorbaban con el suministro de agua, Rodríguez construyó una pequeña presa en el río con los cuerpos de los aborígenes caídos en combate. En otra ocasión tomaron una población al asalto, y pasaron a cuchillo a todos sus vecinos. El dantesco espectáculo cuando clareó el día solo sirvió para que cada soldado se jactase aún más de su hazaña particular. Uno de sus oficiales probó el filo de su espada cortando sucesivamente los dos brazos de un indígena de un solo tajo. También recurrió al empalamiento el capitán Rodríguez, según señala una vez más horrorizado el padre Aguado.[194] Habitualmente, autores como este último, fray Pedro Simón o Fernández de Piedrahita explican a continuación de todos estos horrores que sus causantes sufrieron el castigo divino de muy diversas maneras, porque solo consignar en su relato los fríos hechos, y ya era todo un mérito, debía parecerles insufrible. Como criticaba el padre Aguado, corregidores y jueces enviados por las audiencias a investigar estos delitos se limitan a cobrar sus salarios, mientras que los propios oi-

dores de las audiencias «muchas veces disimulan con semejantes crueldades, porque del quererlas castigar con rigor no nazcan cosas más escandalosas y peligrosas, por la mucha libertad de que suelen usar los españoles en las Indias».[195]

Tampoco escaparían de la crueldad hispana los indios colimas cuando fueron atacados por un alcalde de la ciudad de Mariquita, don Antonio Toledo, en 1560. Toledo llevó consigo cuarenta soldados hispanos —ochenta hombres, perros y caballos, según Fernández de Piedrahita— y trescientos indios auxiliares. Tras fundar la ciudad de La Palma, don Antonio fue a pleitear con la Real Audiencia por haber poblado una villa sin licencia, mientras sus oficiales procuraban permanecer en el territorio. Los intentos de los colimas por expulsarlos fueron exitosos, de ahí que Toledo hubiese de regresar con otros cincuenta soldados. Uno de los capitanes, Hernández Higuera, comenzó a operar con treinta y tres hombres. En la localidad de Viripi, una treintena de nativos se acercaron a las tropas hispanas al ser requeridos; entonces, el capitán Hernández dio orden de matarlos a sangre fría, «para con este cruel hecho entrar poniendo terror y temor en los demás naturales». En Itoco, después de contactar con un número mayor de aborígenes, se les demandó el envío de alimentos, pero Hernández, con o sin motivo, receló de ellos: cuando regresaron con varias cargas de leña, las tropas hispanas, advertidas, «los pasaron todos a cuchillo». Como denunciaba el padre Aguado: «Señaláronse con sus brazos muchos soldados en este triste espectáculo, que como a su salvo herían, acontecíales cortar el indio por los muslos y alcanzar a otro por las piernas, cortar cabezas, pies y manos de un golpe o revés, cada una cosa de estas con mucha facilidad; y la verdad es que, como los indios estaban desnudos y no tenía el espada, ropa ni otras armas en que embarazarse, que todas estas cosas parecían cosas factibles».

En otra ocasión, el capitán Hernández mandó empalar a un indígena que a través de los intérpretes se atrevió a augurar

una guerra a sangre y fuego contra los españoles y su destrucción total. «Pero Hernández, viéndolo estar tan obstinado en su libre hablar, porque los demás indios no creyesen ser todo verdad lo que este indio decía, y porque algunos de ellos daban muestras de tenerle y haber miedo de él, lo mandó empalar metiéndole un agudo palo por el sieso, muerte cierto cruelísima y que entre cristianos no se debía de usar por no imitar en ella la crueldad de los turcos, que primero la inventaron», dice el padre Aguado.

Poco después, Hernández Higuera murió de un flechazo envenenado. Sus compañeros lo enterraron en secreto, pero su tumba fue hallada por los colimas, quienes continuaron sus ataques con la cabeza de Hernández adornando una de sus lanzas. Solo en 1565 comenzó a declinar la resistencia de los colimas.[196]

En el caso de Venezuela, también en un contexto de rebeliones aborígenes tras la fase inicial de la conquista, se recurrió a tan tremendo método de ajusticiamiento. En 1554 el licenciado Alonso Arias de Villacinda, gobernador de Venezuela, nombró al capitán Diego de Montes para acabar con los sublevados jiraharas de Nueva Segovia. Al mando de cuarenta hombres, Montes fue «[...] ahorcando y empalando en el camino cuantos indios pudo coger de los rebeldes, así por vengar las muertes, que habían hecho en algunos españoles, como por atemorizar el país con el rigor, para que a vista del castigo pudiese tener lugar el escarmiento», explica el cronista José de Oviedo y Baños.[197]

Habiéndose alzado los indios caracas en 1565, el capitán Diego de Losada luchó contra ellos desde 1566. Como solió ocurrir en tantos casos, la traición de un supuesto aliado, el cacique de los teques Anequemocane, acabó con el uso del terror: Losada preparó una emboscada en la que cayeron ocho teques. Al menos en aquella ocasión, una vez fueron muertos, sus cuerpos fueron empalados en el lugar «para escarmiento y terror de los demás», revela Oviedo y Baños. Pero en 1569 la sospecha de

que los mariches estaban organizando un levantamiento tomó tal fuerza, aunque nunca se demostró nada concreto, escribe también Oviedo y Baños, que Losada ordenó a los alcaldes ordinarios de Caracas que investigasen judicialmente el asunto. Hallándoseles culpables, veintitrés caciques fueron condenados a muerte y entregados a los indios auxiliares y de servicio para que los ejecutasen como quisiesen —«cuya ejecución corrió por tan cuenta de la crueldad, que parece que en este caso se olvidaron nuestros españoles de las obligaciones de católicos y de los sentimientos humanos»—; aquellos decidieron empalarlos, usando el cronista de toda la capacidad de su pluma para hacer una dramática y terrible descripción:

> Y ellos, como bárbaros vengativos y crueles, intentaron un género de muerte tan atroz, que sólo pudiera su brutalidad haberla discurrido, pues metiéndoles por las partes inferiores maderos gruesos, con puntas muy agudas, partiéndoles los intestinos y atravesándoles las entrañas, se los sacaban por el cerebro: martirio que sin mostrar flaqueza alguna en el ánimo, sufrieron con gran valor y tolerancia, clamando al cielo volviese por la inocencia de su causa, pues no había dado motivo la sinceridad de su proceder para pasar por el tormento de suplicio tan horrible.

Como suele ocurrir en estos casos en muchos cronistas, a una crueldad injustificada le sigue el castigo de sus promotores: Losada, muy criticado por el reparto que hizo de las encomiendas, fue depuesto de su cargo por el gobernador Ponce de León, quien atendió algunas críticas contra él; regresado a sus posesiones de Tocuyo, al poco murió Losada despechado. El mismo final que, pocos meses más tarde, tuvo el propio gobernador, muerto de disentería.[198]

Todavía en 1577, el capitán Garci-González de Silva fue comisionado para castigar a los indios caribes, famosos caníbales, que, en la zona del Orinoco, molestaban los contornos de la ciudad de Valencia. Con treinta caballos y nativos auxiliares de su confianza, De Silva atacó con ferocidad a los caribes en vista de sus fechorías y logró atrapar veintiséis prisioneros a los que mandó empalar para escarmiento de los demás.[199]

En Chile la dureza de la guerra contra los indios reches[200] llevó a un uso recurrente del empalamiento. Ya en su expedición al territorio de 1535-1537, Diego de Almagro lo puso en prácti-

ca: en la provincia de Chihuana, después de sufrir los robos de algunos soldados, los caciques de la zona se levantaron en armas, y el adelantado Almagro, tras ponerlos en fuga, pero sin derrotarlos, ordenó empalar a la vista de todo el ejército a algunos indios prisioneros.[201] A pesar de este precedente, el cronista Jerónimo de Vivar otorga a los aborígenes del valle de Copiapó el dudoso mérito de haber comenzado a empalar a sus enemigos —en un momento dado de su crónica habla de cadáveres de españoles hechos cuartos y empalados, y en otra ocasión de españoles empalados—.[202] También Pedro Mariño de Lobera planteó un panorama terrible de las crueldades de los indios alzados en su ataque a la ciudad de La Serena en 1548:

> Habiendo pasado la noche en que hicieron este estrago y llegando el día que lo descubrió claramente, juntaron los bárbaros algunos españoles que habían tomado vivos y los niños pequeñitos con sus madres y las demás mujeres y a todos los despedazaron rabiosamente con grandísima crueldad, como si fueran tigres o leones. A las criaturas las mataban dando con ellas en la pared; a las madres, con otros tormentos más intensos, y a los hombres, empalándolos vivos, y era tan desaforada su saña, que porque no quedase rastro de los cristianos mataban con extraordinario modo a los perros, gatos, gallinas y semejantes animales que habían metido los cristianos en el reino; finalmente, hasta las camas en que dormían las quemaron todas haciendo pedazos la yacija, y luego pusieron fuego por todas partes a la ciudad, y no pararon hasta que no quedó rastro della.[203]

A partir de entonces, los diversos cronistas comienzan a explicitar los, según ellos, necesarios castigos aterrorizantes por hacer frente a un enemigo tan difícil y resuelto. En 1558 el gobernador García Hurtado de Mendoza lanzó su campaña contra el sublevado cacique Caupolicán en los valles de Arauco y Tucapel, y cuando el guerrero indio fue tomado prisionero, según el testimonio de Jerónimo de Vivar, fue empalado; según Mariño de Lobera se le ajustició «para poner temor a todo el reino», pero no da más detalles. Góngora Marmolejo, tampoco. Jerónimo de Quiroga no solo habla del empalamiento, sino que treinta indígenas flecheros dispararon sus saetas tres veces a su cuerpo, no dejando parte alguna sin herida. «Y yo admiré de oír que otros capitanes a quienes conocí cuando vine a este ejército habían repetido, imitando otros muchos, semejantes modos de empalar vivos a los indios prisioneros, no uno a uno, sino en grande número». El resultado, por cierto, no fue el esperado,

sino que los indios se retiraron «llenos de ira, y mortal rabia, prometiendo vengarse eternamente». Además, previamente otros doce caciques fueron atados a la boca de las artillerías y despedazados tras el consiguiente disparo. El padre Rosales es quien asegura que, tras convertirse al cristianismo, a Caupolicán se le dio garrote y luego los nativos aliados le dispararon algunas flechas al corazón.[204]

En 1577 y 1578, el gobernador Rodrigo de Quiroga, que había recibido refuerzos de Perú, ordenó a sus capitanes incrementar las operaciones más allá del río Biobío contra los indios alzados con el propósito de acabar con su resistencia. Uno de dichos capitanes, Juan Álvarez de Luna, operaba con noventa hombres en el valle de Llangague, donde les iba destruyendo «las haciendas y empalando a los que topaban descuidados», señala Mariño de Lobera. Otro capitán, Gaspar Viera, que defendía el entorno de Villarrica en 1579, «no dudó en empalar a algunos de los indios prisioneros que hizo para escarmiento». El caso es que cronistas como Mariño de Lobera se decantan a menudo por dejar de especificar el método de ajusticiamiento, que sustituyen por la fórmula «terribles castigos» que, creemos, reservan para métodos especialmente crueles como el empalamiento; por ejemplo, de nuevo el capitán Álvarez de Luna, en su defensa de Villarrica en 1580, tras causarle al contrario ochocientas bajas, «no contento con esto el maestre de campo [Juan Álvarez de Luna] procedió adelante corriendo la tierra y haciendo terribles castigos en toda ella hasta haber pasado el río grande del Pasaje». En otra ocasión, el capitán Juan de Matienzo rechazó un ataque en la provincia de Ranco; tras perseguir la partida agresora, «cogió algunos de ellos en quien hizo ejemplares castigos».[205] Después, los cronistas dejan de mencionar este tipo de castigo tan sumamente terrible.

AHORCAMIENTO

Desde la ejecución por ahorcamiento de la célebre Anacaona,

cacica de la provincia de Jaraguá en La Española,[206] dicho método de ejecución se usó profusamente en el transcurso del sometimiento de las Indias. Así, en la conquista del Darién a partir de 1511, Vasco Núñez de Balboa le reclamó ayuda militar —un millar de hombres— a Diego Colón hijo (¿1478?-1526), a la sazón virrey de La Española, y sin ningún rubor le confesó haber ahorcado a treinta caciques «y había de ahorcar cuantos prendiese, alegando que porque eran pocos no tenían otro remedio hasta que les enviase mucho socorro de gente».[207] En la provincia de Dabaibe, por ejemplo, tras llegar a oídos de Balboa la existencia de un complot para acabar con todos ellos, consiguió adelantárseles y, dividiendo a sus hombres en dos grupos, tras hacer prisioneros a numerosos caciques, mandó ahorcarlos sin excepción «delante [de] todos los captivos, porque esta fue y es regla general de todos los españoles en estas Indias, observantísima, que nunca dan vida a ningún señor o cacique o principal que a las manos les venga, por quedar, sin sospecha, señores de la gente y de la tierra».[208] Pedro Mártir de Anglería asegura que Rodrigo de Colmenares, uno de los capitanes de Balboa, actuó de forma parecida: tras atrapar a algunos caciques, colgó al principal de un árbol y lo hizo asaetear a la vista de los indios de su pueblo, mientras terminaba ahorcando al resto tras fabricar un patíbulo. «Impuesta esta pena a los conjurados, infundió tanto miedo en toda la provincia, que ya no hay uno que se atreva ni siquiera a levantar el dedo contra el torrente de ira de los nuestros».[209]

Hemos encontrado más episodios de ahorcamiento en el transcurso de la ocupación de Nueva España a partir de 1521 que no en la invasión y caída del imperio mexica (lo que no significa que no se diese, obviamente). En su terrible conquista de Nueva Galicia, en 1530-1531, Nuño Beltrán de Guzmán fue obligando a los caciques de los lugares por donde pasaba a que le cedieran porteadores (tamemes), muchos de los cuales fueron acompañados por sus familias; uno de sus capitanes, Gonzalo

López, obtuvo en tierras de Jalisco hasta mil tamemes que, posteriormente, fueron maniatados. No obstante, muchos de ellos escaparon, por lo que López, como represalia, quemó vivo a uno de los caciques de Jalisco. Un testigo de los hechos que ya hemos citado, García del Pilar, no pudo por menos que señalar cómo, en el camino hacia Astatlán, «es la mayor pasión del mundo los niños [de los tamemes] que por este camino quedan muertos». Una vez alcanzado este punto, se enteraron de que Guzmán se había marchado hacia la localidad de Chiametla; la ruta fue fácil de seguir por el rastro dejado por los indígenas que, en su desesperación, se colgaban de los árboles del camino. Cuatro soldados de a caballo se dedicaron a descolgar los suicidas para que no cundiese el desaliento entre los demás tamemes. Para entonces, los indios que Guzmán consiguió en Chiametla se habían alzado a causa de las terribles llagas que les habían causado el transporte de las pesadas cargas durante tantas jornadas, por lo que mandó ahorcar a cuatro caciques como advertencia. Pero el resultado inmediato fue la hostilidad de los nativos de la comarca durante las siguientes jornadas («Antes todos se le huyan del por cabsa de los tratamientos sobredichos de Chiametla»).[210] Posteriormente, tras ahorcar a algunos caciques y quemar vivo a otro en la provincia de Piastla para mantener el orden, ya que los indios de apoyo huían[211] ante la lenta muerte a la que se veían sometidos, Guzmán entró en la provincia de Culiacán, donde solo encontró indios de guerra. No es de extrañar ante la perspectiva que se abría ante ellos.

En los siguientes años, el malestar entre los indígenas del Mixtón, en el norte árido de México, condujo a una rebelión abierta. El virrey Antonio de Mendoza proclamó el 31 de mayo de 1541 la guerra «a sangre y fuego» contra los sublevados. En aquellos días, el virrey Mendoza envió tropas de guarnición a diversas localidades de Nueva Galicia,[212] entre ellas la ciudad de Guadalajara, que pronto estaría en peligro de ser cercada por los indios rebelados. El cacique de Ixcatlán, don Francisco Gan-

guillas, no consintió en alzarse contra los españoles y tomó presos hasta treinta nativos de Matatlán que habían ido a contactarle. Con ellos se presentó en Guadalajara, donde el gobernador Cristóbal de Oñate consiguió que confesasen sus planes; más tarde mandó ahorcarlos y hacerlos cuartos.[213] Cuando el propio virrey Mendoza se vio obligado a entrar en campaña para domeñar la resistencia de los peñoles de Coyna, Nochistlán y Mixtón, también tuvo que hacer uso de las ejecuciones ejemplarizantes. Mendoza se hizo entregar algunos prisioneros «para hacer justicia la que convenía» cuando iban cayendo cada uno de los peñoles. En el de Nochistlán, tras repartir entre sus tropas indios jóvenes prisioneros como esclavos y dejar libres a los niños, «de los viejos se hizo justicia porque no permaneciesen en su rebeldía».[214] En la represión que siguió a la toma del peñol de Mixtón, en Juchipila, el virrey Mendoza, antes de abandonar el peñol para continuar la pacificación del territorio, ordenó que de los prisioneros chichimecas tomaron doce y

> les tiraron con una pieza grande de artillería, que de ellos murieron llevándoles las cabezas, y a otros por mitad del cuerpo, y a otros el un brazo con la cabeza, haciéndose pedazos sus cuerpos, que parecía un remolino, y fueron a caer sus manos y sus carnes sobre la gente, y de ello se quedó sobre los árboles; y sobre la sierra grande en donde estaban ellos de asiento, ahorcaron diez y siete, y a otros diez y siete asaetearon, y a cinco apedrearon, y a otros seis ahorcaron en el puesto donde estaba el visorey; y encima de la dicha sierra se cortaron todos los árboles, y se desbarataron y asolaron todas sus cercas.

La decisión de trocar los ahorcamientos, si bien más tarde seguiría usándolos, por otras maneras de ejecución fue necesaria a ojos del virrey Mendoza, según explicaba este en 1543, «porque sonase el castigo teniendo respeto a que cuando los ahorcaban lo tenían en tan poco que ellos mismos se subían a la escalera y se echaban el lazo y tentaban si estaba firme el palo de que se habían de colgar y se dejaban colgar».[215]

El virrey Mendoza se mantuvo en campaña iniciando la cacería de esclavos, al tiempo que continuaba con su política de ahorcamientos selectivos: algunos caciques, como el de Tepanca, así como los aborígenes tomados prisioneros y que, posteriormente, intentaban escapar, se negaban a declarar dónde se hallaban escondidos los chichimecas o bien conducían sin rum-

bo fijo a los hombres del virrey en pos de los anteriores. Lo habitual era ahorcarlos *in situ*. En la localidad de Apzolco lo extraordinario fue que «usó de misericordia con ellos el visorey» y por ello solo ahorcó a dos personas. Pronto el principal problema de Mendoza sería el cansancio mostrado por muchos indios aliados a causa de la dilatación de una campaña tan peligrosa en la que comenzaban a escasear los suministros. Muchos soldados y caballos se despeñaron en aquellas sierras. Por ello, habiendo conseguido cinco mil esclavos, y dejando la provincia al cuidado de capitanes competentes como Oñate, Mendoza se retiró a México-Tenochtitlan.[216] Cuando en 1546 hubo de defender su actuación en la represión del peñol del Mixtón ante la visita del juez Tello de Sandoval, Mendoza no dudó en reconocer el uso del aperreamiento y el poner a tiro de la artillería a determinados inculpados, pero se hizo «para el escarmiento y más temor de los indios en lo de allí adelante, y así lo dicen los testigos», pues, como ya se ha señalado, los chichimecas parecían poco aterrorizados por el ahorcamiento; por otro lado, Mendoza no quiso obviar cierta espontaneidad a la hora de ajusticiar enemigos que habían hecho tanto daño, por ejemplo entre las gentes de Oñate, y vinculó dicha actitud con la tenida en la Península con los musulmanes: «Y en el reino de Granada se acostumbra a cañaverear y apedrear muchos moros de los que han renegado nuestra santa fe y por ello no hacen cargo a los jueces ordinarios».[217]

La caída del peñol del Mixtón no condujo a la paz, sino que, más bien, encendió la hostilidad en todo el norte árido de México: la guerra de los chichimecas. En 1551, el señor de Nochistlán, don Francisco Tenamaztle, decidió rendir sus armas, y al año siguiente fue desterrado a España por el virrey Velasco. Tras contactar con el padre Las Casas, Tenamaztle pudo presentar ante el Consejo de Indias un pliego con toda una serie de súplicas y peticiones en el que señaló las iniquidades sufridas por él y los suyos: Nuño Beltrán de Guzmán, Juan y Cristóbal de

Oñate y Miguel de Ibarra ahorcaron a nueve caciques y otros parientes de Tenamaztle, muchos a causa de que si huían algunos indios por los malos tratos recibidos en las encomiendas, los españoles «ahorcaban —por estas culpas ajenas— a los caciques y señores principales, que estaban en la quietud de sus casas». Los soldados de Pedro de Alvarado, en su avance desde la costa hasta su territorio (en 1541), añadieron «nuevos agravios, violaciones de mujeres casadas y solteras, que son notorias a todo el mundo, como ha sido costumbre de los soldados españoles, en todas aquellas tierras de Indias». A causa de todo ello, y temiendo por su vida, Tenamaztle huyó a las montañas para salvarse de aquellos que se llamaban a sí mismos cristianos. De manera inteligente, este supo presentarse no como el origen del levantamiento chichimeca, sino como su solución, pues estuvo dispuesto a mediar y entrar de paz en sus tierras acompañado solo por religiosos.[218]

Como las acciones punitivas de los chichimecas no remitían, el capitán Pedro de Ahumada se encargaría de lanzar un contraataque una vez fue comisionado para ello por la Audiencia de Guadalajara en mayo de 1561. En varias ocasiones capturó algunos centenares de indios (tepehuanes, guachichiles), y se habló de corte de pies y de los pulgares, pero todo indicaba que los castigos fueron mucho más severos y generalizados y «defendidos por muchos colonos de la frontera durante más de dos décadas, y aún después de que el gobierno virreinal empezó a proponer una política menos severa para los enemigos capturados». En 1585, en un informe se aseguró que Ahumada «hizo un castigo exemplar matando y ahorcando munchos de los dichos yndios [...] e desta manera apaziguo algun tanto la tierra por algunos años». Todo ello a causa de que Ahumada entendía que los chichimecas interpretaban las ofertas de paz como signos de debilidad y solo reaccionarían ante un castigo muy severo. Propugnaba llevar la guerra hasta sus últimas consecuencias. Pero el virrey Velasco no apostó por ello. La paz lograda

solo fue temporal y desde 1565 volvió a recrudecerse el peligro chichimeca.[219]

Según Ph. Powell, en 1574, en una nueva junta integrada no exclusivamente por religiosos —el virrey Martín Enríquez de Almansa en octubre de 1569 convocó una junta de teólogos que dio su visto bueno a la guerra ofensiva contra los chichimecas —, todos los participantes salvo los dominicos aceptaron la legalidad de la guerra y la esclavitud limitada a trece años para los inculpados, quedando los niños exentos. El virrey Enríquez insistió en que se juzgaría cada caso individual y con pruebas incontrovertibles, pero estas podían manipularse fácilmente. «El castigo habitual para los jefes y espías o exploradores chichimecas era la horca [...] Para otros acusados de ataque a los españoles o a los indios pacíficos, los castigos iban desde la horca, la hoguera o la decapitación (al parecer rara) hasta la amputación de pies, manos o dedos».[220]

La obligación de atacar a los chichimecas recaería también en los oidores de la Audiencia de Guadalajara. En octubre de 1574 hasta ochenta jefes de guerra chichimecas habían sido capturados y castigados merced a la labor del oidor de aquella Audiencia, Juan B. de Orozco. Para entonces, no obstante, parecía estar meridianamente claro que la guerra solo se ganaría con nuevas medidas militares y económicas,[221] pues los asaltos y la peligrosidad de los chichimecas no remitieron. Ya en 1576 el virrey Enríquez escribía a Felipe II señalándole cómo era opinión común por entonces «que se les avia de hazer la guerra á fuego y á sangre, y que no quedase ninguno de las naçiones que están declarados por salteadores [...] attento á las crueldades de que ellos usan». Lógicamente, nunca se reconocían como tales las prácticas emprendidas por el propio bando.[222] Precisamente, el oidor Hernando de Robles actuó en 1576 y 1577 contra los guamares y los pames y ajustició a setenta y siete personas, casi todos caciques; al menos nueve de ellos fueron ahorcados y expuestos en los caminos. Robles, quien escribiera al oidor de la

Audiencia de México, Santiago del Riego, que «podría ser que castigando bien a los unos se extendiese el miedo hasta los otros», se equivocaba, ya que entre 1578 y 1582 los chichimecas «mataron entre indios de paz y españoles, negros, mulatos y mestizos, más de mil personas, hombres, mujeres y niños, haciendo en ellos las más crueles muertes que se han oído, leído ni visto». Es decir, que pagaban con la misma moneda.[223] Por ello, comenzaron a alzarse voces que discrepaban acerca de cómo conducir la guerra —y la represión— de los chichimecas: el oidor Del Riego contestó algunas cuestiones planteadas por el virrey Enríquez, quien se hacía eco de determinadas opiniones demandantes acerca de la aplicación de castigos severos e implacables para producir temor, como las ejecuciones o las mutilaciones en vida «de manera que queden inhabilitados para la guerra». Del Riego respondió que él había sido de la opinión de que a los indios sublevados «a todos los ahorcasen o cortasen ambas manos o ambos pies», pero, por entonces, tras conocer de primera mano lo ocurrido, consideraba que buena parte de la rebelión se alimentaba por las entradas ilegales en territorio chichimeca buscando esclavos; unas entradas protagonizadas no solo por voluntarios enrolados para la ocasión, sino por soldados profesionales que cobraban de la Real Hacienda, como el capitán Roque Núñez, a quien ya nos hemos referido, del cual se aseguraba que tomó como botín de setecientos a mil esclavos ilegales. Para Del Riego, la verdadera justicia consistiría en «hacer cuartos a los que los sacaron [a los indios de paz] y ponerlos en donde hicieron el daño, y volver a esta pobre gente a sus tierras». Es más, según la opinión del padre Velázquez, en caso de tener que ajusticiar a alguno de los chichimecas más culpados, la ejecución «no fuese en parte que los otros lo vean ni sepan, porque el temor de pasar por lo mismo no les haga andar tan recatados y pelear tan obstinadamente que por eso sean muy más trabajosos y tardíos en ser presos o rendidos». Un punto de

vista radicalmente distinto al exhibido habitualmente hasta entonces. [224]

Aunque fue un tipo de ejecución muy extendida, en general los cronistas no informan del uso del ahorcamiento, quizá por lo mismo, en territorios como Venezuela, Nueva Granada o Perú, donde, en realidad, se ajusticiaba de esa forma a los propios españoles en el contexto de las guerras civiles. Según el cronista Antonio de Herrera en los tres años de revuelta de Gonzalo Pizarro (1546-1548) habían sido ejecutados doscientos cuarenta hombres, ahorcados y degollados. Herrera añade que la crueldad fue apoderándose de todos conforme el conflicto se eternizaba, llegando a ejecutarse a las personas «a estocadas y lançadas». Cualquiera podía delatar a otra persona y ejecutarla. Dichas prácticas se dieron en los dos bandos.[225] Según algunos testimonios, el famoso maestre de campo de Gonzalo Pizarro, Francisco de Carvajal, se caracterizó por mandar ejecutar, sobre todo ahorcar, a muchos soldados, unos por enemigos otros por haber desertado de entre sus filas; no obstante, a decir de Juan Gutiérrez, Carvajal no ahorcaba ni «la mitad ni el tercio de los que había de ahorcar [...] que no ahorca nadie sin razón, y aun que es menos cruel de lo que dicen, y que es todo menester».[226] Según el cronista Calvete de Estrella, enemigo acérrimo de la causa pizarrista, en 1547, entre Lima y La Nasca, es decir, en apenas sesenta leguas de camino, Gonzalo Pizarro había ordenado matar a puñaladas a treinta hombres «por la sospecha que de ellos tenía, y no los ahorcaba por no alborotar su campo».[227]

El ahorcamiento parece más representativo de la represión en las guerras de los guaraníes. Domingo Martínez de Irala, quien se hiciera cargo de la hueste hispana que operaba en el interior de Paraguay, por ejemplo, cuando abortó un complot de los indios yapirús, a quienes había pacificado hasta 1539, no dudó en ahorcar a sus promotores e hizo cuartos sus cuerpos.[228] Muy pocos testimonios hablan de ahorcar y hacer cuartos del cadáver para su exposición en los caminos —o bien empalar y

hacer lo mismo—, pero no era un tipo de castigo tan inusual, seguramente, y, en todo caso, reservado para el máximo agravio. El a menudo muy sincero Nicolás Federmann (1505-1542), en su expedición por el interior de Venezuela, hubo de habérselas con los indios caquetíos, quienes, para vengarse de las matanzas de Federmann, como guías que los usaba, procuraron hacerle perder una vez reconocieron la escasez de víveres padecida por la expedición. Al comprobar Federmann aquel engaño, primero hizo dar tormento a algunos indios y, al persistir estos en negarse a señalar el buen camino para alcanzar la costa, se decantó en segundo término por mandar despedazar a dos de ellos para escarmiento del resto. Como decíamos, para Federmann el agravio había sido notorio.[229] También en las guerras de Granada se había hecho: el rey Fernando, tras la toma de Málaga en agosto de 1487, mandó ahorcar y hacer cuartos a una docena de renegados cristianos que se hallaron en la misma, mientras que los desertores y los conversos atrapados fueron quemados vivos.[230]

Algunos testimonios de ahorcamientos incumben, incluso, al supuestamente moderado Álvar Núñez Cabeza de Vaca —aseguró, por ejemplo, que en un ataque contra los indios guaycures, una vez cercado su poblado, «[…] les dejasen una salida por donde pudiesen salir al monte, por no hacer mucha carnecería en ellos»—;[231] en 1541 mandó ahorcar a los caciques de los payaguás, pacificando aquella tierra.[232] Cabeza de Vaca siempre procuró realizar un relato amable de sus andanzas, que otros autores contradicen. El bávaro Ulrich Schmidl explica una orden suya merced a la cual cuatro bergantines con ciento cincuenta hispanos y dos mil indios carios fueron a «matar y cautivar a los Sucurusis, matando a todos los varones adultos. Cumplimos el mandato de nuestro capitán y así lo hicimos; […] matamos a cuantos encontramos y cautivamos como dos mil entre hombres, mujeres, muchachos y chicos, y luego quemamos su aldea y tomamos cuanto allí había, tal como podéis pen-

sar vosotros que siempre ocurre en tales casos».[233] Otro cronista, Díaz de Guzmán, trata de un asalto en territorio de los indios yapirús protagonizado por trescientos hispanos y un millar de aliados. Una vez tomado un baluarte que defendía la entrada a su asentamiento, los hombres de Cabeza de Vaca entraron «a fuego y sangre, aunque los de dentro vendían muy bien sus vidas, peleando con valor. Al fin, matándoles mucha gente, y prendiendo los más que pudieron ser habidos, fueron ajusticiados los más culpados, y el resto se trajo a poblar a cuatro leguas de la Asumpción».[234]

Una vez depuesto Cabeza de Vaca como gobernador de Paraguay, el hombre fuerte del territorio del Paraná, Martínez de Irala, practicó una política de extrema dureza en la que, con ayuda de indígenas aliados, fue batiendo toda la zona «a sangre y fuego», matando a los aborígenes que pugnaban contra él —en el caso de unos indios mayaes, al errar estos el camino, «mandó quemar una de las guías, é otras dos mataron»—, arrasando poblados y reservando «[…] las moças y mançebos, porque los demás, todos los mataban los yndios [aliados]». Y en cierta ocasión mandó ahorcar «muchas viejas, de cabsa que <h>eran escasas de dar sus hijas, y por esto los yndios alçaban todo quanto tenían y estaban en las casas solos, y por vellos estar sin mugeres les levantaban que estaban alçados y de g[u]erra é ansi los matavan é buscaban las yndias por los bosques».[235]

Pero, sobre todo, hayamos más testimonios de ahorcamientos en las guerras chilenas. Pedro de Valdivia, en 1542, estimó oportuno colgar dentro y fuera de uno de los fuertes que había tomado en la provincia de Maipo a los caciques que contra él allí pelearon para escarmiento de los demás indios. En 1543, Valdivia todavía envió al capitán Pedro Esteban a destruir varios fuertes al valle del Aconcagua, cosa que hizo castigando «a los indios que lo merecían», dice Jerónimo de Vivar sin ser más explícito.[236]

Poco más tarde comenzó la comunicación por mar con Perú, y cuando uno de los navíos encalló, y los nativos de la zona mataron a los náufragos, Valdivia se vengaría mandando ahorcar a gran número de ellos. En palabras de Mariño de Lobera: «Ahorcando a muchos de ellos sin perdonar a ninguno de quien hubiese rastro de sospecha. Con este castigo quedaron los indios tan escarmentados, que de allí adelante nunca se atrevieron a poner mano en español, aunque fuese solo».[237]

Tras la muerte de Pedro de Valdivia en 1553, y como ya se ha comentado, se incrementaron las prácticas aterrorizantes en las sucesivas campañas. El capitán Pedro Olmos, que había quedado en La Imperial siguiendo órdenes del gobernador Francisco de Villagrán, organizó un ataque a unos fuertes cercanos donde, tras tomarlos, sus soldados mataron «una gran multitud de indias y niños a estocadas y lanzadas, sin perdonar a ninguno de cuantos encontraban». También mandó ahorcar a los caciques de los territorios alzados.[238]

En 1557, en la provincia de Tucapel, el gobernador García Hurtado de Mendoza se enfrentó por primera vez con escuadrones de reches armados con picas; de entre los numerosos indios apresados hizo ahorcar a veinte caciques (diez, según Góngora Marmolejo; doce, según Jerónimo de Quiroga), los cuales «recibían la muerte con tan lindo ánimo como si fueran a hacer otra cosa de menor importancia, que costara menos que la vida, porque ellos mismos pedían la soga y se las ataban y se subían y se dejaban colgar, y aun decían que "mas valía morir allí como valientes que no servir a los españoles"». Pedro Mariño de Lobera no refiere tales hechos, sino que algunos indios fueron castigados. El padre Diego de Rosales asegura que murieron setecientos indios, trescientos de ellos tras ser empujados a una quebrada por la caballería, siendo diezmados sin piedad; también se tomaron unos mil prisioneros, «que fueron ajusticiados los más», entre ellos se ahorcaron ochenta caciques. [239]

En la época del gobernador Rodrigo de Quiroga, a partir de 1575, decidió este iniciar su mandato dejándose sentir en el valle de Arauco, donde en la toma del fuerte de Gualqui le infligió doscientas bajas al enemigo. Entrado en el valle de Arauco, pronto prendió a veinte indios a los que hizo ahorcar, «que para atemorizar al enemigo era necesario usar de estos rigores», señala el padre Rosales. El resto del verano, el gobernador Quiroga fue talando la tierra araucana.[240] El problema fue cuando los indígenas sometidos de las ciudades —y su entorno— de Valdivia, Osorno, La Imperial y Villarrica se declararon en rebeldía y comenzaron a atacar a su vez a los españoles. Como era habitual, el uso del terror entre los doscientos y quinientos nativos aprisionados en sendos combates —ningún cronista especifica qué métodos de ejecución se usaron con ellos— tuvo como efecto «[...] un gran temor que se metió en los corazones de los indios, con el cual se fueron rindiendo poco a poco a los españoles, acudiendo a dar la paz y pedir perdón de lo pasado».[241]

La peligrosidad de los reches se incrementó durante la década de 1580, cuando comenzaron a disponer de caballería propia. El gobernador Alonso de Sotomayor se enfrentó a los indios en Mareguano en 1584, donde estuvo a punto de ser víctima de una emboscada, situación que salvó con el ahorcamiento de cuarenta prisioneros. Sotomayor caería seguidamente sobre Chipimo, Angol y Purén, que recuperó; este último fuerte fue asaltado por cinco mil reches, que se estrellaron contra la empalizada de Purén merced a la artillería y arcabucería hispanas. La campaña en Purén resultó muy dura, cuando el gobernador ordenó colgar a trescientos aborígenes «por los caminos y aloxamientos para poner terror al enemigo y obligarle a dar la paz. Y las criaturas las hazía colgar de los pechos de las madres, sin reservar pieza ninguna», testimonia el padre Rosales.[242] En definitiva, ni los ahorcamientos, ni otros métodos de ejecución a la hora de aplicar las tremendas prácticas aterrorizantes que hemos ido reseñando, aprovecharon demasiado en la guerra de

Chile, caracterizada por su crueldad, aunque no fue la única. Ya que, como dijo Bernardo de Vargas Machuca, «[...] si el indio se alzó sin darle ocasión, con pocos medios será reducido, y cuando haya castigo, sea más piadoso que riguroso».[243] Un consejo que cayó en saco roto.

Un compendio de todos los horrores hasta ahora descritos se produjo en Yucatán, especialmente en la invasión de la provincia de Uaymil-Chetumal entre 1543 y 1545; una ocupación que, de hecho, se confunde con la rebelión de los mayas, de ahí la crudeza de los acontecimientos ocurridos. Gaspar Pacheco, al mando de un reducido grupo de veinticinco o treinta hispanos, comenzó a operar, primero en la provincia de Cochuah, que quedó semidestruida, y poco después en Uaymil-Chetumal, donde Pacheco hubo de emplearse a fondo ante la resistencia de los mayas, quienes, como en otras regiones, comenzaron por construir defensas donde podían atacar con ventaja a los intrusos, mientras abandonaban sus asentamientos y destruían sus depósitos de vituallas. La orografía les permitió desarrollar una guerra de guerrillas que dificultó enormemente el avance hispano, sobre todo cuando Pacheco y los suyos se vieron obligados a lanzar correrías, más en busca de alimentos que del propio enemigo para destruirlo. Pacheco enfermó y acabó por retirarse a Mérida dejando a su hijo, Melchor Pacheco, y a su sobrino, Alonso Pacheco, la conducción de la guerra.

Exasperados ambos Pacheco por aquellas dificultades, al objeto de tratar de imponerse en un conflicto que amenazaba con destruirlos comenzaron a utilizar prácticas aterrorizantes con una dureza como no se había visto hasta entonces en Yucatán. Comenzaron a agarrotar indios, tanto hombres como mujeres, o bien estas eran arrojadas a las lagunas con pesas atadas a sus cuerpos para que se ahogaran, en una práctica que, por cierto, fue utilizada durante la conquista de las islas Canarias.[244] En otras ocasiones, las jaurías de perros masacraban a los indígenas indefensos. También se habla de cortes de manos, orejas

y narices a muchos aborígenes. Todo apunta a que fue Alonso Pacheco quien más se destacó en la aplicación de tales prácticas, muy posiblemente porque no llevaron consigo miembros del clero que pudieran refrenarles en su hueste. Tras someter a los indios, Melchor Pacheco fundó Salamanca de Bacalar en 1544, pero el territorio quedó muy diezmado.[245]

El padre franciscano Lorenzo de Bienvenida escribiría al príncipe Felipe desde la yucateca Mérida en febrero de 1548 relatándole aquellos excesos: entre otras lindezas aseguraba de Alonso Pacheco que «Nerón no fue más cruel que éste». Señala cómo la región de Chetumal estaba en paz, pero la incursión de los Pacheco fue la única causa de los disturbios, pues ante la terrible presión que padecían, los nativos huían a los montes de puro terror ante los castigos de los españoles, especialmente el aperreamiento. El resultado fue que los indios «no sembraron, y todos murieron de hambre: digo todos porque había pueblos de a quinientas casa, de a mil, y el que agora tiene ciento es mucho». Aseguraba que Alonso Pacheco en persona agarrotaba a sus víctimas; también «cortó muchos pechos a mugeres y manos a hombres, y narices y orejas, y estacó, y a las mugeres ataba calabazas a los pies, y las echaba a las lagunas [a] ahogar, por su pasatiempo; y otras grandes crueldades que por abreviar las dexo». Estacar significaba atar a estacas y posteriormente flechar los cuerpos hasta la muerte. Asimismo, se asegura que los Pacheco se dedicaron a

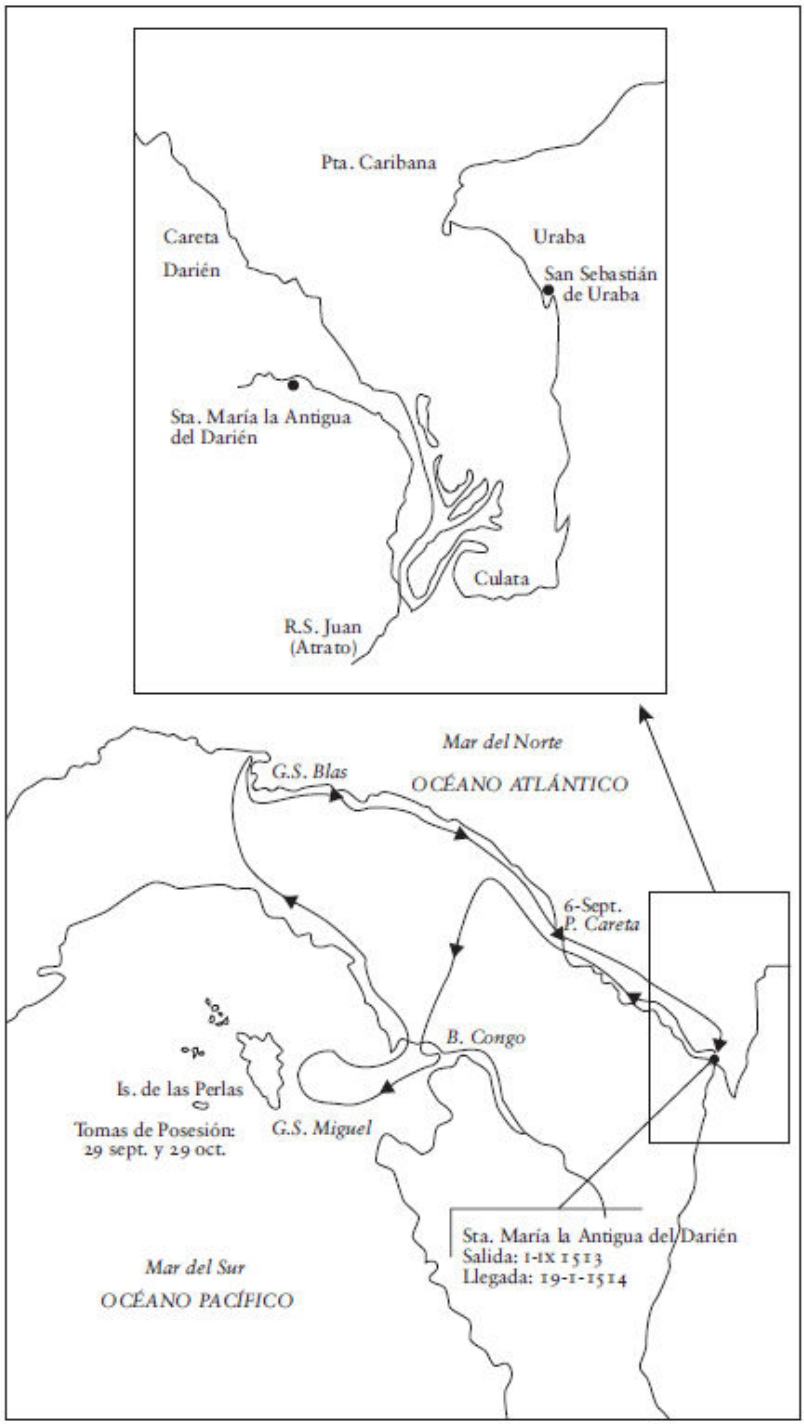
> robar y matar y maltratar a los indios e indias naturales de aquellas tierras estando de paz, y sirviendo a los cristianos españoles por fuerza contra su voluntad les dieron muchas cuchilladas y les cortaron las manos y narices a [los] hombres [y a] las mujeres las tetas cortaron [y] ataron a estacas y atados los asaetearon y flecharon hasta que murieron naturalmente e hicieron otras muchas crueldades y robos no vistos ni oydos [...].[246]

Aunque los Montejo —el adelantado Francisco de Montejo inició la conquista de Yucatán en 1526— quedaron escandalizados por los excesos cometidos por los Pacheco en Uaymil-Chetumal, lo cierto es que durante la rebelión maya de 1546-1547, cuando los aborígenes mataron a unos quince o veinte españo-

les y unos quinientos naborías,[247] el sobrino del adelantado Montejo, llamado igual que aquel, ordenó cortar las manos a veinticinco habitantes de Cupul atrapados con armas, cómo no, en las manos. En otra ocasión hizo ahorcar a cierto número de mujeres; asimismo se recurrió al aperreamiento para abortar dicha rebelión. Gracias al juicio de residencia realizado a Montejo en 1549-1550 se sabe que este siguió proceso contra varios de sus capitanes por actos de crueldad demostrados. También en esta ocasión se esclavizaron hasta dos mil indios, varones, mujeres y niños, si bien Montejo los dejó más tarde en libertad. Lo cierto es que tras estos episodios, numerosos grupos de mayas se dirigieron a la zona de Petén Itzá, donde conservaron su libertad. Todavía en 1548, el malestar de los caciques de la provincia de Mani con el apostolado de los franciscanos, unido a las noticias acerca de un posible levantamiento en la población de Peto, acabó con la detención de veinte señores mayas, quienes fueron sentenciados a ser quemados en Mérida. Solo la intervención de fray Luis de Villalpando les salvó de las llamas, aumentando el prestigio de la orden en todo Yucatán.[248]

En 1550, en un memorial dirigido a la Audiencia de México, se acusaría a Francisco de Montejo, sobrino del adelantado, de haber ahorcado en 1547 a treinta indias de unos árboles, si bien la acusación aumenta cuando se asegura que otros testigos vieron cómo se ahorcaban a más mujeres «y los niños de leche que mamaban ahorcaba también de los pies de las madres que estaban ahorcadas». De Gaspar Pacheco, su hijo y su sobrino se asegura que «asolaron dos provincias las mejores y de más gente que havia en este Yucatán a tanto que [h]oy día ya no [h] ay casi nadie en ellas». Francisco y Hernando Bracamonte son acusados de haber matado a muchos indios también en 1547 pero «en un pueblo de paz y que los mataron con muertes muy crueles y nuevamente inventadas». Y se añade: «Todos estos sobredichos delictos son muy públicos y [h]ay muchos testigos», pero como los culpables ocupan los cargos de alcaldes, etc., re-

levándose entre sí sistemáticamente se sentencian unos a otros a penas muy leves. Así, «cuesta más en Yucatán matar una vaca o un caballo que matar un indio vasallo del rey».[249] Terrible conclusión.

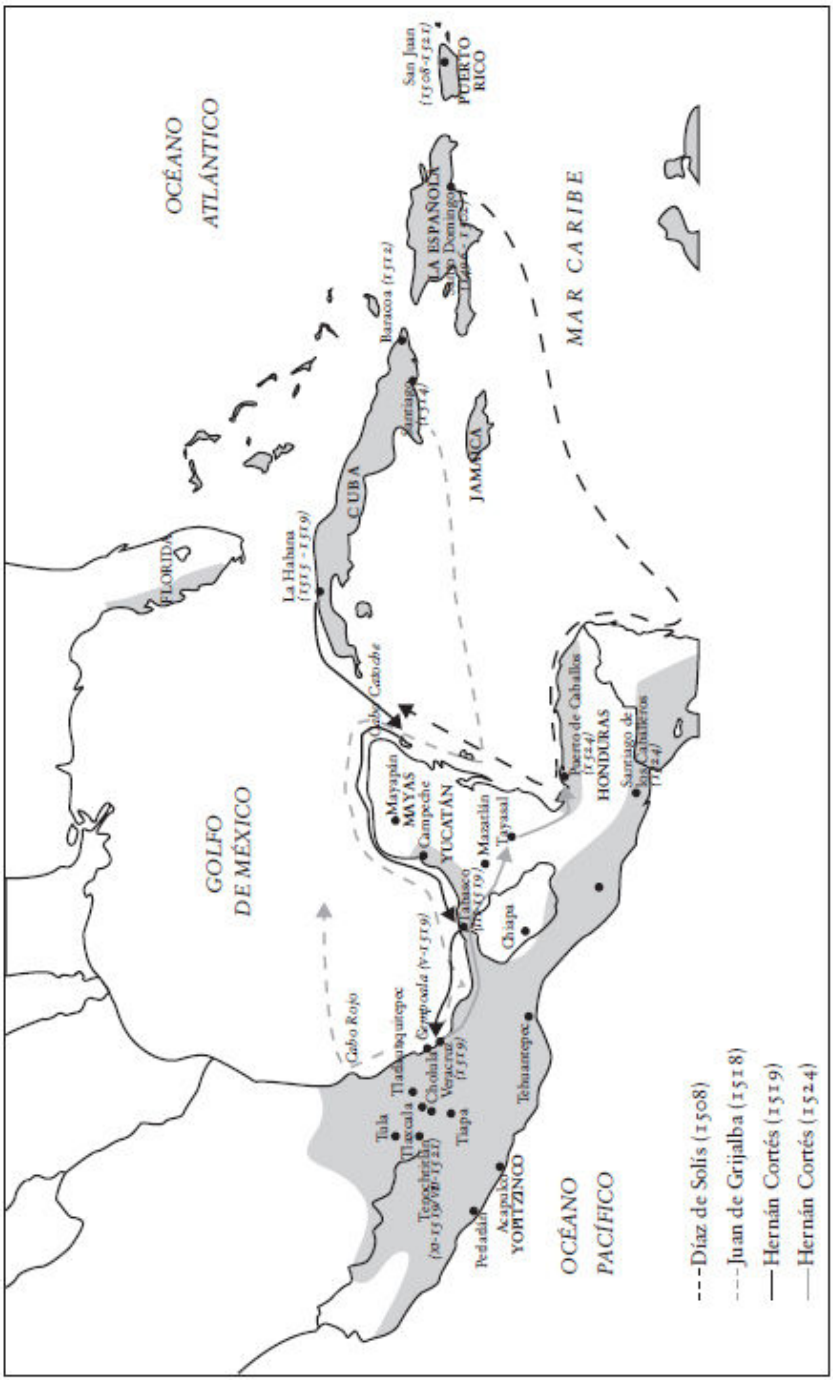


MAPA 2. Viajes de Vasco Núñez de Balboa.

3
SITIOS Y BATALLAS

El proceso de conquista, tanto del imperio mexica como del inca (Tawantinsuyu), fue muy rápido, pero no fácil. Hernán Cortés (1485-1547) transformó, desde Cuba, una expedición dedicada a recabar noticias acerca de otra previa de Juan de Grijalva (1518), perdido momentáneamente en el golfo de Mé- xico, y a «rescatar» oro en la costa en una campaña de conquis- ta al comprobar las primeras noticias sobre la riqueza del estado indígena del interior del país. Así, tras dimitir de su jefatura como delegado del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, Cortés se hizo elegir capitán general por el cabildo de la comunidad de la Villa Rica de la Veracruz, recién fundada por él mismo. Después de este subterfugio legal, que apenas encubría la rebeldía, pero suficiente al estar la mayoría de sus hombres[1] sabia- mente motivados, emprendió la marcha hacia el centro del país. Bien aleccionado por su traductora Malitzin,[2] factor clave en la conquista, Cortés comprendió muy pronto que necesitaría el apoyo indígena. Este le llegaría como una reacción ante los excesos conquistadores cometidos por los mexicas durante la última centuria. Así, su alianza primero con totonacas y más tarde con tlaxcaltecas y otros señoríos indios, la destrucción de los cholultecas, así como las dudas e inseguridades[3] del emperador Moctezuma II (¿1475?-1520), líder de la Confederación Mexica, o Triple Alianza (México-Tenochtitlan, Texcoco y Tacuba), facilitaron la llegada de Cortés a la capital azteca y el control de la figura del propio emperador (*huey tlatoani*) en noviembre de 1519. Tras superar mediante una hábil maniobra —en la cual el soborno desempeñó su papel— el último esfuerzo por parte *San Juan (1508-1521)* por parte del gobernador de Cuba por frenar al de Medellín, esto es, el envío de un potente ejército al mando de Pánfilo de Narváez para detenerlo, Cortés se encontró con un refuerzo inesperado de unos ochocientos hombres, además de

caballos y artillería, tan difíciles de obtener en aquellos momentos y lugar. Tras el regreso a México-Tenochtitlan, la situación había degenerado de un incipiente malestar a la revuelta abierta por los excesos cometidos por Pedro de Alvarado, quien había quedado con el encargo de controlar al emperador mexica. La sublevación de la capital obligó a la huida («Noche Triste») con fuertes pérdidas, humanas y del botín conseguido, de los hispanos, a un enfrentamiento militar decisivo (batalla de Otumba, 7 de julio de 1520), favorable *in extremis* a Cortés, y a la consecución de nuevas alianzas político-militares para lograr la definitiva ocupación del imperio mexica. Una vez muerto Moctezuma II, Cuauhtémoc, el último emperador mexica, tuvo que rendir su ciudad tras un pavoroso sitio librado entre mayo y agosto de 1521 en el que, además de las armas, una terrible epidemia de viruela (en 1520) y el hambre diezmaron a los mexicas y sus, por entonces, escasos aliados. Así se destruyó un imperio.



MAPA 3. Exploración y conquista de México y el Caribe (1508-1525).

Tras los conocidos episodios de la entrada de Hernán Cortés y su hueste en México-Tenochtitlan en noviembre de 1519 y el desembarco en San Juan de Ulúa del potente ejército comandado por Pánfilo de Narváez en la primavera de 1520 —tropas con las que el gobernador Diego Velázquez quería reconducir en favor suyo la conquista cortesiana, aunque fueron derrotadas por el de Medellín—, los mexicas se rebelaron contra los hispanos y sometieron el palacio de Axayácatl, donde se hallaba recluido Moctezuma al cuidado de Alvarado —y que había sido fortificado por Cortés antes de su salida de México-Tenochtitlan—, a diez días de sitio; murieron algunos hispanos, pero también muchos mexicas a causa, entre otros motivos, de algún disparo de artillería, cargada con pelota y perdigones, que hizo blanco entre la masa de atacantes.

El regreso de Hernán Cortés a México-Tenochtitlan procedente de la costa de Veracruz el día de San Juan de 1520, comandando una hueste en la que había integrado a buena parte de las tropas de Pánfilo de Narváez, un episodio que ya relatamos, no significó el final de la resistencia de los mexicas, sino su comienzo. Alborotados estos a causa de los excesos cometidos en su ciudad por Pedro de Alvarado en ausencia del caudillo Cortés, la situación era explosiva. Dos familiares de Moctezuma, Cuitláhuac, señor de Iztapalapa, y Cuauhtémoc, señor de Tlatelolco, liderarían desde entonces la lucha contra el invasor. Sitiados en el interior de aquella inmensa urbe, pues los mexicas construyeron albarradas en muchas calles adyacentes al palacio de Axayácatl para constreñir aún más al grupo hispano, la gente de Cortés realizó algunas salidas, alcanzando incluso tierra firme, más allá del lago, pero no pudo sino regresar a sus aposentos fortificados. Allá los hispanos resistieron cinco días de ataques continuados, apenas haciendo mella en el contrario sus disparos de artillería (trece falconetes, a decir de López de Gómara, tal era su número). En una de dichas salidas, Diego de Ordás comandaba un contingente de doscientos hombres que fue

copado por los mexicas, quienes atacaban por todos los lados e, incluso, desde las azoteas. Así, los españoles supervivientes sabrían lo que les esperaba en el posterior sitio de la ciudad. Ordás, cuya tropa registró ocho muertos y numerosos heridos en los primeros compases de la lucha, solo pudo ir retrayéndose hacia el alojamiento de los hispanos a fuerza de pelear todos sus hombres hasta la extenuación, formando en escuadrón, mientras los mexicas, como dice Díaz del Castillo, «aunque les matábamos y heriamos muchos dellos, por las puntas de las picas y lanzas se nos metían» y no cejaban en su presión, tal era su odio al invasor. Al final, Ordás tuvo veintitrés muertos. Al día siguiente hubo otras diez o doce bajas hispanas. También se perdieron dos piezas artilleras que los mexicas lanzaron a una acequia, según explica Cervantes de Salazar.

Hasta entonces, para protegerse lo mejor posible, cada arcabucero o ballestero era cubierto por un rodelero, pero el lanzamiento de proyectiles de todo tipo por parte de los mexicas era abrumador. En salidas posteriores, para evitar tantas bajas por flechazos y pedradas, los hombres de Cortés fabricaron «cuatro ingenios a manera de torres», según Díaz del Castillo (solo tres para López de Gómara, quien sigue la relación del propio Cortés, «tres ingenios de madera, cuadrados, cubiertos y con sus ruedas, para llevarlos mejor»), también llamados mantas, para guarecerse en cada uno de ellos hasta veinticinco hombres (veinte para Cortés y López de Gómara; treinta, según Herrera), ballesteros y arcabuceros, además de zapadores, cuya misión era tomar las azoteas y derrocar las casas cercanas y las albarradas construidas en las calles y evitar así la presión y el atrincheramiento del contrario cerca de los aposentos hispanos, al tiempo que abrían claros; también debían cegar algunos canales con los materiales hallados una vez las casas habían sido derribadas por idéntico motivo, es decir, para poder evolucionar y expulsar al contrario de las cercanías del palacio de Axayácatl. Con las torres saldrían el resto de los ballesteros y los arcabuceros, amén

de la artillería y efectivos de caballería. López de Gómara, siguiendo a Cortés, habla de una salida con las torres, cuatro piezas de artillería, quinientos españoles y tres mil tlaxcaltecas, pero no se consiguió gran cosa. Díaz del Castillo deja muy claro que en un combate urbano como aquel, la caballería era de poco provecho no solo por el mucho daño que podían recibir merced a los flechazos, las pedradas y los lanzazos que les daban, sino porque los mexicas podían, cuando iban alcanzándoles, dejarse caer «á su salvo en las acequias y laguna, donde tenían hechos otros reparos para los de á caballo; y estaban otros muchos indios con lanzas muy largas para acabar de matarlos». Tras aquella jornada, según Díaz del Castillo, no solo fueron desechas las mantas, destrozadas por las piedras de tres y cuatro arrobas lanzadas desde las azoteas, sino que hasta cuarenta y seis hispanos habían muerto y el resto estaba herido.

Cuando un grupo de señores ocupó con varios cientos de guerreros el Templo Mayor haciéndose fuertes en él (trescientos para Cervantes de Salazar y Herrera; quinientos para López de Gómara; según Díaz del Castillo eran, nada menos, que cuatro mil), Cortés decidió tomar una posición comprometida y envió contra ella a Diego de Ordás y sus hombres, que fueron rechazados por una nueva nube de proyectiles, amén de que los caballos resbalaban en las losas de la plaza del Templo Mayor y eran por ello poco efectivos. Según Antonio de Herrera, Cortés despachó entonces a su camarero, Escobar, con un centenar de hombres a tomar el templo, pero fueron rechazados en tres ocasiones sin poder subir sino algunas gradas. En ese momento, Cortés, que estaba herido, lideró la subida por las gradas del templo, protegiéndose todos como podían de los objetos que les lanzaban rodela y espada en mano; ante la imposibilidad de derribarlos tras tirarles algunos troncos, algunos defensores se dejaron caer procurando abrazar a Cortés en su caída para arrastrarlo con ellos, pero consiguió desasirse. Una vez alcanzada la plataforma superior, los españoles, después de una durísima ba-

talla cuesta arriba, mataron a todos los defensores (Cervantes de Salazar y Herrera dejan seis supervivientes, el resto murió a cuchilladas o bien se despeñaron). López de Gómara no puede por menos que decir: «Pelearon tres horas allá arriba; que como eran muchos indios, ni los podían vencer ni acabar de matar. En fin, murieron todos quinientos indios como valientes hombres. Y si tuvieran armas iguales, más mataran que murieran, según el lugar y corazón tenían». Cervantes de Salazar dice que las tropas hispanas, tras aquel combate, «parecía que todos se habían revolcado en sangre», mientras que los aliados cempoaltecas y tlaxcaltecas comieron los cuerpos de los guerreros mexicas muertos en combate.

Una táctica, señalada por el cronista Cervantes de Salazar y utilizada aquellos días por los mexicas, que eran asistidos por sus aliados de la Triple Alianza, consistía en procurar herir a los hispanos con sus lanzas y flechas en pies y piernas, disparando muy bajo, seguramente para evitar las protecciones de brazos, tronco y cabeza. Así lesionaron a más de doscientos soldados. Quienes recogían las flechas lanzadas cada día, al final de la jornada juntaban cuarenta carretadas, en unos momentos en los que cada indio aliado solo recibía una tortilla y cada español cincuenta granos de maíz para pasar el día. La estrategia mexica era correcta: mantenerlos siempre guerreando, reducido su dominio al palacio de Axayácatl, mientras las vituallas se agotaban, la sed cundía, las municiones periclitaban y los hombres apuraban sus últimas fuerzas. Los intentos de tomar el palacio, incluso mediante el fuego, se fueron sorteando merced al derribo de paredes internas, con cuyos materiales se fue apagando el fuego, primero, y taponando las brechas abiertas más tarde merced al uso de arcabuces, ballestas y cañones; pero la situación se iba haciendo, por momentos, insostenible.

Una vez conseguida la victoria parcial que significó la toma del Templo Mayor, Cortés pensó en relajar la tensión haciendo que Moctezuma hablase a su gente. Era el 27 de junio. En su in-

tento de alocución, el emperador recibió una pedrada en la sien, de resultas de la cual moriría tres días más tarde. La entrega del cuerpo de Moctezuma y sus exequias permitieron un mínimo respiro. Los antiguos soldados de Pánfilo de Narváez, quienes apenas conocían la lucha en las Indias, estaban anonadados por el peligro que se cernía sobre todos ellos, máxime cuando cada baja hispana, o de sus aliados aborígenes, importaba mucho más que las numerosas habidas entre los mexicas. Por otro lado, la falta de municiones, además de hallarse casi toda la tropa hispana herida y agotada, hizo reconsiderar a Cortés su, al parecer, negativa inicial a abandonar la ciudad, quizá porque confiaba aún en una paz negociada. Según Díaz del Castillo, todavía se ordenó una nueva salida con todos los caballos para que con estos «rompiesen con los escuadrones y los alanceasen ó echasen a la laguna, y aunque les matasen los caballos; y esto se ordenó para ver si por ventura con el daño y muerte que les hiciésemos cesaría la guerra y se trataría alguna manera de paz»; pero, si bien se mató mucha gente y se quemaron hasta veinte casas (otros cronistas hablan de mil o dos mil casas, unas cifras poco creíbles; Cortés dice que quemó trescientas), alcanzando casi la tierra firme desde una de las calzadas, lo cierto es que las tropas de Cortés tuvieron más de veinte muertos. Tampoco se podía confiar demasiado en los efectivos de Narváez. El miedo a que los mexicas llegasen a cerrar la calzada de Tlacopán, la única que quedaba expedita por entonces, hizo que Cortés tomase la decisión de abandonar la ciudad la noche del 30 de junio para evitar perder más hombres.

Díaz del Castillo señala cómo Cortés mandó construir un puente portátil para poder sortear los numerosos canales cuyos pasos habían sido destruidos por los mexicas; sería transportado y vigilado por cuatrocientos tlaxcaltecas y ciento cincuenta soldados hispanos; la artillería sería llevada y custodiada por doscientos cincuenta indios y cincuenta soldados; en la delantera irían varios capitanes famosos, como Ordás, Sandoval o Tapia,

acompañados por veinte efectivos de a caballo y doscientos infantes; tras ellos se colocaría el propio Cortés y otros capitanes con un grupo de cien hombres para acudir donde hiciese falta. Le seguirían treinta rodeleros y trescientos tlaxcaltecas que protegía el fardaje, a la familia de Moctezuma y a la famosa Malinche (Malitzin), así como algunos rehenes, si bien el padre Sahagún asegura que «dieron garrote á todos los señores que tenían presos, y los echaron muertos fuera del fuerte». Y Francisco de Aguilar confirma este extremo. A este grupo se sumaría el grueso de los auxiliares tlaxcaltecas y las mujeres de servicio y, por último, la retaguardia sería comandada por Pedro de Alvarado con gente de caballería y más de cien infantes. Cortés dio orden de que quien quisiese podía cargar con su parte del botín obtenido hasta entonces (unos setecientos mil pesos). Muchos le hicieron caso y lo lamentaron, pues se preocuparon de salvar el oro y no de salvarse a sí mismos y a los compañeros.

Había granizado y llovía aquella noche. Tras iniciar la marcha con sumo cuidado por la calzada de Tacuba, el primer foso que hallaron, el de Tecpantzinco, pudo ser atravesado merced al puente portátil, pero antes de alcanzar el segundo ya habían sido descubiertos por los centinelas del primer foso, por lo que una multitud comenzó a congregarse cuando se vieron en la tesitura de atravesar el siguiente foso, llamado de Toltecaacaloco; los mexicas los rodearon con sus canoas y comenzaron a flecharlos. El puente se había hundido en la tierra reblandecida por el peso de todo el contingente y ya no pudo ser utilizado para pasar la siguiente cortadura. Algunos cronistas, como Cervantes de Salazar, alegan que de haber construido tres puentes, o pontones, pues había gente para llevarlos, se hubieran salvado muchos más. Es posible. La segunda acequia pudo ser atravesada por los hombres de Cortés gracias a pisar parte del fardaje, los cañones y hasta los cuerpos de los que iban muriendo. Francisco de Aguilar aseguraba que, en buena medida, se obligó a la gente de servicio a atravesar aquellas cortaduras y, cuando se

ahogaron, sus cuerpos fueron utilizados como nueva calzada. También señala Díaz del Castillo que una vez se desencadenó el ataque, «Cortés y los capitanes y soldados que pasaron primero á caballo, por salvar sus vidas y llegar á tierra firme, aguijaron por las puentes y calzadas adelante, y no aguardaron unos á otros». Según López de Gómara: «De los nuestros tanto mas morían, cuanto más cargados iban de ropa y de oro y joyas; que no se salvaron sino los que menos oro llevaban [...] por manera que los mató el oro y murieron ricos». Cervantes de Salazar asevera que tras abrirse paso y atravesar el segundo canal, Cortés y algunos de los suyos volvieron grupas para enfrentarse al contrario y permitir que los infantes pasasen por una viga de madera a modo de puente al otro lado; con todo, muchísima gente murió en aquellos momentos. Otros testigos, como Juan de Cáceres o Andrés de Tapia, aseguran que Cortés regresó para reunir a todos los soldados que pudiera y llegó a estar en peligro de ser capturado por los mexicas.

Tras alcanzar tierra firme una vez atravesado el tercer canal, donde por suerte para ellos no hubo tanta oposición, Cortés, una vez más, volvió grupas para asistir a los que todavía pudiesen abandonar la urbe; Pedro de Alvarado, otros cuatro soldados hispanos y ocho tlaxcaltecas, todos heridos, fueron los últimos en salir. Un número variable de hombres, entre cuarenta y doscientos setenta, fueron copados por los mexicas entre el primer y el segundo canal; decidieron regresar hacia el Templo Mayor y hacerse fuertes en él —o bien en el palacio ocupado anteriormente—, donde, sin comida, resistieron tres días peleando. Los supervivientes fueron sacrificados.

Una vez alcanzada Tacuba, Cortés pudo empezar a comprender la magnitud del desastre: le faltaban cuarenta y seis caballos y todo el tren de artillería; de los hombres se sabría más tarde. Lo importante es que los mexicas no se decidieron en aquellos momentos por seguirlos con todas sus fuerzas y acabar con ellos: estaban muy ocupados en su ciudad pasando cuentas con

los allegados a Moctezuma, acusados entonces de traidores. La mayoría fueron muertos. También se dice que se dedicaron a saquear los cuerpos de los hispanos caídos. Según el padre Sahagún: «Y todas las cargas que llevaban, todo lo desbarataron y lo robaron. Y todas las armas que hallaron, las tomaron; los tiros de pólvora también los tomaron, y derramaron toda la pólvora que había». Asimismo, obtuvieron un rico botín en armas ofensivas y defensivas hispanas. Lo que además hicieron fue contactar con sus aliados de la zona, quienes mataron al poco tres soldados heridos. Por ello, Cortés y los suyos se refugiaron en una colina donde los condujeron los tlaxcaltecas, y se hicieron fuertes allá lo mejor que pudieron. Los siguientes días los emplearon en avanzar en escuadrón hacia Tlaxcala, pero fueron atacados en su retaguardia por los mexicas. En aquellas escaramuzas, el propio Cortés quedó herido en la cabeza de dos pedradas, así como otros cuatro o cinco soldados y otros tantos caballos, uno de los cuales murió y fue comido. Un acto de canibalismo entre hispanos se sancionó con la orden de Cortés de ahorcar al culpable, pero por ruego de los hombres fue perdonado. Para entonces, Cortés ordenó que los heridos bajasen de los caballos —iban dos en cada équido— para poder servirse de estos en caso de ataque. De hecho, los caballos sanos iban repartidos en la delantera y flancos del escuadrón, haciendo rostro al enemigo por todos sus lados tanto los hispanos como los tlaxcaltecas que estaban en condiciones de pelear. Cortés taló los maizales cercanos para evitar los ataques sorpresivos que desde los mismos pudieran hacerle.

Tras dejar Zacamolco, el 7 de julio unos trescientos efectivos de Cortés con sus veintidós caballos y dos mil indios aliados se enfrentaron a un ejército mexica compuesto por varios miles de efectivos en el llano de Otumba. No es de recibo considerar las doscientas mil unidades mexicas de las que hablan López de Gómara y Herrera, quien asegura, además, que murieron veinte mil en la batalla. Mientras, Cortés ordenó a su infantería que

formase en escuadrón sin que abandonasen la formación bajo ningún concepto —como señala Cervantes de Salazar, Cortés «v[e]ía que toda la fuerza estaba en que los suyos estuviesen juntos y en orden»—; él mismo y sus capitanes se dedicarían con sus caballos, en grupos de cinco, a apartar las masas de indios pasándoles sus lanzas por la cara, pero sin alancearlos para evitar la pérdida de las armas e, incluso, ser derribados de sus monturas. Ahora bien, Cervantes de Salazar asegura que Cortés con su caballo era asistido por siete peones, quienes se aprovecharían de los huecos que aquel abriese en la masa de enemigos merced al empuje del équido, al tiempo que impedían que los mexicas se apoderasen de la persona de su capitán general en caso de derrotarlo o de muerte de su caballo, una táctica que se vería, también, en la conquista de Nueva Granada. Como señala Cortés, la masa atacante era tan informe «que los unos á los otros se estorbaban, que no podían pelear ni huir». Para Díaz del Castillo, «nuestros amigos los de Tlascala estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron, hacíanlo muy bien y esforzadamente». En un momento dado, el empuje mexica obligó a la caballería hispana a buscar refugio en el interior del escuadrón de infantes, quienes luchaban con rodela y espada, ya que la pólvora estaba inservible por hallarse mojada. No obstante, el escuadrón hispano estaba completamente rodeado de enemigos —dice el padre Sahagún: «Y los mexicanos, como eran muchos, tomaron en medio a los españoles, comenzaron a combatirlos de todas partes»— cuando Cortés distinguió al jefe de guerra mexica, el *cihuacóatl* Cihuacatzin, quien era portado en unas andas y llevaba un gran estandarte; atravesando varias filas de enemigos, Cortés derribó de una lanzada al *cihuacóatl*; y a otro caballero, Juan de Salamanca, lo remató y le cortó la cabeza. Cortés regresó a sus filas esgrimiendo el estandarte, lo que significó el final de la batalla, pues las tropas mexicas, quizá compuestas por guerreros biso-

ños en su mayoría, retrocedieron en desbandada. Así se salvó una campaña y se perdió un imperio.

En Otumba, según diversos testigos de los hechos, el principal peligro para las tropas de Cortés fue el agotamiento: se vieron obligados, a una semana vista de la retirada de la «Noche Triste», y tras padecer escaramuzas a diario, a luchar contra un gran número de opositores apenas sin armas, cansados y en vías de curación de sus múltiples heridas: a Alonso de Navarrete le parecía imposible poder contar toda la gente con la que se hubo de combatir, quienes acometían por todas partes con ferocidad. El propio Cortés reconoció ser poca la resistencia que podían presentar «por ir, como ibamos muy cansados y casi todos heridos». Gaspar de Garnica señaló que, tras varias horas de lucha, la gente «estaba muy desmayada». Por todo ello, la acción de Cortés en pos del *cihuacóatl* fue realmente decisiva. Fue un liderazgo determinante.[4]

Tras la huida de México-Tenochtitlan y la famosa batalla de Otumba, según Bernal Díaz del Castillo, murieron ochocientos setenta soldados hispanos, sin contar otros setenta y dos y cinco mujeres castellanas caídos en la localidad de Tuxtepec, y unos mil doscientos tlaxcaltecas (según otros autores, murieron entre tres mil y ocho mil), y quedaron vivos, si bien heridos, cuatrocientos cuarenta hispanos (de ellos tan solo doce ballesteros y siete arcabuceros), con veinte caballos (trescientos sesenta españoles, unos seiscientos aliados indios y veintitrés caballos son las cifras que consigna Cervantes de Salazar).[5] Viendo su poder tan disminuido, la única opción de Cortés era refugiarse en Tlaxcala, cosa que hizo, pero sabiendo perfectamente que no debía demostrar flaqueza alguna ante los tlaxcaltecas, sus aliados más firmes, pero tampoco soberbia excesiva, pues solo gracias a ellos pudo salvar los restos de su hueste. Así, demandó hasta cinco mil guerreros de dicha nación (se le darían cuatro mil), y, apenas repuestos sus hombres de sus heridas, sacó adelante una serie de campañas parciales con la justificación de castigar los

pueblos donde habían muerto españoles tras la huida de México-Tenochtitlan, en especial algunos enviados suyos con hasta veinte mil pesos en oro para el retén de Veracruz. De esta manera Cortés conseguía dos cosas: tener contentos y firmes en la alianza a los tlaxcaltecas, que demandaban guerra contra los mexicas y sus aliados, y mantener motivados a sus hombres, especialmente a los provenientes de la hueste de Narváez, quienes no se esperaban una guerra de la intensidad de la vivida hasta entonces y, sobre todo, habían visto cómo se perdía buena parte del magnífico botín conseguido en México-Tenochtitlan.[6]

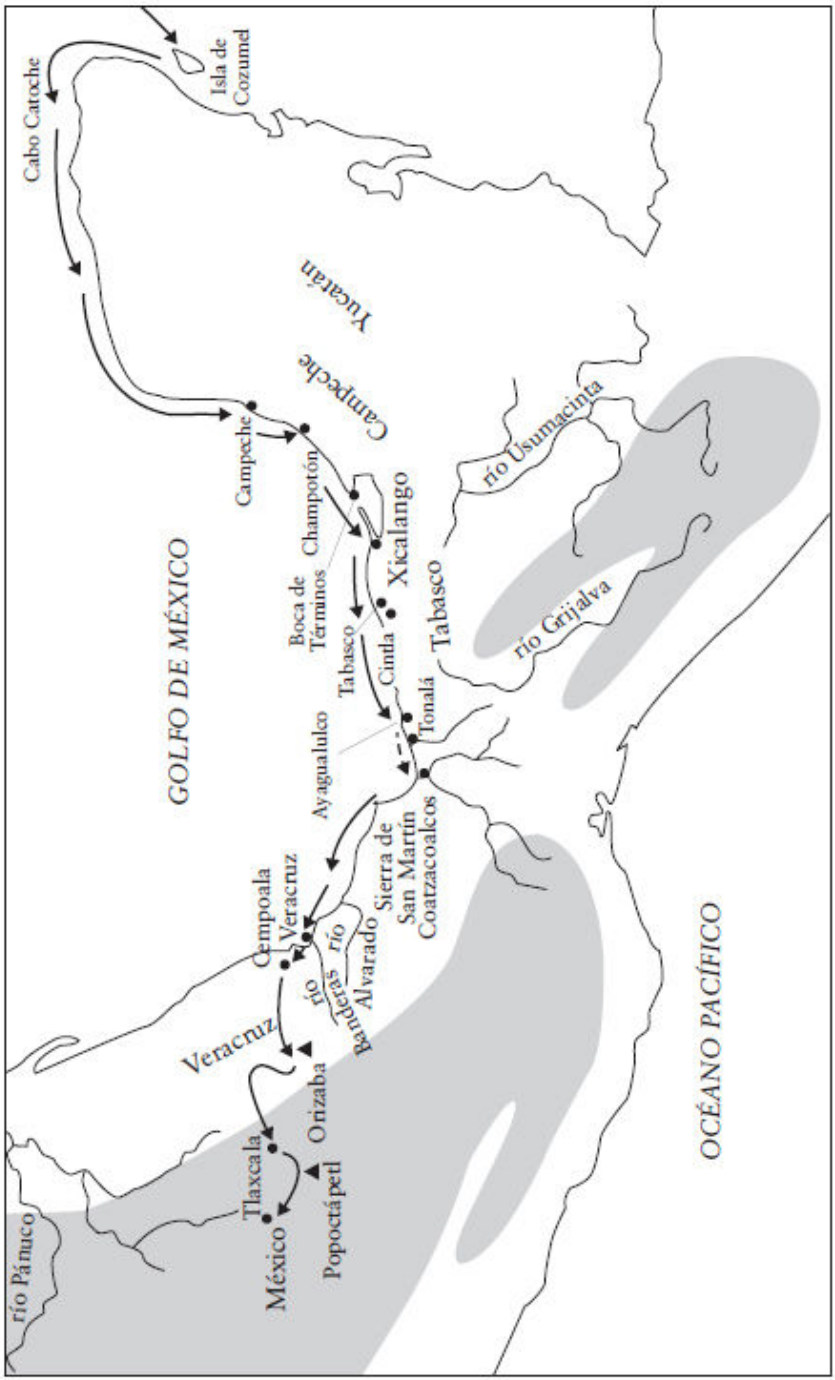
Entre el mes de julio de 1520 y comienzos de mayo de 1521, Cortés emprendió expediciones de castigo contra diversas localidades del entorno lacustre de México-Tenochtitlan: buscaba en unos casos nuevas incorporaciones a su causa, y en otros, sencillamente, desarticular las alianzas de los mexicas. La guerra emprendida fue dura y cruel.

Significativamente, en Tepeaca se fundó una villa que pasaría a llamarse Segura de la Frontera, pues guardaba el camino a Veracruz y se hallaba rodeada de pueblos aliados de los mexicas, que fueron asaltados en los siguientes cuarenta días, entre ellos Guacachula, donde se hicieron muchos esclavos. En Tecamachalco, Diego de Ordás logró hasta dos mil quinientos presos. Tal y como puntualiza Cervantes de Salazar, desde dicha localidad, «los españoles hicieron muchas correrías donde prendieron y mataron muchos de los enemigos». En la localidad de Quechula, aliada de los mexicas, los capitanes Diego de Ordás y Alonso de Ávila «volvieron [...] con presa de más de dos mill hombres y mujeres, aunque al principio, por espantar a los demás, no se daba vida a hombre».[7]

La presión sobre los mexicas continuó con la toma de Izúcar, donde casi toda su guarnición —Cortés la evaluó en unos cinco mil o seis mil guerreros— pereció; de esta forma, Cortés no solo adquiría reputación entre los indios e iba controlando las tierras en el entorno de México-Tenochtitlan, sino que destruía siste-

máticamente todas las tropas mexicas que se le oponían, sabedor de que, una vez eliminadas, estas no podrían defender su capital. El mismo escribiría a Carlos I explicándole que uno de los motivos de una actuación tan dura fue «por poner algún espanto a los de Culúa [mexicas] y porque también hay tanta gente, que si no se hiciese grande el castigo y cruel en ellos, munca se enmendarían jamás». Por otro lado, en Izúcar supo que los mexicas estaban fortificando Tenochtitlan, donde construían «cercas, cavas y fosados», además de fabricar «lanzas largas como piernas para los caballos, y aún ya hemos visto algunas de ellas. Porque de esta provincia de Tepeaca se hallaron algunas con que pelearon».[8]

También hubo de asegurar el camino entre Veracruz y Tlaxcala, habitualmente asaltado por los mexicas y sus aliados, para lo cual envió a una operación de castigo a Cristóbal de Olid, quien, enterado de cómo habían sido torturados y sacrificados algunos castellanos en aquellas comarcas, le llevó a Cortés treinta o cuarenta indios de prestigio, a los cuales pasaron a cuchillo en un patio de Tepeaca. Añade Cervantes de Salazar: «Sonóse esta nueva por aquella tierra y refrenáronse de ahí adelante, temiendo morir como ellos».[9] Poco a poco, Cortés fue haciéndose con el control de las tierras del entorno del lago Texcoco, y antiguos aliados de los mexicas fueron cambiando de bando: los habitantes de las chinampas, como Xochimilco, Churubusco, Mexicaltzingo, Míxquic, Cuitláhuac, Iztapalapa, Texcoco y Coyoacán. Como dice el padre Vázquez de Espinosa, «[...] unos se le juntaron a Cortés por ser enemigos capitales de los mexicanos por el odio que les tenían por sus crueldades y tiranías [...] y otros porque veían y conocían la próspera fortuna de los cristianos, y estaban cansados del imperio de los mexicanos».[10] De esta manera se entiende que Cortés pudiera enfrentarse a los trescientos mil mexicas y aliados que quedaron en Tenochtitlan.[11]



MAPA 4. La Expedición De Hernán Cortés (1519).

Además, no solo se lucharía contra armas convencionales.

Bernardino Vázquez de Tapia realizó una de las reflexiones más terribles, por lúcida, de la ventaja que representó para Cortés y su hueste pugnar contra un enemigo devorado por la enfermedad:

> En esta sazón vino una pestilencia de sarampión y víroles tan recia y tan cruel que creo murió más de la cuarta parte de la gente de indios que había en toda la tierra, la cual muy mucho nos ayudó para hacer la guerra y fue causa que mucho más presto se acabase, porque, como he dicho, en esta pestilencia murió gran cantidad de hombres y gente de guerra y muchos señores y capitanes y valientes hombres, con los cuales habíamos de pelear y tenerlos por enemigos, y milagrosamente Nuestro Señor los mató y nos los quitó delante.[12]

EL SITIO DE MÉXICO-TENOCHTITLAN

La mucha experiencia acumulada aquellos meses sirvió a Hernán Cortés, sin duda, para decidir su estrategia a la hora de combatir una ciudad lacustre como México-Tenochtitlan. En los primeros días de mayo de 1521, Cortés dividió sus fuerzas en cuatro contingentes, tres de los cuales actuarían desde las calzadas que unían la urbe con tierra firme, mientras él mismo se embarcaba en los trece bergantines, o lanchones, construidos aquellas últimas semanas en el entorno de Texcoco. La estrategia consistía en cercar la gran urbe y matarla de hambre merced a la ocupación del lago, impidiendo que las canoas mexicas actuasen, y forzar la entrada a la misma —o impedir la salida de los mexicas— ganando todas las calzadas. Pedro de Alvarado recibió ciento cincuenta infantes de espada y rodela, aunque muchos llevaban lanza, asevera Díaz del Castillo, quien participó en el sitio en este contingente, dieciocho arcabuceros y ballesteros, treinta efectivos de caballería, dos piezas artilleras y treinta mil aliados —o bien veinticinco mil— para que iniciase la campaña desde Tacuba, situada al oeste del lago. A Cristóbal de Olid le cupieron ciento sesenta infantes —o ciento setenta y cinco—, dieciocho o veinte arcabuceros y ballesteros, dos piezas artilleras, treinta y tres efectivos de caballería y treinta mil aliados —o bien veinte mil— para atacar desde Coyoacán, en el sur del lago. Gonzalo de Sandoval comandó ciento cincuenta infantes, cuatro arcabuceros, trece ballesteros, treinta y tres efectivos de caballería —o solo veinticuatro—, otras dos piezas de artillería y más de

cuarenta mil aliados —o bien unos treinta mil aborígenes— con quienes atacaría desde Iztapalapa, situada en la zona norte del lago. Además de los indios de guerra, los aliados de Cortés se encargaron de la logística; a modo de ejemplo, los texcocanos contaban con veinte mil indios de carga y mil canoas en la laguna para llevar los bastimentos necesarios a los tres campamentos hispanos, mientras treinta y dos mil guerreros cuidaban que los mexicas no les atacasen y quitasen las vituallas que transportaban.

Aquellos días se produjo la defección de Xicoténcatl, quien intentó levantar Tlaxcala contra el invasor. Sin hallar apoyo entre los suyos, fue detenido y ahorcado. Cortés no podía permitirse otra cosa.

Por su parte, el emperador mexica Cuauhtémoc había preparado su ciudad lo mejor posible para la guerra no solo acumulando todos los hombres útiles para el combate que le fue posible, sino también haciendo salir a los habitantes que podían estorbar las operaciones militares; fabricando armas, en especial picas para defenderse de los caballos, esa gran obsesión; ahondando las acequias; retirando puentes y pasarelas, y levantando albarradas, hasta tres consecutivas, en las principales calles. Las tornas habían cambiado: de tener encerrados a los españoles en la gran ciudad, ahora serían los mexicas quienes permanecerían recluidos en la misma. La iniciativa, es decir, la ofensiva estaba en manos de Cortés, y a Cuauhtémoc no le quedaría más remedio que adaptarse a dichas circunstancias. Sus contraataques serían tácticos, nunca estratégicos: los mexicas habían perdido, de hecho, su oportunidad después de la «Noche Triste» y su derrota en Otumba.

El ataque de las fuerzas de Alvarado y Olid, quienes se habían puesto en marcha el 13 de mayo, al acueducto de Chapultepec a finales de dicho mes dio inicio al sitio —para Cortés este comenzó el 30 de mayo—. Una vez conseguido el objetivo de cerrar el suministro de agua a Tenochtitlan por aquella vía tras una bre-

ve y exitosa escaramuza, las tropas de ambos capitanes decidieron dar un asalto por la calzada de Tacuba, de apenas ocho pasos de ancho, con la intención de, al menos, tomar un puente; envalentonados, sin duda, por la acción anterior, las tropas hispanas y sus aliados apenas si reflexionaron sobre la mejor táctica por seguir, a pesar de la experiencia de la «Noche Triste». Los mexicas les dejaron avanzar hasta el primer puente, cuando fueron atacados de frente por varios escuadrones, quienes podían cubrir sus espaldas en caso de retirada merced a unos mamparos defendidos por largas lanzas «que habían hecho con las armas que nos tomaron cuando nos echaron de Méjico é salimos huyendo», señala Díaz del Castillo. En caso de apuro, los guerreros mexicas podían, además, lanzarse al agua, asistidos por una flotilla de canoas que atacó al contingente hispano por ambos lados de la calzada. Las canoas venían reforzadas con gruesos tablones para evitar el daño de ballestas y arcabuces. Como indicamos, la calzada era tan estrecha que apenas si los caballos podían manejarse y servir para algo, e incluso la multitud de aliados dificultaba los movimientos. En esta tesitura, cuando ya tenían medio centenar de hispanos heridos y ocho muertos, decidieron salir de la calzada, máxime cuando vieron acercarse una nueva flotilla de canoas que podría cerrarles el paso si desembarcaban sus hombres a sus espaldas. Olid decidió entonces marcharse al lugar que se la había fijado para levantar su campamento, Coyoacán, sin pensar en que Alvarado, con quien había tenido una disputa seria aquellos días, y sus hombres se quedaban con pocos efectivos frente al contrario. Por suerte para ellos, allí permanecieron durante cuatro o cinco días sin ser molestados en demasía. Mientras, Olid comenzó a tantear las fuerzas mexicas, desplegando veinte jinetes, algunos ballesteros y siete mil u ocho mil tlaxcaltecas, con quienes atacó las primeras albarradas y mató a algunos enemigos. Durante una semana hubo escaramuzas diarias, pero sin avanzar de ma-

nera consistente. También se acudió a tomar maíz y otros bastimentos de los campos cercanos.

Por su parte, Sandoval adelantó sus tropas en dirección a Iztapalapa, donde comenzó a quemar las casas que había en tierra firme. Tras ser socorridos por tropas mexicas llegadas en canoas, estas siempre podían huir en las mismas en caso de ser rechazadas en tierra, como ocurrió entonces; al mismo tiempo, Cortés también salió de Texcoco con los trece bergantines y, es de suponer, acompañado por canoas aliadas, si bien estas apenas si aparecen mencionadas en las crónicas, puesto que al poco fue atacado por canoas mexicas arribadas en gran número de todas partes y pudo rechazarlas. Pero antes de que eso acaeciese, Cortés, en asistencia de Sandoval, decidió desembarcar con ciento cincuenta de sus hombres, además de los aliados, para tomar un peñol fortificado por los mexicas en Tepepolco; lógicamente, no podía dejar una fuerza así a espaldas de las tropas hispanas si quería avanzar por la calzada, de modo que «con mucha dificultad empezamos a subir y por fuerza les tomamos las albarradas que en alto tenían hechas para su defensa». Todos los hombres murieron, y se les perdonó la vida a mujeres y niños; Cortés tuvo en este combate veinticinco españoles heridos, pero, en sus palabras, «fue muy hermosa victoria». Y López de Gómara certifica: «Fue una muy hermosa victoria, aunque fueron heridos veinticinco españoles, por la matanza que hubo, por el espanto que a los enemigos puso y por la fortaleza del lugar».

Fue entonces cuando las canoas mexicas, alrededor de quinientas, se les echaron encima; Cortés dio la orden de retirada a sus bergantines esperando viento favorable para embestirlas con ventaja, si bien los mexicas, cautos, decidieron frenar su avance a una distancia de unos pocos centenares de metros. La idea de Cortés era iniciar los combates en el agua con una gran victoria para que los contrarios «cobrasen mucho temor de los bergantines, porque la llave de toda la guerra estaba en ellos, y

donde ellos podían recibir más daño, y aun nosotros también, era por el agua». Por suerte para él, un viento favorable comenzó a soplar y permitió a sus bergantines chocar con fuerza contra la formación de canoas mexica. Tras perseguir la flota contraria hasta encerrarla en Tenochtitlan con mucha pérdida de su parte en hombres, muertos en combate o ahogados, y canoas, Cortés situó sus bergantines en Coyoacán en apoyo de Cristóbal de Olid, quien atacó entonces por la calzada derribándoles algunas albarradas a los mexicas; para evitar el daño que recibían desde dos torres —de hecho los pequeños templos de Xoloc, en cuyas cercas de cal y canto se refugiaban los mexicas —, Cortés desplegó tres cañones de hierro que llevaba en los bergantines (cuatro pequeños de bronce señala Díaz del Castillo; tres lombardas, especifica Fernández de Oviedo) con uno de los cuales hizo mucho daño entre los enemigos que atestaban aquellas defensas y la calzada aledaña. Pero uno de los artilleros, inadvertidamente, quemó la pólvora que les quedaba, y a Cortés no le quedó más remedio que pedirla a Iztapalapa con un bergantín.

Cortés decidió permanecer en la zona una vez tomadas las dos torres, con refuerzos de Olid y de sus propios hombres llegados con los bergantines, atacados en todo momento, incluso de noche, circunstancia que, sin duda, influyó en Cortés a la hora de negarse más tarde a permitir que su gente se quedase de vela en los puentes que tomasen. Los mexicas atacaron, como era su costumbre, lanzando sus gritos de guerra, por lo que no hubo sorpresa; como señala Cervantes de Salazar, cada bergantín portaba una pieza de campaña y, además, los ballesteros y arcabuceros alcanzaban más lejos con sus proyectiles que los mexicas, quienes, al ser tantos, a pesar de dispararse de noche, como se tiraba a bulto, los tiros hispanos les hicieron mucho daño. Las fuentes parecen indicar que, a la mañana siguiente, las tropas debían asistir en varios frentes a la vez, pues eran atacados por las calzadas y por la laguna; así, Cortés pudo contar

puntualmente con quince ballesteros y arcabuceros, cincuenta rodeleros y siete u ocho caballeros de los hombres de Olid, amén de los propios, para mantener la presión en la calzada de Coyoacán. Cervantes de Salazar, en su comentario de lo sucedido estos días, señaló un detalle muy importante: Cortés no parecía alarmarse en demasía por la situación, pues «ya tenía los oídos a estas voces [de los indios en combate], y los ojos a ver millares de hombres». Si bien eso no significa que las cosas fueran fáciles, pues aunque «con los tiros y con los de caballo hicimos tanto daño en ellos, que casi los encerramos hasta las primeras casas de la ciudad», señala el propio Cortés, lo cierto es que recibían el impacto de tantos proyectiles lanzados desde las canoas por los mexicas, que Cortés se vio obligado a romper la calzada momentáneamente para que cuatro de sus bergantines pasasen al otro lado de la misma y poder acometer las canoas que los masacraban. Una obra complicada efectuada en un momento muy difícil. Si no hubiera sido por la asistencia de sus aliados, a quienes no se cita, ¿qué hubiera podido hacer Cortés?

En aquellas jornadas iniciales, Sandoval recibió orden de moverse con parte de su gente desde Iztapalapa en dirección a Coyoacán, cosa que hizo; y en una pequeña ciudad lacustre, como sus vecinos le presentaron batalla, le obligaron a pelear toda una jornada, y aunque mató a muchos de los mismos, «e porque los que quedaban ni sus vecinos no se atreviesen a pelear otra vez con españoles e quedasen de aquello bien escarmentados, les destruyó e quemó toda la ciudad sin dexarles casa donde se meter», explica Cervantes de Salazar.

Cortés y sus capitanes entendieron que sin bergantines de apoyo no se podía avanzar con posibilidades de victoria en cada una de las calzadas, de modo que se decidió por ceder cuatro bergantines a Alvarado, seis a Olid y, posteriormente, dos a Sandoval, mientras el lanchón número trece, el más pequeño, quedaría sin servicio pues ya había al menos veinte soldados heridos de entre los que servían en la laguna y no se podía prescin-

dir de gente en las calzadas. Por otro lado, la respuesta mexica consistió en tender trampas en el fondo de la laguna, bien hoyos para que cayeran en ellos los hombres cuando avanzaban vadeando cualquier acequia, no pudiendo salir a causa del peso de sus armas, bien estacadas para que encallasen los bergantines y poder abordarlos. La táctica fue útil, sobre todo cuando los bergantines entraron en los canales que actuaban como calles y avenidas de la propia ciudad.

Durante seis días, Cortés y su gente atacaron por las calzadas de Tacuba y Coyoacán procurando quemar todas las canoas que podían, así como las casas de los arrabales para evitar que el enemigo se les echase encima e intentar, al mismo tiempo, alcanzar la zona central de la ciudad; en aquella tesitura, los caballos eran más un estorbo que otra cosa, si no podían evolucionar adecuadamente, mientras que las ballestas y las armas de fuego les infligían fuertes pérdidas a los mexicas. Por ello, la táctica hispana evolucionó de una lucha diurna de desgaste, y la retirada por la noche fuera de las calzadas, circunstancia aprovechada por los mexicas para levantar albarradas, derribar puentes, abrir o ahondar nuevas acequias y construir trampas, a una táctica consistente en ganar terreno y no abandonarlo a base de cegar los pasos abiertos, derribar albarradas y las casas que se iban tomando —el fuego era muy lento en su destrucción, alega Díaz del Castillo, aunque también se utilizaba—, con cuyos materiales se reparaban las calzadas y se cegaban acequias; la clave estuvo en mantenerse en alerta durante toda la noche, de modo que en grupos de cuarenta hombres se fuese velando en el espacio ganado durante el día; así, por la mañana, no era extraño encontrar hasta ciento veinte hombres en primera línea de combate. La táctica se demostró correcta, pues, en un ataque protagonizado por los hombres de Alvarado, los mexicas consiguieron engañarles haciéndoles creer que retrocedían hacia el centro de la ciudad para, más tarde, sumarse al ataque nuevos regimientos que obligaron a las tropas hispanas y a sus aliados a retraerse a

la carrera atravesando un canal distinto al vadeado en el inicio del ataque, el cual estaba entonces copado por canoas mexicas; cuando intentaban salvarse vadeando dicho canal les esperaban numerosos hoyos excavados en el fondo del mismo, mientras que campos de estacas sumergidas impedían a los bergantines prestar ayuda. Y todo por no seguir el plan inicial de cegar cualquier vía de agua y mantenerla abierta a las espaldas de la ofensiva. Alvarado tuvo seis muertos. Díaz del Castillo explica la táctica usada para el repliegue: en formación cerrada, procuraban retroceder haciendo rostro al contrario, «unos ballesteros y escopeteros soltanto y otros armando», mientras no dudaban en echar a la laguna a los aliados, en lugares donde pudieran quedar a salvo, pues se trataba de maniobrar sin estorbos, conocedores del deseo mexica de aprovecharse de la masa de gente en retroceso para poder «tomar[nos] en medio ó atajar algunos de nosotros». Una vez más, la presencia de los bergantines, que disparaban a las canoas y a las azoteas desde donde también eran acosadas las tropas hispanas, fue crucial.

Para perfeccionar el cerco, enterado Cortés de que los mexicas podían contactar con tierra por una de las calzadas en Tepeyac, ordenó a Sandoval que la cerrase, y así lo hizo con veintitrés jinetes, cien peones y dieciocho ballesteros y arcabuceros. Incluso para evitar sorpresas por una pequeña calzada semidestruida sita entre las defendidas por Sandoval y Alvarado, destacó en ella Cortés dos bergantines. Pero como todavía obtenían los mexicas suministros de los pueblos ribereños merced a sus canoas, lejos de las calzadas, Cortés ordenó que otros dos bergantines persiguieran y hundieran las canoas enemigas que se dedicaban a tales menesteres de noche. Así se consiguieron muchos suministros, mientras los indios que atrapaban eran ahorcados en las antenas de los bergantines, según el testimonio de Díaz del Castillo. La contrarréplica mexica consistió en armar treinta piraguas y esconderlas en unos carrizales al acecho de los dos bergantines que operaban en la oscuridad de la noche en

la persecución de canoas; varias de estas sirvieron de cebo y el plan funcionó: tras ser atacados por los mexicas, casi todos los hombres de ambos bergantines resultaron heridos, algunos murieron, y uno de los lanchones sufrió severos daños.

Entonces, sobre el 10 de junio, Cortés se decidió por una entrada más profunda en la ciudad desde la calzada de Coyoacán. Mientras ordenaba a Sandoval y a Alvarado que atacasen por las calzadas respectivas, él mismo se puso al frente de un contingente de doscientos peones, con veinticinco ballesteros y escopeteros, sin contar los hombres de los bergantines, cuatro, dos a cada lado de la calzada, además de un refuerzo de caballería de Coyoacán, diez o doce efectivos, que vigilarían la calzada mientras Cortés avanzaba para evitar sorpresas en su retaguardia. En Coyoacán quedaron algunos jinetes y hasta diez mil indios auxiliares, mientras el de Medellín se llevaba consigo hasta ochenta mil guerreros aliados en su avance. Tras vencer la resistencia mexica en varias albarradas y atravesar en dos ocasiones sendos canales cuyos puentes habían sido destruidos, una vez que se rellenaba con materiales de derribo aquellos caminos para la vuelta, Cortés y su hueste pudieron alcanzar la plaza del Templo Mayor merced al uso de las ballestas y arcabuces y, sobre todo, de dos piezas artilleras que iban limpiando de enemigos, que se amontonaban, la calzada y forzando el paso por las albarradas tendidas. Al retroceder mucho más de lo previsto ante la presión cortesiana, toda la plaza se abarrotó de guerreros mexicas, «y a la entrada de la plaza asestóse un tiro, y con él recibían mucho daño los enemigos, que eran tantos que no cabían en ella», relata Cortés. Con todo, al no haber caballos en aquel ataque, los mexicas se rehicieron y comenzaron a presionar las tropas hispanas, que iniciaron el retroceso, muy peligroso, cuando la llegada providencial de tres caballos hizo retraerse a los mexicas, quienes creían que eran una avanzadilla de una fuerza superior, aunque apenas llegaron cinco o seis caballos más. Así, diez o doce notables (treinta dice el cronista Herrera) que se re-

fugiaron en las gradas superiores del Templo Mayor fueron muertos por varios soldados de Cortés que fueron en su busca. La táctica hispana de mantener el camino de vuelta abierto se mostró crucial entonces, pues los caballos pudieron evolucionar en cuatro o cinco ocasiones apoyando a los infantes en su retirada mientras rompían el frente contrario al rehacerse momentáneamente los mexicas. Gracias a una jornada como aquella, cada vez estuvo más clara la necesidad de ir derribando, o quemando, las casas aledañas a las calles donde se combatía, la única fórmula para impedir que desde sus azoteas les acometiesen con el lanzamiento de proyectiles. Según algunas fuentes, mujeres y niños preparaban piedras, las subían a las azoteas e, incluso, las primeras también las arrojaban al paso del enemigo.

Merced a aquellas primeras acciones de guerra, libradas antes del día de San Juan, diversos antiguos aliados de los mexicas, como los texcocanos, los xochimilcos y los otomíes, decidieron comprometerse mucho más en aquella guerra. Cortés les exigió el envío de ayuda militar para demostrarlo, pues quería volver a atacar a los mexicas desde la calzada donde se hallaba y como había hecho tres días antes. En primer lugar, destinó seis bergantines a apoyar las huestes de Sandoval y Alvarado, quienes debían atacar también con todas sus fuerzas, al parecer buscando hacerse fuertes en el centro de Tenochtitlan, una posible solución ante la calamidad de tener que reemprender cada día la conquista de un acceso a la ciudad desde las calzadas. Por su parte, Cortés organizó una hueste con quince o veinte jinetes y trescientos infantes, además de casi todos los aliados indios y dos o tres piezas artilleras, para volver a avanzar por la calzada de Coyoacán y alcanzar la plaza central; los indios habían vuelto a levantar defensas y destrozado los puentes, de modo que el contingente cortesiano tornó a enfrentarse con la misma situación, y mientras las ballestas, arcabuces y artillería hacían mucho daño al enemigo, hasta diez mil indios aliados trabajaban en aderezar el camino (derribar albarradas, cegar acequias, adecuar

los pasos, destruir casas). Cortés, desesperado por la prolongación de la guerra, decidió quemar y derrocar los templos y palacios sitos en la plaza mayor.

Aquel día, los mexicas desmayaron un tanto a causa de la numerosa gente que murió en los combates, pues los caballos pudieron hacer mucho daño, además de ver cómo antiguos aliados suyos habían cambiado de bando. Además, «los siete bergantines que yo tenía entraron aquel día por las calles del agua de la ciudad, y quemaron mucha parte de ella». No obstante, en la jornada siguiente, de tres puentes rehechos, dos habían vuelto a ser derribados por los mexicas en el transcurso de la noche. Tras cinco horas de lucha, «en que se gastaron casi todas las saetas, almacén y pelotas que los ballesteros y escopeteros llevaban», se hallaban en la misma situación que el día previo. El máximo peligro por entonces, según relata Cortés, no era ya los proyectiles lanzados desde las terrazas —pues se colige que casi todas las casas de aquella zona se habían destruido—, sino el hecho de tener que vadear las acequias y canales con un enemigo apostado en la otra parte, si bien se le procuraba mantener alejado merced a las ballestas y armas de fuego.

Tras reunir hasta cien mil guerreros indios aliados (doscientos mil indios auxiliares en total, recuerda López de Gómara), Cortés se decidió por continuar presionando la ciudad por tres o cuatro lugares al mismo tiempo; dividió los bergantines de los que disponía en aquel frente en dos armadas, cada una tendría mil quinientas canoas y cuatro y tres bergantines, respectivamente, para presionar la ciudad por la calzada del sur «y quemasen e hiciesen todo el más daño que pudiesen». Cortés intentó entonces, desde el interior de la ciudad, contactar con el avance de Alvarado desde su calzada; para ello, tras abrir tres puentes, se decidió por dividir su gente en tres grupos, que tomarían otras tantas calles, cada uno con sesenta o setenta infantes y algo más de diez mil indios aliados, dejando algunos jinetes a la retaguardia, como se hacía siempre, para impedir sor-

presas y ayudar en la retirada si era necesario. Tanto aquel como el día siguiente fueron un éxito, aunque sin llegar a contactar con las fuerzas de Alvarado. Este, creyendo poder alcanzar también el centro de la ciudad, se decidió por hacer atravesar a sus hombres uno de los canales, demasiado ancho y profundo, y mientras lo cegaban para que pudiera pasar el resto de la hueste, un contraataque mexica acabó por tomar presos cuatro o cinco soldados españoles, a quienes sacrificaron.

En aquellos días, cuando las fuentes hablan de veinte jornadas consecutivas batallando, tanto Cortés como Alvarado eran presionados por sus hombres para mirar de apoderarse del mercado de Tlatelolco y evitar que los mexicas tuviesen tanto espacio para evolucionar con sus tropas. Cortés buscaba más el desgaste, confiando en el hambre y la sed del contrario. En ningún momento comenta nada sobre la epidemia de viruela que había asolado Tenochtitlan hacía algunos meses. ¿Una manera de evitar que la enfermedad ensombreciese su victoria? Otros testimonios tampoco se hacen eco de las consecuencias de la epidemia, aunque sí de las condiciones en que se realizaba el sitio. Por ejemplo, el padre Sahagún relata: «Y había gran hambre entre los mexicanos, y grande enfermedad, porque bebían del agua de la laguna y comían sabandixas, lacartixas y ratones, etcétera, porque no les entraban ningún bastimento, y poco a poco fueron acorralando a los mexicanos, cercándolos por todas partes». Fray Diego Durán añadiría: «Así lo que más les hizo la guerra fué la grande hambre y necesidad de mantenimientos que tuvieron».

Cortés era consciente de la necesidad de obtener resultados, pero los mexicas todavía eran demasiado fuertes. En ningún caso le convencieron algunas voces que demandaban hacerse fuertes en la plaza central de Tenochtitlan, pues de sitiadores pasarían a ser sitiados, ni podía guardar por las noches los puentes ganados, ya que le faltaban tropas para velar adecuadamente cada uno de ellos en las tres calzadas y, además, aquellos

hombres no estarían en disposición de luchar durante el día. Por otro lado, dominando el entorno de la laguna, y esta en sí misma con los bergantines, se impedía al contrario su abastecimiento. Su estrategia de desgaste, que era correcta, se mantuvo.

Para dar salida a las ansias de victoria de sus hombres, Cortés volvió a demandar una acción conjunta por las tres calzadas, y como él debía acudir a un frente mayor, solicitó tropas a Alvarado quien, a su vez, las recibiría de Sandoval (diez jinetes, cien infantes y quince ballesteros y arcabuceros). Ambos deberían tomar el paso donde Alvarado perdiera a sus hombres en la última ocasión y continuarían adelante. Cortés, con un refuerzo de setenta u ochenta hombres de Alvarado, avanzó a su vez y, como ya hiciera en una jornada previa, dividió su gente en tres grupos para, de esa forma, poder cubrir las tres calles principales que le conducirían a Tlatelolco: uno, dirigido por el tesorero Alderete, con setenta hispanos, ocho de caballería y quince mil o veinte mil aliados; otro, dirigido por Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia, con ochenta hispanos y diez mil indios aliados, dejando en su guarda dos cañones de hierro con ocho jinetes para custodiarlos; y el tercero, dirigido por Cortés, con ocho caballos, cien infantes, de entre los que había veinticinco ballesteros y piqueros, además de una pieza artillera de campaña e «infinito número de nuestros amigos». Los bergantines y las tres mil canoas aliadas seguirían ayudando en la ofensiva, mientras los indios aliados tomaban las azoteas y atacaban a los mexicas, quienes vieron cómo sus primeras defensas caían por efectos de la artillería de campaña de Cortés. Según Cervantes de Salazar, los guerreros aliados «hicieron maravillas, matando hombres, deshaciendo albarradas, ganando puentes y destruyendo casas».

A pesar de las advertencias de Cortés, el grupo de Alderete, que se había adentrado muchísimo en la ciudad sin cuidar de cegar de manera adecuada los canales a su retaguardia, fue copado por los mexicas, quienes comenzaron a aniquilarlos una vez se demostró que los materiales usados para cegar uno de los

pasos, una «cortadura» dice Cortés, no bastaban para sujetar el peso de todos los que pasaban a la desbandada. Cortés, que acudió con quince de los suyos a asistir a su gente, fue rodeado y estuvo a punto de ser capturado por los mexicas. Hubo de ser ayudado por sus hombres, algunos de los cuales pagaron con su vida. En su informe a Carlos I reconoce que: «En este desbarato mataron los contrarios treinta y cinco o cuarenta españoles, y más de mil indios amigos nuestros, e hirieron más de veinte cristianos, y yo salí herido en una pierna; perdióse el tiro pequeño de campo que habíamos llevado, y muchas ballestas, escopetas y armas».

Díaz del Castillo rememora cómo los mexicas alcanzaron su campamento en Tacuba, donde pudieron defenderse con las arremetidas de sus caballos y «con dos tiros gruesos que pusimos junto a nuestros ranchos, unos tirando y otros cebando, nos sosteníamos, porque la calzada estaba llena de bote en bote de contrarios y nos venían hasta las casas [...] con aquellos tiros matábamos muchos dellos». En plena euforia, los hombres de Cuauhtémoc también atacaron las tropas de Sandoval, a quien le hicieron dos muertos, e igualmente hubo bajas entre los tripulantes de los bergantines y entre los de Alvarado, que perdió cuatro. Los mexicas recurrieron también al terror: comenzaron a lanzar cabezas de soldados caídos aquel día en los diversos campamentos hispanos para desmoralizar a sus compañeros, los cuales habían visto cómo los llevaban a los templos para ser sacrificados, gritando que los principales jefes habían muerto. Dicha circunstancia obligó a Cortés a enviar emisarios para saber exactamente el estado de sus tropas y si era verdad lo que se decía.

Díaz del Castillo asegura que aquel día aciago murieron algo más de sesenta hispanos (sesenta y dos, sesenta y seis o setenta y ocho llega a decir en diversos capítulos de su obra) y siete caballos. El padre Sahagún asevera que fueron cincuenta y tres los caídos y cuatro caballos. Fernández de Oviedo explica que mu-

rieron treinta y cinco o cuarenta hombres, además de una veintena de heridos. López de Gómara habla de cuarenta españoles presos y sacrificados, además de cuatro hombres de Alvarado y uno de los capitanes de los bergantines muertos en combate; heridos de consideración al menos treinta. También se perdieron tres o cuatro caballos y un cañón. Indios aliados debieron morir, quizá, más del millar que asegura Cortés; López de Gómara afirma que fueron dos mil. Cervantes de Salazar cifra en ochenta y dos las bajas hispanas de aquel día. Cortés recriminó al tesorero Alderete que por su culpa se hubiese avanzado demasiado sin cuidarse de la retaguardia, como tantas veces se había repetido, perdiéndose los hombres; Alderete alegaba que, en aquella ocasión, había sido Cortés quien había pecado de audaz al permitir a sus tropas avanzar en pos de la victoria. Después de una derrota, todo el mundo tiene una recriminación o una excusa.[13]

El final de un imperio

Durante cinco días, que luego fueron ocho, en los tres campamentos hispanos los hombres recibieron la orden de velar toda la noche los infantes juntos en la calzada respectiva, mientras los bergantines les apoyaban desde la laguna y los efectivos de caballería se dividían en dos secciones, una de las cuales prestaba vigilancia también en la calzada y la otra defendía el campamento en su retaguardia. Con todo, a decir de Díaz del Castillo, muchísimos indios auxiliares decidieron abandonar el sitio; no obstante, algunos caciques eran conscientes de que aquel se ganaría gracias a la falta de suministros y agua de los mexicas y persistieron en su ayuda a los hispanos. Mientras los mexicas celebraban su victoria con sacrificios y demás rituales, las tropas de Cortés comenzaron a cegar de nuevo las acequias y repararon los puentes lo mejor que supieron por turnos, demostrando al contrario que no pensaban cejar. Poco después se reanudaron los combates por las calzadas, pero Cortés no perdió en ningún momento la iniciativa en la laguna merced a los berganti-

nes, que ahora se enfrentaban a las estacadas para hacerlos zozobrar con menos miedo una vez aprendida la técnica —simplemente, aprovechar el viento favorable y remar con más fuerza para pasar por encima de ellas sin ser frenados— para superarlas. Díaz de Castillo explica cómo, sin la ayuda de los auxiliares, pero también sin su estorbo por si había que recular a lo largo de la calzada, los hombres de Cortés volvieron a internarse en la ciudad por las tres calzadas, retornando solo en el momento en que eran rodeados por tres partes y estaban en peligro de ser atajados por la retaguardia. Los mexicas, no habría que decirlo, peleaban con nuevos bríos después de su victoria, sobre todo cuando, además, habían conseguido ballestas de los caídos, y cinco de los españoles que tenían presos, antes de ser sacrificados pues se negaron a disparar contra los suyos, fueron obligados a enseñarles su uso y a fabricarles saetas. Pero no parece que fuesen muy diestros en su manejo a la hora de la verdad —tampoco con las espadas obtenidas, en manos siempre de capitanes, para quienes acabarían siendo un elemento de prestigio—. Por otro lado, tras tantos días de lucha y con la consiguiente experiencia acumulada, la caballería era ofendida cuando entraba en la ciudad con lanzas largas que, de alguna forma, los mexicas habían incorporado a su armamento.

Tras jornadas agotadoras pues, de hecho, no terminaban nunca, ya que se debía velar todas las noches, Díaz de Castillo reconoce que era en las retiradas hacia sus campamentos cuando quedaban heridos más hombres, fruto, sin duda, del cansancio acumulado, además de la presión militar mexica. Por ello, eran bien venidos los aguaceros que caían algunas tardes, «porque, como se mojaban los contrarios, no peleaban tan bravosamente y nos dejaban retraer en salvo, y de esta manera teníamos descanso». Por entonces, comprobando cómo los hombres de Cortés flojeaban en sus ataques, uno de los caciques tlaxcaltecas Chichimecatecutli, que había actuado durante todo el sitio desde la posición de Pedro de Alvarado, decidió emprender un ata-

que en solitario. Su estrategia consistió en dejar tras de sí cuatrocientos flecheros camuflados en uno de los pasos peligrosos para que, cuando se retirase tras su incursión en la ciudad, estos frenasen el ímpetu de los mexicas, a los que tomarían por sorpresa. Funcionó perfectamente. Según Cortés, que no puede dejar de admirar la acción militar, tras internarse en la ciudad y pelear todo el día, Chichimecatecutli consiguió atraer a los mexicas hacia una de las acequias y, tras vadearla sus hombres, los cuatrocientos flecheros causaron estragos entre los rivales. Solo cuando, transcurridos diez días, los aliados vieron cómo los mexicas no solo fueron incapaces de acabar con el contingente hispano, sino que las operaciones continuaban en el interior de la ciudad, decidieron reincorporarse a la lucha.

Cortés, inquieto ante las noticias de que los mexicas habían entrado en contacto con unas provincias lejanas, Malinalco y Matlatzinco, donde Cuauhtémoc tenía parientes, para intentar que estas se levantasen en armas y atacasen por su retaguardia los campamentos hispanos, decidió enviar contra los primeros a Andrés de Tapia, quien partió con ochenta infantes y diez jinetes, y a Gonzalo de Sandoval más tarde contra los segundos, con dieciocho jinetes y cien infantes, entre los cuales solo había un ballestero, resalta Cortés, además de auxiliares otomíes, cuyos pueblos estaban siendo atacados por los anteriores. ¿Se habían perdido muchas armas? Todo parece indicar que sí, no solo por el detalle del armamento capturado por los mexicas, sino también por la necesidad de mantener la mayor parte del disponible en la lucha en las calzadas. Una y otra vez, Díaz del Castillo asevera cómo en las retiradas y, sobre todo, para proteger los campamentos, artillería, arcabuces y ballestas, junto con las arremetidas de los jinetes, eran fundamentales. Por ello, ¿hasta qué punto la importancia de estas armas no radicaría, en realidad, mucho más en un plano defensivo que ofensivo? Por otro lado, Cortés impuso su criterio de atacar ambas localidades a pesar de las críticas a sacar tropas de los campamentos en torno a Teno-

chtitlan en unos momentos como aquellos, pues era muy consciente de que se jugaba el apoyo de los indios aliados, además de erradicar la posibilidad de ser atacado por su retaguardia.

Andrés de Tapia, según relata Cervantes de Salazar, derrotó a los naturales de Malinalco, e hizo que aceptasen la paz dentro de los diez días de plazo que le había dado Cortés, quien no podía prescindir de sus hombres durante mucho más tiempo. Por su parte, Sandoval atacó a la gente de Matlatzinco siguiendo la táctica habitual: rompió su frente con la caballería y, mientras se mantenía el alcance, alanceando entre sus tropas, hasta la propia ciudad, los indios auxiliares (sesenta mil dice Cortés, una cifra que parece muy exagerada; hasta setenta mil la incrementa López de Gómara; diez mil señala el más comedido Cervantes de Salazar) iban rematando a los heridos y a los que se habían quedado rezagados en la huida. Cortés reconoce que se mató entonces a unas dos mil personas. Una vez llegados los infantes hispanos a la ciudad, los de Matlatzinco enviaron a sus mujeres e hijos a un peñol fortificado, mientras ellos hacían frente al contrario; pero fueron superados, por lo que hubieron de refugiarse también en dicho peñol. La urbe fue quemada. Sandoval decidió descansar tras aquella jornada y atacar al día siguiente. Cuando comenzó a subir el peñol con ánimo de tomarlo, los auxiliares otomíes le informaron de que las gentes de la ciudad habían huido. Cuatro días después del regreso de Sandoval, aquellas urbes se dieron de paz a Cortés, para su alegría.

Mientras Tapia y Sandoval cumplían su misión, los mexicas lanzaron una ofensiva por la calzada de Tacuba; Alvarado se defendió lo mejor que pudo, cuando Cortés envió a su gente por Coyoacán para que la presión mexica aflojase en el otro frente. Con todo, la fortuna volvió a sonreír a Cortés cuando un barco de la postrera expedición de Juan Ponce de León a Florida tocó en Veracruz. Entonces, su hombre en la villa, Rodrigo Rangel, le envío algunas tropas y, lo más importante, «cierta pólvora y ballestas, de que teníamos muy extrema necesidad», pues Díaz del

Castillo asegura que la primera se había terminado en los tres campamentos.

Tras mes y medio de sitio, según el cómputo de Cortés, este decidió variar de táctica para tomar México-Tenochtitlan, una vez que sus ofrecimientos de paz no tenían eco, consistente en, conforme se iban ganando calles de la misma, ir derrocando todas las casas de un lado y otro, «de manera que no fuésemos un raso adelante sin dejarlo todo asolado, y lo que era agua hacerla tierra firme, aunque hubiese toda la dilación que se pudiese seguir». Para conseguir tal fin hubo de convocar a todos los caciques aliados para que le enviasen un gran número de zapadores. La decisión hubo de pesarle en el ánimo a Cortés, ya que en caso de victoria entregaría a su rey un montón de ruinas y no una capital intacta, como sería su deseo. Quizá en el ánimo de muchos de sus aliados amerindios sí estuvo presente el deseo de aniquilar la famosa ciudad. Algunos testigos de los hechos, en el juicio de residencia de Cortés, coincidieron en declarar cómo aquella decisión estratégica se mostró acertada: Alonso de Navarrete señaló que «si no se derrocara, no se podiera acabar de ganar, a lo menos tan presto». Gaspar de Garnica coincidía cuando «bio que fue nezesario hazerse, e para ello fue rrequerido, porque veya el daño que les hazian los enemigos a cabsa de no derrocaer las casas que se ganaban en un dia, porque otro dia las hallavan fortaleçidas y puestas en guerra». Pedro Rodríguez de Escobar afirmaría que «fue necesario para ganalla, destruylla y derrocarla».[14]

Una vez tomada aquella difícil decisión, Cortés ordenó atacar a un mismo tiempo por las tres calzadas con ánimo de entrar hasta Tlatelolco y conseguir comunicarse unos con otros en el interior de la ciudad. Tras algunas añagazas de los mexicas, que intentaron confundirles con sus deseos de paz para ralentizar la ofensiva, el de Medellín llegó a la plaza central donde la halló «toda sembrada de piedras grandes para que los caballos no pudiesen correr por ella, porque por lo firme estos son los que les

hacen la guerra, y hallamos una calle cerrada con piedra seca y otra también llena de piedras, para que los caballos no pudiesen correr por ellas». Para impedir contraataques, Cortés comenzó a asolar casas y a cegar canales y acequias merced, dice, a los ciento cincuenta mil hombres que tenía a su disposición. Así, mientras él mismo y sus tropas con parte de los auxiliares batallaban tomando albarradas y forzando pasos, la caballería cuidaba de que no fuesen acometidos por su retaguardia, y el resto de los indios de apoyo se dedicaban a quemar y allanar las casas siguiendo el plan trazado. Cuando los aliados flaqueaban, la ayuda de tres o cuatro jinetes solía bastar para rehacerlos y lanzarse de nuevo al ataque, mientras que, a veces, se aprovechaban las retiradas propias para tender una celada al contrario, que en su ímpetu no reparaba en cómo varios jinetes e, incluso, varios infantes escondidos en una casa esperaban la ocasión para exterminar, de hecho, a los más valientes. Experimentando con aquellas circunstancias de combate, Cortés ideó una añagaza: hizo ver que sus tropas se retiraban una tarde a causa del empuje de los mexicas, cuando solo habían participado ocho o diez jinetes, y habían sido heridos dos caballos. Aquella noche pidió un refuerzo de caballos a Sandoval y Alvarado, y a la mañana siguiente contaba con cuarenta efectivos. Envió con sus tropas, como cada día, nueve jinetes a combatir a la ciudad, mientras él mismo comandaba otros treinta que se escondieron en unas casas, junto con cien infantes y unos mil tlaxcaltecas. Tras la oportuna refriega en la plaza central, las tropas de Cortés comenzaron a retraerse como estaba pactado una vez habían afrentado lo suficiente a los mexicas; estos, una vez comprobado que su enemigo se retiraba, ciegos de furor se lanzaron tras ellos, y entonces un disparo de arcabuz dio la señal para que los treinta jinetes de Cortés entrasen en acción, tomando desprevenido a un numeroso contingente de mexicas. Más de quinientos murieron, «todos los más principales, esforzados y valientes hombres; aquella noche tuvieron bien que cenar nuestros ami-

gos, porque todos los que se mataron, tomaron y llevaron hechos pozas para comer». Poco a poco, los mejores efectivos de los mexicas iban cayendo, mientras Cortés conseguía la revancha del aciago día en que le mataron varias decenas de sus hombres. El canibalismo de los aliados se dio por bueno. En realidad, había mucho oro en juego como para tener escrúpulos; la mejor prueba es cómo Cortés se admira, aquel mismo día y en plena lucha, de que algunos de sus hombres hallaran en una tumba joyas por valor de mil quinientos castellanos.

Cortés sabía perfectamente que se imponía explotar aquella derrota, máxime cuando se supo por un rendido de la ciudad que los mexicas se morían de hambre, y salían de noche a pescar y a rebuscar raíces y cualquier otra cosa para comer. Sin compasión alguna, organizó una nueva celada con doce o quince jinetes, infantes hispanos y aliados, así como con el apoyo de los bergantines. Antes del alba, la gente de Cortés dio sobre una gran multitud desarmada, mujeres y niños, de hecho, que habían salido a buscar de comer, «e hicimos tanto daño en ellos por todo lo que se podía andar de la ciudad, que presos y muertos pasaron de más de ochocientas personas»; desde los bergantines tomaron también mucha gente así como canoas mexicas que andaban pescando.

Al día siguiente, los hombres de Alvarado consiguieron tomar los últimos puentes y dominar la calzada de Tacuba hasta la plaza central, de manera que podían enlazar con Cortés y su gente merced a su estrategia consistente en convertir una ciudad lacustre en una superficie firme donde podían avanzar los caballos, si bien a costa de su parcial destrucción. Alcanzadas las casas de Cuauhtémoc, estas fueron pasto de las llamas, mientras se mantenía la presión, cuando, en palabras de Cortés, tras tomar dos puentes y cegar otros muchos pasos, «de cuatro partes de la ciudad, las tres estaban ya por nosotros, y los indios no hacían sino retraerse hacia la más fuerte, que era a las casas que estaban más metidas en el agua».

El día del apóstol Santiago, 25 de julio, Cortés ganó una avenida de agua muy ancha, donde hubo de emplearse a fondo, momento en el que refiere cómo sus infantes, a los que había armado con picas fabricadas después del día en que fueron derrotados, sirvieron muy bien. Este pasaje nos aclara cómo se pudo superar el tremendo desgaste que significaba para el armamento tanto la prolongación del sitio como la pérdida de material bélico. López de Gómara asevera: «Faltaba ya la pólvora, bien que sobraban las saetas y picas; como se hacían cada día [...]».

Tres días más tarde, con continua lucha y consiguiendo adelantar posiciones sin apenas pérdidas del lado cortesiano, Cortés aseguraba que «de ocho partes [de la ciudad] teníamos ganado las siete», y, no sin asombro, escribía que la población superviviente se apiñaba en algunas casas en la última zona lacustre resistente, cuando, además, debía ser terrible «la grandísima hambre que entre ellos había, y que por las calles hallábamos roídas las raíces y cortezas de los árboles». En aquellas circunstancias, y escaseando la pólvora, como se ha señalado, Cortés escuchó la recomendación del soldado Sotelo —un sevillano que había servido, según decía, con el Gran Capitán en batallas como Ceriñola y Garigliano, como nos explica Díaz del Castillo— de construir una catapulta —o trabuco, como aparece citada en las crónicas— para domeñar la resistencia mexica. Fue un fiasco: tras varias jornadas construyéndola, la primera piedra que lanzó no trazó una trayectoria parabólica, sino que subió alto para caer más tarde casi a los pies del ingenio. Cortés mandó destruir el aparato.

Mientras se construía la catapulta, Cortés propuso constantemente a los mexicas concertar una paz, pero todo indica que aprovecharon aquellos momentos de respiro para deshacerse de la población no combatiente, pues él mismo señala cómo «hallamos las calles por donde íbamos llenas de mujeres y niños y otra gente miserable, que se morían de hambre, y salían traspasados y flacos, que era la mayor lástima del mundo de verlos, y

yo mandé a nuestros amigos que no les hiciesen daño alguno». Comprendiendo que solo con la toma de la ciudad al completo acabaría la guerra, Cortés convidó a Alvarado a atacar con toda su gente un gran barrio con más de mil casas, mientras el de Medellín hacia lo propio por otra parte con los suyos combatiendo a pie pues «a caballo no nos podíamos aprovechar por allí». Según los testimonios citados por el padre Sahagún, los castellanos «ordenaron sus escuadrones y comenzaron a ir contra el fuerte. Y los mexicanos, como los vieron ir, escondíanse por miedo del artillería. Y los españoles iban poco a poco llegándose al fuerte, muy bien ordenados y muy juntos». El barrio fue conquistado y, para entonces, el hartazgo de los muchos días de combates se impuso: Cortés asegura que, entre muertos y presos, los mexicas tuvieron doce mil bajas, cuando las tropas aliadas «usaban de tanta crueldad [...] que por ninguna vía a ninguno daban la vida, aunque más reprendidos y castigados de nosotros eran». En palabras de Cervantes de Salazar, Cortés hizo en ellos «horrible y espanto[so] estrago».

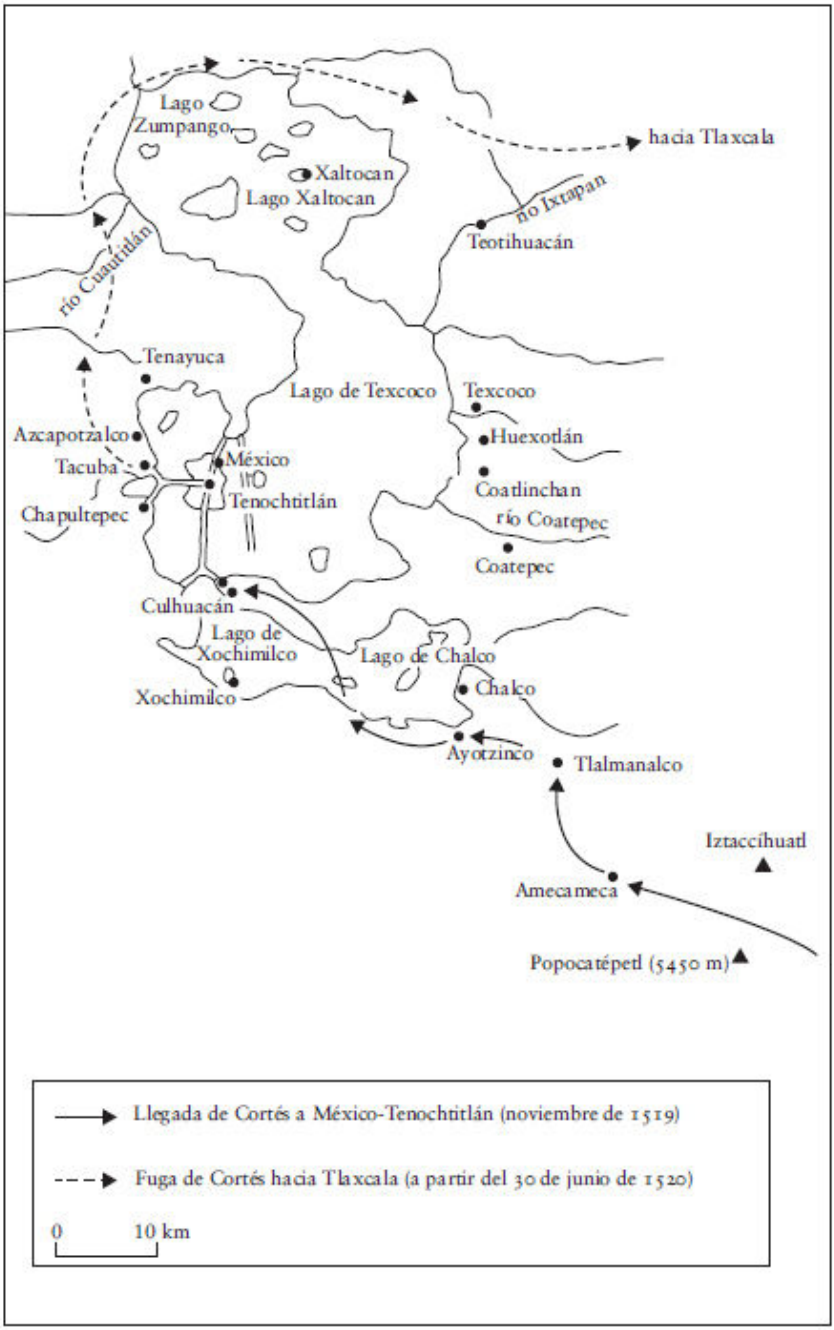
En ese momento, Cortés parece haber apostado porque el agotamiento de tantas semanas de combates podría ahorrar algunas vidas, de modo que buscó entablar conversaciones de paz dejándose de combatir durante tres días; al cuarto, se dio cuenta de que todo era una añagaza para ganar tiempo y recuperarse los mexicas. Entablada la lucha de nuevo, Cortés envió a Sandoval al mando de los doce bergantines a presionar desde la laguna la posición mexica, mientras él mismo y Alvarado iniciaban el último avance. La descripción que nos hace Cortés es terrible, con unos mexicas que apenas hallaban con qué defenderse, pues habían agotado las flechas y jabalinas, mientras saltaban entre cadáveres de azotea en azotea para pelear con rodela y macana contra sus enemigos hasta el último hombre. Y añade: «Aquel día se mataron y prendieron más de cuarenta mil ánimas; y era tanta la grita y lloro de los niños y mujeres, que no había persona a quien no quebrantase el corazón, y ya nosotros teníamos

mas que hacer en estorbar a nuestros amigos que no matasen ni hiciesen tanta crueldad que no en pelear con los indios», al tiempo que recuerda cómo ellos eran apenas novecientos hombres y los auxiliares ciento cincuenta mil, de suerte que no podían —no se atrevieron— a entorpecerles en sus designios de venganza.

Al día siguiente, esperando Cortés el final del sitio, hizo llevar tres cañones gruesos (cuatro dice López de Gómara) por si una multitud de mexicas decidía salir en tromba y atacar de aquella forma, pero lo cierto es que ya había tal cantidad de muertos y el espacio era tan reducido que Cortés se exclamaba sobre cómo se había llegado a aquella situación, cuando, según sus propios cálculos, ya habían muerto cincuenta mil pobladores en la ciudad, que yacían insepultos, mientras otros tantos se salían del último reducto mexica en busca del amparo de los españoles, pues muy poco podían obtener de los aliados de estos; según Cortés, apostó algunos de sus capitanes en las calles para que se impidiese la masacre de los vencidos, pero la medida sirvió de bien poco y más de quince mil fueron sacrificados por las tropas aborígenes aliadas. Solo algunos guerreros mexicas continuaban luchando cuando el de Medellín mandó disparar algunos cañones para romper su resistencia; al mismo tiempo, las tropas de Alvarado los presionaban hacia la laguna, donde los bergantines los esperaban para quebrar la resistencia de las últimas canoas mexicas. En una de ellas, García Holguín, capitán de uno de los bergantines, tomó preso a Cuauhtémoc. De eso se trataba: que no escapase. Era la tarde del 13 de agosto de 1521, día de San Hipólito.

«Mandó Cortés que así españoles como indios saqueasen la ciudad. Los españoles tomaron el oro, plata y plumas, y los indios la otra ropa y despojo, que fue en gran cantidad, y mandó en lugar de luminarias, señal de pública alegría, hacer grandes fuegos en las calles y plazas, y fueron tan grandes que estaba la ciudad tan clara como de día», escribe Cervantes de Salazar. Se-

gún el padre Sahagún, a los españoles solo les interesaba el oro, «y las mujeres mozas hermosas, y algunas de las mujeres, por escaparse, desfrazábanse poniendo lodo en la cara y vestiéndose de andrajos. También tomaban mancebos y hombres recios para esclavos». El botín de México-Tenochtitlan se estableció en ciento treinta mil castellanos: casi con toda seguridad murió mucha más gente. Cuauhtémoc y un noble mexica fueron torturados inquiriéndoles dónde se hallaba el tesoro perdido durante la retirada de la «Noche Triste»: una buena señal de cuál sería el futuro de la nación mexica.



MAPA 5. El valle de México.

Según López de Gómara, cien mil guerreros mexicas cayeron,

sin contar los que «mató la hambre y pestilencia». La cifra de muertos hispanos pudo rondar el centenar, pero no hay un cómputo aceptable de los aliados caídos, que llevaron el peso de la guerra. En el Códice Florentino se dice que los texcocanos tuvieron treinta mil bajas y los mexicas doscientas cuarenta mil; el mismo número de bajas señaló el cronista Fernando de Alva Ixtlilxóchitl para los mexicas. Es probable que por cada hispano caído en aquellos combates murieran mil indios aliados. Así, la cifra de cien mil muertos para estos últimos podría ser aceptable. [15]

En palabras de Cortés, en carta a Carlos I de comienzos de abril de 1522:

> Sólo doscientos mil pesos de oro tomaron, y quedaron muy fortalecidos en la dicha ciudad los españoles, de los cuales hay al presente en ella mil quinientos peones y quinientos de caballo; y tienen más de cien mil indios de los naturales de la tierra en el campo en su favor. Son cosas grandes y extrañas, y es otro mundo sin duda, que de sólo verlo tenemos harta codicia los que a los confines de él estamos.[16]

LOS SITIOS DE CUZCO Y LIMA

Diversas noticias sobre la existencia de un estado rico y poderoso situado más al sur circulaban por Panamá antes de 1523. Dichas noticias animaron a Francisco Pizarro (1476-1541) y a su principal socio, Diego de Almagro (1472-1538), veteranos de la época de Alonso de Ojeda, Vasco Núñez de Balboa y Pedrarias Dávila, a organizar una serie de expediciones para saber algo más concreto. En 1524-1525 y 1526-1528 viajaron en dirección sur intentando hallar rastros de las ricas tierras de las que les habían hablado los indios. Por último, en 1528, encontraron lo que iba a ser la puerta de entrada al imperio inca: la ciudad de Tumbes. El propio Pizarro estuvo en la corte hispana entre 1528 y 1530 capitulando con la Corona sobre el gobierno de las tierras que esperaba conquistar (capitulación de Toledo de 1529), además de reclutar seguidores en Trujillo, de donde era originario. Con ciento ochenta hombres y treinta y siete caballos, Pizarro dejó Panamá el 20 de enero de 1531 para conquistar el imperio incaico (Tawantinsuyu). Pizarro tuvo la enorme fortuna de encontrarse un estado enzarzado en una guerra civil desde 1529

—en 1527 (o 1528) había muerto el emperador Huayna Cápac, y comenzaba la transición hacia la entronización del nuevo inca, se disputaban tal honor Huáscar y Atahualpa (Atao Huallpa)—. Atahualpa estaba a punto de conseguir la victoria total tras derrotar a su hermanastro en la batalla de Chontacaxas —la explicación más tradicional—, aunque, según las investigaciones de Franklin Pease, la situación también puede entenderse como un momento de caos político y religioso que precedía al nombramiento de un nuevo inca, con un tipo de conflicto basado en una guerra ritual y no un enfrentamiento bélico convencional, al estilo del practicado por los europeos.

Pero si esta hipótesis es cierta, el caos político en el que se sumió el territorio más bien vendría de la mano de la presencia del grupo conquistador hispano. Por otro lado, como en el caso del imperio mexica, el inca dominaba diversas etnias que estaban resentidas con el gobierno de la casta de gobernantes incas. En palabras de Waldemar Espinoza:

> El hecho de que el Incario se componía de cerca o más de doscientos reinos pequeños, y que cada uno de ellos guardaba un odio profundo al Imperio conquistador, es una verdad comprobada. La fácil entrada y expansión de los españoles en el Perú se debió precisamente a esa realidad. Actuaba dentro del Imperio un numeroso y peligroso número de curacas, descendientes de los antiguos reyes locales conquistados por los incas. Ellos socavaban la religión y todos los fundamentos del Estado [...] Desde Tumbes y Quito hasta Charcas y Chile el ambiente era igual. Todos abrigaban desde hacía muchos años ya un profundo y vehemente encono subterráneo.[17]

Y según Juan José Vega, «la Conquista fue una guerra entre conquistadores. Entre los conquistadores españoles que llegaron a partir de 1528 y los conquistadores cuzqueños, que, algo antes, habían creado su imperio, venciendo a innumerables etnias o naciones indias a partir de 1470».[18]

Es decir, «en muchos territorios andinos existió sometimiento pero no claudicación» ante los incas.[19]

En la primavera de 1532 aún se hallaba Francisco Pizarro operando en el norte del territorio tras contactar con algunas etnias hostiles a Atahualpa. También recibió algunos refuerzos desde Nicaragua, desde donde llegaron Hernando de Soto (1500-1542) y Sebastián de Belalcázar (1480-1551). Hasta noviembre de 1532

no pudo alcanzar Pizarro a Atahualpa en Cajamarca, donde teóricamente se enfrentó a un ejército inca de entre treinta mil y cuarenta y dos mil hombres, aunque Franklin Pease advierte: «Los grandes ejércitos que el Inca movilizaba se hallaban constituidos, en su mayor parte, por cargadores que transportaban los objetos de la redistribución que el propio Inca ejercía [...] Además, muchos de los que acompañaban al Inca integraban un inmenso cuerpo de participantes en un ritual de desplazamiento [...] De manera que los ejércitos grandes de Cuzco bien pueden ser puestos en duda».[20]

Una hipótesis plausible es que Atahualpa dejó avanzar libremente al grupo conquistador hasta Cajamarca, pues confiaba en su superioridad numérica, pero también por la curiosidad que sentía. Pero el resultado final del encuentro no lo tenía previsto. Como ocurrió en el caso de México, la captura de Atahualpa significó la transmisión del poder supremo —o, al menos, su control— a manos hispanas, pues la victoria española se interpretó, también, como una manifestación de los poderes sobrenaturales de los invasores. Los hispanos no hicieron nada por desmentirlo. No obstante, como señala Rafael Varón, «muy pronto los españoles dejaron de ser vistos por los indígenas como elementos curiosos y exóticos, entendiéndose que representaban una amenaza bélica y política. Para entonces los invasores ya habían logrado introducirse en los asuntos internos de Perú y pronto controlarían el sistema de autoridad, que llegaba a su cúspide en la persona del Inca».[21]

Pizarro reclamó un rescate para libertar a Atahualpa —rescate que se valoraría en poco más de un millón y medio de pesos—, quien, tras pagarlo, fue ejecutado (julio de 1533). Antes del luctuoso hecho, Atahualpa, merced a las posibilidades que le dio el hecho de poder enviar emisarios por todo el imperio para poder demandar el rescate de su persona, dio órdenes a los generales de sus ejércitos de ocupar Cuzco y ajusticiar a Huáscar en Andamarca a inicios de 1533; una muerte achacable, sobre todo, a

la situación de caos creada por la presencia del grupo hispano en el territorio, como decíamos. También en abril de 1533 se había incorporado a la campaña Diego de Almagro, quien desde Panamá aportó otros ciento cincuenta hombres de refuerzo. La negativa de Francisco Pizarro a que este y los suyos participasen en el reparto del botín por el rescate de Atahualpa tendría desastrosas consecuencias en el futuro, máxime cuando el botín obtenido en la toma de Cuzco (1.920.000 pesos) no bastó para acallar la codicia de los hombres de Almagro, que ahora sí participaron en el reparto del mismo, e hicieron de la conquista del Tawantinsuyu la más extraordinaria empresa militar de las Indias en cuanto a sus resultados económicos inmediatos. Entre dichas consecuencias hallaríamos lo que Carlos S. Assadourian ha llamado con acierto un «estado de guerra permanente» que se extendería desde la pugna inicial entre Atahualpa y Huáscar, entorpecida por la llegada del grupo conquistador, a la que seguiría el serio intento de Manco Cápac Inca por expulsar a los hispanos entre 1536 y 1539, el inicio de las guerras civiles con los enfrentamientos de 1537-1538 y 1541-1542, la rebelión de los encomenderos pizarristas, liderados por Gonzalo Pizarro, contra la Corona entre 1544 y 1548 y, por último, el levantamiento cuzqueño de los encomenderos de Hernández Girón ya en la década de 1550.[22] Mucha plata, pero también mucha sangre.

Mientras el gobernador Francisco Pizarro edificaba Lima, fundada el 18 de enero de 1535, y Diego de Almagro partía en el primer intento por conquistar Chile a partir de junio de ese mismo año, Manco Inca Yupanqui, el nuevo inca promocionado por Pizarro poco antes de la entrada en Cuzco en noviembre de 1533 —una elección, de hecho, de la propia élite cuzqueña superviviente de la guerra civil—, permanecía en la antigua capital imperial a buen recaudo de Juan y Gonzalo Pizarro. Todo indica que el emperador fue duramente tratado y vejado[23] mientras era custodiado, lo que, junto a las muchas exacciones que soportaban los indios —según Alonso Enríquez de Guzmán «sus caçi-

ques e yndios les tratavan tan mal, syrviéndose demasiado dellos, quemándolos y atormentándolos por sacales oro y plata, que se lo hizieron hacer [levantarse en armas Manco]»—,[24] le inclinarían finalmente a sublevarse contra los hispanos. El motivo para tal comportamiento había sido un primer intento de fuga del emperador, que fue neutralizado. La respuesta de los indígenas fue asesinar a varios encomenderos —se ha llegado a barajar la cifra de una treintena—. Gonzalo Pizarro organizó una batida en busca de satisfacción por lo ocurrido, pero para entonces los aborígenes se habían hecho fuertes en un peñol. Ante la sospecha de traición de un curaca de Cuzco, que fue a parlamentar con ellos, Gonzalo Pizarro mandó quemarlo vivo. Las tropas hispanas consiguieron tomar el peñol al asalto mediante una añagaza y se inició la matanza. Antonio de Herrera, tan reacio siempre a mencionar a los indios auxiliares, como todos los demás cronistas, en esta ocasión, sin embargo, iniciaba el relato de los espeluznantes hechos acontecidos tratando sobre ellos: comenzaron la «cruel matança [...] cortando piernas y braços con infinito derramamiento de sangre, no siendo más piadosos los castellanos».[25] Algunos apostaron por el suicidio, arrojándose al vacío. El caso más aterrador fue el de un curaca (cacique), quien se despeñó arrastrando tras de sí a su mujer y a sus dos hijos, a quienes había atado con una cuerda, además de sus llamas y unos fardos con sus posesiones materiales.

Tras aquellos castigos, que apenas si podían frenar la rebelión larvada, Manco Inca solo tenía que esperar su oportunidad. Esta llegaría cuando Hernando Pizarro alcanzase Cuzco en calidad de lugarteniente de su hermano Francisco con tropas de refuerzo. Hernando Pizarro, ávido de oro, mejoró las duras condiciones de la prisión de Manco Inca; este supo jugar con la codicia del extremeño prometiéndole parte de los tesoros que se habían escondido ante el avance hispano hacia Cuzco. Tras solicitar su libertad para poder actuar con garantías de éxito, en una primera oportunidad Manco Inca se ausentó de la capital, regresando

al poco con algunos objetos de oro. A pesar de las protestas de Juan y Gonzalo Pizarro, quienes recelaban, Manco Inca obtuvo un segundo permiso para realizar una nueva salida hacia el valle de Vilcanota, donde prometía hallar tesoros que se encontraban en la localidad de Yucay, pero el emperador ya no regresó. Para entonces, la mayor parte de la población de la zona estaba convencida de la necesidad de resistir a los invasores, y Manco de luchar por la restitución del poder de los incas.

Para el Inca Garcilaso, la estrategia incaica era muy clara: aprovechar la dispersión de las fuerzas hispanas por el territorio para, al mismo tiempo, caer sobre ellas con tropas suficientes y aniquilarlas antes de que se pudieran asistir unas a otras. La clave estaba en reclutar un número suficiente de hombres, y conseguir los abastecimientos necesarios para mantenerlos, con la premura precisa como para que los hispanos no reaccionasen a tiempo y abortaran toda la operación. Las primeras víctimas fueron todos los españoles que hallaron desparramados —y desprevenidos— por el territorio.[26] Según Cristóbal de Molina, la causa fue que como estos «no se contentaban del servicio de los naturales y pretendían robarles en cada pueblo, en muchas partes no los podían [sufrir] y se comenzaban a alzar y a cabdillarse para defenderse dellos porque ciertamente en demasía les hacían malos tratamientos».[27] Hernando Pizarro envió en persecución de Manco Inca a su hermano Juan con sesenta jinetes (en otras versiones saldría el propio Hernando con setenta de a caballo), pero fueron detenidos por un grupo considerable de tropas nativas, quizá diez mil hombres —aunque pudieran ser perfectamente solo mil—. Si bien estos fueron derrotados, los españoles no pudieron pasar adelante, sobre todo porque desde Cuzco llegó un mensajero reclamando su presencia: los aborígenes habían puesto sitio a la ciudad.[28] A partir de ese momento, la historia de la conquista de Perú iniciaría una nueva andadura.

El primer sitio de Cuzco

Tras la huida del emperador Manco Inca de Cuzco en abril de

1536, en breve plazo se organizó un ejército inca de resistencia cuyo propósito inicial iba a ser la expulsión de los hispanos de la capital imperial. Al mismo tiempo, diversos destacamentos incaicos se dispondrían a atacar otras tantas compañías hispanas, siempre apoyadas por auxiliares indios y esclavos africanos llegados de Centroamérica, que, siguiendo órdenes del gobernador Pizarro, estaban enzarzadas en la conquista de algunas provincias del territorio antaño dominado por los incas. Según señala Juan de Betanzos, Manco ordenó matar a «todos los cristianos que hallaron derramados entorno de la ciudad y, ansimismo, mandó matar Mango Ynga todos los puercos que había en todos los repartimientos», principal alimento de la limitada despensa del grupo conquistador.[29]

El ejército inca que acabaría por poner sitio a Cuzco a partir de mayo de 1536 se evaluó en doscientos mil efectivos. Cieza de León, quien aportó dicha cifra, la reitera una y otra vez en su crónica a la hora de demostrar el viejo axioma de que muchos pueden ser derrotados por muy pocos. Las gestas de Alejandro Magno y la de los romanos fueron oportunamente citadas.[30] El autor anónimo de la *Relación del sitio del Cuzco* afina más cuando habla de cien mil indios de guerra y ochenta mil de servicio que operaban formando hasta nueve escuadrones de entre diez mil y veinte mil hombres. Frente a ellos, las fuerzas hispanas varían: los ciento ochenta efectivos de Cieza pasan a ser los ciento setenta castellanos y mil auxiliares indios en la crónica de A. de Herrera; otros autores se fijan en la cifra de doscientos hispanos, como el Inca Garcilaso, aunque especificando Enríquez de Guzmán que la mitad eran «coxos y mancos, syn los covardes»[31], mientras que Pedro Pizarro habla de setenta u ochenta efectivos de caballería de un total, como decíamos, de un par de cientos de europeos. Juan de Betanzos comentó la existencia de doscientos cincuenta cristianos, pero incluyendo «clérigos y frailes y mozos y muchachos y enfermos, entre los cuales no había sino cien hombres de guerra».[32] Cristóbal de Molina sitúa su

cifra en ciento cincuenta (cien de ellos efectivos de caballería, cantidad que también reconoce Enríquez de Guzmán) o los solo noventa efectivos de a caballo que nos confirma el autor de la *Relación*, quien además, y significativamente, explica que a los infantes hispanos —no nos indica su número— los indígenas les hacían «muy poca cuenta». No deja de ser contradictorio, puesto que en las escaramuzas previas al sitio propiamente dicho, los indios alzados no solo consiguieron poner en apuros a la caballería hispana al meterla en alguna emboscada, tras permitirle luchar contra ellos en zonas llanas a modo de señuelo, donde obviamente los caballos tenían ventaja, sino que, además, comenzaron a pelear en zonas poco favorables para la misma, «donde la tierra es tan áspera, que los caballos no podían hacer cosa ninguna». Además, en otra ocasión: «Ciento dellos se hicieron fuertes en un alto adonde los caballos no podían subir ni pelear, pero los indios se defendían muy bien, con piedras grandes echadas á mano y piedras de hondas, favoreciéndose mucho, viendo que los españoles no les podían perjudicar». Hernando Pizarro se dio cuenta de que no debía dejar pasar aquella osadía, de modo que mandó descabalgar a algunos de sus hombres y, sorteando estos las numerosas piedras lanzadas ladera abajo por los hombres de Manco Inca, mataron a todos los indios que hallaron sin ninguna baja de su parte. Como suele ser habitual, el papel de los indígenas auxiliares se reserva para el final: «Los indios amigos se cebaron [en los enemigos] de manera que se esforzaron y cobraron ánimo para lo de adelante». La situación parece indicar que Manco Inca desarrolló una clara táctica de desgaste: en aquellos combates, que pudieran parecer intrascendentes, murieron dos hispanos y cuatro caballos, sin contar los heridos. Tampoco debe despreciarse la presión psicológica sufrida. Por otro lado, los indios auxiliares (cañaris) perdieron a manos de los sublevados la fortaleza de Sacsayhuamán —descrita magníficamente por Pedro Pizarro—, desde donde se dominaba la ciudad, mientras se producían aquellas escaramu-

zas. Pero estos indios fueron básicos para la victoria final: según W. Espinoza pudieron alcanzar la increíble suma de treinta mil efectivos en 1536, entre ellos chachapoyas y cañaris, de los cuales aún quedaban en Cuzco veinte mil tres años más tarde (muchos de los cuales se emplearon en las entradas realizadas en diversos territorios aquellos años).[33] Para Juan José Vega sumaron hasta cuarenta mil efectivos, entre los que se encontraban algunos príncipes imperiales renegados como Páscac Inca. «Pese al heroísmo cuzqueño, la mayoría de las naciones integrantes del Tawantinsuyu no prestó apoyo a la rebelión».[34] Tras rodear la ciudad, una vez quemados los pueblos situados en su entorno más cercano, las tropas de Manco Inca (para N. Wachtel alcanzaban la cifra mucho más mesurada de cincuenta mil combatientes,[35] que es la que nos da Enríquez de Guzmán; según J. J. Vega serían unos diez mil combatientes y veinte mil servidores y mujeres)[36] comenzaron a incendiar los techos de paja de las casas —al parecer, en un solo día ardieron todos, ahogando con su humo a los defensores—, y aprovecharon el desconcierto creado para avanzar hacia el centro de Cuzco; para ello, se apoderaron de algunas casas, donde se hicieron fuertes, levantaron empalizadas para cerrar las calles e ir estrechando el cerco dentro de la propia ciudad y construyeron trampas para los caballos esperando poder frenar con dichas medidas la contrarréplica hispana. Hernando Pizarro dividió a sus efectivos de caballería en tres grupos de treinta hombres, cuya capitanía concedió a su hermano Gonzalo, a Gabriel de Rojas y a Hernán Ponce de León, mientras él mismo se hacía cargo de la infantería y los indios de apoyo, con los cuales tanto podía ofender al enemigo, intentando expulsarlo de la ciudad —según Enríquez de Guzmán, Manco Inca ordenó el ataque por siete lugares distintos y sus hombres tomaron media ciudad—, como defender su posición en el interior de la misma. Efectivamente, el grupo hispano terminaría por cobijarse en el centro de la urbe, en el entorno de la gran plaza de Haucaypata, donde sería más fácil defender-

se en caso de apuro; primero, se alojaron todos juntos, dejando guardas toda la noche y unos treinta caballos ensillados por si se producía una alarma. También se ocuparon algunas edificaciones cercanas donde los indios alzados podían hacerse fuertes. Tras uno de sus ataques, los hispanos sentaron su real en dos casas que fortificaron, una a la vista de la otra, desde donde hubieron de hacer frente a una ofensiva de los incas. Según el Inca Garcilaso, Hernando Pizarro ordenó a sus hombres formar en escuadrón, con sus ciento veinte infantes en el centro y la caballería, compuesta por ochenta efectivos, agrupada en cuatro mangas de veinte hombres en cada una de las caras del escuadrón. Ningún cronista menciona la artillería. ¿No la había? ¿Era de poca consideración? ¿Era poco honorable mencionarla si solo se trataba de luchar contra indios?

Toda la noche y parte del día siguiente el escuadrón estuvo resistiendo el lanzamiento de flechas, dardos y piedras del contrario, mientras la caballería realizaba periódicas arremetidas en cada una de las cuales morían ciento cincuenta o doscientos indios, asegura Garcilaso, «porque no tenían armas defensivas, ni usaron de las picas (aunque las tuvieron contra los caballos: porque no [h]avian tratado con cavalleros)». La esperanza de Manco Inca era ahogar al enemigo merced a su ventaja numérica, que le permitiría asumir las numerosas bajas ocasionadas. Aquella situación se prolongó durante diecisiete días (ocho o diez para Cristóbal de Molina), sin que los indios pudiesen ganar el centro de la ciudad. Según el autor de la *Relación*, los españoles salían cada noche de la plaza central a «derribar paredes [hechas por las tropas de Manco Inca en el comedio de las calles] para desocupar el campo, y deshacer albarradas y cegar [h]oyos y cavas muy grandes, y romper acequias por donde los enemigos traían agua para encharcar las tierras, porque los caballos no pudiesen salir al campo, luego, en amaneciendo hasta que anochecía, tornaban á pelear». Dicha descripción parece indicar que, con la caballería, sí se presionaba a los indios suble-

vados para levantar el cerco de la ciudad, de ahí que estos inundasen los campos para hacerlos impracticables para la caballería hispana, pero día tras día volvían a estrechar el cerco. También que se luchaba día y noche, un desgaste terrible para aquellos que no podían dejar de concurrir a ningún combate. Por otro lado, este autor asegura que, tras seis días de asedio, Hernando Pizarro entendió que si no se ganaba la fortaleza de Sacsayhuamán estaban perdidos. Para entonces habían muerto treinta hispanos (según Enríquez de Guzmán en el sitio murieron cuatro españoles, mientras que los otros treinta serían encomenderos muertos en sus repartimientos) y casi todos los demás estaban heridos y famélicos; al parecer, solo comían los suministros que los indios aliados podían escamotear a las tropas de Manco Inca. Así, según el Inca Garcilaso, los españoles reconocían «que no sabían qué fuera de ellos, según estaban desamparados, si no fuera por el socorro destos indios: que les traían mayz y yerbas, y de todo lo que podían aver para comer, y para curarse, y lo dexavan ellos de comer porque lo comiessen sus amos, y les servían de espías y atalayas, para avisarles de día y de noche con señas y contraseñas de la determinación de los enemigos».

Cristóbal de Molina puntualiza que Hernando Pizarro dividió a su gente en cuatro compañías para que se fuesen turnando en la lucha y poder descansar, y de esta forma les fueron ganando poco a poco la partida a los indígenas, expulsándolos de Cuzco y obligándolos a «subirse a la fortaleza y a los altos y padrastros y sierras que son sobre la ciudad». Hay que recurrir a algún otro testimonio, como el de Titu Cusi, para conocer mejor el papel de los nativos auxiliares. Decía este sobre el sitio de Cuzco que «fue esta batalla de una parte ensangrentada por la mucha gente de indios que favorecían a los españoles, entre los cuales estaban dos hermanos de mi padre llamados el uno Inquill y el otro Huaspar, con mucha gente de su bando y chachapoyas y cañaris». Y el propio Hernando Pizarro reconoció en 1540 que el inca Pascar (¿Huaspar?), un antiguo conspirador contra Manco,

fue «el capitán general [...] de los indios que se hallaron [...] en la defensa del cerco de Cuzco».[37] Seguramente, se trataba de miles de hombres. De esta forma, se entiende mejor que se aguantase durante tanto tiempo —y se derrotase— a fuerzas superiores en número.

Antes de iniciar el asalto a la fortaleza propiamente dicha, que lideraría Juan Pizarro al mando de cincuenta efectivos de caballería, los españoles de Cuzco hubieron de librar un duro combate al desencadenar las tropas de Manco Inca una ofensiva por sorpresa contra unas defensas improvisadas que cuidaban los accesos a la plaza central. Una vez expulsados de allá, Hernando Pizarro contraatacó con toda la gente que pudo una albarrada construida por los indios para impedir que los españoles señoreasen el campo, por hallarse los campamentos de las tropas de Manco Inca a alguna distancia. Con todo, se libró combate con veinte mil indígenas, nada menos, dice el autor de la *Relación*, si bien Juan Pizarro pudo forzar el paso con su gente por otro lugar. Su estrategia era rodear la fortaleza de Sacsayhuamán,[38] ya que el camino principal estaba trufado de trampas para los caballos y, por ello, casi impracticable, y atacar por la espalda. Como los nativos alzados desampararon el campo, unos metiéndose en la fortaleza y otros haciéndose fuertes en lugares escarpados, Hernando Pizarro pudo enviarle a su hermano parte de la infantería e indios de apoyo de refuerzo. Tras esperar la ayuda de la noche para disimular sus acciones, Juan y Gonzalo Pizarro encabezaron el ataque a unas defensas que se hallaban ante el cuerpo principal de la fortaleza, que ganaron, pero Juan Pizarro, sin demasiado cuidado de su persona, en el intento inicial de escalar el muro, fue herido de muerte de una pedrada que le aplastó el cráneo. Moriría días después. Fue enterrado en secreto para no alentar a los defensores de la fortaleza. Todo indica que su motivación por recuperar Sacsayhuamán provenía del hecho de haber desaconsejado en jornadas previas la guarnición de la misma (con tropas hispanas, se entiende).

Al día siguiente, Hernando Pizarro reconoció la plaza y decidió fabricar escalas para el asalto de la misma. Mientras, Gonzalo Pizarro impedía con la caballería que le llegara socorro alguno a los sitiados de Sacsayhuamán, si bien hubo de esforzarse al máximo. Tras varios días de combate, en los que a los hombres de Manco Inca, liderados por el curaca Cahuila (o Cahuide; en realidad Titu Cusi Huallpa), quien, por cierto, peleaba con armas tomadas a los muertos hispanos (espada, morrión y adarga), comenzaron a faltarles no solo alimentos y agua, sino también flechas y piedras para arrojar a sus enemigos, fue Hernán Sánchez de Badajoz, según A. de Herrera, el primero en ganar una de las torres de la fortaleza, dando paso con su ejemplo a otros soldados, que ocuparon la segunda torre. Poco después, Sacsayhuamán caía. Unos mil quinientos indios fueron pasados a cuchillo, según el autor de la *Relación*; «matamos tres mill ánimas», asegura Enríquez de Guzmán. El resto de los cronistas no dicen nada al respecto. Cahuila prefirió despeñarse. Señala Pedro Pizarro que era «tan valeroso que cierto se pudiera escribir de él lo que de algunos romanos». Los cadáveres quedaron sin enterrar, lo que atrajo a una gran cantidad de cóndores. Una vez ganada Sacsayhuamán, Hernando Pizarro puso de custodia a cincuenta hispanos al mando de Juan Ruiz (Juan Ortiz, según P. Pizarro).[39]

El segundo sitio de Cuzco

Tras este primer sitio de Cuzco, que rondó los dos meses de duración, el siguiente movimiento de Hernando Pizarro consistió en ir a desalojar a los indios de sus campamentos para obligarles a replegarse, cosa que se conseguiría a fines de mayo de 1536. Con tal medida buscaba poder recorrer el país en busca de los tan necesarios suministros con cierta garantía de éxito. Gonzalo Pizarro, comandando un destacamento de veinticinco efectivos de caballería, consiguió aprovisionarse de maíz en el valle de Jaquijaguana. Pero Manco Inca aún no había tirado la toalla. Sabía perfectamente que aquella era su mejor oportunidad para

destruir a los invasores, de modo que, tras reforzarse, volvió a sitiar la ciudad por espacio de otros veinte días. Lo que no podían saber los sitiados españoles de Cuzco era que el gobernador Pizarro había enviado desde Lima a partir del mes de mayo hasta cuatro expediciones de socorro que jamás llegaron. Los capitanes Gonzalo de Tapia,[40] Diego Pizarro de Carvajal,[41] Juan Mogrovejo[42] y Alonso de Gaete[43] fueron neutralizados junto con su gente por tropas de Manco. Cerca de doscientos hispanos murieron; ocho o nueve de ellos fueron tomados presos por Manco Inca pero, lo más significativo, según informa A. de Herrera, fue cómo el Inca se apoderó de sus caballos, armas y «algunos mosquetes [...] y de las armas se servían los indios, y con ellas peleaban». Veremos más adelante qué utilidad tendrían los españoles cautivos.

En este segundo sitio de Cuzco, al encontrarse la fortaleza de Sacsayhuamán en manos hispanas y levantarse defensas fuera de la ciudad para impedir la entrada de las tropas de Manco como en la ocasión anterior, el peligro no fue tan grave. Se escaramucearía en las inmediaciones de la plaza central, donde murieron muchos indios asaltantes, y aún se inquietó a los hispanos a causa de los muchos hoyos sin cegar y albarradas sin derribar que persistían en el campo. No obstante, como los ataques incaicos se frenaban por motivos religiosos cada luna nueva, los españoles aprovechaban la oportunidad para rehacerse y reparar sus defensas en la ciudad o bien rellenar los fosos para impedir que se lastimasen sus caballos. Como recordaba Alonso Enríquez de Guzmán, «tanbién acaesçía, y más vezes, tapar los hoyos con los mismos yndios que matávamos».[44]

Para intentar sacudirse el yugo inca de una vez por todas, Hernando Pizarro decidió emprender una salida para ir en persona en busca del propio Manco. Según sus informaciones, este se encontraba en la fortaleza de Ollantaytambo, en el valle de Yucay. En aquella dirección partió con setenta de caballería (ochenta, según A. de Herrera), treinta infantes y un «buen gol-

pe de indios amigos», señala Herrera, pero la operación no fructificó debido a la enorme dificultad del terreno. Este, lleno de andenes,[45] donde los indios se habían parapetado, además de las muchas flechas[46] y galgas que les lanzaban desde las laderas de las sierras abajo, así como el aprieto en el que se veían cada vez que habían de vadear un río cercano que cerraba la plaza, pero, sobre todo, el exiguo número de tropas, forzaría a Hernando Pizarro a la retirada. Como en otras ocasiones, los hombres de Manco Inca inundaron el terreno, y cada vez eran más capaces de aguantar en orden las embestidas de la caballería. Además, asegura el cronista Herrera, «se disparaban mosquetes contra castellanos». En el relato de Herrera, Manco aparece montando a caballo y con una lanza en la mano. Los hispanos quedaron descalabrados y regresaron a Cuzco con todas las precauciones necesarias, Hernando Pizarro impidió que cundiese el pánico, lo que hubiese desbaratado la columna, que iba protegida en su retaguardia por Gonzalo Pizarro; pero, no obstante, se perdieron varios indios auxiliares y algunos caballos a causa de las trampas colocadas por los indios alzados en el camino.[47]

Entretanto, poca ayuda pudo enviar Francisco Pizarro desde Lima que no hubiese remitido ya. A los cuatro escuadrones de caballería ya citados les seguiría un quinto, comandado por Francisco de Godoy, quien tras informarse en ruta de lo sucedido a la columna precedente, dirigida por Alonso de Gaete, decidió regresar a Lima. El gobernador Pizarro, en vista del cariz que tomaban los acontecimientos, solicitó ayuda a Panamá y Nicaragua, desde donde le llegarían numerosos refuerzos habida cuenta de la atracción de la riqueza peruana, pero no estarían presentes para auxiliarle durante el ataque inca a la propia Lima.

Ante la noticia de que fuerzas indígenas se acercaban a la capital, Francisco Pizarro, siempre prudente, envió a Pedro de Lerma con veinte efectivos de caballería y auxiliares indios a evaluar la situación. Efectivamente, este se topó con las tropas —

cincuenta mil hombres señala el autor anónimo de la *Relación*—de Quisu Yupanqui, enviado por Manco Inca con la intención de sorprender Lima. Era agosto de 1536. Desde la ciudad salió caballería a ayudar a Lerma, escaramuceando todo el día con los hombres de Quisu Yupanqui; el propio Pizarro estaba prevenido con veinte hombres para acudir donde hiciera más falta. Los aborígenes, que ocuparon prontamente dos eminencias desde donde dominaban la ciudad, enviaban al llano escuadrón tras escuadrón a pelear, pero sin desarrollar de momento una táctica más elaborada. El autor de la *Relación* reconoce que los indios auxiliares realizaron una gran labor, asumiendo parte de la lucha «y era causa de reservarse de grandisimo trabajo los caballos, porque de otra manera no lo pudieran sufrir». De hecho, Pizarro solicitó aquellos días al capitán Diego de Sandoval la recluta en Quito de nativos adictos a la causa hispana: «Ay nesçesidad de buscar todos los yndios Amigos que se pudieran aber para nra. ayuda e defensa los quales se pueden recojer e sacar de la provinçia de quyto de los cañares e cayambe e otabalo e chapi e de otros de las dichas provinçias que son belicosos».[48]

La guerra se endureció. Pizarro procuraba tomar prisioneros para, tras atormentarlos, conocer los planes que se tenían sobre la ciudad y otras noticias, pero se sacó poco en limpio. Tampoco tenía muy claro el gobernador cómo plantear la defensa, porque realizar un ataque frontal contra las cimas de las colinas donde se hallaban los incaicos se veía poco factible dado su número y la dificultad del terreno para los caballos —los indios iban aprendiendo—. Pero después de cinco días de sitio, se decidió por esta empresa, no sin antes mandar levantar unas defensas de madera para parapetar a sus hombres y protegerlos del lanzamiento de proyectiles desde las alturas. La idea resultó un fiasco dado el peso de las mismas. Al final, Quisu Yupanqui sacó de dudas a Pizarro, pues al sexto día se decidió por atacar la urbe en orden de combate, bajando la totalidad del ejército inca al llano e invadiéndola, ante la noticia de la llegada de refuerzos

aborígenes aliados de Pizarro. El gobernador dividió sus fuerzas de caballería en dos escuadrones que, una vez iniciada la entrada del enemigo en la plaza, en terreno mucho más favorable, los atacarían. Como ocurriese en la batalla de Otumba, la fortuna sonrió a los hispanos cuando el brazo y la lanza de Pedro Martín de Sicilia acabaron con la vida de Quisu Yupanqui en el combate. Según otras versiones, este murió de un arcabuzazo. Una cuarentena de jefes de guerra cayó con Quisu Yupanqui, todos los cuales copaban las primeras líneas de ataque. La caballería persiguió al desbandado ejército incaico hasta las estribaciones de las colinas cercanas, donde se pudieron refugiar, no sin antes recibir numerosas bajas. Al poco, sin comandante y en vista de que no les llegaban refuerzos, comenzaron a alejarse de Lima. De esta forma se levantaba el cerco de la ciudad. Francisco Pizarro envió dos columnas a hostigar los restos del ejército de Manco, una al mando de Hernando de Montenegro y otra bajo el cuidado de Diego de Agüero. No obstante, la ayuda inestimable de los aborígenes de Huaylas, así como los contingentes de cañaris, huancas y otros muchos grupos, estuvieron en la base de la victoria hispana, impidiendo que el cerco se prolongase más allá de ocho días y «ayudando a mantener el dominio español en el Perú».[49]

Al poco llegó a Lima Alonso de Alvarado con treinta caballos y cincuenta infantes procedentes de la provincia de Chachapoyas, mientras que de Ecuador lo hacía Gonzalo de Olmos con ciento cincuenta hispanos. Con aquellos refuerzos, el gobernador Pizarro organizó una columna con cien efectivos de caballería y ciento cincuenta infantes (cuarenta de ellos ballesteros) y puso al frente de la misma a Alonso de Alvarado —para disgusto de Pedro de Lerma, quien se había distinguido en la defensa de Lima, a decir del cronista Alonso Borregán—[50] con órdenes de alcanzar Cuzco y ayudar a sus hermanos, si bien antes debía castigar —y pacificar— la provincia de Jauja, levantada contra el poder hispano, que abría la ruta hacia Cuzco, donde esperaría a

que le llegasen refuerzos. El gobernador Pizarro decidió conceder a Alvarado trece mil pesos primero (el 5 de octubre) y veinte mil castellanos poco más tarde (el 19 de octubre) para los gastos de la expedición, que incluían desde volver a equipar a sus hombres —Pizarro habla de ciento veinte efectivos llegados de la tierra de Chachapoyas tras un año de campaña— a la compra de mulas y esclavos africanos que «llevan dos tiros gruesos y çiertos açadones para allanar los camynos». De hecho, Pizarro ya había gastado desde junio «por quanto toda la tierra está alçada e de guerra» unos treinta mil castellanos en Perú y dos mil pesos de oro adicionales en Panamá, desde donde debían llegar más armas.[51] Desde entonces, fueron llegando cada vez más hombres en un galeón procedente de Nicaragua y al mando de Pedro de los Ríos; Hernán Cortés remitió desde Nueva España armas y municiones; también llegaron tropas de refuerzo de Panamá y la actual costa colombiana, mientras que la ayuda proporcionada por la Audiencia de La Española alcanzó los casi cuatrocientos hispanos, «doscientos negros ladinos muy buenos para la guerra» y trescientos caballos.[52] La marcha de Alonso de Alvarado hacia Jauja fue terrible para los indios. A cinco leguas de Lima, en un peñol, destrozó una columna inca que cuidaba dicha posición. En la propia Jauja, una vez recuperada, organizó batidas donde atormentaba a los indígenas tomados presos para inquirir noticias sobre Cuzco.[53]

Mientras, en el transcurso de unas semanas que se convertirían en meses, alarmados por la falta de noticias y, sobre todo, ayuda de Lima, desde Cuzco se enviaban regularmente escuadrones de media docena de caballos a patrullar el entorno de la capital para intentar recabar noticias. El peligro era grande y las descripciones de esos encuentros nos hacen entender cómo la guerra se iba endureciendo. Los españoles nunca se retiraban sin pelear o, más bien, conseguían retirarse gracias a que se veían obligados a pelear con denuedo, mientras que a los indios, cada vez más atrevidos, no les espantaba llegar incluso a agarrar

los caballos por sus colas aún con el riesgo de ser alanceados. Asimismo, menudeaban las expediciones en busca de suministros. Una comandada por Gabriel de Rojas con setenta caballos logró llevar dos mil cabezas de ganado a Cuzco. Otra de Hernán Ponce, cuyo objetivo era «quemar algunos pueblos y castigar la gente que hallásemos», dice P. Pizarro,[54] regresó con bastimentos, pero sin poder castigar nativo alguno. Mejor suerte le cupo a Gonzalo Pizarro, quien, con seis compañeros de caballería —¿y ningún indio aliado?—, consiguió derrotar una fuerza enemiga evaluada en mil combatientes. Tras regresar la columna a Cuzco con varios presos, estos fueron salvajemente mutilados; de esta forma los aborígenes aliados podían salir con más libertad de la ciudad y buscar suministros. En realidad, se enviaban contingentes de sesenta caballos que, divididos en grupos de seis, servían de apoyo a columnas de indios aliados quienes, como decíamos, buscaban bastimentos en los valles cercanos a Cuzco. La reacción de Manco Inca fue notable: comenzó a utilizar armas hispanas. A. de Herrera explica que en cierta ocasión que Gabriel de Rojas había partido de Cuzco en busca de provisiones, cargaron sobre él muchos indios «con armas castellanas, y caballos, y algunos mosquetes encabalgados, de los que habían tomado a los castellanos que [h]avian muerto, porque a los ocho o nueve que el Inca tenía presos hazia refinar pólvora y aderezar las armas». Y el peligro no solo era ese: Gabriel de Rojas pudo comprobar cómo el «orden que los indios llevaban era diferente, y más apretado de lo que solía, y que más ordenadamente y más a menudo salían a desembraçar sus hondas, dardos y flechas, y se retiraban entrando otros en su lugar, como de los castellanos lo habían aprendido». De Rojas también reaccionó, y en lugar de cansar sus caballos en un combate cuyo cariz no le gustaba lo más mínimo, decidió retirarse mientras estaban frescos para solicitar ayuda a Hernando Pizarro. Ante la falta de pólvora para los arcabuces, Rojas demandó algunos ballesteros para herir desde lejos al contrario, quienes serían defendidos por quince o

veinte piqueros y otros tantos rodeleros de las posibles cargas del enemigo. Los españoles, o al menos así lo explican los cronistas, jamás eludían el combate con los indígenas, a pesar de encontrarse a menudo con una preocupante inferioridad numérica. Si bien se estimaba en muy poco la capacidad militar de los indios, se estableció como dogma la necesidad de no retroceder jamás ante ellos, de esta forma se evitaba que se envalentonasen y, sobre todo, que reaccionasen aprovechándose de su número. Los combates contra los nativos debían ser breves, imponiéndose el armamento hispano; una vez roto el frente indio, era en la posterior desbandada cuando, con el concurso de las tropas aliadas, se procuraba hacerles el mayor número posible de bajas. Pero Gabriel de Rojas se había encontrado con algo nuevo. Su táctica fue la siguiente: mantuvo a distancia los escuadrones aborígenes gracias a sus ballesteros, mientras apenas jugaba con sus caballos para hacerles creer que estaban agotados. Tras dividir a su gente en dos columnas, con la misma cantidad de ballesteros, piqueros, rodeleros y caballeros en una y otra, decidió acometer al escuadrón más numeroso por dos partes al mismo tiempo y desde la distancia más cercana posible para causar más daño con las ballestas, que disparaban sobre seguro, y cuando los indios habían recibido dos o tres rociadas de dardos y se hallaban algo más descompuestos atacó con los caballos «de tropel, bien cerrados y apretados [...] y atropellando y matando con las lanças, abrieron el escuadrón, y passando de la otra parte las dos tropas juntas en un cuerpo [...] en un momento volvieron a cerrar y atropellar, con que los indios quedaron desbaratados y esparcidos, y entonces comenzaron los castellanos su matanza, que no fue poca». Y con todo, asegura A. de Herrera, esta pudo ser mayor si Rojas, hombre prudente, no la hubiera frenado. En aquella batalla se vieron muchos nativos armados a la española, con espadas, rodelas y lanzas, algunos a caballo incluso, mientras que los tres mosquetes encabalgados de los que disponían, y que fueron recogidos por Rojas, fueron

disparados cuatro o cinco veces. No obstante, quedan muchas preguntas por responder: ¿qué fue de los otros escuadrones presentes en el combate y que no fueron atacados por los hispanos? ¿Hubo presencia de indios aliados? ¿Atacaron ellos a dichos escuadrones? ¿El armamento hispano en manos indígenas no supuso un duro golpe?[55]

Hernando y Gonzalo Pizarro lograron que se alzase el segundo cerco de Cuzco tras algunas operaciones de castigo, yendo a buscar a los indios a sus propios campamentos. En una ocasión, el alcance se prolongó dos leguas «adonde se alanzearon muchos»; en otra oportunidad, Gonzalo Pizarro les causó trescientas bajas. Tras volver al valle de Jaquijaguana en busca de suministros, los españoles junto con los indios aliados se dieron buena prisa en derribar albarradas y cegar hoyos para frenar a los caballos en todo el entorno de la ciudad para poder actuar con mayor seguridad contra las tropas de Manco Inca. En esta ocasión no iban a ser sorprendidos, pero los indígenas se mostraban perseverantes, de modo que Hernando Pizarro, comprobando cómo, una vez más, aquellos se disponían a cercar Cuzco, «mandó á todos los españoles que en los alcances no dejasen mujer con vida, porque cobrando miedo las que quedasen libres no vendrian á servir á sus maridos; hizose asi de alli adelante, y fué tan bueno este ardid que cobraron tanto temor, asi los indios de perder á su mujeres como ellas de morir, que alzaron el cerco».[56] Y a partir de ese momento, el uso de la crueldad y el terror, que nunca había faltado, se hizo habitual. Tras encargar a Gonzalo Pizarro y otros capitanes que realizasen constantes batidas para impedir el reagrupamiento de las tropas indias, todo indica que el objetivo comenzó a ser no solo destruirlos *in situ*, sino también hacer prisioneros para poder mutilarlos para escarmiento de los demás.

Manco Inca, que no quiso perder la oportunidad, ordenó un nuevo cerco de Cuzco, pero en aquella ocasión, aunque hubo recios combates en los que murieron varios caballos —los indios

les cortaban inmediatamente sus extremidades a modo de trofeo —, como ya las mujeres de los combatientes no les acompañaban con el fardaje y suministros a causa de la crueldad empleada con ellas anteriormente, al fallar el mantenimiento el cerco se alzó mucho antes. Al transmitirnos esta noticia, el autor anónimo de la *Relación del sitio del Cuzco* en el fondo no dejaba de señalar las bondades de dicha política. Tras dar tormento a unos indios prisioneros para recabar información veraz —aquellos días los nativos les dejaron dos fardajes, uno con seis cabezas de españoles, y el otro contenía la correspondencia para Cuzco tomada a las cuatro columnas de socorro que se habían destruido —, en la plaza se supo que Manco Inca contaba en su poder con doscientas cabezas de españoles y los cueros de ciento cincuenta caballos, pero la noticia más desalentadora, aunque falsa, era que Francisco Pizarro había evacuado Lima.[57]

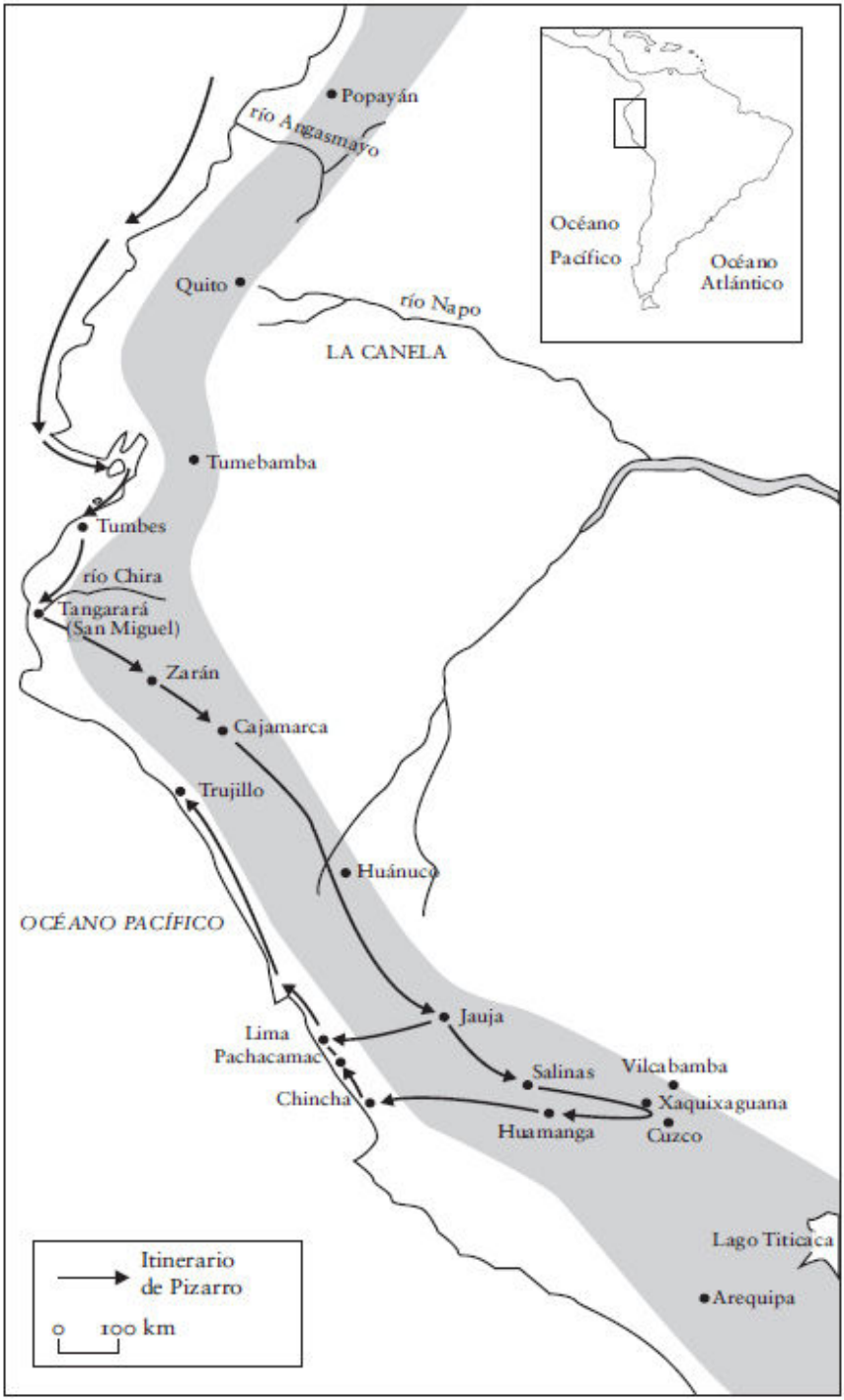
En las siguientes jornadas, a causa de la carestía, pues aún no habían podido recoger el maíz que habían sembrado, Hernando Pizarro envió a un capitán con sesenta caballos y la mayor parte de los infantes e indios auxiliares de la guarnición de Cuzco a la provincia de los canches en busca de suministros. Sabido esto por Manco Inca, destinó un escuadrón con cuatro mil efectivos para cortar la retirada a la tropa hispana, cavando hoyos profundos en el camino a fin de entorpecer las evoluciones de la caballería. Tras más de dos semanas sin noticias de la columna, Hernando Pizarro remitió a su hermano Gonzalo con dieciocho de caballería a averiguar qué se cocinaba en la fortaleza de Ollantaytambo. Por mala suerte se tropezaron con dos columnas, de cuatro mil y quince mil indios, que se dirigían a Cuzco a sitiarlo de nuevo. Tras solicitar ayuda a Hernando Pizarro, quien se presentó con ocho caballos, pelearon contra tamaño ejército haciéndole retroceder, si creemos al autor anónimo de la *Relación*. Sin citar la posible ayuda de tropas auxiliares indias, el caso es que Hernando Pizarro decidió atacar aquella misma noche al ejército inca procurando deshacerse de sus jefes, dado

que sin la ayuda de la columna que había salido en busca de suministros no podrían resistir un nuevo sitio. Con apenas veintiséis efectivos de caballería en total, por un lado Hernando Pizarro y seis de sus hombres desbarataron una columna de mil indios flecheros escogidos de la guardia de Manco Inca, causándoles cien muertos; mientras que Gonzalo Pizarro con veinte compañeros alancearía a unos trescientos incas, de una fuerza total de veinte mil aborígenes. Así, las cuentas salen claras para el autor de la *Relación*: mil indios por cada caballero hispano. Pero lo peor estaba por llegar, pues a cuatrocientos prisioneros se les amputó la mano derecha. Incluso la columna que había partido en busca de suministros llegaría sin problemas al poco tiempo con mucho maíz y veinticinco mil cabezas de ganado, suministros con los cuales la ciudad estaba a salvo.[58] Sin el concurso de importantes ejércitos indios aliados, que muy pocas veces son mencionados por los cronistas, todas estas operaciones hubieran sido inconcebibles.

Cristóbal de Molina aseguraba, en reflexión más tarde recogida por A. de Herrera, que la actitud exhibida por Manco Inca con respecto a los indios auxiliares ayudó notablemente a los intereses hispanos. Manco Inca no dudaba en ordenar matar a cuantos atrapaba, dado que estos ejecutaban todas las órdenes encomendadas por los hispanos, por adversas que fueran para los intereses de los incas. Dicho talante impidió, como decíamos, que se produjese un acercamiento entre ambos grupos y por ello «ayudáronles en la guerra estos a los españoles y buscábanles de comer y traíanles hierba para los caballos, lo cual les aprovechó mucho para su sustentación».[59]

Tras guerrear con cierto éxito contra las tropas de Alonso de Alvarado, que contó con el apoyo de los indios huancas —quienes, por cierto, aprovecharon la coyuntura para pasar cuentas con sus antiguos conquistadores: quemaron vivos a todos los curacas incas que atraparon—, Manco Inca se vio obligado a retirarse de Cuzco ante la llegada de la hueste de Diego de Alma-

gro, que regresaba de su infructuosa empresa chilena. Uno de los lugartenientes de Almagro, Rodrigo Orgóñez, salió de Cuzco con trescientos hispanos (doscientos, según Cieza de León) e indios auxiliares, y persiguieron a Manco Inca, cuyas tropas habían mermado mucho aquellas semanas, durante bastantes leguas, «prendiendo y matando mucha gente»; tras una persecución infructuosa, pues Manco Inca pudo escapar, Orgóñez hubo de desistir y regresar, no sin antes apoderarse de las riquezas de Vitcos, asentamiento del Inca. Manco Inca acabaría refugiándose en las montañas más inaccesibles para los españoles y sus cabalgaduras de la región de Vilcabamba, al noroeste de Cuzco. El llamado estado neoinca de Vilcabamba permanecería como una espina clavada en el corazón del territorio, generando inseguridad esporádicamente en el eje Jauja-Cuzco, pero sin ser un peligro serio para el proceso de conquista. No obstante, sí se produjo una guerra entre indios huancas, aliados pizarristas, y los cuzqueños de Manco Inca con fuertes pérdidas para ambas partes.[60] Tras la muerte de Manco Inca en 1544, como es sabido, en 1572 el virrey Francisco de Toledo consiguió capturar al último inca independiente, Túpac Amaru, y lo mandó ejecutar.[61]



MAPA 6. La conquista de Perú (1532-1535).

4
RESISTENCIAS

Es un hecho conocido que las dificultades para domeñar la resistencia de los aborígenes nómadas fueron mucho más notables que las habidas en las guerras de conquista de incas y mexicas, de gran intensidad militar, pero mucho más concentradas en el tiempo. En este postrer capítulo trataremos sobre las resistencias ofrecidas al invasor hispano por diversos grupos que se significaron especialmente en el transcurso del siglo XVI.

CHICHIMECAS

Tras la caída de México-Tenochtitlan se inició, de hecho, la ocupación de Nueva España en diversas fases entre 1521 y 1591, cuando se pudo poner fin a las guerras de los «teules chichimecas»,[1] es decir, de los indios nómadas localizados al noroeste de México-Tenochtitlan.

La guerra del Mixtón, 1540-1542

Después de la conquista inicial de la Nueva Galicia a manos del terrible Nuño Beltrán de Guzmán, en 1530-1531, desde 1536 comenzaron a menudear los levantamientos de indios cazcanes y tecos en las cercanías de la localidad de Guadalajara, así como otro en Tlaltenango, además de un alzamiento de nativos de Jocotlán, Guaxacatlán y Ostotipaquillo en 1538, que fue sofocado por el gobernador de Nueva Galicia, Diego Pérez de la Torre. Su sustituto en el cargo, una vez muerto este, el famoso explorador Francisco Vázquez de Coronado (1510-1554), apenas si se inmiscuyó en los asuntos de su gobernación, de modo que sería Cristóbal de Oñate (1504-1567) quien detentase el mando efectivo como teniente de gobernador. Pero fue en 1540 cuando los indios de Tlaltenango y Juchipila se alzaron merced a la instigación recibida por los nativos de Tepeque y Zacatecas. Los caciques de toda esta zona se fueron fortificando en diferentes peñoles. Miguel de Ibarra, visitador de Tlaltenango, reunió en la

ciudad de Guadalajara una pequeña tropa hispana (catorce hombres con un arcabuz y una ballesta, aseguró años más tarde el virrey Mendoza; veinticinco hombres, según el historiador De la Mota Padilla), además de mil quinientos auxiliares indios, con quienes intentó tomar el peñol de Tepestistaque, donde se había hecho fuerte el cacique de Juchipila. Por el camino se le unieron indios cazcanes con el ánimo de ayudarle, pero sospechando la traición, Ibarra ordenó la ejecución de varios de estos a lo largo del camino.[2] No obstante, ante el peñol, el grupo de Ibarra fue vencido y este se hubo de retirar hacia Guadalajara con diez españoles y unos doscientos indios aliados muertos (trece españoles, seis esclavos africanos y trescientos indios aliados murieron, según otras fuentes). Fue entonces cuando el levantamiento tomó alas y se extendió a los peñoles del Mixtón, Acactic, Nochistlán y Coyna. Fue la conocida como guerra del Mixtón.[3] Los indios sublevados, que llegaron a poner sitio a Guadalajara en septiembre de 1541, fueron rechazados, y obligaron al virrey Antonio de Mendoza a organizar un fuerte ejército dando su permiso para que los caciques aliados de Tlaxcala, Cholula, Huexotzinco, Tepeaca, Texcoco y otros lugares pudieran comprar caballos y armas españolas y combatir con ellas. El cronista Herrera asegura que hubo quien murmuró por «introducir semejante novedad».[4] Gracias a medidas como aquellas, Mendoza salió finalmente de México-Tenochtitlan en septiembre de 1541 con quinientos españoles,[5] trescientos de ellos a caballo, y unos cincuenta mil indios auxiliares, sin contar quizá con otros varios miles enrolados en Michoacán, además de artillería.[6] Precisamente, esta iba a ser fundamental para derribar las empalizadas y las albarradas que protegían los tres peñoles que iban a dar más guerra, nunca mejor dicho: Coyna, Nochistlán y Mixtón.

En la toma del peñol de Nochistlán, Mendoza dividió sus fuerzas en seis escuadras para cercarlo totalmente, si bien la artillería apuntaba a la subida del peñol, defendida por diversas

albarradas, primero cuatro, luego seis, pues los alzados se aplicaron a la tarea con diligencia al observar las fuerzas virreinales. En los primeros ataques se utilizaron mantas[7] de madera para poder guarecerse los hombres de las muchas piedras que les lanzaban, según la relación anónima de 1542. La artillería derribó las dos primeras albarradas, pero la tercera requirió la presencia, incluso, de los soldados de caballería: apenas se dejó una docena por cada compañía para guardar su campo, el resto, rodela y espada en mano, también participó en el asalto de esa y de las demás albarradas. El virrey Mendoza, en su descargo de 1546 tras la visita de Francisco Tello de Sandoval, explicaría que parte de las tropas de caballería, poco hábiles en el uso de las armas y los équidos, fueron utilizadas como infantes para excusar males mayores. El último reducto se ganó gracias a la ayuda de dos piezas artilleras que se subieron con arduo trabajo. Según el relato del padre Tello, padeciendo los indios alzados por la sed, todo indica que el cacique de los cazcanes, don Francisco Tenamaztle,[8] decidió traicionar a sus aliados a cambio de su libertad y la de sus gentes. Dos mil cazcanes marcharon por un camino que, poco después, sería empleado por las tropas del virrey para entrar en el peñol. Cuatro albarradas cayeron «con muerte de muchos enemigos, y como las iban ganando las iban acabando de derribar y allanando los indios mexicanos amigos, andando entre ellos los de a caballo alanceando y matando enemigos, con que los retiraron; y estando los enemigos en guarda de sus últimas albarradas, se disparó la artillería y mató a los que las guardaban; y viéndolo los soldados arremetieron y se las ganaron». Luego entró el resto de las tropas del virrey, tomando toda la posición. Fue entonces cuando «viendo los enemigos su daño, por no darse a prisión se despeñaban por la parte por do el virey estaba, que daba lástima verlos, porque de esta suerte murieron más de dos mil, y fueron cautivos más de mil, y todos los demás huyeron, y los que se rindieron fueron más de diez mil combatientes, con que no quedó ninguno, porque a todos

los sacaron del peñol y pueblo de Nochistlán».[9] El estimable testimonio del cacique de Tlalmanalco, don Francisco de Sandoval Acazitli, es muy elocuente cuando señala que en aquella acción «no murieron más que cuatro españoles». Tras la toma del peñol de Nochistlán, continúa Sandoval Acazitli, el virrey Mendoza confió a los suyos «de llevar la artillería tirándola o arrastrándola, con lo que se les duplicó el trabajo, y también llevaban a sus cuestas las balas de artillería, y demás municiones y adherentes de ella, y la guarda del ganado ovejuno».[10]

En el peñol llamado Mixtón, en Juchipila, posición fuertemente defendida, una fuerza enorme esperaba el ataque hispano. Como en Nochistlán, las tropas del virrey rodearon el peñol e intentaron jugar con su artillería para abrirse camino, una artillería que costó mucho de transportar en un terreno tan escarpado, según el cacique Sandoval Acazitli:

> Y se padeció mucho en llevar la artillería, porque los soldados naturales la llevaron por entre muchas peñas hasta pasar el río [...] y las bajaron al río, en donde las dejaron, y de aquí las tomaron a su cargo los de Mechoacan y otros de otras provincias de diversas partes, y nosotros los chalcas comenzamos a ejercer lo que era de nuestro cargo, porque subimos una sierra muy grande y muy peñascosa, y en que padecieron harto trabajo nuestros soldados y hasta los principales, sin quedar ninguno, porque todos fueron tirando la artillería [...] y la que llevaban los tlaxcaltecas, no pudieron llegar con las que ellos llevaban, y durmieron con ella en un repecho, y otro día por la mañana llegaron con ella.

Y no terminó ahí la cosa, sino que aún se construyó durante siete días un camino para poder usar de la misma «arriba sobre las peñas, que era lo más dificultoso, que era como una cuchilla que no cabía más de una persona para poder ir por ella», hubo que tender varios puentes de madera, quebrar algunas piedras y cavar otras para poder sacarlas de allá, así como rellenar algunos huecos con tierra y piedras «y al cabo de las peñas estaba plantada la artillería, y a las espaldas de ella se puso una cerca de piedra para su resguardo, con cuatro portillos; y por delante se puso una tela de madera, y se cubrió con tierra, que es por la parte en donde se disparaban los tiros de la artillería y en donde asistía el visorey».[11]

No obstante, según el padre Tello la victoria se debió más bien a la traición por parte de los indios del cacique de Teul, que

abandonaron el peñol mostrando un camino. Tras tomarlo, murieron dos mil combatientes, otros tantos se despeñaron «entre chicos y grandes y mujeres», se cautivaron más de tres mil y huyeron unos diez mil, si bien eran habitantes de la zona que se habían personado más bien por robar que por pelear, en el caso de haber derrotado las tropas virreinales.[12]

El virrey Mendoza se mantuvo en campaña algún tiempo más, en Tepanca y Apzolco, pero pronto su principal problema sería el cansancio mostrado por muchos indios aliados a causa de la dilatación de una campaña tan peligrosa en la que comenzaban a escasear los suministros. Muchos soldados y caballos se despeñaron en aquellas sierras. Por ello, habiendo conseguido cinco mil esclavos, y dejando la provincia al cuidado de capitanes competentes como Cristóbal de Oñate, Mendoza se retiró a México-Tenochtitlan en 1542.[13]

Ahora bien, todas estas operaciones, aunque acabasen en victoria, siempre acarreaban problemas. Por ejemplo, en la Junta Eclesiástica de 1544, en la información que se tomó por la Audiencia de México-Tenochtitlan acerca de la aplicación de las Leyes Nuevas de 1542, uno de los testigos, el dominico fray Domingo de la Cruz, aseguraba que «ya los yndios entienden lo de la guerra e no se espantan de cavallos ni de armas», de modo que todo el esfuerzo realizado se desperdiciaría si los españoles perdían sus encomiendas y abandonaban el territorio. Otro dominico, fray Hernando de Oviedo, planteaba que sin ventajas económicas para los españoles en la guerra nadie querría participar en la misma, cuando los indios «[h]an tomado mui gran rebelión e no tienen en nada a los españoles [...]». El deán de Oaxaca, Pedro Gómez Malaver, señalaba «que los yndios están mui diestros en la guerra, y si los españoles se beniesen [a España] matarían los que quedasen porque son muchos e poderosos e no tienen ley ni fee». El doctor Cervantes, tesorero de la iglesia de México-Tenochtitlan, también defendía las encomiendas cuando refería «que los yndios ya no temen los españoles ni se

espantan de armas e son vellicosos». Incluso el arzobispo Zumárraga era partidario de los repartimientos de indios perpetuos; en su argumentación señalaba que si no se mantenían suficientes españoles bien armados y montados en el territorio, sería difícil conservarse en el mismo frente a unos indios que «se [h]an [h]echo muy vellicosos e ahi multitud dellos e bien proveidos de armas [...] y si se enseñoreasen de los españoles quedarles yan todas las armas y cavallos».[14] Y aunque estas manifestaciones puedan considerarse interesadas, contienen un evidente trasfondo de verdad. En cualquier caso, sería el descubrimiento de minas de plata en la zona de Zacatecas el principal motivo que conduciría a una nueva dimensión económica, bélica y, en definitiva, colonial.

Sangre y plata, 1543-1591

Con la conclusión de la rebelión general tras la caída del peñol del Mixtón, en realidad el conflicto sencillamente se desplazó a otras áreas en el transcurso de la década de 1540. Como aseveró Philip Powell, las tierras situadas entre Guadalajara y Zacatecas «nunca estuvieron en completa paz después de la guerra del Mixtón», de modo que la llamada guerra de los chichimecas fue, en realidad, «una continuación de la guerra del Mixtón». Tanto es así que un testigo de las futuras pugnas, Gonzalo de las Casas, señalaba en la década de 1570 que con los chichimecas no se había podido pelear en «guerra descubierta», porque se habían acostumbrado ya a acometer y huirse «a la sierra y se esconden en ella, y allí nunca se han osado empeñolar».[15] De las derrotas se aprende, sin duda.

En aquellos años el debate acerca de cómo actuar con los indios sublevados se situaría entre la necesidad de recurrir a castigos ejemplarizantes y la no menos perentoria obligación de mostrarse generoso con aquellos que participasen en la guerra, concediéndoles indios esclavizados, por ejemplo. Y si bien durante un tiempo pareció imponerse la opción de entradas pacíficas en los territorios del clero misional, el descubrimiento de las

minas de plata de Zacatecas en 1546 lo cambió todo. Desde 1549, diversos caciques cazcanes, zacatecas, guachichiles y guamares comenzaron a asaltar en los caminos frecuentados por los españoles, que unían las minas de Nueva Galicia y México-Tenochtitlan, y en sus estancias, que se les habían venido concediendo desde el final de la guerra del Mixtón como una primera medida de avance en tierras de indígenas nómadas, además de atacar pueblos de indios pacificados. En su descargo puede decirse que la presión hispana por descubrir nuevas minas de plata fue constante a pesar de la prohibición real, merced a sendas cédulas de 1546 y 1549, de realizar cualquier «nuevo descubrimiento, población, conquista, entradas o rancherías, con pena de muerte y prohibición de bienes» a quien lo intentase.

En los primeros compases del conflicto, los guerreros chichimecas atacaron en grupos de hasta doscientos efectivos, llegando al millar en las tierras de los cazcanes, pero el fracaso inicial de la respuesta hispana, así como la extensión de la guerra a territorios de grupos tribales más reducidos, hizo que muchos ataques fuesen realizados por cuadrillas de solo cuarenta o cincuenta guerreros; unos ataques basados en la emboscada, la velocidad y la ferocidad en combate, que apenas menguaba estando heridos. No solían rendirse. En caso de ser perseguidos, los grupos chichimecas se reducían aún más y desaparecían literalmente en el horizonte. La difícil orografía de la zona les ayudaba tanto a desarrollar este tipo de lucha como a preparar una buena defensa con el uso de atalayas y centinelas. El contacto con su enemigo hispano les enseñó a buscar la lucha por sorpresa durante el alba o de anochecida, mientras solían preparar sus ataques a diversas posiciones matando o robando caballos en un intento, parece que sistemático, de preferir enfrentarse con infantes y no con jinetes. La rapidez de sus ataques, realizados a corta distancia, además de su pericia en el manejo de sus armas, en especial el arco, con una celeridad superior a la exhi-

bida por los hispanos en el de las armas de fuego o ballestas, hizo que las armas europeas, a menos que iniciasen un ataque bien planificado, perdiesen sus ventajas tecnológicas, por ello, concluye Ph. Powell, «durante la mayor parte del medio siglo del conflicto, la guerra consistió en defensa española contra ataque chichimeca». Cuando lograron usar los caballos apresados del enemigo su peligrosidad aumentó, como ocurriese en otras fronteras de guerra, mientras que el uso de la crueldad con los prisioneros buscaba el mismo fin que los españoles con el suyo: aterrorizar al contrario. A menudo lo consiguieron.[16]

Ya en 1551-1552, el virrey Velasco, llegado a Nueva España a finales de 1550, organizó algunas represalias: el oidor Herrera, con treinta y cuatro soldados hispanos, armados con ballestas y arcabuces, once estancieros, varios cientos de guerreros tarascos y de otras naciones, además de numerosos tamemes atacó a los chichimecas. Otras expediciones punitivas del momento también rondaron el medio centenar de efectivos hispanos apoyados en centenares de auxiliares indios. No obstante, según Ph. Powell: «Las órdenes de Velasco en el sentido de tomar represalias fueron pocas y, en gran medida, inefectivas». Quizá por ello, hacia 1561 se calculaba que habían muerto doscientos españoles y unos dos mil indios aliados en los caminos que unían México-Tenochtitlan con Michoacán, Guadalajara y las minas del norte, además de causar daños materiales por valor de 1.400.000 pesos. Sin duda, las órdenes de Carlos I que impedían la esclavización de los aborígenes, aunque fueran capturados en rebelión abierta, limitaron ciertas respuestas, al menos para el oidor Martínez de la Marcha, quien en su informe al monarca de 1551 la reclamaba como justa medida para estimular la participación en la guerra de los hispanos. Lo que sí hizo el virrey Velasco fue desarrollar una política defensiva en tanto en cuanto se decidió por proteger mejor no solo las caravanas que circulaban en los caminos del norte, sino también fortificar las estancias de la zona, al tiempo que se fundaban poblados estraté-

gicamente situados para afrontar la guerra de guerrillas de los chichimecas. Además, y como ya hiciese el virrey Mendoza en su búsqueda de apoyo militar entre los aborígenes, Velasco permitió que sus caciques pudiesen exhibirse con armamento hispano al encabezar sus tropas.[17]

Como se ha señalado con anterioridad, para muchos observadores un gran peligro era la nueva actitud bélica de los indios. Según el oidor Martínez de la Marcha, en su recorrido de Nueva Galicia en 1551, al visitar el peñol de Nochistlán reconocía cómo «cada dia [se] veía crecer su fuerza y malicia [de los indios] y perdido el miedo al español y a su caballo que era la mayor fuerza de estas partes». Por ello, solicitaba que en el peñol se construyese un torreón donde pudieran colocarse media docena de artillerías o, por lo menos, media docena de arcabuceros para dispersar a los indios de la zona e impedir que volvieran a empeñolarse. Y lo mismo debería hacerse en el del Mixtón. Martínez de la Marcha reconocía que se habían ejecutado algunos, pocos, indígenas alzados y recomendaba, auspiciado por las cartas recibidas de algunos particulares de la zona, a iniciar las represalias. No obstante, en 1554, el virrey Velasco pudo recriminar al anterior que, con la política de dureza seguida en Nueva Galicia, muchos indios de paz habían decidido marcharse con «los que están de guerra [...] y esto por los malos tratamientos que reciben de españoles». Y es que Martínez de la Marcha participó en un intento de conquistar la provincia de Chiametla a finales de 1552, un rotundo fracaso, mientras que una nueva incursión hacia las minas de Jocotlán protagonizada por algunos soldados «perdidos y baldíos» de la gobernación terminó con el alzamiento de siete mil indios en Cacalotlán, que casi los exterminan. Aquella acción obligó al oidor Oseguera a levantar una escuadra compuesta por doscientos jinetes para oponérseles. Así, quedaba meridianamente claro que existirían indios de guerra en tanto en cuanto existiesen españoles dispuestos a incitarles a la misma. Ya en 1550 fray Gregorio de Beteta, en carta

al oidor Martínez de la Marcha, le indicaba las dificultades para adoctrinar a unos indios que solo habían recibido de los españoles «malos tratamientos y aún no tienen restaurado el daño que les hicieron, conócenlos y ven cada día las opresiones y grandes tiranías que todos estos pueblos vecinos suyos padecen de ellos que ninguna bárbara nación hizo tantas a sus vencidos». Otro religioso, el franciscano fray Ángel de Valencia, lideró un movimiento crítico de los de su orden acerca del gobierno de Nueva Galicia, y en un memorial remitido a Carlos I en 1552 llegaban a reclamar el abandono de la vía militar en el intento de controlar a los chichimecas: «Por vía de guerra, como los capitanes de vuestra majestad por acá lo han usado, son tantas las muertes y crueldades, pretendiendo como pretenden el interese particular mundano, que sería menos inconveniente al parecer dejarlos que intentar de conquistarlos».[18] Aquellos años se generaron diversas opiniones acerca de cómo encarar el problema chichimeca; la guerra «a sangre y fuego» que se impondría un tiempo más tarde fue sugerida ya en 1562 por el cabildo de México-Tenochtitlan: en un memorial dirigido a la Corte se pedía que el virrey estuviese facultado

> para que castigue a los culpados con todo el rrigor de las leyes condenando a muerte y a mutilación de miembros a los que conforme a ellas lo merecieren o condenándolos a servicio de catorce o quince años para arriba y no siendo mugeres lo cual será mayormente muy mejor [...] porque se hallarán con mayor facilidad españoles que vayan a ello con sus armas y caballos y se ejecutará la justicia a menos costa de la rreal hacienda.

El sucesor del virrey Velasco, don Gastón de Peralta, marqués de Falces, apenas intuyó una solución pacífica del problema chichimeca, ya que sus luchas jurisdiccionales contra la Audiencia de Guadalajara y su salida del cargo en octubre de 1567 —gobernaba desde septiembre de 1566— impidieron orquestar programa alguno. Fue sustituido por don Martín Enríquez de Almansa, quien en octubre de 1569 convocó una junta de teólogos que dio su visto bueno a la guerra ofensiva contra los chichimecas, una política que se mantendría hasta 1585, si bien aceptando la esclavitud limitada de los culpados. Uno de los convocados, el franciscano Juan Focher, aseguraba que el virrey se decantó por

condenar a los chichimecas capturados a catorce años de esclavitud, al tiempo que se permitía algunas opiniones sobre cuestiones militares: en las casas fuertes habría que poner cuatro o cinco versos pequeños para, con aquella artillería, rechazar incluso con pocos hombres los ataques de los indios alzados, mientras que las tropas deberían usar «pistoletes por que pudiesen traer menos carga y más tiros, pues vemos ser la mejor arma para contra los indios y la que más temen; y no que como no pueden hacer con el arcabuz más de un tiro, siempre prevalecen [los indios] o por la mayor parte». De alguna manera, la velocidad de los nativos en el manejo del arco y las flechas debía ser contrarrestada con la de los europeos en el uso de armas de fuego más aptas para aquel tipo de conflicto. De todos modos, el armamento y la pericia aborigen obligaron a las tropas hispanas a vestir armadura completa, de cota de malla y diversas capas de cuero, pero sin desechar los escaupiles, en tronco y piernas, mientras la cabeza se cubría con celada y visera o morriones; también se empleaban adargas. Los caballos iban, asimismo, con protecciones de algodón y cuero y una pieza de metal para la frente; se recomendaba que cada hombre llevase dos équidos. Las armas ofensivas eran espadas, lanzas y arcabuces, primero de mecha y más tarde de rueda, y mosquetes a finales de siglo. El padre Juan A. Velázquez, cura de San Miguel de los Chichimecas, escribía en 1582 que el pesado armamento hispano impedía que estos pudieran alcanzar a los veloces chichimecas una vez pasada la sorpresa inicial del ataque, pues «aunque los nuestros en la primera arremetida suelen matar algunos [en] especial si se ponen en defensa que entonces es cuando más de ellos caen, esto es en poca cantidad porque aunque hagan rostro nunca esperan la segunda ruciada, más antes, en viendo caer alguno, desamparan el puesto y se ponen en huida por diversas partes como manada de fieras y como tienen tan cerca las guaridas con facilidad se ponen a salvo».

Los chichimecas no solo fueron adoptando gradualmente los

caballos, sino que, como informa el padre Velázquez, también hicieron un buen uso de los perros llevados por los europeos —«que de algunos pocos que al principio tomaron han criado mucha copia de ellos para que les sirvan como lo hacen de muy buenos centinelas»—; de esa forma lograban evitar tanto las emboscadas como, de hecho, descubrir a tiempo las escuadras hispanas que pudiesen estar operando en el territorio.

El padre Velázquez, quien remontaba a 1551 el inicio de aquella guerra, aseguraba de manera perspicaz que diez personas habían dirigido el conflicto sin resultados —«aunque hicieron su deber y en estos indios terribles castigos»— salvo, quizá, haber logrado hacer de los indios guerreros aún más temibles —«como la guerra dura y se aumenta con el ordinario ejercicio de ella, hácense cada día más diestros y valientes»—, pues antes «para matar a un español aunque fuese desarmado se juntaban cuarenta o cincuenta de ellos, y ahora ocho o diez indezuelos acometen una recua y la roban y cuadrilla de quince o veinte hace cualquier buen efecto en su favor y daño nuestro». Por otro lado, el armamento hispano no era el más adecuado para aquel tipo de guerra. Velázquez explicaba que muchos soldados armados de arcabuz caían a causa de ser esta un arma «incierta y embarazosa para de a caballo especial si el caballo no es muy seguro y como siempre sucede entre pedregales y tierras ásperas pocas veces aciertan los nuestros a los enemigos»; entonces estos se revolvían contra ellos como una exhalación «y los cercan y toman a manos y unos dan al caballo con piedras y con los arcos en la cabeza y otros en los pies hasta derribarle, otros echan mano de la cabeza del soldado con los arcos y lo traen a tierra y en un momento lo hacen pedazos». La solución, siguiendo la opinión ya expuesta por el padre Focher, pasaba por importar de la Península «mil pistoletes pequeños pero muy fornidos y de escogidas llaves de pedernal y que todos fuesen de una misma munición porque con pocos moldes de un mismo tamaño se hiciesen pelotas para todos ellos, y de estos llevase ca-

da soldado cuatro o cinco cargados con mucha munición como los usan los herreruelos en las guerras de Europa para que disparado el arcabuz largo hacer con los fistoletes un terrible castigo en los indios que luego arremeten». Velázquez reclamaba, pues, la formación de una caballería armada al estilo de la alemana de la época (herreruelos), con sus armas defensivas habituales, pero añadiendo el detalle de portar varias armas de fuego portátiles de pequeño calibre, pero seguras, que aumentasen su seguridad al incrementar su capacidad ofensiva con un manejo más fácil. De esta forma, aventuraba, los nativos no se atreverían a buscar los enfrentamientos como hasta entonces, al tiempo que mejoraría el ánimo entre las tropas hispanas. El principal temor sería, como ya se estaba viendo en algunos casos desde hacía algunos años, que los chichimecas de manera generalizada lograsen constituir una caballería propia y estuviesen armados a la europea con arcabuces, pues en sus asaltos siempre hallaron armas, pólvora y planchas de metal con las que hacer balas, además de contar con indios ladinos y negros cimarrones que les enseñasen no solo el manejo de las armas, sino también cómo repararlas. Así, en una comparación interesante, era factible que Nueva España, o buena parte de ella, se pusiera «en mucho aprieto como lo sucedido en nuestros días en el reino de Granada o en la provincia de Arauco o de Chile en el Perú».[19]

Según Ph. Powell, en 1574, en una nueva junta conformada no exclusivamente por religiosos, todos salvo los dominicos aceptaron la legalidad de la guerra y la esclavitud limitada a trece años para los inculpados, quedando los niños exentos. El virrey Enríquez insistió en que se juzgaría cada caso individual y con pruebas incontrovertibles, pero estas podían manipularse fácilmente.[20] Las primeras medidas bélicas del virrey Enríquez en 1569 consistieron en la fundación de diversos presidios para mejorar la protección de los caminos mineros del norte, mientras comisionaba al alcalde mayor de las minas de Guanajuato,

Juan de Torres, para que organizase un ataque contra los guachichiles yendo a buscarlos a sus territorios. Con cuatro compañías de soldados y trescientos guerreros aliados, Torres se lanzó a la persecución de un grupo que había asaltado un establecimiento hispano donde dieron muerte a todos sus habitantes, salvo a tres mujeres y al hijo de una de ellas. Tras un mes de persecución por terrenos fragosos y apenas sin agua, y aun la hallada envenenada, el grupo de Torres consiguió caer de improviso sobre un asentamiento guachichil, donde, a decir de fray Juan de Torquemada, «prendieron y mataron más de quinientas personas». Los presos, llevados en colleras, siguieron al grupo durante otro mes hasta que dieron en una segunda ranchería de guachichiles con resultados parecidos a la primera ocasión. Tras ímprobos esfuerzos, el grupo consiguió orientarse hasta alcanzar de nuevo Guanajuato, no sin antes repartirse los esclavos. [21] Cuando fallaban los salarios, o estos no estaban bien regulados ni resultaban adecuados, solo las presas humanas, que pronto se vendían en los mercados para evitar su huida y que alcanzarían precios de entre ochenta y cien pesos de oro, resarcían los gastos y el peligro.

La obligación de atacar a los chichimecas recaería también en los oidores de la Audiencia de Guadalajara. En octubre de 1574 hasta ochenta jefes de guerra chichimecas habían sido capturados y castigados merced a la labor del oidor de aquella audiencia, Juan B. de Orozco. Los períodos de esclavitud a los que se sentenció a los hallados culpables, en realidad cualquier chichimeca, excedieron notoriamente los años estipulados en las juntas de 1569 o 1574. Para entonces parecía estar meridianamente claro que la guerra solo se ganaría con nuevas medidas militares y económicas,[22] pues los asaltos y la peligrosidad de los chichimecas no remitieron. Ya en 1576 el virrey Enríquez escribía a Felipe II señalándole cómo era opinión común por entonces «que se les avia de hazer la guerra á fuego y á sangre, y que no quedase ninguno de las naçiones que están declarados por sal-

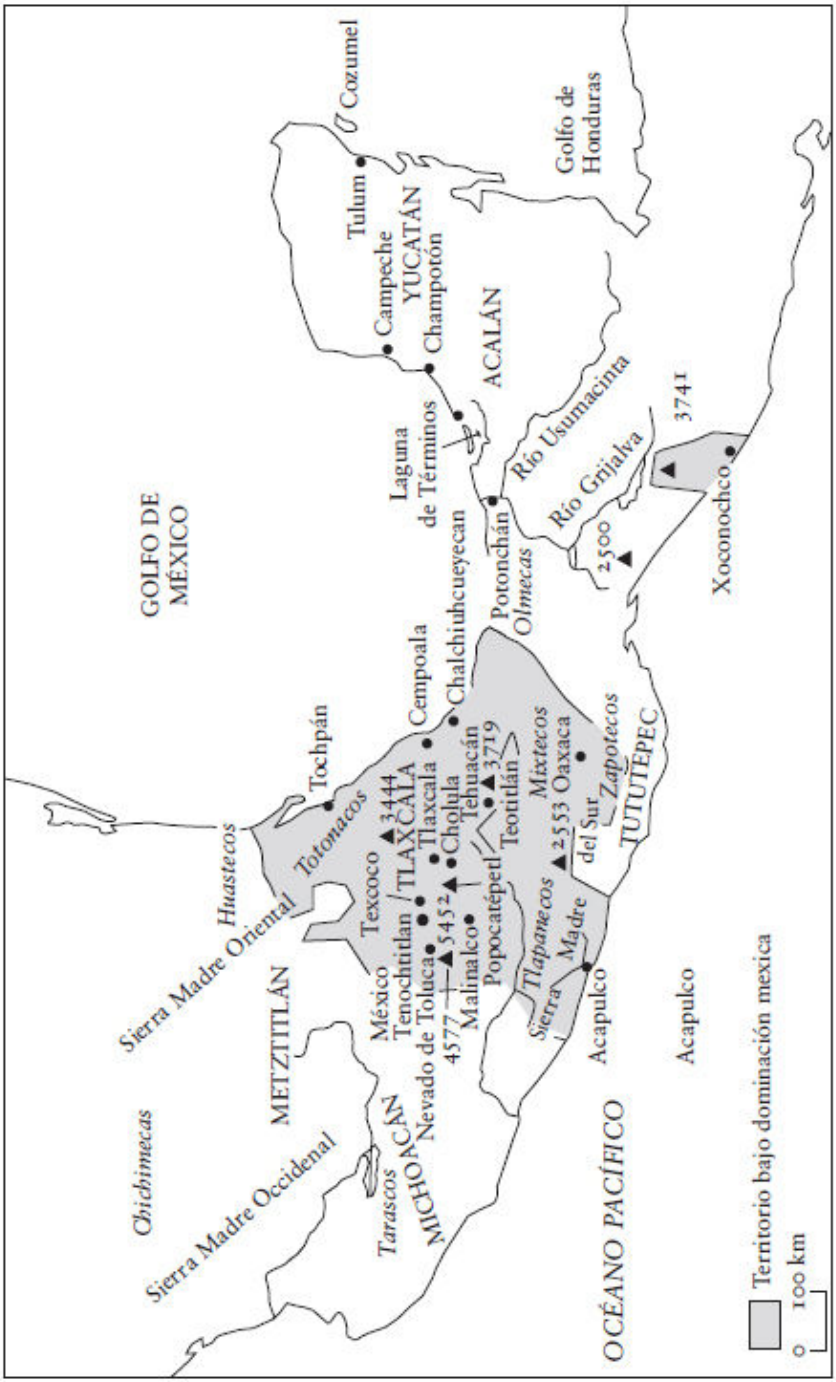
teadores [...] attento á las crueldades de que ellos usan». El problema, seguía en su argumentación el virrey, era que si solo se castigaban los cabecillas y el resto eran declarados como esclavos, muchos de estos «á pocos dias los más se huyan y eran peores que de antes», o, en todo caso, desterrarlos de Nueva España.[23] Precisamente, el oidor Hernando de Robles actuó en 1576 y 1577 contra los guamares y los pames y ajustició setenta y siete personas, casi todos caciques. Robles, quien escribiera al oidor de la Audiencia de México, Santiago del Riego, que «podría ser que castigando bien a los unos se extendiese el miedo hasta los otros», se equivocaba, pues entre 1578 y 1582 los chichimecas «mataron entre indios de paz y españoles, negros, mulatos y mestizos, más de mil personas, hombres, mujeres y niños, haciendo en ellos las más crueles muertes que se han oído, leído ni visto». Además de torturar a sus prisioneros, quemaron diecinueve lugares, sin perdonar las iglesias y los religiosos, y dieciséis estancias de ganados. En opinión del presidente de la Audiencia de Guadalajara, Juan de Orozco, los chichimecas «han venido a ser tan prácticos [en la guerra] que salen los dichos indios a caballo y armados con las armas que han quitado a los españoles que han muerto, y han tirado algunos arcabuzazos, de manera que asolaban todo cuanto por delante topaban». Orozco explicaba el caso del capitán Roque Núñez, con fama de valiente y experimentado, conocido y temido por los indios, para ejemplificar la nueva situación: su compañía, compuesta por cuarenta o cincuenta hombres bien armados, fue atacada por los chichimecas, que mataron a Núñez y desbarataron al resto. De hecho, desde 1578 ya no era infrecuente que grupos de soldados hispanos, catorce en Peñol Blanco, seis o siete en Aguascalientes, muriesen en una sola acción. Ante dichas circunstancias no es de extrañar que los capitanes de aquella guerra fueran endureciendo su opinión acerca de cómo ganarla, ya fuese declarando los indios presos esclavos a perpetuidad (Pedro Carrillo), ya fuese ejecutando a todos los indios culpables

(Alonso López), ya fuese desterrándolos, ejecutándolos o esclavizándolos (Bernardino de Santoyo). También los criadores de ganado, en carta al virrey en 1582, solicitaban la pena de muerte para los indios sublevados, ya que al esclavizarlos, a causa del «trato y comunicación que han tenido con los españoles salen ladinos y diestros y de experiencia del cuidado y descuido de los españoles, y que por ser tales luego que vuelven a sus tierras los hacen caudillos y capitanes y estos son los que principalmente han hecho los daños y salteamientos por ser astutos y mañosos».[24] Pero tales opiniones no pueden ocultar que, a menudo, las acciones de las mal pagadas tropas de la frontera habían degenerado en entradas en territorios pacíficos para esclavizar ilegalmente a sus habitantes. El oidor Orozco, en 1576, pudo señalar que se habían cometido grandes excesos, de suerte que «se han aprendido y vendido [como esclavos] así los culpados como no culpados y hecho muertes y crueldades, sin poderlo saber todo los que gobiernan ni poderlo remediar. Y con estos malos tratamientos muchos de ellos que vinieran a ser amigos se han hecho ya todos nuestros enemigos, teniendo trato y conocimiento unos con otros en nuestro daño. Y así se ha enconado cada día más esta guerra, haciéndose más dificultosa y costosa». Para Orozco, «pretender allanar la tierra y acabar estos indios por vía de guerra será cosa tan dificultosa y costosa y tan larga que casi lo tengo por imposible», pues los chichimecas huían ante la presencia militar hispana por un territorio casi inasequible para los caballos, falto de agua y de suministros, de ahí que su solución radicase en el envío masivo de colonos, tanto españoles como indios pacificados de otros lugares, y frailes a tierras de los chichimecas. De hecho, el virrey Enríquez, conocedor de aquella situación, había acabado por conceder comisiones a sus capitanes de guerra para operar en territorio enemigo durante un tiempo limitado, de manera que las tropas no pudiesen alcanzar en sus correrías los asentamientos de indios pacífi-

cos situados aún más al norte, sino que se centrasen en atacar las bandas de salteadores chichimecas.[25]

El nuevo virrey de Nueva España, el conde de La Coruña (1580-1583), se caracterizó por construir más presidios y doblar el número de soldados alistados, pagándoles mejor, de manera que, consiguientemente, aumentó el coste de la guerra: en 1584, el oidor Hernando de Robles fijaba en 200.000 pesos dicho coste, una tercera parte de los ingresos totales de la Real Hacienda. Y no por ello mejoró la situación: en aquellos días, los chichimecas, armados solo con sus flechas, «dejaron muertos una capitanía de más de cincuenta soldados, armados ellos y sus caballos a uso de guerra con arcabuces y lanzas, sin escapárseles uno solo que llevase la nueva», aseguraba fray Juan de Torquemada. Cuando el sucesor de La Coruña, el marqués de Villamanrique, se hizo cargo del virreinato y de la guerra en 1585, su primera impresión fue eliminar las entradas esclavistas ilegales —en 1586, en la provincia de Guaynamota, cuatro capitanes con sus respectivas escuadras, comisionados por la Audiencia de Guadalajara, capturaron entre novecientos y mil indios, mujeres y niños incluidos, y mataron dieciséis o dieciocho de sus caciques —, si bien quiso compensar a los soldados pagándoles veinte pesos de oro por cada indio de guerra abatido, así como diez pesos por cada mujer o muchacho de menos de doce años entregados vivos y cinco pesos para los menores de cinco años. Pero desde 15871588, Villamanrique se decantó por una política de paz que, siguiendo los consejos de capitanes avezados en los asuntos de la frontera y de algunos religiosos, como hemos visto, además de su experiencia directa en el tema una vez conocida de primera mano la situación, condujo desde 1588-1589 a una política de retirada de las tropas de la frontera como gesto de buena voluntad hacia los chichimecas, quienes pactarían la paz a cambio de presentes de tierras, aperos, ropa y comida para mantenerse. Con el dinero ahorrado merced a la caída en la intensidad de la guerra se pagarían dichos presentes. Como garante de dicha

paz, denominada «paz por compra», el gobierno virreinal nombró al capitán Miguel Caldera, mestizo de español e india guachichil, «justicia mayor de todas las nuevas poblaciones» que se habían pacificado con importantes poderes para asegurar su amparo frente a «agravios y vejaciones».[26] Así, diez años de negociaciones sirvieron para alcanzar una paz en toda la frontera norte que fue imposible de conseguir desde el asalto inicial de Nuño Beltrán de Guzmán en 1530. Ahora bien, nuevas fronteras se estaban formando aún más al norte y al noroeste, en Nueva Vizcaya y Nuevo México, y con ellas las inquietudes regresaron en un ciclo que no pareció tener fin.



MAPA 7. México en vísperas de la conquista.

Según la fundamentada opinión de Sergio Villalobos: «La lu-

cha en la Araucanía estuvo lejos de ser un fenómeno de tres siglos como pretende el mito. Tampoco fue constante ni tuvo la misma intensidad en sus diversos períodos. Muy enconada en los inicios, fue decreciendo gradualmente y terminó siendo una situación latente, con choques esporádicos y larguísimos períodos de absoluta tranquilidad».

Villalobos propone una cronología iniciada en 1550 con la segunda campaña de Pedro de Valdivia, que daría lugar a la fundación de la ciudad de Concepción, se prolongaría hasta la rebelión de 1654, y concluiría en 1662. Dentro de esa larga etapa, en una primera fase, de 1550 a 1598, se produjo la conquista de la Araucanía y corresponde a las décadas de mayor dureza bélica. Es la etapa que analizaremos en el presente libro. Le siguió una segunda fase, iniciada en 1598 con la gran rebelión que le costó la vida al gobernador Martín García Oñez de Loyola y que se prolongó hasta 1662, que se distingue por «[...] el triunfo araucano y el rechazo de los españoles al norte de la línea del Biobío, que toma el carácter de frontera. Se renuncia a conquistar de inmediato la Araucanía, pero se mantiene una lucha activa por las campañas e intromisiones diversas en tierra de los indígenas. La gran ofensiva y represalia de estos, iniciada en 1654 y virtualmente concluida el año 1662, pone punto final al período».

Entre 1662 y 1882, la etapa más larga, «los choques armados son esporádicos, poco importantes y muy espaciados en el tiempo».[27] Como señaló el padre Ovalle, en Chile

> hallaron los españoles horma de su çapato, aqui començaron a experimentar, que la conquista de esta parte de la America, no era todo entrarse con sus cavallos, con sus perros, y bocas de fuego, y avasallar la tierra, prender a un Rey y auyentar sus exercitos, y quedar dueños absolutos del campo; porque toparon con gente que si bien se admiraron de sus caballos y arcabuces, venció su grande valor y ánimo a la admiración.[28]

MAPA 8 A. Expedición de Diego Almagro a Chile (1535-1537).

Desde la entrada inicial de Diego de Almagro en territorio de

Chile entre 1535 y 1537, la conquista de aquellas tierras fue especialmente violenta. En los valles de Arauco y Tucapel, sus hombres se enfrentarían en batalla campal a los indios reche[29] por primera vez. Aunque estos llevaban una buena disposición militar, demostraron no saber cómo enfrentarse a los caballos, lanzas y espadas, echándose encima de los hispanos, y dejaron muchos muertos —el padre Diego de Rosales habla de doscientos—, además de cien prisioneros, en el campo, por tan solo dos muertos del lado hispano, si bien con muchos heridos —solo tres heridos y dos caballos muertos, señala Rosales—. Es probable que en la entrada de Almagro pereciesen ciento cincuenta hispanos, diez mil indios de apoyo y treinta caballos.[30]

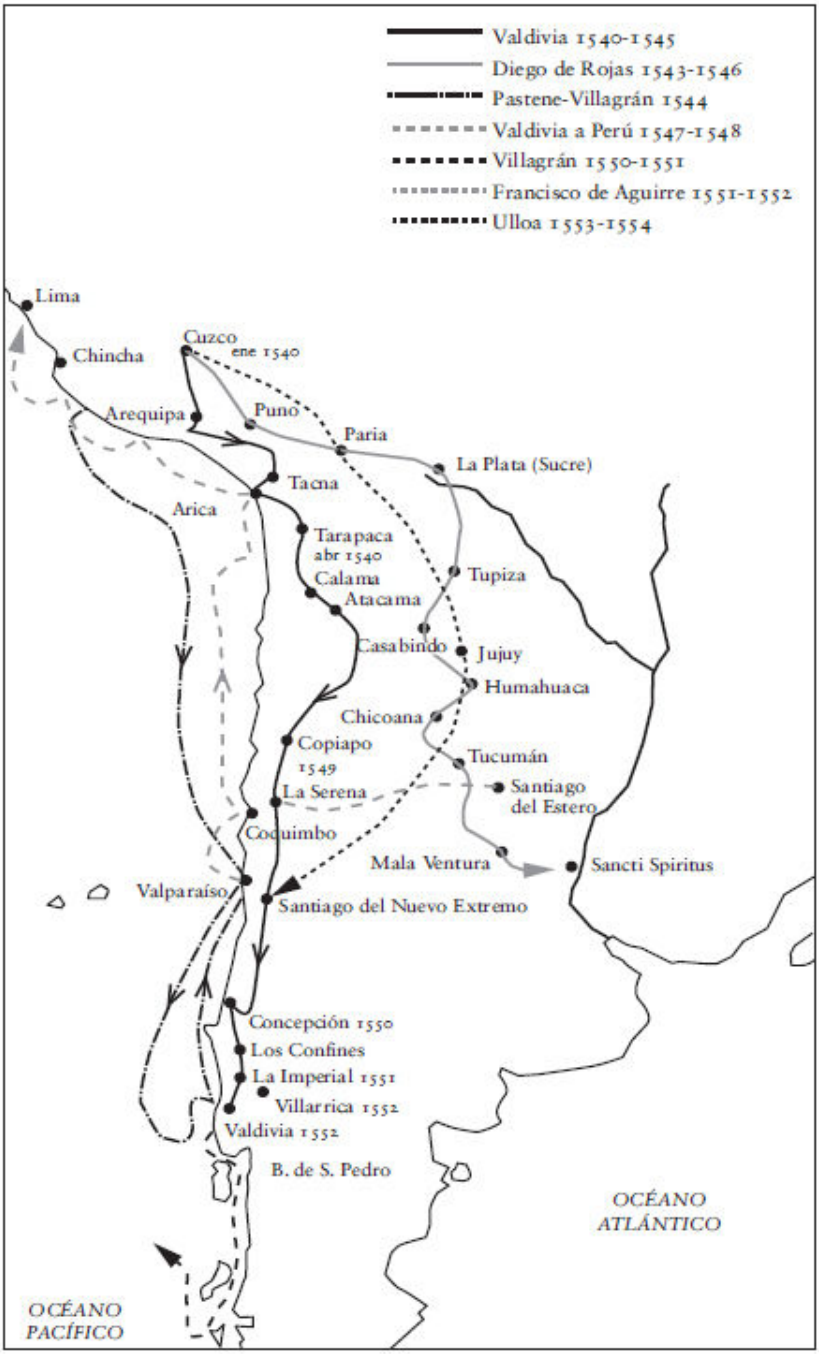
Las dificultades geográficas extremas que hubo de afrontar la expedición junto con la ausencia de señales ciertas de riqueza, indígenas sedentarios y posibilidades de hacer fortuna, en definitiva, obligaron a Diego de Almagro a preparar el retorno, máxime cuando le llegaron cartas con las malas nuevas del sitio de Cuzco por Manco Inca Yupanqui. La ayuda militar que prestase Almagro con sus escasas, pero cruciales, fuerzas en el levantamiento del sitio, así como sus firmes reivindicaciones frente al clan Pizarro conducirían, como es bien sabido, a las guerras civiles de Perú.

La hora de Pedro de Valdivia

En 1539, Pedro de Valdivia, quien había militado en Flandes y como alférez en Italia (1522-1525) y había llegado a las Indias en 1535, incorporándose a la conquista de Perú un año más tarde, solicitó a Francisco Pizarro la venia para volver a intentar la conquista de Chile. Con un número reducido de hispanos al salir de Cuzco —se habla de entre seis y doce hombres—, finalmente Valdivia consiguió la incorporación de algunos capitanes —Francisco de Villagrán (1511-1563), quien había luchado en Túnez, y Francisco de Aguirre (1500-1581), alférez en las guerras de Italia—, quienes lideraban los restos de otras expediciones fracasadas —al país de los chunchos el primero y a Charcas

el segundo—, y logró levantar una hueste, según el cronista Jerónimo de Vivar, de exactamente ciento cinco efectivos de a caballo y cuarenta y ocho de infantería —ciento setenta hombres, según el cronista y soldado Alonso de Góngora Marmolejo (1524-1576)—, además de cuatrocientos indios de apoyo. Antes de alcanzar el desierto de Atacama, la expedición se enfrentó a los indios chichas, que en número de mil quinientos se hicieron fuertes encima de una colina fortificada (*pucaran*), cerrando el paso. Valdivia los venció en una escaramuza, pero viendo que los chichas le atacaban constantemente mientras sus hombres y los indios de servicio buscaban provisiones para atravesar el desierto, decidió un ataque directo sobre el emplazamiento en el que se hallaban. Una vez tomado al asalto con ligeras pérdidas, solo diez heridos, el fuerte pasó a ser conocido como «"El pueblo de las cabezas" y así se llama por la gente que mataron allí».[31] Tras atravesar el desierto de Atacama, la expedición llegó al valle de Copiapó, alcanzado ya por Diego de Almagro. Los indios de Copiapó habían quedado resentidos por el trato otorgado por los españoles, pues no en vano Almagro se llevó encadenados hacia Perú a muchos de los suyos; así, cuando se presentó ante ellos Valdivia, quien hacia lo propio con los naturales de las tierras situadas más al norte —de los que perdió en aquel viaje cuatrocientos—,[32] este tuvo muy pocos argumentos para convencerles de las bondades del contacto con los recién llegados. Valdivia dividió a su gente en cuatro grupos, que batieron el territorio en busca de aborígenes para utilizarlos como rehenes en el momento de pactar con los caciques su colaboración a cambio de la libertad de aquellos. Concertado un pacto entre los indígenas para expulsarlos, en la batalla que siguió, según Pedro Mariño de Lobera, de los ocho mil indios beligerantes murieron ochocientos, mientras que de los ciento cincuenta hispanos participantes no falleció ninguno, si bien hubo infinidad de heridos. Jerónimo de Vivar habla de un soldado hispano muerto, cuatro caballos y varios indios de servicio —y los cita

en este orden—, habiendo caído muchos indios y tomado presos más de trescientos. Pero lo interesante es la orden de Valdivia, antes de emprender la acción, de no dejar indio, mujer ni muchacho con vida, sino solo los caciques que encontrasen para poder pactar con ellos la rendición de sus gentes.[33]



MAPA 8 B. Expediciones en Chile bajo las órdenes de Valdivia.

Avanzando más hacia el interior del país, y en dirección a la

costa, se alcanzó el valle de Mapocho una zona en la que se había hallado el puerto de Valparaíso en época de Diego de Almagro. Pero los indios, que no aceptaban la presencia hispana, quizá advertidos por Manco Cápac,[34] y mucho más al comprobar cómo con sus acechanzas y escaramuzas no conseguían gran cosa, eligieron como jefe a Michimalongo para dar la batalla al grupo hispano. En el lugar donde se libró, y en honor del apóstol que les dio la victoria, se fundó la ciudad de Santiago el 12 de febrero de 1541.

Valdivia, que conocía el peligro de dejar de presionar a los aborígenes sin derrotarlos totalmente, máxime conociendo que Michimalongo se hallaba en un fortín, decidió atacarlo con ochenta de sus hombres, entre infantes y efectivos de caballería. Tras la derrota de los indios, Mariño de Lobera es poco explícito cuando señala que entre los prisioneros, heridos o no, «se hizo ejemplar castigo, según parecía convenir en aquel tiempo». Jerónimo de Vivar explica que de los cuatro mil indios combatientes murieron trescientos cincuenta, por un español muerto y veinte heridos, pero no habla acerca de ninguna represalia. Para Góngora Marmolejo murieron trescientos indios por tan solo dos soldados de Valdivia. Rosales apunta más de quinientos indios muertos por un solo español, pero tampoco dice nada sobre represalias.[35]

Era del máximo interés para los hispanos, de ahí que se le perdonase la vida a Michimalongo, conocer el lugar de donde se extraía el oro con el que se pagaba el tributo al Inca, pues se hallaban en tierras dominadas antaño por este. Informados de ello, en poco tiempo habría cerca de dos mil indios e indias lavando oro al cuidado de veinticinco españoles, en unas condiciones de trabajo muy duras. Tanto es así que, muy poco después, los indígenas volvieron a juntarse en son de guerra, y asaltaron las minas de Malgamalga, matando a todos los hispanos presentes menos a uno, que llevó la noticia a Santiago. Posteriormente, mientras el propio Valdivia salía de la ciudad hacia la provincia

de los indios paramocaes con noventa hombres, Santiago sufrió su primer sitio (11 de septiembre de 1541), fue defendida por cincuenta hombres, treinta y dos de ellos de a caballo (cuarenta infantes y treinta y dos jinetes, que solo contaban con seis arcabuces y dos ballestas, según el padre Rosales). Según Mariño de Lobera, tras varias horas de asedio, la tropa hispana hizo una salida desde la urbe en forma de escuadrón, ganándose el día gracias al uso de los caballos, si bien los indios de servicio (yanaconas) algún papel desempeñarían, aparte de ser ellos quienes llevaban apresados a los nativos atacantes de retorno a la ciudad. De nuevo, los datos que nos proporciona el cronista son un tanto difíciles de asumir: dos mil indios muertos, sin ninguna baja mortal del lado hispano, si bien casi todos malheridos, y la urbe saqueada y semidestruida por los incendios. El propio Valdivia, en carta a Carlos I, admite cuatro hispanos muertos —aunque quizá solo fuesen dos, finalmente—, así como veintitrés caballos, dato que demuestra, una vez más, la tremenda importancia de la caballería hispana para alcanzar la victoria en choques como este a falta de un mayor número de infantes. Jerónimo de Vivar habla de ochocientos indios muertos por cuatro bajas del lado hispano, así como catorce caballos.[36] Diego de Rosales trata el rechazo de las tropas aborígenes, una vez consiguieron estas quemar la ciudad, «haziendo en ellos tal matanza que siguiendo el alcanze hasta que cerró la noche dexaron setecientos bárbaros en las calles y en la campaña muertos»; españoles murieron cuatro y caballos diecisiete.[37]

Desde entonces, los indígenas no solo se negaron a sembrar y recoger alimentos para los españoles, sino que procuraron destruir las sementeras, obligando a Valdivia a una continua vigilancia del entorno de la urbe, con el envío de patrullas de veinticinco hombres de caballería hasta ocho y diez leguas. Estas patrullas operaban diez o quince días y eran luego sustituidas por otras. También se construyó un cercado de adobe de algo más de tres metros de altura que rodeaba Santiago —y mil seiscien-

tos pasos de perímetro—, con una torre con troneras en cada esquina, para poder guarecerse de los ataques relámpago de los nativos.

Aquellos primeros meses de 1542, como decíamos, Valdivia se vio forzado a destruir algunos fuertes de los indios para evitar sobresaltos cerca de Santiago, y a ejecutar a algunos caciques para dar ejemplo. Es el caso de Tanjalongo, del valle del Aconcagua, a quien cortaron los pies.[38]

Prosiguió su campaña Valdivia enviando a Francisco de Villagrán con veinticinco de caballería y treinta peones a destruir los fuertes del valle del Maipo, haciendo batidas por los caminos para evitar los asaltos de los nativos en los establecimientos, minas y salinas de los hispanos. Tras detectar un poderoso fuerte, defendido con fosos y albarradas, Valdivia se presentó a ayudar a Villagrán con otros diecisiete de caballería, rodeando la posición indígena por tres partes, si bien atacando reciamente por la puerta principal, jugando con las ballestas y los arcabuces para desorientar a los nativos, que se creerían atacados por numerosos hispanos. El fuerte cayó y sus cien casas, donde habitaba una ingente población bien abastecida, ardieron; murieron trescientos aborígenes por tan solo cinco españoles heridos. Valdivia mandó colgar dentro y fuera del fuerte a algunos caciques para escarmiento de los demás indios. En 1543, Valdivia todavía envió al capitán Pedro Esteban a destruir varios fuertes al valle del Aconcagua, cosa que hizo castigando «a los indios que lo merecían», dice Jerónimo de Vivar sin ser más explícito.[39]

Por la falta de hispanos, muchos de ellos diseminados por el territorio al fundarse otras ciudades, Pedro de Valdivia envió a Perú al capitán Alonso de Monroy, que, contra todo pronóstico, dado lo azaroso de su viaje, regresó con ciento treinta hispanos (setenta, según Góngora Marmolejo) y muchos indios peruanos de apoyo, arrancados a la fuerza de sus hogares, como recalca Mariño de Lobera, a finales de diciembre de 1543. Gracias a este refuerzo, en la primavera de 1544 partía Valdivia de Santiago

con sesenta hombres, llegó a la tierra de Penco, que arrasó, y donde después fundó la ciudad de Concepción; y estuvo alojado en un pueblo de indios llamado Quilacura, a los que se enfrentó, primero a unos trescientos, de los que mató a unos cincuenta, y más tarde a unos ocho mil (según Valdivia), con quienes batalló por espacio de dos horas; tres muertos fue el resultado en el lado hispano y unos doce heridos; asimismo se perdieron dos caballos. Del lado indígena se registraron doscientas bajas.[40] En la versión del cronista Jerónimo de Vivar, una vez salido a operar Pedro de Valdivia más allá del río Itata con sesenta efectivos de caballería, tras permanecer cinco meses en Santiago aderezando las armas y cuidando sus caballos, en la zona les acometieron los indios sin miedo a las armas hispanas, de ahí la gran mortandad que causaron en sus filas; tras retirarse y pedir Valdivia la rendición mediante el envío de algunos presos, la táctica habitual en aquellos casos, ante la negativa de los aborígenes, cuando una sesentena de los mismos se atrevió a combatir al grupo hispano, la mitad fueron muertos y la otra mitad mutilados (les cortaron las narices) para obligar al resto a aceptar las condiciones de paz hispanas. Aunque muchos nativos huyeron atemorizados, otros no claudicaron y cuatro mil de ellos, según Jerónimo de Vivar, atacaron e hirieron a doce españoles, matando dos caballos. Los indios tuvieron doscientas bajas, entre ellos su cacique, Malloquete. Diego de Rosales habla de doscientos indios presos y apenas diez heridos del lado hispano.[41]

Los numerosos indios que les salieron al encuentro en jornadas sucesivas —ochenta mil o cien mil asegura el exagerado Mariño de Lobera, nada menos— exigieron la retirada cautelosa —quizá disculpada por la exageración numérica anterior—, no sin que Valdivia hubiese reconocido las tierras hasta el río Biobío. Aquellos meses, según sus palabras, «salí a conquistar la tierra, y constreñí tanto a los naturales, rompiéndoles todos los fuertes que tenían, que de puros cansados y muertos de andar por las nieves e bosques, como alimañas brutas vinieron a servir, e nos

han servido hasta el día de hoy sin se rebelar más, e vi la tierra toda, e declaré los caciques e indios que había, que eran pocos, e de aquellos habíamos muerto en las guerras buena parte».[42]

En 1548, Valdivia regresó a Perú, donde participó del lado de la Corona en la fase final de la lucha contra Gonzalo Pizarro. Ello le valdría ser nombrado gobernador general y capitán general de Chile, pues en 1540 había iniciado la conquista con el permiso tan solo de Francisco Pizarro. Mientras, los indios de los valles de Copiapó, Huasco, Coquimbo y Limarí se confederaron y decidieron atacar la ciudad de La Serena, que tomaron desprevenida, destruyéndola. Sin duda, la muerte algunos días antes de hasta cuarenta hispanos en una batalla en el valle de Copiapó, en la que murieron ochocientos indios, hizo que estos se sintiesen con deseos de repetir una hazaña semejante. Quizá no murieron ochocientos aborígenes, sino que el hecho de hallar los cuarenta hispanos empalados obligaría a Mariño de Lobera a exagerar el número de muertes entre las filas araucanas. No obstante, es Jerónimo de Vivar quien señala el uso del empalamiento por los indios en Copiapó, y no Mariño de Lobera, además de que aquel no habla en ningún momento de una batalla tan cruenta en dicho valle, sino de una emboscada en la que se tomó desprevenidos a los españoles. Es lo mismo que señala Góngora Marmolejo, quien asegura que la falta de pericia militar del capitán Juan Bohón llevó a la muerte a sus treinta y dos hombres.[43] Por otro lado, nunca habían muerto tantos hispanos en una sola acción del contrario, de modo que el refuerzo enviado desde Perú por Valdivia se vio muy mermado. Tras el ataque a La Serena, solo quedaron vivos dos españoles, quienes se encargaron de portar las macabras noticias a Santiago.[44]

En diciembre de 1549, el propio Valdivia salía a campaña con doscientos efectivos, de infantería y caballería (ciento ochenta de a caballo dice Jerónimo de Vivar; ciento setenta, para Góngora Marmolejo), en dirección a la frontera del río Biobío, escaramuceando constantemente con los indios con cuarenta o cin-

cuenta de a caballo, a quienes derrotó en varias ocasiones, y los despojó de sus ganados (llamas). La presión hispana condujo al envío contra ellos de tres escuadrones, unos veinte mil hombres, según Valdivia (cien mil, según Mariño de Lobera; treinta mil, para el padre Rosales), que por su marcialidad consiguieron impedir a la caballería hispana, cien efectivos, romper su formación por espacio de tres horas, de modo que fue en esta ocasión la infantería la que, espada en mano, entró en el escuadrón nativo y les obligó a retirarse —«sintieron las espadas», testificaba el conquistador—. Valdivia aseguró tener sesenta caballos heridos —solo perdió uno algunos días más tarde; treinta, dice Mariño de Lobera—, el mismo número que hispanos también heridos y un solo muerto, pero de un disparo accidental de arcabuz y no por arma india. Valdivia no dio datos acerca de las bajas de los indígenas, Mariño de Lobera sí: diez mil muertos; es esta una cifra, obviamente, increíble, a pesar del apoyo en el combate de los aborígenes aliados. Para Góngora Marmolejo murieron tres mil indios. Lo interesante es que Valdivia no menciona la ayuda de nativos del norte de Chile, liderados por Michimalongo, y Mariño de Lobera sí lo hace, aunque en el momento de repartir los laureles de la victoria, solo los esforzados hispanos los obtuvieron de su pluma.[45] Jerónimo de Vivar coincide con Valdivia en el número de españoles heridos, si bien señala que hubo un centenar de caballos lesionados por las flechas y los botes de lanza y palos que les dieron los indios. Donde se muestra muy creíble es en el número de muertos del lado indígena: trescientos, cifra que reproduce Diego de Rosales. La imagen que nos da Vivar de la batalla es notable: «Estaba tan espeso el escuadrón que todos los indios que mataban caían unos encima de otros, y los arcabuceros que no les hacían poco daño». Además, añadía la siguiente información, que arroja mucha luz sobre el porqué de la dureza de una conquista como aquella: era esta una «tierra donde tanto número de bárbaros hay y gente tan bestial que no dan la vida a su adverso, ni le toman a rehenes ni por servir y,

por tanto, conviene al español que no ha usado la guerra que pelee con grandísimo ánimo y venda bien su vida para vencer y ganar, juntamente con la vida, honra y fama».[46] De la crónica de Góngora Marmolejo, que coincide en algunos datos con los anteriores, cabe destacar dos cosas: en primer lugar, los indios atacantes desmayaron cuando vieron tal cantidad de bajas entres sus filas —«siendo muertos tantos, que viendo los montones entre sí de cuerpos muertos, desmayaron en tal manera, que volviendo las espaldas comenzaron a huir cada uno donde le deparó su suerte»—; en segundo lugar, se menciona la actuación de los indios de apoyo, quienes, por cierto, fueron los únicos participantes en la batalla, a decir del cronista, que actuaron con crueldad: «Los yanaconas de Santiago que Valdivia tenía consigo para el servicio de el campo, que hasta aquel punto por orden de Valdivia habían estado quedos, conociendo que iban los indios desbaratados, salieron todos, número de trescientos yanaconas, matando con grandísima crueldad cuantos hallaban, que como iban derribados los ánimos y sin armas con que defenderse, mataron infinito número de ellos».[47]

La batalla de Andalién, como la denomina Jerónimo de Vivar, tuvo lugar el 24 de febrero de 1550 en la provincia de Penco. Jerónimo de Quiroga realiza a propósito de esta batalla una reflexión importantísima:

> No es fácil subsistir conquistando sin introducir antes la discordia entre los naturales: excúsase esta prevención necesaria si ellos están en guerras civiles, porque la desunión es arma rigurosa, y pocas veces se oprimen por enemigo extraño las naciones, si ellas mismas no concurren a deshacerse, y aunque Valdivia halló a estos bárbaros unidos, procuró empeñarlos en develar algunas parcialidades, amparados de nuestras armas. Y dándoles los despojos, para inclinarlos a repetir la invasión, en breve tiempo tuvo su parte gruesas tropas de indios, en quien recayese el primer ímpetu de los contrarios, y con ellos levantó sus banderas y marchó hasta las orillas del Andalién.[48]

Tras buscar un lugar oportuno, que halló a una legua de la costa, donde se encontraba un puerto natural desde el que podría establecer contacto con Valparaíso, Valdivia mandó construir un buen fuerte rodeado de un foso de doce pies de ancho y otros tantos de hondo, con un circuito de mil quinientos pasos, que, según su testimonio, «se puede defender de franceses». La

idea era permanecer allá durante el siguiente invierno (que comenzaba en abril) y emprender la edificación de una ciudad que sujetase aquellas gentes y sus tierras, pudiendo refugiarse con ciertas garantías mientras los numerosos heridos habidos en la campaña se curaban. Además, desde una posición como aquella, serían ellos quienes marcasen el ritmo de la campaña, saliendo a batallar cuando fuese oportuno sin esperar el ataque por sorpresa de los nativos en campo abierto. Con tales iniciativas se les obligó, de hecho, a confederarse, y semanas más tarde se presentaron ante el fuerte hasta cuatro escuadrones, que Valdivia rápidamente convierte en cuarenta mil hombres (sesenta mil, Jerónimo de Vivar; cincuenta mil dice Góngora Marmolejo), sin ningún pudor. Notando que los escuadrones, por su disposición táctica, no podían ayudarse unos a otros y que el peligro real sería dejarse rodear por las fuerzas araucanas, Valdivia ordenó a uno de sus capitanes, Jerónimo de Alderete (1516-1556), veterano de las guerras de Italia (había luchado en Nápoles), romper uno de ellos con cincuenta de a caballo, cosa que consiguió, trabándose después la batalla. Valdivia asegura haber hecho dos mil muertos e infinidad de heridos entre los guerreros reches; Jerónimo de Vivar habla de trescientos muertos. Mariño de Lobera, testigo de vista, asimismo, refiere cuatro mil muertos. Este último explica los hechos de manera diferente: fue el teniente general Jerónimo de Alderete quien, sin órdenes, se lanzó con parte de la caballería contra los indios; advirtiendo aquello, Valdivia reaccionó enviando al resto de sus caballeros, pero los indígenas se les enfrentaron con picas[49] —de veinte y veinticinco palmos, según una descripción que de las mismas hizo el propio Valdivia en una de sus cartas— y cerrando filas los rechazaron, y

> viendo el gobernador que ya esto era demasiado saber para bárbaros, mandó que la gente de a caballo se hiciese afuera, y que se jugase la artillería, y los arcabuceros diesen una rociada a los enemigos, lo cual se ejecutó al punto. Recibieron mucho daño los enemigos en este lance, pero no por eso se desviaron de sus puestos por no desbaratar los escuadrones, lo cual dio ocasión a los nuestros para tornar a cargar las escopetas y artillería, y tirar a su salvo contentándose los indios con tener su ejército concertado, pareciéndoles que todo el negocio estaba en esto; hasta que, viendo ya su barbaridad, desampararon sus puestos y anduvieron en caracol, desatinados de tanta arcabucería; sintiendo esto los españoles dieron sobre ellos y pelea-

ron largo rato con lastimosa matanza de los bárbaros, hasta que ya ellos echaron de ver su perdición, y no pudiendo resistir el ímpetu de los cristianos volvieron las espaldas todos a una.

Una vez más observamos el desprecio en comentar las hazañas de las armas de fuego. Estas, en las cartas de Valdivia, son inexistentes; solo en el anterior relato de Mariño de Lobera adquieren todo su esplendor. Eso sí, este último no puede dejar de recurrir a algunas imágenes, que también se dieron en el caso de la conquista de Nueva España: un pequeño río que pasaba por el lugar de la batalla bajó tinto en sangre.[50] Desde el nuevo puerto al sur del río Biobío, Valdivia ordenó prodigar el número de incursiones cada vez más hacia el sur con la intención de obtener comida e indios de servicio, tras pacificarlos. Es muy interesante comprobar cómo no tuvo reparos en mandar a sus hombres que diesen «una mano en la tierra firme e matasen algunos indios, de noche, porque los costriñesen a tener algún temor para que, pasando allá, vengan más presto de paz». Sin duda, esas no eran las órdenes dadas por Carlos I en diversas cédulas que obligaban a los caudillos de Indias a demandar la paz y la colaboración a los indios hasta tres veces antes de declararles la guerra. De hecho, en su carta a Carlos I del 15 de octubre, no comenta exactamente esto, sino que Valdivia es mucho más diplomático señalando cómo sus órdenes fueron «que corran la tierra por aquella costa, porque vengan, porque me envían a decir [que] los indios que no quieren venir, pues no vimos allá».[51] Correr la tierra tiene el sentido de recorrer el territorio en son de guerra; dar una mano tenía un sentido mucho más duro y concreto: realizar un escarmiento, una escabechina, una matanza. En cualquier caso, significaba que se mataba al enemigo indiscriminadamente.

Una vez dominada la zona, y obtenida algunas fuentes de alimentación, Valdivia se decidió por la fundación, el 5 de octubre de 1550, de la ciudad de Concepción. Para entonces había unos quinientos hombres en Chile, de los cuales quería salir Valdivia con trescientos para dominar una nueva franja de territorio levantando otra ciudad. Sería La Imperial, también fortificada,

fundada en marzo de 1551; pero lo interesante en este caso es la puntualización que hizo Valdivia: si las cosas habían salido bien, pues los nativos se pacificaron prontamente, fue por «el castigo que hice en los indios cuando vinieron de guerra sobre nosotros, al tiempo que poblé esta ciudad de la Concepción, y los que se mataron en la batalla que les di, así aquel día, como en las que les había dado antes».[52] El padre Rosales denuncia cómo en aquel territorio, que se hallaba en paz, unos soldados rancheadores decidieron «causar temor a la tierra» y le pegaron fuego a una gran cabaña que cobijaba unos doscientos indios en plena celebración, no sin antes barrar todas las puertas. No escapó ninguno con vida. «¿Quién vio conquistar a fuego y a sangre a quien no hace resistencia?», se lamentaba. Rosales recordaba que no era voluntad del rey que sus súbditos hispanos entrasen en «las Provincias de las Indias haciéndoles guerra a fuego y sangre y passando a los indios a cuchillo para ponerles temor y haciéndolos esclabos sin haverlos primero requerido y ofrecídoles buen tratamiento de parte de su rey».[53] Poco después, Valdivia dio por concluida aquella fase de la conquista. Entregó a sus capitanes miles de indios en encomienda, mientras se hallaban nuevas minas de oro en la ciudad de Concepción, donde en poco tiempo, a decir de Mariño de Lobera, había veinte mil aborígenes trabajando. Cuando parecía que la situación estaba controlada más bien que mal, pues Valdivia ordenaba constantemente el envío de escuadrones para recorrer la tierra, con algunas escaramuzas, se produjo la gran alianza de araucanos y tucapelinos,[54] eligieron como general en jefe a Caupolicán. Los abusos hispanos llevaron a la tragedia, a decir del padre Rosales.

Cuando se produjeron las primeras evidencias en el sentido de que los nativos tramaban alguna cosa, ciertos capitanes, como Sancho de Coronas, optaron por el tormento de determinados caciques, hasta ocho en su caso, para conocer la mayor cantidad de detalles posibles. El capitán Martín de Ariza tomó

presos a los caciques que pudo de la provincia de Tucapel, donde estaba de guardia, y, ante la evidencia de que se avecinaba una rebelión, los mató a todos personalmente. También el capitán Francisco de Villagrán castigó duramente a los indios que habían ultimado al capitán Moya y a varios de sus hombres en el asalto de uno de los fuertes del territorio. Pero antes de que las pesquisas fuesen a más, el propio Valdivia, que se hallaba en Concepción, decidió salir a patrullar con solo quince hombres para averiguar qué pasaba. Previamente habían salido de diversos fuertes —se construyeron tres en territorio de Purén, Arauco y Tucapel para asegurar el camino— hasta doce hombres en dos escuadrones; todos murieron en enfrentamientos con los indios. Sin querer reparar ante tan evidentes indicios de rebelión, Valdivia resolvió continuar con sus planes, aunque llevaba por entonces más gente consigo. Estos terminaron abruptamente cuando él y sus sesenta y dos hombres, además de cierta cantidad de indios de apoyo, fueron muertos en combate por los nativos sublevados el 27 de diciembre de 1553. Valdivia quizá fue torturado antes de morir. Según Jerónimo de Vivar, las cabezas de Valdivia y de otros dos de sus hombres fueron clavadas en estacas y adornaron un tiempo la choza del señor principal de Tucapel.[55] Según Góngora Marmolejo, fue un antiguo criado yanacona del propio Valdivia, Alonso (más tarde conocido como Lautaro), que se había fugado, quien dispuso con los alzados la estrategia por seguir: se trataba de agotar al grupo hispano, atacándole escuadrón tras escuadrón de indios alzados, solo que con la precaución de hacerlo en un terreno en cuyas cercanías hubiese alguna colina que, una vez alcanzada su cima, sirviese de refugio para los aborígenes derrotados y fuese un camino difícil de seguir para los caballos. Una vez los équidos estuviesen cansados, todos los escuadrones atacarían al mismo tiempo a la hueste hispana. Además, había que fortificar todos los pasos por donde Valdivia y los suyos pudiesen escapar en caso de vencer o de renunciar al combate que se les proponía. La segunda parte

del plan no hizo falta ponerla en práctica, dado que se transformó en un alcance, solo que ahora eran los caballeros españoles quienes fueron cazados en pequeños grupos o uno a uno.[56] Jerónimo de Quiroga señala cómo, jugando con su número, los escuadrones de los indígenas sublevados pusieron en práctica una buena estrategia: se abrían para dar paso a los caballos que se les echaban encima, para luego, una vez cerradas las hileras de nuevo, ultimarlos sin que pudiese escapar del cerco ni hombre ni caballo. Además, los vencedores destroncaron «las cabezas de los cuerpos cristianos y de los principales caciques que auxiliaban nuestro campo, y las colgó en los más altos robles»; hasta tres mil indios auxiliares cayeron con Valdivia. Este, según la versión de Quiroga, no fue torturado, sino muerto en el acto de un fuerte golpe en la cabeza. Un final quizá más deseable que cierto. El padre Rosales apunta que Valdivia, aturdido por un fuerte golpe, moriría cuando le abrieron el pecho y le extrajeron el corazón, que fue ingerido en pequeños trozos por los caciques principales. El Inca Garcilaso también se hizo eco de la muerte de Valdivia, y resultó la nueva forma de batallar de los indios rebeldes, luchando escuadrón a escuadrón para agotarlos, recomponiendo los escuadrones desbaratados y tomándoles la retirada con otros dos, hasta descomponer el orden de batalla de la caballería hispana.[57]

La creación del «Flandes indiano»

Después de la muerte de Pedro de Valdivia, Francisco de Villagrán reaccionó y, tras dejar sesenta soldados de retén en la ciudad de Valdivia, avanzó con otros ochenta hasta Concepción. Allá se habían concentrado algunas tropas que, junto con las que llevaba, le permitió dejar en ella noventa hombres para defenderla, saliendo él mismo al frente de un contingente de ciento sesenta y dos hombres de a caballo, ocho tiros de bronce (seis piezas poco mayores que versos, señala Antonio de Herrera) y treinta arcabuces que se acabaría enfrentando a un gran ejército araucano en el valle de Chivilingo. Góngora Marmolejo señala

también que le acompañaban «muchos indios que llevaba por amigos de los repartimientos que estaban de paz»; tres mil es la cifra que consigna Jerónimo de Quiroga, además de sus mujeres e hijos; dos mil yanaconas e indios auxiliares —es decir, guerreros—, señala el padre Rosales. En su avance, las tropas hispanas destruyeron los sembrados de los valles de Andalican y Chivilingo.

Tras preparar los araucanos un escenario parecido al de la muerte de Valdivia, Villagrán, acusado por Góngora Marmolejo de tener en poco a los indios, a pesar de los consejos de su maestre de campo, Alonso de Reinoso, se metió de lleno en la trampa. Lo que pudo hacer fue colocar su artillería con ventaja y la dejó bajo la custodia de veinte rodeleros para defenderla, además de dos mangas de caballería que defendían cada uno de los flancos, mientras el resto de su gente se apercibía para enfrentarse a un número muy superior de aborígenes, que contaban con un terreno poco favorable para la caballería en caso de que esta los persiguiese. Trabada la batalla, el caudillo Caupolicán ordenó a los suyos que no perdiesen sus formaciones —que alcanzaban hileras de cincuenta hombres, mezclando piqueros con macaneros y flecheros–,[58] para hacer frente a los hispanos, si bien la artillería causaba estragos entre sus filas —Mariño de Lobera asegura que aunque las balas de artillería se llevaban por delante diez o doce hombres, los araucanos los reponían rápidamente para que no se notase su falta en el escuadrón—. La suerte del combate se decidió cuando los araucanos, despreciando las bajas, se lanzaron en pos de la artillería, que conquistaron, matando a diez españoles, quedando a merced de la multitud aborigen la caballería, que apenas si pudo hacer nada más que procurar salvarse huyendo a la desbandada. Aquel día cayeron noventa y seis españoles. Solo Jerónimo de Vivar aporta un dato clave: también perdieron la vida tres mil indios de apoyo, lo que demuestra que las bajas causadas a los aborígenes belicosos, si son datos comedidos como algunos de los de Vivar, son

fácilmente creíbles, dado que se luchaba con la ayuda de los indios auxiliares, generalmente, y como vemos, desaparecidos de la mayoría de las crónicas. Por otro lado, según Jerónimo de Quiroga, algunos araucanos se sirvieron de lanzas, espadas y petos «de los despojos apresados en las precedentes refriegas», con lo que aumentaba su peligrosidad. Gracias a que los vencedores frenaron su alcance para saquear el bagaje del campo hispano y asesinar a las mujeres e hijos de los indígenas auxiliares, el resto de la tropa hispana pudo salvarse. Hasta ese punto se extendió el servicio de los indios aliados.[59]

Villagrán, con el resto de su ejército, poco más de sesenta hombres (veinte, según el padre Rosales, que eleva los caídos hispanos a ciento treinta y cuatro), regresó a la ciudad de Concepción. Poco después se decidió evacuarla, al carecer de la seguridad de poder defenderla, y se envió a sus habitantes a Santiago. Quizás ahora se entienda la crítica del cronista Antonio de Herrera a Valdivia, al que acusó de haber fundado demasiadas ciudades para tan pocas fuerzas como las que se hallaban en Chile.[60] Según Sergio Villalobos, el principal error de Valdivia fue la ambición por dominar un territorio extenso y una población numerosa, y fundamentalmente porque no se había apreciado en su verdadera magnitud la capacidad guerrera de los araucanos, a pesar de los fieros combates y batallas librados en todas partes. La dispersión de los contingentes españoles en un espacio tan amplio y con dificultades para la comunicación, había sido un mal plan estratégico, si es que hubo alguno, y las consecuencias resultaron fatales.[61] Araucanos y tucapelinos asaltaron y quemaron Concepción, pero no pudieron tomar ni Valdivia ni La Imperial, si bien todo el territorio se vio inmerso en una fase de caos durante los años siguientes. Una de las consecuencias de todo ello fue el aumento de la crueldad entre los españoles. En palabras de Mariño de Lobera,

> largo negocio fuera hacer mención de las muchas crueldades que se usaban con los indios, como se entenderá por el modo en que se había con ellos el capitán Juan de Villanueva, el cual, saliendo a correr la tierra sajaba a los que prendía, y de entre cada dos cuchilladas sacaba una tira de carne y se la daba a comer al

indio en castigo de que comían comúnmente carne humana. Y a otros ponía el arcabuz en la boca disparándolo en ella, y dándole a comer la bala por la mesma causa.[62]

En el asalto a Concepción los indios alzados liderados por Lautaro exhibieron una nueva disciplina militar aprendida en los encuentros militares precedentes, «trayendo las primeras filas de gente armada con petos y celadas resplandecientes [...] y levantados los bruñidos hierros de muchas lanzas y espadas de aquellos españoles a quienes con Villagrán y Valdivia despojaron». Ello les valió la victoria, además de hacerse con diez caballos en buen estado. No obstante, según Quiroga los nativos no sabían utilizar bien las espadas.[63] Tras una feroz política represiva a lo largo de 1554 y parte de 1555 desde La Imperial, donde llevaría desde Santiago ciento sesenta hombres, Francisco de Villagrán decidió repoblar la ciudad de Concepción en noviembre de 1555; pero fue una decisión precipitada, inspirada por algunos vecinos de Santiago, quienes contaron con el apoyo de la Audiencia de Lima, ya que los setenta y cinco hombres del capitán Juan de Alvarado no pudieron frenar las partidas del líder del bando alzado, Lautaro. Este volvió a tomar el nuevo fortín que se había levantado y consiguió hacerles a los españoles cuarenta y un muertos, además de degollar a todos los yanaconas; los supervivientes se escaparon hacia Santiago. Evidentemente, las fuerzas eran escasas y carecían de artillería y arcabucería.

Después de esa victoria, Lautaro logró llevar consigo hasta ocho mil araucanos a las cercanías de Santiago, pues sabía que si caía esta ciudad, con ella lo harían las demás urbes del sur del territorio. Tras ser derrotado en una escaramuza por apenas setenta hispanos, Lautaro fue prendido por sorpresa en su campamento por una tropa de ciento veinte españoles apoyados por cuatrocientos indios flecheros, que consiguieron matarlo. Con él cayeron otros seiscientos aborígenes, asegura el padre Rosales (doscientos cincuenta, según Jerónimo de Vivar; trescientos, según Góngora Marmolejo, quien añade «sin [contar] otros muchos rendidos y castigados»), quedando todos los hispanos heri-

dos. Según Jerónimo de Quiroga, Villagrán ofreció clemencia a los araucanos supervivientes, que vieron cómo los indios de otras etnias que los apoyaban desertaban, pero no la aceptaron; fue entonces cuando los pasaron por las armas.[64] Las muertes de Pedro de Valdivia y de su sucesor, Jerónimo de Alderete, animaron al nuevo virrey de Perú, Andrés Hurtado de Mendoza, a enviar a un territorio tan complicado a su hijo, García Hurtado de Mendoza, evitando así pronunciarse a favor o en contra de dos reputados capitanes de Valdivia como eran Francisco de Villagrán y Francisco de Aguirre. Por otro lado, Hurtado de Mendoza consiguió que evacuaran Perú los últimos seguidores del rebelde Francisco Hernández Girón, al que la autoridad de su hijo mantendría a raya, y de esta forma se proseguiría tanto la conquista de Chile como la tranquilidad pública en Perú. Como señalaba la Audiencia de Lima ya antes pero, sobre todo, después del alzamiento de Hernández Girón (1553-1554): «Este rreyno está bien cargado de gente y con necesidad de descargar de parte de ella [...]».[65] García Hurtado de Mendoza entró en Santiago el 5 de mayo de 1557. Una de sus primeras medidas fue levantar un fuerte en la destruida ciudad de Concepción, una operación para la que llevó consigo doscientos cincuenta hombres, a los que se sumarían poco después otros doscientos treinta con ochocientos caballos. También llevaba hasta seis piezas de artillería (ocho para J. de Quiroga). Apenas iniciados los trabajos en el fuerte, hasta siete mil indios atacaron (tres mil, según Góngora Marmolejo), siendo rechazados por la artillería y los arcabuceros, que mataron un centenar. Según J. de Quiroga, las piezas hispanas dispararon con balas de arcabuz a quemarropa, causando un gran estrago. Dos españoles muertos y veinte heridos fue la cosecha araucana. La llegada de otros sesenta de caballería animó a García Hurtado de Mendoza quien, ante la retirada de los nativos, decidió ir a buscarlos a la antigua frontera del río Biobío. Su ejército constaba de quinientos treinta hombres a caballo (seiscientos, dice Mariño de Lobera; la misma cifra es la

aportada por el padre Rosales, quien añade la existencia también de mil cien caballos), doscientos arcabuces y cinco piezas de artillería. Se les sumarían otros cincuenta de a caballo (sesenta, para Góngora Marmolejo), además de ocho o nueve mil indios aliados. Los hombres de Hurtado de Mendoza se hubieron de enfrentar con hasta setenta y ocho mil indios, según la estimación de Jerónimo de Quiroga, pero «aunque entonces eran muchos estaban desarmados y desnudos, como desmontados»; Rosales reduce dicha estimación a unos veinte mil.[66] En un primer encuentro, hasta treinta hispanos fueron heridos y muerto un caballo; los araucanos tuvieron trescientos muertos y ciento cincuenta prisioneros, que fueron mutilados. Rosales habla de numerosos caídos y quinientos indios presos, a quienes mataron posteriormente. Los indígenas apresados aseguraron haber combatido doce mil de los suyos aquel día, que solo pudieron ser frenados gracias a la combinación afortunada de piqueros y arcabuceros, que en escuadrón frenaron el ímpetu inicial del ejército aborigen, mientras la artillería ligera causaba estragos en sus filas y la caballería presionaba en la desbandada y rescataba efectivos hispanos en apuros.[67] Tras atravesar el territorio de Arauco sin poder contactar con el enemigo, escurridizo, aunque se recuperó una pieza de artillería de bronce de las que perdiera Francisco de Villagrán cuando fue derrotado años atrás, García Hurtado de Mendoza entró en la provincia de Tucapel. Allí se enfrentó al ejército de Caupolicán, y le causó cuatrocientos veinte muertos, por algunas decenas de hispanos heridos. Mariño de Lobera explica cómo los escuadrones de los indios reches (es decir, araucanos, tucapelinos, catirayes, maquehuanos) consiguieron con sus picas detener por dos veces los embates de la caballería hispana, que no conseguía romperlos, por lo que Hurtado de Mendoza, advirtiéndolo, hizo que sus seis piezas artilleras apuntasen al grueso del ejército aborigen, consiguiendo gracias a sus impactos directos destrozar su formación, dividiéndose en pequeños grupos, entrando entonces fácilmente

en ellos la caballería, que los dispersó alanceándolos. Tras perseguirlos media legua, haciendo una escabechina entre ellos, Hurtado de Mendoza decidió frenar el ímpetu de su gente y puso fin a la matanza. Mariño de Lobera habla de tres mil muertos y ochocientos presos. Góngora Marmolejo refiere setecientos muertos y otros tantos presos. Para este, García Hurtado de Mendoza planteó muy bien el encuentro, aprovechando el terreno elegido por los propios indios para el combate:

> Don García llevó por delante dos compañías de arcabuceros con grande determinación, disparando en el escuadrón sus arcabuces, derribando muchos [indios] a causa de tomallos juntos: y viendo tres estandartes de a caballo que venían a romper con ellos y el artillería que no cesaba, no pudiendo sufrir su perdición volvieron las espaldas, los de a caballo entre ellos alanceando muchos; y por estar cerca una quebrada grande y honda escaparon los más echándose por ella: allí los mataban los soldados de a pie a estocadas y lanzadas.[68]

Jerónimo de Quiroga, más sensible con el papel desempeñado por los indios aliados, narra cómo estos avanzaban en dos alas tras la vanguardia ocupada por la caballería; en la retaguardia, los piqueros, guarnecidos por los arcabuceros, precedían al bagaje, que contaba con guardia suficiente para protegerlo. En el transcurso de la batalla, en cuya descripción a Quiroga se le va un poco la mano, pues parece escenificar el choque de dos tercios en la Europa del momento, queda claro que a una descarga inicial de la artillería hispana, con disparos de «balas y clavos», le siguió una doble carga de la caballería española, ya que las tropas de los reches avanzaban en dos cuerpos, que no pudo romper el frente aborigen; animados estos por la retirada de la caballería hispana con alguna pérdida, al avanzar fueron repelidos por la arcabucería, que les infligió grandes daños por atacar los nativos sublevados en grandes masas compactas. Una vez recuperada, la caballería volvió a asaltarles destrozando las primeras líneas de su ataque. Tras conseguir reponerse, los reches se situaron en una posición donde abundaban las piedras, que arrojaban a sus enemigos, pero los artilleros hispanos, bajando el punto de sus armas, levantaron con sus disparos grandes rociadas de aquellas piedras que, a modo de nuevos proyectiles, abatían ahora a los indígenas. Estos, amedrentados, no acerta-

ron con seguir avanzando, lo que permitió que la artillería se cargase y descargase una y otra vez sobre ellos. «Asestóse a la parte donde los golpes y el estruendo resonaban más y abrió grandes brechas desuniendo unos escuadrones de otros; y el enemigo, empachado de morir a golpes de instrumentos tan violentos empezó a desamparar el campo y los nuestros a cantar victoria».[69] Alonso de Góngora Marmolejo asegura en su crónica que, tras su gran victoria, García Hurtado de Mendoza volvió a levantar un fuerte en Tucapel, donde otrora estuviese el erigido por Pedro de Valdivia. En apenas tres días consiguió darle forma, con dos torres y cuatro piezas de artillería como protección. Sus tropas corrieron la tierra, que encontraron abandonada por los aborígenes, pudiendo rescatar algunos bastimentos de los restos humeantes de sus poblados. Lo cierto es que «los indios, como vieron tanto cristiano, servicio y caballos, y sabían que con grande crueldad los habían muerto y castigado dos veces que peleado habían, no osaron por entonces probar ventura: y ansí se subieron a la montaña, como tierra áspera, con sus mujeres e hijos, esperando ver si los cristianos se dividían para tomar conforme al tiempo el consejo, y ansí se estuvieron a la mira».[70]

A finales de 1557, García Hurtado de Mendoza fundó una nueva ciudad, Cañete de la Frontera, mientras dio orden de reedificar Concepción en enero de 1558, para lo que envió ciento cincuenta hombres. Seguidamente, se dirigió hacia el sur con otras ciento cincuenta unidades buscando oro en nuevas provincias. El 27 de marzo de 1558 fundó la ciudad de Osorno, en honor de su abuelo, conde de Osorno, después regresó a La Imperial para intentar concluir la guerra en Arauco y Tucapel. En este último lugar había dejado Hurtado de Mendoza al capitán Juan de Reinoso, que recibiría sesenta hombres de refuerzo para defender la zona. Reinoso, mediante un ardid en el que intervino un yanacona, atrajo a un grupo de tucapelinos, que atacaron el fuerte convencidos de que el anterior les facilitaría la en-

trada. Se encontraron con «los más de los soldados a caballo, la artillería cargada, los arcabuceros de mampuesto dieron una gran ruciada de pelotas en los pobres que venían engañados, y el artillería que se disparó en ellos con grande crueldad; luego salieron los de caballo alanceando tantos que movía a lástima ver aquel campo con tantos muertos. Los yanaconas y negros, como a gente rendida, mataban muchos». Para que el escarmiento fuese completo, los tomados presos «con el artillería atados y puestos en hilera los mataban». Poco después, gracias a una estratagema, el cacique Caupolicán cayó en manos hispanas. Como vimos en el capítulo precedente, los cronistas no se ponen de acuerdo en el método usado para ejecutarlo: o empalamiento o bien flechado tras ser agarrotado.[71]

En octubre de 1558, García Hurtado de Mendoza, tras invernar en La Imperial, pasó a la ciudad de Cañete, cerca de la cual los guerreros reches se habían hecho fuertes y hostilizaban a los indios de servicio. En aquellas comarcas, los nativos hostiles acostumbraban a excavar hoyos disimulados donde enterraban estacas para terminar con los caballos. Quienes eran atrapados solían acabar empalados en las mismas estacas que habían colocado. Con doscientos hispanos (trescientos, según Góngora Marmolejo), Hurtado de Mendoza se acercó a la posición de los indígenas, defendida con empalizadas, fosos y hoyos para entorpecer a los caballos, así como, y creemos que es la primera vez que lo menciona un cronista, Jerónimo de Vivar, con dos piezas de artillería y hasta siete u ocho arcabuces saqueados a los españoles («En la palizada que tengo dicho estaban dentro cuatro mil indios y tenían dos piezas de artillería y siete u ocho arcabuceros. Aunque lo dispararon, fue Dios servido que no hicieron daño»). Sin hacerles menoscabo, pues, a pesar de disparar sus armas de fuego, Hurtado de Mendoza mandó acometer el fuerte por tres partes a la vez, mientras un retén de hispanos se quedaba con los indios de servicio; serían estos últimos quienes entrasen en tropel en dicha posición una vez quebrada la

resistencia de los aborígenes alzados. Jerónimo de Vivar habla de trescientos muertos entre sus filas, y de la captura de numerosos presos. Era el 13 de diciembre de 1558. Mariño de Lobera se explaya más, quizá por el uso escandaloso de armas de fuego por los reches, tratando de la artillería hispana, si bien de manera crítica, pues las piezas de campaña, de menos de diez quintales de peso cada una, hacían poco daño en la empalizada de los araucanos. El caso es que, tras la derrota de los indios hostiles, se hallaron varios arcabuces y hasta cinco piezas de bronce tomadas a Francisco de Villagrán, lo que aprovecha Mariño de Lobera para sentenciar que los reches no sabían hacer servir dichas armas, pues de lo contrario «no hubiera cristiano hoy en todo Chile». Góngora Marmolejo, que no dice nada sobre las armas hispanas en manos de los indígenas, asegura que se mandó ejecutar a setecientos prisioneros. «Fue tan grande este castigo y puso tanto temor en toda la provincia, que los que se habían alzado vinieron a servir de allí adelante». Diego de Rosales afirma que el nuevo jefe de guerra de los nativos alzados, Lemucaguin, disponía de dos piezas artilleras y hasta veinte arcabuces, e intentaba obtener pólvora, bien obligando a dos españoles cautivos a que la fabricasen, bien obteniéndola de algunos yanaconas, que la trocaban por comida con los españoles con la excusa de que la necesitaban para curarse algunas enfermedades. Tras ser derrotados, los reches perdieron las dos piezas artilleras, once arcabuces y mil trescientas picas, además de quinientos prisioneros, descontando los caídos. Muchos presos fueron ajusticiados de la siguiente manera: ordenó Hurtado de Mendoza que fueran saliendo uno a uno por una estrecha abertura de la empalizada que tan mal los había defendido y «como iban saliendo les daba un negro a dos manos con una barreta de yerro y caían en el foso medio muertos». [72]

Francisco de Villagrán sustituiría a García Hurtado de Mendoza al frente del gobierno de Chile en 1561. Llegado con dos compañías de refresco y unos mil indios de apoyo desde Perú,

una de sus primeras medidas consistió en reforzar la posición de la ciudad de Concepción, pues los nativos de la zona volvían a rebelarse construyendo fuertes desde donde defenderse. En grupos de treinta, cincuenta o noventa hispanos se operaba contra aquellos fuertes, masacrando y quemando la tierra cuando había pérdidas de soldados españoles, si bien la ayuda prestada por los indios aliados suele ser escatimada en la crónica de Góngora Marmolejo. No obstante, en la acción contra el fuerte de Mareguano, quinientos indígenas aliados acompañaban a las tropas hispanas. El maestre de campo Altamirano planteó erróneamente el encuentro —atacar un fuerte en una posición poco favorable para la caballería, y rodeado de trampas disimuladas en el suelo en las que cayeron muchos soldados—. Cuarenta y dos soldados pagaron con su vida el descalabro (cuarenta y cinco para M. de Lobera), entre ellos el hijo del gobernador, don Pedro de Villagrán. Los indios aliados salvaron a buena parte de los soldados hispanos, unos frenando el contraataque reche y otros asistiendo a los soldados heridos facilitando su huida.

Mariño de Lobera destaca dos cuestiones: cada vez resultaba más difícil derrotar a los indios («Porque como los indios no eran ya bozales, sino hechos a tratar familiarmente con españoles y cursados en las batallas donde aprendían dellos diversas estratagemas y ardides, sabían aprovecharse de la industria de los contrarios usando ellos de las artes y máquinas que habían visto»), al tiempo que la represión hispana hacía que aquellos luchasen hasta el final («[los españoles] tan demasiados en perseguir a los pobres indios sin perdonar a indio que es viniese a las manos, que no solamente les mataban los hijos y mujeres, más aún, les quemaban las casas y sementeras»).[73] El gobernador Villagrán dio órdenes estrictas de despoblar la ciudad de Cañete, dejando solo un contingente militar, mientras él se marchaba a Concepción. Pero el ataque indio (seis mil hombres, según Góngora Marmolejo; cuatro mil quinientos, para el padre Rosales) se produjo en la ciudad de Los Infantes (Angol). El ca-

pitán Miguel de Velasco les hizo frente con apenas seis arcabuceros y catorce efectivos de caballería, además de una pieza artillera (cuarenta y siete arcabuceros y una pieza de artillería, además de algunos hombres a caballo y el concurso de indios aliados, puntualiza el padre Rosales). Sabido cómo los indios se echaban al suelo al sentir disparos, el capitán Velasco ordenó disparar los arcabuces uno a uno, para frenar su marcha, mientras jugaba también con la pieza artillera. A pesar de la enorme diferencia numérica, los caballos hicieron frente al ataque reche y lo desarticularon. Tres soldados y los indios de apoyo, que lanzaban piedras con sus hondas, lograron impedir que otro escuadrón entrase en la ciudad. A pesar de la victoria, la urbe se evacuó y se construyó más tarde en un lugar más apropiado a dos leguas del asentamiento inicial. Mariño de Lobera, siempre exagerado, aseguraba que hubo dos mil bajas en el bando reche y se hizo justicia en muchos de los indios rebelados, pero sin entrar en detalles. El padre Rosales, más cauto, asegura que no se pudo matar tantos nativos por ser pocos los españoles e ir formados en escuadrón en todo momento y sin deshacerlo, pues se trataba de asegurar sus vidas y no ponerlas en peligro en el alcance de los aborígenes.[74]

Otro ataque se produjo en mayo de 1562 contra el fuerte del valle de Arauco, defendido por ciento quince soldados y cuatro piezas artilleras, al mando de Alonso Bernal del Mercado (ciento veinte, según Mariño de Lobera, de los que morirían cuarenta), quien, ante la pericia militar y el armamento hispano adquirido por los indios en otros encuentros (lanzas y hasta catorce arcabuces), no se atrevió a atacarles en campo abierto, sino que confió en la artillería y arcabucería del fuerte. Lo interesante es constatar cómo unos y otros iban adaptándose a las nuevas circunstancias bélicas. Tras algunas escaramuzas iniciales, cuando Bernal regresó con treinta cabezas de araucanos atadas a las colas de sus caballos, se mantuvo un cerco de más de cuarenta días en el que el agua y la comida escasearon para los sitiados, y

en el que los aborígenes construyeron trincheras para defenderse mejor de los disparos de la artillería, las inclemencias climáticas les aconsejaron a estos últimos levantarlo. Góngora Marmolejo habla de treinta mil indios en pie de guerra, cifra poco creíble; Jerónimo de Quiroga refiere cómo diez mil indios asaltaron repetidamente la plaza; el padre Rosales habla de veinte mil. En una ocasión lograron, tras tener un enorme número de bajas, hacerse con uno de los cañones y cuatro arcabuces. Por su parte, temiendo por la prolongación del sitio y la falta de suministros, Bernal obligó a los nativos flecheros aliados (trescientos) y a sus familias a abandonar el fuerte, aun sabiendo que los enviaba a una muerte segura. Finalmente, un refuerzo de setenta hombres permitió domeñar la resistencia araucana y tucapelina y levantar el sitio.[75]

Según Mariño de Lobera, los araucanos comenzaron a demostrar que estaban aprendido a plantear un sitio: en el del fuerte de Arauco se hicieron fuertes en tres posiciones que circunvalaban el campo hispano; Mariño de Lobera, con disimulada admiración, aseguraba que los indios

> hicieron en sus tres sitios todos los géneros de artificios defensivos y ofensivos que supieron, fabricando fortaleza, fosos, trincheras y cavas torcidas y hondas que iban de un campo a otro por donde pasaban los indios a comunicarse sin ser vistos de los españoles por llevar todo el cuerpo metido en aquella abertura que era de más profundidad que estado y medio. Con esto se defendían también de los tiros de arcabuces y piezas, cuyas balas, aunque pasaban muy adelante de lo que ellos estaban, con todo eso no podían hacerles daño alguno en tanto que ellos no salían a campo raso.

El problema en Mariño de Lobera son las exageraciones, que quizá le servían para intentar asimilar las campañas hispanas en la Araucanía a las de la Antigüedad clásica, porque es difícil de creer que los indios lanzasen sobre el fuerte quinientas ochenta mil flechas, sin contar las que, al parecer, los caballos se habían comido de pura hambre.[76] Muerto Francisco de Villagrán en junio de 1563, fue sustituido, mientras el rey proveía el cargo de gobernador,[77] por el capitán Pedro de Villagrán. Este decidió evacuar una posición difícil de defender como era el fuerte de Arauco, y trasladó su gente y artillería a las ciudades de Angol y Concepción. Su idea sería concentrar tropas llegadas de las

restantes urbes de la frontera en Angol para operar desde allá contra los indios. Esta última fue defendida en los primeros meses de 1564 por el capitán Bernal, quien contó con apenas ochenta soldados si bien hasta quinientos indios de apoyo le ayudaron (Góngora Marmolejo los describe de la siguiente forma: «Gente que, a trueque de aprovecharse, que es robar, hacen la guerra a sus parientes y amigos»); Bernal no permaneció en la ciudad esperando el sitio, como haría el gobernador Pedro de Villagrán en Concepción, sino que salió con sesenta hispanos (con solo doce arcabuces), su escuadrón de quinientos indios aliados y una artillería de campo a oponérseles antes de que se juntaran todos los indios sublevados. Dicha táctica ya la había utilizado en el sitio del fuerte de Arauco. Tras frenar el avance araucano merced a la artillería y los arcabuces, la infantería hispana luchó con sus adargas y lanzas para, una vez roto el escuadrón aborigen, echar mano de sus espadas, y a estocadas acabar con el mayor número posible de enemigos. Los indígenas aliados, para aumentar la confusión del combate, se introducían en las filas de los contrarios y también acabaron con muchos («los indios amigos, siendo iguales a ellos en el traje y armas, sin conocerse, andando envueltos todos juntos, los herían en gran manera»). Al ver roto su frente, los aborígenes alzados se retiraron desordenadamente, momento en el que, de nuevo, la caballería entró en juego persiguiéndolos y alanceándolos un buen trecho. El vadeo de un río causó un notable número de bajas por ahogamiento en las filas reches, y se hicieron muchos prisioneros. Una vez más, sin la ayuda de los indios aliados la derrota del contrario no hubiera sido tan definitiva. El padre Rosales habla de setecientas bajas entre los indios alzados, pero no menciona las crueldades cometidas por el capitán Bernal; sí reconoce, en cambio, la masacre de trescientos de los indígenas sitiadores de Concepción en unas quebradas: atrapados en unos hoyos situados a los pies de las mismas, fueron alanceados sin piedad. De alguna manera, el padre Rosales, que fue testigo de

vista de la guerra en la Araucanía en el siglo XVII, sobre todo resalta los momentos en los que se recuperaban armas europeas de manos del enemigo; un enemigo que desde el primer momento procuró robar caballos: de haberse hecho bien las cosas, la guerra no hubiese durado tanto tiempo.[78]

Tras varios años de demora, desde Perú, el licenciado Castro, que lo gobernaba tras la muerte del virrey conde de Nieva, envió doscientos hombres (ciento treinta de ellos arcabuceros) y tres piezas de artillería a Chile (trescientos hombres, según J. de Quiroga; doscientos cincuenta, según el padre Rosales), además de nombrar como gobernador a Rodrigo de Quiroga (1509-1580). A comienzos de 1566, Quiroga convocó a todos los hombres disponibles en la frontera del río Biobío para hacer la guerra a los indios alzados. Se uniría un ejército de cuatrocientos diez hispanos (doscientos sesenta de los cuales arcabuceros), todos bien equipados, además de artillería, y ochocientos nativos aliados. En la campaña, mientras se buscaba un combate decisivo con los aborígenes, se les fueron devastando sus tierras para que no pudieran mantenerse. El gobernador Quiroga ordenó levantar de nuevo una ciudad en la zona, llamada Angol como la desamparada años atrás, solo que ahora dispondría de un fuerte con cuatro piezas artilleras y dos torres. También se dio orden de entrar en el valle de Purén a pacificarlo, solo consiguiendo, ante la huida de los nativos, destruir las sementeras y los depósitos de comida.

Tras licenciar parte de sus tropas, el gobernador Quiroga pasó el invierno en la ciudad de Cañete y en la primavera de 1567 salió con ciento treinta hombres a hacer la guerra al valle de Arauco. Sin demasiados problemas logró pacificarlo, pero no así a los indios del valle de Tucapel, a los que intentó someter inmediatamente después. Sabiendo que la ciudad de Cañete había quedado casi sin tropas, aunque contase con su fuerte y dos artillerías, hasta seis mil indígenas se acercaron con ánimo de atacarla. El retorno del gobernador Quiroga les obligó a levantar el

sitio. Por otro lado, la avanzadilla hispana llegó aquellos años a Chiloé, donde se fundó la ciudad de Castro.[79]

Claramente, los gobernadores de Chile no estaban ganando la guerra. Un síntoma evidente de dicha circunstancia fue la militarización del territorio: desde los años del gobernador Valdivia, la guerra de Chile necesitó cada vez de más hombres, enviados desde Perú, y, sobre todo, de más armas de fuego, tanto arcabuces como artillería. Esta, que apenas si es mencionada en las campañas iniciales de conquista, comienza a ser una pieza clave en las tácticas de combate hispanas tanto en las batallas como en la defensa de las ciudades-fuerte españolas, especialmente en Arauco y Tucapel. Así, mientras Pedro de Valdivia movilizaba doscientos hombres en campaña en 1549 y ciento cincuenta en 1552, García Hurtado de Mendoza contó con quinientos ochenta efectivos de caballería, doscientos arcabuceros y entre seis y ocho artillerías de campaña, y Rodrigo de Quiroga, como acabamos de mencionar, dispuso de cuatrocientos diez hispanos en campaña en 1566, más de la mitad de los cuales eran arcabuceros, además de artillería ligera. La estrategia de dominar territorio por medio de la fundación de nuevas ciudades que se debían fortificar y guarnicionar disparó los costes de la conquista, pues obligó al envío de más hombres y armas, sin que por ello se incrementase el número de tropas disponibles en campaña, la única manera de pasar a la ofensiva —o de frenar la de los indios rebeldes—. El recurso a los indígenas guerreros aliados, que fue constante desde los primeros compases del conflicto, se intensificó, así como el recurso de las prácticas aterrorizantes. Nada funcionó. Como veremos en las próximas páginas, los gobernadores chilenos del último cuarto del Quinientos no variaron la estrategia general para derrotar a los reches, de ahí que la gran ofensiva de los aborígenes en 1598, hasta cierto punto, fue una derrota anunciada de los hispanos.

La perpetuación del conflicto

En noviembre de 1568 llegaría a Chile el doctor Melchor Bra-

vo de Saravia (1517-1577) como presidente de la Audiencia y gobernador del Reino de Chile. Una de sus primeras medidas consistió en concentrar en el río Biobío hasta doscientos veinte soldados hispanos, dos piezas de artillería y reclamar la presencia de seiscientos indios aliados para destruir las siembras de los nativos sublevados, quienes, además, construían un nuevo fuerte en el valle de Arauco en un lugar muy apropiado llamado Catiray. Muchos requirieron un cambio en la dirección de la guerra por ser temerario ir a luchar contra los indígenas en un lugar bien defendido, cuando la táctica correcta era matarlos de hambre en invierno destruyéndoles sus sementeras en verano, como, de hecho, había comenzado a hacer Saravia. En palabras de Góngora Marmolejo: «¿Qué mejor guerra se les podía hacer ni más cruel que quitalles las simenteras como se las destruían?». A pesar de hallarse en terreno desfavorable para los españoles, el gobernador Saravia se empeñó en un ataque directo, contra las opiniones de muchos oficiales. Y lo cierto es que el ataque al fuerte de Catiray resultó ser un fiasco: murieron cuarenta y dos soldados hispanos (cuarenta y cuatro, según Mariño de Lobera; cuarenta y cinco, para el padre Rosales) y muchísimos quedaron heridos, mientras que los indios aliados apenas tuvieron bajas, pues lograron zafarse del contraataque principal de los araucanos. Una parte de las tropas supervivientes fueron enviadas a la ciudad de Cañete para reforzar su guarnición, mientras que el gobernador hacía lo propio con las suyas en la de Angol. El punto de vista de Jerónimo de Quiroga, por supuesto mediatizado por su propia experiencia de la guerra en la segunda mitad del siglo XVII, consistía en defender el mantenimiento de la guerra de manera constante, sin dejar recuperarse al enemigo ni aceptar sus ofertas de paz, con las que solo buscaba ganar tiempo para su recuperación. Además, el cronista Quiroga señaló otro inconveniente: si se prolongaba la guerra se perdería la gran ventaja militar hispana, consistente en enfrentar destreza, disciplina y avance tecnológico en cuanto al arma-

mento al número de efectivos que el contrario podía poner en el campo de batalla, porque, con los repetidos lances, los indios acabarían por adquirir una destreza en lo militar que haría «su vecindad más arriesgada que provechosa».[80] Era esta una opinión muy extendida entre todos aquellos con experiencia en las guerras indígenas.

El capitán Martín Ruiz de Gamboa, veterano de la guerra en el Mediterráneo contra los turcos, se vio obligado a defender la ciudad de Cañete con ciento cuarenta hispanos y bastantes caballos, además de indios de apoyo, pero ni pudo enviar ayuda al fuerte de Arauco —su salida con cien caballos fue interceptada por los aborígenes, que usaban lanzas largas armadas con «medias espadas, dagas y puñales» para frenar a la caballería hispana, causándole siete muertos—, ni apenas pudo salir de Cañete a forrajear, pues los indígenas alzados les acechaban constantemente y les mataban gente y equinos. Ante las noticias recibidas, el gobernador Saravia decidió evacuar Angol y se dirigió a la ciudad de Concepción, desde donde conminó a Ruiz de Gamboa a abandonar Cañete y el fuerte de Arauco, dejándole al contrario varios cientos de caballos. Tanto el fuerte como la ciudad fueron pasto de las llamas.

El gobernador Saravia cedió el control militar del país al sur de Santiago al oidor Torres de Vera, quien reclutó ciento diez soldados e indios de apoyo, un millar, en la capital, con los que fue a hacer la guerra a los indios alzados en las inmediaciones de la ciudad de Concepción, que además sufrió un terremoto. Góngora Marmolejo, siguiendo su estilo habitual, no es muy explícito y se limita a señalar que Torres de Vera «anduvo todo aquel verano dando castigo a muchos [indios alzados] que lo merescían». Saravia ordenó levantar un fuerte en Concepción para proteger a sus futuros habitantes de trescientos pies de largo cada lienzo, con dos torres donde colocó tres piezas artilleras en cada una de ellas, mientras que Torres de Vera mantuvo la política de impedir cualquier intento de emboscada o ataque

por parte de los indios mediante el uso de los castigos ejemplarizantes.

En septiembre de 1570 llegaron de Perú como refuerzo doscientos hombres, bien armados y pertrechados, y cuatro piezas de artillería de campaña. Con parte de los mismos (cien hombres) se envió a don Miguel Velasco a defender la ciudad de Angol, donde un grupo de araucanos había matado en una emboscada a ocho españoles. Otros sesenta hispanos se les sumaron, y el grupo fue a operar al valle de Purén. Allá, con ciento treinta hombres, Velasco hubo de hacer frente a dos mil indios que, según Góngora Marmolejo, habían formado en escuadrón cerrado con dos mangas en los flancos de cuatrocientos hombres cada una en campo abierto. Entonces, siguiendo a Góngora Marmolejo, entró en acción la pieza artillera con la que contaban y los arcabuces:

> Con esta pieza les hacía daño algunos tiros, porque los tomaba al descubierto, y los arcabuces ansí mesmo. Los indios tenían tanto aviso para no dar a entender que les mataba gente el artillería, que cuando alguno caía, los que estaban cerca se le ponían delante por no dar ánimo a los cristianos; y viendo que tanta gente les mataban, para repararse del tiro que les hacía más daño, se recogieron a unas matas [que] aunque claras los defendían algo.

Don Miguel Velasco dio orden de atacar la formación araucana con sus caballos, pero le aprovechó poco, puesto que estos lucharon con lanzas largas y no perdieron el orden, haciendo retroceder a la caballería hispana primero y, más tarde, lograron su huida del campo. Como puntualiza Góngora Marmolejo, los indios tras aquella victoria «cobraron grandísimo ánimo, porque antes de esto en tierra llana nunca los indios osaron parescer cerca de a donde anduviesen cristianos», resintiéndose la reputación de los españoles. Después de este lance, Jerónimo de Quiroga se reafirmaba en su obra en denunciar el error de no enfrentarse al indio alzado con todas las fuerzas disponibles, pues la división de las escasas tropas en guarniciones solo conducía a eternizar la guerra.[81] Como vamos observando, gracias a la dilatación de la guerra, cada vez era más difícil para los españoles hacer valer en el campo de batalla su ventaja técnica en armamento y disciplina de combate, dado que los aborígenes no

solo se habían ido adaptando perfectamente a aquel tipo de enfrentamiento, sino que además descollaban en el aprovechamiento de las armas hispanas conseguidas como botín de guerra. Al mismo tiempo, los habitantes hispanos de las ciudades chilenas comenzaron a quejarse del terrible coste de una guerra tan prolongada y, lo peor, sin visos de acabarse en un tiempo razonable. La situación llegó a tales extremos que, en un encuentro habido en Angol en 1571, un vecino de aquella ciudad, Juan Morán, fue comisionado como capitán de un grupo de veinte soldados hispanos y ciento cincuenta indios aliados para desbaratar una junta de indios hostiles, que días antes había derrotado a la columna del capitán Zárate, causándoles catorce bajas de un total de cincuenta y cuatro efectivos. Morán y sus hombres se impusieron y les tomaron «caballos, cotas, arcabuces, lanzas» a los indios hostiles. En esas condiciones, si todos los indígenas ya se podían armar así, la guerra sería muy difícil de ganar. Comenzaron a producirse casos de deserciones y también algún intento de sublevar la guarnición de la ciudad de Valdivia, señales inequívocas del malestar que se había suscitado. La represión fue brutal, tanto entre los españoles como entre los nativos que organizaban levantamientos.

La mala marcha de la guerra le costaría el cargo a Saravia, quien fue sustituido por Rodrigo de Quiroga a finales de 1574. «Fue de ver los hombres que andaban por los montes huyendo de la guerra, por no servir a Saravia, venían a ofrecerse que le servirían en todo lo que quisiese mandarles», asevera Góngora Marmolejo. Pudo contar Quiroga con trescientos soldados de socorro, doscientos montados de la ciudad de Santiago y hasta mil indios flecheros auxiliares. El padre Rosales nos ofrece cifras superiores: quinientos soldados españoles, dos mil indios aliados, seis mil caballos para la tropa y de carga, así como miles de cabezas de ganado para sustentarse. Iniciada la campaña en enero de 1575, la toma del fuerte de Gualqui le causó doscientas bajas al enemigo. El resto del verano, el gobernador Qui-

roga fue talando la tierra araucana.[82] Los indios sometidos de la zona de la ciudad de Valdivia, en número de cuatro mil, hartos de los excesos cometidos en sus personas, entre otras cosas su utilización como auxiliares en las guerras contra los nativos sublevados de los valles de Arauco y Tucapel, se rebelaron a su vez a partir de 1575. Al poco, los habitantes aborígenes del entorno de las ciudades de Valdivia, Osorno, La Imperial y Villarrica «salieron todos a una declarándose por rebelados y corriendo la tierra mataron los españoles que pudieron haber a las manos, y quemaron las sementeras, chozas y caserías de los españoles, cogiendo todo el ganado que había por los ejidos y haciendo otros muchos daños semejantes», nos explica Mariño de Lobera. El mayor peligro se produjo cuando buscaron la alianza con los indios puelches, mientras diversos oficiales hispanos, en grupos reducidos, intentaban someterlos. Con el tiempo, la toma del fuerte de Lliben y la pacificación del valle de Maque se consiguieron tras ejercer el terror entre los vencidos en ambos encuentros, doscientos y quinientos prisioneros, respectivamente, y «el efecto fue un gran temor que se metió en los corazones de los indios, con el cual se fueron rindiendo poco a poco a los españoles, acudiendo a dar la paz y pedir perdón de lo pasado», señala Mariño de Lobera. Según el cronista J. de Quiroga, quinientos indios fueron enviados presos a las minas de Coquimbo «por no degollarlos». También como castigo por el robo de más de dos mil caballos aquellos años.

A mediados de 1576, si bien el malestar se mantenía, los españoles ya pudieron disponer de fuertes contingentes de indios auxiliares para operar en el territorio, mientras que las ciudades conservaban el mayor número de soldados hispanos de guarnición. El capitán Arias Pardo Maldonado, por ejemplo, salió a combatir a los indios alzados de las cercanías de Villarrica con treinta soldados hispanos y dos mil auxiliares; a aquellos, tras derrotarlos, los aborígenes rebeldes «iban siguiendo el alcance sin perdonar a hombre que pudiesen coger debajo de su lan-

za».[83] La llegada de un refuerzo de trescientos setenta y siete soldados a Chile a finales de 1576 no hizo mudar la situación de forma clara, aunque el gobernador Quiroga pudo poner en el campo nada menos que quinientos efectivos hispanos y más de tres mil indios de apoyo para defender La Imperial y su entorno. En realidad, fuerzas parecidas a las que dispuso García Hurtado de Mendoza una década atrás. A inicios de 1577 desbarató el afamado capitán Lorenzo Bernal un escuadrón de indios alzados causándoles trescientas bajas. Para continuar la presión, un año más tarde el gobernador Quiroga salió de Santiago con quinientos hispanos y con gran acopio de material y caballería suficiente fue a operar más allá del río Biobío. En el valle de Arauco, al ver la potencia del campo hispano, los indios apenas si se movieron, de modo que el gobernador Quiroga llevó parte de sus tropas a los valles de Mareguano, Millapoa y Talcamávida, en febrero de 1578, a «destruir sementeras, huertas y ganados para oprimir a los indios con estas vejaciones con intento de reducirlos a la paz», según Mariño de Lobera. Tras oprimir otros valles cercanos, las tropas regresaron a Mareguano, si bien no se atrevieron a atacar la inexpugnable fortaleza de Catiray. Poco después, Quiroga decidió volver a atravesar el río Biobío, y derrotó a los araucanos el 20 de marzo de 1578. La victoria sirvió para presionarles mucho más arduamente, disponiéndose el gobernador a pasar allá el invierno, mientras algunos capitanes llevaban refuerzos a La Imperial y a Valdivia. Uno de dichos capitanes, Juan Álvarez de Luna, operaba con noventa hombres en el valle de Llangague, donde recibió el apoyo del capitán Juan de Matienzo, que llevó consigo algunos escuadrones de indios auxiliares. Se trabaría entonces una de las batallas más cruentas de las guerras chilenas, en la que los indios de ambos bandos se enzarzaron, como nos explica Mariño de Lobera, con tal ferocidad

> que vinieron a quebrar la mayor parte de sus armas, que eran lanzas, picas, dardos, macanas y espadas y otras de diversos géneros, tanto que por falta de ellas echaban mano de las cabezas, que estaban por el suelo cortadas y se las tiraban unos a otros. Tanta era la rabia con que peleaban los de ambos ejércitos. No se

puede explicar la furia y efectos de ella que se vieron en este conflicto, donde corría la sangre por el suelo como si hubieran allí degollado algún gran número de reses.

La situación fue salvada por un mulato, Juan Beltrán, que con otros tres hombres entró en el campamento de los indios alzados, comenzando a matar a sus mujeres. Con el alboroto organizado en su retaguardia, el frente indígena se descompuso y estos comenzaron a retirarse dejando en el campo mil quinientos muertos por solo cuatro del lado hispano (y veinticinco heridos). De los indios aliados, Mariño de Lobera no dice nada. La batalla se libró el 28 de agosto de 1578, día de San Agustín.[84] Hacia finales de 1578 operaban varias escuadras de tropas hispanas, con sus correspondientes auxiliares, en el territorio: el capitán Juan de Matienzo desde la ciudad de Valdivia; Martín Ruiz de Gamboa hacía lo propio desde Villarrica, mientras que el licenciado Calderón había salido con algunas compañías desde Santiago para reforzar el grupo de tropas del gobernador Quiroga, que todavía se hallaba en el valle de Arauco. Un ejército araucano compuesto por unos ocho mil efectivos dividido en cuatro escuadrones atacó a Quiroga y su estrategia consistió en lanzar el ataque con uno de ellos, mientras los restantes escuadrones caían sobre el campamento hispano. Como en otras ocasiones, el hecho de haberles desbaratado el escuadrón que iniciaba el ataque demasiado pronto desmoralizó a los otros tres, que huyeron a la desbandada siendo diezmados en el alcance «con gran matanza de los contrarios, cuya sangre regó aquel día el sitio de la batalla y del camino por donde huían que estaba lleno de cuerpos muertos», según Mariño de Lobera. Esta victoria hispana, del 27 de noviembre de 1578, condujo a un nuevo intento por parte de los indígenas de entablar batalla campal, que también se saldó con su derrota. Como señala Mariño de Lobera: «Los indios estaban cada día más ladinos, más diestros, más saboreados en la guerra, más encarnizados en sus contrarios. Los españoles estaban cada día más pobres, más codiciosos, más desesperados y más amigos de hacer molestias a los indios usando con ellos de extraordinarios desafueros y

crueldades. Y así era todo inquietudes y todo alborotos, todo guerras y todo mortandades». Y, ciertamente, eso fue lo que siguió ocurriendo. A los golpes de mano les seguían las réplicas, y a estas las contrarréplicas. Ante la huida de los indios alzados hacia la cordillera a causa de la presión hispana, estos construían un fuerte y dejaban un retén de tropas en él, que por aquellas fechas podía ser, incluso, solo de indios aliados, como en el caso de la fortaleza de Mague, donde había trescientos indios «amigos». Pero una vez que el grueso de las tropas hispanas se había retirado a alguna de las ciudades, los aborígenes rebelados volvían a atacar. Habitualmente se retiraban cuando una fuerza de caballería hispana los acosaba y ayudaba en su defensa al retén de tropas que guardaban el fuerte atacado. Y vuelta a empezar.[85] En el valle de Arauco, el grueso del ejército hispano comenzó a agotarse tras dos años ininterrumpidos de campaña en 1579. Por ello, se decidió que las tropas pasasen de retén a las ciudades de la frontera, dejando el campo libre a los indios alzados. Fue un error, según J. de Quiroga, ya que solo manteniéndose en guerra de forma constante se podía acabar con la resistencia de los nativos. Por otro lado, la aparición del corsario Francis Drake en aquellas aguas obligó al gobernador Quiroga a regresar a Santiago.[86] Con todo, las matanzas y crueldades no cesaron; más bien al contrario, pues se trataba de refrenar el nuevo ímpetu de los indígenas sublevados. Los capitanes Juan Álvarez de Luna y Martín Ruiz de Gamboa trazaron planes para caer sobre los araucanos desde La Imperial y atravesaron por sorpresa el río Biobío con muchos auxiliares indios. Mientras, los nativos alzados, al notar cómo quedaban en los retenes de fuertes y ciudades de la frontera las tropas menos aptas, atacaron los asentamientos de los indios pacificados cercanos a esta, «haciendo grandes robos y matanzas sin dejar cosa que no talasen», nos dice Mariño de Lobera. Ante su presión, las tropas hispanas se vieron forzadas a desamparar algunos fuertes, como los de Lliben y Quinchilca, refugiándose en la ciu-

dad de Valdivia, mientras dejaban abandonados a su suerte a unos doscientos indios auxiliares y a sus familias.

El primero de marzo de 1580, el capitán Villarreal con treinta y tres efectivos de caballería e indios auxiliares derrotó la vanguardia de un escuadrón integrado por más de cinco mil indios rebelados cerca de Osorno. Murieron unos cuatrocientos, de ahí que, para memoria de los hechos y fama de los participantes, como dice Mariño de Lobera, «la pequeña montañuela llamada Coipue [donde se libró el combate] mudó de nombre desde aquel día, y le dura hasta hoy el nombre de la montaña de la Matanza». Un nuevo ataque de los reches, en esta ocasión contra Villarrica, siguió al anterior. Sus ochenta hombres de guarnición lograron infligirle al enemigo un total de ochocientas bajas, además de otros muchos que se ahogaron en su caótica retirada. Álvarez de Luna no frenó la ofensiva, sino que, recibiendo refuerzos, que le permitieron conseguir reunir ciento cuarenta soldados hispanos, atacó primero un fuerte construido por los aborígenes sublevados cerca de la ciudad de Valdivia, donde consiguieron recuperar numerosas indias yanaconas capturadas por los anteriores, y, seguidamente, volvió a atacar a los rebelados en las inmediaciones del río Bueno, habiendo alcanzado su ejército casi doscientos efectivos hispanos, «ultra de los indios amigos que eran en mayor suma».[87] Una vez muerto el gobernador Quiroga, fue elegido en su lugar Martín Ruiz de Gamboa, de amplia experiencia militar. El panorama que describe Mariño de Lobera es desolador. Aseguraba que solo los indios de Santiago y La Serena se hallaban de paz, pues en el resto del territorio cundía la rebelión, pero a causa de las exacciones de los hispanos:

> Iban las cosas tan de mal en peor, que no había otra cosa sino guerras y desventuras, y mucha hambre y desnudez, sin otro género de alivio o socorro humano. Y sobre todo se debía tener por lastimosa calamidad las vejaciones hechas a los desventurados indios por cuyas casas y haciendas se entraban los soldados tomándoles sus ganados y simenteras, y aun las mismas personas para servirse de ellas, y —lo que peor es— las mujeres para otras cosas peores [...] y así estaban los indios tan justamente irritados, que no es de espantar de que hubiesen tantos rebelados, sino de que se hallasen tantos de paz en medio de tantas injurias y malas obras que recibían de los españoles.

Una de las primeras medidas de Ruiz de Gamboa consistió en fundar una nueva ciudad, San Bartolomé de Gamboa, en Chillán, en junio de 1580, así como levantar diversos fuertes para sujetar mejor la tierra: uno en Quinchilca, donde dejó cuarenta hombres; otro en la tierra de Codico, erigido a primeros de octubre; un tercero a finales de octubre, llamado fuerte de San Pedro, construido con «su contrafuerte y cavas hondas y llenas de agua» en apenas dos días. Ruiz de Gamboa comenzó a batir la tierra desde este último bastión utilizando el terror como era habitual. En cierta ocasión atrapó a un grupo de indios, tanto mujeres como hombres, que habían salido a forrajear para llevar suministros a los suyos. El gobernador los trasladó al fuerte de los rebelados y a la vista de todos ellos mandó pasarlos a cuchillo. «Ejecutóse esto puntualmente de modo que los rebelados quedaron atónitos viendo tan inopinadamente hacer esta matanza en la gente que ellos estaban esperando con vituallas», asevera Mariño de Lobera. Tales medidas no bastaban en Chile, antes al contrario. La prueba es que, a comienzos de 1581, Ruiz de Gamboa hubo de desamparar algunas posiciones, como el fuerte de San Pedro, y refugiarse en las cercanías de la ciudad de Osorno, mientras otros oficiales, como Juan Álvarez de Luna o Baltasar Verdugo, iban «limpiando la tierra de adversarios, talándoles las sementeras y llevándoles los ganados para compelerlos a rendirse a pura fuerza de trabajos». Las expediciones de castigo siempre estaban integradas por una fuerza hispana de entre treinta y cincuenta efectivos y un grupo de indios auxiliares que, fácilmente, cuadriplicaban el número de los anteriores. Ante un nuevo alzamiento araucano en Codico, el gobernador, frente a la imposibilidad de defender el territorio, se vio obligado a sacar los indios de paz que quedaban en Codico y los trasladó a los valles de Callacalla y Andalue, a la vista de la ciudad de Valdivia, para que trabajasen allá la tierra; mandó quemar el fuerte de Codico y mantuvo la presión el resto del invierno de 1581 en toda la zona, «pareciéndole que era expediente llevarlo

todo a fuego y sangre apurando a los rebelados, pues no había remedio de atraerlos por otra vía».[88] A partir de octubre de 1581, el gobernador Ruiz de Gamboa salió de Santiago, donde había ido a formar un nuevo ejército, con doscientos efectivos hispanos e indios de apoyo, bien abastecido para varios meses, a fin de operar en los confines de las ciudades de Concepción, San Bartolomé de Chillán y de Los Infantes, mientras Juan Álvarez de Luna hacia lo propio en La Imperial, Osorno, Villarrica y Valdivia. Posteriormente, el gobernador quedó en los llanos de Valdivia, mientras su segundo luchaba contra los indios en las provincias de Lliben, Ranco y Mague.

Mariño de Lobera abrevia un tanto los dos últimos años de gobierno de Ruiz de Gamboa, quien en septiembre de 1583 fue sustituido por el comendador Alonso de Sotomayor, que contaba con experiencia bélica en los asuntos de Flandes e Italia, y llevó consigo cuatrocientos o quinientos hombres. El gobernador nombró coronel a su hermano, Luis de Sotomayor, y a Francisco del Campo (sargento mayor en Flandes) como segundo del anterior, si bien confiaba en oficiales de experiencia en los asuntos chilenos como Lorenzo Bernal y Rafael Portocarrero. Con doscientos cincuenta hombres, Luis de Sotomayor se lanzó a la campaña avanzando hacia Concepción, Chillán y Los Infantes, donde batieron a los indios. Más tarde les alcanzó el gobernador en La Imperial, donde dividió el ejército en dos grupos, para atacar las provincias de Ranco y Lliben, y declarar la guerra «a sangre y fuego», según explica J. de Quiroga.

Al año siguiente, 1584, el gobernador Sotomayor consiguió reunir un ejército de cuatrocientos efectivos y, como hacía mucho tiempo que no se atacaba la tierra de Chipimo, envió allá a parte de sus tropas al mando del capitán Alonso García Remón[89] «con orden de que no dejase hombre a vida de cuantos pudiese haber a las manos en aquella tierra. Dióse tan buena maña este caudillo, que cogió a los indios descuidados y dió en ellos con toda su furia sin perdonar niño ni mujer que topase por atemo-

rizar a los demás con tan áspero castigo, y habiendo muerto hasta doscientas personas, se volvió con el pillaje a la ciudad de los Infantes», nos explica Mariño de Lobera. Tras batir a los indios en Mareguano, donde estuvo a punto de ser víctima de una trasnochada del contrario, Alonso de Sotomayor mandó construir dos fuertes (Santísima Trinidad y Espíritu Santo), uno a la vista del otro, en ambos márgenes del río Biobío, para sujetar ambas comarcas. Mientras, Luis de Sotomayor defendía el entorno de Valdivia, Osorno y la tierra de Ranco y Lliben, donde «los perseguía con gran frecuencia saliendo a correr la tierra y destruyéndoles sus haciendas por hacerlos rendir a fuerza de vejaciones», señala Mariño de Lobera.

Alonso de Sotomayor caería seguidamente sobre Chipimo, Angol y Purén, donde construyó un nuevo fuerte, en el que dejaría doscientos hombres al mando de Francisco del Campo, mientras que el resto de sus tropas se dirigió a Angol. Esta sufrió un duro ataque nocturno que pudo ser frenado, adornando las cabezas de los caídos la empalizada del fuerte al día siguiente. Desde ambas posiciones no se cejó en el empeño de acabar con los aborígenes rebelados, si bien el peligro era cada vez mayor, pues Mariño de Lobera no solo da noticia de la existencia de caballería araucana desde inicios de la década de 1580, sino que además por aquel entonces un cacique como Cadiguala, que moriría en combate aquellos días, podía disponer de hasta trescientos caballos. Este sitió Purén con cinco mil efectivos, a decir de J. de Quiroga, y desafió a combate singular al capitán García Remón, a la sazón su defensor, quien lo mataría en dicho lance. La consiguiente furia aborigen se estrelló contra la empalizada de Purén merced a la artillería y arcabucería hispanas.[90] Tras descubrir un motín de parte de la guarnición del fuerte de Purén, cuyos cabecillas fueron agarrotados, el gobernador Sotomayor decidió, al no recibir refuerzos de Perú, abandonarlo, mientras concentraba sus tropas en La Imperial, Angol y el territorio de Coyuncos. En Angol actuaría el capitán Alonso García Re-

món, quien fabricó un nuevo fuerte y «salió con los suyos a proseguir la guerra a fuego y a sangre, donde hizo grande riza en los enemigos y les desbarató el fuerte llamado Mututico en la provincia de Mayoco, y los persiguió tan despiadadamente que los indios hubieron de rendirse y venir a dar la paz, cosa que jamás habían hecho hasta entonces», información de Mariño de Lobera. Fruto de la terrible ofensiva fue la creación de seis pueblos de indios en el entorno de la ciudad de Angol. Según J. de Quiroga, solo fijando en dichos pueblos a los indios aliados, comandados por un retén de hispanos se podría intentar liquidar una guerra como aquella; la función sería doble: desde dichas posiciones se auxiliarían «los [indios] amigos para defenderlos de los enemigos [...] y es preciso amparar sus tierras y familias con alguna guarnición de soldados», al tiempo que con su ayuda se intentaría «sujetar las [provincias] rebeldes y vecinas, empeñando las armas de veinte hombres que guarnecen un fuerte para que acaudillen seis, u ocho mil indios que tiene aquella reducción». Así, era conveniente mantener el odio entre ambas facciones para que con «la ofensa se haga imposible la conformidad». Aunque J. de Quiroga escribía a un siglo vista de las acciones analizadas, en su opinión mientras se conquistaba había que recurrir a los fuertes para ir sujetando las provincias paulatinamente, una vez conseguido dicho objetivo, para mantener lo conquistado era necesario disponer de un ejército potente que aplastase cualquier levantamiento donde fuese.[91]

La presencia de piratas ingleses en aguas chilenas desde 1578 (Francis Drake), pero también en 1587, obligó al virrey de Perú, conde de Villar, a levar dos compañías de infantería en Potosí de doscientos hombres cada una y las remitió a Chile. Con aquel refuerzo, en poco tiempo las ciudades de San Bartolomé de Chillán, Angol, La Imperial y Concepción pudieron respirar, pero las malas condiciones de servicio hicieron que algunos soldados volviesen a optar por la deserción. Con todo, la guerra no tenía visos de ganarse, de manera que Luis de Sotomayor, her-

mano del gobernador, quien hacía años que había salido del territorio hacia la corte para demandar ayuda, regresaba en 1590 a Chile con seiscientos hombres. Detenidos en Panamá, la noticia de la presencia de corsarios ingleses obligó a despachar a cuatrocientos de aquellos efectivos como refuerzo de la flota del tesoro, alcanzando Chile, finalmente, solo doscientos (doscientos ochenta, con muchas armas y municiones, señala el padre Rosales). No obstante, con ellos y con las tropas existentes, el gobernador Alonso de Sotomayor organizó una nueva entrada en los territorios de Arauco y Tucapel. Una de sus medidas fue atacar a los indios de Angol, donde se hizo «una gran matanza», y levantó allá un nuevo fuerte, llamado de La Candelaria, mientras decidía abandonar los dos bastiones que cuidaban el río Biobío por su difícil mantenimiento. Tras nombrar al capitán Portocarrero jefe militar de la expedición, las tropas, con cuatrocientos quince españoles, de los cuales doscientos cincuenta eran arcabuceros, entraron en Arauco. Tras dividir su caballería en pequeños destacamentos de veinte hombres, que debían asistirse unos a otros merced a su mayor movilidad y conseguir desbaratar una posición defensiva de los indios alzados, en la que el excesivo número de efectivos araucanos solo les servía para molestarse en sus evoluciones, la hueste hispana comenzó a talar la tierra y llevarse el ganado mientras se fabricaba un nuevo fuerte para intentar una vez más sujetar la comarca.[92]

Sotomayor envió a García Remón a Perú en busca de ayuda militar en 1591 y cuando este regresó con doscientos cincuenta hombres, el gobernador emprendió idéntico viaje para entrevistarse con el virrey, a la sazón García Hurtado de Mendoza. García Remón persistió aquel invierno en Arauco y en el verano de 1592 hubo de hacer frente a una fuerza de seis mil indios alzados con apenas algunos refuerzos llegados desde Perú, mientras el resto de su gente guardaba las ciudades fronterizas. Aunque Mariño de Lobera relata victoria tras victoria del bando hispano sobre fuerzas superiores, lo cierto es que en aquella ocasión

apenas cuarenta y cinco hispanos dispusieron de caballo, por haberse muerto muchos durante el invierno, mientras los reches ya contaban con un escuadrón de trescientos (que es la misma cifra que el autor nos daba para un lance ocurrido años atrás), pero, en cualquier caso, las bajas del bando contrario ya no se contaban por centenares, sino que apenas hubo ochenta en aquella ocasión, mientras que del lado hispano todos quedaron malheridos. No obstante, el padre Rosales relata una matanza perpetrada en un fangal sobre unos quinientos indígenas, de la que escaparon pocos. Eso sí, en todos aquellos encuentros los aborígenes sublevados siempre peleaban en escuadrón y haciendo uso de las picas, cuando no de los caballos, si bien sus posiciones fortificadas siempre eran tomadas por los aguerridos hispanos.[93] Cuando hizo su entrada en Chile el nuevo gobernador, Martín García Oñez de Loyola, en septiembre de 1592, García Remón y sus ciento treinta hombres estaban cercados por cuatro mil indios alzados en el fuerte de Arauco. El gobernador avanzó hacia las ciudades del sur y entró en el valle de Arauco con unos trescientos soldados, a la vista de los cuales los rebelados se retiraron del fuerte que sitiaban. En la campaña de 1593 devastó Tucapel con un ejército de doscientos treinta hispanos y seiscientos nativos aliados, y fortificó mejor a su gente en Arauco, donde dejó guarnición de ciento dieciséis hombres. Ese mismo año, el padre Vázquez de Espinosa narra cómo el coronel Francisco del Campo, merced a sus espías, supo de una junta de indígenas que se movía cerca de La Imperial, que era custodiada por tres fuertes situados en triángulo y una fuerza de treinta y cinco arcabuceros, además de indios aliados. Las fuerzas de Del Campo consiguieron empujar hacia unas barrancas a los indios alzados «donde unos a otros, sin poderse resistir se despeñaron y de esta suerte murieron más de 700 sin pérdida de más de un español de los nuestros».[94] En 1594 y 1595, el gobernador Loyola mantuvo la presión sobre los reches atacándoles en Mariguano, Curalebo, en la tierra de Llanculitn y en Purén, y castigó

a los indios de otras provincias rebeldes, como Relomo y Calcoimo, que les habían ayudado, «[...] donde apresó muchos indios y indias y hizo grandes castigos, sin recibir daño ninguno», asevera el padre Rosales. En octubre de 1594 fundó una nueva ciudad, Santa Cruz de Loyola en Millapoa. Pero, para entonces, en numerosos fuertes eran los indios aliados quienes los defendían ante el escaso número de tropas hispanas en servicio en el territorio: el testimonio del padre Rosales informa de guarniciones de doscientos, cuatrocientos y hasta seiscientos nativos aliados (fuerte de Maquegua), «que todos hacían rostro al enemigo, sirviendo con gran lealtad a los Españoles, peleando en su fabor y muriendo en su defensa». En 1596, tras llegarle de Perú doscientos cincuenta efectivos, partió el gobernador con ciento ochenta y tres soldados y mil quinientos indios aliados a devastar Lincoya para obtener esclavos y ganado para sus tropas, tanto hispanas como aborígenes. Incluso en 1597, para realizar una entrada en Tucapel, Loyola solicitó ayuda a los pacificados de Arauco, que le dieron doscientos indios, «mal aviados y el desecho de la gente, y todos los demás los apercibieron para que por otro lado fuesen en favor y ayuda del enemigo [...] Y averiguando el gobernador quienes habían sido las cabezas de esta traición, prendió a veinte caciques culpados y mando maloquearles sus tierras, abrasarles sus casas cautivarles sus mujeres y hijos, ordenando que no se hiciese daño ninguno en otras partes, como se hizo», explica el padre Rosales.[95] Tras estos años de presión tan dura sobre los indígenas, no es de extrañar que llegase la reacción de los mismos, quienes, a finales de diciembre de 1598 mataron en Curalaba al gobernador Oñez de Loyola y a lo mejor de su séquito (hubo doscientas quince bajas, según González de Nájera).[96] Su sucesor, Francisco de Quiñones, según Álvaro Jara, entendió que «el problema planteado en ese momento era de vida o muerte y que la única salida para los españoles consistía en una defensa a sangre y fuego, que los llevara a imponerse por el temor». El propio Quiñones aseguraba en

una carta a Felipe III en 1602: «Goberné aquel reino diez y seis meses y en ellos por mi persona y las de mis capitanes maté, prendí y ahorqué mas de dos mil indios». Y si las matanzas se frenaron fue, sin duda, por el interés en hallar esclavos para sacar oro en el norte.[97]

Tras el ataque de finales de 1598,

> una tras otra, las ciudades fueron despobladas o sucumbieron arrolladas por la furia indígena: Santa Cruz de Oñez, recién fundada, Imperial, Valdivia, Angol, Villarrica y Osorno. Así desaparecía toda huella de ocupación al sur del Biobío, y los hechos tomaron tal gravedad que en Santiago y Concepción se llegó a pensar que toda la obra colonizadora estaba amenazada y que la rebelión se propagaría hacia el centro del país.[98]

Según una relación de lo sucedido en el ataque a Valdivia, en 1599, citada por el Inca Garcilaso de la Vega, no menos de cinco mil indios atacaron, yendo tres mil de ellos a caballo y armados con setenta arcabuces y doscientas cotas de malla españolas. Arrasaron la ciudad con el resultado de cuatrocientos muertos y prisioneros, todos los habitantes hispanos.[99] Muchas cosas habían cambiado en Chile.

A modo de terrible conclusión unas palabras de Pedro Mariño de Lobera:

> Y por remate desta historia advierto que es mucho de ponderar el tesón y ánimo de los indios, pues nunca se ha visto que ninguno dellos se rinda a español dejándose rendir aunque muera en la demanda; y así los que cogen son a pura fuerza y no pudiendo ellos defenderse. Acontece tenerse un indio con dos o tres españoles armados y no rendírseles hasta morir. Porque lo que más sienten entre todos sus trabajos, es servir a gente extranjera, y por evitar esto sustentan la guerra de casi cincuenta años a esta parte: y han venido en tanta disminución, que donde había mil indios apenas se hallan ahora cincuenta; y por esta causa está la tierra muy adelgazada, pobre y miserable, y finalmente sin otro remedio sino la esperanza del cielo.[100]

MUZOS

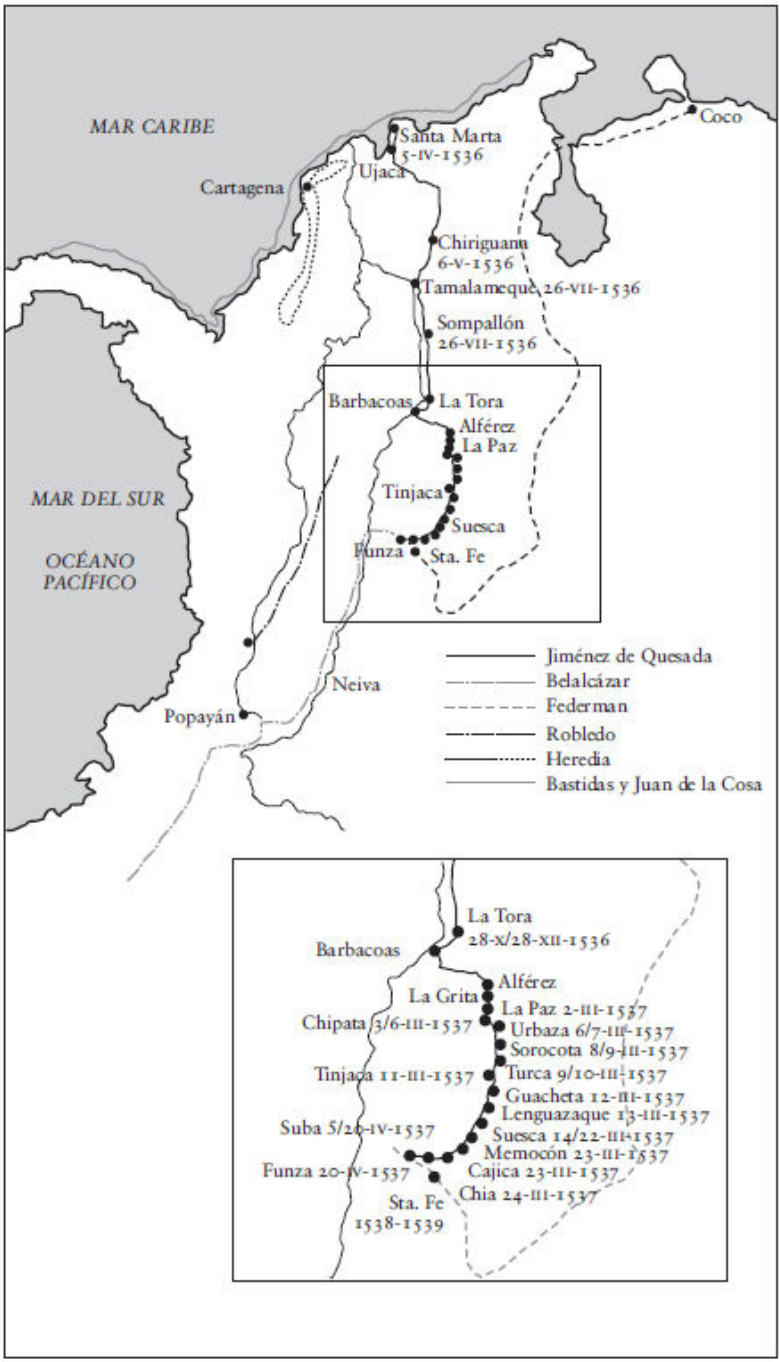
Entre 1543 y 1562 los indios muzos, en Nueva Granada, les causaron a los hispanos problemas militares parecidos en intensidad y dificultades a los de los reches en Chile. Tras un dominio relativamente fácil del grupo muisca entre 1537 y 1539, en los siguientes años la invasión de Nueva Granada se fue consolidando, pero después de arduas luchas para domeñar a etnias como los panches, los paeces o los colimas. No obstante, los indios muzos se distinguieron por su notable belicosidad.

En 1543, el capitán Luis Lanchero, que fuese soldado en Italia y Flandes, había atravesado por primera vez el territorio de Mu-

zo comisionado por el gobernador Alonso Luis de Lugo. Aunque Lanchero consiguió pacificar las tierras del cacique Saboyá, y obtuvo algún oro, las muchas dificultades habidas entre las diversas facciones que pugnaban por la propiedad del gobierno de Nueva Granada le impidieron obtener permiso para realizar una jornada. Pronto los muzos, vecinos tanto de los muiscas como de los panches, con quienes guerreaban indistintamente, comenzaron a rebelarse y a atacar los intereses del nuevo grupo invasor; por otro lado, buscaron la complicidad de los muiscas, a quienes querían enrolar en sus ataques, no siempre con éxito. En 1547, Miguel Díez de Armendáriz, recién llegado a Nueva Granada como juez de residencia del gobernador Alonso Luis de Lugo, decidió destinar al capitán Martínez, un veterano del grupo del conquistador alemán Nicolás Federmann, a la entrada del país muzo con apenas sesenta efectivos; pero Martínez en ningún momento pudo presentarles batalla, sino solo atravesar su territorio cuidando de no ser derrotado en toda la línea y con algunas bajas. Por ello, cuando los oidores Beltrán de Góngora y Juan López de Galarza asentaron la Real Audiencia en Nueva Granada en abril de 1550 heredaron la guerra contra los belicosos muzos. Su primera opción consistió en confiar en el capitán Melchor de Valdés, quien había llegado al territorio con la hueste de Sebastián de Belalcázar. Valdés desplegó una fuerza demasiado exigua, setenta hombres (cien para Fernández de Piedrahita), a los cuales dividió aún más cuando envió al capitán Oñate con cuarenta hombres a intentar emboscar la fuerza principal de muzos que por entonces se estaba formando, según se desprendía de la confesión obtenida de dos aborígenes capturados. Oñate, al poco, se vio rodeado por tropas superiores, las cuales no se dejaban impresionar fácilmente por los caballos, pues un intento de seis caballeros por romper sus filas se desbarató cuando los escuadrones muzos se abrieron para dejarles pasar, a continuación se cerraron y en su interior fueron flechados de manera inmisericorde. Solo los sayos de algodón permitían so-

brevivir algún tiempo a tales percances, a veces el suficiente como para recomponerse y huir, justo lo ocurrido en esta ocasión con la mayor parte del grupo hispano, si bien Valdés tuvo treinta heridos y contó con la baja del propio Oñate quien, al perder su espada, siguió luchando con una de sus espuelas y murió. Las crueldades que solían cometer los muzos con sus prisioneros obligaron a los españoles a morir peleando sin rendirse, recuerda el cronista Pedro Aguado.[101] Conocedor de la victoria de los muzos, Valdés decidió fortificar su alojamiento, preparándolo para las salidas de los caballos, al tiempo que en un bohío concentraba su caballería con algunos peones de apoyo, mientras dividía el grueso de la exigua tropa en tres escuadras, asimismo encubiertas, para repeler una posible invasión del recinto. También ordenó a sus indios de servicio, muiscas, la fabricación de hondas para que les asistiesen en las futuras batallas. Rodeados por hasta veinte mil muzos, según las estimaciones siempre exageradas del cronista Aguado, Valdés rechazó algunos ataques gracias al temor al atropellamiento con los caballos y a las heridas infligidas con lanzas y espadas, pero pronto se comprobó cómo los muzos optaron por pelear a cubierto jugando con su flechería envenenada. El cerco se mantuvo durante ocho días, el último del cual murieron once de los heridos del grupo de Oñate. Compelido por sus hombres, Valdés aceptó salir del territorio viajando de noche y peleando de día, cuando eran detectados y rodeados por los indígenas; la situación llegó a tal extremo que el cansancio obligaba a combatir a unos mientras los otros procuraban rechazar al contrario. El momento clave de la campaña de Valdés llegó cuando se planteó el vadeo del Sarbe a la vista del enemigo, una operación militar siempre complicada. Una parte de sus tropas se precipitó a atravesar el río e hizo pie en la orilla opuesta sin percatarse de la cercanía de los muzos y la tardanza en esguazarlo de todo el ejército hispano. Así, se vieron pronto atacados sin que el resto de las tropas pudieran hacer gran cosa, pues también se arrojaban ya al

río con voluntad de ayudar a sus compañeros. El buen tino de Valdés hizo que retrajera a su gente y, desde la ribera opuesta, con sus arcabuces, lograsen frenar el ataque de los muzos. Con todo, cayeron muertos más de treinta españoles, sin contar los muchos heridos, y aunque el cronista Piedrahita pretenda igualar la batalla alegando la muerte de medio millar de muzos, lo cierto es que reconoce cómo «aquí fue donde perdieron de suerte el temor á nuestras armas, que se acreditaron de los más guerreros, como veremos después en la constancia y valor con que sustentaron la guerra». Estas palabras de Fernández de Piedrahita nos recuerdan la obsesión hispana por evitar tener bajas en sus luchas contra los aborígenes, pues no podían permitirse que la moral de estos se recuperase a costa de sus pérdidas. Contra todo pronóstico, Valdés consiguió salir del territorio, sin dudar que la derrota tendría consecuencias.[102]



MAPA 9. Conquistas y fundaciones en el Nuevo Reino de Granada.

Los oidores Góngora y López de Galarza, necesitados de un

capitán con capacidad para terminar con el levantamiento de los indios de la tierra de Muzo —no solo crecidos por el rechazo de la hueste del capitán Valdés, sino que atacaban a los sometidos muiscas, algunos de cuyos grupos también se habían rebelado y en cuadrillas de medio millar atacaban las encomiendas de la ciudad de Vélez—, confiaron en el capitán Pedro de Ursúa. Este pudo reclutar hasta ciento veinticinco hombres (ciento cuarenta infantes y veinte caballos, para el cronista Piedrahita, «bien prevenidos de lanzas, armas de fuego y perros, en que consistía la fuerza que más atemorizaba á los indios») en las ciudades principales, Santa Fe de Bogotá, Tunja y la propia Vélez, operando en primer lugar contra los indios de Saboyá, procurando pacificarlos de buenas maneras, sin apenas gastar municiones, tan escasas, sobre todo las pelotas de plomo que disparaban sus arcabuces; de hecho, en un momento dado, los oidores dieron órdenes para transformar en balas los tinteros de plomo de todo el reino y así municionar los también escasos arcabuces, «pero muy provechosos por ser arma a quien mucho temían los indios».[103]

Tras su éxito inicial en Saboyá, Pedro de Ursúa fue internándose en tierras de los muzos, cuidando de no hacerlo por las fronteras de Siminjaca, donde existían «defensas de hoyos, púas, troncos y despeñaderos», decidiendo buscar un alojamiento fortificado desde donde lanzar correrías por el territorio. Los aborígenes solían rodear el emplazamiento, pero siempre desde posiciones que impidiesen a los caballos y arcabuces hispanos actuar con ventaja. Ursúa emboscó tres arcabuceros y comenzó a operar con treinta infantes intentando atraerlos a la batalla, pero los indios supieron evitar la emboscada, aunque sufriesen algún daño con las armas de fuego. Así, por un lado, la experiencia de los aborígenes en sus ya largas guerras contra los hispanos les hacía conocedores de algunas de sus tácticas y de cómo evitar la peligrosidad de sus principales armas, mientras que Ursúa, como buen general de Indias, también sabía que,

cuando salió con sesenta hombres escogidos de su campamento, solo podría atacar si atrapaba desprevenidos a los nativos, de madrugada. Para entonces, el griterío típico de las guerras en las Indias apenas si afectaba a los soldados veteranos, quienes formaron en escuadrón, como tantas veces se ha señalado, buscando su mayor potencia y seguridad —«hechos un cuerpo se estuviesen todos juntos, viendo cuánto importaba para conservarse entre tanta multitud de indios, el estar juntos o divididos, según la buena disciplina les muestra», señala el padre Aguado —. Como solía ocurrir, al primer acometimiento las espadas hispanas hirieron fácilmente a un gran número de contrarios, factor que siempre era de peso y causaba gran desazón en sus filas, no acostumbrados a tener tantas bajas de inmediato en sus combates; porfiando, los aborígenes mantenían el cerco del escuadrón hispano, pero más apartados, momento en el que los arcabuceros comenzaban a dispararles causando nuevas bajas; solo entonces el escuadrón hispano podía comenzar a romper el acoso padecido. Ursúa, con tres bajas en sus filas, supo mantenerse en retaguardia con ocho de sus hombres para impedir que el contrario aprovechase la orografía y les atacase desde las alturas, permitiendo que el resto de su escuadra se pusiese a salvo. Luego, los arcabuceros de la misma protegieron la retirada de sus camaradas. Ursúa decidió poblar una ciudad, Tudela, e incluso salió del territorio en busca de más hombres y municiones, pero su designio ya estaba en su gran expedición a El Dorado, de modo que acabó por abandonar la empresa. Los escasos vecinos de Tudela se vieron obligados a desampararla ante el empuje de los muzos, y, según el cronista Piedrahita, «en esta retirada murió mucha gente española á manos del enemigo».[104] En 1559, a decir del padre Aguado, el capitán Luis Lanchero llegó con el encargo de pacificar la tierra de los muzos «con mucha munición de arcabucería y perros, [e] hizo muy grandes castigos en la tierra», pero aquellos se mantuvieron en sus trece, sin dejar de hostigar a los españoles gracias al veneno de sus

flechas y al de las muchas trampas que colocaban en todas partes, «porque todos los lugares y caminos y comidas y árboles frutales y lugares de cualquier suerte que sean donde españoles puedan llegar e presuman que llegarán, todo lo ocupan con puyas untadas con esta yerba, con las cuales se pican o lastiman de suerte que hagan sangre, es dificultosa su sanidad y cura».[105] Lanchero consiguió sesenta milites «y con ellos los más aderezos y pertrajes [sic] de guerra que pudo, como eran arcabuces, pólvora y plomo, que era lo más necesario para la guerra de estos indios», señala el padre Aguado; además de trescientos yanaconas, aporta el cronista Fernández de Piedrahita. Al poco de iniciarse la campaña, el cacique Quirimaca presentó batalla con cuatro mil hombres, pero fue derrotado con pérdida de tres españoles y veinte heridos. Conocedor de la manera de combatir de los nativos, Lanchero enviaba en vanguardia a sus soldados más prácticos y briosos para que fuesen tomando todas las alturas y evitar emboscados, mientras el cuerpo de su pequeño ejército los seguía en escuadrón, pero era inevitable que los muzos, por su número, los esperasen en todas las quebradas y los flechasen día y noche, impidiendo su descanso. Otra táctica consistía en apoderarse de los indios yanaconas que se quedaban retrasados. Un error de bisoño de Lanchero, quitarse el sayo de armas para poder refrescarse, le costó un flechazo peligroso. Para obligar a su gente a no desamparar la empresa en caso de muerte, Lanchero decidió fundar la ciudad de Trinidad en una loma que permitía cierta defensa.

Una vez recuperado, Lanchero se decidió por el avance hacia el interior del país muzo, siempre enviando pequeñas escuadras de reconocimiento por delante y por los flancos del escuadrón. Pero no tuvo que esperar mucho para verse atacado por unos veinte mil aborígenes; tras una larga porfía, cuando las municiones de los arcabuces parecían agotadas, una última descarga acertó en uno de los jefes de guerra, obligando a los muzos a retraerse. Las bajas hispanas fueron asumibles: un soldado y un

caballo muertos. La peligrosidad de las flechas envenenadas con las que tenazmente eran atacados obligaba a la hueste a vestir día y noche el sayo de armas de algodón, muy pesado y trabajoso de portar, pero los indígenas de apoyo y los caballos sí iban cayendo muriendo de manera horrible. La falta de mantenimientos obligó a Lanchero a enviar al capitán Morcillo, veterano de las guerras civiles de Perú, y todos los indios auxiliares a tomar los suministros que hubiese en la localidad de Capacapi, un lugar localizado en alto, fortificado con hoyos y puntas envenenadas, que fue tomado con pérdida de un soldado. Como en otras ocasiones, con los arcabuces se podía limpiar con efectividad las cumbres de algunas pequeñas colinas para evitar el acoso constante del contrario. Pero las municiones comenzaban a escasear, de modo que Lanchero hubo de enfrentarse a murmuraciones en el seno de la hueste acerca de si era más conveniente regresar y proveerse de tropas y medios de guerra o bien continuar. Para entonces ya comían de los caballos heridos, y aumentaba cada día el número de soldados lisiados. Lanchero se decidió por fortificarse donde se hallaba y demandar ayuda a la Real Audiencia. La tardanza en la llegada de esta le obligó a mudar de alojamiento, y fue atacado sin desmayo por los muzos. Como señala el padre Aguado, no solo iban cayendo los milites hispanos, sino que «murieron así mismo muchos indios ladinos de los del servicio de los españoles, flechados y empuyados, y así, cotidianamente tenían los nuestros averías y se iban haciendo menos y consumiendo de la yerba y el trabajo de la guerra, que era tan ordinaria que pocos días de la semana pasaban sin tener guazabaras y peleas con los indios, ora estuviesen alojados, ora caminasen».[106] Los oidores de la Audiencia de Santa Fe se emplearon a fondo para conseguirle tropas al capitán Ribera, deudo de Lanchero, quien debía asistirle con refuerzos. Para entonces era de dominio público la peligrosidad de aquella campaña, lo que la hacía impopular. Ribera, con treinta o treinta y cinco españoles, además de indios yanaconas y una enorme jauría

de perros, entró en el territorio muzo. Fue atacado en su camino por hombres del cacique Quirimaca, quien, por tomarlos en un camino difícil, consiguió al principio cierta ventaja, pero una vez rehechas las tropas hispanas, y con el apoyo de quince arcabuceros de Lanchero, quienes dirigidos por el capitán Morcillo hacía días que buscaban a Ribera ante su tardanza y fueron providenciales, consiguieron infligirles una severa derrota con quinientas bajas. Según el cronista Fernández de Piedrahita, para evitar que Quirimaca emboscase sus hombres y no les permitiese curar sus heridos y rehacerse, Ribera lanzó contra los indios sus perros que «luego pusieron en confusión y desorden á los indios, cuya pérdida acrecentaron con otros trescientos y más que quedaron heridos y despedazados». Ribera tuvo en la batalla cinco muertos hispanos y cuarenta yanaconas «por más que se amparaban á la sombra de los troncos y árboles, y de los escaupiles y rodelas de los españoles». De esta cita se infiere, pues, que los auxiliares muiscas luchaban sin protección alguna y a merced de un enemigo muy peligroso.[107] Una vez unidas todas las fuerzas, no sin algunas recriminaciones a Ribera por la tardanza de su ayuda, Lanchero decidió proseguir la campaña. Una vez más envió en vanguardia a sus veinte mejores hombres con el capitán Morcillo, mientras él se mantenía con el cuerpo del ejército y el capitán Ribera marchaba en la retaguardia con apenas dos caballos y dos infantes. Al descuidarse un tanto y separarse del cuerpo central del ejército, Ribera fue atacado por fuerzas muy superiores, y debió ser asistido por los hombres de Lanchero, quien lo alcanzó con sus efectivos formando en escuadrón. Después de recibir tres cargas de arcabuces y ballestas, que difícilmente causaron los dos mil muertos que reclama Fernández de Piedrahita, Quirimaca vio la imposibilidad de romper el frente hispano, y ordenó seguidamente la retirada. Fue entonces cuando Lanchero envió tras ellos los perros de presa con gran efecto. El padre Vázquez de Espinosa aseguraba que la ferocidad de los perros había conseguido que los indios les hubie-

sen «cobrado más temor que a los arcabuces». De la hueste hispana murieron diez hombres, además de numerosos yanaconas (como es habitual, los cronistas siempre fueron parcos en tales datos).[108]

Tras la salida del territorio del capitán Ribera, algunos vecinos de la ciudad de Trinidad de los Muzos se quejaron a la Real Audiencia de la actitud de Lanchero, que fue acusado por ser «grandes los estragos y muertes y malos tratamientos de indios que Lanchero había hecho en aquella tierra sin causa ni necesidad urgente». También fue perseguido el capitán Francisco Morcillo, dice el cronista Aguado, «por haber sido ocasión de las discordias que Lanchero y los otros soldados habían tenido, y él particularmente contra particulares personas». Aunque los veteranos de la entrada estaban muy divididos, unos esperando el retorno de Lanchero y otros justo lo contrario, el caso es que los oidores designaron a don Lope de Orozco corregidor de la zona. Orozco con apenas cuarenta hombres, de los que perdió cinco, realizó un recorrido por el territorio para certificar ante la Real Audiencia su estado de pacificación. Pero el cronista Aguado explica que si bien Orozco procuró atraerse a los aborígenes por la vía de la prédica y los buenos propósitos, «pero más aprovechaba para esto un buen castigo y terror que cuantos requerimientos se les podían hacer, ni persuasiones ni otros halagos», tomando claramente partido por la actitud de Luis Lanchero. Este murió en 1562 sin poder ejercer el cargo de corregidor en la ciudad por él fundada. En los siguientes años, incluso los oidores de la Audiencia de Santa Fe se vieron obligados a enviar allá a delincuentes, hombres desterrados del Nuevo Reino, para aumentar los efectivos de la ciudad de Trinidad, pues la fama de mortíferos de sus indios aún persistía. Unos indios que avisaban siempre antes de realizar un ataque general y jamás peleaban de noche. Extraña nobleza.[109]

Solo cuando en 1564 se hallaron minas de esmeraldas la codicia cambió la situación. Para entonces, veteranos como el capi-

tán Morcillo ya daban órdenes para acabar con los sembrados de los indígenas, para conseguir la huida de los mismos, mientras que los perros de presa eran esenciales; según el padre Aguado:

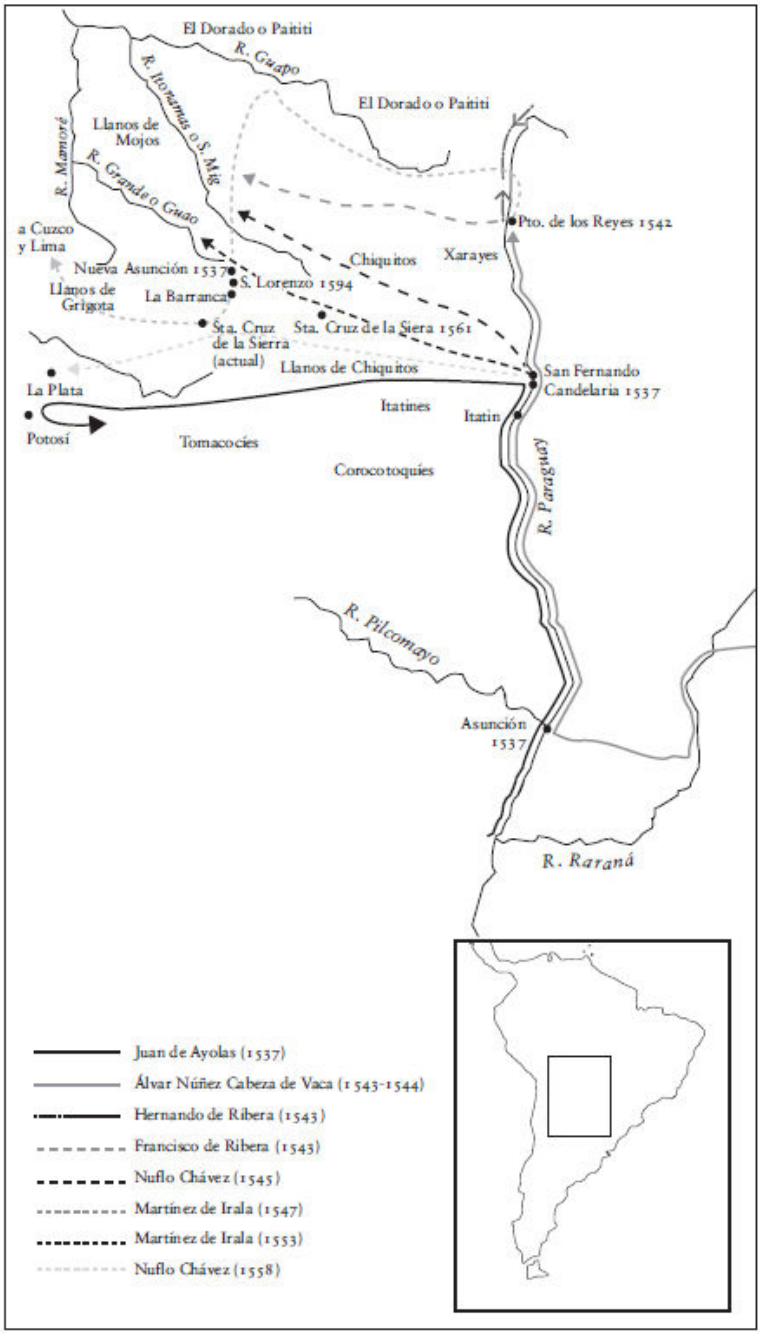
> Ya a esta sazón tenían los españoles perros de ayuda a quien los indios habían cobrado muy gran miedo y temor. Por su causa no se osaban acercar a donde los españoles estaban; que fue gran ayuda esto de los perros para que los nuestros pudiesen ir y pasar adelante con la sustentación de su pueblo y soportar los trabajos de la guerra, porque como los perros son grandes venteadores y rastreros, en acercándose los indios a los españoles luego los sentían y descubrían y daban en ellos y a bocados los ahuyentaban y echaban de sobre los nuestros; porque el indio que un perro de estos alcanza, a dos zaleadas lo descompone y lastima malamente.

La respuesta bélica de los muzos, descartadas las emboscadas, consistió en redoblar las trampas con puyas envenenadas, «y así de cada día se les empuyaban muchos indios amigos y del servicio de los españoles que se desmandaban a andar por muchas partes peligrosas».[110] Hubo que esperar al gobierno del corregidor Cepeda de Ayala para que comenzase a «pacificarse» el territorio de los muzos. Este, con la ayuda de su teniente, López de Poveda, fue derrotando poco a poco la resistencia: en Pauna, dieron de noche en el pueblo «prendió los culpados, y aun creo los inocentes, y fueron castigados ejemplarmente», dice el padre Aguado. En Saboyá, donde la resistencia duraba hacía décadas, «prendieron algunos capitanes y principales agresores de lo dicho, y habida averiguación de la culpa que tenían por sus confisiones, se hizo castigo en ellos». En Topo, tras aquellos ejemplos, obtuvieron comida y mil porteadores, algo inaudito hasta entonces. Les siguieron las localidades de Marpe y Minipu, Nico y Copere, que fueron atacadas siempre de noche. Los pobladores de esta última, desesperados, acabaron por luchar cara a cara contra los españoles, sin recurrir a flechar a distancia. Cepeda de Ayala pugnó para desterrar una práctica muy usada hasta hacía poco tiempo: el padre Aguado, que rehúsa entrar en detalles escabrosos, asegura en su crónica haber sido muy común aquellos años en todo el territorio dar «muertes crueles» a los indios por cualquier excusa, «cosa cierto indigna del nombre español, pues tan sin causa ofendían a los que habían de halagar para que su paz fuese adelante».[111]

Tras las entradas iniciales de Pedro de Mendoza y Juan de Ayolas en el Río de la Plata en la década de 1530, este último alcanzó lo que sería Asunción del Paraguay y en 1538 fue ultimado junto con sus hombres por los payaguás y sus aliados, los indios naperus. El nuevo caudillo hispano en la zona, Domingo Martínez de Irala, decidió evacuar totalmente Buenos Aires, fundada en 1536 por Pedro de Mendoza, y retirarse con todos sus efectivos a Asunción en 1540, donde permanecería dos años hasta la llegada del nuevo adelantado y gobernador general, Álvar Núñez Cabeza de Vaca (¿1500?-1560). Este, que buscó la alianza con los diversos grupos que formaban la etnia guaraní, sería depuesto por sus oficiales en abril de 1543 al no conseguir cumplir sus objetivos de obtención de botín. De nuevo Martínez de Irala se hizo con el control de la hueste superviviente, acabó siendo nombrado gobernador del territorio, y en los siguientes años protagonizó diversas entradas en tan vasto territorio que le llevaron a apenas un mes y medio de viaje de la ciudad de Potosí (fundada hacía muy poco, en 1546); no obstante, regresó a Asunción en 1549. Poco después organizaba un nuevo contingente compuesto por cuatrocientos españoles, cuatro mil indios aliados y seiscientos caballos, embarcados y por tierra, y se dispuso a una nueva aventura. Muchos de los aliados eran guaraníes quienes, tras iniciar la jornada, y una vez alcanzadas tierras colindantes con Charcas, decidieron amotinarse en número de mil quinientos y, como habían hecho en 1548, fueron en busca de los indios chiriguanos, es decir, de gentes de su propia etnia, habitantes de aquellas latitudes. Pero las condiciones climatológicas fueron adversas, de manera que las muchas aguas caídas anegaron las tierras y mataron a buena parte de los indios aliados y a casi todos los caballos de hambre, extenuación y enfermedad. Martínez de Irala hubo de renunciar y regresó a Asunción.

En 1552 organizó una entrada al país de los tupís, enemigos

de los aliados guaraníes, hasta controlar todas sus tierras en el río Paraná, y en 1554 hizo lo propio enviando al capitán Rodríguez de Vergara con sesenta hombres e indígenas aliados a cerrar el camino del Paraná a los portugueses, quienes ya se internaban por entonces en busca de esclavos carios y guaraníes.[112]



MAPA 10. Expediciones terrestres iniciadas desde el interior del Río de la Plata.

El capitán Nuflo (o Ñuflo) de Chaves (1518-1568), quien había

alcanzado tierra americana formando parte de la expedición del adelantado Cabeza de Vaca, partiría en 1557, una vez muerto el gobernador Martínez de Irala, comisionado por el teniente de gobernador, Gonzalo de Mendoza, con una hueste compuesta por doscientos veinte soldados y mil quinientos indios aliados hacia la tierra de los jarayes, avanzando por tierra y por el río Paraná al mismo tiempo, donde iban a fundar una nueva ciudad. Una vez contactados los indios guajarapos, que salieron de paz, y los guatos, que les atacaron en el río, siguieron avanzando para explorar nuevos territorios antes de fijarse en uno, fundar la correspondiente urbe y repartir encomiendas. Así, fueron en demanda de los chiriguanos y de los chiquitos (o travasicosis), que se mostraron notablemente belicosos. Chaves era consciente de no poder seguir adelante sin dar un escarmiento a unos aborígenes, peligrosos flecheros, que empleaban veneno y habitualmente llenaban los fosos que defendían sus empalizadas dobles con picas envenenadas hincadas en la tierra. Tras romper sus defensas, Chaves y los suyos entraron a degüello en una de las localidades de los chiquitos, e hicieron una buena presa entre ellos, si bien tuvieron gran cantidad de heridos (cuarenta españoles y setecientos indios aliados) y muchos caballos (más de un centenar), de los cuales murieron a causa de las flechas envenenadas al cabo de unos pocos días hasta diecinueve españoles, trescientos indios aliados y cuarenta équidos.

Muchos hombres de Chaves —cincuenta y ocho de ellos firmaron un documento exhortando a su caudillo— estaban en desacuerdo con mantenerse en campaña por más tiempo, y deseaban regresar al territorio jaraye, puesto que se habían movilizado más como colonos que como soldados. En su demanda certificaron la peligrosidad de aquellos nativos, los cuales «han inficionado las aguas, sembrando por todas partes púas y estacas emponzoñadas de yerba mortal, con que nuestra gente ha sido herida y muerta; y así mismo han hecho sus juntas y dado sobre nosotros con mano armada», y temían que los indios alia-

dos desertasen ante el peligro de aquellas comarcas. De pasar dicha contingencia se sentían perdidos. El capitán Gonzalo Casco retrocedería con ciento cuarenta hispanos que no quisieron seguir a Chaves, mientras este avanzó con sesenta efectivos. Era junio de 1559. Para entonces, Chaves solamente buscaba ya entrar en Charcas, encandilado sin duda por las posibilidades argentíferas de Potosí.[113]

Cuando los hombres de Casco regresaron a Asunción, se encontraron con la muerte del teniente de gobernador, Gonzalo de Mendoza, y la elección de Francisco Ortiz de Vergara (julio de 1558). Pero algo insospechado iba a ocurrir: los indios aliados que les habían acompañado hasta el territorio de los chiquitos regresaron con el secreto para envenenar sus flechas, el arma que necesitaban para acabar con los españoles, e inmediatamente comenzó una rebelión encabezada por los hijos del cacique Curupiratí. Bien entrado 1559, finalmente pudo Ortiz de Vergara organizar un fuerte contingente con medio millar de españoles, tres mil guaraníes y otros cuatro mil guaycurús de apoyo, a los que dividió en dos escuadras, portando él una y cediendo la otra al contador Felipe de Cáceres. No obstante, al hallar todas las comarcas despobladas, el mantenimiento fue difícil. Los indios alzados les acometieron en varias ocasiones de madrugada, obligando a ambos campos a unirse en un solo real y, desde este, lanzar rondas para tener noticias y hallar vituallas. Tras muchos meses de campaña, ya en 1560, los aborígenes rebelados se decidieron por la batalla, presentándose en cuatro escuadrones hasta dieciséis mil efectivos, a decir del cronista Díaz de Guzmán. El gobernador Ortiz de Vergara destacó ochenta efectivos de caballería al mando del capitán Riquelme y ciento veinte arcabuceros, además de mil ochocientos indios aliados, quienes se enfrentaron a ocho mil indígenas sublevados, mientras otros cuatro mil de estos procuraban tomar las espaldas del real hispano y, por último, cuatro mil flecheros tomaron una pequeña eminencia para asistir donde hiciesen más fal-

ta. Sin perder el orden, los arcabuceros hispanos avanzaron y terminaron por disparar, pero los nativos supieron reaccionar, «y dándoles la primera rociada, se postraron por tierra hasta que pasó aquella furia», e inmediatamente pasaron al contraataque. Solo la caballería hispana, que atacó en cuatro escuadras de a veinte hombres, comenzó a romper sus filas alanceándolos, mientras la infantería hispana se recomponía. Entonces, los cuatro mil aborígenes hostiles, todos ellos flecheros, de la reserva se decidieron por atacar, pero también fueron repelidos, rompiéndose sus filas, momento en el que los indios aliados, como solía ser habitual, aprovecharon para hacer «en ellos cruel matanza, acabando los amigos de matar a todos los heridos que discurriendo por el campo hallaban». Mientras, el gobernador Ortiz de Vergara con el resto de las tropas también derrotaba al último de los escuadrones de los rebelados. Murieron hasta tres mil de ellos, sin contar los numerosos heridos. Fue el 3 de mayo de 1560. Todavía, algunas jornadas más tarde, una emboscada realizada sobre una compañía de cien infantes que limpiaban el territorio se transformó en una ofensiva tras la cual hasta mil indios alzados perdieron sus cabezas a manos de los guaycurús. A pesar de esta derrota, en 1563 hubo todavía algunos movimientos sediciosos en la Guayra que fueron duramente reprimidos.[114] Entre tanto, Nuflo de Chaves fundaba una ciudad, Nueva Asunción, en agosto de 1559 y seguidamente topó con la expedición de Andrés Manso, enviado a las tierras del río Parapetí por el virrey de Perú, Andrés Hurtado de Mendoza. Tras viajar a Lima para reclamar sus derechos, mientras su segundo, Hernando de Salazar, permanecía en la zona controlando a los hombres de Manso, Chaves consiguió ser nombrado teniente de gobernador de una nueva jurisdicción: los Moxos y Santa Cruz de la Sierra, situada al este de Charcas y noroeste de Paraguay, desligada, pues, de Asunción. El gobernador sería el hijo del virrey, García Hurtado de Mendoza. Chaves regresó a las tierras que ahora podía gobernar legalmente y en 1561 fundó Santa

Cruz de la Sierra. La disputa final entre Chaves y Manso no tuvo lugar ya que los chiriguanos la evitaron.[115] Manso se asentó con sus hombres en los llanos de Taringui, donde los indios de la comarca le dieron la obediencia, pero los chiriguanos, «poniéndole cerco una noche, y pegando fuego a todas las casas del pueblo, tomando las puertas, mataron con facilidad a los que salían fuera, y con poca resistencia fueron todos acabados, sin que escapase ninguno». Según el padre Vázquez de Espinosa, Manso y sus hombres murieron «por no enviarle socorro»; lo interesante es que, de 1615 a 1618, Ruy Díaz de Guzmán pobló idénticas tierras y, de nuevo, «por no enviarle socorro, salió huyendo, habiéndole muerto mucha gente».[116] Los chiriguanos no serían derrotados definitivamente hasta 1892, nada menos.

En 1563, Nuflo de Chaves regresó a Asunción desde donde saldría al año siguiente con centenares de hispanos y sus familias, así como con miles de auxiliares guaraníes para instalarse en Santa Cruz de la Sierra y comarcas aledañas, levantando en armas a los indios de la zona, chiriguanos y somocosis. Tras lanzar algunas campañas contra ellos, Chaves encontró la muerte en una emboscada en uno de los pueblos de guaraníes instalados en la zona precisamente bajo su mandato. La represión sería llevada a cabo por el cuñado de Chaves, Diego de Mendoza. Contando entre sus fuerzas con arcabuceros a caballo —todas las fuentes coinciden en señalar que estos aparecieron en las guerras civiles de Perú—, Mendoza consiguió derrotar una escuadra de indios alzados, que tramaban una celada, a cuyos caciques ordenó «hacer cuartos y empalar por los caminos». Tras aquello recabó ayuda de los guaraníes de la zona y, reforzado, Mendoza se atrevió con su gente a hacer frente a los aborígenes sublevados, quienes se habían concentrado en el pueblo de la Porrilla. Allá, tras derrotarles, Mendoza mandó poner fuego en el pueblo «y en el alcance pasaron a cuchillo todo cuanto topaban, sin perdonar a sexo ni condición, haciendo en ellos el más rigoroso castigo que se ha visto en las Indias; que

en alguna manera fue exceso de crueldad, pues pagaban tantos inocentes lo que debían los culpados: con lo que se atajó el paso en alguna manera a tanta malicia». El dominico Lizárraga asevera que Mendoza introdujo en un bohío a los chiriguanos tomados presos en la acción y los quemó vivos.[117] Los chiriguanos, grandes flecheros, y capaces de reclutar indios de otras etnias, como los chanés, para sus luchas, haciendo que estos peleasen en primera línea, a decir del padre Lizárraga, comenzaron a presionar el sureste andino desde la época de Huayna Cápac —después fueron los españoles de Charcas sus grandes adversarios— y ciudades como Potosí y La Plata (Sucre) estuvieron en peligro. En la década de 1550, aprovecharon la sublevación de Hernández Girón en Cuzco para atacar a los pocos hispanos que quedaron en el valle de Tarija, donde se fundaría una ciudad en 1571. Algunos colonos, como Jerónimo Alanis, aposentado en el valle de San Lucas, les tenían que pagar tributo y, aun así, no pudieron excusar sus ataques. Como vimos, arrasaron el asentamiento del capitán Manso y masacraron a todos los componentes de la expedición. En 1564, los oidores de la Audiencia de Charcas escribían al gobernador Lope García de Castro, quien se hallaba en Lima cubriendo la baja por muerte del virrey conde de Nieva, cómo los diaguitas de Tucumán, al mando del cacique don Juan Calchaquí, se habían vuelto «muy hábiles y matan muchos españoles, uniéndose con los chiriguanos y los omaguaca, los apatama, los casavindo y con una parcialidad de chichas [...] y se difundió la noticia de que el Inca [Titu Cusi Yupanqui] estaba confederándose con Calchaqui y con los chiriguanos». Una situación peligrosísima que el nuevo virrey, don Francisco de Toledo, terminaría de arreglar a partir de 1572 cuando declaró la guerra «a sangre y fuego» contra Túpac Amaru, el último Inca independiente de Vilcabamba. En aquellos años, el virrey Toledo invocaría el trabajo de determinados intelectuales (P. Sarmiento de Gamboa, García de Toledo) para demostrar el régimen tiránico impuesto por los incas en el territorio, además de

invocar la naturaleza servil de los indígenas peruanos a partir de los argumentos renovados de Juan de Matienzo en su *Gobierno de Perú* (1567); pero lo significativo es que su primo, García de Toledo, reconociese en un momento dado «que los conquistadores habían cometido muchos crímenes y atrocidades», mientras que el propio Matienzo aseguraba que la Justicia Divina permitió que muchos españoles que habían maltratado a los aborígenes pereciesen posteriormente en las guerras civiles.[118] Francisco de Toledo organizó un ejército integrado por doscientos cincuenta hispanos[119] al mando de Martín García de Loyola y del doctor Gabriel de Loarte, con el concurso de mil quinientos indios aliados al mando del cacique Francisco Cayo Topa y quinientos cañaris comandados por el cacique Francisco Chilche como cuerpo principal, mientras que otras dos columnas serían utilizadas a modo de pinza para encerrar a los resistentes de Vilcabamba. Tras una primera batalla, las tropas de García de Loyola alcanzaron Vitcos, pero no así al Inca, al que tuvieron que perseguir más allá de Vilcabamba. Atrapado finalmente, Túpac Amaru fue llevado a Cuzco en septiembre de 1572, donde fue juzgado y ejecutado junto con sus principales capitanes. El dominico Lizárraga, crítico con el virrey Toledo, aseguraba que no hubo enfrentamientos importantes, sino más bien una huida hacia delante, «porque ni de la parte de los nuestros ni de los Ingas hobo derramamiento de sangre». Así, la falta de criterio del virrey quedaba expuesta. Por otro lado, también estaba marcando cómo sería el trato que recibirían los chiriguanos.[120]

Una incursión de estos en la zona de las minas de Porco, cerca de La Plata, obligó al virrey Toledo a entrar en campaña personalmente. Tras publicar de la manera acostumbrada la guerra «a sangre y fuego» contra los chiriguanos, concediendo la esclavitud de todos los tomados prisioneros en contra del parecer de fray Reginaldo de Lizárraga, quien quiso preservar a los menores y a las mujeres jóvenes, no así a las ancianas, acusadas de incitar a la guerra a los varones de su etnia, Toledo organizó

una escuadra de ciento veinte hispanos al mando de don Gabriel Paniagua, cuya misión era alcanzar Santa Cruz de la Sierra no sin antes haber neutralizado al cacique Vitapue. El virrey mandó llamar a todos los encomenderos de la zona para que sirvieran personalmente o enviasen quien lo hiciese en su nombre, juntando una fuerza de hasta cuatrocientos hombres en La Plata, incluidos su guarda personal, es decir, las lanzas y arcabuces que se pagaban desde la época del virrey Hurtado de Mendoza. Además, contaba con que todos los españoles de las tierras de la frontera chiriguana se les unirían, junto con el concurso de indios de servicio y auxiliares chichas, a parte de algunos guías chiriguanos. La Audiencia de Charcas señaló la conveniencia de que se hiciese «algún castigo en los dichos chiriguanaes de la cordillera y lo entiendan así los yndios de los llanos, porque no haziendo algún castigo no osarán los yndios de los llanos recebir a los españoles de paz por miedo a los dichos chiriguanaes». Por otro lado, una vez alcanzado el territorio se debería fortificar la población que se levantase donde ya lo intentara Andrés Manso, dejando de doce a quince arcabuceros en la zona para defender a los indios chichas; el resto de la gente debería procurar el castigo de los chiriguanos, pero sin pretender con tan pocos hombres hacer varios asentamientos.[121]

El capitán Ortiz de Zárate, quien dirigía un destacamento por orden del virrey, una vez alcanzadas las montañas del territorio chiriguano, entró con sesenta hombres en el pueblo de Tucurube, el cual halló abandonado pero con vituallas. El capitán, sin experiencia en la guerra de Indias, no receló de los chiriguanos que vinieron al poco en son de paz; no se comportaron de la misma forma algunos veteranos, quienes estuvieron alerta cuando se produjo una emboscada. De no haber sido por ellos, muchos más hispanos hubieran muerto. A pesar de la advertencia recibida, el virrey continuó adentrándose en territorio enemigo sin hacer las previsiones de comida necesarias, confiando en el número de sus tropas y en que don García de Mendoza,

desde Santa Cruz con otros sesenta hombres, podría actuar junto con Paniagua, Ortiz y él mismo para cercar a los chiriguanos y derrotarlos. Lejos de amilanarse, los chiriguanos siguieron la mejor táctica posible y escondieron sus vituallas en lo más frondoso de las montañas, mientras el campo del virrey se moría de hambre, sobre todo los indígenas de servicio, que optaban por huir, y eran muertos por alimañas o atrapados por los propios chiriguanos. Los caballos, unos mil seiscientos, comenzaron a sucumbir a causa de algunas yerbas que comían; además, el virrey enfermó, de modo que no tuvo más remedio que ordenar el retorno de su hueste en dirección al valle de Tomina, donde fueron socorridos con algún refresco enviado por el presidente de la Audiencia de Charcas, Quiñones. Como comentó el padre Lizárraga, si los chiriguanos, que acostumbraban a atacar de noche y en emboscada, les hubieran presionado no dudaba de la gran mortandad suscitada entre los españoles que habían concurrido a una expedición tan mal proyectada a causa de la vanidad del virrey.

Aunque el padre Lizárraga no diga nada al respecto, lo cierto es que hubo un encuentro en el río Condorillo a partir del cual los chiriguanos se diseminaron por el territorio en pequeñas partidas que comenzaron a atosigar la retaguardia de las tropas virreinales. La retirada de las mismas significó la victoria de los chiriguanos, los cuales redoblaron su acoso a la ciudad de Santa Cruz, que varió su ubicación para mejorar su defensa. También el virrey Toledo mandó fundar una localidad en el valle de Tarija, San Bernardo, donde dejó de retén al capitán Luis de Fuentes, y concretó toda una política defensiva en lo que iba a ser una nueva frontera con la orden de levantar no menos de una decena de puestos militares fortificados entre 1574 y 1575. La auténtica guerra chiriguana, como en el norte de México, comenzó entonces, cuando armas españolas —y caballos— comenzaron a circular entre los chiriguanos, y no solo como botín de guerra, sino obtenidas mediante intercambio con los propios

hispanos: estos deseaban a cambio indios chanés esclavizados por los primeros. El avance en toda aquella zona fue muy lento y más bien producto del éxito de determinados asentamientos, que cabría ver como villas-fortaleza, y de la estrategia, en definitiva, no de ir a buscar a los indios mediante incursiones, sino de asentarse en sus tierras y permanecer en ellas.[122]

Por otro lado, los numerosos contactos habidos desde el Río de la Plata hasta Charcas entre los españoles y la población autóctona acabaron con la aparición de un nutrido grupo de mestizos, descritos por Diego Pantoja en 1581 como «gente muy dispuesta para la guerra porque son grandes arcabuceros, buenos peones y gente de caballo, muy diestros en hacer todas las armas necesarias para la guerra excepto cotas». Otro informante, Pedro de Cuéllar, señalaba en 1588 cómo en la zona de Santa Cruz de la Sierra se hallaban ya muchos caballos y «la gente están expertos en la guerra por ser criados en ella y con los que han de pelear y con estos mestizos [mezcla de español y guaraní] saldrán cantidad de indios sus parientes por parte de sus madres que los ayudarán mucho en la guerra por ser enemigos de los chiriguanaes». Pero otros mestizos se decidieron por colaborar con los chiriguanos. Por ejemplo, los dos traductores principales del virrey Toledo en su entrada de 1573-1574, García Mosquera y Sánchez Capillas; el primero estaba casado con una cuarterona y el segundo era un mestizo de madre guaraní; García Mosquera fue acusado de llevar las tropas del virrey por malos caminos durante la entrada, protegiendo así el territorio, Tomina, donde operaba su suegro, Pedro de Segura, casado, a su vez, con una hija mestiza del antiguo gobernador de Asunción, Martínez de Irala, quien mantenía tratos con los chiriguanos. La Audiencia de Charcas fue informada en 1585 de cómo García Mosquera entregaba pólvora y cuchillos a los chiriguanos a cambio de indios esclavos. El cronista Lizárraga, por su lado, comentaba de Bartolomé Sánchez Capillas que «les hace [a los chiriguanos] unos casquillos de acero para las flechas, tan bien

templados que no tienen resistencia; antes usaban de cañas como las nuestras, el ñudo tostado por la puncta; lo demás servía de cuchilla; con las cuales tan bien pasaban una cota como un nabo. Contra estas armas chiriguanas usan los nuestros cotas y encimas escaupiles sueltos en vanda, porque en el algodón se entrape la flecha». En 1616, su hijo Pedro guiaba las tropas chiriguanas que lucharon contra el cronista Ruy Díaz de Guzmán, un cuarterón a su vez. En 1596, otro mestizo, Sebastián Rodríguez, decidió ponerse al servicio de los chiriguanos y enseñarles a «hacer casquillos y arpones para la flechería y [...] a tirar arcabuces». Es evidente que la situación era inquietante, pues en 1601 fray Diego de Ocaña, viajero por aquellos lares, aseguraba cómo «algunos mestizos que se han pasado a ellos huyendo de las justicias de acá, malos cristianos, se los han enseñado a tirar y les hacen la pólvora, que tiene[n] mucho recaudo con qué hacerlo por los muchos salitrales que hay. Y de esta manera de aquí a diez años será imposible poderlos conquistar». Porque, además, como señaló el oidor Polo de Ondegardo, los chiriguanos aprendieron a atacar en las estaciones lluviosas ya que «saven el riesgo de la pólvora con la humedad».[123] A lo largo de los siglos XVII y XVIII, los contactos entre los indios de guerra de Chile, Tucumán y el oriente de Charcas hasta alcanzar Paraguay y Patagonia se intensificaron, evolucionando todos ellos en sus formas de practicar la guerra, suministrando caballos a aquellos que los necesitaban a cambios de otros bienes, incluidos indios esclavos y ganado. Así, las guerras contra los aborígenes se transformaron en agónicas luchas contra grupos étnicos dotados de caballería ligera, armados con lanzas largas y coseletes, pues habían desechado el arco y la flecha, que solo acabaron en el siglo XIX. La invasión militar hispana en todos estos territorios, como bien señala Carlos Lázaro Ávila, «debe ser considerada como un elemento generador de una nueva dinámica sociocultural que, en su conjunto, originaría una identidad indígena diferente, en tanto en cuanto existen una serie de ele-

mentos novedosos asociados a la guerra que no aparecieron en la anterior experiencia bélica prehispánica de estas sociedades».[124]

CONCLUSIONES

Como hemos tratado de demostrar en las páginas precedentes, siendo conscientes de que habría muchos más ejemplos por citar y que los mismos podrían abarcar otros territorios, los cronistas de Indias hubieron de hacer frente en sus trabajos a una determinada opción a la hora de presentar hechos de una extremada dureza —ese uso del terror, la crueldad y la violencia extrema al que nos hemos referido— cometidos en el transcurso de la conquista hispana de Indias. Si bien dichas prácticas pudieran ser entendidas bajo la excusa de que fueron necesarias a causa del imperativo militar, dando por buena la conquista militar del llamado Nuevo Mundo por sí misma, lógicamente, la realidad es que la «conciencia cristiano-historiográfica», por llamarla así, de algunos de ellos les llevó a fustigar duramente determinados comportamientos de ciertos caudillos y de algunos de sus oficiales. Lo curioso del caso, o no tanto, es que algunos pasajes especialmente críticos de cronistas como Cieza de León o del franciscano fray Pedro Aguado pertenecen a dos obras que no pasaron del manuscrito durante varias centurias, pero que fueron profusamente utilizadas por otros cronistas, como Antonio de Herrera y Lucas Fernández de Piedrahita, quienes sí publicaron sus obras en el siglo XVII. Fueron estos autores, sobre todo el primero, no en vano era cronista regio, quienes realizaron una labor maquilladora sobre determinados pasajes y personajes. Pero entiéndasenos bien: Fernández de Piedrahita puede ser cauto a la hora de narrar determinados acontecimientos, pero tampoco duda en criticar los errores de Antonio de Herrera. Bernal Díaz del Castillo sería, de hecho, el paradigma de cómo rememorar las acciones bélicas del grupo, de la hueste conquistadora en su conjunto, sin desmerecer las virtudes del caudillo, si bien criticando los

excesos —o las limitaciones— del historiador orgánico, en este caso Francisco López de Gómara. Aunque el padre Las Casas tampoco escapase de sus iras en un momento dado.

En cualquier caso, los cronistas de Indias, ante la tesitura de tener que justificar determinados comportamientos militares —o, sencillamente, de una crueldad aberrante—, lo procuraron hacer siguiendo algunos supuestos que se repiten: a causa de prácticas de espionaje; por motivaciones bélicas, en especial cualquier medida que afectase a los caballos, como los hoyos con estacas o púas envenenadas, que se consideraban inaceptables —la flecha envenenada, en cambio, enconó el deseo de lucha, pero no se percibe un malestar o una crítica tan feroz como en el supuesto anteriormente citado—; el uso por parte de los indios hostiles de armamento hispano tomado en las batallas; para castigar la muerte de algunos españoles, normalmente encomenderos, situación que implicaba la aceptación tácita por parte del aborigen de la presencia hispana en sus tierras; o, simplemente, a causa de la resistencia aborigen, entendida como rebeldía. El canibalismo de algunas etnias, muy exagerado con casi toda seguridad, era entendido como una lacra que predisponía a utilizar con ellos —y justificar, por lo tanto— las prácticas referidas. No obstante, hay comportamientos, como algunos de los exhibidos por Sebastián de Belalcázar en tierras de Quito, que fueron tildados de crueles incluso por cronistas como Antonio de Herrera, quien jamás censura como tales las prácticas bélicas aterrorizantes hispanas, sino como castigos. Según A. de Herrera, los españoles son crueles cuando luchan y se matan entre sí, no cuando se enfrentan a los aborígenes. Y es que, sencillamente, para el cronista regio no tendría sentido que fuese de otra manera. Muy a menudo, en el fragor de los encuentros y batallas y, después de ellos, en los alcances,

esos voluntarios transformados en especialistas de la guerra en Indias dieron muestras de dejarse llevar por sus instintos más agresivos. Otra cuestión es que, en los alcances, muy a menudo delegasen en los indios auxiliares la continuación de las matanzas. Y decimos bien. En algunos casos, la palabra matanza es empleada por los propios protagonistas y recogida *a posteriori* por los cronistas. Creemos que una de las claves para entender las exageraciones numéricas a la hora de evaluar las fuerzas amerindias hostiles de tantos y tantos cronistas, testigos de vista o no de los acontecimientos que narran, además de posibles influencias de los clásicos de la Antigüedad, fue el hecho de tener que dar salida a las angustias sufridas en el campo de batalla por ellos mismos o por sus testigos. Porque, cabe recordar, la conquista de Indias no fue en ningún caso un paseo militar. Es decir, se exagera el número de contrarios para intentar demostrar al lector la peligrosidad de las campañas —y de las acciones— emprendidas.

Ahora bien, autores como fray Pedro Aguado, fray Pedro Simón o Lucas Fernández de Piedrahita, cuando se enfrentan ante los excesos de sus compatriotas, suelen explicar a continuación de todos estos horrores que sus causantes sufrieron el castigo divino de muy diversas maneras, porque solo consignar en su relato los fríos hechos, y ya era todo un mérito, debía parecerles insufrible. Ahora bien, tales reflexiones, en realidad, ya habían sido planteadas por F. López de Gómara: este, tras repasar todas las ventajas de la presencia hispana en las Indias, pretendió ser consecuente y evitó caer en el error de la ausencia de defectos en la conquista.[1] La lucha interna entre la devoción y la obligación se percibe en un autor habitualmente crítico como Pedro Cieza de León cuando afronta la tesitura de escribir acerca de las andanzas de su

admirado Jorge Robledo, mariscal de Antioquia. Gonzalo Fernández de Oviedo, por ejemplo, es capaz de generar algunas críticas —como otros muchos, cronistas o no, por otra parte—, pero contra quien quiere y cuando quiere, no por sistema, como sí lo haría fray Bartolomé de las Casas. Esa fue la gran diferencia. Porque mientras que en el padre Las Casas prevalece el fondo sobre las formas, es decir, la denuncia y los sobrados motivos de denuncia por encima de su manera de argumentar, en muchos cronistas, como F. López de Gómara o A. de Herrera, siempre prevaleció la ideología —y las formas— sobre el fondo del asunto. Lo lamentable de la cuestión es que, en el caso de numerosos historiadores de los últimos decenios, todavía sigue ocurriendo lo mismo. En el caso de cronistas como Cieza de León, algunos de sus silencios son producto del dolor, de la lástima, de la injusticia insoportable; en el caso de algunos cronistas de época, y de muchos de la actualidad, el silencio, la tibieza a la hora de comentar determinadas circunstancias, es cómplice del horror de la conquista de Indias.

Las rencillas, envidias y desavenencias establecidas tan a menudo entre conquistadores parecerían ser un factor negativo a la hora de establecer la verosimilitud de algunas declaraciones contra terceros. En el caso de Perú, la pugna entre pizarristas y almagristas puede enturbiar algunas invectivas sobre las crueldades practicadas por unos y otros, pero, en nuestra opinión, el trasfondo de lo narrado era verídico. Los terribles excesos de Francisco de Chaves en el país de los conchucos fueron refrendados por el propio Consejo de Indias. Creemos firmemente que, si bien las declaraciones prestadas en los juicios de residencia *a priori* no parecen ser el medio más veraz para establecer la actuación de tal o cual personaje, pues siempre se podría pretender perjudicar a la

persona objeto de juicio, en realidad constituyeron el medio ideal para explicar algunas verdades que, de lo contrario, jamás hubiéramos sabido. El amplio espectro de las pruebas recogidas, pertenecientes a los más variopintos personajes, religiosos de diversas órdenes, cronistas con intereses muy distintos, sin olvidar los testimonios en primera persona de personajes clave de la conquista, como el propio Hernán Cortés, quizá el ejemplo más preclaro de un uso reconocido de la crueldad, el terror y la violencia extrema por imperativo militar, sin duda avala nuestra tesis.

La utilización, consciente y programada, de prácticas aterrorizantes en la conquista hispana de las Indias resulta, pues, un hecho incontrovertible. La necesidad de imponerse sobre unas poblaciones autóctonas de muy diversa condición, demografía y potencial bélico, una realidad que se asemeja muchísimo a la experiencia expansionista del mundo romano, tanto de la época republicana como de la imperial, estimuló a los hispanos a usar el terror y la crueldad extrema siguiendo pautas que ya habían sido ensayadas previamente en la conquista de las islas Canarias (y que hunden sus raíces en las luchas contra el islam). El uso de la amputación de manos, por referirnos ahora a un solo ejemplo terrible de tales prácticas, es bien significativo, aunque podríamos haber elegido cualquier otro: se ha comprobado cómo dicha práctica fue siguiendo el camino —y la cronología, por lo tanto— de la expansión hispana; desde el Caribe pasaría a emplearse en Nueva Andalucía y Veragua; poco más tarde se utilizaría en la conquista del imperio mexica y, posteriormente, y hasta bien avanzado el siglo XVI, en la ocupación del norte árido de Nueva España. Estas prácticas no solo no fueron desconocidas en la conquista de Perú, sino que se utilizaron profusamente, especialmente durante el sitio de Cuzco

(1536-1537), siendo, además, exportadas tanto a Nueva Granada como a Chile, donde su uso fue extraordinariamente habitual, además de en Florida. De hecho, el uso de esta práctica puede asociarse tanto a las fases iniciales de la conquista o bien a aquellos momentos, o ámbitos geográficos, en los que la invasión hispana se veía frenada o frustrada. En todos los casos, se buscaba el efecto ejemplarizante: el indio resistente debe contemplar al mutilado, quien debe vivir para simbolizar el merecido castigo recibido, fin al que estarían abocados los demás de persistir en su resistencia. Por otro lado, la mutilación de las manos —o los pies— no solo obedecía a la necesidad de castigar al réprobo, como ocurría en los códigos judiciales del mundo musulmán o del cristiano de las épocas medieval y moderna, sino que buscaba claramente disminuir la capacidad militar de las sociedades amerindias más belicistas —como también había ocurrido en la época de Roma—. Las mutilaciones de orejas, narices o senos femeninos pretendían hundir psicológicamente al aborigen, jugando con los componentes de humillación y señalamiento, además del castigo en sí mismo, de dichas prácticas. Tampoco habría que olvidar algunas mutilaciones relacionadas con la esclavitud, el terrible herraje de esclavos.

Siempre la filosofía subyacente pareció ser apostar por unos castigos que «ejecutados en pocos, escarmentaban a muchos».[2] Pero no es menos cierto que en numerosas ocasiones, sobre todo en Chile, la práctica alcanzó a centenares de personas, de modo que el uso del terror, de la crueldad, de la violencia extrema se convirtió en la forma de hacer la guerra al nativo y no tanto en una consecuencia de estar perdiendo la guerra.

El uso del armamento europeo, de esa tan cacareada tecnología armamentística europea superior a la de los amerin-

dios, fue, en realidad, un espejismo que ha mantenido, sino engañados, sí un tanto confusos a muchos miembros de la profesión histórica durante mucho tiempo. Como hemos argumentado en las páginas anteriores, el uso de armas de fuego y de acero, además de caballos (y perros de combate), no cabe verlo como la panacea de la victoria, sino más bien como la principal baza para la supervivencia de la hueste hispana en unos territorios hostiles y, especialmente, en los primeros momentos de las conquistas, los más difíciles. De hecho, el armamento español solo hubiese sido determinante en caso de que la invasión de las Indias la hubiesen acometido ejércitos reales de varias decenas de miles de combatientes bien armados y equipados, como ocurrió en la fase final de la conquista del reino nazarí de Granada (1482-1492). Pero, como sabemos, ello no fue así, como tampoco lo fue en el caso de la conquista de las islas Canarias. Muy difícilmente una hueste conquistadora alcanzaba los mil efectivos europeos (además de esclavos africanos), con un número reducido de equinos y, en general, con escasas armas de fuego portátiles y artillería. En realidad, la principal arma de los hispanos en las Indias fue la voluntad por conquistar, por permanecer, por reducir y controlar, y para ello se ayudaron tanto de los propios aborígenes en numerosas ocasiones como de las prácticas aterrorizantes de sometimiento. Las experiencias bélicas acumuladas fueron determinantes. En ese enfrentamiento vencieron sobradamente los hispanos. El poso dejado por el uso de prácticas aterrorizantes por imperativo militar en la tradición bélica de los europeos era muy fuerte, e incluía el enfrentamiento con comunidades étnica y religiosamente diferentes, distintas. Los mundos limitadamente en expansión de mexicas e incas no les permitieron dotarse de una experiencia bélica semejante. Además, se descono-

cían entre sí y no supieron, por lo tanto, lo que les había ocurrido a otros amerindios. Los hombres que formaban parte de las huestes conquistadoras acumulaban experiencias —se valoraba la adquirida en guerras europeas, pero sobre todo las demostrables sobre el terreno—; al menos ello era así en una parte importante de los mismos: sabían que había que buscar aliados; sabían que debían hacerse con el control de personas de relieve en cada territorio —y torturarlos si hacía falta para obtener de ellos lo necesario, ya fuese información, vituallas o servidores—; no dudaron en masacrar poblaciones enteras cuando hizo falta; hicieron un uso planificado de la violencia extrema muy a menudo; sabían cómo usar sus armas —les iba en ello la vida— y, además, las acomodaron al entorno americano; adaptaron sus tácticas de combate a la realidad americana, cierto, pero sabemos que guerrearon como europeos entre sí en las guerras civiles de Perú, donde hubo comportamientos militares de carácter e ideología caballeresca medieval. Los aborígenes fueron sorprendidos militarmente hablando, pero no hasta el día de su derrota final; lógicamente, tenían una experiencia bélica muy limitada a su mundo y, no obstante, rechazaron en numerosas ocasiones a determinados grupos hispanos —no olvidemos que los mexicas expulsaron a Hernán Cortés de México-Tenochtitlan en 1520; ¿y qué decir de chichimecas, muzos, chiriguanos y reches-mapuches?—, por ello la guerra se endureció y se hizo más cruel; sus desavenencias internas, al menos en el caso de los dos grandes imperios, fueron claves para entender su derrota final. Numerosas etnias se equivocaron de aliado, pero solo a la larga. Cuando tomaron la decisión de ayudar al invasor hispano les pareció la mejor posible. Los horrores que siguieron a la guerra solo son achacables al comportamiento colonial de la monarquía hispánica.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES IMPRESAS

ABREU GALINDO, Juan de, *Historia de la conquista de las siete islas de Gran Canaria*, Santa Cruz de Tenerife, s.f.

ACOSTA, José de, *Historia natural y moral de las Indias*, Sevilla, Juan de León, 1590.

AGUADO, Pedro, *Recopilación historial*, 2 vols., Bogotá, Empresa Nacional de Publicaciones, 1956-1957.

ÁLVAREZ MALDONADO, Juan, *Relación de la jornada y descubrimiento del río Manu (hoy Madre de Dios) por Juan Álvarez Maldonado en 1567*, edición de Luis Ulloa, Sevilla, 1899.

ANDAGOYA, Pascual de, *Relación y documentos*, edición de Adrián Blázquez, Madrid, Historia 16, 1986.

ANGLERÍA, Pedro Mártir de, *Décadas del Nuevo Mundo*, Madrid, Polifemo, 1989.

BARROS ARANA, Diego, *Proceso de Pedro de Valdivia y otros documentos inéditos concernientes a este conquistador*, Santiago de Chile, 1873.

BENZONI, Girolamo, *Historia del Nuevo Mundo*, Madrid, Alianza, 1989.

BERNÁLDEZ, Andrés, *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, edición de M. Gómez-Moreno y Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1962.

BETANZOS Juan de, *Suma y narración de los incas*, edición de Mª del Carmen Martín Rubio, Madrid, 2004.

BORREGÁN, Alonso de, *Crónica de la conquista del Perú*, edición de Rafael Loredo, Sevilla, 1948.

BOTERO, Giovanni, *La razón de Estado y otros escritos*, traducción y edición de L. de Stefano y M. García-Pelayo, Caracas, 1962.

CALVETE DE ESTRELLA, Juan C., *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de don Pedro Gasca*, en *Crónicas del Perú*, vols. IV-V, BAE, CLXVII-CLXVIII, Madrid, Atlas, 1964-1965.

Cartas de Indias, BAE, tomos CCLXIV-CCLXVI, Madrid, Atlas, 1974.

CERVANTES DE SALAZAR, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, BAE, vols. CCXLIV-CCXLV, edición de Manuel Magallón, Madrid, Atlas, 1971.

CIEZA DE LEÓN, Pedro, *Crónica del Perú*, I-III, edición de C. Sáenz de Santamaría, Madrid, CSIC, 1984.

–, *Guerras civiles del Perú*. I. *Guerra de las Salinas*, CODOIN, tomo LXVIII, Madrid, 1877.

–, *La guerra de Quito*, edición de M. Jiménez de la Espada, Madrid, 1877.

–, *Guerras civiles del Perú*. II. *Guerra de Chupas*, CODOIN, tomo LXXVI, Madrid, 1881.

–, *Las guerras civiles peruanas*, edición de C. Sáenz de Santa María, Madrid, CSIC, 1985.

–, *Crónica del Perú. El señorío de los Incas*, edición de Franklin Pease, Caracas, Ayacucho, 2005.

COBO, Bernabé, *Historia del Nuevo Mundo*, tomo III, edición de Marcos Jiménez de la Espada, Sevilla, 1892.

COLÓN, Cristóbal, *Diario del primer viaje*, edición de Demetrio Ramos y Marta González Quintana, Granada, Diputación de Granada, 1995.

CORTÉS, Hernán, *Cartas de relación*, BAE, tomo XXII, *Historiadores primitivos de Indias*, vol. I, Madrid, Atlas, 1946.

Crónica Ovetense. Libro de la conquista de la ysla de Gran Canaria y de las demás yslas della... fecho por el alferes Alonso Jaimes de Sotomayor... en F. Morales Padrón, *Canarias: crónicas de su conquista*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, págs. 107-183.

DE LA MOTA PADILLA, Matías, *Historia de la conquista de la provincia de Nueva Galicia*, tomo I, Guadalajara, 1856.

–, *Historia general del Perú*, Córdoba, Vda. de Andrés Barrera, 1617.

–, *Comentarios reales de los Incas*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985.

DÍAZ, J., TAPIA, A., VÁZQUEZ DE TAPIA, B. Y AGUILAR, F., *La conquista de Tenochtitlan*, edición de Germán Vázquez, Madrid, Historia 16, 1988.

DÍAZ DE GUZMÁN, R., *Historia argentina del descubrimiento, población y conquista de las provincias del*

Río de la Plata, edición de Pedro de Angelis, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1835.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, BAE, tomo XXVI, *Historiadores primitivos de Indias*, Madrid, Atlas, 1947.

DOCUMENTOS INÉDITOS PARA LA HISTORIA DE COLOMBIA (DIHC), al cuidado de Juan Friede, tomo I (1509-1528), Bogotá, 1955.

durán, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España* y *islas de Tierra Firme*, México, Ignacio Escalante, 1880.

ENRÍQUEZ DE GUZMÁN, Alonso, *Libro de la vida y costumbres de Alonso Enríquez de Guzmán*, edición de H. Keniston, BAE, tomo CLXXXVI, Madrid, Atlas, 1960.

ESTETE, Miguel de, «El descubrimiento y la conquista del Perú», en Alberto M. Salas, M. A. Guérin y J. L. Moure (eds.), *Crónicas iniciales de la conquista del Perú*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1987, págs. 253-319.

FEDERMANN, Nicolás y SCHMIDL, Ulrich, *Alemanes en América*, edición de Lorenzo E. López, Madrid, Historia 16, 1985.

FERNÁNDEZ, Diego, *Historia del Perú*, BAE, tomos CLXIV-CLXV, Madrid, Atlas, 1963.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Historia natural y general de las Indias*, edición de Juan Pérez de Tudela, BAE, tomo CXXI, Madrid, Atlas, 1959.

FERNÁNDEZ DE PIEDRAHITA, Lucas, *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Imprenta de M. Rivas, 1881.

FIDALGO DE ELVAS, *Expedición de Hernando de Soto a Florida*, Madrid, Espasa-Calpe, 1965.

GARCÍA DE PALACIO, Diego, *Diálogos militares de la formación e información de personas, instrumentos y cosas necesarias para el buen uso de la guerra*, México-Tenochtitlan, P. Ocharte, 1583.

GARCÍA ICAZBALCETA, J., *Colección de documentos para la historia de México*, 2 vols., México D.F., Antigua Librería, 1858-1866.

–, *Colección de documentos para la historia de México*, México D.F. 1980.

GARCILASO DE LA VEGA, Inca, *La Florida*, edición de Carmen de Mota, Madrid, Alianza, 1988.

GÓNGORA MARMOLEJO, Alonso de, *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575*, en *Crónicas del reino de Chile*, edición de F. Esteva Barba, BAE, tomo CXXXI, Madrid, Atlas, 1960.

GONZÁLEZ DE NÁJERA, A., *Engaño y reparo de la guerra del reino de Chile*, Santiago de Chile, 1889.

GUAMÁN POMA DE AYALA, Felipe, *Nueva coronica y buen gobierno*, edición de F. Pease, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.

GUTIÉRREZ DE SANTA CLARA, P., *Quinquenarios o Historia de las guerras civiles del Perú*, en *Crónicas del Perú*, BAE, tomos CLXVCLXVII, Madrid, Atlas, 1963-1964.

HANKE, Lewis (ed.), *Perú. Los virreyes españoles en América durante el gobierno de la casa de Austria*, BAE, tomo CCLXXX, Madrid, Atlas, 1978.

HENRÍQUEZ DE JORQUERA, F., *Anales de Granada*, edición de Antonio Marín Ocete, Granada, 1987.

HERRERA, Antonio de, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, Madrid, Juan Flamenco, 1601 [*Décadas* I-IV]; Madrid, Juan de la Cuesta, 1615 [*Décadas* V-VIII].

JEREZ, Francisco de, *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia de Cuzco, llamada la Nueva Castilla*, BAE, tomo XXVI, *Historiadores primitivos de Indias*, vol. II, Madrid, Atlas, 1947.

LANDA, Diego de, *Relación de las cosas del Yucatán*, Madrid, Historia 16, 1985.

LAS CASAS, Bartolomé de, *Historia de las Indias*, 3 vols., México D.F., FCE, 1981.

–, *Brevísima relación de la destrucción de África*, edición de Isacio Pérez Fernández, Salamanca-Lima, San Esteban, 1989.

–, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, edición de André Saint-Lu, Madrid, Cátedra, 1992.

–, *Brevíssima relació de la destrucció de les Índies*, edición de Meritxell Bru, Valencia, PUV, 2008.

LEÓN-PORTILLA, M. (ed.), *Literatura del México antiguo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978.

LIZÁRRAGA, R. de, *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, edición de I. Ballesteros, Madrid, Historia 16, 1987.

LOBO LASSO DE LA VEGA, Gabriel, *Mexicana*, BAE, tomo CCXXXII, Madrid, Atlas, 1970.

LÓPEZ DE COGOLLUDO, D., *Historia de Yucathan*, Madrid, Juan García Infanzón, 1685.

LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, *Crónica general de Indias*, en BAE, tomo XXII, *Historiadores primitivos de Indias*, vol. I, Madrid, Atlas, 1946.

–, *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991.

–, *Historia de la conquista de México*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2007.

LÓPEZ DE ULLOA, Francisco, *Historia de la conquista de las siete yslas de Canaria. Recopilada. Por el licenciado… Año de 1646*, en F. Morales Padrón, *Canarias: crónicas de su conquista*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, págs. 259-342.

MARIÑO DE LOBERA, Pedro, *Crónica del reino de Chile*, en *Crónicas del reino de Chile*, edición de F. Esteva Barba, BAE, tomo CXXXI, Madrid, Atlas, 1960.

MENA, Cristóbal de, «La conquista del Perú, llamada la Nueva Castilla», en Alberto M. Salas, M. A. Guérin y J. L. Moure (eds.), *Crónicas iniciales de la conquista del Perú*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1987, págs. 65-118.

MENDIETA, Jerónimo de, *Historia eclesiástica indiana*, México D.F., Porrúa, 1980.

MOLINA, Cristóbal de, *Relación de muchas cosas acaescidas en el Perú*, BAE, tomo CCIX, *Crónicas peruanas de interés indígena*, Madrid, Atlas, 1968.

MUÑOZ CAMARGO, Diego, *Historia de Tlaxcala*, edición de Germán Vázquez, Madrid, Historia 16, 1986.

NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Álvar, *Comentarios* en BAE, tomo XXII, *Historiadores primitivos de Indias*, vol. I, Madrid, Atlas, 1946.

NÚÑEZ DE LA PEÑA, Juan, *Conquista y antigüedades de las islas de la Gran Canaria y su descripción* (Madrid, 1676), Las Palmas de Gran Canaria, 1994.

OVALLE, Alonso de, *Histórica relación del reyno de Chile*, Roma, F. Caballo, 1646.

OVIEDO Y BAÑOS, José de, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, edición de Tomás Eloy Martínez, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2004.

PALENCIA, Alonso de, *Guerra de Granada*, edición facsímil, traducción de A. Paz y Meliá (Madrid, 1909), estudio preliminar de Rafael G. Peinado, Granada, 1998.

PÉREZ DE TUDELA, Juan (ed.), *Documentos relativos a don Pedro de la Gasca y a Gonzalo Pizarro*, 2 vols., Madrid, Real Academia de la Historia, 1964.

PIZARRO, Hernando, «Carta… a los oidores de la audiencia de Santo Domingo», en Conde de Canilleros, *Tres testigos de la conquista del Perú*, Madrid, Espasa-Calpe, 1964, págs. 47-65.

PIZARRO, Pedro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, en *Crónicas del Perú*, V, BAE, tomo CLXVIII, Madrid, Atlas, 1964.

Proceso de residencia instruido contra Pedro de Alvarado y Nuño de Guzmán, edición de Ignacio López Rayón, México, 1847.

PULGAR, Fernando del, *Crónica de los Reyes Católicos* (edición y estudio de Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1943), estudio preliminar de Gonzalo Pontón, Granada, 2008.

QUIROGA, Jerónimo de, *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1979.

QUIROGA, Pedro de, *Los coloquios de la verdad*, edición de Daisy Rípodas, Valladolid, 1992.

QUIROGA, Vasco de, *La utopía en América*, edición de Paz Serrano Gassent, Madrid, Historia 16, 1992.

RAMÍREZ, Jerónimo, «Apología en defensa del ingenio y fortaleza de los indios de la Nueva España, conquistados por don Fernando Cortés, marqués del Valle», recogido en la edición de Gabriel Lobo Lasso de la Vega, *Mexicana*, BAE, tomo CCXXXII, Madrid, 1970.

REJÓN, Juan, «Conquista de la isla de Gran Canaria hecha por mandado de los señores Reyes Catholicos. Por el capitán don Juan Rejón… (crónica Lacunense)», en F. Morales Padrón, *Canarias: crónicas de su conquista*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, págs. 185-228.

«Relación anónima de lo sucedido en el Perú después de la llegada del virrey Blasco Núñez Vela», en *Crónicas del Perú*, BAE, tomo CLXV, Madrid, Atlas, 1963.

«Relación de las cosas del Perú desde 1543 hasta la muerte de Gonzalo Pizarro», en *Crónicas del Perú*, vol. V, BAE, tomo CLXVIII, Madrid, Atlas, 1965, págs. 243-332.

«Relación del sitio del Cuzco y principio de las guerras civiles del Perú hasta la muerte de Diego de

Almagro, 1535 a 1539», en *Varias relaciones del Perú y Chile; y conquista de la isla de Santa Catalina 1535 a 1568*, Madrid, 1879, págs. 1-195.

«Relación hecha por Pedro de Albarado a Hernando Cortés y Otra Relación hecha…», en BAE, tomo XXII, *Historiadores primitivos de Indias*, vol. I, Madrid, Atlas, 1946, págs. 457-463.

REMESAL, Antonio de, *Historia general de las Indias Occidentales y particular de la gobernación de Chiapa y Guatemala*, edición y estudio de C. Sáenz de Santamaría, Madrid, Atlas, 1964, 2 vols.

ROMÁN, Jerónimo, *Repúblicas del Mundo*, Salamanca, Juan Fernández, 1595.

ROSALES, Diego de, *Historia general del reino de Chile, Flandes indiano*, tomo I, Edición de B. Vicuña, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877.

RUIZ DE ARCE, Juan, «Advertencias de Juan Ruiz de Arce a sus sucesores», en Conde de Canilleros, *Tres testigos de la conquista del Perú*, Madrid, Espasa-Calpe, 1964, págs. 67-115.

SAHAGÚN, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Madrid, Alianza, 1995.

SANCHO DE LA HOZ, Pedro, *Relación de la conquista del Perú*, Calahorra, 2004.

SEDEÑO, Antonio, «Brebe resumen y historia muy verdadera de la conquista de Canaria scripta por…», en F. Morales Padrón, *Canarias: crónicas de su conquista*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, págs. 343-381.

SEPÚLVEDA, Juan Ginés de, *Historia del Nuevo Mundo*, Madrid, Alianza, 1987.

SIMÓN, Pedro, *Noticias historiales de la conquista de Tierra Firme, en las Indias Occidentales*, Cuenca, Domingo de la Yglesia, 1627.

SOLÍS, Antonio de, *Historia de la conquista de México*, Madrid, J. García Lanza, 1758.

TITU CUSI YUPANQUI, *Relación de la conquista del Perú y hechos del Inca Manco II*, edición de Horacio Urteaga, Lima, 1916.

TORQUEMADA, fray Juan de, *Monarquía indiana*, México D.F., UAMInstituto de Investigaciones Históricas, 1975-1979.

TRUJILLO, Diego de, *Relación del descubrimiento del reyno de Perú*, edición de R. Porras Barrenechea, Sevilla, 1948.

VALDIVIA, Pedro de, *Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de Chile*, edición de José Toribio Medina, Sevilla, 1929.

VARGAS MACHUCA, Bernardo de, *Milicia indiana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1994.

—, *Milicia y descripción de las Indias*, Valladolid, 2003.

VÁZQUEZ, Germán, *Origen de los mexicanos*, Madrid, Historia 16, 1987.

VÁZQUEZ DE ESPINOSA, Antonio, *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, Madrid, Historia 16, 1992, 2 tomos.

VÁZQUEZ DE SILVA, Francisco, *Fragmentos de puntos y aforismos militares y políticos*, Lima, Jorge López de Herrera, 1651.

VELASCO, Juan de, *Historia del reino de Quito*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1981.

VITORIA, Francisco de, *Relecciones sobre los indios y el derecho de guerra*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1946.

VIVAR, Jerónimo de, *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile (1558)*, trascripción paleográfica de Irving A. Leonard, Santiago de Chile, 1966.

ZÁRATE, Agustín de, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, en BAE, tomo XXVI, *Historiadores primitivos de Indias*, vol. II, Madrid, Atlas, 1947.

BIBLIOGRAFÍA

ABULAFIA, David, *El descubrimiento de la Humanidad. Encuentros atlánticos en la era de Colón*, Barcelona, Crítica, 2008.

AGUDO, María del Mar y RODRIGO-ESTEVAN, María Luz, «Delitos de lesiones y contra el honor en los fueros locales de la Extremadura Aragonesa», en *STUDIUM. Revista de Humanidades*, 12, 2006, págs. 141-172.

ALONSO ACERO, Beatriz, *Cisneros y la conquista española del norte de África: cruzada, política y arte de la guerra*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2006.

ALONSO DE LA CALLE, R., «Los fuertes fronterizos chilenos. Resistencia e interacción en la frontera de Chile en los siglos XVI y XVII», *Espacio, tiempo y forma*, serie IV, *Historia Moderna*, tomo 18/19, Madrid, UNED, 2005-2006, págs. 223-246.

ANDERSON, M. S., *Guerra y sociedad en la Europa del Antiguo Régimen, 1618-1789*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1990.

ANTELA BERNÁRDEZ, B., «Sila no vino a aprender Historia Antigua: El asedio de Atenas en 87/86 a. C.», en *Revue des Études Anciennes*, nº 111/2, 2009, págs. 475-492.

ARAM, B., *Leyenda negra y leyendas doradas en la conquista de América. Pedrarias y Balboa*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2008.

ARON, Raymond, *Paz y guerra entre las naciones. 1. Teoría y sociología*, Madrid, Alianza, 1985.

ASSADOURIAN, Carlos S., «"La gran vejación y destrucción de la tierra". Las guerras de sucesión y de conquista en el derrumbe de la población indígena del Perú», en *Transiciones hacia el sistema colonial andino*, Lima, El Colegio de México y el Instituto de Estudios Peruanos, 1994, págs. 19- 62.

–, *Zacatecas. Conquista y transformación de la frontera en el siglo XVI. Minas de plata, guerra y evangelización*, México D.F., El Colegio de México, 2008.

BARNADAS, Josep Mª., *Charcas, 1535-1565. Orígenes históricos de una sociedad colonial*, La Paz, CIPCA, 1973.

BARRAL, Ángel, *Rebeliones indígenas en la América española*, Madrid, Mapfre, 1992.

BATAILLON, Marcel y SAINT-LU, André, *El padre Las Casas y la defensa de los indios*, Barcelona, Ariel, 1974.

BENGOA, José, *Conquista y barbarie. Ensayo crítico acerca de la conquista de Chile*, Santiago de Chile, Sur, 1992.

BERNAND, Carmen y GRUZINSKI, Serge, *Historia del Nuevo Mundo. Del Descubrimiento a la Conquista. La experiencia europea, 1492-1550*, México D.F., FCE, 1996.

BICHENO, Hugh, *La batalla de Lepanto*, Barcelona, Ariel, 2005.

BLACK, Jeremy, *War and the world. Military power and the fate of Continents, 1450-2000*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1998.

–, *European warfare, 1494-1660*, Londres y Nueva York, Routledge, 2002.

BLANCO FOMBONA, Rufino, *El conquistador español del siglo XVI*, en *Ensayos Históricos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1981.

BLÁZQUEZ, Adrián y CALVO, Thomas, *Guadalajara y el nuevo mundo. Nuño Beltrán de Guzmán: semblanza de un conquistador*, Guadalajara, 1992.

BOCCARA, Guillaume, «Notas acerca de los dispositivos de poder en la sociedad colonial-fronteriza. La resistencia y la transculturación de los reche-mapuche del centro-sur de Chile (XVI-XVIII)», *Revista de Indias*, vol. LVI, nº 208, Madrid, CSIC, 1996, págs. 659-695.

BOSWORTH, Brian, «A tale of Two Empires: Hernán Cortés and Alexander the Great», en A.B. Bosworth y E. J. Baynham, *Alexander the Great in Fact and Fiction*, Nueva York, Oxford University Press, 2000, págs. 23-49.

BOURKE, Joanna, *La Segona Guerra Mundial. Història de les víctimes*, Barcelona, Paidós, 2003.

–, *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2008.

BRADING, David, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México D.F., FCE, 1993.

BURBANK, Jane y COOPER, Frederick, *Imperios. Una nueva visión de la Historia Universal*, Barcelona, Crítica, 2011.

CABRERA, Emilio, «La guerra de Granada a través de las crónicas cristianas», en M. A. Ladero Quesada (ed.), *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla*, Granada, 1993.

CARBIA, Rómulo D., *Historia de la leyenda negra hispano-americana*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2004.

CARRILLO CÁZARES, A., *El debate sobre la guerra chichimeca, 1531-1585*, Zamora, El Colegio de Michoacán y San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2000.

CASTRILLO, Francisco, *El soldado de la conquista*, Madrid, Mapfre, 1992.

CHAMBERLAIN, Robert S., *Conquista y colonización de Yucatán, 1517-1550*, México D.F., Porrúa, 1982.

CHANG-RODRÍGUEZ, R. (ed.), *Franqueando fronteras. Garcilaso de la Vega y la Florida del Inca*, Lima, PUCP, 2006.

CLENDINNEN, Inga, «"Fierce and Unnatural Cruelty": Cortés and the Conquest of Mexico», *Representations*, nº 33, invierno de 1991, University of California, págs. 65-100.

COELLO DE LA ROSA, Alexandre, «Héroes y villanos del Nuevo Mundo en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés», en *Anuario de Estudios Americanos,* tomo LXI, 2, Sevilla, CSIC, 2004, págs. 599-618.

DE LA PUENTE, Cristina, «Cabezas cortadas: símbolos de poder y terror. Al-Andalus ss. II/VIII-IV/X», en M. Fierro y F. García Fitz (eds.), *El cuerpo derrotado,* Madrid, CSIC, 2008, págs. 319-347.

DE LA PUENTE BRUNKE, J., *Encomienda y encomenderos en el Perú*, Sevilla, 1992.

DIAMOND, Jared, *Armas, gérmenes y acero*, Madrid, Debate, 1998.

DOMÍNGUEZ GARCÍA, J., *De apóstol matamoros a Yllapa mataindios. Dogmas e ideologías medievales en el (des)cubrimiento de América*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2008.

ELLIOTT, J. H., *El Viejo Mundo y el Nuevo 1492-1650*, Madrid, Alianza, 1984.

ESPINO, Antonio, *Guerra y cultura en la Época Moderna*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2001.

ESPINOZA, Waldemar, *La destrucción del imperio de los incas*, Lima, Amaru editores, 1981.

ESTEVE BARBA, Francisco, *Historiografía indiana*, Gredos, Madrid, 1992.

FERGUSON, R. Brian y WHITEHEAD, Neil L., *War in the Tribal Zone. Expanding states and indigenious warfare*, Santa Fe (N.M.), School of American Research, 1992.

FERNÁNDEZ ARMESTO, Felipe, *Antes de Colón*, Madrid, Cátedra, 1988.

FERNÁNDEZ BUEY, F., *La barbarie. De ellos y de los nuestros*, Barcelona, Paidós, 1995.

FERNÁNDEZ SANTAMARÍA, J. A., *El estado, la guerra y la paz. El pensamiento político español en el Renacimiento, 1516-1559*, Torrejón de Ardoz, Akal, 1988.

FIERRO, M., Y GARCÍA FITZ, F. (eds.), *El cuerpo derrotado: cómo trataban musulmanes y cristianos a los enemigos vencidos (Península Ibérica, ss.* VIII-XIII*)*, Madrid, CSIC, 2008.

FRIEDE, Juan, *Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada y fundación de Bogotá (1536-1539)*, Bogotá, 1960.

–, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, Caracas-Madrid, Edime, 1961.

–, *Los quimbayas bajo la dominación española*, Bogotá, 1963.

–, *Bartolomé de las Casas: precursor del anticolonialismo*, México D.F., 1974.

FRIEDERICI, Georg, *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América*, México D.F., FCE, 1973 (1ª edición de 1925).

GARAVAGLIA, J. C. y MARCHENA, J., *América Latina de los orígenes a la Independencia. I. América precolombina y la consolidación del espacio colonial*, Barcelona, Crítica, 2005.

GARCÍA, Albert, *La découverte et la conquête du Pérou d'après les sources originales*, París, Klincksieck, 1975.

GARCÍA, Genaro, *Carácter de la conquista española en América y México, según los textos de los historiadores primitivos*, México D.F., 1901.

GARCÍA AÑOVEROS, J. M., «Carlos V y la abolición de la esclavitud de los indios. Causas, evolución y circunstancias», *Revista de Indias*, vol. LX, nº 218, Sevilla, CSIC, 2000, págs. 57-84.

GARCÍA-ARENAL, Mercedes, «Moriscos e indios. Para un estudio comparado de métodos de conquista y evangelización», en *Chronica Nova*, nº 20, Granada, Universidad de Granada, 1992, págs. 153-175.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza, 1992.

GARCÍA FITZ, F., «*¿"De exterminandis sarracenis"*? El trato dado al enemigo musulmán en el reino de Castilla-León durante la plena Edad Media», en M. Fierro y F. García Fitz (eds.), *El cuerpo derrotado*, Madrid, CSIC, 2008, págs. 113-166.

GARCÍA RIAZA, Enrique, «*Tempus poenae*. Represalias contra poblaciones sometidas durante la expansión romana en Hispania», en G. Bravo y R. González Salinero, *Formas y usos de la violencia en el mundo romano*, Madrid, Signifer Libros, 2007.

GERBI, Antonello, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, México D.F., FCE, 1992.

GÓNGORA, Mario, *Los grupos de conquistadores en Tierra Firme (1509-1530). Fisonomía histórico-social de un tipo de conquista*, Santiago, Universidad de Chile, 1962.

GONZÁLEZ, J., *La idea de Roma en la historiografía indiana (1492-1550)*, Madrid, CSIC, 1981.

GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M., «La frontera entre Andalucía y Granada: realidades bélicas, socio-económicas y culturales», en M. A. Ladero Quesada (ed.), *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla*, Granada, 1993.

GONZÁLEZ OCHOA, José Mª, *Quién es quién en la América del descubrimiento*, Madrid, Acento, 2003.

GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Carlos A., *Homo viator, homo scribens. Cultura gráfica, información y gobierno en la expansión atlántica (siglos* XV-XVII*)*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2007.

GRUZINSKI, Serge, *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México D.F., FCE, 2010.

GUILAINE, Jean y ZAMMIT, Jean, *El camino de la guerra: la violencia en la Prehistoria*, Barcelona, Ariel, 2002.

HALE, J. R., *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento, 1450-1620*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1990.

HANKE, Lewis, *Estudios sobre fray Bartolomé de las Casas y sobre la lucha por la justicia en la conquista española de América*, Caracas, UCV, 1968.

–, *La lucha por la justicia en la conquista de América*, Madrid, Istmo, 1988.

HANSON, Victor D., *Matanza y cultura. Batallas decisivas en el auge de la civilización occidental*, Madrid, Turner/FCE, 2004.

HASSIG, Ross, *Aztec warfare*, Norman, University of Oklahoma Press, 1988.

–, *War and Society in Ancient Mesoamerica*, Los Ángeles, University of California Press, 1992.

HEMMING, John, *La conquista de los incas*, México D.F., FCE, 2000.

HERNANDO, Carlos J., *Las Indias en la monarquía católica. Imágenes e ideas*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1996.

HILLGARTH, J. N., *Los Reyes Católicos, 1474-1516, Los reinos hispánicos*, tomo 3, Barcelona, Grijalbo, 1984.

IZARD, Miquel, *El rechazo a la civilización. Sobre quienes no se tragaron que las Indias fueron esa maravilla*, Barcelona, Península, 2000.

JACOBS, Wilbur R., *El expolio del indio norteamericano*, Madrid, Alianza, 1973.

JARA, Álvaro, *Guerra y sociedad en Chile*, Santiago de Chile, Universitaria, 1981.

JUDERÍAS, Julián, *La leyenda negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1997.

KEEGAN, John, *La máscara del mando*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1991.

–, *A History of Warfare*, Nueva York, Vintage Books, 1993 [hay trad. cast.: *Historia de la guerra*, Barcelona, Planeta, 1995].

KELSEY, Harry, *Sir Francis Drake. El pirata de la reina*, Barcelona, Ariel, 2002.

KONETZKE, Richard, *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica, 1493-1810*, tomo I, Madrid, CSIC, 1953.

LADERO QUESADA, M. A. (ed.), *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla*, Granada, 1993a.

–, *Castilla y la conquista del reino de Granada*, Granada, 1993b.

–, *La España de los Reyes Católicos*, Madrid, Alianza, 1999.

LAFAYE, Jacques, *Los conquistadores*, México D.F., Siglo XXI, 1987.

LAMEIRAS, José, *El encuentro de la piedra y el acero*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1994.

LAVALLÉ, Bernard, *Francisco Pizarro. Biografía de una conquista*, Lima, IFEA, 2005.

LÁZARO ÁVILA, Carlos, *Las fronteras de América y los «Flandes indianos»*, Madrid, CSIC, 1997.

LEONARD, Irving A., *Los libros del conquistador*, México D.F., 1953.

LIPSCHUTZ, Alejandro, *El problema racial en la conquista de América*, México D.F., Siglo XXI, 1974.

LIVI-BACCI, Massimo, *Los estragos de la conquista. Quebranto y declive de los indios de América*, Barcelona, Crítica, 2006.

LOCKHART, James, *El mundo hispanoperuano, 1532-1560*, México D.F., FCE, 1982.

LOHMANN, Guillermo, *Las ideas jurídico-políticas en la rebelión de Gonzalo Pizarro*, Valladolid, 1977.

–, (ed. de), *Francisco Pizarro. Testimonio. Documentos oficiales, cartas y escritos varios*, Madrid, CSIC, 1986.

LÓPEZ LOMELÍ, Claudia, «La polémica de la justicia en la conquista de América», tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 2002.

LORANDI, Ana María, *Ni ley, ni rey, ni hombre virtuoso. Guerra y sociedad en el virreinato del Perú. Siglos* XVI *y* XVII, Barcelona, Gedisa, 2002.

LYON, Eugene «El resumen de la *Relación* de fray Sebastián de Cañete y otros relatos de la expedición de Hernando de Soto», en ChangRodríguez, R. (ed.), *Franqueando fronteras. Garcilaso de la Vega y la Florida del Inca*, Lima, PUCP, 2006.

MAHN-LOT, Marianne, *Bartolomé de las Casas et le droit des indiens*, París, 1982.

MALTBY, William S., *La leyenda negra en Inglaterra. Desarrollo del sentimiento antihispánico, 1559-*1669, México D.F., FCE, 1982.

MARTÍNEZ, José Luis, *Hernán Cortés*, México D.F., FCE, 1992.

MCGLYNN, Sean, *A hierro y fuego. Las atrocidades de la guerra en la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 2009.

MEDIN, Tzvi, *Mito, pragmatismo e imperialismo. La conciencia social en la conquista del imperio azteca*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2009.

MEDINA, José T., *Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de Chile*, Sevilla, 1929

MENA GARCÍA, Carmen, *Pedrarias Dávila o «la ira de Dios»: una historia olvidada*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1992.

–, *El oro del Darién. Entradas y cabalgadas en la conquista de Tierra Firme (1509-1526)*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2011.

MERLUZZI, Manfredi, «Mediación política, redes clientelares y pacificación del Reino en el Perú del siglo XVI. Observaciones a partir de los papeles "Pizarro-La Gasca"», en *Revista de Indias*, vol. LXVI, nº 236, Madrid, CSIC, 2006, págs. 87-106.

MIRA, Esteban, *El indio antillano: repartimiento, encomienda y esclavitud (1492-1542)*, Sevilla, Muñoz Moya editor, 1997.

–, «El envío de indios americanos a la Península Ibérica: aspectos legales», *Studia Historica, Historia Moderna*, vol. 20, Salamanca, FEHM y Universidad de Salamanca, 1999, págs. 201-215.

–, *Conquista y destrucción de las Indias (1492-1573)*, Sevilla, Muñoz Moya Editores, 2009.

MIRALLES, Juan, *Hernán Cortés, inventor de México*, Barcelona, Folio, 2004.

MOLINA MARTÍNEZ, M., *La leyenda negra*, Madrid, Nerea, 1991.

MORALES PADRÓN, F., *Los conquistadores de América*, Madrid, Espasa-Calpe, 1974.

–, *Canarias: crónicas de su conquista*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993.

MUCHEMBLED, Robert, *Una historia de la violencia. Del final de la Edad Media a la actualidad*, Madrid, Paidós, 2010.

OLIVA DE COLL, Josefina, *La resistencia indígena ante la conquista*, México D.F., Siglo XXI, 1974.

OTTE, Enrique, «Los mercaderes y la conquista de América», en F. de Solano (coord.), *Proceso histórico al conquistador*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, págs. 51-79.

PAGDEN, A., *Señores de todo el mundo. Ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos* XVI, XVII *y* XVIII*)*, Barcelona, Península, 1997.

PARKER, Geoffrey, *La Revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*, Barcelona, Crítica, 1990.

–, *El éxito nunca es definitivo. Imperialismo, guerra y fe en la Europa moderna*, Madrid, Taurus, 2001.

PARRY, J. H., *The Spanish Seaborne Empire*, Londres, Hutchinson, 1966.

PASTOR, Beatriz, *El segundo descubrimiento. La conquista de América narrada por sus coetáneos (1492-1589)*, Barcelona, Edhasa, 2008.

PEASE, Franklin, *Los últimos incas del Cuzco*, Madrid, Alianza, 1991.

PEREÑA, Luciano, *La idea de justicia en la conquista de América*, Madrid, Mapfre, 1992a.

–, *Genocidio en América*, Madrid, Mapfre, 1992b.

PÉREZ AMADOR ADAM, A., *De legitimatione imperii Indiae Occidentalis. La vindicación de la empresa americana en el discurso jurídico y teológico de las letras de los Siglos de Oro en España y los virreinatos americanos*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2011.

PÉREZ DE TUDELA, Juan, «Observaciones generales sobre las guerras civiles del Perú», en su estudio preliminar y edición de *Crónicas del Perú*, BAE, tomo CLXIV, Madrid, Atlas, 1963.

PÉREZ HERRERO, Pedro, *La América colonial (1492-1763). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2002.

PÉREZ ORTEGA, J., *Canarias, los aborígenes y los conquistadores*, Santa Cruz de Tenerife, 1984.

PÉREZ VOITURIEZ, A., *Problemas jurídicos internacionales de la conquista de Canarias*, La Laguna, Universidad de La Laguna, 1958.

POWELL, Ph. W., *La guerra chichimeca (1550-1600)*, México D.F., FCE, 1984.

RAUDZENS, G., «So Why Were the Aztecs Conquered, and What Were the Wider Implications? Testing Military Superiority as a Cause of Europe's Preindustrial Colonial Conquests», en Hammer, E.J. (ed.), *Warfare in Early Modern Europe 1450-1660*, Londres, Ashgate, 2007.

RESTALL, M., *Los siete mitos de la conquista española*, Barcelona, Paidós, 2004.

REYNOLDS, W. A., *Hernán Cortés en la literatura del Siglo de Oro*, Madrid, Nacional, 1978.

RODRÍGUEZ GARCÍA, J. M., «Cabezas cortadas en Castilla-León, 1100-1350», en M. Fierro y F. García Fitz (eds.), *El cuerpo derrotado*, Madrid, CSIC, 2008, págs. 349-395.

ROJAS GABRIEL, Manuel, *La frontera entre los reinos de Sevilla y Granada en el siglo* XV, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1995.

ROMERO FRIZZI, Mª de los Ángeles, «Los primeros contactos: la experimentación y la estructuración de la nueva sociedad mesoamericana de 1517 a mediados del siglo XVI», en Franklin Pease y Frank Moya Pons (dirs.), *El primer contacto y la formación de nuevas sociedades. Historia general de América Latina*, vol. II, París, UNESCO/Ed. Trotta, 2000, págs. 135-153.

RUIZ GUADALAJARA, J.C., «"…A su costa e minsión…". El papel de los particulares en la conquista, pacificación y conservación de la Nueva España», en J. J. Ruiz Ibáñez (coord.), *Las milicias del rey de España. Sociedad, política e identidad en las monarquías ibéricas*, Madrid, FCE, 2009.

–, «Capitán Miguel Caldera y la frontera chichimeca: entre el mestizo historiográfico y el soldado del rey», *Revista de Indias*, LXX/248, Madrid, CSIC, 2010, págs. 23-58.

RUIZ MEDRANO, E., «Versiones sobre un fenómeno rebelde: la guerra del Mixtón en Nueva Galicia», en E. Williams (ed.), *Contribuciones a la arqueología y etnohistoria del Occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1994, págs. 355-378.

SAIGNES, Thierry, «Las zonas conflictivas: fronteras iniciales de guerra», en Franklin Pease y Frank Moya Pons (dirs.), *El primer contacto y la formación de nuevas sociedades. Historia general de América Latina*, vol. II, París, UNESCO/Ed. Trotta, 2000, págs. 269-299.

–, *Historia del pueblo chiriguano*, compilación, introducción y notas de I. Combès, La Paz, Plural editores, 2007.

SALAS, Alberto M. *Las armas de la conquista de América*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1986.

SALINAS DE FRÍAS, M., «Violencia contra los enemigos: los casos de Cartago y Numancia», en G. Bravo y R. González Salinero, *Formas y usos de la violencia en el mundo romano*, Madrid, Signifer Libros, 2007.

SÁNCHEZ MERINO, Esther, «La violencia, el imaginario colectivo antiguo y las *gentes* africanas de Coripo», en G. Bravo y R. González Salinero, *Formas y usos de la violencia en el mundo romano*, Signifer Libros, Madrid, 2007.

SANTACANA, Joan, «El redescubrimiento de la guerra en la Prehistoria», en *Íber*, nº 51, Barcelona, 2007, págs. 20-34.

SCHMIDT-RIESE, R., *Relatando México. Cinco textos del período fundacional de la colonia en Tierra Firme*, Madrid-Frankfurt, Vervuert/Iberoamericana, 2003.

SEED, Patricia, "La conquista de América", en G. Parker (ed.), *Historia de la guerra*, Madrid, Akal, 2010, págs. 137-152.

SIMPSON, Lesley B., *Los conquistadores y el indio americano*, Barcelona, Península, 1970.

SOLANO, F. de (coord.), *Proceso histórico al conquistador*, Madrid, Alianza, 1988.

STERN, Steve J., *Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española. Huamanga hasta 1640*, Madrid, Alianza, 1986.

SUBIRATS, Eduardo, *El continente vacío. La conquista del Nuevo Mundo y la concepción moderna*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1994.

THOMAS, Hugh, *La conquista de México*, Barcelona, Planeta, 1994.

TODOROV, Tzvetan, *La conquista de América. El problema del otro*, México D.F., Siglo XXI, 2000.

TOWNSEND, Camilla, «Burying the White Gods: New Perspectives on the Conquest of Mexico», *American Historical Review*, vol. 108/3, junio de 2003, págs. 659-687.

VALCÁRCEL MARTÍNEZ, Simón, *Las crónicas de Indias como expresión y configuración de la mentalidad renacentista*, Granada, Diputación provincial, 1997.

VALLEJO GARCÍA-HEVIA, José María, *Juicio a un conquistador. Pedro de Alvarado*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2008, 2 tomos.

VANER, John Grier y VANER, Jeannette Johnson, *Dogs of the conquest*, Norman, University of Oklahoma, 1983.

VARELA, Consuelo y AGUIRRE, Isabel, *La caída de Cristóbal Colón. El juicio de Bobadilla*, Madrid, 2006.

VARÓN GABAI, R., *La ilusión del poder. Apogeo y decadencia de los Pizarro en la conquista del Perú*, Lima, IEP/IFEA, 1996.

VEGA, Juan José, *El ejército durante la dominación española del Perú*, en *Historia general del ejército peruano, Tomo* III-I, Lima, 1981.

–, *Los incas frente a España. Las guerras de la resistencia, 1531-1544*, Lima, Peisa, 1992.

VILLALOBOS, Sergio, *Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la guerra de Arauco*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1995.

WACHTEL, N., *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*, Madrid, Alianza, 1976.

WECKMANN, Luis, *La herencia medieval de México*, tomo I, México D.F., El Colegio de México, 1984.

ZAMBRANA, Patricia, «Rasgos generales de la evolución histórica de la tipología de las penas corporales», en *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, XXVII, Valparaíso, 2005, págs. 197-229.

ZAVALA, Silvio A., *Las conquistas de Canarias y América*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1991.

–, *Por la senda hispana de la libertad*, México D.F., FCE y Mapfre, 1992.

ZUGASTI, Miguel, «La hostilidad del otro: indios y conquistadores frente a frente en *La Florida del Inca*», en C. de Mora y A. Garrido Aranda (eds.), *Nuevas lecturas de La Florida del Inca*, MadridFrankfurt, Vervuert/Iberoamericana, 2008, págs. 143-175.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

1. Carl von Clausewitz, citado en Aron (1985: 49).

2. McGlynn (2009: 14, 86, 148 y 262).

3. La destrucción de Tebas en el 336 a.C. puede entenderse como una medida política muy dura, pero esencial para mantener una retaguardia en paz cuando uno aspira a protagonizar una expedición del más alto nivel, como era el ataque al imperio persa. Lo cierto es que, tras lo hechos de Tebas, etolios, arcadios y atenienses, entre otros, reconsideraron su posición crítica con respecto a Alejandro Magno. Véase, Espino (2001: 160). Según John Keegan, en Tebas Alejandro aprendió que «el terror rinde frutos». Y más adelante, añade, «esta atrocidad [la masacre de la población de Tebas] le proporcionó [el] sometimiento de los griegos con una rapidez que no hubiera conseguido ni una gran dosis de diplomacia ni la amenaza militar». En el caso de la asediada Tiro, ocho mil tirios murieron, y los treinta mil habitantes que sobrevivieron fueron vendidos como esclavos. J. Keegan concluye su semblanza del macedonio opinando que «su gran legado fue ennoblecer este salvajismo en nombre de la gloria y dejar un modelo de mando que muchos hombres ambiciosos intentarían reavivar en los siglos venideros», entre ellos Hernán Cortés, añadimos. Keegan (1991: 80-81 y 95).

4. El uso del terror como una de las prácticas habituales, y principales, en la expansión imperial es tratado para el caso de Roma, el imperio mongol, el imperio portugués en África y la India en los siglos XV y XVI, o el de los imperios europeos en los siglos XIX y XX en Burbank y Cooper (2011: 30, 150, 217, 392 y 530).

5. Antela Bernárdez (2009: 475-492). Agradezco al autor que me proporcionase una copia de su trabajo antes de su publicación.

6. Citada en Aron (1985: 274).

7. Por cierto, que en la matanza de My Lai (Vietnam, marzo de 1968), las tropas estadounidenses no solo aniquilaron a toda la población, alrededor de quinientas personas, sino también a sus animales. Véase, Bourke (2008: 172 y ss.).

8. Según F. Marco Simón, quien también cita el mismo pasaje de Polibio: «El poder romano creía que la estrategia militar no iba a funcionar –o, al menos, no de forma óptima– a menos de que los bárbaros sintieran miedo. Solo así, sintiendo terror ante el efecto de la poderosa máquina bélica romana, se podía lograr que mantuvieran sus promesas y, en definitiva, una paz con Roma que, en consecuencia, solo podía asegurarse mediante la agresión». Véase su trabajo «Intimidación y terror en la época de las guerras celtibéricas», en Bravo y González Salinero (2007: 197-213, cita en pág. 198).

9. Enrique García Riaza, «*Tempus poenae*. Represalias contra poblaciones sometidas durante la expansión romana en Hispania», en Bravo y González Salinero (2007: 23 y 28).

10. Fernández de Oviedo (1959, IV: lib. XIV, caps. XXIX-XXX).

11. J. de Acosta, *De procuranda indorum salute*, citado en López Lomelí (2002: 66). Por cierto, que el padre Acosta se quejaba del mal trato dado a los indios fruto de la falta de información, o conocimientos, de aquellos que los trataron, «sirviéndose dellos poco menos que de animales, y despreciando cualquier género de respeto que se les tenga». Así, el lamentable resultado fue que «entramos [en las Indias] por la espada, sin oyrles, ni entendeles, no nos parece que merecen reputación las cosas de los indios, sino como de caça avida en el monte, y trayda para nuestro servicio y antojo». Acosta (1590: 395-396).

12. Pedro Pérez Herrero alude a la interpretación de «corte hispanista» que entiende «la conquista como un acontecimiento benefactor al haber introducido la lengua castellana, la religión católica y los valores hispánicos». Pérez Herrero (2002: 57).

13. Una explicación puede ser, como asegura F. Rodríguez Mediano, que el historiador suele encontrarse ante estos temas «en una situación un poco incómoda, en suspenso, en la medida en que la violencia y sus descripciones desafían siempre, con su emotividad, la fría racionalidad explicativa que parece deseable en las narraciones historiográficas». Véase la «presentación» de este autor de la obra de Fierro y García Fitz (2008: 15). Joanna Bourke recuerda que una representación de «la guerra» en el típico estudio sobre batallas y estrategias militares puede conducir a una disminución del horror vivido por las víctimas. Véase, Bourke (2003: 12).

14. Por ejemplo, Assadourian (1994: 19-62). En otro ámbito, Blanco Fombona (1981: 138-142) y, sobre todo, García (1901). Un comentario atinado acerca de la obra de este último en Martínez (1992: 562-567).

15. A título de ejemplo: Hale (1990: 201 y ss.). Anderson (1990: 136 y ss.).

16. Parker (2001: 144). G. Parker se refería tanto a las guerras de Flandes como a las operaciones de Oliver Cromwell en Irlanda, y llegaba hasta la guerra de los Balcanes de la década de 1990.

17. Bourke (2008: 175, 346 y 361-366).

18. Garavaglia y Marchena (2005, I: 129).

19. Juderías (1997). Molina Martínez (1992). Maltby (1982).

20. Esteban Mira Caballos se refiere a lo que él llama «una historia sagrada de la conquista», por supuesto apologética, que se puede rastrear desde el siglo XVI hasta el XXI. Véase Mira (2009: 19-23). Un ejemplo sería, entre otros muchos, Juan de Velasco, quien en 1789 publicaba una *Historia del reino de Quito* donde dice: «Ellos en fin [los españoles], aunque cometieron graves injusticias y violencias contra las naciones indianas, les introdujeron la vida racional, política y civil, compensándoles con la luz del Evangelio largamente todos los males que les causaron». Velasco (1981: 244).

21. Geoffrey Parker dedicaba un capítulo a la revolución militar fuera de Europa en Parker (1990: 159-197) y otro en Parker (2001: 191-217). Jeremy Black hacía lo propio en Black (2002: 61-64), en páginas dedicadas a la expansión en el Nuevo Mundo y, sobre todo, en Black (1998: 30-59).

22. Carbia (2004: 62). Una imagen muy distinta en Friederici (1973: 387 y ss.). Y mucho más en la estimulante obra de Izard (2000).

23. Señalaba el padre Las Casas que: «Dos maneras generales y principales han tenido los que allá han pasado, que se llaman cristianos, en estirpar y raer de la haz de la tierra a aquellas miserandas naciones. La una por injustas, crueles, sangrientas y tiránicas guerras. La otra, después que han muerto todos los que podrían anhelar o sospirar o pensar en libertad, o en salir de los tormentos que padecen, como son todos los señores naturales y los hombres varones [...], oprimiéndolos con la más dura, horrible y áspera servidumbre en que jamás hombres ni bestias pudieron ser puestas. A estas dos maneras de tiranía infernal se reducen o se resuelven o subalternan como a géneros, todas las otras diversas y varias de asolar aquellas gentes, que son infinitas». Las Casas (1992: 78).

24. Un ejemplo de ello es la afirmación de Pérez Herrero de que miembros de las órdenes religiosas presentes en las Indias, y por encima de todos ellos, lógicamente, estaba el padre Las Casas, utilizaron como método para criticar el modelo de sociedad que pretendían asentar en América los conquistadores-encomenderos e imponer la conquista pacífica del territorio la sistemática denuncia de los malos tratos que aquellos infligían a los nativos para «deslegitimar su principio de autoridad». Pérez Herrero en ningún caso explicita si cree que dichas denuncias son verdaderas, más bien su intención parece ser dejar entrever que, quizá, se exageraron las cosas. O así lo entendemos nosotros. Pérez Herrero (2002: 99).

25. Otra cuestión es, obviamente, el punto de vista crítico con la «legitimidad de la colonización americana», según Las Casas en Subirats (1994: 125 y ss.). Para Subirats, la propuesta de Las Casas contemplaba la llegada del aborigen a una condición de vasallo natural no mediante el concurso a la violencia primitiva de la conquista, sino gracias a la conversión pacífica que conducía a la libertad, pero a una libertad sometida al discurso hispano. Es decir, que la «verdadera legitimidad de la conquista debía ser espiritual e interior». Subirats (1994: 142, ss. y 174).

26. Hanke (1987). Asimismo, la polémica de 1971 aparecida en las páginas de la *Hispanic American Historical Review* (HAHR) entre L. Hanke y B. Keen reproducida en Molina Martínez (1991: 152 y ss.). Véanse también Bataillon y Saint-Lu (1974); Friede (1974) y Mahn-Lot (1982).

27. Sobre esta obra, Hanke (1968: 245-261). Esteve Barba (1992: 94-98).

28. G. Friederici ya se hizo eco en su momento de dicha realidad: «Los españoles tomaban terrible y feroz venganza de las más leves bajas sufridas por ellos en combate», y dichas venganzas, que se repetían una y otra vez, eran algo «perfectamente característico, que respondía a un principio y a un plan». Friederici (1973: 396). Más recientemente, M. Restall se ha referido a las «técnicas teatrales de intimidación» en Restall (2004: 54 y ss.).

29. El historiador chileno José Bengoa asegura, en afirmación discutible, que en prácticas como el corte de manos se puede percibir la «influencia árabe de los castigos prescritos por el Corán [...]», la cual «estaba marcando evidentemente las costumbres». Véase Bengoa (1992: 42). Ya hemos señalado que la amputación de manos tiene, incluso, precedentes más antiguos.

30. Fray Diego de Landa, en su *Relación de las cosas de Yucatán* (1566), ya señaló lo siguiente: «Hicieron (en los indios) crueldades inauditas (pues les) cortaron narices, brazos y piernas, y a las mujeres los pechos y las echaban en lagunas hondas con calabazas atadas a los pies; daban estocadas a los niños porque no andaban tanto como las madres, y si los llevaban en colleras y enfermaban, o no andaban tanto como los otros, cortábanles las cabezas por no pararse a soltarlos [...] Que los españoles se disculpaban con decir que siendo pocos no podían sujetar tanta gente sin meterles miedo con castigos terribles». Landa (1985: cap. XV).

31. Para F. Marco Simón: «La estrategia de disuasión a través del terror es un recurso psicológico utilizado tradicionalmente por los romanos, aunque, evidentemente, no solo por ellos. Con un ejército verdaderamente reducido para atender a las necesidades de expansión, la República conquistadora usó del recurso psicológico del miedo como estrategia». Véase su trabajo «Intimidación y terror en la época de las guerras celtibéricas», en Bravo y González Salinero (2007: 199). G. Parker señala algo parecido en la época de las guerras irlandesas comandadas por Oliver Cromwell. Tras la matanza de Drogheda (1649), algunos de sus oficiales aseguraron que «severidad tan extraordinaria estaba destinada a desalentar a otros de que practicaran la oposición». Y funcionó. Desde el punto de vista irlandés, el marqués de Ormond señalaba cómo el terror infligido a sus compatriotas, «a pesar de ser suficientes en número y de contar con medios adecuados para oponerse están tan atontados que solo con gran dificultad puedo persuadirlos de que actúen como hombres en vistas a su propia preservación». Parker (2001: 157-158).

32. Las Casas (1981, II: 232-233, 237, 259 y 522-539).

33. La verdad del padre Las Casas ha sido utilizada con gran acierto por Livi-Bacci (2006: 45-49, 92-97 y 121-136). Por otro lado, y como señala Esteban Mira, «basta echar un vistazo a la documentación del Archivo General de Indias para darnos cuenta de la veracidad de la mayor parte de las atrocidades descritas por el dominico». Véase Mira (2009: 33).

34. Martínez (1992: 560).

35. Assadourian (1994: 30).

36. Molina (1968: 85).

37. El milanés Girolamo Benzoni explica que en la zona de Maracapaná, en la costa oriental de Venezuela, el capitán Pedro de Cádiz regresó con cuatro mil esclavos tras recorrer setecientas millas. Y un detalle que pocos cronistas cuentan: «No había jovencita que no hubiera sido forzada por sus captores, por lo que con tanto fornicar había españoles que enfermaban gravemente». Benzoni (1989: 71-72). El padre Simón, cronista de Nueva Granada, explica que una de las razones del alzamiento de los indios cuicas en 1556 fue el abuso sobre sus mujeres protagonizado por algunos jóvenes soldados del retén de la recién fundada ciudad de Trujillo: «[...] y aprovechándose de sus mujeres é hijas tan desvergonzadamente, que no se recataban de poner en ejecución sus torpes deseos dentro de las mismas casas de sus padres y maridos, y aun á su vista [...]». Simón (1627, V: cap. XXIII).

38. Mira (2009: 231 y ss.).

39. Molina (1968: 62).

40. Solano (1988: 35). Díaz del Castillo (1947: 284). La cursiva es nuestra.

41. En estos términos describía el dominico fray Reginaldo de Lizárraga la opinión que tenían los suyos sobre los chiriguanos. Lizárraga (1987: 350).

42. Toribio de Benavente, *Historia de los indios de Nueva España*, citado por Miquel Barceló en el prólogo a Las Casas (2008: 31).

43. Assadourian (1994: 26 y ss.).

44. Cieza de León (1984, I: 7).

45. Valverde a Carlos I, Cuzco, 20 de marzo de 1539, citado en Barnadas (1973: 124, n. 176).

46. Citado en Barnadas (1973: 337, n. 465).

47. Fernández de Oviedo (1959, III: lib. X, cap. X). Coello de la Rosa (2004: 599-618, esp. págs. 614-615).

48. Pereña (1992b: 101). Sobre la fiebre del oro hispana, desde una perspectiva literaria, véase Reynolds (1978: 233 y ss.).

49. Vargas Machuca (2003: 72-73).

50. Quiroga (1992: 75-76).

51. Citado en Valcárcel Martínez (1997: 163). La cursiva es nuestra.

52. Aram (2008: 149).

53. Al respecto, Mena García (2011: 239 y ss.).

54. Sobre los antecedentes medievales de estos grupos armados, Weckmann (1984, I: 117-118) y, sobre todo, Mena (2011: 217 y ss.). También Salas (1986: 227 y ss.).

55. Al respecto, aunque centrado en el caso peruano, Lockhart (1982: 178 y ss.).

56. Como señala Silvio Zavala, estos empresarios «procuraban un enriquecimiento rápido y aun abusivo a fin de rescatar sus gastos y obtener utilidades; muchos censores aconsejaron a la Corona que no permitiera tales empresas», censores como Alonso de Zuazo o el propio padre Las Casas. Zavala (1991: 87).

57. Al respecto, es útil Ruiz Guadalajara (2009: 104-138).

58. Idénticas opiniones en Mira (2009: 222 y ss.).

59. En el caso de la conquista de México, por ejemplo, Juan Ginés de Sepúlveda opinaba que la cobardía, inactividad y tosquedad de los bárbaros indios permitió a Hernán Cortés dominarlos fácilmente por el terror y por su inteligencia superior. Véase Reynolds (1978: 136).

60. Friederici (1973: 397 y ss. 451 y ss.). Saignes (2000: 269-299). En cambio, hay quien habla del «tremendismo descriptivo» de algunos actos de barbarie, pero de los indios, en este caso los araucanos, cuando las mismas fuentes utilizadas también permitirían hacer lo propio, pero con los actos de los españoles. Así, pretendiendo señalar cómo en las guerras de Chile está desvirtuada la imagen de los indios araucanos, mostrados tópicamente como crueles y bárbaros, lo que se hace, en realidad, es seguir camuflando la crueldad y la belicosidad de los hispanos. Alonso de la Calle (2005-2006: 223-246).

61. Sobre el odio racial en el combate cuerpo a cuerpo en los conflictos del siglo xx, véase Bourke (2009: 156 y ss.).

62. Porque, como señala Steve J. Stern, «las conquistas fáciles crean místicas falsas». Stern (1986: 59).

63. Garavaglia y Marchena (2005, I: 210).

64. Saignes (2000: 275).

65. Al respecto, Muchembled (2010: 65 y ss.). Las siguientes palabras de Muchembled pueden aplicarse perfectamente al caso que nos ocupa: «Prosperan incluso durante mucho tiempo verdaderas culturas de la violencia cuando las condiciones de vida son duras y la ley difícil de aplicar». Muchembled (2010: 24).

66. Bernand y Gruzinski (1996: 259-260 y 271).

67. La bibliografía al respecto es inmensa. Subirats (1994: 83-91) y (Esteve Barba, 1992). En su reflexión sobre el «problema de las fuentes», Luciano Pereña hace, en realidad, todo lo posible para dejar sentado que podemos dudar de ellas y, por lo tanto, de lo que nos cuentan sobre qué ocurrió y cómo ocurrió. Y concluye: «El mito de las fuentes deformó la verdad histórica ya en la primera conquista de América y dio origen a la leyenda negra». Pereña (1992a: 80). Véase también el comentario de Mira (2009: 75) sobre L. Pereña.

68. «Cualquiera permanece inmune ante las pérdidas del contrario. Los hombres de Alejandro mataron a cientos de ellos, pero uno tiene la impresión de que, en realidad, no mataron a nadie». Bosworth (2000: 23-49, esp. pág. 38).

69. Cieza de León (1985, III: 218). Una idea semejante en Mendieta: «Y trataban á los indios con tanta aspereza y crueldad, que no bastaría papel ni tiempo para contar las vejaciones que en particular les hacían». Mendieta (1980, III: cap. L). En Fernández de Oviedo: «Y tampoco hobo castigo ni reprensión en esto, sino tan larga disimulación, que fué principio para tantos males, que nunca se acabarían de escribir». Fernández de Oviedo (1959, III: lib. X, cap., IX). En Pedro Aguado: «Y con esto no tengo más, o no quiero decir más de la conquista de [la ciudad de] los Remedios, pues, como he dicho, sería renovar extrañas crueldades». Aguado (1956-1957, I: lib. XIV, cap. IX).

70. Esther Sánchez Merino (2007: 96). Sobre la reflexión ética y moral durante la conquista de las Indias, Hanke (1988). En todo caso, las limitaciones de la misma son señaladas por Garavaglia y Marchena (2005, I: 221).

71. Aron (1985: 317).

72. En un memorial peruano anónimo de 1564 sobre la perpetuidad de las encomiendas se lee lo siguiente: «alguno ha tratado del orden de estas gentes, poniendo los deshordenes que [h]a [h]avido de parte de los conquistadores, que son condiciones ordinarias de las guerras, e no [h]a servido de mas que de infamar la nación española y no es justo ser ingratos a nuestra nación, pues sabemos que los excesos

y crueldades y exorbitancias de las guerras se usan en todas las naciones donde se exercitan, entre todas las quales la menos cruel es la nación española». Citado en Barnadas (1973: 333, n. 450).

73. Leonard (1953: 21 y ss.).

74. Véase la opinión, mucho más mesurada y bien documentada, de Friede (1961).

75. «Hay que decir [...] que estas brutales y anticristianas concepciones y este modo de proceder no eran, ni mucho menos, algo propio, específico y exclusivo de la conquista española de América durante los primeros siglos, un baldón de ignominia para esta nación, sino que, por el contrario, estaban dentro del modo de pensar y de conducirse, no solo de España, sino también de toda Europa». Friederici (1973: 300). Lewis Hanke no duda en escribir: «No se puede negar que hubo saqueo y crueldad [durante la conquista]. Pero también es verdad que España, en el mismo proceso de modelar su imperio, fue agitada durante décadas por su esfuerzo de gobernar con justicia». Hanke (1968: 334).

76. W. A. Reynolds, por ejemplo, señala: «Además, muchas de las cosas que hoy se consideran como crueldades no lo eran en el siglo xvi, como la práctica de cortar las manos a los espías, fuesen espías europeos o mexicanos [...] Verdaderamente, si hemos de juzgar a Cortés tocante a la crueldad, es justo que lo hagamos con los patrones morales del tiempo y la sociedad que lo engendró». Reynolds (1978: 256).

77. Morales Padrón (1974: 79).

78. Véase Oliva de Coll (1974).

79. Al respecto, H. Turney-High, *Primitive War. Its Practice and Concepts*, Columbia, Carolina del Sur, 1971, citado en Keegan (1993: 89 y ss.). También es útil Santacana (2007: 20-34), y, sobre todo, Guilaine y Zammit (2002). Asimismo, es muy sugerente la obra editada por Ferguson y Whitehead (1992). Y una reflexión perspicaz sobre la barbarie en Fernández Buey (1995: 33-124).

80. Al respecto, las lúcidas palabras de Medin (2009: 120 y ss.). Según este autor, existió una «coerción aterrorizante» impuesta por los mexicas sobre los pueblos oprimidos por ellos, un factor decisivo para entender no solo la conciencia colectiva de tales pueblos, sino también la propia identidad mexica. Además de entender por qué pactaron con Hernán Cortés para detruir a los mexicas, añadimos.

81. Sin olvidar que, a menudo, fue el contacto con los europeos la causa principal de la introducción de prácticas crueles y del uso de la tortura entre los indios. Friederici (1973: 250-251). Jacobs (1973: 97 y ss.).

I. SOBRE ARMAS, TÁCTICAS Y COMBATES: EL CONQUISTADOR COMO HÉROE

1. Sobre las armas, sigue siendo insuperable en su modalidad la obra de Salas (1986), si bien encontraremos más descripción que análisis. Más interesante, y comprometida, es la de Jara (1981).

2. Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. XI, cap. II). Cita de Cortés en Morales Padrón (1974: 109). Vargas Machuca (1994: 67). También fray Pedro Simón señalaba que muchas victorias se conseguían «por llevar muchos y buenos caballos los nuestros, que son los nervios y fuerzas de la guerra, donde se pueden servir de ellos en las que se tienen con estos naturales». Simón (1627, IV: cap. XIV). Y el padre Aguado comentaba: «[...] son la fuerza principal para la guerra y amparo de los españoles, porque es ya cosa muy averiguada en las Indias que adonde no se llevan caballos para la guerra de los indios no puede dejar de haber gran riesgo y peligro y trabajo demasiado para los españoles». Aguado (1956-1957, II: lib. VIII, cap. III).

3. Con todo, somos conscientes de testimonios como el de Cieza de León, quien aseguraba que los poco menos de cuarenta caballos que acompañaban a Francisco Pizarro en su primera acometida peruana eran «fuerza grande para la guerra de acá, porque sin ellos no se podrían sojuzgar tantas naciones». Y en el caso de la campaña de Sebastián de Belalcázar en tierras de lo que sería Ecuador, el mismo Cieza señala «que la fuerza de la guerra y quien la ha hecho a estos indios, los caballos son». Cieza de León (1984, III: 259 y 299).

4. Mira (2009: 207 y ss.).

5. Aguado (1956-1957, II: lib. VIII, cap. X). Sobre el uso del término «soldado» en la conquista de las Indias, véase Mena García (2011: 251).

6. Ross Hassig no lo hace cuando señala: «[...] the spaniards were so few, and the aztecs so adaptable in their responses that most of this technology [barcos, cañones, armas de fuego, ballestas, espadas de acero...] was not decisive». [«Los españoles eran tan pocos y los aztecas se adapataron en sus respuestas de manera tal que su tecnología (barcos, cañones, armas de fuego, ballestas, espadas de acero) no fueron decisivas»]. Hassig (1992: 163-164). También pensaba así J. H. Parry cuando aseveraba: «The possession

of fire-arms was naturally an important, but probably not a decisive factor». [«La posesión de armas de fuego fue naturalmente importante, pero probablemente no fue un factor decisivo»]. Parry también asegura que los caballos fueron más importantes que las armas de fuego en la conquista, aunque inmediatamente recuerda que la mayor parte de los hombres eran infantes armados con espada, pica y ballesta, y si bien tenían la ventaja del acero sobre la piedra, «[…] they were not a well-equipped European army fighting a horde of helpless savages». [«No eran unos ejércitos bien equipados que luchaban contra una horda de salvajes»]. Parry (1966: 95-96).

7. Herrera (1601, II, VI: 181).

8. Los cakchiqueles de Guatemala también: «Abrieron pozos y hoyos para los caballos y sembraron estacas agudas para que se mataran». Cita del *Memorial de Sololá* en Vallejo (2008, I: 482, n. 381).

9. Díaz del Castillo (1947: cap. CXXVIII).

10. Cieza de León (1984, III: 269-272).

11. Inca Garcilaso (1617, II: cap. XXXIII).

12. Díaz de Guzmán (1835, I: cap. XI).

13. Cita en Góngora Marmolejo (1960: cap. XXII). Rosales (1877, II: 74).

14. Molina (1968: 84).

15. Hemming (2000: 130).

16. Simpson (1970: 198-199).

17. Vargas Machuca (1994: 99).

18. Como señaló J. H. Parry: «In Mexico the conventional formalism of the Aztecs in war, and their preoccupation with capturing prisoners for sacrifice, put them at a disadvantage in fighting tough and desperate men who took no prisoners». [«En México el formalismo convencional de los aztecas en la guerra y su preocupación por la captura de prisioneros para el sacrificio los colocaba en una situación de desventaja en la lucha y los transformaba en unos hombres desesperados por hacer prisioneros»]. Parry (1966: 96).

19. Thomas (1994: 274).

20. Sobre los perros en la conquista, Vaner y Vaner (1983), para quienes los perros «functioned in the conquest as a lethal weapon of war has surprised and even shocked many, but this was one of the uses to which, over the centuries, Europeans bred and cultivated dogs. They developed certain blood strains with breed names to signify the tasks for which the dogs were most useful, and they established a strain of pureblooded dogs that fanciers tried to keep untainted», «[los perros] funcionaron en la conquista como una letal arma de guerra y sorprendió a muchos, pero éste fue en realidad uno de los usos por los que, a lo largo de los siglos, los europeos criaron y desarrollaron estas razas de perros. Desarrollaron incluso ciertas razas para las tareas en las que los perros eran más útiles y establecieron una raza de perros lo más pura posible que algunos de sus devotos intentaron mantener incólume». Vaner y Vaner (1983: xiv).

21. Sahagún (1995, II: 830). Mártir de Anglería (1989: 165).

22. Fernández de Oviedo (1959, II: lib. XVII, cap. XXIII).

23. En una Real Cédula del 7 de octubre de 1541 dirigida a F. Pizarro y a C. Vaca de Castro se demandaba que, ante las noticias recibidas sobre cómo «los españoles tienen perros carnyceros cebados en los yndios e que de tal manera están los dichos perros encarnyçados que yendo por la calle o por el campo o por otras partes los dichos perros denonadamente arremeten con los dichos yndios y los maltratan e yeren […], [los perros] se matasen porque al presente no avia neçesidad dellos». Citado en Barnadas (1973: 323, n. 403).

24. Mira (2009: 226). El famoso memorial de L. de Morales (1541) en AGI, Patronato, 185, R. 24.

25. En el conocido Códice Ramírez se dice que los españoles llevaban consigo «perros de ayuda […] que eran muchos, muy feroces y diestros en la guerra». Véase, Vázquez (1987: 142).

26. Vargas Machuca (1994: 54).

27. Pereña (1992b: 106).

28. Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. XII, cap. VI).

29. En los últimos años, Victor D. Hanson ha intentado revitalizar «el papel esencial de la tecnología y la superioridad militar occidentales», en este caso de los castellanos en la conquista de México, pero lo

hace de una forma muy poco convincente y sin aportar, de hecho, ningún argumento nuevo a la discusión. Hanson (2004: 251-260).

30. Aquellos que gozaron de más tiempo, gracias a la sangre vertida, para luchar contra los hispanos también intentaron buscar soluciones para oponerse a sus armas de fuego. Según el cronista de las guerras de Chile, Alonso de Góngora Marmolejo, «Traían los indios en este tiempo [1557] para defenderse de los arcabuces unos tablones tan anchos como un pavés, y de grosor de cuatro dedos, y los que estas armas traían se ponían en el avanguardia, cerrados con esta pavesada para recebir el primer ímpetu de la arcabucería, y ansí se vinieron poco a poco hacia los cristianos». Góngora Marmolejo (1960: cap. XXVII).

31. En todo caso, habría que reflexionar acerca del tipo de artillería que se utilizaba: había muchos más falconetes (que lanzaban proyectiles de hierro de 2 a 4 libras de peso), versos (proyectiles de 1 a 3 libras), o medias culebrinas (proyectiles de 7 a 14 libras de peso), es decir, piezas ligeras, que no piezas pesadas de la gama de los cañones de batir (que disparaban proyectiles de 40 a 50 libras de peso), los cañones (proyectiles de 28 a 35 libras), o medios cañones (proyectiles de 15 a 27 libras).

32. Juan de Grijalva, en su expedición por la costa del Yucatán en 1518, tuvo suerte de contar con cañones (dos tiros medianos de bronce y una lombarda de hierro), ballestas y arcabuces para vencer a los indios, que se emboscaron tras el choque inicial. En palabras de G. Fernández de Oviedo, «E si no fuera por el artillería y esos pocos ballesteros y escopeteros que tenían los nuestros, peligraran más cristianos, porque no se podían aprovechar de otras armas. Y créese qué los tiros de pólvora y ballestas hicieron mucho daño en los contrarios y mataron hartos indios, de los cuales no se pudo saber la cantidad, aunque vieron caer algunos, sino por el temor que se vido en ellos, se entendió su trabajo. Y no es de maravillar que se espantasen los que nunca habían visto ni oído el artillería, pues que a los que la tractamos y a quien mejor la entiende, más espanta». Fernández de Oviedo (1959, I: lib. XVII, cap. XI).

33. Son muy esclarecedoras al respecto las palabras de Friederici (1973: 365 y ss.).

34. Una excelente descripción del uso de la flecha envenenada y otras estratagemas de los indios en Aguado (1956-1957, I: lib. X, caps. IV-V). También en Cieza (2005: 31-33).

35. Sobre esta cuestión, Vega (1992: 149).

36. Díaz de Guzmán (1835, III: cap. VIII).

37. León-Portilla (1978: 424).

38. Restall (2004: 204).

39. En su *Carta* dirigida a Carlos I en 1549, Pascual de Andagoya relata cómo en tierras de Nueva Granada (Colombia), el hecho de que los españoles tuviesen un instrumento que echaba fuego por la boca (arcabuces), «desto vino gran temor a la tierra, que fue mucha parte para que no acabasen a todos los españoles». Andagoya (1986: 151).

40. A veces, fue suficiente su contemplación para facilitar la rendición de algún cacique. Es lo ocurrido con un curaca de la tierra de Chachapoyas, quien pidió a Alonso de Alvarado una espada porque «[h]avia entendido que cortaban mucho [...] y después de averla mirado, provado y considerado, con grande admiración fue a assentar la paz». Herrera (1615, V, VII: 218).

41. López de Gómara (1991: cap. LXII).

42. Herrera (1601, II, VI: 185).

43. Díaz del Castillo (1947: cap. CXXVIII).

44. López de Gómara (1991: cap. CXIII). El inca Garcilaso copia la frase de López de Gómara, pero sin la referencia a fray Vicente Valverde. Inca Garcilaso de la Vega (1617, I: cap. XXVI).

45. Cieza (1881, II: 33).

46. Aguado (1956-1957, II: lib. VIII, cap. X).

47. Weckmann (1984, I: 122-123, 129-131).

48. Clendinnen (1991: 80): «Los españoles valoraron sus ballestas y sus arcabuces por su capacidad para eliminar a enemigos seleccionados detrás de sus líneas de ataque: como francotiradores, como si dijéramos. La desmoralización psicológica que significó asistir a esas repentinas, vulgares muertes de los grandes hombres engalanados para la guerra, pero que aún no participaban en el combate, debe haber sido formidable».

49. «[...] son importantes los buenos arcabuceros, porque son los que desbaratan al enemigo», asevera Vargas Machuca. Nótese: los buenos arcabuceros, no el arcabuz en sí mismo. Vargas Machuca (1994: 97).

50. Aunque no siempre eran suficientes. Relata Cieza de León cómo, en la conquista de Chachapoyas

de 1535, al soldado Prado, quien perseguía con su caballo a un capitán aborigen, le dieron tal pedrada en la cabeza que el morrión no le protegió en absoluto: «le derribó del caballo los sesos de fuera». Y no debió ser el único caso. Cieza de León (1984, III: 341-351).

51. Salas (1986: 69, 165 y ss.). Sobre las defensas corporales para la campaña panameña de Pedrarias Dávila, véase Mena García (2011: 235 y ss.).

52. También se usaron en la conquista de Perú. Por ejemplo, las tropas de Alonso de Alvarado, en su incursión en la tierra de los chachapoyas, llevaban «sayos cortos estofados de algodón que eran muy provechosos para aquella guerra». Herrera (1615, V, VII: 216). No obstante, esta arma admitía críticas: el propio A. de Herrera señala cómo los escaupiles «fatigan mucho, porque el algodón en lo frío es frío, y en lo caliente es fuego», de ahí que admirase «unas corazinas de laonas de cuerno para infantes, que duran más que el hierro y azero, y defienden tanto como los escaupiles», un tipo de arma típica del Ecuador. Herrera (1615, V, X: 302). Una magnífica descripción de los sayos de algodón de Nueva Granada en Aguado (1956-1957, I: lib. II, cap. II).

53. Vargas Machuca (2003).

54. Benzoni (1989: 72).

55. La narración de esta campaña en Cieza de León (1984, III: 341351).

56. Cieza (2005: 33).

57. Sobre el uso de toldos en campaña, Vargas Machuca (1994: 67-68).

58. Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. VI, caps. VI-VII).

59. Al respecto, los ejemplos señalados por Todorov (2000: 126-127).

60. García (1901: 157-158).

61. Seed (2010: 143). Assadourian (1994: 37). Cieza de León (1984, I: 20).

62. En libros prestigiosos, todavía se dicen cosas como las siguientes: «Con unos pocos centenares de hombres, Hernán Cortés atacó a los aztecas en 1519; y Francisco Pizarro sometió a los incas en 1531-1533». Burbank y Cooper (2011: 176). En cambio, la contrastada opinión de Ross Hassig señala lo siguiente: «The Spanish conquest was not one of superior arms and wills but one that took advantage of existing cleavages within the system to split the empire, turn its members on the Aztecs and rend it asunder». [«La conquista española no contó con un ejército o un espíritu superior, pero se aprovechó de las divisiones internas en el seno del sistema imperial para dividirlo, de modo que sus miembros acabaron por destruir a los aztecas»]. Hassig (1988: 267). Y, el propio Hassig, concluye en otra de sus obras: «Although Spanish weapons technology did play a role, Cortés's victory was more political than military […]». [«Aunque la tecnología de las armas españolas jugó su papel, la victoria de Cortés fue, entonces, más política que militar»]. Hassig (1992: 164). Sobre la ayuda aborigen, Salas (1986: 237 y ss.).

63. Como dice H. Bicheno, «[…] a lo largo de la historia, la importancia de la tecnología en la guerra siempre ha tenido un papel secundario frente a la intensidad variable del deseo de dominar de los diferentes grupos sociales. Donde hay voluntad, hay un arma». Bicheno (2005: 65). Contrástese dicha idea con la de V. Hanson: «La conquista de México es uno de los pocos acontecimientos de la historia en que la tecnología […] se bastó por sí misma para anular el peso de variables como el genio y las hazañas individuales». Hanson (2004: 251). Una frase que solo demuestra, en realidad, la ignorancia de Hanson.

64. Básicamente, se trataba de artillería de calibre medio y pequeño como falconetes, bombardas, versos, medias culebrinas, etc. El número de piezas fue importante si se tiene en cuenta solamente el momento y el lugar. Poco después, se comenzó a fabricar artillería en la propia América. Como señala Weckmann, en una observación que puede acabar siendo también muy manida, «la artillería tuvo una importancia psicológica incomparablemente mayor que la eficacia de sus tiros para aterrorizar a los naturales». Weckmann (1984, I: 126-127 y n. 8).

65. Véase, frente a estas contrastadas opiniones, las de Raymond Aron, quien hace medio siglo no dudaba en hablar del concepto de «conquista a lo Cortés». Es decir, la idea de que, «en caso de encuentro entre combatientes que pertenezcan a colectividades esencialmente heterogéneas, un pequeño ejército es capaz de conseguir éxitos espectaculares». En concreto, Aron señalaba cómo «Una cuantas decenas de caballeros españoles representaban una fuerza de primer orden frente a los aztecas del Méjico precolombino». Aron (1985: 268). Lo peligroso es que, más recientemente, autores de cierto reconocimiento, como Diamond (1998: 81 y ss.), mantengan opiniones parecidas y, por lo tanto, poco contrastadas.

66. Martínez (1992). Ya lo dijo William Prescott en su *The History of the Conquest of Mexico*: «The In-

dian empire was in a manner conquered by Indians». Citado en Raudzens (2007: 405, n. 83). Aunque dicha idea, en realidad, ya fuera puesta de manifiesto por Servando T. de Mier, cuando señaló que «los soldados para la conquista han sido indios con jefes europeos». Citado en Pereña (1992b: 321). Asimismo, Ruiz Guadalajara (2009: 116 y ss.).

67. Varón Gabai (1996: 366).

68. Aunque Las Casas llegó a escribir que los españoles, cuando iban a hacer la guerra, llevaban «de los ya soguzgados indios cuantos podían que hiciesen guerra a los otros», lo cierto es que tales referencias no abundan en sus escritos. Una vez más, una excelente, e inteligente, puntualización de Assadourian (1994: 34, n. 19).

69. Mártir de Anglería (1989: 298, 346).

70. Muñoz Camargo (1986: 214).

71. Cieza de León (1984, III: 264).

72. Assadourian (1994: 31).

73. Inca Garcilaso (1617, I: cap. XLI).

74. Sancho de la Hoz (2004: cap. XIX).

75. Andagoya (1986: 158-159).

76. Cieza de León (1984, I: 33).

77. Pereña (1992b: 178).

78. Villalobos (1995: 43).

79. Villalobos (1995: 139-142. González de Nájera, 1889: 277 y ss.).

80. Friederici (1973: 192 y 465. Salas, 1986: 35 y ss.).

81. «Y en verdad no fue por nuestras fuerzas, que éramos pocos, sino por la Gracia de Dios, que es mucha». Mena (1987: 104). También J. Suárez de Peralta tenía una opinión parecida: «Que los cristianos, a lo menos en Nueva España, no fueran parte, los que fueron, para comquistar y paçifiçar aquella tierra, si Dios no mostrara su Boluntad con milagro, que lo fue grandísimo bençer tam poca gente a tanta multitud de ymdios como avía». Suárez de Peralta (1990: 67).

82. Hay una frase significativa en Cieza de León: los hombres de Alonso de Alvarado, ante el ataque de numerosas fuerzas aborígenes, no se inquietaron a causa ya de su experiencia en la guerra de las Indias. Así, «Los nuestros se pusieron en orden ni turbados ni espantados de lo que veían; hirieron y mataron muchos enemigos». Esa fue, también, una de las claves de la victoria. Cieza de León (1984, III: 341-351).

83. Herrera (1601, II, VI: 185).

84. Saignes (2000: 279).

85. Friede (1963: 55).

86. Vargas Machuca (2003: 146-147).

87. En 1525, Carlos I emitió una provisión real por la cual negaba que hombres «de poca edad o flacos o inhábiles» pudiesen ser llevados por sus capitanes –y cobrar una parte del botín– en sus entradas, en este caso, en el territorio de Tierra Firme. Además, este tipo de personas acababan siendo un estorbo para el resto de los hombres de la expedición, quienes debían afrontar sus trabajos y el de los poco aptos. DIHC (1955: 120-121).

88. Sancho de la Hoz (2004: cap. XIX).

89. Bernand/Gruzinski (1996: 369).

90. Mira (2009: 231).

91. Friede (1961: 256-262).

92. Citado en Villalobos (1995: 46 y 130).

93. Sobre el uso de armas europeas en África, en 1594, véase Gruzinski (2010: 258).

94. Las Casas (1981, III: 145).

95. González de Nájera (1889: 245). Años antes, hacia 1533, el cacique alzado de La Española, don Enrique, consiguió que algunos de sus hombres se armaran al estilo español: «Serían hasta treinta indios los que en este convite mostró don Enrique y se hallaron en estas vistas, todos ellos con lanzas jinetas y es-

padas y rodelas, e algunos con puñales». Véase, Fernández de Oviedo (1959, I: lib. V, cap. IX). También usaron de lanzas y caballos algunas bandas de negros cimarrones, como Lembá. Véase, Barral (1992: 56).

96. Gutiérrez de Santa Clara (1963, III: cap. LXII).

97. Acosta (1590: 531-532).

98. Zugasti (2008: 162-166).

99. Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. XII, cap. IX).

100. Herrera (1601, III, II: 55-56).

101. P. Pizarro (1964: 22-225. Hemming, 2000: 296-300).

102. Wachtel (1976: 279).

103. García Icazbalceta (1858-1866, I: 265).

104. Konetzke (1953: 6, 19, 162, 292-293 y 420. Simpson, 1970: 93).

105. Oviedo y Baños (2004: 323).

106. Antón de Olalla fue acusado de malos tratos a sus indios en 1550 y les fueron confiscados por el fiscal de la Real Audiencia. Friede (1960: cap. VIII).

107. Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. V, caps. I y IV).

108. Aunque hubiese algunos que no lo sabían. El padre Aguado comenta el caso de Pedro Fernández de Lugo, descendiente del conquistador de Tenerife y La Palma, gobernador de Santa Marta, quien llegó a su destino en febrero de 1536, y «Traía el adelantado muchos y muy buenos aderezos de guerra, para ofender y defenderse de los indios, pero no conforme a la usanza de Indias, cuya disciplina militar él no pensaba seguir; antes burlaba de ella, como si hubiera de pelear con gente que a su similitud hubiera de usar la guerra». Aguado (1956-1957, I: lib. II, cap. I).

109. Medin (2009: 77 y 164-165).

110. Botero (1962: 175).

111. Citado en Schmidt-Riese (2003: 182-183).

112. Benzoni (1989: 142).

113. Herrera (1601, II, VI: 186).

114. González de Nájera (1889: 124). Decía el autor que «bien sabida cosa es cuántos y cuán grandes soldados, criados en otras muchas guerras de mayor nombre, han usado en aquella de todos los medios que su larga práctica y experiencia de milicia les ha dado a entender [...] [y] han venido de unos a otros a dejar siempre la guerra pendiente» (pág. 210).

115. G. Botero decía acerca de la historia: «Es [...] el más bello espectáculo que se pueda imaginar; allí, a costa de otros, el hombre aprende lo que le conviene; allí se ven los naufragios sin horror, las guerras sin peligro [...]; allí se vislumbran los principios, medios y fines y los motivos del crecimiento y ruina de los Imperios; allí se aprenden las causas por las cuales unos príncipes reinan tranquila y otros penosamente; unos florecen con el arte de la paz, otros con el valor de las armas [...]», cita en Botero (1962: 111).

116. González de Nájera (1889: 239-240).

117. J. H. Elliott creía que el olvido de las gestas de los conquistadores en la Península se debía a que «ni los conquistadores, de origen relativamente humilde, ni sus salvajes oponentes tuviesen la talla requerida por los héroes épicos». Elliott (1984: 26). No obstante, Gregorio López Madera, autor de una obra importante, *Excelencias de la Monarchia y reyno de España* (Valladolid, D. Fernández de Córdoba, 1597), consideraba como prueba de dicha excelencia los muchos hombres de armas que se habían prodigado en esta tierra, resaltando de entre los modernos al Gran Capitán, Hernán Cortés y a don Juan de Austria (cap. VIII).

118. Subirats (1994: 83). Sobre la transición cortesiana de rebelde a héroe, véase Pastor (2008: 156 y ss.).

119. Como decía Francisco de Jerez, «¿Cuándo se vieron en los antiguos ni modernos tan grandes empresas de tan poca gente contra tanta [...] ir a conquistar lo no visto ni sabido?», citado en Valcárcel Martínez (1997: 91).

120. Al respecto, véase el artículo de Bosworth (2000: 23-49). Bosworth señala cómo, en su opinión, «Few commanders have been more expert than Alexander in creating the conditions for mass slaughter, and his troops developed a terrible efficiency in killing. The conquest came at a high price in blood and

agony» (pág. 38). Y, más adelante, añade: «The differing perspective made little differences in practice. The behaviour of Alexander to his subjects was not dissimilar from that of the Spaniards. Where there was opposition and what he saw as rebellion, he acted with total ruthlessness. [...] Althought he had no god-sent visitation of smallpox to devastate the conquered populations, there were whole areas where the conquest came close to depopulation, thanks to the tactics of terror which he used» (pág. 48). Agradezco al profesor Borja Antela el conocimiento de este extraordinario trabajo.

121. Fernández de Oviedo (1959, IV: lib. XIV, cap. XIV).

122. Al respecto, Valcárcel Martínez (1997: 86-90).

123. Citado en González (1951: 60).

124. Reynolds (1978: 115-119). Según Reynolds, «Julio César es el héroe de la antigüedad que se compara más con Cortés».

125. Vázquez de Silva (1651: prólogo).

126. Herrera (1601, III, I: 26-27).

127. Cervantes de Salazar (1971: lib. V, cap. CXI).

128. Subirats (1994: 87).

129. Pastor (2008: 172). Evidentemente, la autora no tiene en cuenta la utilización de decenas de miles de auxiliares indios aliados en la guerra por parte de Cortés, realidad que cuestiona ese uso «necesario» de la violencia.

130. Citado en Reynolds (1978: 90). Para Gracián, los tres grandes conquistadores del mundo fueron Alejandro, César y Cortés.

131. Solís (1758).

132. Hernando (1996: 47-48).

133. Weckmann (1984, I: 180).

134. Citado en Brading (1993: 345-350). Por cierto que el Inca Garcilaso de la Vega, en su *Historia de Perú*, asimiló a los tres socios panameños, Pizarro, Almagro y Hernando de Luque, nada menos que con el famoso triunvirato romano compuesto por Octavio, Antonio y Lépido. Brading (1993: 295).

135. Reynolds (1978: 125).

136. Herrera (1601, II, VI: 184).

137. Valcárcel Martínez (1997: 88).

138. Herrera (1615, VI, VII: 210).

139. Solís (1758, I: 5 y 111-117). En cambio, un contemporáneo de los hechos, Francisco López de Gómara, sí hablará de que los indios, en la batalla de Cintla, formaban escuadrones, caminaban «muy en ordenanza» y sabían escoger el terreno donde pelear, de modo que «no eran bárbaros ni mal entendidos en guerra». López de Gómara (2007: 37).

140. Solís (1758, I: cap. XIX).

141. Puede tratarse de diversos modelos de escuadrón propios de la época: «cuadro de terreno», o «gran frente», con los cuales, con idéntico —o muy parecido— número de hombres de frente que de hileras de fondo, se podía repeler un ataque que viniese por la vanguardia, la retaguardia o cualquiera de los dos flancos. También podría tratarse de los escuadrones denominados «cuadro de gente» y «prolongado», que se caracterizaban por tener más hileras de fondo que hombres de frente. Evidentemente, se usaban unos u otros en función del terreno, etc. Todos los tratadistas militares explicaban en sus obras cómo formar este tipo de agrupaciones.

142. Solís (1758: lib. II, cap. XVII).

143. López de Gómara (2007: 78-80).

144. Mártir de Anglería (1989: 274 y 293).

145. Una lista de soldados veteranos de las guerras europeas en Castrillo (1992: 204-206). Aunque no todos los cronistas estarían de acuerdo, lo cierto es que se valoraba la experiencia militar adquirida en Europa, es decir, en Italia especialmente, a la hora de formar los escuadrones. El Inca Garcilaso de la Vega relata que, una vez iniciadas las guerras civiles de Perú, y habiéndose puesto las tropas de Vaca de Castro en orden de batalla, Diego de Almagro (hijo) hizo lo propio con las suyas, dispuesto para el combate, pero delegando tal menester en su sargento mayor, Pedro Suárez, «que había sido soldado plático en Italia y sabía bien de milicia, reconociendo la ventaja que en el sitio tenía a sus contrarios, formó lue-

go su escuadrón». La batalla de Chupas (1542) fue una derrota almagrista porque las órdenes de Suárez –sin olvidar la más que probable traición del jefe artillero Pedro de Candía– no se cumplieron. Inca Garcilaso (1617, II: cap. XVI).

146. Díaz del Castillo (1947: cap. LXI).

147. Díaz del Castillo (1947: cap. LXV).

148. En Potonchán, en uno de los encuentros murieron ochocientos indios, «é todos los más de estocadas», asevera Díaz del Castillo, citado en García (1901: 153).

149. Díaz del Castillo (1947: cap. CVIII).

150. Díaz del Castillo (1947: cap. CXXVI). El cronista Fernández de Oviedo se burlaba bastante de la preeminencia adquirida por los veteranos de Italia. Pensaba que, entre las cualidades del soldado, debía estar presente el ser sencillo, recatado y no presumido. No faltaba el que alardeaba de haber participado en alguna de las grandes batallas en suelo italiano: «si os diçe que se halló en la [batalla] de Ravena, no curéis dél si es español, pues que quedó vivo y no fue preso; e si estuvo en la de Pavía, tampoco; o en el saco de Génova o de Roma, mucho menos, pues no quedó rico, y si lo fue, lo jugó o ha perdido: no fiéis dél». Además, la realidad americana era muy diferente a las «comodidades» que los soldados hallaban en Italia; por otro lado, la esperanza de hallar un botín hacía a todos los hombres leales y fieles, situación que podía cambiar rápidamente en caso de no hallarlo y, por lo tanto, momento en el que se debían valorar las virtudes morales del soldado. Véase Gerbi (1992: 382-383).

151. Díaz del Castillo (1947: cap. CXXXVII).

152. Díaz del Castillo (1947: cap. CXLVIII).

153. Díaz del Castillo (1947: cap. CCVII).

154. Citado en Lameiras (1994: 70-74).

155. Jerónimo Ramírez, «Apología en defensa del ingenio y fortaleza de los indios de la Nueva España, conquistados por don Fernando Cortés, marqués del Valle», recogido en la edición de Lobo Lasso de la Vega (1970: 201-202).

156. Quiroga (1992: 80).

157. Pedro Mártir de Anglería y Bernardino de Sahagún llegaron, con admiración, a comparar los guerreros mexica y tlaxcaltecas con los belicosos suizos y alemanes de su época. Friederici (1973: 191).

158. Quiroga (1992: 61). Lo mismo señala Fernández de Oviedo (1959, V: 59).

159. Vivar (1966: 153).

160. Sepúlveda (1987: 102).

161. Cervantes de Salazar (1971, I: 270).

162. Cervantes de Salazar (1971, II: 64).

163. Cervantes de Salazar (1971, II: 108-109).

164. Blázquez y Calvo (1992: 205-225). Las citas pertenecen a la carta enviada por Guzmán, presidente de la audiencia de México, a Carlos V, 8 de julio de 1530.

165. Sancho de la Hoz (2004: cap. XIX).

166. Federmann y Schmidl (1985: 79 y 85).

167. Andrés de Tapia, *Relación de algunas cosas...*, en Schmidt-Riese (2003: 127-163, cita en 141).

168. De las Casas (1981, III: 240).

169. Díaz del Castillo (1947: 160-162).

170. Cervantes de Salazar (1971: lib. V, cap. LXXXIV).

171. Bataillon y Saint-Lu (1974: 87-88).

172. Díaz del Castillo (1947: 216).

173. «Relación hecha por Pedro de Albarado a Hernando Cortés» y «Otra Relación hecha [...]» (1946: 457-463).

174. Jara (1981: 59).

175. «Para los indios fue extraordinariamente importante llegar al cabal conocimiento de las armas españolas y de las tácticas, que se usaban contra ellos, porque de un lado significó ello perder el temor a las armas de fuego, explicarse su funcionamiento y de contrapartida, poder desarrollar a su vez formas

de lucha mas favorables con las circunstancias en que las armas españolas eran empleadas». Jara (1981: 65).

176. Carta de Pedro de Valdivia a Carlos I, Concepción, 15 de octubre de 1550, en Valdivia (1929: 200).

177. Citado en Bengoa (1992: 64).

178. González de Nájera (1889: 169). Aseguraba el autor que muchos soldados, a causa del hambre, trocaban sus armas, o partes de las mismas, como las llaves de mosquetes y arcabuces, por comida a los indios.

2. LAS PRÁCTICAS ATERRORIZANTES EN LA CONQUISTA DE AMÉRICA

1. El almirante Colón lo tenía, lógicamente, muy claro: su viaje se realizó «después de Vuestras Altezas haber dado fin a la guerra de los moros que reinaban en Europa y haber acabado la guerra en la muy grande ciudad de Granada». Sin olvidar que también se había «echado fuera todos los judíos de todos vuestros reinos y señoríos». Colón (1995: 55-57).

2. Citado en Lafaye (1987: 57).

3. Friederici (1973: 388-389 y 462-463). Véase, también, GarcíaArenal (1992: 153-175).

4. Explica el padre Mendieta lo siguiente: «¿Qué han de hacer los indios [de Nueva España], si ven que hay salteadores asalariados de los ganaderos y estancieros, a trescientos pesos por año, que les roban y captivan sus hijos pequeños y hijas, llegando a boca de noche a sus pueblos para cogerlos descuidados, y con algún achaque los llaman y cogen y ponen sobre sus caballos, y los trasportan muy lejos de allí porque no atinen a volverse, y saben que ninguno de estos por ello ha sido castigado? Y estos sin ninguna vergüenza se precian de aquel oficio, diciendo unos a otros: "Vamos a caza de morillos" como suelen decir en España en las fronteras de Berbería». Mendieta (1980, IV: cap. XXXV).

5. Sobre la guerra de frontera en la península Ibérica durante la Edad Media y su conexión con América, las clarificadoras páginas de Góngora (1962: 91 y ss. Asimismo, Mena García (2011: 217 y ss.).

6. Mena García (2011: 307 y ss.).

7. De la Puente Brunke (1992: 233-234).

8. Enríquez de Guzmán (1960: 151).

9. La amputación de la mano derecha era práctica conocida entre las poblaciones indoeuropeas e ibéricas de Hispania antes de la conquista romana. Al respecto, Marco Simón (2007: 201-202). Fray Jerónimo Román recoge la amputación de las manos y los pulgares como gran castigo entre las legiones romanas, «lo qual se hazia porque con aquella afrenta eran más atormentados, trayendo la nota de su pecado delante, que no quitándoles la vida». Román (1595, II: lib. VI, cap. XIV, fol. 261v°). En numerosos fueros locales, la amputación de la mano derecha se reservaba para aquellos que habían atentado contra la vida de sus semejantes y empleado, además, armas prohibidas. Véase, Agudo y Rodrigo-Estevan (2006: 142, 155 y 170). Patricia Zambrana nos informa de cómo la amputación de las manos estaba presente entre los pueblos lusitanos, quienes cortaban la mano derecha de sus prisioneros de guerra; se usaba en el derecho romano para castigar delitos como la rebelión; en el visigótico para la falsificación, entre otros; en el mundo musulmán para castigar el latrocinio; en la Edad Media hispana para castigar, desde el siglo xi, al menos, el hecho de causar lesiones o heridas, falsificación, hurto o violación. Lo importante es que entre los siglos xiii y xv se incrementó la crueldad penal y existió una hegemonía en el uso o aplicación de penas corporales. Zambrana (2005).

10. El episodio también es citado por Jerónimo de Quiroga en su *Memorias de los sucesos de la guerra de Chile* cuando señala que César imitó a Escipión aplicando tal castigo. Quiroga (1979: 321).

11. W. V. Harris citado en M. Salinas de Frías, «Violencia contra los enemigos: los casos de Cartago y Numancia», en Bravo y González Salinero (2007: 31-32).

12. Marco Simón, «Intimidación y terror», en Bravo y González Salinero (2007: 201).

13. Citado en Pereña (1992a: 105). La cursiva es nuestra.

14. Al respecto, Varela y Aguirre (2006). Otro ejemplo de mutilaciones de europeos, en este caso el corte de los pies (dedos de los pies), para evitar la huida hacia Perú y participar en su conquista en Hemming (2000: 169).

15. Las Casas (1981, II: 257-260).

16. Aram (2008: 131).

17. Mena (2011: 206).

18. «El marques les hizo a algunos de ellos contar [sic] las manos y asi los embio diziendo que a todos los que hallase que heran espias farie lo mismo y que luego yva a pelear con ellos». Andrés de Tapia, *Relación de algunas cosas...*, en Schmidt-Riese (2003: 143).

19. Cortés (1946: 16).

20. Herrera (1615, V, VI: 188).

21. Díaz *et alii* (1988: 169-170).

22. Herrera (1601, IV, VIII: 188-191). «[...] prendieron dos [indios] que parescían principales, e mandó el general que les cortasen las manos, e se las echasen al pescuezo, y los enviasen así». Véase «Relación de la conquista de los teules chichimecas que dio Juan de Sámano», en García Icazbalceta (1999).

23. Powell (1984: 119). Ruiz Guadalajara (2010: 48).

24. Assadourian (2008: 208).

25. De la Mota Padilla (1856, I: 254-294, cita en pág. 290).

26. Tello en García Icazbalceta (1858-1866, II: 343-438).

27. «Relación de la jornada que hizo don Francisco de Sandoval Acazitli cacique y señor natural que fue del pueblo de Tlalmanalco, provincia de Chalco, con el señor visorey don Antonio de Mendoza cuando fue a la conquista y pacificación de los indios chichimecas de Xuchipila», en García Icazbalceta (1858-1866, II: 110).

28. Assadourian (2008: 222-229).

29. Powell (1984: 86-102. Assadourian (2008: 68-78, 324-347).

30. Jerez (1947: 334).

31. Trujillo (1948: 62). Sobre la crueldad de la que hizo gala Soto en otras circunstancias véanse págs. 119-120 y n. 120.

32. Las noticias sobre las crueldades hispanas en la *Relación del sitio del Cuzco* (1879).

33. Pedro Pizarro (1964: 204-210).

34. Assadourian (1994: 29-30).

35. Hemming (2000: 261).

36. Herrera (1615, V, VII: 215).

37. Cieza de León (1985: 141).

38. López de Gómara (1946: cap. CXXXVII).

39. Fernández (1963, II: lib. II, cap. LI).

40. Vivar (1966: cap. XLIX).

41. Vivar (1966: cap. LXV).

42. Carta de Pedro de Valdivia a sus apoderados en la corte, Concepción, 15 de octubre de 1550, en Medina (1929: 137).

43. Al respecto, Esteve Barba (1992: 590-596).

44. Góngora Marmolejo (1960: cap. XI).

45. Rosales (1877, I: 438).

46. Mariño de Lobera (1960, I: cap. XXXV).

47. Vivar (1966: caps. CXXII a CXXV).

48. Vivar (1966: cap. CXXXII).

49. Vivar (1966: cap. CXXXII). Góngora Marmolejo (1960: cap. XXV). Quiroga (1979: 132-133).

50. Bengoa (1992: 41-43). En el texto citado por Lewis Hanke se habla de «quemándolos y encalándolos». Hanke (1988: 85-86, n. 29).

51. Góngora Marmolejo (1960: cap. XLVI).

52. Góngora Marmolejo (1960: caps. XLVII-XLIX). Rosales (1877, II: 134-136).

53. Citado en Barnadas (1973: 339, n. 470).

54. Jara (1981: 151-155).

55. Mariño de Lobera (1960, II: cap. XXXI).

56. Mariño de Lobera (1960, III: caps. XXII-XXVI).

57. Mariño de Lobera (1960, III: caps. XXVII-XXXV). Quiroga (1979: 220-244). Rosales (1877: 220-234).

58. Quiroga (1979: 249-259).

59. De la Vega (1988: 529).

60. Herrera (1615, V, V: 178).

61. Hidalgo de Elvas (1965: 94 y 113-116).

62. Cieza (1881, II: 7-39).

63. Oviedo y Baños (2004: 335-418).

64. Todorov (2000: 155).

65. Las Casas (1981, II: 522-539).

66. Herrera (1601, I, X: 329).

67. F. López de Gómara habla de un ejército mexica de treinta mil efectivos, situados a dos leguas de la ciudad, en la que se habían cerrado algunas calles, acumulado piedras en las azoteas de las casas, así como desviado el camino real, construyendo en el nuevo de forma disimulada una serie de trampas para los caballos (hoyos con estacas cubiertas con arena). Véase, López de Gómara (1946: 335).

68. Tapia, *Relación de algunas cosas…*, en Schmidt-Riese (2003: 147-149).

69. López de Gómara (1946: 336-337).

70. Cortés (1946: 20).

71. Thomas (1994: 298-303 y 778).

72. Las Casas (1992[6]: 107). García (1901: 178).

73. Thomas (1994: 301).

74. Herrera (1601, II, VI: 218).

75. Cervantes de Salazar (1971: lib. III, cap. LXVI).

76. F. de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, México, 1965, vol. II, págs. 371-372, citado en Lameiras (1994: 118-119).

77. Sahagún (1995, II: 830).

78. Muñoz Camargo (1986: 214-215).

79. Clendinnen (1991: 74): «Cortés conocía, ciertamente, los efectos terapeúticos de una oportuna masacre en la lucha contra unos hombres que han vivido demasiado tiempo con el miedo, con la sensación de su invencibilidad muy erosionada ya por los enfrentamientos con los tlaxcaltecas, y con los guerreros legendarios de Tenochtitlan, que se cultivaban en su imaginación, aún en perspectiva. Como otros líderes habían descubierto en otros tiempos, la confianza regresa cuando el enemigo invisible se revela en forma de una masa que grita, sangra y huye de su propia humanidad».

80. Cuando Bernardino Vázquez de Tapia y Pedro de Alvarado se ofrecieron a hacer de embajadores ante Moctezuma, «aunque ambos teníamos caballos, nos mandó [Cortés] los dejásemos y fuésemos a pie, porque, si nos matasen, no se perdiesen, que se estima un caballero a caballo más de trescientos peones». Véase, «Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia», en Díaz *et alii* (1988: 139-140).

81. Díaz del Castillo (1947: 15).

82. Díaz del Castillo (1947: 57 y ss.). El punto de vista del padre Las Casas en De las Casas (1981, III: 239 y ss.; 1992: 107).

83. Medin (2009: 214, 219 y ss.).

84. Los detalles en Martínez (1992: 258-262), Miralles (2004: 192207) y Thomas (1994: 412-426). Cervantes de Salazar (1971: lib. IV, cap. LXXXVII).

85. Martínez (1992: 235).

86. Díaz del Castillo (1947: 122-129). López de Gómara (1946: 359-364). Herrera (1601, II, X: 335-336). Cervantes de Salazar (1971: lib. IV, caps. CI-CII). Miralles (2004: 212-213). López Rayón (1847: 37-38).

87. Sahagún (1995, II: 837).

88. Vázquez (1987: 143-144).

89. Sahagún (1995, II: 838).

90. Medin (2009: 250 y ss.).

91. Suárez de Peralta (1990: 133).

92. López de Gómara (2007: cap. CIV).

93. Cervantes de Salazar (1971: lib. V, cap. V).

94. Cervantes de Salazar (1971: lib. V, cap. XIII).

95. Herrera (1601, II, X: 353). Cabe decir que para el cronista Herrera la política de Cortés con los esclavos era justo la contraria: «mandó Cortés vender a muchos que había prendido, y herrarlos, salvo a las mujeres y niños, conforme a su costumbre, aplicando una parte a su ejército, y a otra la república de Tlascala».

96. López de Gómara (2007: 220).

97. Díaz *et alii* (1988: 148).

98. El testimonio de Vázquez de Tapia en García (1901: 234).

99. Citado en Thomas (1994: 482).

100. Mártir de Anglería (1989: 347).

101. Cervantes de Salazar (1971: lib. V, cap. XXI).

102. García (1975: 135-136).

103. Ni siquiera P. Cieza de León puede escapar a las críticas de otro cronista, en este caso Pedro Pizarro, quien asegura del primero que buscaba testigos de los hechos por dos motivos: por «informarse cómo pasaron y de pedir intereses porque les pongan en la corónica, cohechándolos a doscientos y trescientos ducados porque los pusiesen muy adelante en lo que escrebían. Esto dicen hacía Cieza en una corónica que ha querido hacer de oídas, y yo creo muy poco de vista, porque en verdad yo no lo conozco, con ser uno de los primeros que en este reino entraron». Pizarro (1964: 229). Sobre estas cuestiones, también son interesantes las opiniones de Fernández de Oviedo (1959, III: lib. IX, cap. IV).

104. García (1975: 148-149 y n. 51-52). El relato de Estete en Salas, Guérin y Moure (1987: 253-319).

105. Sobre este episodio, y en especial una descripción de la plaza central, véase Hemming (2000: 35-36).

106. H. Pizarro (1964: 52). Ruiz de Arce (1964: 92).

107. Sobre Candía y otros extranjeros en la conquista de Perú, Lockhart (1982: 162-165).

108. P. Pizarro (1964: 176 y ss.). López de Gómara (1946: 228).

109. A diferencia de otros cronistas, Cieza de León recupera las palabras que diría Atahualpa a los suyos una vez que el fraile Valverde fuese a dar cuenta a Pizarro de su entrevista: Atahualpa se quejaría de las violaciones sufridas por sus mujeres, las muertes perpetradas y lo mucho que habrían robado los españoles desde su desembarco, pidiéndole entonces la paz «con pretensión de quedar superiores». Cieza de León (1984, III: 278). Cabe contrastar dicha versión, y otras, como la de Fernández de Oviedo, con la ofrecida por el Inca Garcilaso (1617: lib. I, cap. XXII y ss.). Asimismo, Hemming (2000: 38-40) y García (1975: 177-195).

110. De los cabellos, señala Zárate (1947: 476-477).

111. Una descripción excesiva, casi novelística, de la matanza en Vega (1992: 86-87).

112. Jerez (1947: 333). García (1975: 195-200). Ruiz de Arce (1964: 95). Titu Cusi Yupanqui (1916: 9).

113. Vega (1992: 99-100) y sobre Rumi Ñahui, págs. 90-91.

114. Cieza de León (1984, III: 288-289). Inca Garcilaso (1617: lib. I, cap. XXVI). Hemming (2000: 42-43). Trujillo (1948: 54-59). Guamán Poma de Ayala (1980: 280).

115. Estete (1987: 297).

116. Herrera (1615, V, II: 56).

117. Sumario de consultas del Consejo de Indias, AGI, Indiferente, 737, N. 66.

118. Citado en Barnadas (1973: 323 y n. 403).

119. Cieza de León (1984, III: 317). Herrera (1615 V, VI: 170). Molina (1968: 64). Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. XI, cap. VIII).

120. Cieza (2005: 70).

121. Herrera (1615, V, IX: cap. V). Detalles de estas prácticas en el juicio de residencia hecho al difunto gobernador A. Alfinger en Friede (1961: 219 y ss.). Entre otros cargos, se le acusó de la muerte de ciento cincuenta soldados y ochenta caballos en su segunda expedición. Oviedo y Baños (2004: 36).

122. Friede (1961: 193 y ss.; 1960: cap. V). Fernández de Oviedo (1959, III: lib. VI, caps. I-VIII).

123. Aguado (1956-1957, I: lib. IV, cap. VII).

124. Aguado (1956-1957, I: lib. VIII, cap. III).

125. Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. VII, caps. I-VI).

126. Cieza de León (1881, II: 7-39). Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. VII, cap. VII). Herrera (1615, VI, VIII: cap. II).

127. Al respecto, véanse algunos ejemplos de la época medieval en McGlynn (2009).

128. Inca Garcilaso (1988: 225-228, 281).

129. Inca Garcilaso (1988: 229-240).

130. Fernández de Oviedo (1959, I: lib. XVII, cap. XXIV).

131. Inca Garcilaso (1988: 376 y ss. y 390). Herrera (1615, VII, II: 33-35). Vázquez de Espinosa (1992, I: 190).

132. Schmidl (1985: 157-158).

133. Díaz de Guzmán (1835, II: cap. II).

134. Schmidl (1985: 187).

135. Sobre la «acumulación» de mujeres como «acumulación de trabajo vivo», y no tanto por motivaciones sexuales, en el territorio de Río de la Plata, véase, Garavaglia y Marchena (2005: 188-189).

136. *Cartas de Indias* (1974, II: 593-618).

137. Fernández de Oviedo (1959, I: lib. III, cap. XII). Tras el ahorcamiento de Anacaona, el cacique Guaorocaya, sobrino de la anterior, «se alzó en la sierra que dicen Baoruco, e el comendador mayor envió a buscarle e hacerle guerra ciento e treinta españoles que andovieron tras él hasta que lo prendieron e fué ahorcado».

138. Las Casas (1981, II: 239).

139. Herrera (1601, I, VI: 192).

140. Citado en Pereña (1992b: 42). Sobre Vallejo, Fernández de Oviedo (1959, III: lib. X, cap. X).

141. Mena (2011: 200).

142. Aram (2008: 131).

143. Cervantes de Salazar (1971: lib. IV, cap. XXXVI).

144. Díaz del Castillo (1947: 93-96). López de Gómara (1946: 353-354). López de Gómara habla de cincuenta soldados hispanos y diez mil cempoaltecas que se enfrentaron a los hombres de Cualpopoca. Fernández de Oviedo (1959, IV: lib. XIV, cap. VI). Thomas (1994: 350-351, 788).

145. López de Gómara (1946: 396-399). Herrera (1601, III, V: 206207). Díaz del Castillo (1947: 219). Mártir de Anglería (1989: 490).

146. Vallejo (2008, I: 136).

147. Vallejo (2008, I: 182-191).

148. Vallejo (2008, II: 697, 702, 718, 729, 829, 840-841 y 855).

149. «Memoria de García del Pilar», en Schmidt-Riese (2003: 113126).

150. Jerez (1947: 320 y ss.). Cieza de León (1984, III: 259 y ss.). Vega (1981: 71). García (1975: 121). Ruiz de Arce (1964: 85).

151. Diego de Trujillo trata el caso del reparto de buena parte de las *mamaconas* –de hecho, serían, más bien las *acllas* (vírgenes sagradas) cuidadas por *mamaconas*– de la localidad de Cajas entre las tropas de Pizarro. Trujillo (1948: 53).

152. García (1975: 135-136). Pizarro (1964: 229). Jerez (1947: 320 y ss.).

153. *Relación del sitio del Cuzco* (1879: 58-59).

154. Memorial de A. de Medina, citado en Barnadas (1973: 88, n. 46).

155. Cieza de León (1877: 442).

156. Herrera (1615, V, X: caps. I-II). Rosales (1877, I: 366, 371-372).

157. Cieza (1881, II: 7-39).

158. Friede (1963: 57-63).

159. Mariño de Lobera (1960, I: cap. XVII).

160. Quiroga (1979: 65-66); sobre su actitud crítica con los españoles, págs. 77, 98, 132, 153, 197 y 260.

161. Rosales (1877, I: 428, 432-433).

162. Vivar (1966: cap. LXXXVII).

163. Schmidl (1985: 164).

164. Casi cincuenta sodomitas ejecutados señala Fernández de Oviedo quien, como sabemos, alaba especialmente la trayectoria como caudillo de Núñez de Balboa, «Y de aquella escuela de Vasco Núñez salieron señalados hombres y capitanes [...]», para otras conquistas. Fernández de Oviedo (1959, III: lib. X, cap. V).

165. Mártir de Anglería (1989: 165).

166. Las Casas (1981, II: 602).

167. López de Gómara (1991: cap. LXIV).

168. Mena (2011: 186-187).

169. Las Casas (1981, III: 46 y ss.).

170. Mena (1992: 88). Fernández de Oviedo (1959, III: lib. X, cap. X). El testimonio de un religioso anónimo, dominico, que relata este terrible hecho aparece en DIHC, I (1955: 149).

171. Mena (1992: 61).

172. Citado en Hemming (2000: 189).

173. Citado en Martínez (1992: 135, n. 26).

174. «Tercera relación anónima de la jornada que hizo Nuño de Guzmán a la Nueva Galicia», en García Icazbalceta (1999).

175. Assadourian (2008: 222-229).

176. Friede (1961: 345-353). Sobre la expedición y el final de Felipe de Hutten, véase Friede (1961: 375-409).

177. Fernández de Oviedo (1959, III: lib. VI, caps. IX-XVI). Simón (1627, III: caps. II-III, VI-IX, XII-XVII y IV: caps. XII-XIV). Aguado (1956-1957, II: lib. II, caps. I-III, V, VII-IX, XI-XIV y XVII-XVIII).

178. Andagoya (1986: 159-160 y 178-179).

179. Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. VII, caps. I-VI).

180. Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. VIII, cap. IV).

181. Cieza (1881, II: 40-56 y 83-85). Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. VII, cap. VII; lib. VIII, cap. II; lib. IX, caps. II y VI; lib. X, cap. VII; lib. XI, caps. I y VIII).

182. Fernández de Piedrahita, (1881, I: lib. X, cap. IV y lib. XI, caps. I-IX). Aguado (1956-1957, II, lib. IX, caps. I-VII).

183. Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. XII, caps. I-VI). Aguado (1956-1957, I: lib. XII, caps. I-XXI). Vázquez de Espinosa (1992, II: 465-466).

184. Oviedo y Baños (2004: 335-418).

185. Aguado (1956-1957, II: lib. IX, caps. VIII-XIII).

186. Fidalgo de Elvas (1965: 48-49, 136-145). A diferencia del relato de la expedición que nos ofrece el Inca Garcilaso, el famoso hidalgo de Elvas se caracterizó por no escatimar en cuarenta y cuatro capítulos los pasajes en los que se mostraba la crueldad hispana aperreando, mutilando y masacrando a los indios durante esta expedición. Véase, ChangRodríguez (2006: 37).

187. Rosales (1877, II: 27).

188. Góngora Marmolejo (1960: cap. XX).

189. Remesal (1964, I: 174-175).

190. Cieza (2005: 221).

191. Aguado (1956-1957, I: lib. VIII, caps. II-IV).

192. Aguado (1956-1957, I: lib. VIII, cap. XIII).

193. Aguado (1956-1957, I: lib. X, caps. I-VII). Sobre la rebelión de 1556, Friede (1963: 71-87).

194. Aguado (1956-1957, I: lib. XI, caps. VII-VIII).

195. Aguado (1956-1957, I: lib. XIII, cap. VIII y lib. XIV, cap. IX).

196. Aguado (1956-1957, I: lib. XV, caps. I-XVI). Véase también Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. XII, cap. VII).

197. Oviedo y Baños (2004: 165).

198. Oviedo y Baños (2004: 279-334). Sobre Losada y sus capitanes, véase Vázquez de Espinosa (1992, I: 164-168).

199. Oviedo y Baños (2004: 393-395).

200. Sobre el término reche, preferible al de araucano o mapuche, véase Boccara (1996: 659-695).

201. Mariño de Lobera (1960, I: cap. II).

202. Vivar (1966: cap. LXXXIV).

203. Mariño de Lobera (1960, I: cap. XVII).

204. Vivar (1966: cap. CXXXVI). Mariño de Lobera (1960, II: cap. XI). Góngora Marmolejo (1960: caps. XXVII-XXVIII). Quiroga (1979: 148-158). Rosales (1877, II: 82-85).

205. Mariño de Lobera (1960, III: caps. VI-XXI.)

206. Tras el ahorcamiento de Anacaona, el cacique Guaorocaya, sobrino de la anterior, «se alzó en la sierra que dicen Baoruco, e el comendador mayor envió a buscarle e hacerle guerra ciento e treinta españoles que andovieron tras él hasta que lo prendieron e fué ahorcado». Fernández de Oviedo (1959, I: lib. III, cap. XII).

207. Las Casas (1981, II: 576).

208. Las Casas (1981, II: 584).

209. Mártir de Anglería (1989: 130).

210. «Cuarta relación anónima de la jornada que hizo Nuño de Guzmán a la Nueva Galicia», en García Icazbalceta (1999).

211. También lo procuraban los cristianos: «siempre iban intentando muchos españoles de los que iban con él en su compañía, de volverse, por ser persona grave [Guzmán] para ellos». «Cuarta relación anónima de la jornada que hizo Nuño de Guzmán a la Nueva Galicia», en García Icazbalceta (1999).

212. García Icazbalceta (1858-1866, II: 110).

213. De la Mota Padilla (1856, I: 254-294).

214. García Icazbalceta (1858-1866, II: 87-88 y 113).

215. Assadourian (2008: 208). La crónica del padre Tello recogida en García Icazbalceta (1858-1866, II: 343-438).

216. «Relación de la jornada que hizo don Francisco de Sandoval Acazitli cacique y señor natural que fue del pueblo de Tlalmanalco, provincia de Chalco, con el señor visorey don Antonio de Mendoza cuando fue a la conquista y pacificación de los indios chichimecas de Xuchipila», en García Icazbalceta (1980). Sobre las causas de la guerra del Mixtón y su desarrollo: Ruiz Medrano (1994: 355-378). Assadourian (2008: 3441, 186-195). Carrillo Cázares (2000, I: 37 y ss.).

217. Assadourian (2008: 222-229).

218. Carrillo Cázares (2000, I: 166-190).

219. Powell (1984: 86-102). Ruiz Guadalajara (2010: 48). Assadourian (2008: 68-78 y 324-347).

Ese mismo año, 1585, siendo virrey de Perú Martín Enríquez de Almansa, los indios urucuríes mataron diecisiete españoles de una escuadra de treinta y dos en una emboscada, y fueron heridas dos damas. El capitán Chaves, padre de una de ellas, «mandó ahorcar muchos de ellos que andaban rebeldes para que a los demás sirviese de escarmiento y ejemplo y para que viviesen con cuidado». Vázquez de Espinosa (1992, II: 849).

220. Powell (1984: 119).

221. Powell (1984: 129-164).

222. Martín Enríquez a Felipe II, México, 31 de octubre de 1576, en *Cartas de Indias* (1974, I: 325-326).

223. Assadourian (2008: 497).

224. Powell (1984: 102-231). Assadourian (2008: 78-140 y 409-447).

225. Herrera (1615, VIII, I: 6-14; VIII, II: 37-50 y VIII, III: 59-87).

226. Juan Gutiérrez a G. Pizarro, Potosí, 2 de marzo de 1547, en Pérez de Tudela (1964, I: 255-257).

227. Calvete de Estrella (1964-1965, IV: 356-396).

228. Díaz de Guzmán (1835, I: cap. XVIII).

229. Federmann (1985: 93 y ss.).

230. Henríquez de Jorquera (1987: 430).

231. Núñez Cabeza de Vaca (1946: 563).

232. Núñez Cabeza de Vaca (1946: 572 y ss., esp. pág. 590). Schmidl (1985: 175-185).

233. Schmidl (1985: 187).

234. Díaz de Guzmán (1835, II: cap. III).

235. *Cartas de Indias* (1974, II: 593-618).

236. Vivar (1966: caps. LIV-LV).

237. Mariño de Lobera (1960, I: cap. XXIV).

238. Rosales (1877, II: 23).

239. Vivar (1966: cap. CXXXIII). Mariño de Lobera (1960, II: cap. IV). Góngora Marmolejo (1960: cap. XXVI). Rosales (1877, II: 63-66). Quiroga (1979: 134-140).

240. Góngora Marmolejo (1960: caps. LXXV-LXXVIII). Quiroga (1979: 204). Rosales (1877: 196-197).

241. Mariño de Lobera (1960, III: cap. IV).

242. Mariño de Lobera (1960, III: caps. XXVII-XXXV). Quiroga (1979: 220-244). Rosales (1877: 220-234).

243. Vargas Machuca (2003: 119).

244. Gómez Escudero en Morales Padrón (1993: 331-468, esp. págs. 426-427).

245. Nada de esto explica el cronista López de Cogolludo, quien se limita a señalar que en los encuentros con los indios murieron algunos de los conquistadores. López de Cogolludo (1685, III: cap. XV).

246. AGI, México (2999, L. 1), Cédula del primero de junio de 1549.

247. Fray Lorenzo de Bienvenida al príncipe Felipe, 10 de febrero de 1548, en *Cartas de Indias* (1974, I: 71). El padre Bienvenida acusaba a los malos tratamientos recibidos por los mayas como causa de la rebelión.

248. Chamberlain (1982: 239-243, 258-260, 324-325).

249. AHN, Diversos-Colecciones, 23, N. 55, fray Luis de Villalpando a la Audiencia de México, Mérida, 15 de octubre de 1550.

3. SITIOS Y BATALLAS

1. En esta primera entrada, Cortés contó con quinientos ocho hombres que portaban dieciséis caballos, trece arcabuces y treinta y dos ballestas; diez tiros de bronce y cuatro falconetes de hierro componían la artillería. También llevaba doscientos indios auxiliares y algunos esclavos africanos. Martínez (1992: 131-134) y García (1901: 150).

2. El padre Mendieta ya apreció la importancia de los traductores para la conquista de Cortés. Mendieta (1980, III: cap. I). Y Fernández de Oviedo señalaba: «Yo tengo por cierto que esta falta de suficientes intérpretes en estas partes todas [Nueva Granada], es el mayor peligro de todos, e la causa de se prolongar e dilatar la guerra y de no se fijar la paz». Fernández de Oviedo (1959, III: lib. VII, cap. XXI).

3. Romero Frizzi (2000: 138-139).

4. Cortés (1946: 41-46). Díaz del Castillo (1947: caps. CXXVICXXVIII). López de Gómara (2007: caps. CVI-CXI). Herrera (1601, II, X: 335-347). Cervantes de Salazar (1971: lib. IV, caps. CIII-CXXX). Muñoz Camargo (1986: lib. II, cap. VI). Alva Ixtlilxóchitl (1985: cap. LXXXIX). Sahagún (1995, II: 839-845). Díaz *et alii* (1988: 191). Miralles (2004: 215-227). Martínez (1992: 258-274). García (1901: 210229). Thomas (1994: 439-473).

5. Un cuadro-resumen de las pérdidas de la «Noche Triste» en Martínez (1992: 273). Habría que añadir seiscientos hispanos y cuatro mil indios de apoyo entre los caídos, cifras de Cervantes de Salazar. Cervantes de Salazar (1971: lib. IV, cap. CXXVII).

6. Cervantes de Salazar (1971: lib. V, cap. V).

7. Cervantes de Salazar (1971: lib. V, cap. XXI).

8. Cortés (1946: 47-52).

9. Cervantes de Salazar (1971: lib. V, cap. XXV).

10. Vázquez de Espinosa (1992: lib. III, cap. XVIII).

11. Díaz del Castillo (1947: 165-171). Cervantes de Salazar (1971: lib. V, caps. LXXXVIII a CIV). Cortés

(1946: 64-70). Martínez (1992: 285-303 y 317-322). Miralles (2004: 231-264, 283-284).

12. Díaz *et alii* (1988: 148).

13. Díaz del Castillo (1947: 171-188). Cortés (1946: 52-81). Cervantes de Salazar (1971: lib. V, caps. CV-CLVI). López de Gómara (2007: caps. CXXXI-CXXXIX). Herrera (1601, III, I: 34-46). Sahagún (1995, II: 847-852). Fernández de Oviedo (1959, IV, lib. XIV, caps. XXII- XXVI). Alva Ixtlilxóchitl (1985: 286-295). Durán (1880: cap. LXXVII). Torquemada (1975-1979, II: lib. IV, caps. LXXXIX-XCIV). Martínez (1992: 317-326). Miralles (2004: 285-306).

14. Citas en Thomas (1994: 556).

15. Díaz del Castillo (1947: 188-196). Cortés (1946: 81-90). Cervantes de Salazar (1971: lib. V, caps. CLVII-CXCVII). López de Gómara (2007: caps. CXL-CXLIV). Herrera (1601, III, II: 52-58, 63-70). Sahagún (1995, II: 852-862). Fernández de Oviedo (1959, IV: lib. XIV, caps. XXVII-XXX). Martínez (1992: 326-335). Miralles (2004: 306-316). Thomas (1994: 520-584).

16. Cortés (1946: 52).

17. Espinoza (1981: 47). Opiniones similares en Vega (1981: 68-72).

18. Vega, 1992: 15 y ss.

19. Garavaglia y Marchena (2005, I: 74).

20. Pease (1991: 38).

21. Varón Gabai (1996: 366).

22. Assadourian (1994: 19-62).

23. Al respecto, Molina (1968: 87). Alonso Borregán habla de que «lo maltrataron ciertos familiares suyos y amigos [...]», así como «rrobada su casa y forçadas sus mugeres». Borregán (1948: 36-37). N. Wachtel cita una fuente que afirma que Manco fue abofeteado, orinado en el rostro y violadas sus mujeres en su presencia. Wachtel (1976: 270-271 y n. 4). También Hemming (2000: 215-216) resalta el origen almagrista de dichas informaciones.

24. Enríquez de Guzmán (1960: 150 y 155).

25. Herrera (1615, V, VIII: 228-236).

26. Inca Garcilaso (1617: lib. II, caps. XXI-XXIII).

27. Molina (1968: 79-80).

28. Lavallé (2005: 175-181).

29. Betanzos (2004: 342).

30. Cieza de León (1985, II: 180-181).

31. Más adelante de su crónica, Enríquez de Guzmán habla de «doszientos y quarenta hombres, la mitad coxos y mancos». Enríquez de Guzmán (1960: 155).

32. Betanzos (2004: 342).

33. Espinoza (1981: 122-123).

34. Vega (1981: 86-89; 1992: 43-47).

35. Wachtel (1976: 271-273).

36. Vega (1992: 278).

37. Citado en Assadourian (1994: 37).

38. Una descripción de la misma en Hemming (2000: 229-232).

39. Herrera (1601, V, VIII: 236-239). Inca Garcilaso (1617, II: caps. XXIV-XXVI). *Relación del sitio del Cuzco* (1879: 1-33). Molina (1968: 88-89). P. Pizarro (1964: 196-197 y 201 y ss.). Vega (1992: 278-279). Hemming (2000: 233-237).

40. Los setenta jinetes de Tapia –ochenta, según Betanzos– cayeron en una trampa típica de los Andes centrales, en Huaitará: tras conseguir que entrasen en un valle largo y angosto, las tropas incas les cerraban ambas salidas, siendo masacrados por una gran cantidad de piedras y galgas que se les arrojaba desde las alturas. No había enfrentamiento cuerpo a cuerpo y, por lo tanto, las armas hispanas no marcaban la diferencia. Zárate (1947: 487-488).

41. Pizarro de Carvajal llevaría solo cincuenta hombres, siendo atacado «por los indios de guerra en ciertos malos pasos», en Parcos, asegura Juan de Betanzos. Betanzos (2004: 339).

42. *Relación del sitio del Cuzco* (1879: 58-59)

43. No solo murieron en Jauja Gaete y todos sus hombres salvo dos, además de sus esclavos africanos, también los soldados de Manco Capac, incas al fin y al cabo, acabaron con la vida de 761 hombres huancas y 119 mujeres de la misma etnia. Véase, Espinoza (1981: 117-118). En su socorro envió Pizarro a Francisco de Godoy, que regresó con la nueva de la masacre a Lima. Betanzos (2004: 339).

44. Enríquez de Guzmán (1960: 151).

45. Enríquez de Guzmán describe los *ayllos* como «tres piedras redondas metidas e cosidas en unos cueros a manera de bolsas, puestas en unos cordeles, con tres ramales, a cada cabo de cordel puesta su piedra, de largor de una braza todo uno. Y dende los andenes y alvarradas las tiran a los cavallos y átanlos de pies y manos e algunas vezes coge cuerpo y braços». Enríquez de Guzmán (1960: 151).

46. Los flecheros de Manco Inca, claves en esta victoria, eran vasallos incas de las selvas próximas, donde también estos se aprovisionaron de arcos y flechas para sus tropas. Estos suministros faltaron en otras ocasiones a los incas, quienes los echaron mucho en falta en sus batallas contra los españoles y sus aliados. Vega (1992: 281).

47. Herrera (1615, V, VIII: 239-243).

48. F. Pizarro a Diego de Sandoval, Lima 1 de septiembre de 1536, en Lohmann (1986: 96). También, Varón Gabai (1996: 233-234).

49. Varón Gabai (1996: 254). Vega (1992: 280). Hemming (2000: 247-250).

50. Borregán (1948: 37-39).

51. Lohmann (1986: 93, 95 y 98).

52. Hemming (2000: 257-258). Betanzos (2004: 340-341).

53. *Relación del sitio del Cuzco* (1879: 54-86). Lavallé (2005: 185187). Borregán (1948: 37-39).

54. P. Pizarro (1964: 204-210).

55. Herrera (1615, V, VIII: 239-243). *Relación del sitio del Cuzco* (1879: 34-42). P. Pizarro (1964: 204-210).

56. *Relación del sitio del Cuzco* (1879: 43-44).

57. Herrera (1615, V, VIII: 244-245). *Relación del sitio del Cuzco* (1879: 42-54).

58. *Relación del sitio del Cuzco* (1879: 85-92).

59. Molina (1968: 93-95).

60. Espinoza (1981: 140-157). Vega (1992: 282-283). Hemming (2000: 270-273).

61. Brading (1993: 149 y ss.).

4. RESISTENCIAS

1. En el noroeste de México-Tenochtitlan y al norte de los ríos Lerma y Grande, pasadas las tierras de los tarascos, se hallaban las de diversas naciones nómadas conocidas genéricamente como chichimecas; en realidad se trataba, citadas de oeste a este, de las naciones tepeque, tepehuane, cazcane, coca, tecuexe, zacateco, guamare, guachichil y pame.

2. García Icazbalceta (1858-1866, II: 105).

3. Sobre las causas de la guerra del Mixtón y su desarrollo: Ruiz Medrano (1994: 355-378). Assadourian (2008: 34-41 y 186-195). Carrillo Cázares (2000, I: 37 y ss.).

4. Herrera (1615, VII, V: 109-112).

5. Desde 1524, H. Cortés había estipulado en sus Ordenanzas de Buen Gobierno cómo los encomenderos deberían no solo servir al rey en la defensa de la tierra, sino disponer de las armas necesarias para ello así como de monturas. Así, en 1537, el virrey Mendoza, en un alarde, comprobó que disponía de 620 caballeros y 450 infantes bien armados. Weckmann (1984, I: 118-120).

6. Un caballero aragonés, mosén Antonio Botiller, estuvo presente en aquella campaña y alegaba que el ejército de Mendoza estuvo compuesto por «setecientos españoles de a caballo y artillería y trescientos arcabuces y doscientos ballesteros y más de cincuenta mil indios aliados». Carrillo Cázares (2000, I: 182).

7. Creemos que no se debe confundir este tipo de mantas, un tablón chapeado para cubrirse de los tiros del enemigo, con una máquina de guerra, también llamada testuguín, testudo o tortuga, consistente en un ingenio de madera de dos plantas de altura con troneras, saeteras y salidas para derribar muros del contrario y tomar albarradas al tiempo que servía de parapeto para unos veinticinco hombres. Iba

provisto de ruedas. Fueron utilizadas por Cortés los días previos a la «Noche Triste». Weckmann (1984, I: 127).

8. Este y otros caciques que ayudaron al virrey en aquellos enfrentamientos recibieron de él la merced de poder portar espada. Véase García Icazbalceta (1858-1866, II: 87-88).

9. Tello en García Icazbalceta (1858-1866, II: 343-438).

10. «Relación de la jornada que hizo don Francisco de Sandoval Acazitli cacique y señor natural que fue del pueblo de Tlalmanalco, provincia de Chalco, con el señor visorey don Antonio de Mendoza cuando fue a la conquista y pacificación de los indios chichimecas de Xuchipila», en García Icazbalceta, 1980.

11. Sandoval Acazitli en García Icazbalceta (1980).

12. Tello en García Icazbalceta (1858-1866, II: 343-438).

13. Sandoval Acazitli en García Icazbalceta (1980).

14. Carrillo Cázares (2000, II: 462-465).

15. Assadourian (2008: 49). Powell (1984: 44).

16. Powell (1984: 47-68).

17. Powell (1984: 71-85).

18. Assadourian (2008: 47-68, 237-278).

19. Todas las citas en Assadourian (2008: 449-488).

20. Powell (1984: 119).

21. Torquemada (1975-1979, II, V: cap. XXII).

22. Powell (1984: 129-164).

23. Martín Enríquez a Felipe II, México, 31 de octubre de 1576, en *Cartas de Indias* (1974, I: 325-326).

24. Assadourian (2008: 497).

25. Powell (1984: 102-231). Assadourian (2008: 78-140 y 409-447).

26. Powell (1984: 102-231). Assadourian (2008: 78-140 y 409-447). Torquemada (1975-1979, II, V: cap. XXII). Sobre Caldera, véase Ruiz Guadalajara (2010: 23-58).

27. Villalobos (1995: 35-38).

28. Ovalle (1646: 148).

29. Sobre el término reche, preferible al de araucano o mapuche, véase Boccara (1996: 659-695).

30. Rosales (1877, I: 366 y 371-372). Herrera (1615, V, X: caps. I-II).

31. Vivar (1966: cap. IX). Góngora Marmolejo (1960: cap. III). En la versión de estos hechos de Jerónimo de Quiroga, el fuerte «de las cabezas» era el lugar donde Valdivia halló al capitán Aguirre con sus catorce compañeros, los cuales habían matado y cortado la cabeza a trescientos indios, cabezas que adornaban el fuerte, de ahí su nombre. Quiroga (1979: 44-45).

32. Véase la carta de Pedro de Valdivia a Hernando Pizarro, La Serena, 4 de septiembre de 1545, en Valdivia (1929: 54).

33. Vivar (1966: cap. XVI).

34. Así se desprende de la carta de P. de Valdivia a Carlos I escrita desde La Serena el 4 de septiembre de 1645, en Valdivia (1929: 15 y ss.).

35. Vivar (1966: cap. XXXI). Góngora Marmolejo (1960: cap. IV). Rosales (1877, I: 405).

36. Vivar (1966: cap. XXXVIII).

37. Rosales (1877, I: 411-413).

38. Rosales (1877, I: 415).

39. Vivar (1966: cap. LXIV).

40. Carta de Pedro de Valdivia a Carlos I, Concepción, 15 de octubre de 1550, en Valdivia (1929: 158).

41. Vivar (1966: cap. LXV). Rosales (1877, I: 419).

42. Carta de Pedro de Valdivia a sus apoderados en la corte, Santiago, 15 de octubre de 1550, en Valdivia (1929: 107).

43. Vivar (1966: cap. LXXXIV). Góngora Marmolejo (1960: cap. VII). Juan Bohón, nacido en Flandes, tenía experiencia militar en las guerras de Europa. González Ochoa (2003: 61-62).

44. Mariño de Lobera (1960, I: cap. XVII).

45. Mariño de Lobera (1960, I: cap. XXXI). Barros Arana (1873: 237).

46. Vivar (1966: cap. XCV). Rosales (1877, I: 435-436).

47. Góngora Marmolejo (1960: cap. X).

48. Quiroga (1979: 67).

49. Jerónimo de Vivar comenta al respecto: «llevan picas de a veinte y cinco palmos de una madera muy recia, e ingeridos en ellas unos hierros de cobre a manera de asadores rollizos de dos palmos y de palmo y medio. Con unas cuerdas que hacen de niervos [nervios] muy bien atados, los ingieren de tal manera en aquella asta como puede ir un hierro en una lanza». Vivar (1966: cap. CIV).

50. Mariño de Lobera (1960, I: cap. XXXIII).

51. Carta de Pedro de Valdivia a Carlos I, Concepción, 15 de octubre de 1550, en Valdivia (1929: 206).

52. Carta de Pedro de Valdivia a Carlos I, Concepción, 25 de septiembre de 1551, en Valdivia (1929: 221).

53. Rosales (1877, I: 448-449).

54. Sobre la formación de los ejércitos araucanos, véase Jara (1981: 56 y ss.).

55. Vivar (1966: cap. CXV).

56. Góngora Marmolejo (1960: cap. XIV).

57. Quiroga (1979: 85). Rosales (1877, I: 482-501). Inca Garcilaso (1985: lib. VII, caps. XXI-XXIV). Vázquez de Espinosa (1992, II: 10051009).

58. Rosales (1877, I: 119).

59. Vivar (1966: cap. CXIX). Góngora Marmolejo (1960: caps. XVXVI). Quiroga (1979: 91-98).

60. Mariño de Lobera (1960, I: caps. XXXVII a LI). En los últimos meses antes de la muerte de Valdivia el virrey Antonio de Mendoza envió desde el Perú tres compañías a Chile. Góngora Marmolejo (1960: cap. XIV). Rosales (1877, II: 11-17). Herrera (1615, VIII, VII: caps. IV-VI).

61. Villalobos (1995: 41). El maestre de campo González de Nájera también criticó el excesivo número de ciudades fundadas y mal defendidas, que no podían apenas apoyarse entre sí en caso de ataque, proponiendo la construcción de una auténtica frontera constituida por una línea de fortines que irían desde la sierra hasta el océano, con las tierras pacificadas a sus espaldas y con la capacidad de entrar a hacer la guerra al enemigo. Además, sería necesaria una guarnición de mil quinientos efectivos (trescientos piqueros, quinientos arcabuceros, cien mosqueteros y seiscientos de caballería). González de Nájera (1889: 211 y ss.). Igualmente crítico con Valdivia se muestra Quiroga (1979: 71-73).

62. Mariño de Lobera (1960, I: cap. LII).

63. Quiroga (1979: 99-105; sobre las espadas p. 130).

64. Herrera (1615, VIII, VII). Vivar (1966: cap. CXXIX). Góngora Marmolejo (1966: caps. XX-XXII). Quiroga (1979: 111-114). Rosales (1877, II: 43-47).

65. Audiencia de Lima a Carlos I, Lima, 15 de febrero de 1555, citado en Barnadas (1973: 150, n. 59).

66. Quiroga (1979: 129-133). Decía esto Quiroga por señalar que, en su época —permaneció en Chile desde 1644 hasta su muerte en 1704—, había efectivos unos dos mil soldados hispanos en el territorio, si bien los indios podían poner en el campo de batalla seis mil efectivos, pero armados y montados al estilo europeo. Sobre la evolución de la caballería aborigen en el siglo XVII, Rosales (1877, I: 118 y II: 59).

67. Vivar (1966: cap. CXXXII). Góngora Marmolejo (1960: cap. XXV). Quiroga (1979: 132-133). Rosales (1877, II: 59-61).

68. Góngora Marmolejo (1960: cap. XXVI).

69. Quiroga (1979: 134-140).

70. Góngora Marmolejo (1960: caps. XXVII).

71. Vivar (1966: cap. CXXXVI). Mariño de Lobera (1960, II: cap. XI). Góngora Marmolejo (1960: cap. XXVIII). Quiroga (1979: 148158). Rosales (1877, II: 82-85).

72. Vivar (1966: cap. CXLII). Mariño de Lobera (1960, II: cap. XI). Góngora Marmolejo (1960: caps. XXIX-XXX). Rosales (1877, II: 91-94).

73. Mariño de Lobera (1960, II: cap. XVII).

74. Góngora Marmolejo (1960: caps. XXXVI-XXXVIII). Mariño de Lobera (1960, II: cap. XVIII). Rosales (1877, II: 114-115).

75. Góngora Marmolejo (1960: caps. XXXIX-XLI). Quiroga (1979: 171-173). Rosales (1877, II: 120-127).

76. Mariño de Lobera (1960, II: cap. XXI).

77. Numerosos habitantes de las ciudades chilenas del momento escribieron al rey criticando el gobierno de Francisco de Villagrán y reclamando el retorno de García Hurtado de Mendoza. Barros Arana (1873: 348-357).

78. Góngora Marmolejo (1960: cap. XLVI). Mariño de Lobera (1960, II: cap. XXII). Rosales (1877, II: 128-133).

79. Góngora Marmolejo (1960: caps. LII-LVIII). Mariño de Lobera (19 60, II: cap. XXVII).

80. Quiroga (1979: 195-198). Rosales (1877: 175-178).

81. Góngora Marmolejo (1960: caps. LXIV-LXXIV). Mariño de Lobera (1960, II: cap. XXXVII). Quiroga (1979: 199-203).

82. Góngora Marmolejo (1960: caps. LXXV-LXXVIII). Quiroga (1979: 204). Rosales (1877: 196-197).

83. Todas las citas en Mariño de Lobera (1960, III: caps. I-V).

84. Mariño de Lobera (1960, III: caps. VI-XIV).

85. Mariño de Lobera (1960, III: caps. XV-XVII).

86. Quiroga (1979: 211). Sobre el ataque de Drake a la costa chilena, Kelsey (2002: 181-198).

87. Mariño de Lobera (1960, III: caps. XVIII-XXI).

88. Mariño de Lobera (1960, III: caps. XXII-XXVI). Quiroga (1979: 214-219).

89. García Remón (1552-1610) había luchado en la sublevación de los moriscos de las Alpujarras y en la batalla de Lepanto; más tarde alcanzó el grado de alférez en Flandes, donde había combatido al lado de Alonso de Sotomayor, a quien acompañó a Chile en 1581. González Ochoa (2003: 152-153).

90. Mariño de Lobera (1960, III: caps. XXVII-XXXV). Quiroga (1979: 220-244). Rosales (1877: 220-234).

91. Quiroga (1979: 245-246).

92. Quiroga (1979: 249-259).

93. Mariño de Lobera (1960, III: caps. XXXVI-XXXIX). Rosales (1877: 254-266).

94. Vázquez de Espinosa (1992, II: 986-987 y 1009). Vázquez de Espinosa aseguraba que entre 1540 y 1628 habían muerto en Chile 15.000 españoles y 60.000 indios aliados, cifras que pretendía reflejar en un libro que por entonces escribía sobre las guerras de Chile.

95. Jara (1981: 157-158). Rosales (1877: 269-303).

96. González de Nájera (1889: 83).

97. Jara (1981: 162).

98. Villalobos (1995: 44).

99. Inca Garcilaso (1985: lib. VII, cap. XXV).

100. Mariño de Lobera (1960, III: caps. XL-XLII).

101. Aguado (1956-1957, II: lib. XII, caps. I-II). Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. X, cap. III).

102. Aguado (1956-1957, II: lib. XII, caps. III-IV). Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. X, cap. IV).

103. Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. XI, cap. VIII).

104. Aguado (1956-1957, II: lib. IX, caps. II). Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. XI, cap. VIII).

105. Aguado (1956-1957, II: lib. IX, caps. V-VII). Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. X, cap. IV y lib. XI, caps. I-IX).

106. Aguado (1956-1957, II: lib. XII, caps. VI-XIV). Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. XII, cap. VI).

107. Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. XII, cap. VI).

108. Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. XII, cap. VI).

109. Aguado (1956-1957, I: lib. XII, cap. XVI).

110. Fernández de Piedrahita (1881, I: lib. XII, cap. VI). Aguado (19561957, I: lib. XII, caps. XVI-XXI). Vázquez de Espinosa (1992, II: 465-466).

111. Aguado (1956-1957, I: lib. XII, caps. XXII-XXV).

112. Schmidl (1985: 186-213). Barnadas (1973: 56-60). Díaz de Guzmán (1835, II: cap. XI y XIV).

113. Díaz de Guzmán (1835, III: caps. I-V).

114. Díaz de Guzmán (1835, III: cap. VIII).

115. Sobre A. Manso, Lizárraga (1987: 220-221).

116. Vázquez de Espinosa (1992, II: 844).

117. Díaz de Guzmán (1835, III: caps. VI-VII y XII-XIV). Lizárraga (1987: 205-207).

118. Brading (1993: 159 y ss.).

119. En 1568, en las ordenanzas para su virrey, Felipe II le apremió a que conservase las compañías de lanzas y de arcabuceros que había organizado el virrey Hurtado de Mendoza, pero también le recomendó que evitase que los mestizos y mulatos portasen armas, pues: «Hay muchos de ellos que son mejores arcabuceros que los españoles». Hanke (1978: 94). Sobre las medidas militares de Hurtado de Mendoza, véase Lizárraga (1987: 291-293).

120. Lizárraga (1987: 218-221, 234-239 y 325-328). Saignes (2007: 41-65). Lorandi (2002: 141-143). Cobo (1892, III: 214-218).

121. Parecer de Pedro Ramírez, 18 de mayo de 1573, en AGI, Patronato, 235, R. 2.

122. Barnadas (1973: 468-472).

123. Lizárraga (1987: 238-239 y 344-358). Hanke (1978, I: 134). Barral (1992: 129-131). Saignes (2007: 185-205). Lázaro Ávila (1997: 66-73 y 78). Barnadas (1973: 586-590).

124. Lázaro Ávila (1997: 105).

CONCLUSIONES

1. «El mal que hay en ello es haber hecho trabajar demasiadamente a los indios en las minas, en la pesquería de perlas y en las cargas. Oso decir sobre esto que todos cuantos han hecho morir indios así, que han sido muchos, casi todos han acabado mal. En lo qual, paréceme que Dios ha castigado sus gravísimos pecados por aquella vía». López de Gómara (1946: 320). Nótese, no obstante, cómo López de Gómara se refiere a los excesos cometidos *a posteriori* de la conquista, no en el transcurso de la misma.

2. Quiroga (1979: 188-190).

ÍNDICE

PRÓLOGO	3
LA CONQUISTA DE AMÉRICA	5
INTRODUCCIÓN	6
1. SOBRE ARMAS, TÁCTICAS Y COMBATES: EL CONQUISTADOR COMO HÉROE	25
2. LAS PRÁCTICAS ATERRORIZANTES EN LA CONQUISTA DE AMÉRICA	76
3. SITIOS Y BATALLAS	176
4. RESISTENCIAS	245
CONCLUSIONES	339
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	347
NOTAS	357